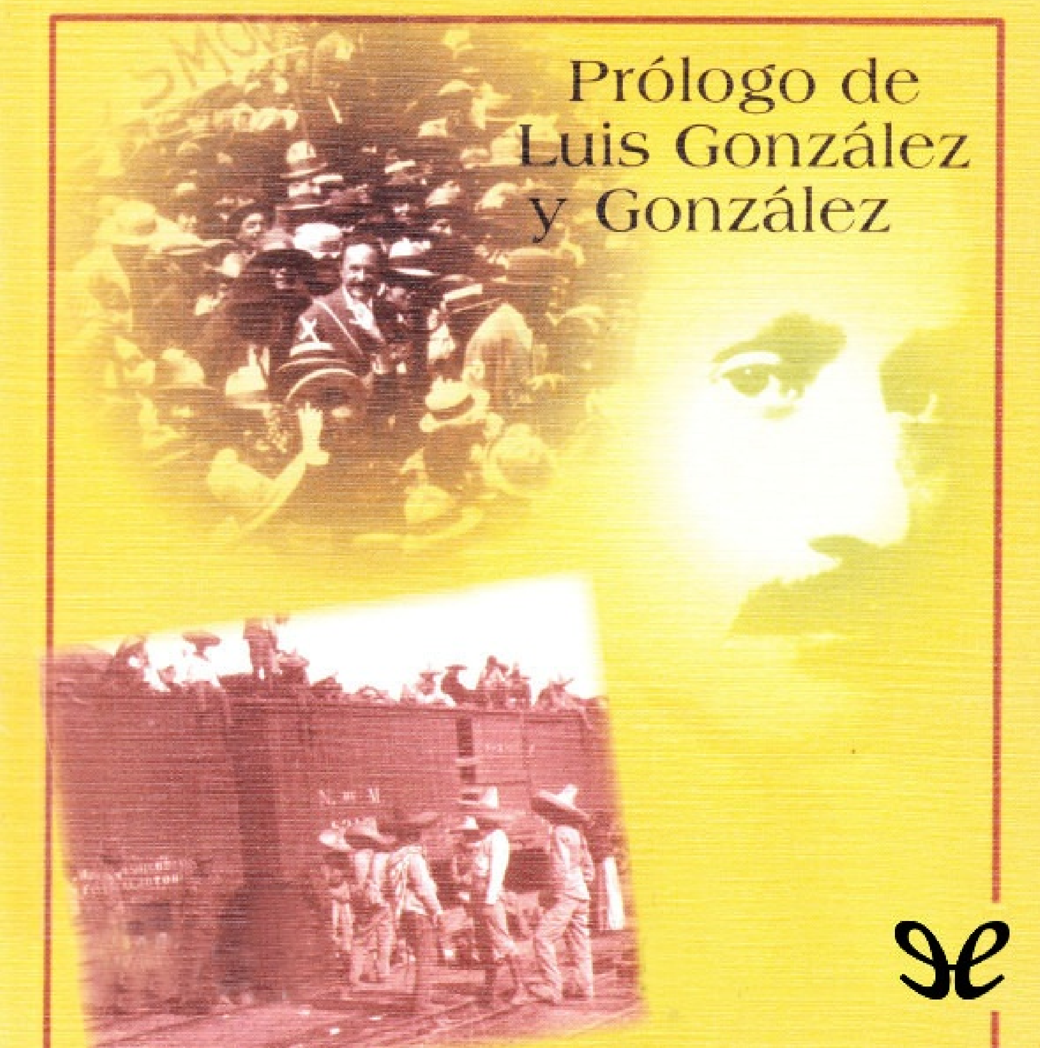
El Desastre

José Vasconcelos



«Lo que este país necesita es ponerse a leer la *Ilíada*. Voy a repartir cien mil Homeros, en las escuelas nacionales y en las bibliotecas que vamos a instalar…»

Fue una broma compartida con Obregón, que entrañaba sin embargo la pasión vasconcelista por instruir al país. La impresión de los clásicos no alcanzó los cien mil ejemplares, pero la república se llenó de textos en cuya pasta exterior comenzaron a reconocerse los nombres de Esquilo, Platón, Dante, Goethe, hasta completar diecisiete ediciones de los autores universales más importantes.

Éste es el libro que narra la epopeya del proyecto educativo de José Vasconcelos para México. Paso a paso, deteniéndose en cada vericueto, en cada trampa sorteada, el autor descubre las incidencias de su rectoría en la Universidad Nacional, primero, y en el Ministerio de Educación después. Tarea a la que consagró no sólo su energía, sino lo esencial de su pensamiento en plena madurez. Fue la combinación de tales ingredientes lo que convirtió el proyecto de Vasconcelos para la educación, en su obra mayor. Lo que tendría una repercusión sin precedentes en el mundo iberoamericano de entonces y se convertiría después en un ejemplo, cuya vigencia se mantiene hasta nuestros días.

Como escenario del esfuerzo educativo, nos llega la atmósfera del ejercicio de gobierno de Álvaro Obregón y, tras el ascenso de Plutarco E. Calles, las circunstancias de su caída final, en descripciones notables porque vienen de un participante cercano y trasmiten su voluntad de aportar pasajes y juicios inéditos a la verdad histórica. No hay afeites en la

palabra, como no los hay en la memoria de los sucesos y estamos de nuevo ante el cronista de época.

Después, otra vez las ciudades ajenas, para las que todavía conserva Vasconcelos el gusto, sobre todo cuando en ellas encuentra cauce su vocación de hispanidad. Finaliza el crucial 1928 y en su vida la acción política ha tomado cuerpo y también alma, lo que enseguida le llevará hacia el reto mayor de la contienda por la presidencia de México.



José Vasconcelos

El desastre

ePub r1.0

Titivillus 23.02.17

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *El desastre*
José Vasconcelos, 1938
Prólogo: Luis González y González
Ilustraciones: Archivo José Vasconcelos, Archivo General de la Nación, Archivo Editorial Trillas
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2017
Conversión a pdf: FS, 2019







Parral, Chihuahua; *ca*. 1900; FINAH

Prólogo

Vasconcelos en el triunfo y el desastre

LUIS GONZÁLEZ

Noticia de su México

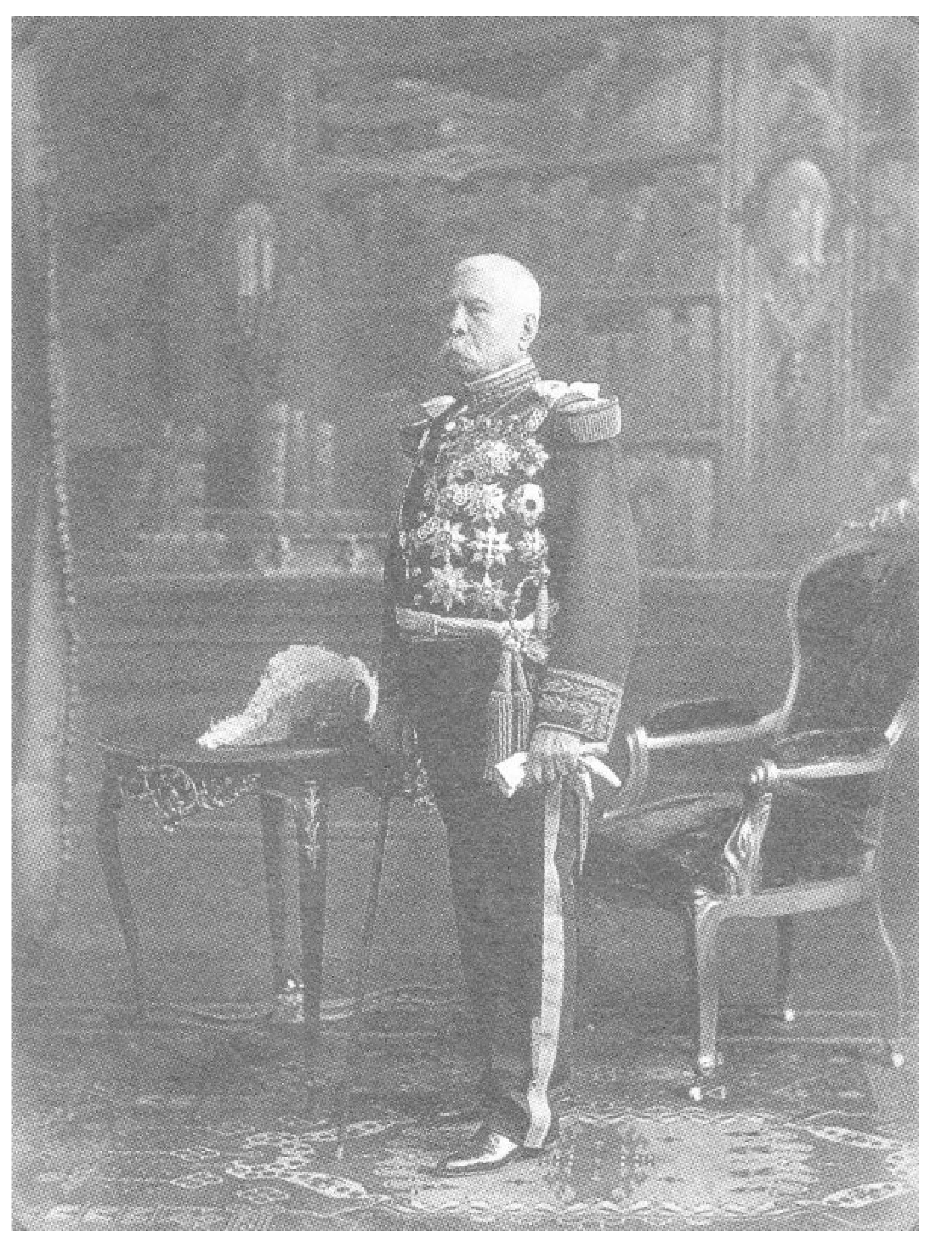
La nación comprendida entre la presidencia de los generales González y Cárdenas fue sucesivamente la cuna, el molde y el principal escenario de las andanzas y las obras de José Vasconcelos. Aunque nacido en Oaxaca, abrió los ojos al país grande en donde éste difería más, o por lo menos en forma más visible, de un vecino que se ensanchaba, se enriquecía y era crecientemente pacífico, poderoso y culto, que no confiable. Desde que fue «niño del Norte», Vasconcelos asumió a su país como ser débil, pobre, oscuro, con creciente proclividad a la tormenta y al desastre y en riesgo de convertirse en un proconsulado o colonia de Yanquilandia.

Chapala, Jalisco, *ca*. 1900; Fototeca del INAH, en lo sucesivo FINAH

Torreón, Coahuila; *ca*. 1900; FINAH



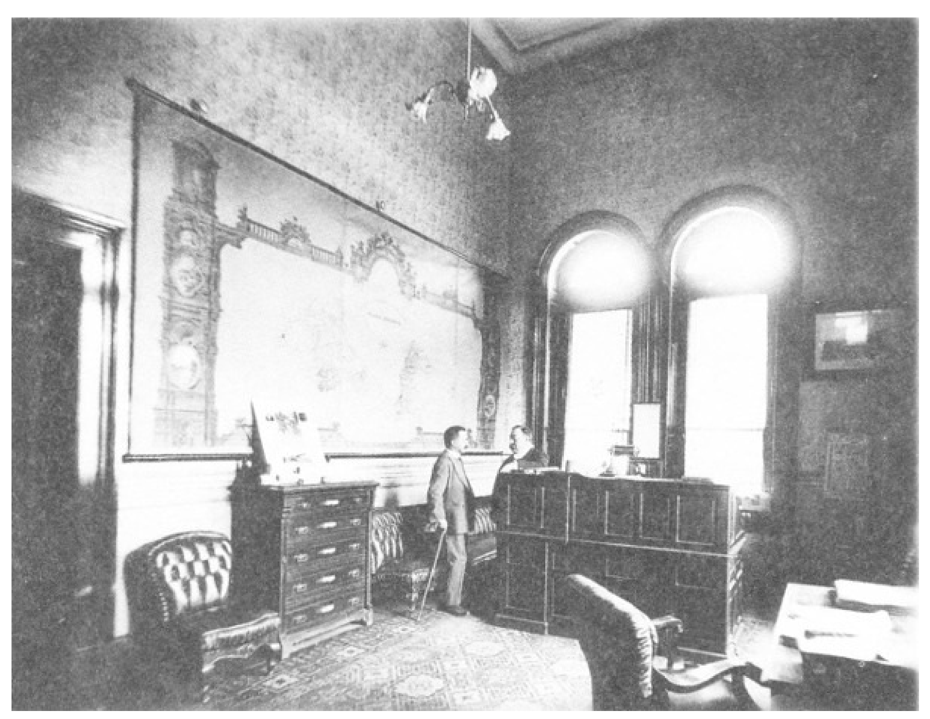
Puebla, Puebla; *ca*. 1910; fotografía de Hugo Brehme; FINAH



General Porfirio Díaz; *ca*. 1908; Colección particular

El niño y el adolescente José Vasconcelos que vivió en media docena de regiones distintas de la república tuvo la oportunidad de ver con sus propios ojos lo que el Nigromante decía: «No se puede confundir en una sola a

cien naciones diferentes.» De hecho, doscientas sociedades, en su gran mayoría rústicas, se alimentaban de la pesca, o de la caza, o del cultivo del maíz y el frijol, o de la ganadería, y más de alguna de las módicas industrias del ixtle y el pulque. Cada una en su valle, su meseta, su oasis o su costa comerciaban poco entre sí, vivían distantes y eran en la práctica reinos autónomos o casi. Quizá sesenta poseían su propio idioma, pero ya se contaban con los dedos de las manos las que aún no eran plenamente católicas. La iglesia había conseguido la unificación de cosmovisiones, cultos y prácticas morales. El gobierno de corte liberal, bajo la batuta de Porfirio Díaz y sus científicos, se proponía unir a las doscientas naciones mexicanas en un mercado común, el idioma español y un gobierno central a fuerza de construir ferrocarriles y escuelas; imponer autoridades nacionalistas y liberaloides en cada estado y región de la república, y confeccionar leyes y códigos que uniformaran y pusieran al día las costumbres que no hubiese uniformado o mantuviese arcaicas la moral católica.

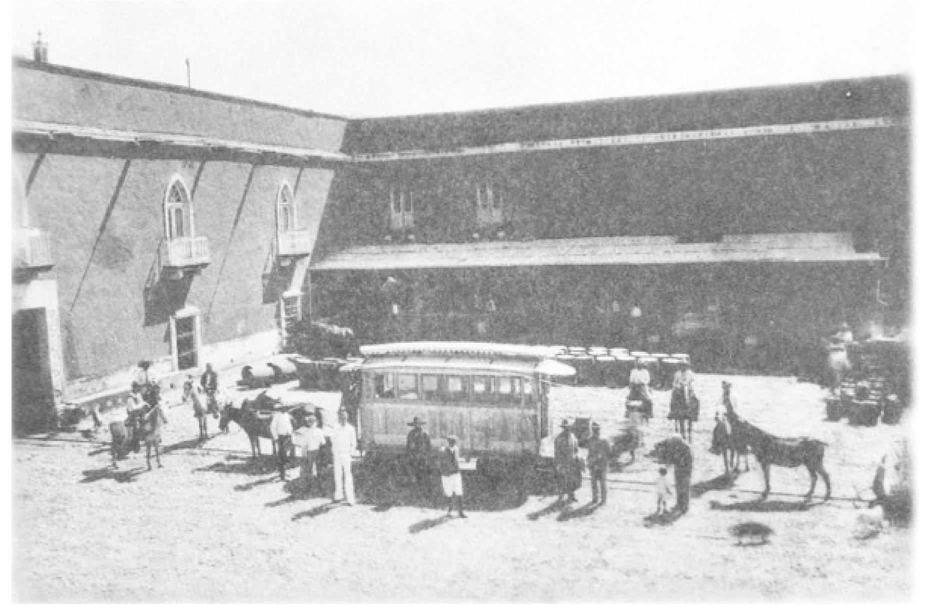


Oficina del Ferrocarril Mexicano; *ca*. 1910; FINAH

Como es bien sabido, la dictadura de los liberales intentó imponer, además de un orden nacional, un progreso económico, una salida de la inopia sin forzamientos artificiales, al modo como se repartía el principal don de la naturaleza: la lluvia. Lo primero era procurarse nubes; es decir, aglomeraciones de negocios de acá y sobre todo fuereños capaces de descargar una lluvia de riquezas, que a partir de la cima de las montañas sociales, en un dos por tres, por la vía del escurrimiento, volvieran dinámicos y ricos a los pobladores de relieves y hondonadas, como sucedió en la gran nación vecina y en varios países de Europa. Según la esperanza de los liberales, México pasaría de nublado a lluvioso y de aquí a vergel floreciente.

Sin lugar a dudas el porfiriato consiguió que una gran parte de México se nublara con ese tipo de nubes que fueron las minas, los bancos, los latifundios prósperos, las grandes

tiendas y las fábricas, pero no pudo, por lo menos en el corto plazo que se esperaba, hacer que las nubes de la economía moderna se deshicieran en lluvia fecundante de los bajos fondos. La gran mayoría de la población se mantuvo pobre y aun miserable. La dictadura porfiriana enriqueció a una minoría ostentosa, prepotente y humillante. Casi ninguno de sus programas de salvación pasaron del nivel de las buenas intenciones.



Moderna hacienda porfiriana; *ca*. 1910; FINAH

Las lluvias fertilizadoras que se esperaban sobrevinieron como tormentas destructivas. El club de los científicos se hizo bolas; no supo trasmitir los mandos a los jóvenes liberales y éstos, con la ayuda de gente humilde y de algunas granizadas de plomo, montaron en el poder a Madero y a una juventud neoliberal, culta y modernizante. Los chubascos siguieron y el aparato militar del antiguo régimen retomó el poder. Entonces sobrevino, en casi toda la república, la peor de las tormentas que según la gente rasa consistió en ires y venires de tropas, batallas y combates

sangrientos, rapiñas, robos sacrílegos, quemazón de santos, colgadura de prójimos, intrigas, pleitos por el sillón presidencial, debates y convenciones, discursos y la llegada de don Venustiano Carranza al pináculo del poder, a primer jefe de una nación más desunida que nunca, pobre y hambrienta, azotada por enfermedades, hurtos, raptos y matonería. La Constitución de 1917, tan ofrecedora de alivio para la gente trabajadora del campo y de la fábrica, no fue entonces alivio para nadie, ni cese del crimen y la destrucción.

Tras la corta y fulminante tormenta de 1920, el «atormentador» pudo imponer una breve paz que tuvo visos de aurora, aunque sólo se quedó en relámpago. Entonces, según dice Alejandro Gómez Arias, «vivimos una frenética actividad cultural y política»; entonces México se volvió refugio de distinguidos intelectuales hispanoamericanos y adalid de la cultura hispánica de tipo moderno. Pero aquella atmósfera se corrompió, más que por la tormenta delahuertista, por el desastre a que dieron lugar la persecución religiosa, la lucha cristera, el magnicidio de Obregón, las fraudulentas elecciones de 1929, la crisis internacional, el maximato de Calles y otros sucesos desastrosos.

«Minoría ostentosa, prepotente y humillante»; *ca*. 1910; FINAH



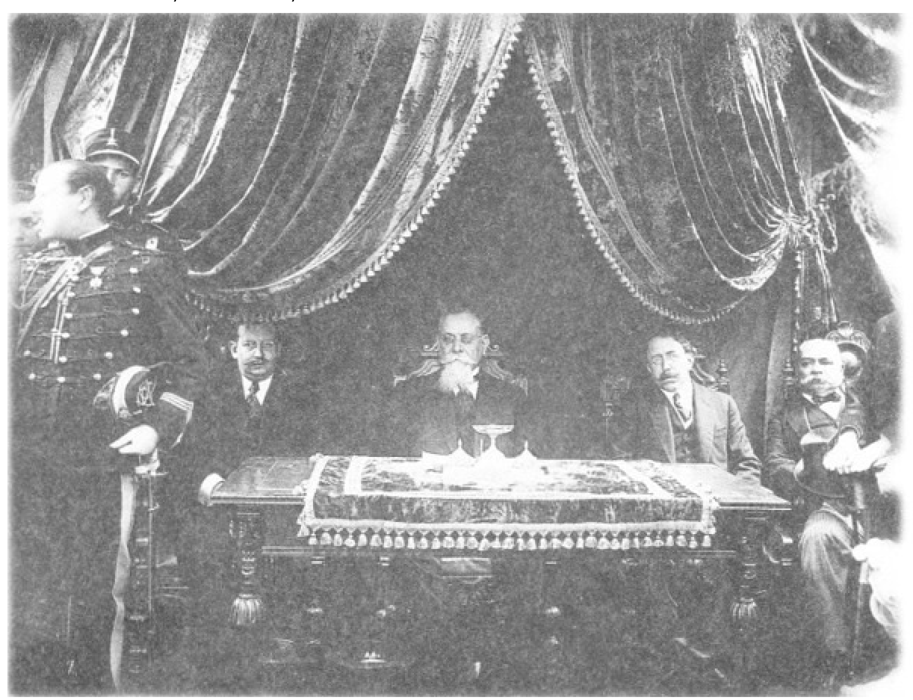
Fusilados; *ca*. 1910, FINAH



«Juventud neoliberal, culta y modernizante». De izquierda a derecha, dos personas no identificadas, Francisco I. Madero, Juan Sánchez Azcona y José Vasconcelos; *ca*. 1910; FINAH

«Llega la revolución»; embarque de las fuerzas de la División

del Norte; *ca*. 1913; FINAH



«Venustiano Carranza en el pináculo del poder»; a su derecha, David Aguirre Berlanga; a su izquierda, Luis Cabrera; *ca*. 1916; FINAH

De izquierda a derecha: Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Diego Rivera, dos personas sin identificar y Ricardo Gómez Robelo; *ca*. 1922; FINAH



Misa cristera en el campo de batalla; *ca*. 1925; FINAH

Noticia de su vida

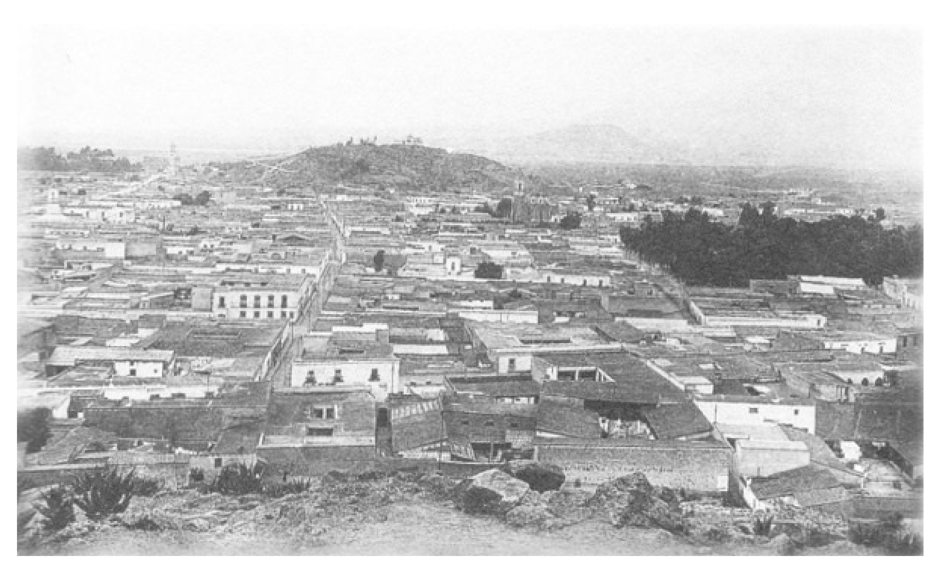
La mayor y mejor parte de la trayectoria vital de José Vasconcelos tuvo como estímulo, estigma y escenario un México para muy pocos épico y para la mayoría de su gente, nocturno, nublado, tormentoso y cruel, con poquísimas horas de júbilo y muchas de angustia, dolor y muerte. Quizá los que lo vieron nacer en Oaxaca el 27 de febrero de 1882 en hogar bien abastecido y de linaje ilustre, le auguraron un porvenir placentero, sin sobresaltos, prestigioso, rico y fuerte. Aunque su infancia y adolescencia, vivida en las poblaciones nórdicas de Sásabe y Piedras Negras, en la céntrica Toluca y en Campeche no fueron del todo felices, sí gozó los mimos de su madre, el buen nivel de vida permitido por la actividad aduanera de su padre, la enseñanza en inglés de la escuela de Eagle Pass; la lectura de Platón, Schopenhauer, Nietzche, Kant, Hegel, Bergson, Boutroux, Chateaubriand y Menéndez, y Pelayo; la escuela de Campeche; los estímulos intelectuales recibidos en la ciudad de México en la preparatoria, sobre todo con un profesor tan independiente como don Francisco Pascual García, el abogado indio, y con los jóvenes criollos antipositivistas que integraron el Ateneo de la Juventud.



Portales de la Plaza de la ciudad de Oaxaca; *ca*. 1906; foto de C. B. Waite; Archivo General de la Nación, en lo sucesivo AGN



La madre, Carmen Calderón; *ca*. 1900; AJV.



Toluca, Estado de México; *ca*. 1900;FINAH



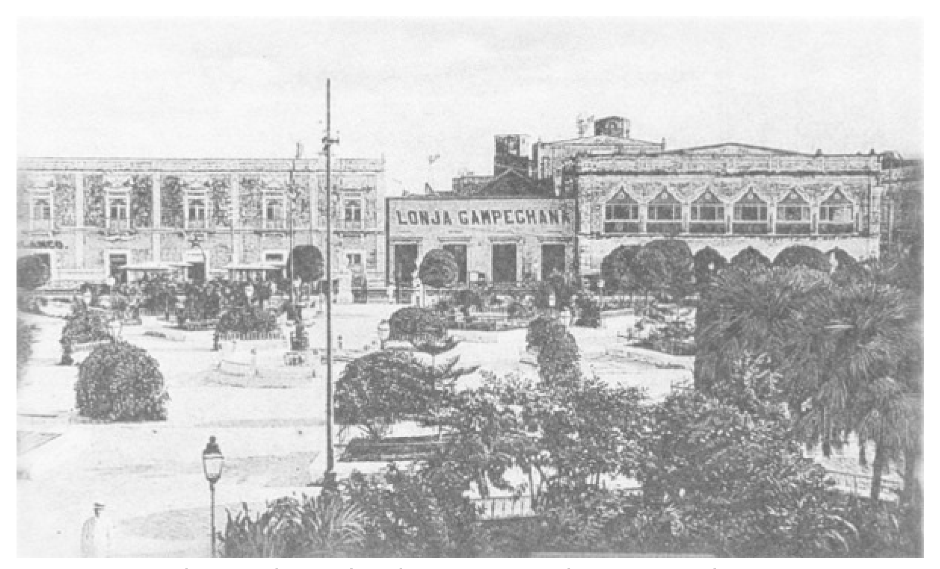
El padre; AJV



Toluca, Estado de México; *ca*. 1900; FINAH

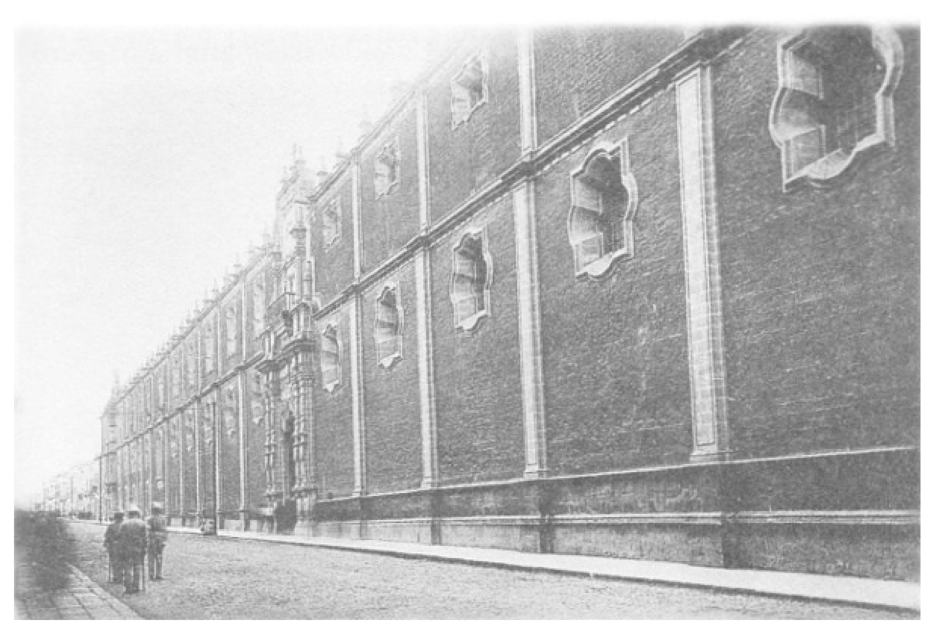


Campeche, Campeche, *ca*. 1900; FINAH



Plaza de la Independencia en Campeche, Campeche; *ca*. 1900; FINAH

El hecho de haber tenido la suerte de pasar su infancia en el seno de una familia normal, de no sufrir estrechez económica, de haber sido un estudiante aventajado de la Preparatoria Nacional y de la Escuela de Jurisprudencia, y de haberse convertido a los veinticinco años de edad en un abogado próspero, dará lugar a que sus malquerientes le llamen señorito, burgués desconocedor de los sufrimientos del proletariado, aspirante a convertirse en ricachón ocioso para dar rienda suelta a sus aficiones literarias y filosóficas. De hecho fue un entusiasta seguidor de aquel chaparrito que le puso el cascabel al gato. Ayudó con palabras y hechos al derrumbe de don Porfirio. Cuando asesinaron a Madero se mantuvo adicto al grupo maderista. A la caída de Huerta, desempeñó un papel protagónico en el intento de salvar las metas revolucionarias mediante la Convención de Aguascalientes. Cuando vio que se imponían por las armas las fuerzas del desorden y la ambición, se fue a Estados Unidos.



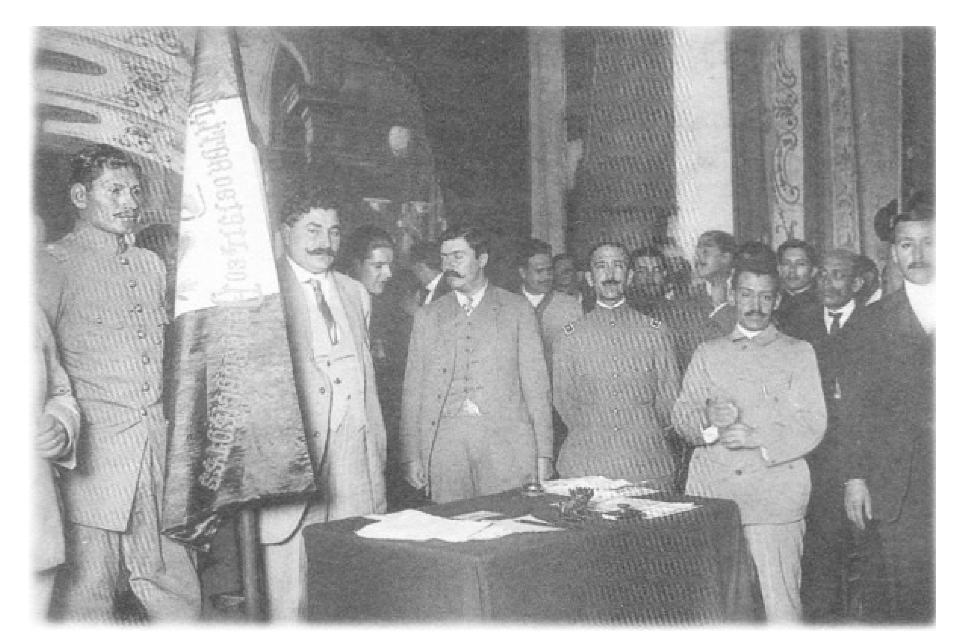
Fachada de la antigua Escuela Nacional Preparatoria; *ca*. 1900; FINAH



Fachada de la antigua Escuela de Jurisprudencia; *ca*. 1900; FINAH



A los 25 años; 1907; AJV



Eulalio Gutiérrez y José Isabel Robles nombrados respectivamente Secretario y Presidente de la Convención de Aguascalientes; 1914; FINAH

Para el propósito de enmarcar el tercer volumen de las memorias de José Vasconcelos, el tramo más significativo de su vida transcurrió entre dos crímenes famosos, entre los magnicidios de Carranza y de Obregón.

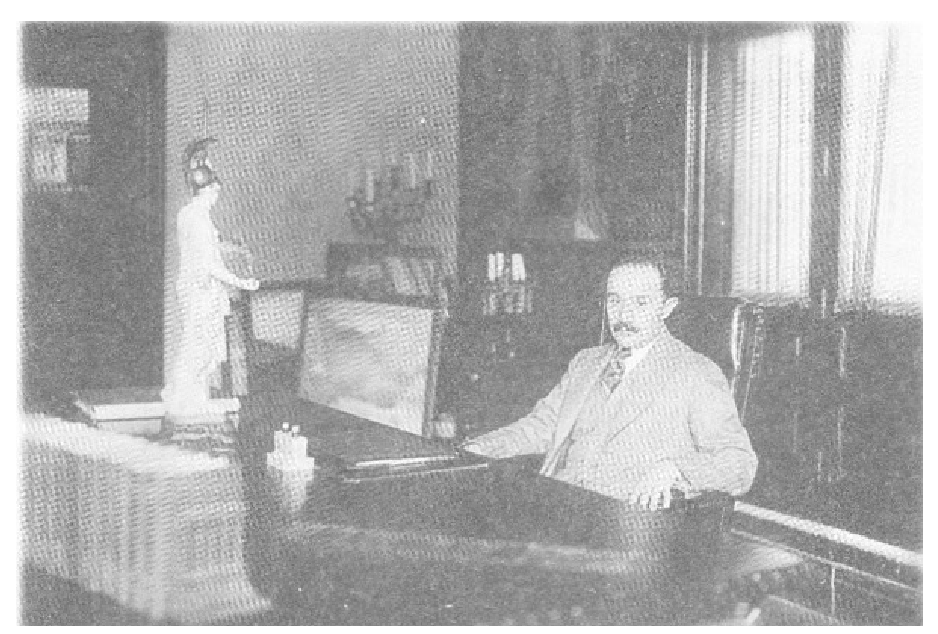


«Magnicidio de Carranza»; 1920; FINAH

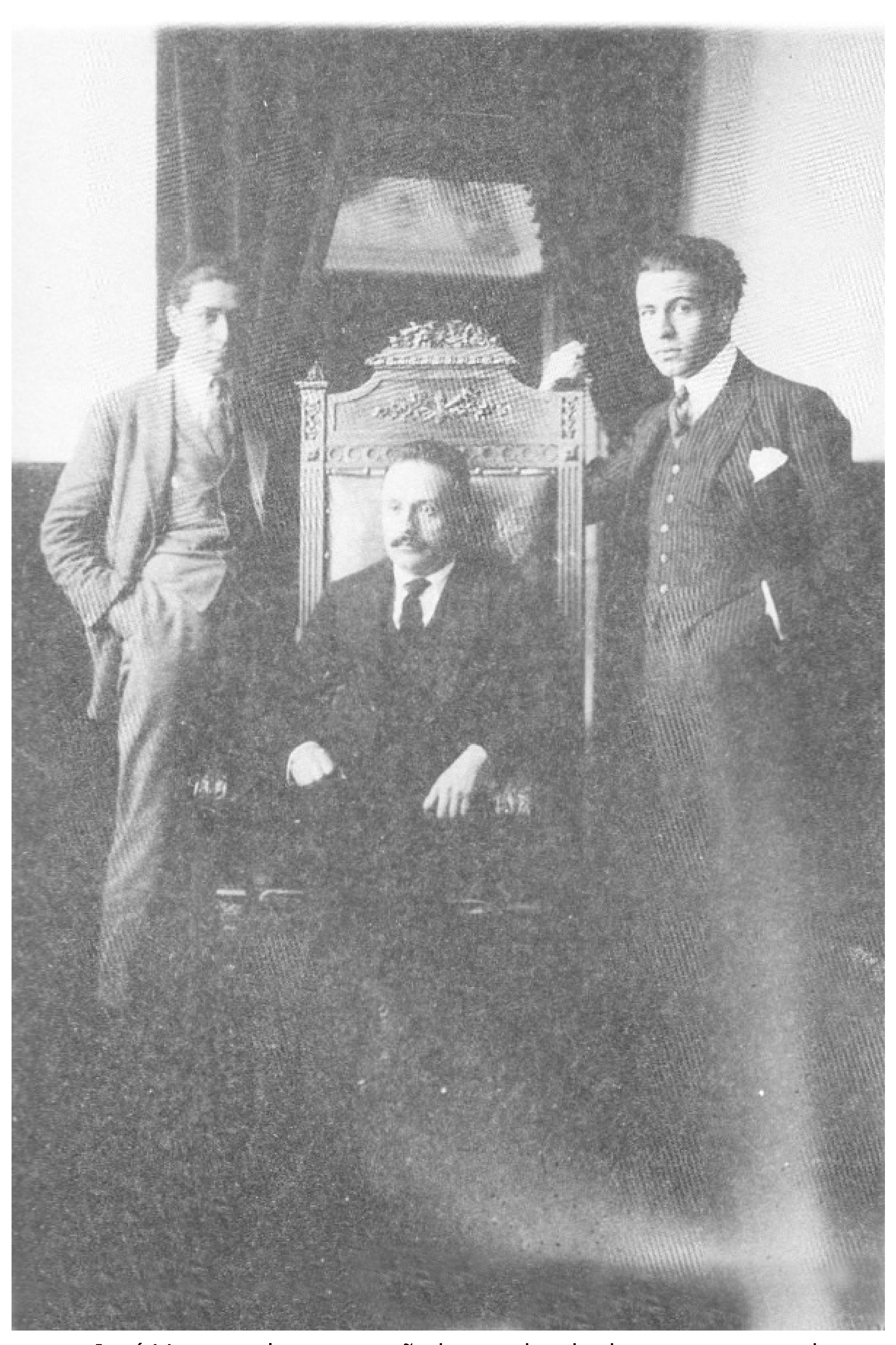
«El magnicidio de Obregón» en la Bombilla. Aspecto de la mesa después del asesinato; 1928; FINAH

Apenas llegado a la presidencia interina de la república,

don Adolfo de la Huerta, el 4 de junio de 1920, hizo a Vasconcelos rector de la Universidad de México, que era el mayor cargo de índole educativa existente en el país. Con algunos compañeros de generación y dos o tres discípulos, emprendió una gira por las ciudades del interior en busca de apoyo para su proyecto de abrir una Secretaría de Educación Pública que fue puesta en marcha en el temporal lluvioso de 1921 y de la que fue José Vasconcelos su primer timonel. A partir del 11 de octubre el flamante ministro se olvidó de sus inclinaciones a la buena mesa y la cama muelle y se puso a perorar, hacer y escribir sin tregua ni descanso. Jaime Torres Bodet recuerda que «hablaba sin pausas» y que «la lentitud no tenía cabida» en su calendario de actividades. «Comenzaba mi día —escribe el ministro en este tomo de sus memorias— a las siete de la mañana; desayunaba frutas y café, y a las ocho ya estaba visitando las obras, trepando andamios, urgiendo prisa, tomando nota de lo que hacía falta para apresurar su entrega. A las nueve llegaba a la oficina… En acuerdo con los jefes de departamento me pasaba la mañana; tres taquígrafas despachaban la correspondencia y tomaban al dictado comunicaciones, declaraciones, discursos y órdenes. Al mediodía… se abrían las puertas para todo mundo…» En otra parte de este mismo volumen afirma: «Con gran liberalidad Obregón me firmaba todo lo que le ponía delante.»



José Vasconcelos, titular de la Secretaría de Educación Pública; *ca*. 1923; AJV



José Vasconcelos acompañado a su izquierda por su secretario Jaime Torres Bodet; *ca*. 1922; FINAH

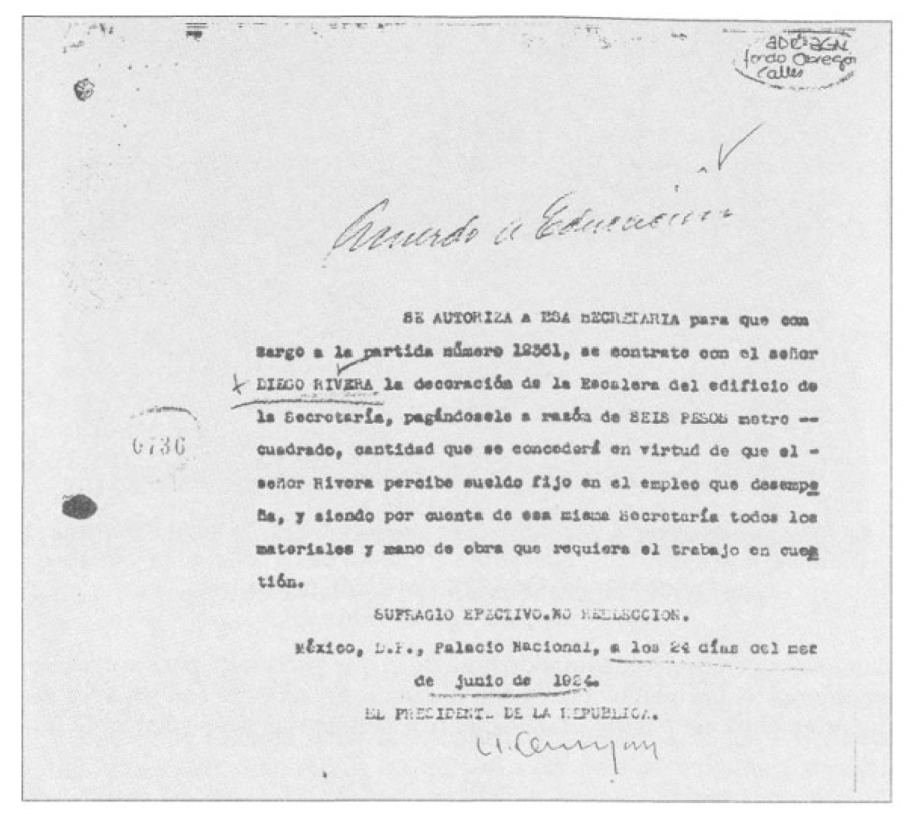
Fachada de la Escuela Normal de Maestros en Tacubaya; fotografía de Hugo Brehme; FINAH

Fachada de la Secretaría de Educación Pública; *ca.* 1923; FINAH



Biblioteca infantil de la Secretaría de Educación Pública. Se aprecian los murales, hoy destruidos, que, sobre el cuento de *La caperucita*, pintara Carlos Mérida. *Ca*. 1922; Colección particular

Inauguración del edificio de la Secretaría de Educación Pública. Vasconcelos acompañado de Antonio Caso; *ca*. 1923, FINAH



AGN fondo Obregón Calles

Acuerdo a Educación

6736

SE AUTORIZA A ESA SECRETARIA para que con cargo a la partida número 12361, se contrate con el señor DIEGO RIVERA la decoración de la Escalera del edificio de la Secretaría, pagándosele a razón de SEIS PESOS metro cuadrado, cantidad que se concederá en virtud de que el señor Rivera percibe sueldo fijo en el empleo que desempeña, y siendo por cuenta de esa misma Secretaría todos los materiales y mano de obra que requiera el trabajo en cuestión.

SUFRAGIO EFECTIVO.NO REELECCION.

México, D.F., Palacio Nacional, a los 24 días del mes de junio de 1924.

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA.

A. Obregón

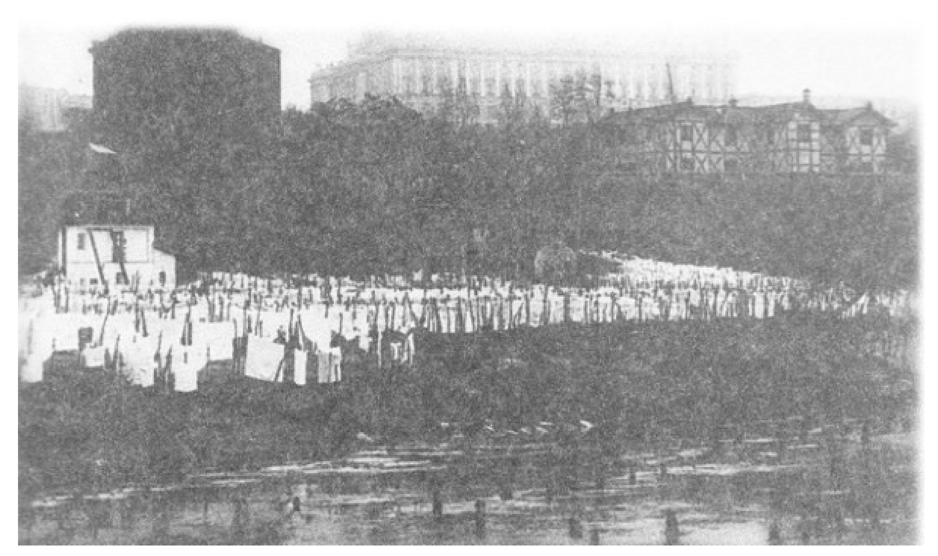
Acuerdo del presidente de la república, Álvaro Obregón, en que se autoriza a la Secretaría de Educación a contratar a Diego Rivera para realizar los murales de las escaleras de dicha Secretaría; 1924; fotografía de Hugo Brehme, FINAH

Pese a lo bien que iban las cosas, Vasconcelos renunció a la Secretaría ante el presidente de la república por el asesinato del senador Field Jurado, quien se había negado a firmar los convenios antipatrióticos de Bucareli. En seguida hizo campaña de giras y discursos para obtener un puesto de elección popular: la gubernatura de Oaxaca. Como no se le reconoció el triunfo, dio la espalda a la política para volver a las letras y el periodismo. Fundó *La Antorcha*, una revista cultural que luego entregó a Samuel Ramos. Mientras los ministros de Educación del régimen callista desbarataban lo hecho por Vasconcelos, éste era muy bien recibido por los

grandes de la cultura española. Aunque sin la suficiente paz interior, gozó ampliamente la arquitectura, los museos, la mesa, el espectáculo femenino y la recepción amistosa en Madrid y otras muchas ciudades de España. También anduvo en Roma, Florencia, Nápoles, Marsella, París, Viena, Budapest, Atenas y muchos lugares más de Europa. Excursionó por ciudades clásicas y modernas de Egipto, Turquía y Tierra Santa. Desde fines de 1927 y todo 1928 anduvo de la ceca a la meca, en plan de conferenciante y profesor universitario en Estados Unidos. Enseñó en Chicago, Nueva York, Boston y Los Ángeles.



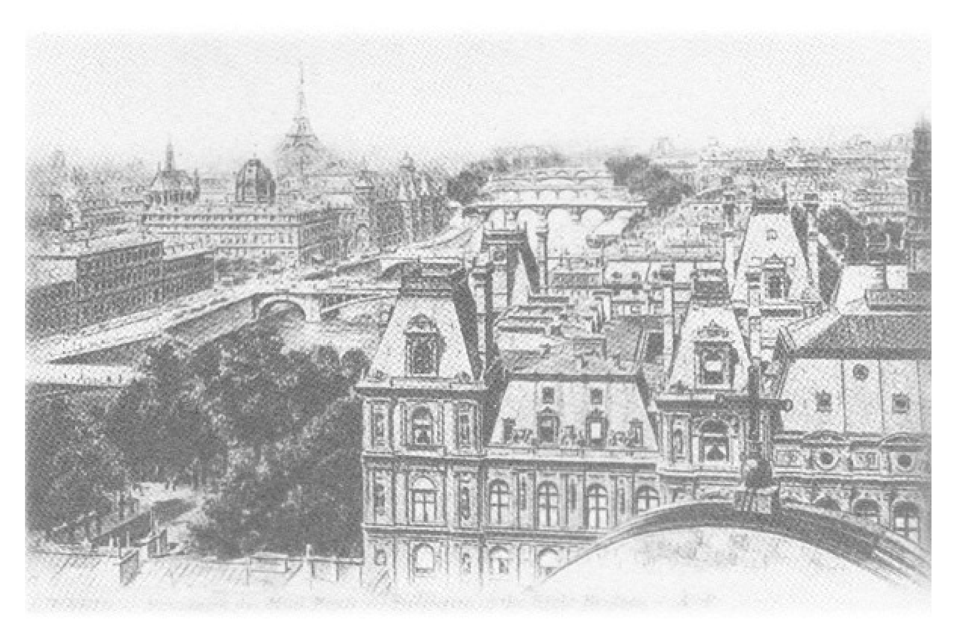
Manifiesto a los habitantes de Oaxaca, Oaxaca, 1924; AJV. 1929; AJV



Palacio Real de Madrid desde el río Manzanares; *ca*. 1920 fotografía de Alfonso; colección particular



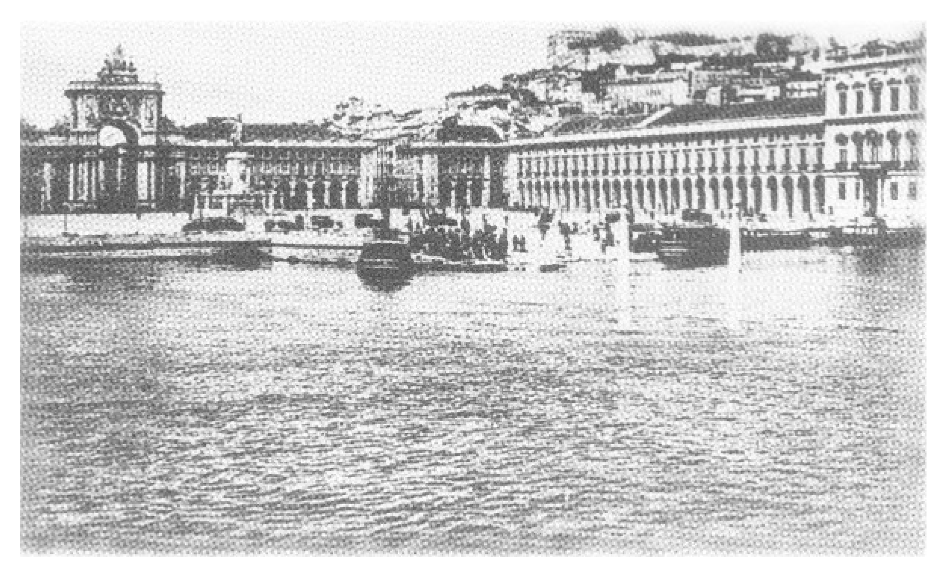
Puerto de Génova desde el hotel Miramar; *ca*. 1925; AJV



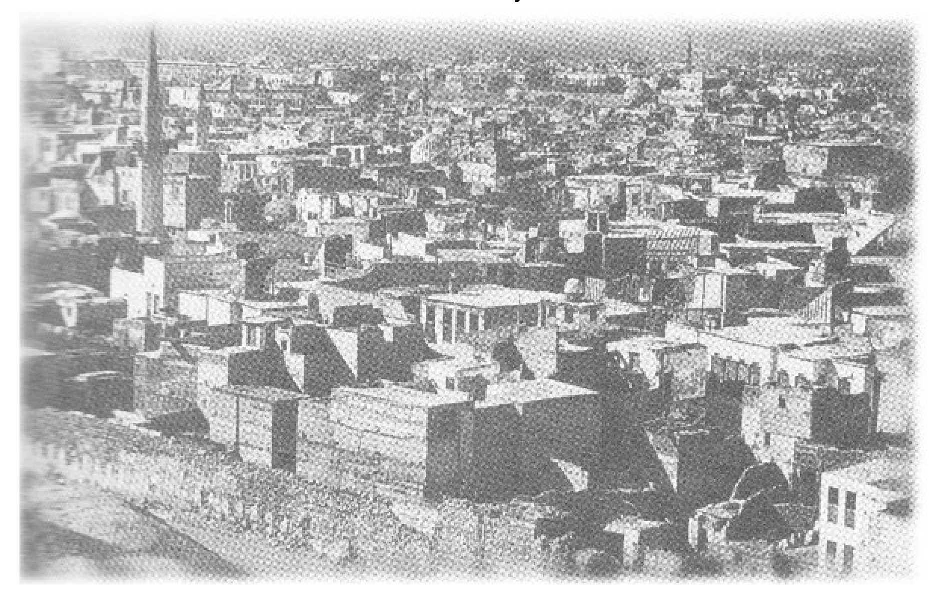
Panorama del Sena y los ocho puentes, París; 1925; AJV



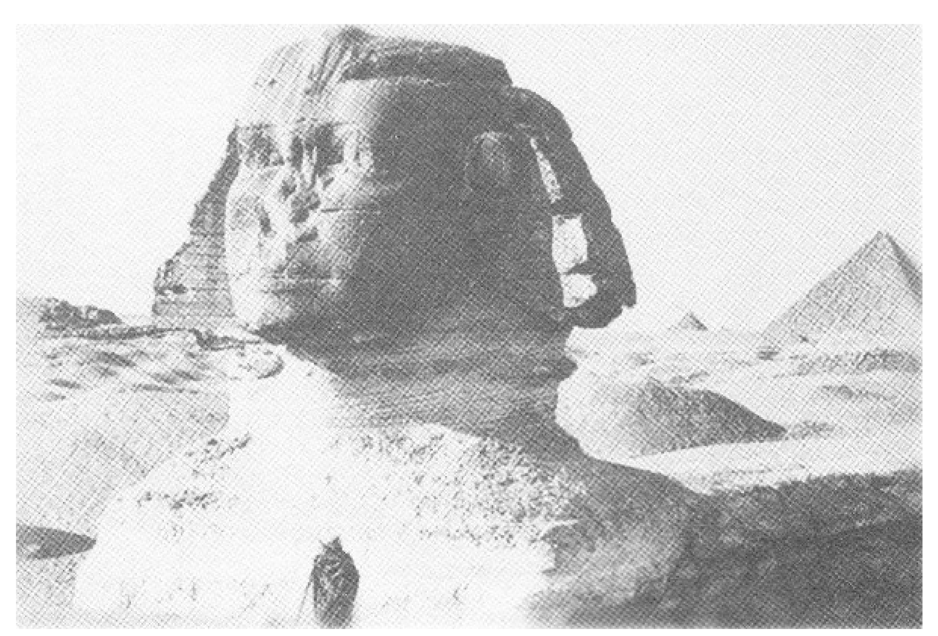
Plaza del Pueblo, Roma, 1925; AJV.



Plaza de Comercio desde el río Tajo, Lisboa; *ca*. 1925; AJV



Panorama de El Cairo; *ca*. 1870; AJV



La Esfinge de Gizeh; *ca*. 1870; AJV

Plutarco Elías Calles sigue la carroza fúnebre del general Obregón; *ca*. 1922; AGN

En Berkeley se enteró del asesinato de Obregón. Vuelto a México, se arremolinaron en torno suyo multitudes de

jóvenes y de gente madura dispuesta a enderezar el cauce de la Revolución. Como candidato a la presidencia de la república recorrió el país de uno a otro confín y despertó el sentimiento cívico en la mayoría de los mexicanos. Aun los que no llegaban a entender su pensamiento, le extendían su cariño y admiración. Aquel hombre luminoso les parecía a los humildes un enviado del cielo para salvar a la patria, pero la camarilla en el poder, por medio de un vigoroso fraude electoral, le impidió poner en práctica su misión salvadora. Vasconcelos recayó en sus aficiones turísticas y literarias. Alfonso Taracena dice: «Desde España, durante su exilio de trotamundos, Vasconcelos me escribió que acababa de terminar… el *Ulises Criollo* y que mirara si podían publicarlo en el folletón de la revista *Omega.*» Pedía «ocho pesos a la semana por ello pues se encontraba muy bruja». En buena parte, para salir de pobre, se había enganchado en una de las tradiciones gloriosas de México.



Vasconcelos como candidato a la presidencia; 1929, FINAH



Dos aspectos de la campaña de José Vasconcelos a la presidencia de la república mexicana; 1929. Fondo Enrique Díaz del AGN

En la tradición de las memorias

Don Francisco Monterde está en lo justo cuando afirma: «En México los libros de memorias no son abundantes», pero se equivoca cuando dice que sólo tienen importancia en otras latitudes. «En México —asegura Emmanuel Carballo— los libros de memorias constituyen un género poco practicado, pese a que los lectores los solicitan con entusiasmo.» A pesar de que en los inicios de la literatura mexicana se produjeron abundantes ensayos confesionales, muchas breves narraciones autobiográficas que ha salvado del olvido el digesto de Francisco A. de Icaza, el *Diccionario autobiográfico de conquistadores*, sólo se produjo un recuento mayor por muchos motivos excepcional, la obra clásica, verdaderamente fascinante, de Bernal Díaz del Castillo que aunque se llame *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España* pudo haberse llamado *Memorias del conquistador Bernal Díaz.*

Después de la revolución de independencia el género autobiográfico reapareció formalmente en las *Memorias* de un personaje, por más de un motivo, precursor de José Vasconcelos. Fray Servando Teresa de Mier fue trotamundos; se entregó en diversas ocasiones al servicio de México; fue de pluma fácil y filosa, pero seguramente menos lúcido y juicioso que don José. También el patriota Miguel Guridi y Alcocer hizo *Apuntes de la vida* que llevó de 1763 a 1802, donde narra, con lenguaje desvergonzado, lances y picardías. Ninguna de las dos memorias anteriores fue tan leída y aclamada como las obras de Guillermo Prieto, que llevan los nombres de *Memorias de mis tiempos* y *Viajes de orden suprema.* La primera, utilísima para enterarse de la vida metropolitana de México entre 1828 y 1853. La segunda exhibe ante los capitalinos la vida de los provincianos en tiempos de las guerras de Reforma e intervención. Tres hombres públicos porfirianos dejan a su vez memorias de

sus proezas: Federico Gamboa, Victoriano Salado Álvarez y José Ives Limantour.

En medio del estrépito de las armas, en la época cruel que solemos llamar Revolución Mexicana, surgieron vigorosamente, como en el siglo XVI, la autobiografía y el autobombo. Desde los días de Carranza, diarios y semanarios dieron en prodigar relaciones breves de méritos y servicios de los protagonistas de la Revolución. Algunos no se contentaron con dar a conocer sus proezas en las hojas efímeras de los periódicos. Álvaro Obregón produjo sus *Ocho mil kilómetros en campaña*. En los veinte años siguientes tomaron el camino autobiográfico una docena de militares y políticos, entre éstos José Vasconcelos, el más ilustre de todos.

A partir de 1935 empezaron a publicarse los libros autobiográficos de José Vasconcelos. En 1935 salió a la luz pública *Ulises Criollo, la vida del autor escrita por él mismo*. En 1936, el *bestseller* de las librerías fue *La Tormenta, segunda parte de Ulises Criollo*. Ediciones Botas lanzó en 1937 *Qué es la revolución* del propio Vasconcelos, en vez de la esperada tercera parte del *Ulises*. En 1938, el año de la máxima popularidad de un presidente que nuestro Ulises nunca quiso, en medio de la euforia suscitada por la expropiación petrolera, Botas publicó, en letras de molde, *El Desastre*, un volumen de 828 páginas.



JOSE VASCONCELOS

LA TORMENTA

Segunda Parte de

"ULISES CRIOLLO"

PRIMERA EDICION

México

EDICIONES BOTAS

1936

Portada de *La Tormenta*, 1936; AJV



Lázaro Cárdenas escuchado por Manuel Ávila Camacho y Eduardo Hay durante la lectura del decreto de la expropiación petrolera; 1938; FINAH



Concentración de apoyo por la expropiación petrolera; 1938; FINAH

Laredo, Enero 7 de 1938.

Muy querido Taracena: Me llegaron ayer los Desatres pero hasta hoy pude hojear uno. Esta desatroso de erratas. Asi por ejmplo al final del prólogo donde dice de la la muerte debe decir : no es el término la muerte, o no está en el termino la muerte, tal como esta queda incomprensible. Me acaba de entregar su carta Valadez; por vida suya, no vayan a hacer otro tiro sin darme ocasión de revisar, por lo menos, errores tan garrafales como el que le señalo ya desde ahora. No podía quedar bien trabajo que se hizo tan precipitadamente, pero no tendriamos excusa si el proximo tiraje repite los errores.

Mucho lamento los percances que tuvieron al final del viaje. Supongo que no llegaron a ponerse al habla con el Sr. R. de Monterrey. Lo lamento. Salúdeme a Botas y su señora muy afectuosamente.

Tomo nota de lo que me dice de las ventas y los felicito por el exito alcanzado. En cuanto al tiraje es natural que la primera edicion no sea de mil ni de dos mil; sería absurdo hacerlo así y recuerdo que en caso de la Historia Botas me dijo sin que yo le preguntara que la primera edición había alcanzado creo que cuatro mil y que ya las posteriores eran de sólo dos mil, etc. No se preocupe por todo esto en lo mas minimo, pues en todo esto usted no tiene la menor responsablidad.

Muy buen recuerdo me ha quedado de los días que pasamos juntos y ojala se repitan. Mi hijo me encarga que lo salude. Y deseándole todo bien, quedo como siempre suyo afmo. amigo y S. S.

J. V.

Carta de José Vasconcelos a Taracena a propósito de los desastres de *El Desastre*; 1900; AJV

Como era costumbre en el autor, *El Desastre* se escribió

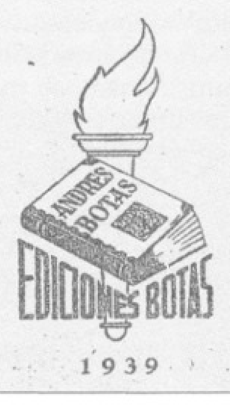
con prisas y sin orden. Alfonso Taracena, su fiel *Boswell*, dice que trabajaba desordenadamente. «Escribía a máquina, de cualquier manera… odiaba la meticulosa labor de releer sus escritos y ponerles comas y acentos… No tenía archivo alguno.» Todos los volúmenes autobiográficos fueron escritos de un tirón. Según don Pepe, escribía de prisa para no olvidar lo que estaba pensando. Le confesó a Emmanuel Carballo: «En el trance de la escritura actúo como un poseso» aunque «siempre he trazado minuciosamente el plan de mis libros». Quizá su autobiografía fue hecha con más premura que sus otras publicaciones. Quizá las redacciones del *Ulises Criollo* y *La Tormenta* estuvieron más cuidadas que *El Desastre* y *El Proconsulado*. Los cuatro libros, como es de esperarse, están escritos en primera persona, pero no se escribieron para dar a conocer la vida secreta, ni siquiera la vida privada de José Vasconcelos. Y quizá la menos íntima de las cuatro eras autobiográficas sea *El Desastre*. Aquí está muy lejos de ser egotista, de hacerse introspección, de recordar insomnios, diarreas, dolores de cabeza, sensaciones y sentimientos a la manera de los autores de diarios íntimos y de Marcel Proust. Aquí se habla más de otros que de él, más de la circunstancia que del yo, más de lo público que de lo privado.


JOSE VASCONCELOS

EL PROCONSULADO

Cuarta Parte de ULISES CRIOLLO

PRIMERA EDICION

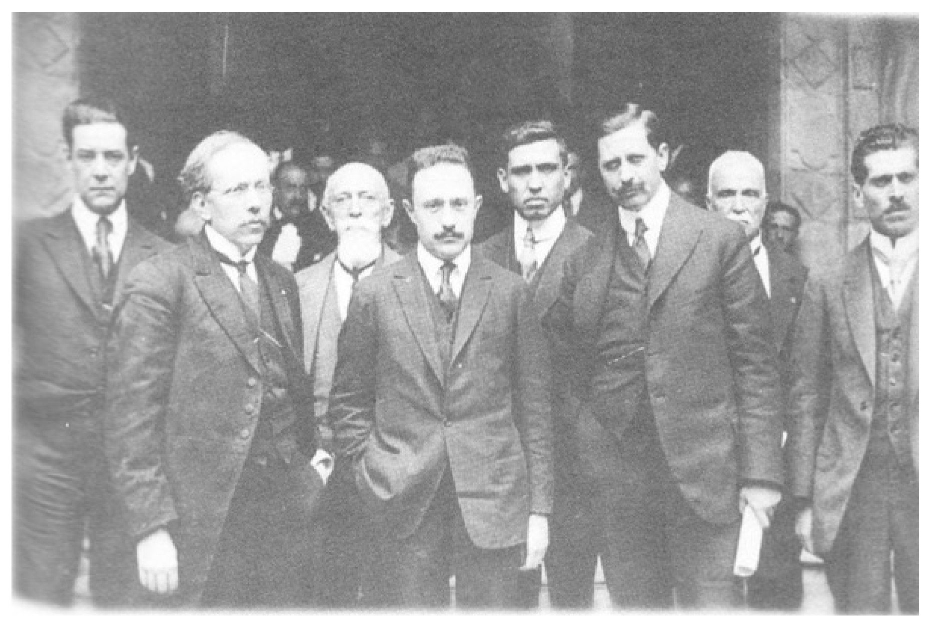


1939

Portada de *El Proconsulado*; 1939; AJV

Aunque escrito sin sosiego, a las volandas, como todos los

libros de aquel autor itinerante, pasional y fogoso, *El Desastre*, es menos íntimo que *Ulises* y *La Tormenta.* La mayor parte del rechoncho volumen lo cubre un momento sobresaliente de su vida pública. En su prólogo se lee que la presente obra es una «narración que abarca [en el autor] un periodo de madurez en que apagada, amortiguada la flama erótica, el anhelo se concentra en la obra social».



Al frente, de izquierda a derecha, Ezequiel A. Chávez, José Vasconcelos y Miguel Alessio Robles; *ca*. 1923; AJV

La felicidad en el desastre

Pese al título, casi la mitad del voluminoso libro narra los momentos más felices y fecundos de José Vasconcelos y su brillante equipo de colaboradores, muy minuciosamente seleccionados. Dice que después de correr «a todo el personal espurio» que vivía de la educación, rechazada la idea de introducir «centenares de profesores norteamericanos», se rodeó la crema y nata de México (Ezequiel Chávez, Roberto Medellín, Francisco Figueroa, Francisco Morales, el ingeniero Peralta, Jaime Torres Bodet,

Gómez Robelo, Adolfo Best, Julián Carrillo) y de la América Hispana (Gabriela Mistral, Pedro Henríquez Ureña y muchos más).

Muestra tanto orgullo de su personal como del presupuesto que le permitió ejercer el presidente de la república. Según lo cuenta aquí: El jefe de Estado «lo autorizó para pedir a las cámaras un presupuesto para el primer año de labores… una suma que era el doble de la destinada a educación por el gobierno de Madero y triple de la que se pusiera a disposición de Justo Sierra en la época porfirista». Sólo se duele de que el ministro de la guerra manejara un presupuesto mayor que el suyo.

La primera mitad de *El Desastre* es el mejor informe que se haya dado hasta ahora en México de una etapa educativa. Sin actitudes presuntuosas, en lenguaje llano, se describen las hazañas de mil intensos días de la SEP. En forma eficaz y sucinta, se da cuenta de algunos proyectos que se echaron a volar en los años del águila: la campaña contra el analfabetismo, el ejército infantil de educadores, la apertura de cinco mil escuelas, la incorporación al sistema de enseñanza de nueve mil maestros, la matrícula de más de un millón de alumnos en un sistema que antes no recibía ni quinientos mil, la hechura de numerosas escuelas técnicas e industriales, el establecimiento de unidades de pequeñas industrias, el reparto de desayunos escolares; las construcciones del Instituto Tecnológico de México y una flamante Escuela de Ciencias Químicas; la fundación de centros pro artistas que funcionaban al aire libre; la inauguración de bibliotecas aun en las más apartadas y minúsculas congregaciones; la constante prédica de los beneficios de la democracia; la exaltación del nacionalismo y de los valores de las culturas precortesianas; el edificio del Palacio de la Secretaría de Educación Pública, donde

pintaron a sus anchas los máximos artistas del momento, los que desde entonces corrieron con la fama de ser los tres grandes del muralismo mexicano: José Clemente Orozco, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros.

«Mi plan —escribe— estableció un Ministerio con atribuciones en todo el país y dividido en tres grandes departamentos… Escuelas, Bibliotecas y Bellas Artes.» Bajo el rubro de escuelas se incluyó la educación de adultos, la enseñanza indígena y la de la mujer. Según José Joaquín Blanco: «En toda la historia de México no existe un proyecto oficial [feminista] comparable al de Vasconcelos, ni más práctico.» Como quiera, dedicó menos espacio a referir sus realizaciones y más a quejarse de que «tenía que sostener lucha diaria para defender al Ministerio de Educación de las intromisiones de los políticos de uno y otro bando».



José Vasconcelos y Diego Rivera rodeados de los operarios que construían la Secretaría de Educación Pública.

«Aquí se habla más de otros que de él, más de la circunstancia que del yo, más de lo público que de lo privado.»

No se espere encontrar en *El Desastre* la información, y menos aún el elogio, de los que algunos consideran la obra máxima del vasconcelismo, la obra editorial. En ningún momento se adorna con la edición de los clásicos, las Lecturas Clásicas para Niños, las Lecturas Clásicas para Mujeres y dos espléndidas revistas: *El Maestro* y *El Libro y el Pueblo*. En aquella, aunque en papel modesto, colaboraban los dioses mayores de la literatura mexicana y ofrecía abundante material didáctico a los maestros. En la segunda, mensual y bibliográfica, aparecida por primera vez en marzo de 1922, se tuvo el propósito de «cultivar el amor a la lectura» y de sugerir «qué debe leerse y en dónde puede leerse».

El Desastre pudo haberle dado más espacio a la obra educativa que animó Vasconcelos. En sus memorias fue parco al referirse a su mayor hazaña, quizá porque en obra anterior ya se había referido a ella: *De Robinsón a Odiseo: pedagogía estructuralista*. También cabe aventurar la hipótesis de que Vasconcelos tendía a menospreciar los aspectos felices de su vida y de su obra y a poner énfasis en los desgraciados. Aun al referirse a los meses luminosos de la Secretaría de Educación Pública se detuvo más en referir los prietos del arroz: el incidente con la dictadura de Venezuela, la celebración forzada del centenario de la consumación de la independencia, las difíciles relaciones con algunos periodistas, su distanciamiento de Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso, la huelga de la preparatoria, la rebelión delahuertista, la ruptura con Obregón y su testaferro Calles, la desastrosa campaña electoral que le impidió ser gobernador de Oaxaca, el intento cismático y la persecución religiosa instrumentadas por el presidente Calles. Lo que pudo haber sido sólo una justa autoalabanza

se mezcló con reproches, narración de pleitos y entrada en escena de personajes cuchos y malévolos.


EL MAESTRO

REVISTA DE CULTURA NACIONAL

DIRECTORES

ENRIQUE MONTEVERDE Y AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ

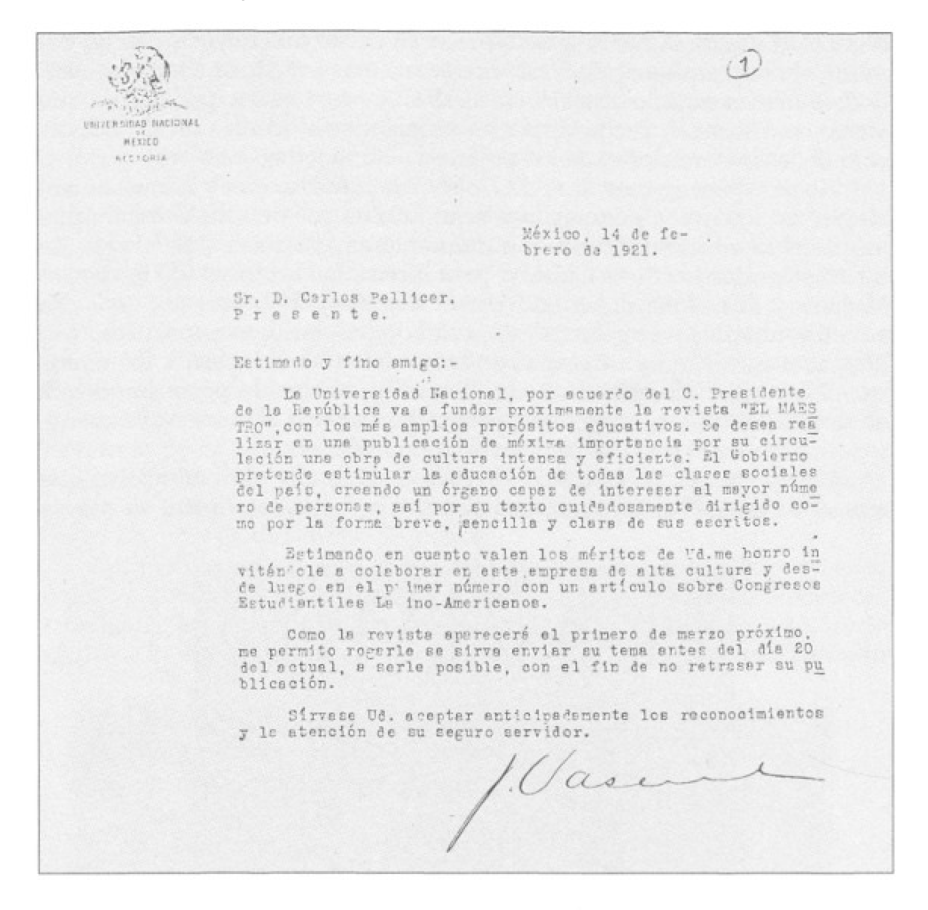
TOMO I



UNIVERSIDAD NACIONAL

MEXICO

Portada del primer número de la revista El Maestro; 1921; AJV



UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO RECTORIA

(1)

México, 14 de febrero de 1921.

Sr. D. Carlos Pellicer.
P r e s e n t e.

Estimado y fino amigo:-

La Universidad Nacional, por acuerdo del C. Presidente de la República va a fundar proximamente la revista "EL MAESTRO", con los más amplios propósitos educativos. Se desea realizar en una publicación de máxima importancia por su circulación una obra de cultura intensa y eficiente. El Gobierno pretende estimular la educación de todas las clases sociales del país, creando un órgano capaz de interesar al mayor número de personas, así por su texto cuidadosamente dirigido como por la forma breve, sencilla y clara de sus escritos.

Estimando en cuanto valen los méritos de Ud. me honro invitándole a colaborar en esta empresa de alta cultura y desde luego en el primer número con un artículo sobre Congresos Estudiantiles Latino-Americanos.

Como la revista aparecerá el primero de marzo próximo, me permito rogarle se sirva enviar su tema antes del día 20 del actual, a serle posible, con el fin de no retrasar su publicación.

Sírvase Ud. aceptar anticipadamente los reconocimientos y la atención de su seguro servidor.

J. Vasconcelos

Carta de Vasconcelos a Carlos Pellicer invitándolo a colaborar en la revista *El Maestro*

Viaje por el Viejo Mundo

El Desastre dedica más de cincuenta páginas a referir el viaje a la península ibérica; donde, según dice, fue «tratado fraternalmente» y se sintió «un poco en la situación del descendiente de aquellos que un día dejaron la patria peninsular en actitud más o menos rebelde y con el propósito de crear un mundo nuevo». Habla de su estadía veraniega en Madrid, de sus paseos por la Castellana que «era una fiesta de mujeres bonitas». Escribe: «Nada está

regimentado en España y ése es su encanto y su fuerza.» Cuenta cómo tuvo allá oportunidad de visitar espléndidos museos, asistir a tertulias, recorrer los caminos de España, solazarse con los monumentos y otros atractivos de Sevilla, Granada, Barcelona, Montserrat y Mallorca, y comer y beber espléndidamente a la usanza española.

Interrumpe aquí y allá la narración del viaje para hacerse preguntas como éstas: «¿Tenía algún sentido mi radicalismo? ¿Había algún odio, en verdad en el fondo de aquellos desplantes que han sido mi carga? ¿Qué extraño destino fracasado era el mío, que siempre me llevaba a posiciones de perseguido y de víctima y condenado a la mediocridad en lo material? ¿Salía alguien ganando en México con mi sacrificio?» Pero antes de dar respuesta satisfactoria a sus preguntas y preocupaciones continúa su viaje; deja a España; visita y describe Carcasona, Arles, Nimes y Marsella; conversa en Niza con Manuel Ugarte que poco después le escribiría a uno de sus amigos: «Ya está aquí otro expulsado de América porque le quiso hacer el bien.»

En las cien páginas siguientes nos habla con admiración de Génova, Florencia, Siena, Asís, Roma, el Vaticano, la campiña romana, Nápoles, Pompeya, Capri y Brindisi. Como de costumbre, entre sus descripciones de obras de arte, bellas damas, buenos platillos y escenarios campesinos, intercala reflexiones de este jaez: «La triste suerte del hombre de letras en México, ha sido servir de amanuense a los caudillos primarios, dueños del albedrío de una nación explotada en lo grande por el extranjero, en lo pequeño por la porción salvaje» de su gente. Al toparse por allá con el general Arnulfo Gómez, suspirante a la presidencia de México, piensa: «¡Ay del intelectual que se niega a echar discursos de encomio a estos malhechores!»

«El viaje a Grecia no lo emprendí como un devoto de la cultura ateniense, sino como paso lógico de mi ruta por el arte bizantino, paradigma de las futuras clasificaciones de mi *Estética*. Ni siquiera por lecturas recientes —prosigue Vasconcelos— estaba yo preparado para recibir las impresiones clásicas.» «Me proponía convencerme de que no es el Partenón el modelo supremo de la humana arquitectura, sino la basílica de Santa Sofía.» De todos modos tuvo que aceptar que la cultura clásica, testimoniada en el Partenón, «es mucho más nuestra… que la más auténtica antigüedad azteca y tolteca… Nunca se cansa la mirada de acariciar aquellos torsos y perfiles…» Como quiera, dedica sus mejores páginas a Constantinopla y especialmente a Santa Sofía y Santa Irene.

El expreso Sud Oriente lo llevó a Budapest. En Viena fue muy bien recibido por Iso Brante, quien lo puso en contacto con la vida política y cotidiana y con una loca ardiente. Después de dar la vuelta por Venecia, se puso al habla, en París, con Chacón y con Reyes. Hizo migas con estudiantes latinoamericanos y declaró: «A mí me ha irritado siempre un derechismo» que busca «los desechos humanos de una dinastía desprestigiada. Igualmente me irritan los extremistas que endiosan a Stalin». Cuenta en seguida su encuentro con Blasco Ibáñez a quien le reclamó el haberse ensañado, en su libro sobre México «en sus ataques al indio… Un español no debe hablar del indio en tono de imperialista *yankee*, porque lo más ilustre de la obra de España en América fue la absorción del indio».

En eso lo invitaron a dar un cursillo muy bien pagado en la Universidad de Puerto Rico. Con desgana volvió a América donde, después de leídas, publicó las charlas que constituyen el volumen titulado *Indología*. Luego en Chicago disertó sobre *Aspects of Mexican Civilization*. También

estuvo de maestro en la Universidad de Columbia, y según cuenta, a los siete meses de estar en Estados Unidos, en la primera mitad de 1928, ahorró cosa de tres mil dólares.

Los últimos capitulillos de *El Desastre* cuentan un enredo amoroso que tiraba a tragedia y terminó en boda; un viaje por Brujas, Gante y Amsterdam; más viajes y un libro; excursión con Carlos Pellicer por Florencia, Roma, Nápoles, Palermo, Taormina, Alejandría, El Cairo, Keops y la esfinge, Menfis, Luxor, Karnak, Jerusalén, la Tierra Santa. Otra vez en Estados Unidos expuso la legislación agraria de México desde la Colonia e hizo un gordo *Tratado de Metafísica* y un breve retrato del vecino del Norte, incluido en este volumen con el nombre de «Panorama en *Yankeelandia*». Cierra *El Desastre* con un capítulo de reflexiones hechas a propósito de la muerte de Álvaro Obregón.

Un autor universitario leído por el pueblo

En 1937 el padre Federico volvía a su terruño después de cumplir con un destierro de ocho años que le impuso el gobernador de Michoacán. Traía en su maleta, aparte de su breviario, los dos primeros libros de las memorias de aquel candidato a la presidencia de la república que menospreciaba a los cristeros. Como quiera, las memorias de Vasconcelos le habían gustado mucho al capellán de la cristiada Federico González, quien las prestaba a sus coterráneos con la recomendación de que no fueran a caer en manos de jóvenes y de mujeres. En mi casa estuvieron sucesivamente el *Ulises Criollo, La Tormenta* y *El Desastre* que mi padre leyó a escondidas de mí exactamente como lo hice yo a escondidas de él. Él con frecuencia comentaba su lectura con otros hombres de su edad e incluso les leía pasajes enteros de los mentados libros a quienes no sabían leer. La lectura de aquel único ejemplar, primero en dos,

luego en tres y, por fin en cuatro tomos de la vida de José Vasconcelos, llegó a una veintena de personas en un pueblo de mil habitantes.

No sé qué pasaría con las confesiones del San Agustín Vasconcelos en otras comunidades de la república. Tampoco sabría decir si sólo fueron leídas por los «malos», según el sentir de las izquierdas. Por lo que me tocó ver y experimentar me parece muy creíble la afirmación de Víctor Alba: «*Ulises Criollo* fue uno de los tres únicos libros que han tenido en México, un auténtico éxito de público. Los otros dos fueron la *Sucesión presidencial* de Madero y *El Verdadero Juárez* de Bulnes.» Quizá haya que agregar a los citados el trío de volúmenes que siguió al *Ulises*, pues no es creíble a la vista de las ediciones que se han hecho de *La Tormenta, El Desastre* y *El Proconsulado* que estos volúmenes hayan sido poco interesantes para el común de los lectores, como dicen algunos plumíferos envidiosos. Es ampliamente comprobable la afirmación de Emmanuel Carballo: «Cuando Vasconcelos da a la publicidad los cuatro tomos de sus memorias se produce una bomba en el mercado del libro. Los lectores toman partido: unos piden la cabeza del cínico (y a veces su tronco y extremidades) y otros solicitan para ese mexicano exhibicionista o sincero el reconocimiento y los parabienes de la patria. Se establece así la polémica, y casi tan curioso como extraño, los libros en cuestión se convierten en *best-sellers* y más que muy vendidos se vuelven muy leídos y comentados.»

En la Secretaría de Educación Pública y en la campaña de 1929 el prestigio de Vasconcelos, según lo recuerda Gómez Arias, «era enorme no sólo entre las capas intelectuales sino, también, entre las populares, quienes sentían por él una gran admiración y respeto». Ciertamente no hubo sublevaciones en su favor después del fraude de 1929, pues no había

charreteras que lo secundaran y ni simpatizadores extranjeros de los que le dieran fusiles. Ni como actor político ni como autor de libros Vasconcelos gozó de la simpatía de los hombres públicos y menos aún del cariño de los militares. Quien predicaba la democracia y la paz no tenía por qué exigir comprensión y afecto de los buscadores de poder y de los hacedores de trifulcas. En cambio, el hombre y la mujer sencillos, la gente distante del poder y amiga de la concordia se mantuvo fiel a las enseñanzas del maestro cuando éste, en vez de acciones y discursos, empezó a lanzar recuerdos en forma de libros.



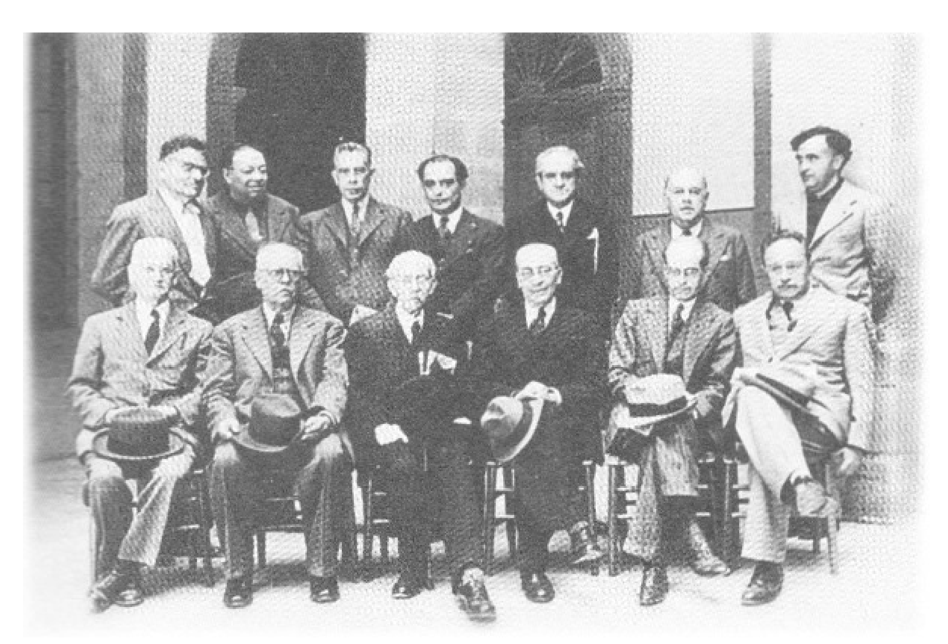
Vasconcelos rodeado por sus anónimos seguidores; 1929; Fondo Enrique Díaz del AGN

Puede atribuirse a la popularidad alcanzada por los textos autobiográficos del caudillo del 29 de la gran afluencia de obras del género memorioso en los dos últimos tercios del presente siglo y en este país que fue, por centurias, tan poco dado a las confesiones de los políticos. Casi todos los ex presidentes de la república, de Pascual Ortiz Rubio para acá,

han escrito o dictado recuerdos, que quizá por demasiado autocelebratorios y prudentes, han tenido bastante éxito de venta y poco de lectura. La excepción podrían ser las memorias de Díaz Ordaz que no se han publicado. Ya han sido excepcionales las autobiografías de algunos políticos de segundo orden. Ha sido bien acogida por los lectores la de Gonzalo N. Santos, el cacique de San Luis Potosí que llega a extremos de cinismo que jamás se permitió la obra que quería imitar. Han tenido fortuna entre los cultos, que no entre el pueblo raso, las memorias de Jaime Torres Bodet y otros funcionarios de la misma especie. Por lo que se ve, Vasconcelos sigue siendo el rey de los memorialistas, el de más arrastre, renombre y lucidez.

Un autor improvisado ante los doctores

Es de esperar que un autor tan claridoso y con tanta capacidad de insulto como José Vasconcelos no sea unánimemente reconocido y agasajado por todos los gargantones que lo han leído. En vida nunca llegó a tener los reconocimientos oficiales que se tributaron a don Alfonso Reyes, Antonio Caso, Ignacio Chávez, José Clemente Orozco, Diego Rivera, Enrique González Martínez, Mariano Azuela y demás miembros fundadores de El Colegio Nacional. De los llamados maestros eméritos de la república mexicana ninguno recibió como él la repulsa de sus colegas en los dos últimos decenios de su vida. Vasconcelos solía decir: «He muerto para muchos porque ya no les puedo dar empleo.» Los intelectuales, que murmuraban de él y le sacaban la vuelta, decían que su desamor era causado por las actitudes reaccionarias del último Vasconcelos. Según éstos era imperdonable que el ex ministro de Obregón hablara bien de Franco y otros dictadores y se hubiera hecho de la orden tercera de San Francisco.



Algunos de los miembros de El Colegio Nacional. De izquierda a derecha, arriba: José Clemente Orozco, Diego Rivera, persona sin identificar, Ignacio Chávez, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Carlos Chávez; abajo: persona sin identificar, Mariano Azuela, Ezequiel A. Chávez, Enrique González Martínez, persona sin identificar y José Vasconcelos; 1940; AJV



Con los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua. Entre ellos: Genaro Fernández McGregor, Francisco Monterde, Martín Luis Guzmán, Alejandro Quijano, Enrique González Martínez, Ezequiel A. Chávez, Julio Jiménez Rueda, Artemio de Valle Arizpe, Julio Torri y Alfonso Reyes; *ca*. 1940; AJV

Como quiera, muy pocos de sus coetáneos, incluso los que recibieron golpes verbales de su recia y franca personalidad se atrevieron a disminuir, por escrito, su figura. Martín Luis Guzmán, que sufrió varias arremetidas de nuestro *Ulises*, le confiesa a Carballo, «Él era para nosotros el genio.» Fernández McGregor escribe en *El río de mi sangre*: «Vasconcelos posee superior dosis de genio… Es el hombre que más ha influido en México después de Lucas Alamán. Sus memorias contienen trozos de magnífica prosa.» No se sabe qué diga Alfonso Reyes en su *Diario* de su camarada del Ateneo. Cuando lo entrevistó Carballo, dijo: «Fue el representante de la filosofía molesta. La mezclaba ingenuamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, esbozaba

ensayos de una rara musicalidad ideológica…» Julio Torri afirmó: «Me gustan las primeras ediciones de sus memorias.»

PUNTOS DE VISTA

Por GONZALO DE LA PARRA

Las Tormentas de Vasconcelos

I

Cuando apareció "Ulises Criollo", casi no hubo escritor, de polendas o sin ellas, como yo, que no comentase con elogio entusiasta la vigorosa obra autobiográfica de José Vasconcelos.

Con "La Tormenta", segunda parte de este libro, no ha pasado lo mismo, y, sin duda, muchos críticos o simples cronistas se abstendrán de comentarla, al decir de muchos de ellos, porque la citada obra es, desde todos los aspectos, muy inferior al "Ulises", y porque, además, una pasión baja muchas veces oscurece la pasión del panfletista en que se ha transformado este gran escritor que fué siempre, y será después de "La Tormenta", José Vasconcelos.

Nosotros también nos abstendríamos de juzgar este libro, si no hubiésemos sido requeridos por algunos amigos, y por el mismo editor de la obra en cuestión para que no dejásemos de hacerlo.

* * *

Aspiramos a escribir siempre con la mayor serenidad posible, ejercitando nuestro congénito espíritu de justicia, aunque se trate, como nos ha sucedido muchas veces, de juzgar a hombres que nos fueron hostiles y que aun nos persiguieron, desterraron, encarcelaron o trataron de asesinarnos.

Con ese prurito de serenidad y justicia que nos anima, aunque con frecuencia nuestra humana condición nos aparte de ese camino, formulamos en innúmeras ocasiones sinceros elogios para Vasconcelos, pensador profundo, poeta en prosa y escritor de vasta cultura. Precisamente por emborronar también nosotros cuartillas desde nuestro rincón, apreciamos como pocos el alto valer de los escritos de Vasconcelos, esmaltados de sentimiento, de filosofía, de encanto novelesco, de valor civil en todos sentidos y de saber y de mundo.

Nadie podría tachar nuestro modesto juicio sobre "las tormentas de Vasconcelos" como apasionado, porque si alguna pasión nos despierta la complicada personalidad de José Vasconcelos, es admirativa.

Pero entremos en materia, que mucho nos queda por decir y el tiempo de nuestros lectores merece respeto.

* * *

"Las tormentas" y no "La tormenta", debió llamarse este segundo tomo del "Ulises Criollo", absolutamente indigno de llamarse continuación de aquel admirable documento humano.

No es una tormenta; no es, mejor dicho, la historia o la descripción de una tormenta lo que nos ofrece Vasconcelos en esta ocasión.

Rugen y se desencadenan sobre nosotros, en estas 586 páginas, varias tormentas, cuatro al menos, para no subdividirlas demasiado: la tormenta de la Revolución, la tormenta del odio, el despecho y la venganza, la tormenta de la injuria y la tormenta de la vanidad.

Procuraremos analizar separadamente las diversas tormentas que antes de precipitarse sobre los lectores arrastraron y confundieron y estuvieron a punto de ahogar el espíritu y el talento del autor inolvidable del "Ulises Criollo".

LA TORMENTA DE LA REVOLUCION

Aparece esta primera tormenta descrita por Vasconcelos, bien incompleta, pero muy interesante en algunos de sus pasajes, particularmente el que se refiere a la huída de los Convencionistas.

Las páginas consagradas a este relato, llenas de realidad, de color y de veracidad, son, por los pintorescos hechos que relatan y por el estilo incisivo que las caracteriza, de un valor novelesco incomparable.

Exceptuando los juicios sobre los revolucionarios, que a cada veinte líneas deja caer el autor y en los que nos ocuparemos después, estos capítulos nos revelan a Vasconcelos en un aspecto nuevo de su inteligencia múltiple.

No es, sin embargo, posible en manera alguna, para quien no conozca la historia de la Revolución, formarse ni el más vago concepto del asunto con el libro de Vasconcelos. Por el contrario, en el ánimo de quien ignore los sucesos de esa época, los comentarios de Vasconcelos siembran el desconcierto y la confusión, aun en los que estén ligeramente informados del asunto.

Pierde en heroísmo y sacrificio la peligrosa odisea de seguir al Presidente Convencionista, el emprender la pintoresca hazaña acompañado de la amante intrépida, porque, con ella, toda la expedición se torna aventura de amor y no empresa política.

Como documento histórico, el libro de Vasconcelos es absolutamente nulo. No aporta ningún dato trascendental, ningún juicio exacto. Constituye, eso sí, una valiosa aportación para la historia de las pequeñas pasiones de los hombres.

LA TORMENTA DEL ODIO, EL DESPECHO Y LA VENGANZA

Esta segunda tormenta es la más furiosa de cuantas se desatan en las páginas de este libro. Ruge como un tifón, levanta cegadoras nubes como un simún, arrasa cuanto encuentra como un huracán, y sus rayos hieren a diestro y siniestro con la misma ciega y absurda injusticia de una tempestad en las selvas del trópico.

Asombra que un hombre de tan claro juicio, de tan largo peregrinar, de tan dilatada cultura, pueda perder la brújula a tal punto y revolcarse de pronto como un lépero mozalbete que vomita injurias contra el que dudó de su genio o se negó

Sigue en la última página, columna 7a.

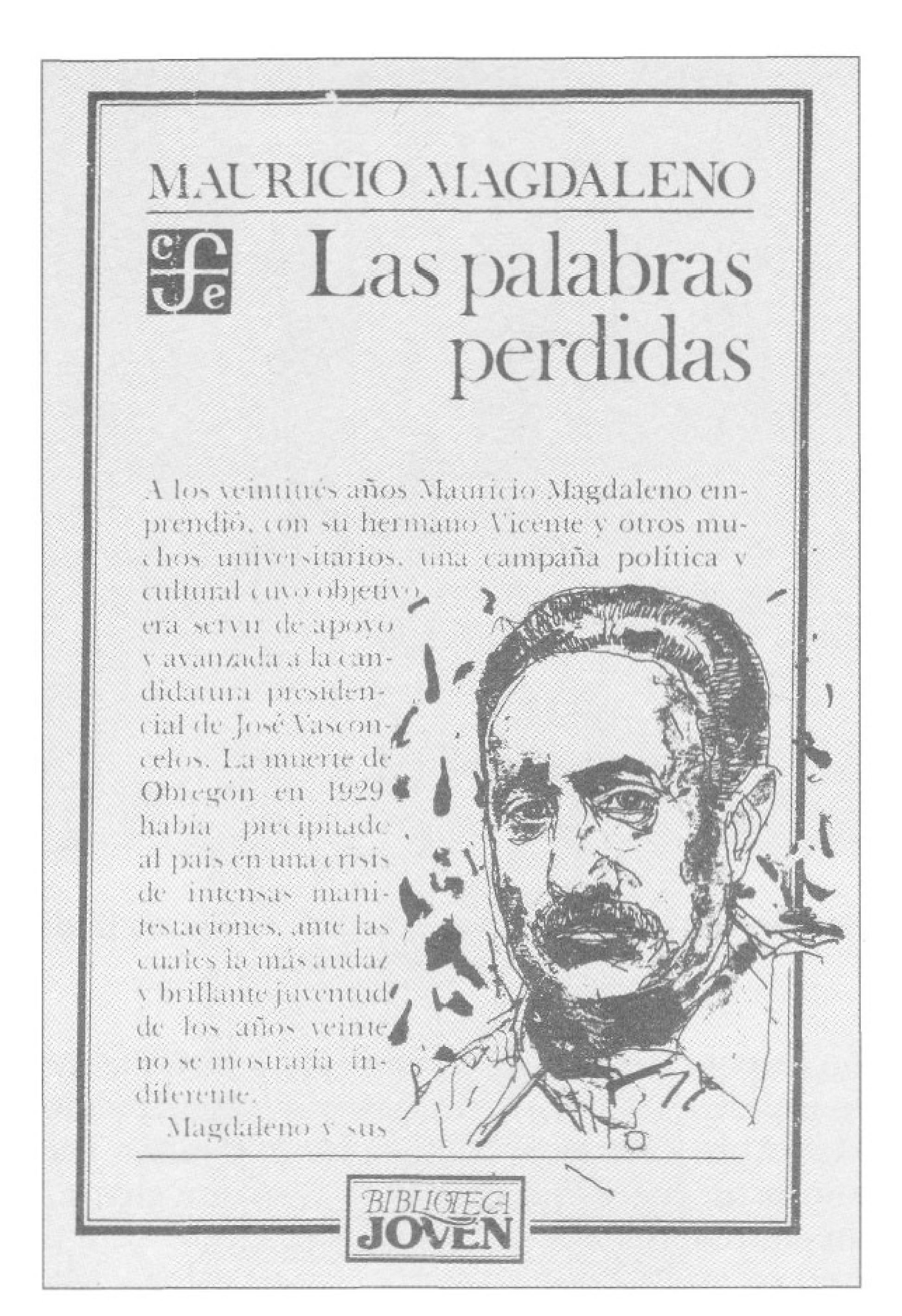
Artículos contra las memorias: Puntos de vista y la Odisea de un Ulises Criollo

Contra lo acostumbrado, la generación siguiente a la suya, la de los nacidos entre 1890 y 1906, la presuntuosa de los siete sabios o de 1915, trató con sumo respeto y signos de admiración a José Vasconcelos. Sirvan de botones de muestra los juicios tan benévolos de Salvador Novo, Carlos Pellicer, Max Aub, José Gaos, Alfonso Junco y Jaime Torres Bodet. La lengua venenosa de Novo reconoció en Vasconcelos a «un enorme pensador y un enorme prosista.» Pellicer solía decir: «Era un hombre de genio. Ninguno se podía comparar con Vasconcelos.» Max Aub dictaminó: «Vivió para contarlo. Esto en cuanto su obra literaria. Para su obra educativa supo escoger a los mejores en el momento debido. Lo único que no podrá hacer es descansar en paz.» Gaos lo tuvo por el filósofo más original de los nacidos en la América Hispánica. Alfonso Junco lo mimó por escrito y de palabra en la postrera edad. Para el poeta católico, «aquel hombre que escribía a puñetazos... era en lo personal lo más humilde, lo más afable, lo más natural, lo más bonachón que pueda darse». Y según su ex secretario Torres Bodet: «De los tres grandes educadores de que se ufana nuestro país (Barreda, Sierra, Vasconcelos) el tercero habrá de quedar... como el más atrevido y contradictorio, el más impulsivo y el más fulgurante, el menos lógico y el más genial.»



Del centro a la derecha: José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet y Salvador Novo; *ca*. 1950; AJV

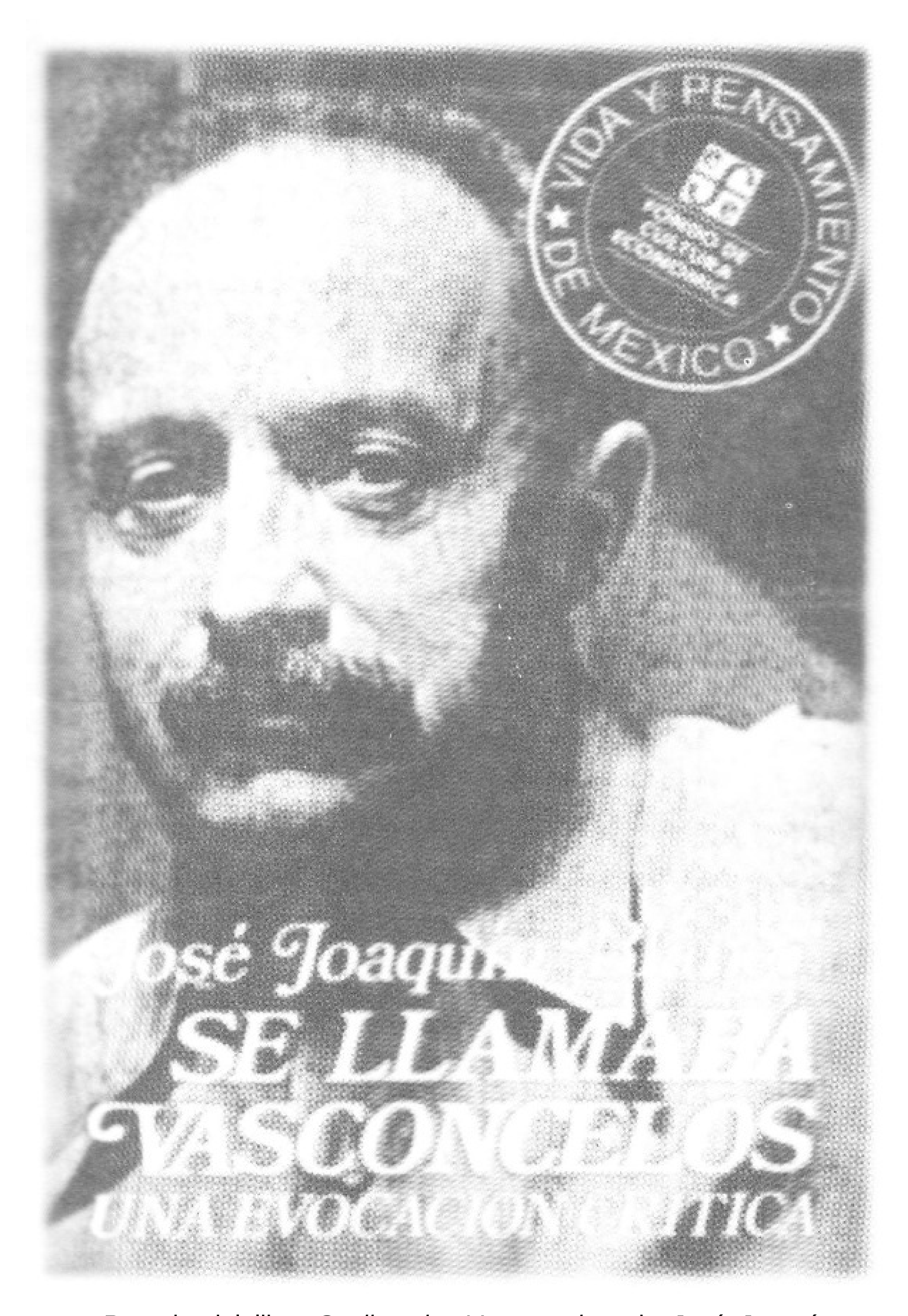
El juicio de Jaime Torres Bodet ha tenido seguidores en la camada de los neocientíficos, de los miembros sobresalientes de la generación de 1929 o vasconcelista. Los que se jugaron la vida para llevar a la presidencia de la república a Vasconcelos han producido un par de obras de primer orden: *Las palabras perdidas*, de Mauricio Magdaleno, y *La aventura vasconcelista*, de Salvador Azuela. El jesuita José Sánchez Villaseñor enjuició serenamente *El sistema filosófico de Vasconcelos*, pero quizá sea el dictamen de otro filósofo el que refleje mejor el sentir de la camada vasconcelista. Don Eduardo García Maynes ve en el universo vasconceliano «menosprecio del pensamiento conceptual o puramente abstracto; amor a la síntesis y desdén del análisis; irracionalismo; subordinación de la actitud teórica al enfoque artístico, y sobre todo, creencia de que en lo estético reside el principio metafísico del mundo».



Portada de *Las palabras perdidas*, de Mauricio Magdaleno

La personalidad extraordinariamente rica del político,

pensador, enamorado y memorioso José Vasconcelos también atrae la atención desde comedia hasta irreverente de algunos intelectuales de la generación del medio siglo. Agustín Basave despacha desde Monterrey un profundo y vasto análisis de *La filosofía de José Vasconcelos.* Fedro Guillén le dedica su libro: *Vasconcelos, apresurado de Dios.* Algunos jóvenes norteamericanos aspirantes al título doctoral lo escogen como tema de tesis. Emmanuel Carballo, en 1985, escribe de *El Desastre* que hoy se reedita: «Vasconcelos cuando acierta… ilumina lo que toca, devela el misterio de las cosas y formula acertados juicios de valor sobre ideas, hechos y personas. Algunas observaciones que recoge [en la sección turística de *El Desastre*] son dignas del mejor Vasconcelos… En una literatura como la nuestra, en la que son escasas las obras que tratan de viajes… Vasconcelos, como sucede en otros campos, es uno de nuestros escritores sobresalientes.» El mismo año, en otro artículo sobre la hazaña cultural de Vasconcelos, asegura: «Vista desde la perspectiva de hoy, su labor sorprende por su realismo y audacia. Supo entender lo que el país necesitaba a corto y a largo plazos.»



Portada del libro *Se llamaba Vasconcelos*, de José Joaquín Blanco, 1970

Mientras otras figuras gigantes de la constelación revolucionaria de 1910 tiran al olvido o disminuyen su estatura ante las nuevas generaciones, pese a los actos celebratorios de la rutina oficial, José Vasconcelos, a quien rara vez se le conmemora en las cúpulas del poder, del dinero y de la universidad, es recordado y leído cada vez con mayor frecuencia por los intelectuales de la generación recién llegada al poder y por jóvenes que aún no llegan. Las disquisiciones vasconcelianas de José Joaquín Blanco, Alicia Gómez Orozco, Enrique Krauze, Carlos Monsiváis, Margarita Vera y María de los Ángeles Yáñez indican que Vasconcelos va que vuela para clásico. Treinta años después de su muerte sigue vivo y suscita aún amores, odios y análisis serenos en gente joven de casa y de fuera. El treintañero José Joaquín Blanco ha escrito muchísimas palabras sobre Vasconcelos que terminan con éstas: «Como autor de variados contrastes, José Vasconcelos suscita demasiadas cosas, pone al lector a vivir abigarrada y convulsivamente; meses o años después de haberlo leído sigue bullendo en las mentes con tan extraordinaria amplitud que atrae y rechaza por igual a los más opuestos lectores.» Por lo que se ve, los mejores estudios vasconcelianos provienen hasta ahora de gente muy joven, de Skirius y de Fell, de un norteamericano y un francés.

Quizá la época y el México que le tocaron vivir no fueron el tiempo y la nación mejores para la personalidad creadora de Vasconcelos. Quizá todavía no sean los más a propósito para el gran hombre la hora y el país actuales. Como quiera, hay indicios de que se aproximan la hora y el México al que él hubiera servido sin estorbos, al que de todos modos servirá a través de su obra escrita, por medio de sus libros de filosofía y de ficción, históricos y proféticos, místicos y lujuriosos, y especialmente a través de sus memorias, del

Ulises Criollo, La Tormenta, El Proconsulado y *El Desastre.* Éste, el menos pesimista de sus libros autobiográficos, en su primer tercio informe de una labor descomunal y gloriosa; en el segundo, un inteligente y sensible libro de viaje, y en el tercio restante reúne diatribas contra los políticos corruptos; es látigo de dictadores y milites; incluye relatos de aventuras eróticas vesperales, reflexiones moralistas, elogios e insultos y otros muchos temas de los que hacen pensar y sentir. Por lo voluminoso, no es un libro para leerse de pie, pero aun cuando se lea sentado o en la cama mantiene despierto aun al más dormilón de los lectores.

EL DESASTRE



José Vasconcelos
Secretario de Educación.

Prólogo

Estas memorias, escritas, si no me equivoco, en el tono mayor del proceso ascendente que es toda vida que no se malogra, con el presente libro alcanza su tercer volumen. Más diestro que nosotros, el destino que nos rige nos deja caer, luego nos levanta, pero no se acomoda a situaciones perversas, ni se serena, porque su meta está más allá, en lo incorruptible y eterno. Y si bien se mira, tal es la ley de cuanto alienta. Falso todo reposo, salvo el de Dios. Fatal la brega en todo lo que de él se ha alejado. La paz de las estrellas es ilusión que se disipa cuando pensamos en los torbellinos que conmueven a los astros y arrastran las constelaciones. Y es cada átomo, desequilibrio permanente, catastrófico y constructivo de los electrones; destructivo también, a veces, como el hado de una vida que no supo emplearse; pero lo cierto es que ningún fragmento del cosmos se halla satisfecho; cada fracción de la pluralidad corre y se revuelve incapaz de hallar dentro de sí su propósito. Y en el orden humano, el drama, la inquietud, el afán, se acrecientan. De ahí que el simple relato de una vida requiera un estilo de fluir que constantemente se interrumpe de sobresaltos.

El Justo no encuentra dónde reposar la cabeza; pero también el malvado se agita, sólo que en estéril ajetrear. Y, en suma, todo afana en la Creación. Y ya que es falaz todo reposo, es mejor decidirse a la pelea noble, a la manera del

arcángel que lleva en la mano espada de fuego y en el corazón la justicia, en la mente la luz.

Sin presumir de hacerla de jueces, que no lo somos ni de nuestra generación ni de las anteriores, hace falta, sin embargo, adiestrar nuestro ánimo en el ejercicio más alto, que es el de la verdad y la justicia, frente a la iniquidad y la mentira. Y si todo esfuerzo resultase a la postre infecundo, todavía así, es mejor esforzarse que desistir y plegarse.

Si resultase que los más altos valores de la conciencia son nada más fantasmas, mejor es delirar entre fantasmas que palpar y compartir las dichas de la piara. Si el ideal no ha de cumplirse jamás, mejor es padecer la perpetua tensión del imposible que resignarse a un reposo vil. Se puede perder la patria, pero no se debe renunciar al cielo. Desprecio a los poderes del mundo que sean poderes de iniquidad o de estulticia; pero temo a Dios, mi único Señor. Proclamar la verdad a la faz de los que apoyan su dominación en la mentira es función del profeta, más gloriosa aún que la del héroe. ¡Malhaya el que busca complacer al malvado en vez de denunciarlo! ¡Dichoso quien ve hundirse su barca en mares de traición y de cobardía y no desiste de condenar la injusticia, el error, el engaño! Sobre todo hoy que los poderosos del momento, incapaces siquiera de la osadía y la soberbia que manda al cadalso al hombre de bien, se proclaman los buenos, pero hieren desde la emboscada con el asesinato impune y la calumnia. Para desafiarlos hacen falta las lenguas de fuego que son la señal del profeta. Recibir de ellos el daño es ganarse la consagración. Lanzada a la brega, la verdad no puede ser serena; debe ser agitada como la tempestad y luminosa como el relámpago, firme como el rayo que derriba las torres de la soberbia del mundo.

Hace mucho el que ama mucho, dice Kempis. Pero la

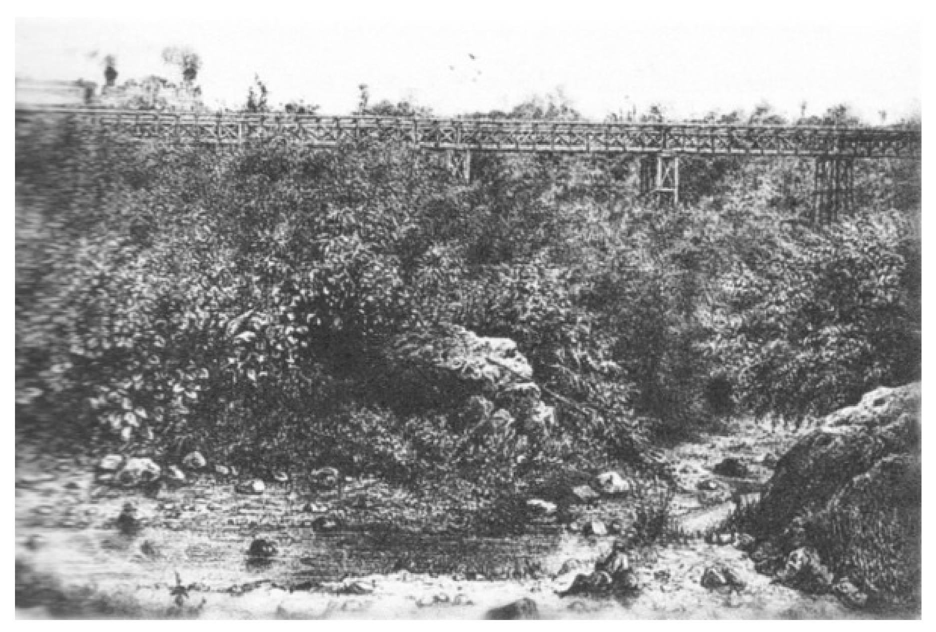
pasión se va concretando a través de nuestro tránsito terrestre en una serie de amores: la madre, la novia, la amante; luego, en la madurez, la patria, la raza, la misión que cada uno cumple. De suerte que arder es el estado propio del alma, unas veces calladamente como esas lamparitas de aceite que se ofrendan a las imágenes sagradas; otras veces en hoguera que se consume en la pasión o avanza victoriosa sobre la Sodoma de todas las iniquidades. La presente narración abarca un periodo de madurez en que apagada, amortiguada la flama erótica, el anhelo se concentra en la obra social. Breves años en que fue mi pasión la multitud, sus dolores y sus potencialidades. Igual que otros amores, también me fue infiel, me traicionó con rufianes, hasta que la patria misma, impotente y deshonrada, me vio salir de su territorio entre las maldiciones de los ignorantes y las risas de los malvados. Al principio me propuse incluir en un solo volumen toda mi acción política desde el Ministerio de Educación hasta la campaña presidencial del 29. Y prometí llamar a ese volumen *El Proconsulado* porque tal es la índole del régimen iniciado en ese mismo periodo; pero habiéndose alargado la exposición con el relato de viajes y sucedidos diversos, aparto el contenido de estas seiscientas y tantas páginas, bajo el rubro de *El Desastre*, porque pintan el comienzo del desastre patrio, y me reservo el nombre de *Proconsulado* para el volumen siguiente, que ha de reseñar el fracaso de mi campaña presidencial y sus consecuencias. Coincide, a la vez, la época que aquí recuerdo con el gobierno de Álvaro Obregón, hasta su muerte. El libro siguiente corresponderá entonces al régimen de franco Proconsulado que padecemos. Por encima de las ocurrencias políticas, el relato procura señalar la posición adoptada por el alma frente a las ocurrencias del tiempo. Posición de insumisa trayectoria que

todo lo va aprovechando para el logro del destino personal, que es lo que a cada cual interesa, por encima de la sociedad y del cosmos. Y sólo de esta suerte logramos reconstruir un panorama en que toman su sitio de jerarquía diversa los que nos amaron y los que nos odiaron, los que ofendimos y los que nos ofendieron, y todo el cortejo de nuestras pasiones y venturas, unido todo en el tiempo que ya no perece, porque se ha incorporado a la sustancia de la eternidad.

Imaginamos entonces que, así como la memoria revive fugazmente lo que fue, debe existir en algún espacio sobrehumano un territorio en que todo resucita y se endereza; se coordina según jerarquía de los valores, y se consuma la fiesta de la Gran Reconciliación. Ya sin amigos ni enemigos, unidos todos por amor celeste, pero así que se ha consumado la purificación por la justicia, la liberación por la Misericordia del Padre.

El misterio no se resuelve del todo, pero se aclara cuando contemplamos de esta suerte el destino, en perspectiva de infinito, esclarecido de luces que en el momento particular no se encendieron; manifestado el proceso entero según significados que deshacen la angustia, nos devuelven la confianza, nos conquistan la alegría. Creímos que las apariencias de la tierra nos llevaban al aniquilamiento y la congoja, y he aquí que de pronto renace la pasión permeada de infinito y su resplandor inmortal nos convence de que no es el término de la muerte sino la Resurrección.

San Antonio, diciembre de 1937.



Puente de San Alejo.
«El pensamiento de don E. Rabasa»

Introducción

Caminábamos en el vagón privado más viejo y más modesto de los Ferrocarriles Nacionales. Los coches de lujo se los reservaban, para su uso particular, los generales victoriosos en la reciente asonada. Unas cuantas literas todavía deshechas ocupaban el centro; al fondo, en la cocina, nos preparaban el almuerzo, y en el reducido mirador y despacho conversábamos despreocupadamente. Visiones de la noche anterior se proyectaban sobre el trayecto cambiante en que aparecían, sembrados de trigo y maizales, cúpulas y torres repartidas en el llano, silos de haciendas y esparcidas arboledas, cerrado el horizonte con la muralla irregular y distante de montañas azules. Fertilidad del Bajío, no muy abundante, pero risueña, bajo el sol matinal que dulcemente enciende el paisaje. Parte del más brillante grupo universitario me acompañaba en misión de agente viajero de

la cultura. De oradores, Antonio Caso y Gómez Robelo; de embajador de la pintura, Montenegro, y Carlos Pellicer y Jaime Torres Bodet, para colmar el afán de poesía que late bajo la capa de sus incomprensiones y sus desengaños, en todo público mexicano.

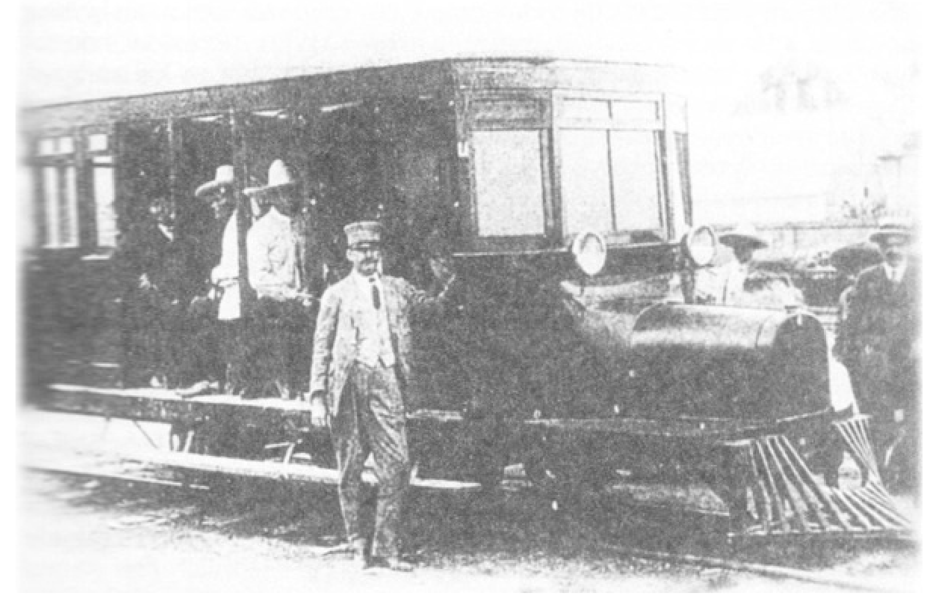
En la Escuela Normal de Querétaro, los maestros nos habían dedicado una fiesta. Corredores en arcadas, patios que se convierten en sala de baile nocturno interrumpido con piezas de concierto y de oratoria; siluetas de mujeres pálidas, ojos de bondad y cinturas de tentación. Y rostros de educadores modestos que se inflaman de entusiasmo al conocer nuestros planes y nos miran casi incrédulos, dispuestos, sin embargo, a la aventura de regenerar a un pueblo por la escuela.

Seudoconstitucionalistas ignaros y malévolos, en servil imitación de todo lo norteamericano, habían echado en manos de municipios, previamente despojados de sus rentas y de su autonomía, toda la carga de la educación primaria. Y nosotros tratábamos de resucitar la Secretaría de Estado que el porfirismo, bajo la acción ilustrada de Baranda y de Justo Sierra, había dedicado en teoría a la educación popular. Restituiríamos, al mismo tiempo, la tradición latina que busca en todo unidad y regla, centraliza la enseñanza. Tradición ocultamente perseguida por los que dirigen a conciencia, pero desde la sombra, el galimatías de nuestras diversas y sucesivas constituciones. Ya por la prensa habíamos informado a la nación de nuestro propósito, y a la falta de opinión pública, uno que otro político había apuntado que aquello lastimaba la soberanía de los estados. Pero si no existe opinión en pueblos habituados a la tiranía, sí es fácil aprovechar el instinto de rebaño con que se sigue y aprueba toda iniciativa gubernamental. Y en aquel instante, por ironía de las circunstancias, era yo el gobierno

en materia de educación. Y para hacer más notorio el cambio, y también más fecundo, decidí sobrepasar los estrechos límites del antiguo Ministerio de Justo Sierra, que sólo tenía jurisdicción en el Distrito Federal y dos territorios desiertos, convirtiendo de una vez la institución proyectada en un amplio Ministerio cuyas funciones cubrirían todo el territorio patrio. Y en seguida desbordarían, como llegaron a desbordar en cierta medida, por todos los países de habla española.

Los militares nunca han respetado el federalismo; cuando se trata de establecer guarniciones que tiranizan ciudades y aldeas, quitan y ponen gobernadores y deciden de las elecciones. Pero apenas se trató de que la Federación invadiese al país con maestros, se alzó en contra la patraña de una soberanía local, ya de por sí menoscabada y burlada. Era, pues, menester desautorizar a los opositores, rompiendo el obstáculo legal y, a la vez, poner al Congreso General en condiciones de aprobarnos el presupuesto de gastos del nuevo instituto público. Se imponía la reforma del texto constitucional vigente, y para lograrla hacía falta el voto de una mayoría de las veintiocho legislaturas locales. Por los caminos ordinarios, una iniciativa de esta índole tarda a veces años para quedar consumada. Y nosotros, de hecho, estábamos ya trabajando con poderes y recursos de Secretaría de Estado. Contábamos, desde luego, con la ferviente colaboración del presidente interino, don Adolfo de la Huerta, y con la promesa de apoyo del presidente electo, Obregón. Y ya sólo urgía legalizar nuestra acción, dar prisa a la creación de su legalidad. Para ganar, y en breve plazo, la acción de las diversas legislaturas regionales, no había otro recurso que combinarlos todos: la gestión personal, el resorte político y, por encima de todo, la presión popular. Para crear esa presión movilicé a la intelectualidad,

agrupada ya en torno de nuestra modesta Universidad Nacional, y comencé a remover a los hombres de pensamiento, a los maestros y periodistas de los estados. Era indispensable crear un estado de ánimo tal, que quien osase oponerse a la reforma o demorarla quedase señalado como enemigo público o como objeto de irrisión y de escarnio. Tal el propósito de nuestro viaje por el corazón del país en aquella mañana prometedora y oreada de brisa campestre.



Ferrocarril urbano

En primer lugar, visitábamos aquellos sitios en que ya nuestras gestiones escritas habían vencido casi toda resistencia. Pero a fin de dar notoriedad a nuestro triunfo y, en consecuencia, poder de contagio, en cada ciudad abríamos plaza por medio de conciertos, conferencias y mítines. Amigos espontáneos y vecinos entusiastas preparaban los festejos y congregaban al público. Si mal no recuerdo, fue Aguascalientes la primera capital de estado en que la declaración de reforma constitucional coincidió con nuestra presencia. Y esto dio lugar a festejos sociales lucidos.

El gobernador del pequeño estado era persona culta, desinteresada, generosa. En no pocos casos los gobernadores nos veían con hostilidad, ya porque se sintiesen invadidos en sus funciones, ya porque pretendían aprovechar la reforma para cobrar más dinero del Tesoro Federal. Adelantaban la condición de que se les entregase en forma de subsidio la colaboración federal, para ser ellos quienes creasen las nuevas escuelas. Nunca aceptamos transacción semejante, que habría roto la unidad de nuestro plan y hubiera puesto los fondos escolares en manos no siempre escrupulosas, a menudo irresponsables. Además, ofendía mi orgullo de intelectual la pretensión del político, el cacique local, el simple jefe de banda, hecho gobernador, de convertirse también en educador. Si el trato se hubiese concertado con los directores locales de Educación, la situación hubiera sido totalmente distinta. Pero los pobres directores, mal pagados, son casi siempre los siervos inconfesos de tiranuelos de ocasión que pesan sobre cada provincia. Casi siempre un palurdo de antecedentes sombríos.

Los artistas que congregábamos hacían ver las ventajas que cada localidad obtendría mediante la cooperación de maestros federales de modelado, pintura y artesanías de todo género. Los oradores removían la fibra patriótica y la esperanza de tiempos ilustres. Y en las discusiones de comité tocábame fulminar con amenazas de vindicta pública a los intrigantillos y pedantes que por excepción hallamos en una que otra Legislatura: «Al que se oponga lo señalaré como enemigo de la cultura y no volverá a ser electo», apostrofaba yo, y no del todo en falso, pues recién caída la dictadura carrancista y estando en momentos de quedar bien los del nuevo gobierno, existió cierta sinceridad de sufragio. No se vivía, como hoy, el bochorno de que sea otra vez el presidente de la república quien haga la lista de los

diputados al Congreso. Procedíamos, según se ve, democráticamente; es decir: persuadiendo al gran público y denunciando ante él a nuestros enemigos, nunca comunicando órdenes de ninguna superioridad. Y el haber nacido así de la libertad es una de las causas de la fecunda labor que en sus primeros años realizó el Ministerio de Educación.

Y no todo era fiestas. En el teatro de Aguascalientes hubo solemne velada en que Caso habló de filosofía, y otros más, de patriotismo; pero al día siguiente el artista Fernández Ledesma dio los primeros pasos para la creación de una escuela de cerámica que debía recoger y organizar la tradición de los operarios locales, derivada de la Colonia.

En Zacatecas nos agasajó espléndidamente el grupo liberal después de garantizarnos el éxito de nuestra iniciativa. En Guanajuato, el Instituto del Estado nos abrió sus puertas; Caso disertó en sus aulas y partimos dejando amigos comprometidos a apoyarnos.

En Guadalajara los maestros se hicieron nuestros aliados fieles. La promesa que les hicimos de una Escuela Industrial para Señoritas quedó cumplida a los dos o tres años. Las maestras jaliscienses cuentan entre lo mejor del país. La distinción de raza que por allí prevalece libra a las normalistas de cierta cursilería pedante que en otros sitios les resta autoridad. Cierta gracia natural, que en muchos casos se resuelve en ejemplares de belleza extraordinaria y una inteligencia despejada, señala, en general, a aquella gente como una aristocracia dentro de nuestro territorio. Y de Guadalajara la emprendimos rumbo a Colima. En los estados pequeños nos resultó fácil ganarnos de inmediato a la Legislatura y al gobernador; las resistencias del provincialismo eran allí más débiles, y la necesidad de

auxilios educativos, más urgente. Torpemente, cierta propaganda tiende a hacer creer que no hay nada en materia educativa antes de cada gobierno que se hace propaganda. La verdad es que por debajo de la serie de administraciones salvajes que habitualmente padecemos, en cada Estado ha habido siempre un grupo abnegado y amante del saber que constantemente realiza verdaderos prodigios, dados los recursos miserables que siempre ha tenido a su disposición. El gran florecimiento pasajero que logramos crear no hubiera sido posible de otra manera, pues lo que menos se improvisa es la cultura. En todas partes hallamos personal inteligente y bien dispuesto, heroico casi en medio de la indiferencia y el escepticismo de un pueblo burlado siempre, porque nunca ha sabido imponerse y exigir responsabilidades a sus gobernantes.

Visitábamos a Colima por la primera vez. Nuestro vagón de ferrocarril se quedó en vía de escape y nos trasladamos por unos días al hotel principal. La ciudad se miraba espaciosa en sus calles bien empedradas, limpias las aceras embaldosadas, pintadas de blanco y de azul las fachadas y en las ventanas rejas de hierro. De un solo piso las casas, y sin solución de continuidad, ligadas en bloques o manzanas de estilo colonial. Adentro, patios lozanos de macetas con gardenias y jazmines y huertos cercados de mampostería, de donde asoma el penacho tropical de las palmeras. Los españoles, hábiles para acomodarse al clima, transportaron de Andalucía la moda señorial y adecuada de los gruesos muros, los techos altos y vanos amplios, pero no numerosos, puesto que la luz deslumbra y la resolana quema en estas zonas. De esta suerte se obtienen recintos bien protegidos, sombreados y amplios, muy superiores a la casa estilo *bungalow* que los americanos han introducido por Panamá.

En Colima, donde no cuesta mucho el espacio, las huertas

son extraordinariamente grandes, no obstante que suelen estar en el traspatio en el centro casi de la ciudad. Y aunque ésta no carece de iglesias, plazas y uno que otro antiguo palacio, predomina en ella un ambiente vegetal, como de selva urbanizada, sumamente agradable.

Los vendedores de tuba son otra singularidad de Colima. De los extremos de una vara larga que lleva al hombro el vendedor, penden dos calabazos o guajes en que fermenta el jugo de la palma llamado tuba. Bebida deliciosa de dulzor que no empalaga, color claro, espuma ligera y escasísimo elemento alcohólico. El aguamiel de los magueyes da una idea de la tuba; pero en vez del dejo repugnante y los efectos terribles del pulque, la tuba es inocente y limpia; se agria cuando se pasa de punto y ya no se bebe; nunca embriaga. La tuba se obtiene a la manera del pulque, mediante una raspa que practica el labriego al atardecer, trepando descalzo y con destreza de mono, al cogollo en lo alto. Una olla apropiada recoge la destilación de toda la noche, y al amanecer se baja lleno el jarro para el refresco antes del almuerzo. Por desgracia, no se ha logrado hallar la preparación que permita conservar embotellado el líquido, y no se le puede beber fuera de la zona de los cocos. También es extraño que en el golfo no se elabore o no se produzca la tuba. En cambio, he leído que en Filipinas constituye la bebida popular.

De invitados pasamos una mañana en una de las huertas o quintas que producen la tuba, soñando despiertos con la ilusión de establecernos alguna vez para siempre en los alrededores de Colima, en sana paz y disfrute. Montenegro y Ledesma hicieron algo más que sueños estériles. Pintaron acuarelas de vendedor de tuba y otros tipos entre casas y panoramas colimenses. Y puede decirse que estos ingenuos trabajos fueron el comienzo de la pintura de tema popular

que más tarde hizo escuela. Así como también todo el renacimiento de la cerámica nacional parte del viaje que a Oaxaca habían hecho semanas antes Enciso y Montenegro. Unos platos decorados que por allá crearon Enciso y Montenegro fueron las primicias de lo que es hoy una industria artística. Lo que menciono para que conste que no se improvisan ni salen espontáneamente del pueblo las industrias y las artes, sino que constantemente hace falta la intervención del artista culto para iniciar o para resucitar la producción artística. De ahí se deduce también la necesidad de que las funciones del Estado recaigan en personas inteligentes y bien preparadas, pues no puede hacer nada el artista abandonado a sus propios recursos y es el gobierno quien únicamente puede, en los tiempos que corren, hacerse Mecenas y director, sistematizador de las actividades superiores, así como de las menores.

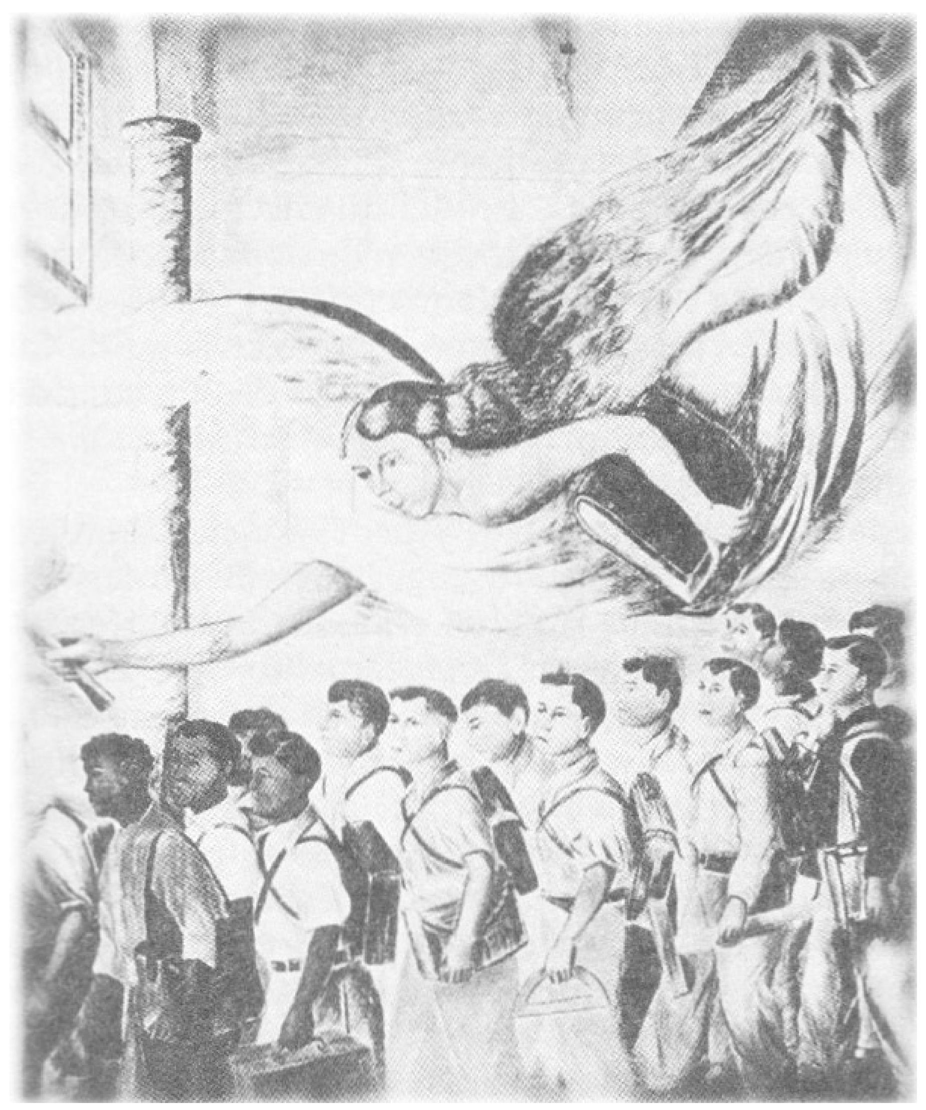
La Dirección local de Instrucción pública nos obsequió con una fiesta matinal en el teatro del lugar. Asistió a ella el gobernador para demostrar su compromiso de sostén de nuestra iniciativa educacional. Y se sucedieron las acostumbradas recitaciones, los cantos acompañados al piano y las piezas de concierto. El tipo de la costeña del rumbo es lindo, esbelto, gracioso, bastante blanco y de ojos y pelo negros; aunque el símil sea sobado, hay que decir que recuerdan la ondulación de las palmeras. En los hombres predomina el tipo macho de largos bigotes y apostura charruna. En el ambiente había alegría. Se adivinaban los efectos que un poco de dinero dedicado a educación produciría en aquella raza tan bien dotada. Una gran finura de alma se revelaba en el modo de cantar, en la manera de sonreír. La emoción patriótica despertaba, entregaba en esta ocasión a la esperanza más dulce. Y, de pronto, los niños que ocupaban media sala, en las lunetas, se contagiaron y se

pusieron a conversar en alta voz, unos con otros. Y llenó el espacio una suerte de oleaje musical de voces frescas. En vano los oradores, los cantantes, pretendían hacerse oír; las maestras, impotentes ante aquella subversión inconsciente, hacían señas, se mostraban abochornadas. Se anunció que hablaría el futuro ministro, y los niños, por completo indiferentes a jerarquías, continuaron su algazara inocente. Una maestra pretendió distraerlos contándoles un cuento; pero no estaban los chicos para cuentos. Por fin, no hubo más remedio que levantar el campo. Y salimos riéndonos de la ocurrencia, tomándola casi como un presagio de los buenos tiempos que venían para la escuela mexicana, en la que el niño iba a ser, ya no una carga, sino un tesoro.

Al día siguiente partimos para Manzanillo, a los baños de mar. Hasta la playa llegaban vendedores populares que ofrecen tuba, frutas y dulces. De allí sacó Montenegro el motivo de la vendedora de pericos que decora el vitral de la ex iglesia de San Pedro y San Pablo, titulada *De las Discusiones Libres*, en recuerdo de mis épocas de afición indostánica.

La ley de educación

Aparte de la reforma constitucional, urgía presentar al Congreso la ley que serviría de norma al nuevo Ministerio. Para formularla era menester el visto bueno del Consejo Universitario. Nunca he tenido fe en la acción de asambleas y cuerpos colegiados, y más bien me impacienta tratar con ellos. Sirven, a lo sumo, para dar alguna sugestión; pero, en esencia, para ratificar, legalizar la obra de un cerebro que a la hora de crear necesita sentirse solo, saberse responsable en lo individual. Por respeto al trámite, convoqué al Consejo y lo puse a discutir. Algunos consejeros exhibieron proyectos sabios. Don Ezequiel Chávez escribió un libro impecable. Pero yo ya tenía mi ley en la imaginación. La tenía en la cabeza desde mi destierro de Los Ángeles antes de que soñara volver a ser Ministro de Educación, y mientras leía lo que en Rusia estaba haciendo Lunatcharsky. A él debe mi plan más que a ningún otro extraño. Pero creo que lo mío resultó más simple y más orgánico; simple en la estructura, vasto y complicadísimo en la realización, que no dejó tema sin abarcar. Lo redacté en unas horas y lo corregí varias veces; pero el esquema completo se me apareció en un solo instante, como en relámpago que descubre ya hecha toda una arquitectura.



Cano Manila. La educación

En resumen: mi plan estableció un Ministerio con atribuciones en todo el país y dividido para su funcionamiento en tres grandes departamentos que abarcan todos los institutos de cultura; a saber: Escuelas, Bibliotecas y Bellas Artes. Bajo el rubro de Escuelas se comprende toda la enseñanza científica y técnica en sus distintas ramas, tanto teóricas como prácticas. La creación de un

Departamento especial de Bibliotecas era una necesidad permanente, porque el país vive sin servicios de lectura y sólo el Estado puede crearlos y mantenerlos como un complemento de la escuela: la escuela del adulto y también del joven que no puede inscribirse en la secundaria y la profesional. El Departamento de Bellas Artes tomó a su cargo, partiendo de la enseñanza del canto, el dibujo y la gimnasia en las escuelas, todos los institutos de cultura artística superior, tal como la antigua Academia de Bellas Artes, el Museo Nacional y los Conservatorios de Música. También desde la escuela primaria operan juntos los tres departamentos, encargados cada uno de su función: las ciencias enseñadas por la escuela propiamente dicha; la gimnasia, el canto y el dibujo a cargo de especialistas y no del mismo maestro normal, y la Biblioteca al servicio de todos, en sus diversos departamentos: infantil, técnico, literario, etc. Tan coherente, tan sencillo y vasto resultaba el plan contenido en las cortas páginas de una ley que en seguida fue al Congreso, que me han contado que D'Annunzio dijo de él, cuando un amigo se lo presentó en Italia: que era una *bella ópera de acción social.* Y siempre me ha preocupado la opinión de los poetas.

Como departamentos auxiliares y provisionales establecí también el de Enseñanza Indígena, a cargo de maestros que imitarían la acción de los misioneros católicos de la Colonia entre los indios que todavía no conocen el idioma castellano, y un Departamento de Desanalfabetización, que debía actuar en los lugares de población densa, de habla castellana. Intencionadamente insistí en que el Departamento Indígena no tenía otro propósito que preparar al indio para el ingreso a las escuelas comunes, dándole antes nociones de idioma español, pues me proponía contrariar la práctica norteamericana y protestante que aborda el problema de la

enseñanza indígena como algo especial y separado del resto de la población. A un grupo de antropólogos *yankees* que me visitó por esos días y me ofreció los servicios de no sé qué Instituto que acababa de terminar investigaciones entre los indios de Bolivia, le dije: «Aquí ya tenemos investigado todo eso, y resuelto, desde hace cuatro siglos.» Y, en efecto, los educadores españoles en el XVI, después de ensayar la creación de institutos para indios, resolvieron que era mejor educar juntos a indios y españoles. Y eso evitó que entre nosotros aparecieran problemas terribles como el del negro en Estados Unidos. Por otra parte, les dije: «Si hacemos reservación, como en los Estados Unidos, ¿quién va a distinguir al que es indio del que no lo es? Todos nosotros tendríamos que meternos a la reservación. Por fortuna, aquí dejamos de ser indios desde que nos bautizan. El bautismo dio a nuestros ancestros categoría de gentes de razón y basta.» Sin la venia, pues, de la Smithsonian, organizamos nosotros nuestra campaña de educación indígena a la española, con incorporación del indio, todavía aislado, a su familia mayor, que es la de los mexicanos. Apenas salí del Ministerio se inauguró el consabido Instituto de Educación Indígena, que es remedio de Estados Unidos en materia de política indígena, y triunfó la antropología de la Smithsonian; así se impuso lo *yankeezante* en todo lo demás. Y se lo merecen, puesto que nadie supo defender mi obra; antes al contrario, se sumaron todos, unos inconscientemente, otros a sabiendas, al coro de los que la negaban. Por la época que refiero, y mientras ocupé puesto oficial, todo era acatamiento y alabanza, con excepción de uno que otro artículo de diario grande que acostumbraba pegarle al funcionario que no se ocupa de ellos ni para subvencionarlos ni para encarcelarlos. Pero, en general, aun la prensa grande amordazó su rencor y su envidia porque

era arrollador el sentimiento de aprobación a todo lo que empezábamos a realizar.

El problema de la posición de las escuelas federales nuevas frente a las que sostienen los estados y los municipios lo resolvió mi estatuto, evitando la competencia y asegurando la colaboración mediante convenios periódicos. A los estados les dejamos, por lo común, la atención de las escuelas urbanas. En el municipio que ya tenía escuela no abríamos otra, sino que fomentábamos la existente. Y, en general, tomó para sí la Federación la carga más pesada de la educación rural. A los particulares se les dejó en libertad de sostener escuelas, que en muchos casos fomentamos. Y para el reconocimiento de los grados sólo exigíamos que la escuela privada adoptarse un mínimo del programa oficial.

Y lo que el Ministerio gastaba, lo administraba también por sí mismo. En el mismo presupuesto de Ministerio procuré eliminar el uso de partidas globales, que se prestan al abuso, y especifiqué en cada caso no sólo el número de escuelas, sino el costo, calidad y ubicación de cada una.

Y por lo que hace a las escuelas del Distrito Federal, que el carrancismo había entregado al Ayuntamiento de la capital, fue menester una lucha enconada para rescatarlas. Se hallaban en ruinas y cedió, al fin, el cuerpo de concejales, por presión pública y para librarse del compromiso, y después de firmar un convenio, nunca cumplido, de que anualmente pasarían al Ministerio dos o tres millones de pesos de tributo escolar.

A los tres meses, más o menos, de nuestra gira estuvo reunido el quorum de legislaturas necesario para la aprobación de la reforma constitucional, pero no antes de que el presidente de la Huerta terminase su interinato. Sin

embargo, De la Huerta dejó a nuestra Universidad con un presupuesto de cerca de dieciocho millones y con facultades y acción como de Ministerio.

El día de la toma de posesión presidencial del general Obregón me hallaba en Palacio entre los grupos, cuando me llamaron para que desde el balcón dirigiese la palabra a la multitud. Y prometí que la obra de educación seguiría adelante. Al concluirse las ceremonias de protesta de los ministros, Obregón me llamó aparte y expresó:

—Me ha dolido que usted, el que más trabaja y menos gana de todo el gobierno, no haya podido protestar como Secretario de Estado.

Le agradecí su sentimiento y repuse:

—La existencia del Ministerio será ahora cuestión de dos o tres meses, si usted nos apoya en la Universidad.

Obregón prestó ese apoyo sin reservas. Espontáneamente me autorizó para pedir a las Cámaras un presupuesto alto para el primer año de labores, asignación que, si mal no recuerdo, fue de veinticinco millones de pesos; una suma ridícula para una tarea seria; pero doble de la que había destinado a educación el gobierno de Madero, triple de la que se pusiera a disposición de Justo Sierra en la época porfiriana. También circunstancia favorable fue que en el Ministerio de Hacienda entrase con el nuevo gobierno el ex presidente interino De la Huerta, administrador honrado a carta cabal y amigo de la Secretaría en formación.

Yo no podía cobrar sueldo de ministro antes que el Ministerio existiese por ley; pero las eternas y desastrosas facultades extraordinarias que nuestros presidentes se hacen dar, en el mayor número de veces por incapacidad para prever las necesidades de la administración, sirvieron de mucho en nuestro caso, pues sin esperar formalidades de ley

comencé a disponer de los veinticinco millones que nuestra iniciativa solicitaba. Nombré el personal indispensable para los distintos departamentos, que empezaron a funcionar como dependencias de la Universidad, y abordé el problema de la casa para el Ministerio, vivo ya, aunque todavía se hallase sin legal bautismo.

Y empezaron las ofertas de los ricos de la ciudad. Al que me enseñó la casa más grande le dije:

—No me alcanza ni para una sola de las veinte direcciones que van a crearse. Además —comenté—, no soy yo carrancista.

Acostumbraron éstos inventar toda clase de dependencias por decreto, que luego se establecían mal que bien en casa alquilada o comprada. Esto de las compras solió ser pingüe negocio de agentes y funcionarios. Algunos aconsejaban rescatar el antiguo edificio del Ministerio de don Justo Sierra, una noble construcción colonial de la calle del Reloj; pero aparte de que allí había instalado el carrancismo otra dependencia oficial, para mis planes no hubiera bastado con el pobre entresuelo que ocuparon Baranda y Sierra. El edificio entero resultaba minúsculo para la vasta labor que ya se hallaba en marcha. En resumen: sin comunicarlo a nadie, para no suscitar recelos de unos y alarma de un oficialismo que escatima lo que se gasta en atenciones educativas y no advierte los derroches del Departamento de Guerra, me puse a estudiar planos para levantar un gran edificio propio sobre las ruinas de un viejo proyecto de Escuela Normal. Detrás de los escombros de la antigua Normal de Señoritas estaba el hermoso patio de arcadas del antiguo convento de Santa Teresa, mismo que en mi tiempo de estudiante había albergado a la Escuela de Leyes. Aprovechar este patio, anteponiendo un antepatio y un

palacio nuevo, tal fue la decisión adoptada. Y a fin de ponerla en obra, convoqué a ingenieros. Lo primero que me llevaron fue el proyecto viejo de Escuela Normal. Lo deseché por feo. En el sitio del actual antepatio colocaba un pabellón o sala de actos estilo porfirista; es decir: con mansarda francesa del siglo XVIII. El patio del fondo era uno de los más bellos ejemplares del Renacimiento español de la Colonia. Seguir ese mismo estilo en toda la obra era lo indicado. Y antes de que se terminaran los planos, se comenzó a descombrar y a cavar. La obra se la di al primero que se puso a trabajar en ella: el ingeniero Méndez Rivas. Me lo había presentado su hermano Joaquín, el poeta; pero no influyó la amistad en su designación para la obra; sólo el descubrimiento de sus talentos. Le vi desde el principio la decisión para comenzar y la constancia para concluir. Su educación militar, adquirida en el antiguo Colegio de Chapultepec, le había acostumbrado a la puntualidad, la precisión y el método para la tarea. Antes de que se concluyeran los planos ya habíamos terminado de levantar las montañas de escombros que llevaban cerca de ocho años apiladas. El camino ordinario para construir un edificio gubernamental era encomendarlo a la Secretaría de Obras Públicas. Allí tomaban un año o dos discutiendo fachadas y costos. En seguida la obra se daba a favoritos y la construcción se quedaba sin terminar, o se caía a los pocos años de concluida. Ejemplo: las pobres escuelas tan feas que hizo el porfirismo. Decidí, por lo tanto, hacer por nuestra cuenta y riesgo todas las construcciones. Y para no suscitar recelos, dimos la apariencia de reparaciones y adaptaciones. Un auxiliar importante tuvimos, y fue De la Huerta. Obtener la aprobación de un gasto regular era obra fácil; bastaba con obtener una firma del presidente, y con gran liberalidad Obregón me firmaba todo lo que le ponía delante. Pero hacer

efectiva la orden de pago, aun estando dentro del presupuesto aprobado, era ya otra cuestión que requería gestiones especiales. Informé a De la Huerta de lo que estaba haciendo; le hice ver la urgencia de que no me faltasen, para la raya semanal de los operarios, treinta o cuarenta mil pesos, y lo llevé a ver el campo de desolación que era, en el centro de la ciudad, un derrumbe largo tiempo suspendido. Expliqué a De la Huerta que el total de la obra requeriría setecientos mil pesos; acaso más. Me objetó al principio que no estábamos para construcciones; opinaba que era mejor alquilar un edificio o comprarlo ya hecho.

—Al contrario —le dije—; hacer obra material es deber de cada época, y será la gloria del nuevo gobierno.

Por fin, cuando vio lo que proyectábamos confesó:

—¿Qué vale todo lo que aquí se gaste, Pepe, si en la Secretaría de Guerra una movilización de tropas nos cuesta, a menudo, cuatrocientos mil pesos...?

—Que nada le dejan al país —comenté.

Pero no nos bastaba con un palacio para el Ministerio; hacían falta muchos palacios, muchas casas; por primera vez en la historia de México iba a existir un Departamento de Educación. Y volví los ojos a la Colonia. Bajo la Colonia sí se habían consumado edificaciones en grande; allí estaba la Escuela Preparatoria para demostrarlo, y la de Minería, y la de Medicina, etc., etc. Durante la Reforma, los mejores conventos quedaron convertidos en cuarteles. Naves tan hermosas como la de San Pedro y San Pablo servían a la tropa para sus retretes. Y ni siquiera se habían instalado con higiene. Como Ministro de la Guerra fungía el general Enrique Estrada. Era general improvisado, general de la revolución, pero no un hombre inculto; al contrario, había consumado estudios casi completos para la carrera de

ingeniero civil. Era imposible que no simpatizara con nuestros planes. Lo entrevisté, y antes de veinticuatro horas tenía las órdenes necesarias para ocupar todo el edificio de San Pedro y San Pablo y otro enorme cuartel por Peralvillo. En San Pedro y San Pablo instalamos en la iglesia rescatada una sala de conferencias o de discusiones libres; en los viejos patios, que estaban a medio derruir y obstruidos por los escombros, levantamos el actual anexo de la Preparatoria. Fue necesario sacar toneladas de tierra para poner a luz las hermosas columnas de piedra del primer patio; en el segundo patio había una sola línea de arcadas de estilo italiano, impecable. Inmediatamente construimos las otras tres, según el mismo estilo; quedó así cerrado el patio, que es hoy uno de los más hermosos de la capital. En el centro levantamos un monumento a Las Casas. De haber sabido yo entonces un poco más de historia patria, dedico el monumento a Pedro de Gante o a Vasco de Quiroga, los educadores eximios. En lo de Las Casas ha habido ya demasiada influencia antiespañola, o sea antimexicana. Al cuartel de Peralvillo metimos albañiles y artistas, y lentamente, reconstruyendo sala por sala, lo fuimos ocupando con las dependencias de una Escuela Industrial de Señoritas. La escasez hizo que la obra se demorara, y apenas si a los cuatro años, al salir yo del Ministerio, pude inaugurar lo que es hoy Escuela de Industrias Gabriela Mistral.

La adquisición de estos dos campos de escombros abrió una pista. Hurgamos en el departamento de Bienes Raíces de la Secretaría de Hacienda. Allí están registrados las casas, los terrenos procedentes de la amortización de la Iglesia, y las propiedades todas del gobierno. Había sido costumbre deshacerse de todo lo que era propiedad inmueble. A las administraciones derivadas de la Reforma de 1857 les

estorbaban terrenos y casas, que en muchos casos eran vendidos en vez de utilizados, y a pesar de que a menudo al día siguiente de la venta era necesario alquilar propiedades particulares para los distintos servicios de la administración; todo por el prejuicio implícito en la doctrina de la Reforma de que no debían las personas morales poseer bienes ni existir. El gobierno sólo tenía derecho a los ingresos de los impuestos. El Palacio de los Virreyes no se vendió en ciertas ocasiones porque no hubo quién lo comprara, pues, además de la tonta teoría económica, el estímulo de las ventas ha sido el negocio. Contando con que De la Huerta era incapaz de sancionar ningún negocio de tal índole, empecé a rescatar para Educación Pública lo que quedaba: las sobras de la Amortización. Y nos hicimos de terrenos sin construir que parecían inservibles, y ocupamos antiguos camposantos ya clausurados y que se habían echado en olvido. A esta legítima voracidad se debe, por ejemplo, la existencia del Estadio Nacional, de cuyos terrenos me apropié justamente en vísperas de una venta concertada por cierto ministro que era ya el lunar de la administración. Estos terrenos ocupan varias manzanas, al extremo de una colonización moderna de lujo. En ellos logramos construir el estadio y la escuela primaria «Benito Juárez», orgullo de la ciudad. Y allí mismo estaría hoy la Escuela de Medicina, con lujoso edificio moderno, si nuestros planes no los hubiese truncado y deshecho la iniquidad que vino después.

Pronto el departamento de ingenieros de la Universidad tuvo más trabajo que el Ministerio de Obras Públicas. Y como era de esperarse, surgió la reclamación. Se me acusó en los diarios de usurpación de funciones. El Consejo de Salubridad me reclamó asimismo, porque sin avisarle ni obtener su permiso había yo quitado las letrinas de la nave de San Pedro y San Pablo, y las había remplazado con

suntuosa decoración de azulejo artístico elaborado en Aguascalientes. A Salubridad respondí que lamentaba su queja, y que al abrir el pliego que la contenía pensé que me enviaban una felicitación por haber suprimido un foco de contagio en el centro de la ciudad.

En el ábside de esta ex iglesia inició Montenegro el movimiento de pintura mural que después ha trascendido más allá de la nación y es hoy práctica norteamericana.

La obra, sin embargo, adolece de pobreza del asunto. No hallábamos qué representar, y di al pintor como tema una tontería goethiana: «¡Acción supera al destino: vence!»

El incidente de Venezuela

Con el objeto de forzar la reforma educativa y preparar el terreno para la aprobación de los gastos elevados que demandaba nuestro programa, había aprovechado toda ocasión de hablar al público por declaraciones en los diarios y por discursos. De un extremo a otro del país llegaban adhesiones y enhorabuenas. Los más remotos poblados se desperezaban con la certeza de que pronto les llegaría un maestro, o por lo menos, el paquete de libros de las nuevas bibliotecas ambulantes. Cada fiesta pública era ocasión de renovadas excitativas para que el pueblo entero se interesase en la labor de la Universidad y colaborase en ella. Y llegó la fiesta de la Raza. En México no se quiso hacer de ella ceremonia oficial mientras fue fasto racial español; ahora celebran el día como Columbus Day, porque así lo dispuso la Panamericana de Washington. Cuando propuse a Obregón que secundara el decreto, ya existente, de Irigoyen y declarase día feriado el 12 de octubre, vaciló y acabó por decirme:

—Después de eso se vendría el proyecto de levantar una estatua a Cortés, y no es que en lo personal me parezca eso absurdo; pero se nos echan encima.

¿Quién? No lo dijo, pero todo el mundo lo sabe: el antiespañolismo y quien lo fomenta en la sombra.

En la ocasión fueron los estudiantes los organizadores de la conmemoración. Les cedí, al efecto, el anfiteatro de la

Preparatoria y prometí presidirlos. El escudo que había adoptado la Universidad era ya un compromiso. Además, en la Universidad manteníamos albergada, en secreto casi, una bandera dominicana rescatada cuando la ocupación de la isla por las tropas de Norteamérica. Morillo, el patriota dominicano que la había traído a México, estaba ya incorporado a la Universidad, en el ramo de acción latinoamericana. Un hermano de Blanco-Fombona, el novelista, escapado también de Santo Domingo después de resistir la ocupación *yankee*, estaba, asimismo, con nosotros dando la clase recién fundada de historia de la América española. Con ira habíamos inaugurado esa cátedra, haciendo notar que existía un curso de ese género en cada universidad *yankee*. En cambio, nosotros nunca habíamos otorgado el honor de cátedra especial a la lucha común y la existencia paralela de veinte nacionalidades hermanas por la lengua, la religión, la raza y la cultura. Se hallaba, pues, lanzado el hispanoamericanismo y el 12 de octubre era nuestro día.

La noche víspera de la fiesta me puse a pensar en la triste condición de nuestros pueblos, en dictadura perpetua algunos, como los de Centroamérica y Venezuela y otros entregados a las mismas corrientes que a nosotros nos han estado arrastrando a la supeditación moral y a la servidumbre económica. Y el caso de Venezuela, ya casi en el sueño, me produjo dolor físico del corazón. En Nueva York había tratado a no pocos desterrados venezolanos, en la época en que yo también era víctima del despotismo de mi patria. Y un lazo de solidaridad táctica se había establecido entre aquellos mártires de la libertad y mi persona; si ellos hubiesen derrocado al dictador de su país pensé, sin duda me invitan a mí a trasladarme a Venezuela. Y allí estaba yo disfrutando la efímera liberalidad del nuevo gobierno y

olvidado del todo de mis amigos. Y en el semisueño o en franca pesadilla se me aparecieron los presos de la Rotunda, rebeldes bajo el peso de sus grilletes y diciendo: «Irás mañana a la farsa de un continente que se dedica a las fiestas y alabanzas de su pasado, pero no es capaz de hacer su presente digno de las glorias que ensalza.» Y una especie de compromiso se selló en mi voluntad. Costase lo que costase y sin consulta de nadie, al día siguiente aprovecharía la ceremonia pública para denunciar la tiranía desdichada de Juan Vicente.

Resplandeció una de esas gloriosas mañanas del valle, oreadas y transparentes. Muy temprano me reuní con Julio Torri en el club de tenis que frecuentábamos varias veces por semana. Y mientras me derrotaba con la raqueta, le dije:

—Hoy echo en la Universidad una bomba que nos puede costar el puesto... pero no te aflijas; si nos corren, abriremos un despacho de abogado.

—Co... como tú quieras, Pe... pe —repuso Julio, y no hablamos más.

A eso de las once, el semicírculo de nuestra sala máxima universitaria se hallaba a reventar. Uno o dos ministros de países sudamericanos habían acudido, invitados por la comisión estudiantil. Y se pronunciaron discursos del género usual en la fecha, con gruesas alabanzas a los navegantes y evocaciones de las carabelas. Por fortuna, habíamos ya establecido la norma de los programas cortos. La condición que ponía para presidir ceremonias era que no durase su desarrollo arriba de hora y media. Al final del programa esperé los gritos de costumbre: «¡Que hable el rector!» Me fingí distraído; volvieron a pedir. «El rector, ¡el rector!» Dejé el asiento. Fuerza extraña me levantaba en vilo:

«Prescindiré —dije—, hasta donde sea posible, de mi

carácter de funcionario de una administración que mantiene relaciones cordiales con todos los gobiernos establecidos y atenderé más bien a los deberes de guía de la juventud, que el cargo de rector me impone. Así, pues, como maestro os digo que me entristece tanto hablar del pasado, y tanto ignorar y cerrar los ojos al presente bochornoso de nuestra América española. ¿Se ha preguntado cada uno de vosotros qué es lo que estamos haciendo para ser dignos de la herencia gloriosa de nuestros padres? Allá tenéis —añadí alzando el tono— al pueblo de Venezuela, pisoteado por un déspota imbécil y ramplón, cruel y deshonesto; es dueño de media república y tiene en la cárcel o en exilio a todos los patriotas. Ya que no podemos hacer contra él otra cosa, tomad una bandera de Venezuela y llevadla a pasear por las calles, para que flote libre en México, en tanto que pueda hacer lo mismo en su nación.»

Un silencio de estupor llenó la sala; luego, enardecidos, surgieron los vivas, los aplausos, los gritos: la asamblea se disolvió y como por hilo eléctrico circuló la consigna en las escuelas. En la de Bellas Artes, una señorita de la aristocracia empuñó una bandera venezolana y se echó a la calle seguida de los estudiantes. Convergieron hacia el frente de la Universidad otras escuelas y pronto se integró una poderosa columna que atravesó la ciudad, se detuvo frente a las redacciones de los diarios, gritando mueras a Juan Vicente y vivas a Venezuela libre. Los diarios de la tarde divulgaron las fotografías de la inusitada manifestación y por la noche dormí tranquilo, descargada mi conciencia y como si los presos de la Rotunda por telepatía me enviasen un abrazo de fraternidad.

La desazón empezó a la mañana siguiente. Los diarios todos, en primera plana, reseñaban brevemente los hechos de la víspera; pero la atención la dedicaban a la nota

reclamatoria presentada por el Ministro de Venezuela en la misma noche de los sucesos, y la respuesta, obsequiosa, servil casi, que el Ministro de Relaciones, un doctor Hidalgo, firmaba, reprochándome mis palabras y asegurando que no contaba con el respaldo del gobierno. Me dirigí con celeridad al despacho universitario, llamé a la taquígrafa y le dicté mi renuncia; la mandé en seguida, con mozo de confianza, a la secretaría particular de la presidencia. A poco llegó Julio, que era mi secretario, y le dije:

—Ahora sí; recoge tus papeles porque nos vamos.

Se presentaron los empleados, los poetas amigos, algunos artistas. Todos daban por consumada mi caída. Madrugaron también los periodistas y les informé: «Ya salió de aquí mi renuncia.» Sonó a poco el teléfono: era Miguel Alessio, que desde la secretaría particular recomendaba:

—No haga pública su renuncia hasta que hable con Adolfo.

—Lo siento, Miguel; pero ya estuvieron aquí los corresponsales y les avisé que había renunciado.

A los pocos minutos se presentó Alessio.

—Mire, Vasco: retire su renuncia y sin escándalo arreglaremos que vaya usted a Estados Unidos o a Europa con una comisión importante.

—No, Miguel; yo tengo adónde irme; me voy a mi despacho. Únicamente espero la respuesta a mi renuncia.

Y todo el día fue de discusiones y de visitas de amigos y de extraños; hubo plaza en la Universidad. Y comenzaron a llegar telegramas. «La Unión de Ferrocarrileros lo felicita por su discurso de ayer.» «El Sindicato de Tranviarios se solidariza»; etc. De los estados también empezaron a llegar adhesiones platónicas. Obregón estaba ausente de la capital y no declaró nada, ni podía intervenir en un conflicto que

por desgracia parecía planteado entre el presidente interino y su rector. En lo privado mandé decir a De la Huerta que lamentaba haberlo puesto en un compromiso, y que puesto que la culpa era mía, no vacilara en aceptar mi renuncia y que yo lo visitaría como amigo tan pronto como dejase el puesto. Al siguiente día los diarios publicaron adhesiones de sociedades y gremios que no sospechaba se interesasen en el caso. También unas declaraciones fulminantes del general Plutarco Elías Calles, a la sazón Ministro de la Guerra. Calles afirmaba que se hacía solidario de mi actitud; que admiraba el empuje de un revolucionario que, no conforme con haber contribuido a la liberación de su país, luchaba por la libertad más allá de las fronteras. Calles no tenía por entonces peso en la opinión; pero era el Ministro de la Guerra quien desautorizaba al de Relaciones. La situación se puso interesante, y De la Huerta la resolvió con habilidad; me devolvió sin respuesta el pliego de renuncia; y anuncié que la había retirado y todo quedó en paz. A las pocas semanas, el ministro de Juan Vicente se retiraba de México. Pero, lo que es más importante, el gobierno de Venezuela, junto con el retiro de su ministro en México, decretó la libertad de los presos… «para probar que ese energúmeno, ese lunático de Vasconcelos, que no comprendían cómo dirigía una Universidad, calumniaba a Venezuela y a su pueblo»; etc., etc… Tales fueron las palabras de Vallenilla, el vocero de Juan Vicente; pero los presos salieron de sus celdas y muchos ganaron el extranjero. Más tarde volvieron a caer otros bajo la garra; pero, por lo pronto, la celebración de la fiesta de la Raza había producido un soplo de libertad en el continente.



Plutarco Elías Calles, presidente de México entre 1924 y 1928

Y como era de esperarse, en seguida me vi metido en polémicas. El turiferario máximo de Gómez, Vallenilla Lanz, me dedicó enconados denuestos y me mandó obsequiar la colección de sus obras: *El Cesarismo Democrático*, la justificación del gomismo. En cambio, gané amigos de toda la vida entre el elemento sano y patriota de Venezuela. A las pocas semanas llegaron a México desterrados venezolanos; querían armas y municiones; yo no podía darlas, pero los llevé, ya bajo el gobierno de Obregón, con Calles, que había pasado a Gobernación, y con el propio presidente. Un grupo de damas venezolanas se dirigió a Obregón pidiéndole interviniera moralmente, y Obregón organizó un grupo de damas mexicanas amigas de Venezuela, que encabezó su esposa. No se llegó a hacer envío de expediciones porque se dejó morir el entusiasmo. En cambio, México se hizo centro de refugiados, metrópoli de la libertad... por tiempo muy corto, pero al fin un momento ilustre. Y se sentó un precedente de solidaridad continental.

El caso me dejó un compromiso. El general Calles, a quien apenas había tratado, se había puesto públicamente de mi lado en el conflicto con el Ministro de Relaciones. Algo se tramaba ya para hacer de Calles el sucesor de Obregón, pero la idea parecía ridícula. Venciendo una repugnancia instintiva me presenté en el despacho de Guerra para dar las gracias a Calles. Me recibió éste con bastante cordialidad. En lo sucesivo, en los consejos de ministros y en los encuentros privados nos hablábamos con deferencia, aunque la corriente de simpatía nunca pudo establecerse. Nos saludábamos y nos quedábamos callados sin cosa que decirnos. Una sonrisa forzada llenaba los silencios. Nunca di importancia a la situación. Si me hubieran dicho que aquel hombre sería el presidente próximo, me hubiera reído; en seguida me habría horrorizado, me habría desanimado de la labor que con tanta fe desarrollaba creyendo que, por fin, el país entraba en el sendero de la civilización.

El respaldo público de Calles determinó que corriera la voz de una intimidad entre el jefe sonorense y mi persona, que en realidad nunca existió. Sin embargo, no podía yo negarla cuando se presentaban amigos necesitados de utilizarla. Entre los recién amnistiados por el nuevo gobierno andaba el general Almazán, mi amigo del destierro de San Antonio, mi colega en el maderismo y en el anticarrancismo. Al triunfo del obregonismo andaba con unos cuantos hombres, fracasado, por las sierras de Nuevo León, y se acogió a la amnistía general. En seguida gestionó su ingreso al ejército. Sus bonos andaban muy bajos por el error grave que cometió haciéndose servidor de Victoriano Huerta y de Félix Díaz, llevado de su resentimiento contra Madero. Y se me presentó en la Universidad. Le tenía yo por entonces aprecio sincero; era simpático, valiente, y más culto que la mayoría de los generales de la revolución, dado

que estudiaba ya medicina cuando se lanzó a la rebelión maderista, movido de ideales puros. Y me inclinaba a echar en olvido su error. Infinidad de veces me había dicho:

—Pregunte usted a los de Villa y ellos le dirán si no fui yo humano con los prisioneros de la revolución; nunca olvidé que yo también había sido revolucionario.

Todo esto se lo conté a Calles cuando en guerra estaba en estudio el expediente de Almazán. Pero hice más. Ganaba ya fama Calles de brusco y atrabiliario, y Almazán no es hombre dejado; temía una primera entrevista penosa con el Ministro de la Guerra, una regañada «previa al otorgamiento del grado».

—Acompáñame a la primera entrevista con Calles —pidió Almazán, y lo hice.

Calles se portó con generosidad; nos recibió a los dos de abrazo. Almazán salió encantado.

Calles se preparaba ya amigos para el futuro. Después se ha hablado mucho de que era valor entendido que tras de Obregón subiría Calles; yo no lo creo; amigos de verdad nunca lo fueron Obregón y Calles, y no tenía Obregón por qué contraer compromisos con un partidario que resultó de primera fila por los servicios que había prestado en el cuartelazo, pero que era, al fin, un subordinado sin arrastre nacional; todo lo contrario: mal visto por sus antecedentes macabros.

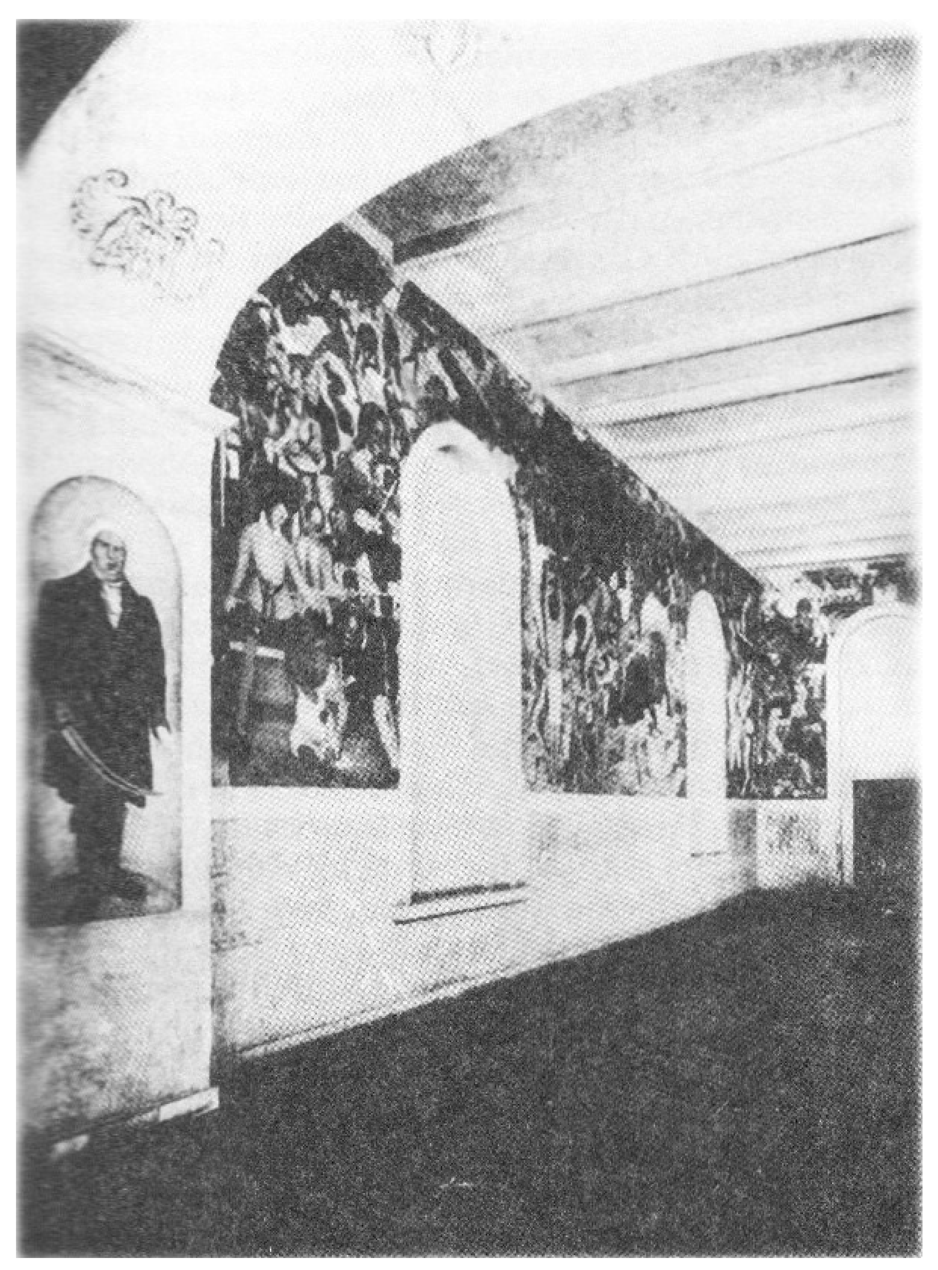
Más bien supongo que aquellas amabilidades de Calles tenían por objeto, simplemente, hacernos olvidar su pasado lamentable.

El homenaje a Zapata

Nos hallábamos en un periodo de sincera reconciliación revolucionaria. Las condiciones en que había triunfado Obregón, apoyado por el país, que deseaba verse libre del gobierno carrancista, nos obligaban a la cordialidad. El carácter sencillo y generoso del Presidente interino De la Huerta había contribuido admirablemente para unirnos a todos en el olvido de las disidencias y la ambición de lograr algo en beneficio de la patria. La amnistía general sin condiciones, decretada por De la Huerta, había provocado el regreso de un sinnúmero de refugiados en el extranjero. Los rebeldes que, como Pancho Villa, se sostuvieron en el campo durante todo el carrancismo, se habían rendido gustosos. Se habían incorporado algunos al gobierno y otros se habían retirado a la vida privada, como el propio general Villa. Y los restos del zapatismo, que heroicamente se mantuvieron en las serranías del Sur en oposición violenta a Carranza, acudieron también a estrechar la mano de los viejos camaradas. Muerto Zapata, que era la lacra del zapatismo, habían quedado en pie sus mejores auxiliares, los cultos y los abnegados, los que no se hicieron de tierras ni fusilaron por voluptuosidad, ni participaron en los desmanes que en nombre de la revolución ejecutaron tantos. La plana mayor intelectual zapatista: Díaz Soto y Gama, Octavio Paz, Gildardo Magaña, hombres limpios y revolucionarios sinceros, sumáronse al gobierno delahuertista; siguieron después con Obregón. Por desgracia, más tarde, no pocos de

ellos transigieron con el callismo; pero en la época que reseño, el zapatismo quería decir, ya no el ebrio inconsciente, sanguinario a lo Eufemio Zapata, tampoco el beodo Emiliano, sino un grupo de hombres de buena fe y de capacidad notoria dentro de la pobreza intelectual de nuestro ambiente político; hombres empeñados en salvar del caos de los cuartelazos la idea agrarista que exige la destrucción del latifundio y la creación de la pequeña propiedad, la restitución de las tierras que el indio recibió de la Colonia, los ejidos usurpados por el hacendado de la época porfirista, etcétera, etcétera.

Ahora bien: en el rompimiento del gobierno de Gutiérrez con los zapatistas yo me había distinguido por la resolución con que acometí al propio Zapata y a sus líderes más influyentes. Así es que cuando, siendo ya rector que hacía ruido en todo el país, me invitaron de Cuernavaca a visitar el estado para enterarme de los progresos que en él se consumaban en materia de organización agrícola, no tuve más remedio que aceptar. Y un domingo me fui con un par de amigos en un auto, sin armas y sin escolta, entregado del todo a la lealtad de los antiguos adversarios. Y nada pudo ser más eficaz. Desde la entrada, por el abandonado adoratorio hecho ruinas, un grupo de a caballo rodeó nuestro auto para darle guardia de honor. Empezaron a estallar cohetes y se reunió gente en la plaza; en algunas calles había arcos de flores, y en el viejo Palacio de Cortés nos dio la bienvenida el gobernador, un ex médico de los zapatistas, doctor Parres, hombre culto, afable, inmejorable persona.



Murales del Palacio de Cortés, en Cuernavaca, Morelos, pintados por Diego Rivera entre 1929 y 1930

El secretario de gobierno era el ingeniero Peralta, fornido, alto, agresivo, zapatista apasionado, pero educado en la Escuela Naval de Veracruz, perito en náutica y hombre

práctico, además de militar combatiente. Unas dos horas me tuvo encerrado el ingeniero Peralta mostrándome los expedientes agrarios y la ley que acababan de dar él y el doctor Parres como gobernantes interinos, dotando de tierras, a costa de los viejos latifundios, a todos los poblados de más de cuarenta casas, o algo por el estilo. Parres también me habló largamente de su participación en el zapatismo como médico de Zapata y de sus hombres. Y yo pensaba: «Todo esto está bien, porque ya desapareció Zapata; si Zapata viviera, todos estos hombres capaces, patriotas, estarían dentro de sus filas mismas, amenazados de asesinato por la intriga, la envidia de los favoritos sin escrúpulos que predominan en el ánimo de los zafios.» Me abstuve de expresar lo que pensaba, como por tácito acuerdo nos absteníamos todos de pronunciar el nombre de don Emiliano. Lo que se hacía en aquellos momentos era consumar el viejo ideal de la revolución: dar tierras al campesino y apoyo económico para sus siembras, educación para sus hijos, libertad para el disfrute de las conquistas de su trabajo. Y todo sin personalismos de tribu, sin capricho de hacer mitos a base de bandidaje y torpeza.

La misma ley que estaba sirviendo a los nuevos gobernantes era la ley de Ejidos de Cabrera, y más bien dicho, la ley de Ejidos de la Colonia que Cabrera resucitó. Y Cabrera, por carrancista, había sido odiado de los zapatistas. Sin embargo, les sirvió de cerebro; ni pudo ser de otro modo, puesto que el zapatismo auténtico, explosión de justos odios y revancha de ilotas, no tenía, no pudo tener nunca una doctrina; el Plan de Ayala, ya se sabe, era copia del Plan de San Luis, de Madero. Es decir, a la hora de formular planes y después a la hora de gobernar, la barbarie inculta tenía que repetir los dictados de la intelectualidad revolucionaria, por mucho que la odiase.

A mediodía, en el banquete formal que nos dieron en el Borda, al pie de los mameyes y los naranjos, se soltó el chorro incontenible de la elocuencia. Incontenible y peligroso, por la abundancia de pulque curado de almendra, cervezas y vinos que lo alimentaba. Y nos pareció que el ingeniero Peralta, de rostro trigueño un tanto ceñudo, nos dedicaba miradas escrutadoras. Y el general Genovevo de la O, antiguo lugarteniente de Zapata, célebre por sus desmanes y a la sazón comandante de la zona, a la derecha del gobernador, abría los ojos sin expresión; no decía nada. Aparte de sordo que era, en el instante parecía también mudo. El gobernador, en cambio, infundía confianza con su tipo suave de criollo bien educado. Y en voz baja, con ademán discreto, se imponía a todos, mandaba de verdad en aquella ínsula. Después del discurso en que el ingeniero Peralta lanzó amenazas «contra la reacción» y explicó la labor agraria que se consumaba y debidamente «recordó al gran Zapata sacrificado por la reacción carrancista», el gobernador Parres en palabras cordiales nos dio la bienvenida y saludó la era de reconciliación en que venturosamente nos hallábamos. Aproveché la respuesta para expresar la emoción con que había recibido el pliego en que se me invitaba a visitar aquella capital del zapatismo, emoción debida a que también sentía la necesidad de juntar a todos los sobrevivientes honrados de la catástrofe revolucionaria para formar, todos unidos, el gran partido de la patria dentro de la orientación reformista de la época. Cada discurso era aclamado por la concurrencia, que había ido engrosando a estilo de pueblo, con todo el que quiere acercarse, y a respetuosa distancia se suma al corro.

El ingeniero Peralta, rodeado de su estado mayor de agraristas jóvenes, ingenieros y coroneles del zapatismo, hizo seña de que hablaría de nuevo, y dirigiéndose a mí ya

en forma directa manifestó su satisfacción de que yo hubiese reconocido la importancia de lo que se estaba haciendo en el estado; añadió que saludaba en mí a la intelectualidad al servicio de la revolución y los humildes, y que eso mismo era lo que había soñado su ex jefe el general Zapata; y acabó, tras de párrafo lírico y cordial, tendiéndome los brazos. Por lo que hube de levantarme del asiento y, conmovido también, resistí uno de esos apretones atléticos que le dejan a uno magulladas las costillas.

Uno de los de mi reducida comitiva era el poeta Méndez Rivas, mi compañero de Nueva York. Su pasado de juez del gobierno de Victoriano Huerta lo tenía intranquilo, como si temiese que alguien se levantara a decir: «Allí está un huertista, un reaccionario.» No imaginaba que yo había hecho correr la voz de que era poeta inspirado y que recitaría en la mesa un poema nacional. Joaquín tenía en su repertorio una composición de éxito seguro en las circunstancias, titulada «La musa morena». El gusto de nuestro pueblo por la poesía es intenso. Apenas propuso alguien «que hable el poeta», las aclamaciones levantaron de su asiento a Joaquín, que, delgado y pálido, miró a través de sus lentes gruesos de miope, y con ademán fogoso empezó a recitar: «Mi musa no es la clásica de los verdes ojos y los talones de rosa; mi musa es morena como la tierra de las montañas nativas», etc., etc., más o menos. Y corrió un escalofrío por las almas un poco parias que somos todos los mexicanos, desenraizados de lo indio y separados de Europa, desconfiados de nuestra prosapia y necesitados de estímulos para la derrota del mal de nuestros males: el complejo de inferioridad que sufrimos en secreto, aunque exteriormente simulemos arrogancias. Vivió Méndez Rivas quizá la mejor hora de su vida, y merecidamente. Y acabó de afirmarnos la alianza del zapatismo nuevo y la Universidad, que se

aprestaba a la reconstrucción del alma nacional.

Esa misma tarde regresamos a México, después de que Peralta eruditamente, a fuer de ingeniero y de general o coronel, me explicó la forma en que Morelos burló a los realistas en no sé qué palacio de Cuernavaca o de Cuautla. Mi atención estaba en las ventajas que debería sacar de aquella visita. En el estado no había aún Legislatura porque no se habían celebrado elecciones después de la ocupación militar carranclana; pero obtuve facilidades para los agentes y los maestros que debían comenzar sus tareas de la federalización de la enseñanza, aun antes de que el Congreso aprobase la reforma.

En adelante, cada vez que el doctor Parres o el ingeniero Peralta visitaban la capital, se acercaban por la Universidad. Meses después, al crearse el Ministerio, no hallé mejor candidato para la Oficialía Mayor que Peralta, hombre de empuje y habituado a mantener contacto con las clases humildes que el Ministerio necesitaba conquistar para sus planes. Y estando en estas condiciones de luna de miel con mis antiguos adversarios los zapatistas, llegó el aniversario de la muerte, por asesinato, de Zapata. Fui de los primeros invitados por el gobierno local, que organizaba la ceremonia. Y lo menos que pude hacer y debí hacer y al fin hice, fue mandar una corona de flores naturales, con una cinta que ostentaba mi nombre escueto, sin referencia alguna a mi capacidad transitoria de rector universitario. Era la pleitesía del revolucionario al caudillo suriano que supo ganarse la confianza de los humildes. Hubiera sido mezquindad de mi parte no prestarme a un homenaje desinteresado y al cual concurrían incluso muchos obregonistas y el propio Obregón, que había batido, derrotado a Zapata, y no pocos carrancistas que lo persiguieron.

Sin embargo, apenas se publicó la crónica del festejo zapatista, los diarios de la ciudad y varios escritores de la vieja hornada porfiriana se me echaron encima alegando que yo había deshonrado a la Universidad asociándola a la apoteosis de quien, como Zapata, había consumado hecatombes dignas de Atila, a pocas horas de la ciudad, en Tres Marías, donde perecieron niños y fueron violadas, vejadas, mujeres honestas indefensas. La acusación me pesaba, precisamente porque aparentemente era justa. Con la diferencia de que yo fui antizapatista cuando Zapata tenía poder y en la misma época en que los catrines y seudoaristócratas que ahora me censuraban andaban buscando el modo de sumarse a las filas del autor de la matanza de Tres Marías, a quien el éxito dejaba limpio a sus ojos. En cambio, me destrozaban a mí la honra porque al enemigo muerto, vencido, le había rendido un tributo galante. Y además, me calumniaban porque tuve buen cuidado de no inmiscuir a la Universidad en el asunto. No me quedé callado; expliqué una y más veces los motivos de mi adhesión al homenaje de quien había militado en campo opuesto al mío, el carácter personal de la adhesión y su propósito de borrar los enconos de las luchas pasadas.

Sin embargo, durante meses, y todavía periódicamente a través de los años, la calumnia de que yo asocié la Universidad a un homenaje a Zapata ha seguido persiguiéndome por la boca de enemigos desleales, cuya insistencia, después de todo, me complace porque ella demuestra que no han hallado cargo más serio en mi contra. La acusación es tanto más malévola cuanto que de haber querido yo aprovechar, a lo político, el homenaje, con sólo quedarme callado me hago héroe entre sectores que más tarde han sido poderosos en la confusión revolucionaria. Y nunca he transigido con los que se han puesto a rehabilitar a

Zapata.

Un centenario forzado

Nunca he sido aficionado al billar ni a juego alguno que desperdicie nuestro tiempo. El concepto del «pasatiempo» no tiene sentido ante tanta cosa interesante como la vida ofrece; pero a todo me he asomado; así es que conozco la jerga de la sala de billares de nuestra vieja capital. En torno a los jugadores suelen plantarse los mirones, por lo común vagos, entre los cuales sobresale algún profesional del ocio, tipo antipático o inimportante; comienza a perder uno de los jugadores que antes llevaba alta la cuenta de las carambolas y, fatalista, exclama: «Desde que llegó ese malhora —dirigiéndose al intruso— no hago sino perder.» Y se escuchan voces: «Quítate, malhora; ahora, malhora.» Tal es el malhora, uno que ni juega ni deja jugar y que trae, además, la mala suerte, la *jettatura* de los italianos.

En el primer gabinete de Obregón había ministros laboriosos, bien intencionados y dedicados con ímpetu a su labor. El lunar era Pansi, que pronto se convirtió también en malhora. He dicho ya que no persigo a Pansi con mis acusaciones por causa de rencor personal, que no lo tengo, y que de tenerlo no dedicaría a escritos que no destino al presente; pero el mismo relato demostrará al lector desapasionado que no podría eximirme de ocuparme del personaje sin que quedara trunco el tema, inexplicable el curso adverso que pronto tomaron las cosas.



Arquitecto Alberto Pani, 1875-1955. Ministro en París, durante el carrancismo

En el grupo que constituíamos los obregonistas, Pansi era un intruso odiado de todos y tolerado apenas por mí y por Villarreal. Calles lo detestaba y De la Huerta nunca lo pudo pasar. Hubo para ello causa específica. Se hallaba Pansi de ministro del carrancismo en París cuando ocurrió la caída y asesinato de don Venustiano. Y creyendo Pansi que aquel crimen tendría las repercusiones que provocó el sacrificio de Madero, siendo incapaz de distinguir entre la inmolación del justo y la muerte de un culpable, adelantó declaraciones encendidas en contra de los asesinos, señalando particularmente a los autores del plan de Agua Prieta; es decir: De la Huerta y Calles. Y Pansi mandó una renuncia, rara en su vida de burócrata, al gobierno provisional que duró unos días, al ocupar don Pablo González la metrópoli. Los diarios dieron gran vuelo a la renuncia, que a las pocas horas era rectificada. Pues sabedor Pansi, a destiempo, que Obregón reaparecería como jefe del movimiento, apresuróse a retirarla con excusas. Pero no lo reinstalaron en la Legación. Y por primera vez en muchos años quedó cesante. No es que le importara el sueldo; tanto dinero tenía que, aparte de buena casa en la Reforma, se había podido hacer de una colección de cuadros o copias de maestros que más tarde vendió en cerca de cuatrocientos mil pesos; pero la idea de quedar fuera de la nueva situación le causaba amargura.

Y desde Europa empezó a escribirnos felicitándonos a los dos bobos, bonachones del régimen, Villarreal y yo, únicos que podíamos influir, por nuestra pureza, en el perdón de los pecados del prójimo. Y pronto se me presentó en la Universidad.

—Lléveme con De la Huerta —rogó, y de puro animal cedí, empezando por hablar con Alessio, el secretario particular.

—Ay, Vasco; no sabe lo que va a hacer. Por este hombre tiene debilidad Obregón, a causa de que es insinuante y flexible… El día de mañana, Vasco, usted y yo vamos a tener que pedirle que nos consiga una audiencia con el presidente, quienquiera que sea el presidente.

No hice mayor caso de las advertencias de Alessio, y un día, por sorpresa casi, dejé a Pansi en la antesala y dije a De la Huerta:

—Si tiene tiempo a la salida, diga dos palabras a Pansi, que anda afligido y no pide nada; solamente estrecharle la mano.

De la Huerta, que es también un buenazo, accedió, y delante de mí, al finalizar los acuerdos, y según nos dirigimos De la Huerta y yo a comer en Chapultepec, de paso dio a Pansi no sólo la mano, sino también el abrazo de la reconciliación.

Y todos sabíamos que la cosa era inevitable. Apenas subió a la presidencia Obregón, Pansi resultó Ministro de Relaciones; había sido ya Ministro de todo; cuando Carranza, le llamaban el Comodín; pero no se hallaba satisfecho en Relaciones. Le tiraba a la Secretaría de Hacienda. Y la desgracia era que Obregón, por el fondo de su ánimo, pensaba lo mismo; imaginaba que Pansi era un financiero. —Sabe mucho de bancos—, me había dicho una ocasión en que se mencionó a Pansi en unas juntas que convocaba Obregón antes de asumir el mando.

Sin embargo, ante la influencia grande que su éxito en la presidencia otorgaba a De la Huerta, Pansi se conformó con el hueso, que lo era, de la cartera de Relaciones. No obstante la categoría protocolar, siempre ha sido un hueso para los políticos; primero, porque no tenemos propiamente cancillería, supeditado, como todo lo ha estado, a las indicaciones de Washington; y segundo, porque el despacho

no da ocasión de negocios apreciables, ni siquiera de manejo de fondos en grande.

No hay negocios en Relaciones, reconoce todo el mundo; pero en el caso de Pansi no contábamos con su ingenio, digamos de una vez, con su genio. Humilde y con aires de niño culpable pero arrepentido, escuchaba Pansi las deliberaciones de los Consejos de Ministros, cruzadas las manos sobre el vientre y sonriendo a todos con esa sonrisa perenne que Antonio Villarreal, en su misma cara, le bautizó con el nombre robado al cinema de Hollywood: *The Million Dollar Smile.*

—A esa sonrisa debe usted todos sus éxitos —le decía Villarreal, y Pansi asentía:

—Por eso yo me estuve cobrando sueldo de Ministro en Europa mientras usted y Vasconcelos se morían de hambre en el destierro —respondía Pansi, y chupaba la pipa contento.

Pues de repente abandonó Pansi la pipa y la sonrisa para hablarnos, uno a uno y muy en serio, de un caso de patriotismo irrecusable.

—El próximo septiembre se cumplen cien años de la promulgación del Plan de Iguala, que determinó nuestra Independencia de España. En mil novecientos diez, el porfirismo había celebrado con boato el centenario del Grito de Dolores, el inicio de la Independencia; pero ahora — alegaba Pansi— se trata de algo más importante: se trata de la consumación.

Y nadie le hacía caso; pero un día, en Consejo de Ministros, nos dimos cuenta de que había logrado convencer a Obregón. Nunca me expliqué cómo un hombre de juicio tan despejado como Obregón se dejó llevar a fiestecitas, como no sea por la circunstancia de que Pansi no dejó ver al

principio todo el alcance de sus planes. Cuando en el mencionado Consejo se invitó a los ministros a que nombrasen representantes en un Comité del Centenario que pronto comenzaría a funcionar, yo alegué que no tenía tiempo para fiestas, que en mi departamento había trabajo. De la Huerta y Calles también se excusaron. Esto era lo que quería Pansi, porque de allí salió investido con facultades plenas para presidir él el Comité y organizarlo.

Y comenzó la Comisión del Centenario a hacer ruido y a gastar dinero. Se corrió invitación a todos los gobiernos de la Tierra; se prepararon desfiles militares, banquetes y representaciones teatrales. Para contentar a De la Huerta, aficionado al canto, se le consultó, se le dejó contratar una compañía de ópera que dio funciones en un mal teatro, pero con personal en grande, llevado del Metropolitan, engalanado con la Mussio y no sé quiénes más, y buen repertorio, en parte ruso. Fue la única manifestación culta de todo un mes de saraos y comilonas tan continuados, que uno de los miembros de una delegación extranjera cayó muerto de apoplejía en pleno baile de Palacio.

Para acallarme a mí, el Comité proyectó una escuela que se llamaría del Centenario, y que pasadas las fiestas sería anexada a la Universidad. Establecieron la escuela en casa alquilada, con dotación mezquina; a tal punto, que no la quise recibir de un modo formal:

—Carrancistas habían de ser ustedes los de Pansi —dije a la comisión—, para que osaran hablar de abrir una escuela sin hacer primero casa propia y adecuada.

Pero el alboroto de las fiestas emborrachaba a la ciudad, deslumbraba a la república. No quise perder la ocasión de aprovechar aun esto para la propaganda de la labor educacional, en vísperas de la discusión de la Ley en el

Congreso; de suerte que, sin desdecirme en mi negativa de asistir a banquetes oficiales y recepciones, tomé a mi cargo las sesiones de un Congreso de estudiantes latinoamericanos que se reunió aquel mes, y presidí recepciones universitarias sencillas en honor de huéspedes distinguidos que el Congreso llevó al país, tales como José Eustasio Rivera, el novelista de *La vorágine*; don Ramón del Valle Inclán, y el Ministro colombiano Restrepo.

Sin embargo, el balance de las fiestas nos fue altamente desfavorable. Cuando me presenté un sábado, como de costumbre, a cobrar a De la Huerta los cuarenta mil pesos de la raya para la obra del Ministerio y las escuelas nuevas, me previno:

—Ya no emprenda nuevas obras porque estamos por de pronto en apuros de dinero. Las fiestecitas de Pansi, comprendiendo los gastos extraordinarios de Guerra para equipo y vestuario de las tropas que han hecho desfiles, maniobras, nos cuestan once millones de pesos.

De la Huerta mantenía en caja un saldo favorable de dieciséis millones; esa reserva estaba agotada. El gran empuje constructivo de los inicios de la administración obregonista sufrió su primer tropiezo por causa de Pansi, el Malhora de la administración, que no teniendo qué hacer casi en Relaciones, se había inventado el negocio del patriotismo retrospectivo. Nunca se habían conmemorado los sucesos del Plan de Iguala y la proclamación de Iturbide, ni volvieron a conmemorarse después. Aquel Centenario fue una humorada costosa. Y un comienzo de la desmoralización que sobrevino más tarde.

Entra Minerva en la Universidad

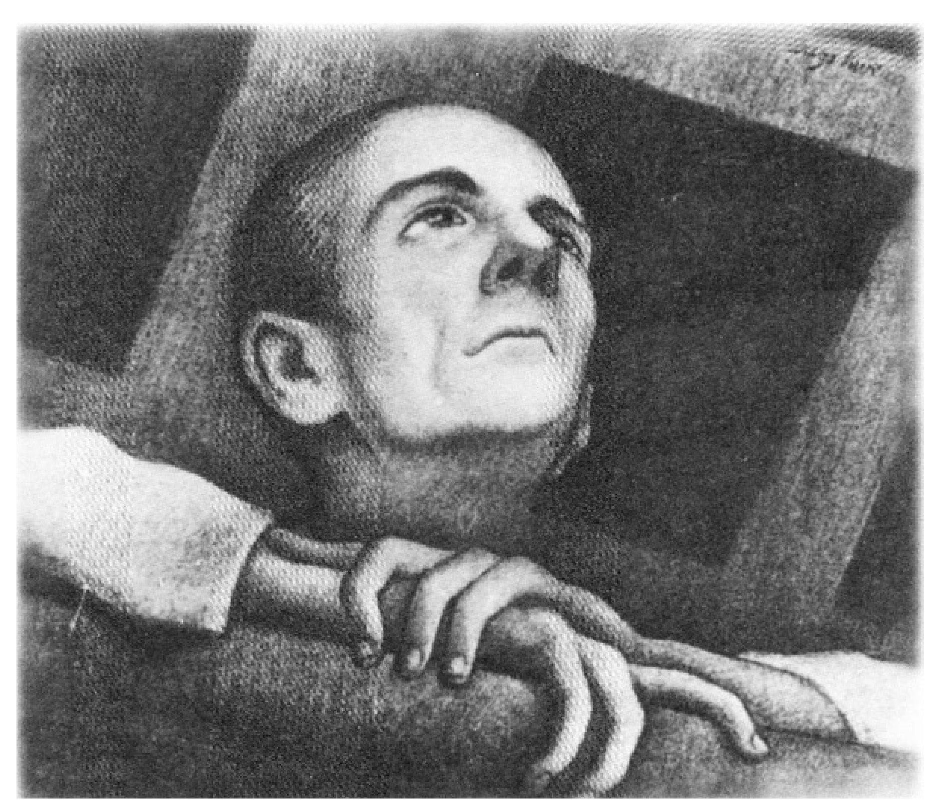
Carlitos Pellicer llegó una tarde a mi despacho.

—Vi en una vitrina de la joyería «La Esmeralda» —me dijo — una estatuilla de Minerva, en mármol, que es un primor; debería usted comprarla; lo malo es que la cabeza la tiene rota y pegada con pasta.

—Tanto mejor —objeté—; la darán más barata. Vaya y trátela como para usted, porque si saben que la compra el gobierno le subirán el precio. Así que usted la haya tratado, el tesorero de la Universidad irá a pagarla y a recogerla.

—Pero es necesario recibirla con una fiesta —replicó Carlitos—; no va a entrar así nomás, como cualquier *bibelot*.

—Tiene razón, Carlitos; pero va usted a ver, en lugar de fiesta, lo que hacemos; levantaré una gran estatua de Minerva en el tope del edificio que estamos construyendo para el Ministerio.



El poeta Carlos Pellicer, pintado por Diego Rivera

Al día siguiente la estatua pequeña comenzó a decorar mi mesa de trabajo. Por la tarde me dirigí a la escuela de Bellas Artes, en donde Nacho Asúnsolo y otros escultores recién llegados al país después de pasar uno o dos años en Europa, trabajaban en talleres que les habíamos improvisado, a efecto de que paralelamente al movimiento pictórico, que ya tomaba fuerza, hubiese también actividad en la escultura mexicana. Y también, como en el caso de la pintura, procurábamos alejar al artista del trabajo burgués de los bustos de personajes del día, encomendándoles obra en grande.

—Miren las fachadas de las viejas iglesias —decíamos—; allí está la prueba de que el mexicano puede hacer escultura monumental.

Y le encomendé a Asúnsolo el grupo que hoy está en el remate de la fachada del Ministerio de Educación. Una Minerva cuyas proporciones pusieron en aprietos al ingeniero, que tuvo que reforzar sus cimientos, y de un lado un Apolo, del otro Dionisos, que debían representar, según el sentido nietszcheano, que después he adoptado en mi *Estética*: el arte apolíneo y el arte dionisiaco. En el centro, Minerva, la Sabiduría antigua, significaba para nosotros la aspiración hacia el Espíritu, el anhelo que más tarde vino a colmar el cristianismo. Es claro que poner detrás y más alta una cruz hubiera sido lo indicado y lo obvio; pero la jacobinería hubiese echado abajo el edificio antes de que quedase terminado. En los extremos o esquinas de la fachada debieron ir estatuas de la aviación que no se concluyeron, como no se concluyó el edificio por causa de mi separación de la tarea. En el antepatio debió ir una escalera monumental, y en las esquinas del primer patio, cuatro estatuas dedicadas a cada una de las razas que han contribuido a la formación del Nuevo Mundo o deben contribuir a ella: la blanca, la india, la negra y la amarilla, reunidas todas en un ideal de síntesis que comencé a titular: «De la raza cósmica o raza definitiva total.»

Terminó Asúnsolo el grupo de Minerva y llegó a moldear en yeso una de las estatuas colosales que debían representar a las razas. Exhibimos el molde en uno de los ángulos del patio para estudiar las proporciones, y esto nos perdió. Ciertas maestras se alarmaron del desnudo completo ideado por Asúnsolo, y empezaron a llegarme las quejas: ¿Iba yo a permitir semejante inmoralidad en un edificio visitado por niños, por niñas? Vacilé y pospuse la resolución; mientras tanto, mandé suspender el vaciado. Entonces me apostrofó Nacho Asúnsolo:

—Parece mentira que usted se deje influenciar por viejas

solteronas; ¿qué tiene de particular una exhibición de este género si en Europa…?, etcétera.

Lo dejé perorar; pero, al fin, le expresé mi propia alarma:

—Figúrese, Nacho: van a ser cuatro las estatuas, todas desnudas; hasta ahora sólo hemos exhibido al blanco; vendrán después el indio y amarillo; pero, ¿qué vamos a hacer cuando instale al negro…? Le van a llamar a todo eso el patio de los falos…

Asúnsolo se fue desconcertado y en vez de las estatuas el escultor Mercado hizo los bajos relieves que hoy se miran, dedicados a la cultura de los cuatro continentes.

Las bibliotecas

Trazarse un programa sencillo, pero coherente y completo, y en seguida desarrollarlo según van dando ocasión las circunstancias y provocando estas circunstancias cuando ellas mismas no se ofrecen, tal es el secreto de una labor que llega a ser grande. En cambio, si se procede sin plan director, el esfuerzo, por sincero y tenaz que sea, se perderá en el detalle, se dispersará en la confusión. La obra de la Secretaría, según ya se apuntó, debía ser triple en lo fundamental, quíntuple en el momento. Las tres direcciones esenciales eran: Escuelas, Bibliotecas y Dirección de las Bellas Artes. Las dos actividades auxiliares: incorporación del indio a la cultura hispánica y desanalfabetización de las masas. En el país había, hay todavía, una escasez de libros comparable sólo a la escasez de escuelas. En cualquier burgo americano de quince mil habitantes existe la Carnegie o la biblioteca municipal con quince o veinte mil volúmenes bien escogidos. Cuando nosotros empezamos a crear no había, ni en la capital, una sola biblioteca moderna bien servida. La Nacional, instalada en edificio bello, pero impropio, ha sido y sigue siendo almacén de libros más bien que casa de información y de lectura. Y para construir la verdadera gran biblioteca que al país hacía falta, me daba plazos, porque era menester comenzar por construir un edificio de varios millones de pesos, el mejor edificio del país, algo que rivalice con la Catedral y el Palacio. Además, de director de la biblioteca estaba un personaje incapaz de entender el

problema. Pedí al presidente que lo quitara de allí, pues era de sus íntimos, y, en efecto, le ofreció una Legación. Pero el buen señor, ya hombre de edad, contestó:

—Ya veo que me quiere usted mejorar, señor presidente; pero, se lo ruego: no me quite de donde estoy; me hallo muy a gusto en este puesto oscuro.



San Agustín. Biblioteca Nacional

Y fue necesario esperar. Yo no tenía prisa de apoderarme de aquel edificio inservible para el objeto de instalar una buena biblioteca moderna. Debíamos hacer nuestros edificios. Aparte de eso, la riqueza positiva de nuestra Biblioteca Nacional está en sus trescientos mil volúmenes escogidos, herencia de conventos y de coleccionistas coloniales. Esta parte del tesoro se hallaba segura porque la honradez del remiso director era intachable. Pero en libros modernos, la biblioteca es pobrísima. Hacían falta, pues, edificios y libros. Para llegar a obtener ambos era necesario despertar el interés del pueblo por la lectura. ¿Y por dónde ha de comenzar el que quiere hacer leer? ¿Hay en el mundo

persona ilustrada que niegue que el comienzo de toda lectura culta está en los autores clásicos de la Humanidad?

En broma dije a Obregón un día:

—Lo que este país necesita es ponerse a leer *La Ilíada*. Voy a repartir cien mil Homeros en las escuelas nacionales y en las bibliotecas que vamos a instalar…

Pero, ¿de dónde iba a sacar cien mil ejemplares de *La Ilíada*, otros tantos de *La Odisea*, y así sucesivamente, las toneladas de los cien mejores libros existentes? Hacer el pedido a las editoriales españolas, únicas que hubieran podido servirlo, demandaba tiempo y daba lugar a que alguien ganara comisiones que aumentarían considerablemente los precios. En consecuencia, lo obvio, lo comercial y lo patriótico era aprovechar las prensas del gobierno dedicadas a imprimir informes que nadie lee, o libros de funcionarios, para la edición de los clásicos. El presidente Obregón las puso a mi disposición.

Pero las imprentas del gobierno habían sido consolidadas por el carrancismo en una gran central denominada Talleres Gráficos de la Nación, en la que todo era burocracia y política obrerista. Además, la planta misma, costosa y heterogénea, era deplorable. Y resultaba ridículo que una Secretaría como la de Educación no tuviese imprenta propia. Me di, pues, el gusto de romper otra reglamentación carrancista y comencé a construir talleres en uno de los patios de la vieja casa en que se hallaba entonces la Universidad, en Santa Teresa. Al mismo tiempo, hicimos venir de Estados Unidos prensas y maquinaria de cosido, encuadernación.

Y como sorpresa aparecieron por toda la república los primeros ejemplares, en pasta verde, de Homero, Esquilo, Eurípides, Platón, Dante, Goethe, etc.; no llegué, ni con

mucho, a los cien clásicos, sino apenas a diecisiete ediciones de más de veinticinco mil volúmenes la mayor parte de ellas. Y de los libreros españoles sólo obtuve cien mil *Quijotes* en edición económica para todas las escuelas y veinte mil diccionarios de la lengua.

Y se construyeron edificios especiales para bibliotecas en algunos casos, y en otros se adaptaron viejas casas. Y cada escuela tuvo, por lo menos, un cuarto anexo, dedicado al servicio de biblioteca popular para uso de adultos y alumnos, para los vecinos todos. Evito dar al presente relato el carácter de informe; el que quiera enterarse en detalle puede hacerlo en los archivos y publicaciones de la época, en los boletines de la Universidad, del Ministerio y de mi libro titulado *De Robinsón a Odiseo*, donde explico los rasgos fundamentales de aquella obra, ya que no quiero repetirme con exceso.

Lo que aquí viene al caso recordar es el escándalo perverso que se produjo cuando empezaron a circular los clásicos. Periodiqueros malévolos, intelectualillos despechados y la porción idiota del público divulgó la inepcia de que era disparatado editar clásicos para un pueblo que no sabía leer. Junto con los clásicos editamos y obsequiamos dos millones de libros de lectura primaria, cientos de miles de textos de geografía y de historia; pero esto lo callaban maliciosamente los detractores y se insistía, se ha seguido insistiendo durante años, en que fue ridículo editar clásicos. No se reflexiona en que no se puede enseñar a leer sin dar qué leer. Y nadie ha explicado por qué se ha de privar al pueblo de México, a título de que es pueblo humilde, de los tesoros del saber humano que están al alcance de los más humildes en las naciones civilizadas. Mis detractores no han querido enterarse de que la más humilde biblioteca de Norteamérica cuenta con su colección de

clásicos. Ni toman en cuenta que donde no hay, precisa crear. En realidad, la oposición a la medida es cosa tan imbécil que si la cuento es para que se vea la calidad de los enemigos que tuvo mi obra. No logré convencer a los que me censuraban desde el campo izquierdista, diciéndoles que, en Rusia, Lunacharsky había hecho otro tanto, por inspiración de Máximo Gorki, el maestro proletario, ni a los aristócratas recordándoles que sus mismos hijos no disponían de textos para enterarse de ciertos clásicos que en el mercado sólo corrían en lengua extranjera. Cerrados se mantuvieron aun al argumento decisivo, o sea, la necesidad de conocer en nuestro idioma, y no en idiomas ajenos, las ideas esenciales de todos los tiempos.

Entre los cargos más serios que con relación a bibliotecas se me han formulado, es que «dejé salir del país una colección célebre formada por un erudito que fue largos años director del Museo Nacional». El caso vale la pena de ser referido. Se me ofreció, en efecto, en venta la colección a un precio elevado que el gobierno no podía cubrir: cien mil pesos más o menos. Sin embargo, respondí que tomaría en cuenta la propuesta, y pedí el catálogo. Según era de mi deber, el catálogo lo pasé a las autoridades del Museo Nacional, por si en tantos años y por algún descuido alguno de los libros del Museo había pasado a la colección privada del director difunto. Antes de que las investigaciones concluyeran, supimos que la biblioteca entera había sido entregada ya en Austin, a la Universidad de Texas, que pagó por ella más de doscientos mil dólares. Los libros, claro está, no debieron salir del país; pero *salieron secretamente*, y con la complicidad de aduaneros que no estaban bajo mi jurisdicción. Tampoco lo estaba la policía, y no llegamos a tener datos para una denuncia formal. Lo que en el fondo haya habido es materia que sólo un juez de instrucción

podría dilucidar plenamente. Lo que yo condeno es una opinión mal intencionada y cómplice, que me ha estado acusando a mí de negligencia por no pagar a ciegas volúmenes que supuse podrían ser de la nación, y debían ser rescatados, no pagados. En cambio, nadie ha tenido una palabra de reproche para los que consumaron una operación notoriamente sospechosa. Esta inconsciente complicidad de la opinión en favor de lo turbio y en contra del funcionario que no acepta componendas, es lo que señalo como pústula del tiempo. Pues mientras no aparezca una generación despejada, el caso que menciono se seguirá repitiendo. En el extranjero nos conocen y obran en consecuencia. Mis andanzas me han enseñado que están en venta la mayor parte de las bibliotecas privadas de México. Y cuando pregunté a un perito de compras de importante universidad si la biblioteca de fulano y de mengano, distinguidos bibliófilos particulares, era valiosa, guiñando el ojo me contestó:

—No han sido funcionarios; la biblioteca que por ahora nos interesa y nos ha sido ofrecida, ya es la de otro caballero que también por muchos años ha sido bibliotecario oficial…

Por otra parte, pregunto a mis censores: ¿De dónde hubiera tomado cien mil dólares para hacer una propuesta equitativa? ¿Qué gobierno ha pagado suma semejante por libros? Yo gasté más, es cierto, y no en los clásicos, sino en libros de lectura primaria; pero esta necesidad era más urgente y agotaba nuestras escasas partidas. Después de mí se ha gastado menos en libros; antes no se gastaba. Ochocientos mil pesos gastó la Secretaría de Guerra bajo Calles en un avión que se llamaba *Ejército Nacional* y que sirvió a un atolondrado para matarse. Y esto nadie lo censura. Pero que se hable de pagar cien mil por una colección de libros, y toda la opinión olfatea una estafa.

Lamentable es, sin duda alguna, que salgan de México tesoros de sabiduría y arte; pero esto ocurre siempre en los pueblos que con el poder de producirlos pierden también la energía y los recursos necesarios para conservarlos. Y en vez de echar la culpa a quien más ha hecho por la cultura nacional, debería toda esa opinión cretina reflexionar en la causa por la cual nos vemos desposeídos lentamente de toda nuestra herencia civilizada. Supongamos, en efecto, que la propuesta de la colección aludida me hubiese parecido limpia y que hubiese yo logrado arrebatar a la voracidad de la Secretaría de Guerra cien mil dólares para pagarla. ¿Qué hubiese yo podido hacer con ella, si no es guardarla en cajones? Pues en Austin la instalación de libros se ha hecho en porción distinguida de un edificio que cuesta cinco millones de dólares, y no es sino una biblioteca universitaria. ¿Alguno de mis detractores se ha preocupado por la construcción de nuestra Biblioteca Nacional, antecedente necesario a la conservación de nuestra bibliografía? Nos dolemos todos de que el tesoro artístico de nuestro país vaya a parar al extranjero; pero ¿acaso se dice siquiera cuál es la causa? Si las iglesias no fuesen saqueadas periódicamente, la mayor parte de nuestros tesoros nacionales se habrían salvado. Si el país entero no juzgase intocables las Leyes de Reforma, tampoco viviríamos como parias de la cultura. Pues donde no hay fundaciones con derecho a poseer bienes de todo género, no puede haber colecciones privadas, ni museos, ni obra alguna permanente. En consecuencia, nada tenemos porque todo está a merced del atropello gubernamental, disimulado con la legalidad de las confiscaciones. En los gobiernos ignaros y militaroides que con tanta paciencia sufrimos, está la causa primordial de todos nuestros males. Esto no lo dicen los que escriben, porque les es más fácil distraer sus remordimientos

calumniando a uno que está desterrado porque supo enfrentarse al mal. En todo caso, hay razón para que el hombre honrado se descorazone en nuestro medio. Y todo esto lo grito porque el silencio es otra forma de complicidad y porque en el examen de conciencia de esta autobiografía es menester estudiar las acusaciones justas y también las infames.

Pese a los tropiezos que oponía el ambiente, hubo en el México de aquellos días colecciones de clásicos y bibliotecas circulantes cargadas a lomo de mula por aldeas y villorrios. Colecciones que acompañaban al maestro rural y al misionero de la cultura, los emisarios de nuestro Ministerio que empezaron a enderezar la subconciencia de la nación.

No pude ni comenzar el edificio de nuestra Biblioteca Nacional. El plan grandioso que para esta obra tenía, lo detallo en mi libro ya citado *De Robinsón a Odiseo*. Pero logré, por lo menos, y mientras estuve en la Secretaría, defender el terreno que para una obra parecida había apartado la previsión de don Justo Sierra, el más ilustre de nuestros antecesores. En general, una de mis preocupaciones era recoger los hilos de lo que había dejado sin concluir Justo Sierra. Contrariaba así deliberadamente la táctica de todos los inútiles y los necios, que es deshacer, contradecir cuanto han hecho los predecesores. Pero yo recordaba el secreto de las grandes catedrales de Francia; debajo está el adoratorio druida; encima, la construcción romana, cubriendo apenas los sótanos; encima, la obra románica, y por último, todavía en la fachada, la torre suele ser del siglo XV. ¡Tal es el método de la obra social en grande, tarea de las generaciones! De suerte que dondequiera que yo encontraba un cimiento antiguo, sobre él procuraba levantar un arco, una columna, un techado; después, para lo nuevo, siempre

hay ocasión. Y don Justo nos había legado, había legado a la nación, salvándolo de las corrupciones del porfirismo, un hermoso lote citadino, el más valioso de la capital, situado frente a la Alameda. Por decreto había sido destinado dicho solar para una futura Biblioteca Pública de la Nación. Si los libros de nuestra gran Biblioteca, en un tiempo la mejor de América, nos los había dado la Colonia, ¿no era obligación de decoro que la república construyese, por lo menos, un albergue para tan excelso tesoro?

Confiando en el decreto nunca derogado, cada vez que pasaba por la avenida Juárez y veía el hermoso terreno descubierto, pensaba:

—Luego que concluya el palacio del Ministerio empezaremos la obra en grande que aquí hace falta.

No contaba con el Malhora. Próxima a finalizar mi gestión, y en vísperas de las disidencias y circunstancias que me obligaron a dimitir, leí una mañana en el diario la noticia de que el gobierno sacaba a remate la valiosa propiedad. Según conté en páginas anteriores, De la Huerta ya había aceptado que era viciosa la práctica de vender los inmuebles de la nación cuando hacían falta tantos edificios para los servicios públicos más urgentes. Pero De la Huerta acababa de salir del gobierno en condiciones de ruptura, y mi propia situación se había hecho tirante. Así es que al dirigirme a Palacio para hablar con Obregón sobre el terreno de la biblioteca metí en mi cartera dos documentos apresuradamente redactados: mi dimisión y un acuerdo presidencial que dejaba sin efecto la convocatoria para el remate anunciado. Expuse a Obregón brevemente el caso y me desarmó en seguida, me obligó a restituirle la confianza que empezaba a fallarme, porque veía sus maniobras para la imposición impopular de Calles. Contestó lisamente en la

ocasión el presidente:

—Licenciado: cuando se comete un error, lo único que queda es corregirlo; no conocía las circunstancias que usted me expresa; el asunto se me presentó como un caso indiferente; prepáreme un acuerdo para que ese inmueble vuelva a quedar afectado a Educación.

Metí entonces la mano a la cartera y le dije:

—En previsión de que usted haría justicia, traigo aquí redactado ya el acuerdo.

Firmólo Obregón con su mano izquierda, que en este instante consumaba un acto ilustre, así fuese negativo.

Pasó el tiempo; llegó el callismo, cambió el personal de Educación, pero el Malhora se hizo más poderoso. Finalmente, triunfó; un hotel particular de su propiedad, o de socios suyos, usurpa a la fecha el espacio en que Justo Sierra y yo soñamos que se alzarían cúpulas bizantinas, en el estilo de nuestras mejores iglesias, para albergar los tesoros de las imprentas del mundo.

Así fallan, así han estado fallando, ¡oh patria!, los esfuerzos y los ensueños de tus hijos mejores, aplastados por la política que otorga el mando a los imbéciles y a los malvados.

La educación se federaliza

Se cumplieron, por fin, los trámites y entró a discusión la iniciativa de ley mandada por nosotros a la Cámara a efecto de crear un Ministerio Federal de Educación Pública. Era tal el convencimiento que en todo el país habíamos creado mediante discursos, declaraciones y anticipos de nuestra labor futura en forma de bibliotecas, escuelas y orfeones, maestros de deportes, maestros honorarios y misioneros, que ya ni los pocos diputados que aún suspiraban por la era carrancista osaron oponerse a la aprobación de la ley. Sin embargo, apenas iniciada la discusión, presentóse un peligro que no había previsto y que me llenó de irritación. No menos de diez diputados pretendieron lucirse adelantando iniciativas propias acerca de la forma en que debía organizarse la nueva Secretaría. Quién la quería dedicada nada más a la enseñanza rural; quién más pretendía que todo el esfuerzo se dedicase a los indios, mientras otros codiciaban el honor de forjar el nuevo organismo creándole departamentos y secciones a su fantasía. Inmediatamente comencé a fulminar por la prensa y en privado a los entremetidos. Desafiando sus vanidades insistí en que lo único procedente era aprobar los planes según los cuales estaba funcionando ya *de hecho* un organismo que necesitaba el espaldarazo de la legalidad para perpetuarse, pero no para ser. A las comisiones de la Cámara les hice ver los trastornos enormes que cualquier alteración al texto de mi ley acarrearía, porque estaban ya en operación todos los

departamentos y según sus necesidades se habían formulado los presupuestos provisionales; presupuestos que la Cámara no estaría en condiciones de reformar sino varios meses después. Y me valí de la amenaza y de la intriga, de la oferta y del ruego, para lograr que las presunciones de los disidentes quedasen aplastadas. En público hice saber que presentaría mi dimisión si no se aprobaba mi ley, porque, añadí, no soy de los que trabajan con ideas ajenas, ni voy a hacer lo que en otros departamentos está haciendo el gobierno, o sea, someterse a la ideología carrancista que formuló la ilegal Constitución del diecisiete; Constitución aprobada por un grupo de incondicionales de Carranza sin consultar con la inteligencia del país ni con el pueblo. No aceptaría el Ministerio que se iba a crear, si eran otros los que me daban la pauta del trabajo respectivo; que vinieran a desarrollar sus ideas al Ministerio los mismos que las hiciesen triunfar en la Cámara; pero yo no me sometería. Al mismo tiempo, de ciudades y aldeas empezaron a llover mensajes, provocados por la simpatía que la labor en progreso despertaba de un extremo al otro del territorio. Pedían todos a la Cámara que se aprobase la ley tal como iba redactada de la Universidad. La ley era comprensiva y eficaz, y cualquier cambio perjudicaría el trabajo ya iniciado, determinaría trastornos graves. «El que se oponga a esta ley no será reelegido», repetíamos en los corrillos de la representación nacional. Y el compatriota que ha vivido los años que siguieron, años de servilismo, en que la Cámara ha estado pendiente a la voz del Ejecutivo para adelantarse a obsequiar su mandato, se preguntará: «¿Por qué no obtuviste un úkase presidencial, según la costumbre?» Y, créanme o no los contemporáneos, respondo: Ni siquiera se me ocurrió hacerlo; primero, porque me pareció contrario a mi dignidad, pues creo que un ministro que no tiene

autoridad moral para lograr mayorías en la Cámara debe retirarse del gabinete. En segundo lugar, porque, y esto es lo extraordinario, aquella Cámara no hubiera obedecido consignas presidenciales. Y el presidente Obregón, por entonces aún no las daba. Fue necesario hacer, por lo mismo, obra de persuasión individual. El mejor sistema para ganarnos votos consistió en llevar a los diputados a ver lo que estábamos haciendo. En los barrios mismos de la ciudad sobraban ejemplos impresionantes.



Alfabetización, mural de la SEP pintado por Diego Rivera

En la colonia de la Bolsa, en la época la más abandonada y

miserable, teníamos funcionando una escuela que era un ensayo para redimir al hampa misma, la parte más pobre y deshonesta de una gran ciudad. Alquilando una casa en ruinas y un gran solar anexo, habíamos comenzado por ganarnos la colaboración de los vecinos, que se organizaron en brigadas para el barrido de las calles, la limpieza de las atarjeas. Ni siquiera consultamos al Ayuntamiento de la capital, eternamente dedicado a la política y patrimonio de gentes que al año de estar de concejales exhibían automóviles y propiedades, pero que nunca visitaban siquiera las barriadas plebeyas. Sin recursos tampoco para emprender obras de saneamiento en forma, logramos que los padres de familia y los alumnos dedicaran el sábado por la tarde a recoger las inmundicias y a quemar las basuras. En la escuela pusimos baños y peluquería. Y la primera campaña no fue de alfabeto, sino de extirpación de piojos, curación de la sarna, lavado de la ropa de los pequeños. En seguida, como era el hambre la causa de sus retrasos mentales y de sus males físicos, aprovechando una modesta asignación dimos gratuitamente el desayuno a todos los alumnos. Mucha resistencia encontró al principio esta medida, que se consideraba inaudita y antieconómica: regalar un poco de leche y pan a las criaturas desamparadas. Sin embargo, se estaba haciendo cosa parecida, y en grande, en la Argentina y se sigue haciendo. A los pocos meses de creada esta escuela era impresionante contemplar los resultados. Tan notorios fueron que los políticos empezaron a querer aprovecharla, antes que nadie los agentes de la CROM, que ya asomaban la oreja de sus ambiciones perversas. En diferentes ocasiones retiramos de allí a propagandistas que pretendían enrolar para las filas de los partidos oficiales disfrazados de obreristas a la gente que nosotros educábamos. Mientras estuve en la jefatura de Educación, no

avanzaron un paso estas intrigas; la gente nos seguía sin coacción porque le dábamos pan del cuerpo y del alma, y levantaba los hombros ante los que iban a ofrecerles el paraíso en la tierra, pero a cambio de vender su voluntad a los líderes. Nunca les pedimos nosotros ni un voto para algún recomendado, algún amigo. El bien ha de hacerlo el Estado por deber cristiano y no por camaradería partidista; menos por interés de quien traiciona su propia conciencia si pretende aprovechar para sí un servicio que no paga con su dinero, sino con dinero del Estado, que es dinero de todos. Aquellas gentes debían a los contribuyentes, en todo caso, la gratitud, y también un poco a nosotros, los maestros y funcionarios, que, por sueldo corto y públicamente cobrado, dedicábamos a la obra nuestros desvelos. Y la canalla de los políticos que se introducían entre los ignorantes para sacar provecho de engaños viles, no hubiera merecido nunca otra cosa que el desdén de la gente si no fuese porque el gobierno se transformó en dictadura, degeneró tristemente y llegó exigiendo adhesiones para la imposición electoral a la vez que recortaba los dineros dedicados a desayunos escolares y anulaba la obra que iniciamos, con lo que nos echaba a nosotros a la posición rencorosa, que es propia del que mira traicionada la ocasión de redimir a un pueblo. Pero estábamos en los comienzos de nuestra tarea y antes de que los ambiciosos se diesen cuenta de lo que iba a significar.

En la Legislatura que aprobó la Ley de Educación dominaban los hombres de bien. Entre los diputados había muchos maestros de escuela que por espíritu de clase nos ayudaron contra los políticos. Prueba de la calidad de aquellos primeros congresos del obregonismo, elegidos con relativa abstención del Ejecutivo, es el número de diputados que fue necesario asesinar, plagiar, torturar y comprar cuando se llegó, más tarde, a la brutal empresa de consumar

la imposición presidencial de Calles. Contribuía, pues, al ímpetu de nuestra labor la convicción de que se podía lograr algo en el Congreso nacional por medio del convencimiento y las excitaciones del patriotismo. En regímenes como los que habían existido antes y como los que vinieron después habría sido totalmente imposible lograr algo parecido. A los pistoleros que más tarde se erigieron en diputados no se les habla, no se les persuade; se les dan órdenes. Y como sólo puede dar esas órdenes el tirano, ningún ministro que se respete aceptaría prostituir su empresa apoyándola en el mandato de un déspota ignaro.

Roberto Medellín, a quien debíamos la organización del ensayo de la colonia de la Bolsa, llevó algunos diputados a visitar la escuela. Elena Torres, a quien habíamos encargado del servicio de desayunos, que pronto se extendió a otras escuelas, aprovechaba sus relaciones con los políticos para hacer la propaganda de nuestros establecimientos. Y pronto hubo desfile de diputados por las obras de edificación que en distintos rumbos de la ciudad se llevaban al cabo. Los disidentes se sintieron en minoría, comprendieron que no era el momento de contrariar una empresa que tomaba proporciones de oleaje, y la ley fue votada en conjunto; los presupuestos que a ella presenté anexos, por valor de treinta o treinta y cinco millones, fueron aprobados sin discusión. Y acaso con uno o dos votos en contra, votos de carrancistas que defendían el sistema norteamericano de enseñanza, la ley pasó al Senado. En el Senado, Alfonso Cravioto, el poeta, se encargó de apresurar los trámites. Obraba como poeta, amigo de la cultura, pero también procuraba señalarse como obsecuente al nuevo régimen porque había sido bonillista y carranclán, y pretendía sincerarse. En el fondo seguía de incondicional y se preparaba para la hora de los *yes men*, hombres que dicen que sí al que manda, hora que pronto

volvería a sonar. Cravioto obtuvo que la nueva dependencia del Ejecutivo tuviese tercero o cuarto lugar en categoría de protocolo, por encima de Guerra y otras más, y esto con grave resentimiento de no pocos ministros y muchos políticos que, no habiendo podido evitar que la Secretaría se creara, deseaban que ocupara el último lugar en la lista oficial, a pretexto de que era la recién creada. No fue así porque los tiempos eran de simpatía por la cultura.

Por vía de fórmula dije a Obregón, una vez que la ley quedó aprobada:

—Es éste mi último acuerdo como rector, y ahora procede que se sirva usted nombrar Ministro de Educación Pública.

Se rió campechanamente, y tomando su calendario dijo:

—Veamos: ¿qué día quiere que sea la protesta ministerial?

Y se cumplió ésta, con gran sencillez y en el sitio usual del Salón de Embajadores, delante de los empleados y el personal y con todo el público que cupo en la sala, quedando afuera, en los corredores, buena porción de gente contenta.

Las actividades de la nueva Secretaría alcanzaron bien pronto extendida notoriedad en el extranjero; las principales revistas de Norteamérica se ocuparon de ellas y se habló en Washington de la posibilidad de que Estados Unidos también crease un Departamento Federal de Educación. No se comprende, en efecto, por qué hay departamento federal de bosques o de caza y pesca y no existe uno para las atenciones de la cultura. Simple atraso administrativo de los anglosajones, que todavía no acaban de sobrepasar el obstáculo que es para ello el no haber sido plenamente romanizados. El romano tenía el secreto de la organización y nos dejó a todos los pueblos latinos bien ordenada la cabeza y la voluntad sistematizada. El anglosajón sigue de empírico lo mismo en derecho que en ciencia. Pero lo que a mí me

divertía era la lección que se derivaba de que en Washington, lejos de condenarse nuestro sistema francés de ministerios centralizados, se empezaba a reconocer sus ventajas, con bastante desazón para los educadores del carrancismo, que se creyeron muy modernos y avanzados al suprimir el Ministerio que había creado Justo Sierra. Andaban en esos días protestantoides y *yankeezados*, con la cola entre las piernas, aunque no sin sueldo, pues tuve la debilidad de sumarlos también a nuestra tarea, confiándoles posiciones administrativas. Desde ellas se mantenían emboscados, confiando en la tradición que hace medio siglo les favorece y que no tardaría en echarme a mí por donde se arrojó a Alamán, por donde se van todos los que en México pretenden ser mexicanos y no agentes del complejo y poderoso sistema de la dominación extranjera.

El personal

Cuando Sarmiento consumó su obra educativa en la Argentina, primero se aprendió de memoria a Horacio Mann; en seguida, por si algo se le olvidaba, acarreó con doscientas o trescientas maestras norteamericanas y las estableció en la pampa. Más tarde, y por la misma época en que yo trabajaba en México, Leguía contrató para el Perú no sé cuántos maestros y un director de educación, de Norteamérica. Pero el caso de México no era el mismo. México tuvo Universidad antes que Boston, y bibliotecas, museos, diarios y teatro antes que Nueva York y Filadelfia. En México basta con rascar un poco el subsuelo para que aparezcan los brotes de la vieja cultura enterrada por la barbarie de los gobiernos. Y a pesar de esta barbarie, nunca han faltado entre nosotros personas enteradas, profesionales que han completado en Europa y Norteamérica su aprendizaje. Así, por ejemplo, la generación de maestros formados en las escuelas normales de Justo Sierra era notable. El carrancismo la hizo a un lado, por incapacidad de entenderla y por espíritu de facción. Estando yo desterrado en Nueva York me enteré del paso de cien maestritas, dizque revolucionarias, enviadas por el carrancismo a Boston, *en viaje de estudio de un mes.* Apenas tuvieron las pobres ocasión de librarse de los efectos del mareo contraído en los barcos sanitarios y mal servidos de la Ward Line. Eran en su mayoría el desecho del ramo, porque habían sido escogidas con criterio revolucionario; es decir: por favoritismo de los

mandones. Gozaban de mayor influencia las que carecían de título profesional. Y a esas mismas se encomendaron las direcciones de las escuelas, a pretexto de que habían estado en Boston. Regresaron llenas de presunción, y como no sabían otra cosa hablaban de establecer los métodos de Norteamérica, los sistemas que no habían digerido ni podían digerir puesto que no conocían lo suyo. No tenían pericia en la tradición de su patria. Entre gente así estaban repartidos los puestos de significación. Para la purificación del personal, eché mano de las maestras del viejo régimen y, además, de preferencia, de los talentos jóvenes que nuestro propio trabajo iba desarrollando. Y como ocurre siempre que se escoge de buena fe y en atención a méritos reales y no a consideraciones políticas, empezamos a descubrir verdaderas aptitudes, y en no pocos casos, brillantes, extraordinarios talentos creadores. Naturalmente que para proceder de esta suerte hace falta que los de arriba sean idóneos. Anteriormente, y en el nefasto periodo carrancista, los más altos jefes de la Educación procedían de escuelas secundarias de la frontera *yankee*. Un célebre director de la escuela que fundó Barreda era graduado apenas de *High School* de Norteamérica. Y enseñaba, para aumentarse el sueldo de director, química elemental en los mismos laboratorios en que se habían hecho ilustres Almaraz y tantos técnicos mexicanos. Y cuando a alguno de estos educadores del carrancismo, restablecidos después por el callismo, les apuraba la opinión tachándolos de impreparados, se inventaban vacaciones; partían, bien expensados, a Columbia de Nueva York o a Missouri para regresar a los cuatro meses con un certificado de asistencia a *conferencias de pedagogía o de filosofía*, documento que, debidamente inflado por la prensa adicta, al cabo de unos meses se les convertía en *diploma de doctorado*. Y ya no se

apeaban el doctor, aunque nunca habían pasado por las aulas de su patria, y en rigor, tampoco por las del extranjero.



Eliminé con tanta facilidad, y de una sola plumada, a todo el personal espurio de la índole acabada de señalar, que nunca hubiera pensado que pocos años más tarde, no sólo en Educación, sino en todos los ministerios, el personal técnico, secundario pero decisivo, los jefes de departamento, los consultores, serían, como ocurre hoy, gente divorciada de nuestras escuelas, ignorante de nuestra tradición y barnizada apenas con el oropel de media docena de cursos mal comprendidos de alguna Universidad norteamericana. Por entonces, y como para combatir con el sarcasmo tan nefasta simulación, hice una frase: «No me inspiro en Boston para mis reformas —afirmé— sino en Xochimilco. Contemplad allí a los indios —explicaba—; ved cómo aprovechan el abono y la tierra, en reducido espacio y con el resultado de que producen las mejores lechugas del mundo y las flores más hermosas. ¿Acaso no sería absurdo mandarlos a estudiar horticultura al Maine? Pues así ocurre con el saber en todas sus ramas. Enhorabuena que nuestros técnicos vayan a Europa y Estados Unidos, pero no antes de que las escuelas del país les hayan dado todo lo que ellas puedan dar. Mandar estudiantes sin esta preparación es perderlos para nosotros y hacerlos que se pierdan para sí mismos, porque después no encontrarán acomodo ni entre nosotros ni en el extranjero...» No contaba yo con el pochismo que hoy elimina a los nacionales en beneficio de los *encartados del alma*, que son los que aprenden las primeras letras en el extranjero y luego regresan a la patria a mandar y dirigir antes de aprender y readaptarse.

En consecuencia, decliné cortésmente la insinuación que se me hizo de que importara centenares de profesores norteamericanos que, seguramente, habrían fracasado en

nuestro medio, como fracasaron en el Perú. Pero la selección, purificación del personal nativo, no resultaba tan fácil. Agobiado estuve varias semanas por la insistencia de otro tipo de educador que llamaremos, a falta de otro nombre, el «investigador». Procede también de permanencias cortas en Estados Unidos. Se dedica por allá a lo que las universidades llaman *research work*; pero *research* no en la física ni en la química, sino en las ciencias sociales y el servicio social o *social service*. Los de esta filiación constituyen una casta peligrosa que por lo común se apoya en políticos. A menudo son también políticos menores, pero capaces de intrigas y daños. A mi departamento, donde, por el momento, la política no metía baza, se presentaban los *researchers* con piel de oveja, y casi siempre recomendados por don Ezequiel Chávez, el maestro que escuchábamos y atendíamos, consultábamos constantemente, pero descontando las debilidades derivadas de su carácter bondadoso. Cada *researcher* busca sueldo sin horas fijas de trabajo. Reclaman, además de sueldo, viáticos para excursiones de objetivo vago. Y traen su sermón científico-religioso aprendido del *social service*: «Si no queríamos quedar fuera de la técnica moderna debíamos consumar una investigación científica de las condiciones que vive el pueblo bajo en las ciudades y el campesinaje desvalido.» «Sin esos datos no es posible formular planes acertados» afirmaba con la tenacidad de lo que es obvio cierto solicitante femenino, hasta que resolví:

—Vaya usted al campo a investigar; tómese los meses que crea necesarios para redactar informes y formular gráficas; cuando usted esté de regreso ya habremos nosotros transformado las condiciones que va a estudiar y no leeremos sus informes; primero, porque ya estarán retardados; segundo, porque no tendremos tiempo de

estudiar, dedicados como estamos a hacer. El estudio ya lo hice —le añadía yo en broma— en años de bibliotecas y no como los carrancistas que usted trataba, que venían a estudiar o a decir que estudiaban en puestos públicos destinados no a aprender, sino a enseñar.

Pero no entendía; regresaba de sus excursiones cargada de legajos y de ideas.

—Por Dios: no me dé ideas; las ideas las fabrico yo o las compro en folletos de a cincuenta centavos; deme actividad creadora. No me diga cómo están los indios; ya sé cómo están: con hambre de cuerpo y alma; no me cuente cómo es la vida de los barrios pobres; no vivo yo encerrado en el gabinete; visito a los pobres, no me hacen falta sus informes, *reportes*, dicen los técnicos pochos… Lo que el país necesita es gente que ya sepa lo que hay que hacer y se dedique a ello con sinceridad.

Libre de momento de la molestia de los teóricos nacionales, me defendía también de los esfuerzos de penetración de los extranjeros. Una comisión de poderosa institución extranjera me ofreció gratuitamente consejeros técnicos. Les contesté lo mismo:

—Tengo técnicos y mejores que los que ustedes podrían darme, porque conocen el medio, pertenecen a él. Si ustedes quieren ayudarme de buena fe, mándenme material escolar regalado; hacen falta esferas de geografía, compases de dibujo, mapas, bancos escolares. Los maestros, los músicos, los técnicos, todo lo que es el espíritu de la enseñanza, aquí abunda y no lo cambiamos.

Y había, en efecto, personal inmejorable.

Nunca pagaré mi deuda de colaboración a los centenares de maestros de ambos sexos que en todo el país tomaron las labores de la nueva Secretaría como misión de patriotismo y

tarea personal fervientemente cumplida. Nombro a pocos porque la memoria me falla y el espacio de que dispongo es limitado; pero lo que diré de algunos es justicia que abarca a grupos enteros. Ni habría podido realizarse labor tan considerable si no hubiese producido el país, de pronto, un verdadero ejército libremente aprestado, de mentes capaces y corazones honrados.

Mi colaborador más constante y más experto, el más inteligente y más leal, fue Roberto Medellín. Lo había conocido de condiscípulo, pero no había vuelto a verlo en muchos años. Lo extraje de la Preparatoria a causa de su fama como profesor de Botánica. Y me sedujo desde luego su carácter íntegro y su capacidad para distinguirse fuera de los puestos gubernamentales, en su profesión de químico, de la cual vivía más bien que de los sueldos del Estado. Profeso animadversión de la gente que alcanza notoriedad en el servicio público y por obra de la política, pero nunca sabe sostenerse a cierta altura en las actividades privadas luego que les falta el soporte oficial. En general, a los principales funcionarios de educación los tomé así, de la vida privada y no de los cuadros de la burocracia, mucho menos de la política. Pero al mismo tiempo no podía dar los puestos más notorios a personas desligadas de la política; esto puede hacerlo un presidente, no un ministro en regímenes como el nuestro. A Medellín, por lo pronto, lo hice director del Departamento Escolar, en donde sus capacidades ayudaron a crear toda la rama de enseñanza técnica, que fue la más importante contribución del Ministerio a la cultura nacional. Era Medellín mi brazo derecho. Pero nació con el Ministerio el problema del subsecretariado y el oficial mayor, problemas políticos ambos y que era necesario cuidar no estorbasen la acción empezada. Costumbre perniciosa, pero inveterada, ha sido que el subsecretario lo nombre el

presidente, no el ministro. Se considera que de esta suerte se debilita el poder del ministro, se aumenta la intervención, más o menos tiránica, del presidente sobre las secretarías de Estado. Pero la suerte, que en aquel momento soplaba toda entera en nuestra dirección, hizo que Obregón se fijase en un hombre eminente por sus virtudes. Para subsecretario me nombró al profesor don Francisco Figueroa, general de la revolución y el personaje que había salvado a Obregón cuando, huyendo de Carranza, se había refugiado en Guerrero, en donde don Francisco, de vieja cepa maderista, ejercía funciones de gobernador y comandante militar, o algo por el estilo. A don Francisco lo conocí personalmente en una comida que ofrecía en Cuernavaca el gobernador Parres durante una segunda visita que al estado hice a propósito de la organización del sistema escolar. A la hora de los postres habló don Francisco en forma tan sobria, elocuente y digna, que me ganó en seguida la voluntad. Y cuando días después me notificó Obregón su deseo de nombrarlo subsecretario, desde luego expresé una aprobación efusiva. Era un hombre honrado con quien seguramente me entendería, le dije. Y don Francisco, pasados los cincuenta años, alto, un poco enjuto y de ojos claros y dulces, con gran cortesía natural se puso a colaborar con un ministro joven que disfrutaba fama de atrabiliario. Y mostró desde el comienzo tan sincero deseo de servir al país con toda su experiencia y sus luces, que en seguida nos obligó a todos a la consideración respetuosa; más tarde nos ganó el afecto más firme. Y sucedió que de ese banquete de Cuernavaca salió también el oficial mayor, que no fue otro que aquel zapatista exaltado que al principio nos miraba con desconfianza en la primera visita a Cuernavaca: el ingeniero Peralta, hombre un poco rudo, pero ejecutivo y honrado. Su experiencia en materias de ejidos y agricultura me pareció

un tesoro para la difusión que hacíamos de escuelas en el campo; a todas las dotábamos de una huerta y un taller, aparte de la biblioteca obligatoria. Preparé el terreno en aquella comida hablando a Peralta de la ocasión de desarrollar sus energías desde un departamento federal, y con franqueza me expresó su entusiasmo. A los pocos días, y previa la venia del presidente, le mandé un telegrama de dos palabras: «Ruégole venir». Ya sabía él a qué y se presentó en seguida. El alto personal del Ministerio quedó integrado en forma envidiable.

En la nueva Secretaría, Peralta representaba el zapatismo, es decir, el anhelo popular e indígena, pero encarnado en un hombre culto y trabajador, no en un político egoísta. Por su parte, el profesor Figueroa nos ligaba con los normalistas de toda la República, que eran, como si dijésemos, la osamenta poderosa del cuerpo educativo nacional. Y para representar al espíritu, seguían en Bellas Artes y en Bibliotecas los poetas, de jefes de Departamento, algunos, como Torres Bodet, que empezó a sistematizar el servicio, y como Gómez Robelo, que fomentaba las Bellas Artes. Este Gómez Robelo, que no es otro que el Rodión de nuestros círculos estudiantiles, regresaba del destierro por haber sido huertista; pero no se dedicaba a declararse revolucionario, como los huertistas que más tarde ocupó Calles. Su error juvenil procuraba repararlo trabajando para la cultura con toda la fuerza de su genio.

Valía por los fulgores ocasionales de su mente y por su noble corazón, más bien que por sus capacidades de trabajador, ya muy minadas por su extraña vida de poseso de los demonios de la carne y del alma. Miembro de un grupo de bohemios artistas de Los Ángeles, California, Gómez Robelo, al repatriarse para servir en Educación, había arrastrado con todos ellos. A gusto en el nuevo medio se

dedicaban quién a escribir; uno a la fotografía artística; otros, simplemente a la bohemia internacional. El fotógrafo cargaba con una belleza de origen italiano, escultural y depravada, que era el jefe del grupo y lo traía unido por común deseo dividido por rivalidad amarga. La Perloti, llamémosla así, ejercía de vampiresa, pero sin comercialismo a lo Hollywood y sí por temperamento insaciable y despreocupado. Buscaba, acaso, notoriedad, pero no dinero. Por altivez quizá, no había sabido sacar provechos económicos de su figura perfecta casi, y eminentemente sensual. Su cuerpo lo conocíamos todos, porque servía de modelo gratuito del fotógrafo y eran disputados sus desnudos de embrujo. Su leyenda era tétrica. Un esposo había liquidado en California, recluido en un manicomio por el exceso venéreo, y en la época se traía pálidos y mansamente rivales a dos valientes: el fotógrafo afamado y nuestro amigo Rodión. Ante el retrato sin velos de su amiga, vertía Rodión lágrimas de ternura sensual. Lentamente la pasión malsana le adelgazaba el cuerpo, le narcotizaba la voluntad. Y los celos le producían fiebre. Ella, por su parte, se mantenía alerta. Utilizaba a Rodión para introducirse en los círculos artísticos y en los políticos. Aprovechábamos en la Secretaría el descanso dominical para efectuar ciertas excursiones que al mismo tiempo que descanso nos daban oportunidad de visitar algunas obras, ensanchar determinados trabajos. Invitamos a Rodión y a su amiga cierto domingo, pero no se presentaron a la hora convenida. El amigo que debió recogerlos informó:

—He presenciado una escena terrible. Pasé por la casa de nuestros invitados y resulta que anoche recibieron aviso de la muerte de la madre de Madame Perloti. Ella estaba dispuesta para salir toda de luto; pero Rodión la disuadió: «Es tu madre.» Ella alegaba: «¡Nos ha invitado un

ministro!» Rodión se indignó y yo escapé.

Para el noble Rodión yo no era el ministro; era el amigo. A las pocas semanas Rodión fue licenciado. El fotógrafo, atacado de neurastenia aguda, partió para Estados Unidos. Todavía Rodión pudo hacer con nosotros el viaje a Sudamérica, pero iba poseso: dominado de satiriasis. Al regreso buscó salvación en un amor antiguo y honesto, pero ya era tarde. Rodión pereció devorado por el deseo.

La bella entraba por entonces a los treinta años, imperturbable y seductora. La traté por última vez en el auto oficial en que nos acompañara, con cierto amigo suyo, a la visita de un convento abandonado por Coyoacán. Su silueta voluptuosa era imán poderoso en la tarde llena de sol. Levantaba el coche nubes de polvo, y ella dijo: «Nos envuelve un resplandor de oro.» Don seguro de arte era hallar belleza allí donde otros sólo ven incomodidad. Una mirada despertó de pronto la tentación; pero luego sentí dolor en la espina: recordé a sus víctimas chupadas del tuétano. Ya no la vi más; años después ingresó al grupito comunista; en seguida desapareció con rumbo a Moscú.

El Departamento de Bellas Artes nunca se repuso de la pérdida de Rodión. La acción del hombre extraordinario es irremplazable. Por eso es tan lenta la tarea de la cultura; requiere un conjunto de circunstancias que rara vez coinciden, y un hombre de genio que consume la síntesis. La Escuela de Bellas Artes que Rodión se preparaba a transformar quedó entregada al caos de siempre, aunque el público no se diese cuenta de ello. Al contrario; aplaudía, con razón, ciertos progresos, como la campaña contra el academismo llevada adelante por los principales artistas jóvenes y como las Escuelas de Pintura al Aire Libre implantadas por el distinguido pintor impresionista, de

educación parisiense, Ramos Martínez. Famosa fue la escuela de paisaje abierta en una antigua finca de Coyoacán; pero también en la vieja escuela se trabajaba. Las clases nocturnas de dibujo y pintura se abrieron a todo el mundo para cursos rápidos, y eran de verse las salas pobladas de niños y de adultos dibujando del natural, pintando o modelando. Un poco más tarde, para la enseñanza del dibujo en las escuelas se aprovechó el sistema elaborado por el artista Adolfo Best a base de ciertos elementos decorativos primarios, indefinidamente combinados, según la fantasía de los alumnos. Para el cultivo de la música contamos principalmente con dos hombres extraordinarios: el maestro Julián Carrillo, el célebre director de orquesta y compositor, y don Joaquín Beristain, creador de los orfeones y los cuerpos de bailes folklóricos que se propagaron por toda la república y determinaron la rehabilitación del canto popular. La orquesta del Conservatorio, reorganizada, salió de la capital después de su temporada de conciertos y comenzó a recorrer las principales ciudades del país en gira que fue primera y única. Pronto escasearon los recursos y la orquesta no volvió a salir de la capital.

Se empeñó también Carrillo en fomentar la existencia raquítica de dos orquestas que contaban con personal distinguido: la de Guadalajara y la de Monterrey. Ambicionábamos descentralizar la cultura sin perjuicio de la calidad, y estableciendo en distintas regiones centros de creación y de difusión. Pensábamos que una vez que el gusto del pueblo por la música se levantara al conocimiento de lo clásico, el porvenir, la cultura general del país, estaba a salvo.

Por su parte, Beristain y sus profesores estimulaban, organizaban, creaban el folklore, pero sólo para despertar por su medio el gusto superior, no para convertir lo popular

en fetiche, ni en único ejercicio de arte, como ocurrió más tarde, en el derrumbamiento y corrupción de toda nuestra obra.

La capacidad de trabajo de Carrillo y de Beristain era asombrosa. La cultura musical de ambos era profunda. Procedían los dos de nuestro viejo Conservatorio y de él tomaban las inspiraciones y el personal. Sin que les estorbasen recomendados de políticos que nunca lograron inmiscuirse en nuestras tareas.

Para la enseñanza técnica Medellín se rodeó de ingenieros y hombres de ciencia mexicanos. Mancera, Massieu, procedentes de la Escuela de Minas o del antiguo Colegio Militar, eran cada uno personalidades en su ramo; además, caracteres ejecutivos, creadores que dejaron obra, como en la escuela de Industrias Químicas y sus dieciséis industrias instaladas en pabellones construidos ex profeso, o como el Instituto Politécnico de Tacuba, que se quedó sin terminar, y aun así, ha estado produciendo buenos resultados.

Las tareas del Departamento Administrativo estuvieron confiadas a empleados capaces, tenedores de libros o profesionales de la administración, cuyo mejor elogio es que salieron todos del Ministerio conmigo, porque los que nos remplazaban necesitaron gente de confianza para los negocios particulares de los altos jefes. Los nuestros salieron pobres todos, y lanzados a la calle con encono, porque habrían sido un remordimiento y un estorbo para los nuevos. En general, procuraba aprovechar profesionistas en el ramo respectivo y hombres que no se habían fatigado en las rutinas de la burocracia, sino que procedían de la competencia privada. Nuestras oficinas despachaban con la prontitud y el orden de los bancos. En las primeras horas de la mañana, todas las puertas permanecían abiertas para que

el público hablase con los jefes sin esperar turnos de audiencia y tomando en sus manos los expedientes de cada negocio.

Para las compras de todo género se adoptó el sistema de trato directo con los comerciantes, haciéndose públicos los pedidos, que en seguida se daban al mejor postor, pero después de que el ingeniero se cercioraba de la calidad. En seguida de concertado un trato, pasaba al subsecretario para su revisión y no se pagaba sin su firma. Este sistema me dio muy buenos resultados más tarde, cuando Obregón me mandó, en lugar del excelente señor Figueroa, a un subsecretario del círculo de amigos del presidente. Ningún pago se hizo sin su firma, después de que yo había dado el sí de palabra; de suerte que a mis enemigos no les quedó ni el recurso de la calumnia porque uno de los de ellos era el conducto obligatorio, el testigo forzoso de toda transacción.

Por su parte, el director de Educación Primaria y Normal, el distinguido y honorable profesor Francisco C. Morales, observó con el personal de los normalistas una conducta de estricta equidad, ascendiendo conforme a méritos y manteniendo la disciplina sin necesidad de rudezas, con libertad en el orden y consideración en la exigencia del deber.

No es amena para el lector esta lista de nombres, que ya nada significan por virtud del tiempo transcurrido y el fracaso de sus esfuerzos; pero he querido mencionar a los principales; tendré ocasión de mencionar a otros muchos, con el ánimo ya no de hacerles un honor que no ambicionan, sino para que se vea hasta qué punto es injustificada la acusación que suelen formular los tiranos que al confesar cínicamente las inmoralidades de su administración, todavía ofenden al país diciendo que no hay gente honrada para los

puestos públicos. Es claro: el que no es honrado no encuentra a los honrados. Le huyen éstos como a una peste que enferma el alma. Y los pillos rodean al pillo.

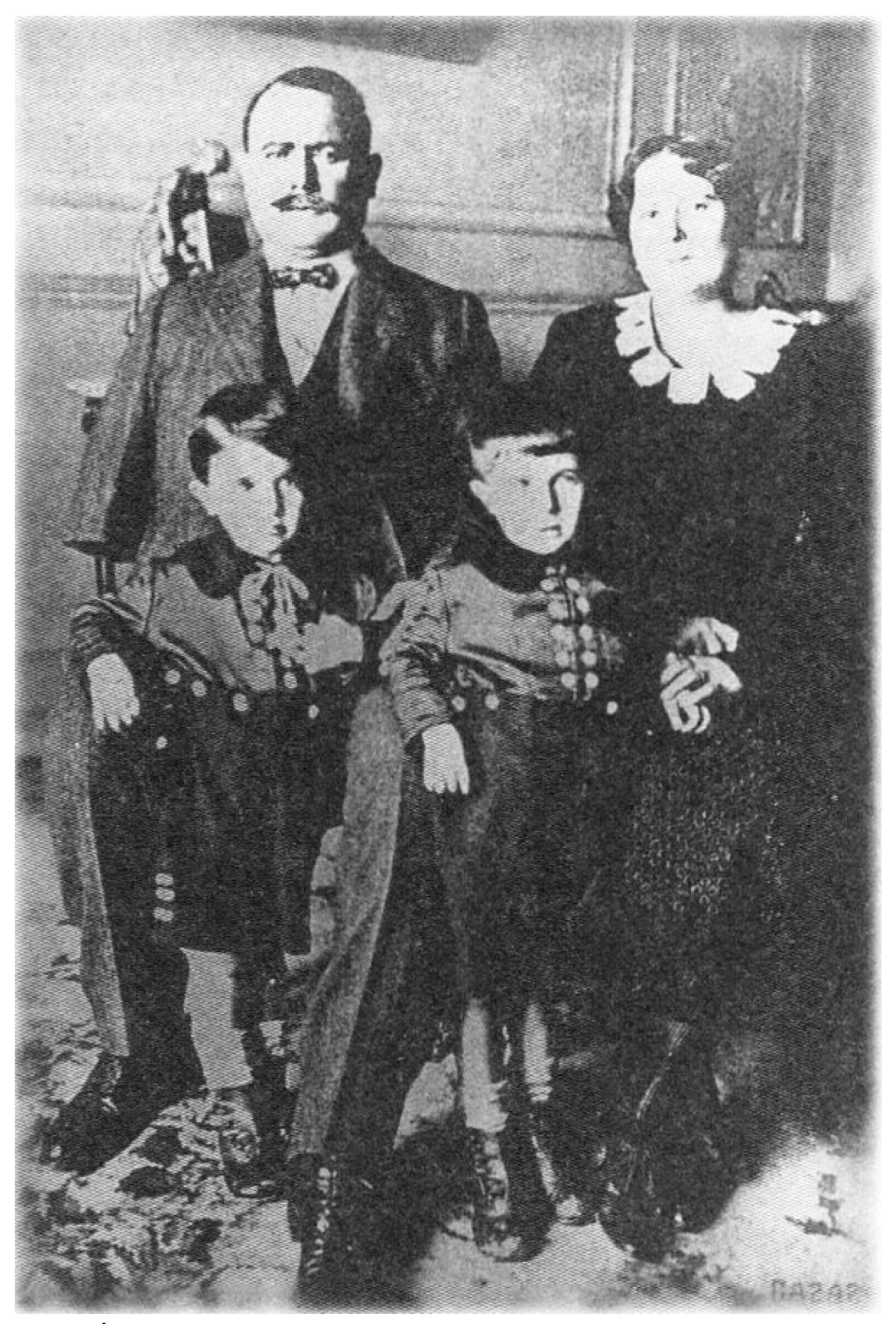
Hombres honrados y capaces los ha habido en todas las épocas de nuestra historia y aun en las más negras crisis; pero ¿cuándo han estado al frente de la cosa pública?, ¿cuándo les ha tolerado el ejército que sean ellos los que gobiernen? Al contrario; constantemente la charlatanería oficial cubre de oprobio a la gente honrada que no se pliega a sus fines; la remplaza con aventureros y aventurerillos y todavía denigra a los patriotas con alguno de los motes que traen en boga las épocas: «Reaccionarios», «burgueses», descalificados, tan sólo porque no participan en la deshonra de la nación.

Reniego de mi memoria que a menudo me niega el nombre propio de algún amigo que quisiera recordar. En cambio, cuando se trata de nombres que merecen ser denigrados, alabo el proceso de higiene mental que, según avanzan los años, nos libra aun del nombre de los que nos estorbaron o nos ofendieron. Y así nada queda de la incompetencia y de la enemistad. También por eso a menudo recurro a la estratagema de los nombres supuestos; no siempre los invento para disimular el nombre real; sucede más bien que ya no recuerdo cómo se llamaban mis contradictores. Bendito el olvido que así nos limpia la conciencia.

Disciplina y reflexión

En un acuerdo semanario me dijo Obregón:

—A usted lo tuvo desterrado varios años el carrancismo; es natural que esté escaso de recursos; a todos los ministros se les ha asignado veinticinco mil pesos, con cargo a extraordinarios, para los gastos de instalación y a fin de que puedan recibir con dignidad.



Álvaro Obregón y María Tapia de Obregón, con sus dos hijos

Me quedé pensando un instante; me repugnó la idea de

recibir un subsidio a espaldas de la legalidad, pues siempre he considerado tal el abuso de las facultades extraordinarias en Hacienda; ni yo tenía derecho de recibir aquella suma, ni el presidente de ofrecerla; por otra parte, la operación se estaba consumando en secreto; si, por lo menos, la hubiesen autorizado públicamente las Cámaras… Necesitaba dinero y lo tendría alguna vez; pero sería cuando saliese del gobierno, cuando volviese a abrir mi bufete de abogado; mientras tanto, era menester seguir pasando estrecheces…

—Muchas gracias, general —contesté—; pero sucede que yo ya tengo casa; mi casita de Tacubaya la compré antes de la revolución y ella me basta…; mil gracias…

—Ya, ya sé —observó Obregón— que usted sería capaz de trasladarse al Ministerio en tranvía; pero me pareció justo ofrecerle lo mismo que se ha dado a los otros…

A los pocos meses el sueldo de Ministro me resultó suficiente; pagaban entonces cien pesos diarios, más el auto y el chofer. Nunca gasté arriba de mil quinientos mensuales y el resto comencé a guardarlo. La única erogación extraordinaria la originaban las audiencias públicas. Es costumbre, o creo que lo ha sido, en todo caso yo la tuve, obsequiar unos cuantos pesos a los necesitados que se cuelan en las audiencias y que no es posible servir con empleos. Eran las tales audiencias la parte desgarradora de la tarea. La infinita prole de los sin trabajo de clase media toma por asalto las antesalas de los ministerios. El aumento incesante del personal creaba puestos; pero, en general los reservaba para los maestros titulados que pedían empleo, y no había sitio para los sin carrera, los sin profesión, que constituyen el mayor número de solicitantes. A menudo, la súplica de alguna buena mujer es interrumpida con sollozos. Provoca angustia su rostro de honestidad y de pobreza; se

quisiera inventar puestos públicos a millares, cosa imposible; además, me había trazado la norma de no colocar sino personas instruidas en alguna técnica. A maestros distinguidos dimos los principales puestos administrativos; en las posiciones más altas se utilizaron profesionales reputados en su especialidad, de preferencia sobre los que recurren al gobierno y la política porque han fracasado en el consultorio o en el bufete. Si habíamos de exigir la calidad era preciso hacerse sordo a las recomendaciones, así viniesen apoyadas por amigos o familiares, y también, endurecerse el ánimo para no ceder ante los ojos que imploran un sueldo aun sabiendo que no son capaces de compensarlo con un servicio. Y es en estos casos extremos cuando la dádiva suaviza el dolor de la negativa.

Precisamente en la lucha para deshacernos de todo el personal que el favoritismo de la anterior administración había repartido en las escuelas, se produjeron incidentes que aproveché para poner a prueba mi autoridad. Subsiste en cierto elemento político ignorante la creencia de que los puestos escolares son el residuo de la administración y sirven para cubrir compromisos menores en obsequio de protegidos o parientes. Y peor aún, a veces se utiliza la institución de cultura para recompensar servicios *non sanctos* de damiselas más o menos seductoras. Contra esta doble práctica me rebelé como contraria al decoro de la Secretaría. En no pocas audiencias a ciertas bonitillas que me llevaban recomendaciones de personajes les advertía:

—Tengo puestos para feas; puestos mal pagados y de mucho trabajo; usted no necesita de eso.

Y las despedía sin ceremonia.

En general, me aventuro a afirmar que en el gobierno de Obregón no existió esta corruptela de pagar con empleos

públicos servicios de alcoba. El presidente no lo hacía, y sin duda esto bastaba para que no lo hiciesen los de abajo. Si entre jefe y empleada se creaba alguna relación de índole privada, eso ya era asunto de ambos, independiente de los nombramientos y sin perjuicio del trabajo, y jamás, ni por excepción, se dio el caso de que alguien cobrase sueldo sin presentarse a las horas reglamentarias para desempeñar alguna faena. A una pobre muchacha que había sido mi conocida en los tiempos estudiantiles y no tenía oficio ni profesión, la hice intendente de una escuela de mujeres, y con la servidumbre se puso a lavar los pisos que, no pocas veces, me enseñó con orgullo, limpios y relucientes. Siempre sobra gente buena cuando el que manda la sabe buscar y la utiliza con honra. La corrupción no viene del ambiente; la difunde como una peste el mal gobernante. Pero hay casos en que siendo una mujer o un hombre todo lo bueno que es posible exigir, no sirven, sin embargo, para el puesto en que acertó a colocarlos el poder de una influencia mal empleada. Esto es lo que nos ocurrió con una de las directoras de escuelas de labores femeninas. Hay la idea de que sabiendo un poco de costura ya se entiende lo bastante para dirigir esa cosa vaga en la mente ignorante que es una Escuela Industrial de Mujeres. En nuestro plan entraba poner esas escuelas en manos de personal de primera y exigíamos no sólo el título de maestra normalista, sino también preparación especial en cursos de oficios de mujeres. Y nos sobraba personal competente, perfeccionado con cursos complementarios en el extranjero. Y no hubo más remedio que mandar el cese a la buena señora que acababa de darnos una comida en su escuela para demostrarnos cómo adiestraba a las alumnas en el arte de poner bien la mesa. No estuvo mal puesta la mesa, porque la señora procedía de familia decente; pero de allí a mostrar capacidad para dirigir

escuelas que estábamos convirtiendo, por primera vez, en modelos de acción técnica ilustrada, había un abismo. Al mandarle su cese acompañamos un nombramiento que otorgaba a la destituida trabajo como maestra de costura, especialidad que podía dominar con un poco de estudio, pues no deseábamos dejarla en la calle. Pero sucedió que nuestra honorable víctima estaba emparentada con la crema del nuevo régimen y decidió pelear por su dirección. El mismo día del cese me habló por teléfono en forma imperiosa un general, por el momento muy influyente, íntimo de Obregón y que mantenía conmigo relaciones cordiales. Pero le había indignado, me dijo, la destitución de su comadre; suponía que yo la ignoraba y me pedía que fuera repuesta en el acto. Tranquilamente, por el mismo teléfono, repuse:

—No se imagina, general, cuánto lo siento; pero de directora no puede seguir esa dama porque no es maestra; le daremos, eso sí, los medios de que no sufra perjuicio en sus ingresos.

Como directora se había apropiado la buena señora la mejor parte del edificio escolar para habitaciones de su familia. Las aulas, los talleres, estaban descuidados. El que desalojara la casa era nuestra mayor necesidad, pues no queríamos escuelas en el papel del presupuesto de egresos, sino, de verdad, institutos de trabajo.

Y creí que todo había concluido, cuando un domingo, al presentarme en Chapultepec para llevar al general Obregón a una de las fiestas conciertos que empezábamos a dar en las plazas públicas, con personal del Ministerio, me encontré con que se me hizo esperar. Y un empleado de confianza me dijo:

—Está el general con su señora y con doña Fulana —la

directora destituida emparentada con la familia presidencial.

Las hermanas de Obregón, antiguas profesoras, eran, por cierto, mujeres extraordinariamente simpáticas, amables e inteligentes. Y su señora, una dama perfecta, de las mejores familias de Sonora. Hasta cierto punto me alarmé y aun me puse a pensar en mi renuncia. Es una fuerza estar convencido de que el abandono del servicio público nos significa un aumento de la fortuna personal. Y en cada crisis yo reflexionaba que la dimisión me traería la prosperidad, lanzándome a mi bufete particular. Pero salió Obregón, se dirigió a su automóvil, me senté a su lado, y ya que habíamos bajado la rampa, saliendo del bosque me dijo:

—Ni se imagina quién estaba conmigo.

—Ya lo sé —respondí—. Doña Fulana; la cesé porque no tiene título profesional…

—Pues yo, lo único que le dije —observó Obregón— es que no podía pedirle a usted que la restituyera porque eso equivaldría a quebrantar su autoridad, y que a lo hecho pecho…

—Muchas gracias, general.

Y no se habló más del caso. Días después le expliqué a Obregón:

—Su amiga ha quedado reducida de entradas, pero no en la calle.

Entonces me dijo:

—Se lo agradecemos tanto yo como el general —aquí el nombre del que me había hablado por teléfono—. El interés que nos inspira a ambos esa señora depende de que la conocemos de antiguo y sabemos que con su trabajo sostiene a las hijas y a un marido paralítico…

Pero yo pregunto al lector: ¿Un marido paralítico es

excusa para que una escuela quede en manos poco aptas? Obregón no lo creyó así; supo sacrificar sus sentimientos amistosos a las conveniencias de la obra que juntos realizábamos, obra que él comprendía en sus detalles y amaba con sinceridad.

Comenzaba mi día a las siete de la mañana; desayunaba frutas y café, y a las ocho ya estaba visitando las obras, trepando andamios, urgiendo prisa, tomando nota de lo que hacía falta para apresurar su entrega. A las nueve llegaba a la oficina salpicado de cal. No había querido adoptar el sistema humillante del reloj marcador de la hora de entrada de los empleados, pero adopté otro. Al llegar a mi mesa de trabajo tocaba los timbres y convocaba a todos los jefes de departamento. Se presentaban éstos puntuales porque habían sido bien escogidos entre gente de honor, y es inevitable que un jefe cumplido fuerce a todos sus subalternos a serlo. Irritados algunos empleados viejos de que se les exigiera puntualidad cuando es uso en oficinas de gobierno la pereza, comenzaron a apodarme «el Ministro Lechero». ¿Qué horas eran esas de llegar a las nueve o antes, cuando se supone que un ministro caballero ha ido al teatro o a una fiesta la noche anterior y se levanta con la fresca de las once? No contaban con que yo no iba a fiestas ni a teatros. Ni siquiera correspondía visitas. Hay que prescindir del compromiso social si se quiere realizar obra. Ni el escritor, ni el profesional, ni el político podrán consumar tarea de fondo si no se someten a regla casi monástica, si no prescinden de los halagos del trato y aun de las satisfacciones de la familia y los amigos.

En acuerdos con los jefes de departamento se pasaba la mañana; tres taquígrafas despachaban la correspondencia y tomaban al dictado comunicaciones, declaraciones, discursos y órdenes. Al mediodía, las mañanas de audiencias se abrían

las puertas para todo el mundo. Penetraban a veces hasta doscientos, solicitantes en su mayoría. El uso de audiencia pública es un consuelo democrático que permite al público ponerse en contacto con los funcionarios; pero es inútil, aparte de penoso, por la repetición de la negativa. Las comisiones de importancia, y aun las menores, no se dan porque alguien fue a entrevistarnos; mal funcionario es el que no sabe escoger por sí o por sus ayudantes. Y las ideas que lleva el público valen poco para el que ya tiene un plan.

A los periodistas se les daba en la secretaría particular un boletín con noticias de las últimas obras realizadas. A menudo insistían y pasaban a hablar conmigo. Al principio fueron agrias mis relaciones con la prensa. Dominaba en ésta el viejo elemento porfirista, que a menudo me molestaba; me inventaron una vez que había mandado vender como papel viejo los incunables de la Biblioteca Nacional. Les respondí con grosería. No necesitaba de su propaganda; me hacían bien sus ataques y no tomaría la venganza de negarles informaciones. Allí estaban todos los archivos de la Secretaría para que se enterasen de cuanto quisiesen… Irritado por la incomprensión, por la sistemática oposición de mala fe, solté a menudo palabras poco dignas de un funcionario en tiempos normales; pero estábamos en lucha con el ambiente; eso explica, si no excusa, improperios que a mí mismo me pesaron por su injusticia, como aquel que tanto éxito alcanzó, cuando dije, refiriéndome a las dos lumbreras del antiguo régimen, Bulnes y Moheno, que me censuraban a menudo en sus publicaciones: «Son los dos bueyes cansados del porfirismo.» Para los revolucionarios, la frase fue un alivio, porque a todos nos fatigaba la pedantería de los defensores de un régimen que en resumen nada había hecho por la cultura nacional. Y ahora que se ensayaba de buena fe un renacimiento, no se nos contestaba sino con la

insidia, el denuesto, la calumnia. Amarga la boca, de la pelea, me juntaba a comer con los poetas, los artistas de la Secretaría, cambiando de restaurante, y disolviendo la bilis con un par de vasos de vino y mucha conversación agresiva o jocosa y sueños de grandeza en la obra. La prensa era libre entonces y la opinión y ambas se desquitaban con saña de las épocas prolongadas en que no se permite la crítica. No sospechaban el sistema que más tarde vendría, bajo el callismo, que nunca cerró un periódico, pero a todos enmudeció con el atropello, los obligó al elogio, mediante el asesinato de los redactores, el asalto a las redacciones, atropellos cínicos que al día siguiente arrancaban condolencias al presidente por los atentados que en la sombra había fraguado. Nada semejante practicó Obregón, y sólo se vengó en cierta ocasión con un chiste. Sucedió que el director de uno de los diarios de la oposición perdió la vida al caer del caballo en que paseaba, y Obregón observó:

—Compraremos ese caballo para obsequiárselo a... —director de otro gran diario nacional.

Y es de justicia añadir que a la postre la prensa se rindió; al final de mi gestión no tuve mejores aliados que los periódicos, defensores todos de mi tarea, mientras no los venció el terror callista, que obligaba a condenarme o a silenciar mi nombre y exaltaba al que me ofendía. Hubo, sin embargo, un periodo no muy corto en que la honestidad del propósito nos juntó a todos en patriótica colaboración. Así, por ejemplo, cuando llegó a la Cámara de Diputados mi proyecto de ley, toda la prensa del país, que ya lo había divulgado, ejerció presión favorable.

Terminada la comida de mediodía, que raras veces hacía en casa, dormía siesta de veinte minutos en un sillón del despacho particular. Regresaban las empleadas a las cuatro y

comenzaba el dictado. A menudo, audiencias especiales me robaban una o dos horas; pero el resto de la tarde se dedicaba a conferencias con los altos empleados del Ministerio y la discusión de la labor de los distintos departamentos. A las siete levantaba el campo y me dirigía a mi casa. Allí tomaba por cena unas frutas, jugaba con mis hijos un rato y luego me encerraba en mi biblioteca. Nadie entraba a interrumpirme, a excepción de mis hijos pequeños. La presencia de los niños es como el rayo de sol que penetra en una alcoba; no perturba la meditación: la ilumina. No pasa lo mismo con la gente crecida; no la tolero cuando tengo que trabajar; se me figura que me espían.

En tales horas de soledad, ordenaba el trabajo del día siguiente, inventaba las tareas próximas. Imaginé así el escudo universitario que presenté al consejo, dibujado toscamente y con su leyenda: «Por mi Raza Hablará el Espíritu», pretendiendo significar que despertaba nuestra raza después de la larga noche de su opresión. Éramos, como el judío, un pueblo que de su dolor secular debía extraer fuerza para las creaciones poderosas.

Ocho y hasta nueve horas de sueño pacífico me dejaban expedito para las tareas del siguiente. Y esto duró casi cuatro años.

Me sostenía la convicción de que todo iría bien mientras me mantuviese sobrio, casto, intransigente. Y no conocía otra fatiga que la muy sana de una jornada intensa, fatiga que se resuelve en el dormir bien ganado y profundo. Los compromisos sociales del cargo los hice a un lado desde el comienzo. Acepté cierta vez un almuerzo en Legación extranjera. Se trataba de antiguos conocidos; asistí con mi esposa; nos sirvieron champaña *nature* con exquisito alimento. A punto que nos despedíamos, la señora de la casa

preguntó:

—¿Dónde vive, para irlos a visitar?

Y contesté:

—Vivimos por allá, en un agujero de Tacubaya; ya les diré dónde es.

Y no volvimos a vernos, salvo cuando a la dama se le ofrecía alguna pequeña facilidad para un hospital que patrocinaba, casos en los cuales halló siempre abierta la puerta oficial y dispuesto al amigo. En suma: trataba yo a todas las gentes sólo en la medida que podían servir, podían colaborar a la tarea que desarrollaba; en otra forma, nadie obtenía un instante de mi atención. En el obregonismo no solamente mi posición fue de aislamiento social y de ignorancia de las recepciones diplomáticas; de igual suerte se abstuvieron siempre de concurrir a festividades y banquetes De la Huerta y Calles; el primero, porque se hallaba, como yo, absorbido en su tarea de los millones, y Calles, por salvajismo de ogro que se halla mal en la compañía de sus semejantes, si no tiene sobre ellos, por lo menos, el látigo de una amenaza muda. Y en aquellos días Calles andaba manso y tristón. En los raros Consejos de Ministros que hubieron de celebrarse, no abría la boca; sólo de cuando en cuando se apretaba ansiosamente la pantorrilla acalambrada por la neuritis y se quejaba. Los resabios de una juventud vulgar y un inveterado alcoholismo, las secretas orgías y el vapor de sangre de recuerdos macabros, le mantenían hosco y silencioso, taimado en su retraimiento de valetudinario. A todos nos daba lástima.

Obregón, dedicado al trabajo con sinceridad y con honestidad, empleaba las horas del reposo con su familia; su mujer joven y bella, agradable, lo retenía sin esfuerzo. Y algunas noches los más íntimos éramos recibidos en

Chapultepec de nueve a once. Circulaba el coñac fino, se conversaba en broma, mientras otros jugaban al billar. A veces se daba una representación de cine o se hacía música; en otras ocasiones asistíamos con nuestras familias. Mis hijos, ya de ocho a diez años, veían las películas humorísticas de la época junto con los hijos de Obregón y de De la Huerta; mi esposa hacía recuerdos de cuando había visitado el castillo en tiempos de Madero y durante el oaxaqueñismo, cuando acompañaba a «las Orozco» a llevarle el mole a Carmelita.

Una noche de concierto invité a una joven muy guapa que andaba seduciéndome para que la pensionase en Hollywood; había hecho ya con cierto éxito una película nacional; tenía fuego en los ojos negros y curvas provocativas, lo que nos hizo creer que también tenía talento. Si no fuese por mi aversión a Hollywood, enraizada y antigua, quizá caigo en el disparate de gastar en eso un par de miles de dólares de la nación. También me defendió de ello cierto pudor. La que me buscase por obtener favores a cargo del presupuesto no me encontraría. Cuando me ocurriese perder por alguna la cabeza, la pagaría con mi dinero, no con los haberes del Ministerio. Obregón, que malició mi inclinación por la bella, la llenó de atenciones; le pedía que cantara, advirtiendo:

—Pídale permiso al licenciado.

Ella sonreía complacida; pero, al fin, le dije aparte al amigo:

—Falsa pista, mi general. Hasta donde yo sé, anda sin dueño.

La joven, al fin, se fue a Hollywood, pero por su cuenta, o si acaso, con una mínima ayuda en pasajes. Uno de los diarios de la capital le hacía un bombo exaltado. El director amigo me la había mostrado un día que lo visité, como

diciendo:

—No sólo a usted lo visitan.

Ella procuraba picarnos. Y no sé a dónde me habría llevado si no me cuenta cierta tarde:

—Ayer lo defendí en un grupo en que le censuraban.

—¿Y cómo estuvo eso?

—Pues les advertí: todos los grandes hombres son atacados; por ejemplo: Platón, Aristóteles, Vito Alessio, Vasconcelos, Palavicini.

Había ella andado en redacciones, simulando la literatura, y creía en «el ingeniero» o, más bien dicho, en los ingenieros: Vito y el otro. Pero a mí se me cayeron las alas de la vanidad ante quien así confunde. Y como la chica me aseguraba haber cursado toda la preparatoria, hacía poco tiempo, maldije a la escuela que deja en sus alumnos semejante daltonismo de los valores. Lo probable es que no terminara en serio ningún curso, pues era de las que ruedan de aquí para allá sin otro recurso que cierto atractivo sensual injertado de tontería.

Las tentaciones eran frecuentes y a veces arriesgadas; pero la dedicación al trabajo y cierta tendencia nativa al ascetismo me conservaban inmune. Todo aquel a quien las circunstancias colocan en posiciones notorias se ve de pronto cercado, adulado, por toda esa peligrosa familia de las bellezas que no se deciden a lanzarse francamente al vicio ni a ser honradas. En casos más raros, la insistencia de la publicidad o el brillo de ciertas actuaciones más o menos teatrales induce a jóvenes sin experiencia a tentar verdaderas locuras. Me ocurrió así con una que siempre he recordado con algo de desolación. Me escribió una carta pidiendo hablarme y la cité para la audiencia pública. Era ésta tan rápida, que a menudo se limitaba a un apretón de

manos después de una súplica.

—Díctele aquí, a mi taquígrafa, su gestión, porque si me la dice a mí, se me olvida —solía yo decir.

Quedaba aquello escrito, y a menudo nadie tenía tiempo siquiera de leerlo. Mi desconocida no acudió a la audiencia; pero se presentó una tarde, en mi antesala, al final del trabajo. Convenció al mozo de que me pasara su tarjeta, y la hice entrar. La recibí de pie, detrás del escritorio, y a ella la dejé parada enfrente. Por sistema no ofrecía asiento, y para suavizar la descortesía me quedaba yo también de pie; de no haber procedido en esta forma me ocurre lo que a cierto ministro muy deferente, muy honorable y muy amigo nuestro de la época de Madero: que llegaba una buena señora de su tierra, se le sentaba en el despacho dos horas, no se atrevía él a echarla, y fuera la antesala hervía de descontento; los empleados, adentro, rabiaban de no alcanzar a recoger siquiera la firma.

Mi desconocida dirigió una mirada a los empleados que estaban en mi despacho y en seguida rogó:

—Es largo mi asunto y prefiero esperarme hasta que usted se desocupe.

Me rasqué la cabeza y repuse:

—Si es que aquí nunca estamos desocupados; pero, en fin, ya va a terminar el trabajo; dentro de unos minutos quedaremos solos; tome usted asiento.

Al rato pude mirarla despacio: un velito bajo el sombrero le ocultaba un rostro agraciado; me pareció advertir cierto temblor en su cuerpo esbelto, atractivo; pero lo que fijó mi atención fue un par de pomas estremecidas, irresistibles, a tal punto que tendí hacia ellas las manos. Y pronto se confesó:

Me había conocido en tal o cual sesión pública; le seducía

la fuerza con que yo hablaba…; no había resistido la tentación de visitarme… ¡No quería empleo! Esto era ya un gran motivo de alivio y de simpatía. Salimos a la calle; subimos al automóvil y la llevé al reservado de un restaurante.

Era soltera, tenía dieciocho años, modales finos y olía a limpio; a poco tiempo la devolví a su casa.

Volvió ella una o dos tardes más, y cuando estuve a punto de proceder según el caso lo requería, se me quedó ella mirando azorada y clamó:

—¡Qué va usted a hacer!

Como por relámpago adiviné; luego, inquirí:

—¿Es la primera vez?

Y contestó:

—Pues, ¿por quién me ha estado tomando?

Y lloró. De inmediato me vino la reflexión: no la quiero lo bastante para cargar con semejante responsabilidad. La ayudé a reponerse y la despedí frente a su casa.

Al día siguiente llamó al teléfono; decidí no contestar…; no volví a verla. Cuando años después le conté la desabrida aventura a una amiga experimentada, comentó:

—Qué tonto fuiste; otro seguramente aprovechó lo que tú rehusaste.

¿Es éste, acaso, el criterio femenino? Si lo es, lo único que puedo alegar es que no es el mismo criterio masculino. La represión que puede hacer del deseo vulgar inmediato contará de todos modos en mi haber a cambio de tantos otros casos de concesión a la carne. Por aquellos días, una suerte de magia blanca me mantenía impecable. Y el egoísmo de conservar entera mi fuerza para la obra en curso.

La Secretaría que estaba creando era mi amada exclusiva.

El contacto con el pueblo

La idea de acercar la Universidad al pueblo era promesa de mi discurso inaugural de la Rectoría. Los recursos multiplicados del Ministerio nos permitieron darle más cumplido desarrollo. La labor iniciada en el suburbio miserable de la Bolsa se fue extendiendo a otros barrios de la ciudad y pronto alcanzó difusión en los estados. En Puebla creamos una escuela popular de pequeñas industrias y artesanías. En Orizaba se fundó otra, y todo esto motivaba viajes frecuentes. Un tipo de enseñanza a la vez práctica y teórica combinaba los cursos de carpintería y de herrería, por ejemplo, con las conferencias sobre historia o sobre arte. Con puros obreros se formaron los orfeones, pero sin recurrir a los sindicatos, que todavía por entonces no funcionaban con autonomía. La alianza de estudiantes y obreros, un poco a la manera rusa, se hizo moda que no dejó de dar frutos. Pero el punto vivo de la unión de todas las clases debían darlo las escuelas. Al efecto, procuramos que las enseñanzas manuales impartidas en ellas tuviesen carácter útil; por ejemplo: empezamos a dedicar los talleres de las escuelas nuevas a la producción de material escolar, como bancos de clase, de los cuales había y sigue habiendo urgencia a millones. Y en vez de la antigua práctica de llevar hasta las sillas y los pupitres de las fábricas de Norteamérica, hicimos regla que el Ministerio habría de producir en sus talleres lo más elemental siquiera en materia de muebles, tal como ya lo empezaba a hacer en cuanto a libros, por medio

del Departamento Editorial.



Armas para defender la Revolución, mural de la SEP pintado por Diego Rivera

Pero el plan abarcó aún más; nos propusimos invertir en México y en talleres privados mexicanos todo el dinero que la Secretaría estaba gastando en habilitar sus diversas

dependencias. Una huelga de los carpinteros y ebanistas de importante fábrica local nos dio la oportunidad de ensayar otro sistema que concurría al mismo fin. Convocamos a los huelguistas y les ofrecimos un contrato para la inmediata manufactura de todos los muebles del nuevo Palacio de Educación, que pronto iba abrir sus puertas. Y bastó un anticipo de menos de cincuenta mil pesos para que el comité de huelga organizara una Sociedad de Ebanistas en cooperativa. Esa sociedad obtuvo después todos los contratos de nuestro departamento; además, sirvió los pedidos de otras secretarías. Pudimos entonces convencernos de la capacidad, la seriedad de los obreros mexicanos, cuando se ven libres de la coacción gubernamental y de la acción de los líderes.

Obras de lujo, como ciertas mesas del despacho de Educación Pública, fueron trabajadas por ebanistas independientes con un esmero y un arte que hace tiempo habían olvidado los maestros de labor. El dibujo de las mejores piezas les era entregado por nuestros artistas. Enciso, el pintor tan experto en cuestiones coloniales, se dedicó a revivir el mueble de tipo español antiguo. De la Escuela de Industrias Químicas nos surtían los cueros para los sillones de estilo arcaico. Y cada vez comprábamos menos al comercio; todo lo hacíamos en el departamento y lo hacíamos mejor y a más bajo precio.

Recuerdo la ocasión en que asistimos un grupo de los más íntimos colaboradores a contemplar la vidriera artística que acababa de terminar Montenegro en el Salón de Discusiones del antiguo San Pedro. Anteriormente todas las vidrieras de color, hasta los emplomados más vulgares, se encomendaban a casas francesas o italianas, productoras de horribles modelos en estilo cromo. Al descubrirse la obra de Montenegro, alguien la comparó con una vidriera que por

esos mismos días había estrenado el Palacio de Hierro en su nuevo edificio, encomendado a ingenieros y artesanos traídos de Francia.

—Es muy superior —convinieron todos—, por el colorido del dibujo y aun por la solidez, la obra de Montenegro.

—Ya lo creo —expuse yo—; como que lo del Palacio de Hierro es obra de extranjeros… No puede el extranjero competir con nosotros.

Estas palabras en un pueblo vigoroso suelen ser arrogancia y «chauvinismo». En un pueblo como el nuestro, enfermo de un justificado complejo de inferioridad, eran parte de la tarea de educador, utilizaban los triunfos de aquel incipiente renacimiento para despertar los ánimos e infundirles confianza en las propias capacidades.

Con frecuencia visitábamos las poblaciones cercanas a la capital para inspeccionar las obras de construcción de las escuelitas locales o para llevarles libros o maestros que les daban conferencias. En Cuajimalpa trabamos amistad, de esta suerte, con algunos vecinos. Y algunos domingos comimos en sus casas. Recogen por la región de Las Cruces unos hongos muy anchos y un poco desabridos, pero que, bien guisados por la gente del lugar, resultan muy sabrosos. Completaba la comida algún pipián de gallina; el pipián es salsa de pepita de calabaza y algo de chile y ajonjolí. Tienen gusto oriental los platos complicados de la cocina mexicana, y lo que nunca hacía en la ciudad lo hacía en el campo: tomaba con la comida uno o dos vasos de pulque limpio, sabroso cuando se obtiene recién elaborado. Era sedante el trato de aquellos vecinos cordiales que de todo corazón colaboraban con nosotros en el mejoramiento de las escuelas. Estimulada por la Secretaría, la iniciativa particular cooperaba en todas partes en la gran obra de construcción

educativa. El modelo siempre recordado era el de los misioneros católicos que antaño llegaban a los pueblos sin un centavo en el bolsillo y al cabo de dos quinquenios habían levantado capilla y aulas, talleres y campos de cultivo. Esto era educar, no redactar informes como los *researchers.* Los maestros de música visitaban también los pequeños poblados, seleccionando el talento local, creando coros y representaciones. Y del seno de la masa dormida resurgían los cantares ancestrales. Un corrido me impresionaba profundamente; lo cantaban los indios de la región de Cuajimalpa y todavía recordaba las atrocidades de la Conquista española; tenía un estribillo punzante.

Y entre los habitantes ninguno vido nada.

Allí estaba, en aquellas cortas líneas, toda la psicología de los pueblos vencidos. Se producen los peores abusos de autoridad y no sólo no hay quien se rebele; ni siquiera quien ofrezca testimonio contra los opresores. A la hora de la encuesta, más o menos sincera, que los tribunales civiles inician tímidamente como para sincerarse un tanto de su complicidad con el militarismo devastador, el visitador y el juez no hallaban parientes o amigos que quisiesen unirse a la justicia para ayudarla a reparar las iniquidades. Una larga experiencia de la continuidad del atropello había creado aquella sensibilidad cautelosa: «Hubo aquí muchos muertos, pero nadie vio la cara de los asesinos», parecía decir la canción: «Están demasiado alto los asesinos para que les alcance la justicia»:

Entre los habitantes ninguno vido nada.

Acaso, pensábamos, ésta es la voz del pasado; pero ahora, después de la sangre vertida por la libertad, la revolución empieza a cumplir sus promesas y toda esta gente se levantará regenerada en apoyo de los que están

construyendo patria.

Pronto volvieron los atropellos y la ceguera moral continúa.

Por aquellas mismas zonas pasó el callismo saqueando a los timoratos, vejando y asesinando, y otra vez, por toda la república, imperó el estribillo de la lúgubre canción de nuestra historia:

Entre los habitantes ninguno vido nada.

Nadie quiso ver; nadie se atreve a mirar y todavía hoy, hacia la comarca próxima a la capital en que cayeron los vasconcelistas de la matanza de Topilejo. En el poder, como de costumbre, están los ajusticiadores, y el rebaño lamentable de los habitantes sigue entonando la canción de su ceguera sin honra.

Hispanoamérica asoma

Por aquellos días llegó a la capital la compañía argentina de drama y comedia de Camila Quiroga. Provocó interés que nosotros, en el Ministerio, nos encargamos de encauzar. Otorgaban sus representaciones valor objetivo a la prédica hispanoamericanista que realizábamos. Se complacía el público escuchando la pronunciación de la «ll» argentina, idéntica, por otra parte, a la «ll» que se pronuncia en Oaxaca y en el sur de Puebla, «ll» masculina que, sin embargo, suena melodiosa en los labios de la argentina y contribuye a esa claridad en la dicción que ya quisieran para sí españolas y mexicanas. En contraste con el feo siseo de nuestras actrices, y mejor aún que el recitado lleno de «eshes» y de ahogos de las gentes del teatro en España, las argentinas nos llevaron la revelación del modo de vocalizar claro y musical. Sin duda lo deben a su escuela italiana de teatro, pensé, y a poco supe que, en efecto, la Quiroga es de sangre italiana. Su marido, un buen gaucho, como se dice por el Sur, resultó un amigazo campechano y cortés. No necesitaba la compañía de la ayuda pecuniaria del gobierno porque tuvo éxito de taquilla considerable. Así es que nosotros nos dedicamos a hacer por la compañía entera lo menos que exigían las circunstancias: homenajes, atenciones, paseos. Y como lo que vale del México artístico es lo que dejó la Colonia, y estaba de moda por aquellos días la excursión a Tepotzotlán, el bello ex convento próximo a la metrópoli, allí llevamos un domingo a todos los artistas como huéspedes del Ministerio.

Contaba el elenco con un buen grupo de muchachas bonitas y jóvenes que actuaban por espíritu de aventura y por conocer mundo. Los poetas, los artistas de la Secretaría, les hicieron cortejo. Se retrataron las actrices bajo los altares churriguerescos, convertidos en reliquia de museo. El extenso y noble edificio estaba abandonado. Y por más que se nos sugerían proyectos para utilizarlo en casa de retiro para intelectuales y artistas, como museo colonial, no pudimos emprender cosa alguna porque nos faltaban en absoluto los recursos más allá de la simple conservación. En la escuela del pueblo había establecido Medellín unos talleres y un comienzo de explotación del gusano de seda, que en otros tiempos fue la industria nativa. El templo, saqueado en parte, descuidado, olvidado, es uno de los más suntuosos ejemplares del churriguera. Mirando los lienzos de orfebrería, altos como la nave, ricos de imágenes, volutas, palios damasquinados, bajorrelieves, nichos y doseles, se piensa en la armonía complicada y ascendente de los coros eclesiásticos.



Iglesia de Tepotzotlán, Estado de México

Por fuera, la torre labrada como filigrana pétrea, contemplada desde la calle que corre bajo la terraza del atrio,

enmarcada en la arquería invertida que lo limita, parece la inmovilización de un aleluya. Se diría un altar al aire libre y el canto de gloria de una época.

Las mismas muchachas ligeras que suelen ser las del teatro hallábanse impresionadas por aquel monumento robado, primero a pretexto del progreso, abandonado después por los progresistas, desportillado como reliquia caída en manos de bárbaros. Era perla entre cerdos del alma que fuimos en aquel momento, banqueteando sobre despojos, sin atinar con el modo de usarlos en algún fin noble, y ni siquiera sentíamos el rubor del atropello, habituada nuestra conciencia a la barbarie seudoprogresista; más bien nos hinchábamos con pequeña vanidad de funcionarios que pasean la vista sobre su feudo, mal habido y peor guardado. En Italia, en Francia, en Inglaterra o en Estados Unidos, una construcción como aquélla seguiría de convento y produciría cada año cosechas de frutos y de granos. Sólo en México el progreso había exigido que la huerta se nacionalizara, y allí estaba con sus pozos azolvados, sus manzanos comidos de plagas, sus membrillos anémicos que no daban ni para pagar el salario de los guardianes. La población civil de la aldea, caída también en la miseria y la ignorancia. Y ahora nuestra pobre escuelita, remedo miserable del taller colegio que fue el convento, y destinada a desaparecer tan pronto el país volviese a su normalidad, que es el abandono de toda iniciación creadora. Con razón el agente de la penetración imperialista, Stuart Chase, eligió a Tepotzotlán para escribir su *Mexican Town*, un *bestseller*. Pero la aldea nacional típica, construida por los españoles, vivificada por la Colonia, ennoblecida con una de las joyas arquitectónicas del mundo, la presenta el obtuso escritor de modelo del *habitat* indígena aborigen: polo opuesto del maquinismo de Norteamérica. Sin sospechar

que, en la época en que se creó, fue Tepotzotlán no un centro agrícola, sino un poblado industrial, perfectamente maquinizado según la maquinaria de la época: telares de lana, ovillos de seda, corte de canterías, talla de maderas artísticas; en fin: urbe fabril como no se veían por entonces en Massachusetts. Y lo que hoy veíamos nosotros no es otra cosa que el cementerio, el vestigio de la Colonia, no el modo de vida de una población primitiva. Para hallar primitivismo hace falta trasladarse a Nuevo México o Arizona entre los navajos, en territorios que España no tuvo tiempo de penetrar. Pero Tepotzotlán, en el centro del país esplendoroso que fue la Nueva España, no es un *mexican town* en el sentido indígena; es una *Ville d'Art*, digna de un *Baedecker* nacional y comparable a las de España o de Italia.

En la terraza del antiguo convento, rodeada de sólidos pretiles, y ante el panorama de un valle ondulado cubierto de magueyeras y de maizales, se sirvió la comida nacional, compuesta de arroces y carnes a estilo campo, que es como decir también a estilo de la Argentina, pues nada hay más parecido a nuestro cabrito al pastor que un asado con cuero argentino. Y se sirvió vino tinto, y una o dos jarras de pulque para los curiosos que quisieran probarlo. Y antes de que la comida terminara ya se había desatado el torrente de los discursos. México y la Argentina eran los polos gloriosos de la patria común. Y se soñaba en alianzas de charros y gauchos, y el entusiasmo colmaba los pechos. En el centro, Camila, muy señora, alentaba a todos con su sonrisa cordial. Y Quiroga, bondadoso y fuerte, tenía en un puño a sus actores gauchos, muy vestidos a la inglesa. Y los poetas miraban a las jóvenes actrices con la codicia de lo que se sabe va pronto a perderse. Los pintores les tomaban siluetas. Ellas, libres en su mayoría, parecían decir que para ocasiones dichosas se han inventado los viajes. Disfrutaba

yo el convivio en silencio. Hablé unas palabras por compromiso. Mi imaginación andaba acaso distante. Al regreso, en el tren, una de las chicas de la compañía tomó asiento a mi lado; tenía curiosidad, dijo, de tratarme; era compositora de música en sus ratos de ocio, y aspiraba a escribir piezas de teatro, no sólo a representarlas. En escena la había advertido apenas, de dama joven o poco menos, porque era de muy pocos años; tenía los ojos negros llenos de ingenio, el color blanco azulado de las argentinas y la perfecta clara dicción que siempre me ha seducido en la mujer; para lograr esa dicción hacen falta unos labios delgados y nerviosos, como los de aquella jovenzuela despierta, geniecillo en potencia y flor en brote. ¿Podría yo negarle el homenaje de dar aquí su nombre de pila? Ella no me negó, años más tarde, en la derrota y el destierro. Se llamaba Eugenia. Ambición de gloria empujaba la juventud de Eugenia por dos o tres caminos diversos; ciertos tangos suyos andaban ya impresos por Buenos Aires, pero también sentía vocación para la pintura. En consecuencia, la llevé una tarde a visitar la escuela al aire libre de Coyoacán. Allí le dio conferencia Ramos Martínez. Pensó Eugenia que quizá el cinema le reservaba triunfos, y allá fuimos a unos talleres privados para obtener la prueba. Ninguna aventura la arredraba; así es que en menos de quince días estuvimos envueltos en una de esas rachas de ilusión y de goce que simulan el esplendor de lo eterno, aunque apenas al día siguiente se gasten y se corrompan. El temor de crear compromisos que pesan sobre toda la vida nos mata bruscamente estos ensayos de felicidad. La murmuración que sigue en todos sus pasos al hombre público acaba por romper el encanto. Cierta mañana, uno de los semanarios humorísticos publicó una caricatura: En el pupitre de una sala de escuela primaria estaba yo de profesor; en los bancos,

uno de mis secretarios jóvenes aparecía de pantalón corto; en el muro, el mapa de Sudamérica. Y preguntaba el maestro:

—Jaimito: ¿en dónde está la Argentina?

Y el chico respondía:

—En el Hotel «Guardiola».

Todo el mundo sabía que ésa era la residencia temporal de la compañía de comedias…

Partió la compañía, completa en su personal.

Yucatán revolucionado

Los amigos más entusiastas que tuvo el Ministerio fueron los gobernadores manirrotos que pretendían echar sobre los hombros de la Federación las atenciones de la enseñanza, a fin de disponer de los ingresos locales para las exigencias de su política. En Yucatán estaba de gobernador, nombrado por el Ejecutivo, Felipe Carrillo Puerto. En tiempos todavía próximos, Carrillo había figurado entre los enemigos de Madero en la península, y aun creo que había servido al huertismo. Más tarde se afilió al carrancismo, y al triunfo de Obregón apareció de líder obrero y extremista nunca igualado. Pero en la general reconciliación iniciada por De la Huerta, amigos comunes de Yucatán habían presentado a Carrillo conmigo en una comida del Café Colón. En seguida me había sido simpático, por su franqueza y su sencillez. No presumía de saber gran cosa y más bien me interrogaba sobre cuestiones sociales. Partía él en esos días a hacerse cargo nada menos que del gobierno de la península, y en la charla de sobremesa habíamos tratado, entre una multitud de asuntos, el problema del exceso de la natalidad entre las masas desvalidas. Por aquellos días yo estaba imprimiendo y repartiendo entre los obreros exclusivamente un folleto de higiene anticoncepcionista. No veía yo razón en privar a los de abajo de conocimientos que cualquier dama de las altas clases obtiene de su médico o de su biblioteca. Y Felipe, con un entusiasmo que era lo mejor de su naturaleza, me pidió que le mandara millares de estos folletos. Y así se hizo. Pero

en aquel gobierno desbarajustado que Carrillo estableció, alguien, excediéndose de las instrucciones del caso, empezó a repartir el folleto entre las maestras de escuela. Un corresponsal de los diarios de la metrópoli, enemigos encubiertos todos ellos de cuanto hacíamos, amplió la noticia falseándola con la aserción de que el folleto se distribuía entre las colegialas. Y se me vino una tempestad de ataques, fundados en una mentira, pero de todos modos penosos por la índole de la acusación. Felipe no se inmutó y siguió repartiendo el folleto, siempre entre sus obreras asociadas, entre las cuales había muchas maestras. Fue ésta, por lo menos, la explicación que a mí me mandara, y añadió a ella la invitación para que pasara de visita por Yucatán.



Autorretrato de Diego Rivera (1886-1957).

Diego Rivera visitó Yucatán cuando este estado era gobernado por Felipe Carrillo Puerto

No conocía la península y tenía vivos deseos de visitar sus ciudades españolas: Mérida y Valladolid; sus célebres ruinas de Uxmal y Chichén-Itzá. Y acompañado de un grupo de artistas: Diego Rivera, Montenegro, Adolfo Best, y de literatos como Torres Bodet, Pellicer, Pedro Henríquez Ureña, tomé el barco de la línea Ward y una tarde luminosa desembarcamos en las arenas de Progreso, ante la curiosidad de inmenso gentío de albos trajes, a la usanza de la tierra caliente, y sombreros de palma. En el muelle estuvo Felipe Carrillo, con su estado mayor de agitadores. Y en el tren especial del gobierno embarcamos todos para el viaje de unas horas hasta Mérida, la capital de la provincia. Me desagradaba viajar en tren que se sabía usurpado. Todo el sistema ferroviario de Yucatán y Campeche pertenecía a compañía mexicana, es decir: yucateca; al revés de los ferrocarriles del resto de la república, que eran propiedad de compañías extranjeras. Y esta circunstancia debía haber hecho intocables sus propiedades. Y menos mal, si la usurpación gubernamental se hubiera legalizado en cualquier forma; pero se seguía en estado de simple apoderamiento, aunque el periodo de la guerra llevaba más de seis años de estar liquidado. En lo general, máquinas y convoyes deteriorados se hallaban a merced de las órdenes del gobierno local y de los militares, con grave daño de la vida económica de la región. Desde que el célebre general Alvarado se había posesionado de la península, en nombre de la revolución carrancista, nada constructivo se había hecho en la región; pero el saqueo había sido, seguía siendo, sistemático. Los dueños del ferrocarril y de las fincas henequeneras se hallaban en Nueva York o en Europa o La Habana, viviendo de la venta de sus joyas, y las enormes rentas del henequén, manejadas por un Comité nombrado por el Departamento de Hacienda de la capital de la

república, habían servido para fomentar la guerra de Carranza contra Villa y más tarde para enriquecer a una serie de aventureros y de favoritos. Entre tanto, los usurpadores, para consolidarse en el poder, habían provocado una verdadera guerra de castas, echando al pobre contra el rico sin más plan que disfrutar del botín. No hubo, por cierto, combates de consideración; bastó con que los generales dejaran hacer y pronto quedó expulsada de hecho casi toda la población criolla de la península. Y un partido de burócratas se apoderó del gobierno y puso a trabajar a los indios en el henequén, que en seguida entregaban al Comité gubernamental. La transformación anunciada como proeza revolucionaria en nada benefició a los humildes; pero creó una pandilla de líderes.

A imitación apresurada de lo ruso, incompletamente conocido por Carrillo, se había organizado un partido seudocomunista, con el nombre de la Liga de Resistencia. No se sabía a quién resistían, porque los mismos ligueros eran dueños de vidas y haciendas. Y se limitaban a pintar de rojo las fachadas de las casas oficiales y a predicar entre los indios la destrucción del burgués, la desaparición del pasado y el renacimiento revolucionario. Si el indio mismo hubiese consumado aquel cambio que en realidad se limitaba a soportar, pronto los líderes del movimiento socializante se habrían visto sacrificados porque no respondían al sentido profundo de las castas, puesto que no eran indios.

Felipe Carrillo era alto, enjuto, bien parecido, y tenía ojos verdes. Los oradorcillos alquilados aseguraban que aquellos ojos eran como de jade de los antiguos mayas; en realidad, procedían de otra península; eran ojos de español. Toda la familia de Carrillo era de criollos de clase media, que pronto ocuparon los puestos jugosos de la administración. En torno de Carrillo no había, probablemente, un solo indio puro; sus

auxiliares pertenecían, como él y como todos nosotros, a la clase que, aun teniendo prosapia hispánica más o menos directa, descendió a la capa humilde al quedarse sin patrimonio. Los indios puros, procedentes del interior del estado, seguían, pues, obligados a trabajar en el campo como peones. Sin otra novedad que la satisfacción de ver expulsados o colgados a sus antiguos amos, los hacendados de la época porfirista. En muchos casos, los antiguos dueños no merecían la piedad. Habían sido en su mayoría, egoístas y a veces más que egoístas: crueles explotadores de la peonada. La seudorrevolución remplazó a los hacendados con los líderes voraces. Pero se daba todo el mundo el gusto de asistir a los mítines que Carrillo, con gran habilidad de agitador, celebraba sin cesar de un extremo a otro de su ínsula. En esos mítines la prédica socialista era llevada adelante por gente impreparada del todo, ignorante de lo que es el socialismo. En esencia, todo se reducía a lanzar «mueras» a la reacción y «vivas» a los prohombres del momento: Obregón, Calles, el propio Carrillo y también al huésped que esto escribe.

La alta y la pequeña burguesía desplazadas se limitaban a murmurar y a veces se hacían oír por los diarios. Uno de estos diarios me atacó sin razón, y en el primer banquete respondí a los ataques solidarizándome con el pueblo yucateco. Visité la Bolsa del henequén; allí estaban los negociantes de la revolución, disponiendo del producto entero de las fincas para combinaciones pingües en beneficio de los del gobierno. En Nueva York los agentes de ventas compartían las ganancias con los políticos. (Véase un folleto del doctor Ferrer, del año 1924.) Y apenas bastaba todo el henequén para calmar la voracidad de los jefes del Club, organizadores de las Ligas.

En Carrillo, sin embargo, había un fondo de buena fe;

tomaba con entusiasmo su papel reformador, aunque no tuviese clara idea de lo que era su reforma. Y era campechano, se acercaba a los más humildes para halagarlos, adularlos; derrochaba el dinero en mujeres y con amigos; se reservaba poco para sí; enriquecía a sus íntimos y no dejaba obra alguna, ni en la ley ni en el suelo.

Las escuelas se hallaban en el más completo abandono, pero contaban, como las del resto del país, con un personal de primera, formado en las escuelas normales de la época de Sierra. En verdad, el único grupo que ofrecía promesa era el de las maestras normalistas de estado, aseadas, inteligentes, patriotas. La cordialidad con que nos recibían resultaba conmovedora. En cada uno de los patios escolares de Mérida hubo fiesta con cantos, música y discursos floridos. Consumaba en esa época nuestra Secretaría un reparto de pianos por todas las escuelas del país. La promesa de una docena para Mérida entusiasmó al personal; pero hacía falta de todo. Algunas escuelas tenían dotación mediocre, pero las más se hallaban en la miseria y no alcanzaban los edificios para alojar a la mitad de los niños en edad escolar. En las aldeas, la situación era todavía peor.

Las finanzas del estado, en completo desorden, no daban esperanza de ayuda, y el único remedio hubiéramos sido nosotros siempre y cuando la Federación hubiese seguido inflando el presupuesto educativo. En aquel momento, el entusiasmo nacional por la cultura permitía suponer que no sería efímero el esfuerzo que iniciábamos.

En un mitin de los maestros apareció, sin embargo, la escisión. Cierto protegido de Carrillo, una especie de protestante ya renegado, se había convertido en paladín de la escuela racionalista de Ferrer, el de Barcelona. Me asediaba desde la capital de la república; pero no se descaró

sino cuando estuvo entre los suyos, que eran minoría insignificante del profesorado local, pero bien repartida entre los puestos dirigentes. Y me propuso la implantación de la escuela racionalista, en discurso que derivó hacia lugares comunes que dos o tres meses antes les había predicado por allí el judío Haberman, del ghetto de Nueva York. Desde la prédica de Haberman, la plana mayor revolucionaria remataba sus discursos con el grito de: «Viva el Diablo y muera Dios.» En sí los gritos, en momentos de exaltación reivindicatoria, podían explicarse como una protesta contra el Dios de los explotadores. Pero el profesor pretendía que la escuela primaria garantizase al niño que Dios era invención de la burguesía explotadora. Según hablaba el precursor de la escuela socialista de los tiempos actuales, yo me dirigí en voz alta a los que nos rodeaban, entre los cuales se hallaba el propio gobernador Carrillo Puerto, y exclamé:

—Llevan en la cara lo bruto estos profesionales del ateísmo.

Y no se volvió a hablar de la escuela racionalista. Carrillo era inculto, pero no obcecado, y sabía respetar a quienes reconocía superioridad en la cultura. Nos dejó manos libres para la organización de la enseñanza; lo que le preocupaba era aliviar su carga económica con el auxilio que la Federación iba a darle.

Me hospedaron en la casa particular de un excelente caballero, médico de Carrillo. Habitaciones espaciosas y bien aireadas, baño de ducha a discreción, y en la alcoba una cama con pabellón de punto contra el mosquito; además, una lujosa hamaca. Me decidí a dormir en la hamaca, según el hábito de mis noches de Campeche, y temprano, porque cada jornada estaba llena de recepciones, comidas y visitas

de escuelas.

En el Instituto nos habían dado manos libres para organizarlo, de suerte que pudiera ser reconocido como universidad, equiparados sus estudios a los de México. Mis acompañantes tenían más libertad, menos atenciones, y solían recorrer los bailes públicos, los cafés y las neverías. Sin embargo, trabajaron; Adolfo Best dio a las maestras unas conferencias sobre dibujo. Pedro Henríquez aleccionaba en literatura castellana. Cada cual hizo su porción de tarea. A mí, a las diez ya me rendía el sueño.

Por la mañana, con el sol nos levantábamos; durante el desayuno platicaba largamente con el doctor dueño de casa, hombre afable, culto, que era mirlo blanco en la jauría desaforada de los líderes que rodeaban a Carrillo.

—Felipe es bueno —insistía el doctor—; pero está rodeado de pillastres que lo pueden empinar.

Las clases cultas odiaban cordialmente al gobierno.

El desayuno comenzaba con una bandeja de naranjas peladas del zumo que es por allá verde, y partidas por la mitad, sostenidos los medios gajos por el blanco de la corteza.

—¿Quiere usted chupar unas naranjas? —interroga el anfitrión.

Y, en efecto, el uso es comerse una docena de mitades jugosas y dulces. Viene en seguida el chocolate, batido con molinillo, espumoso y perfumado con canela; una gloria del gusto. Y se acompaña de hojaldres del tipo incomparable de Campeche y los bizcochos de gran variedad, cocidos con huevo y decorados de azúcares. Y nada más. El regalo incomparable del pivipavo y los peces en escabeche estaba reservado para la comida fuerte del mediodía. Por las noches, ya sólo comía frutas. De estación estaban unos

chicozapotes maravillosos.

Celebróse una velada formal en el teatro más grande de Mérida. Asistieron las mejores familias y el pueblo. Hablaron Pellicer y Henríquez Ureña, recitó versos Torres Bodet y dije yo algunas palabras, afirmando que en la obra que se desarrollaba necesitábamos de la colaboración de todas las clases de la sociedad. Los de arriba debían contribuir, enseñando el que sabe al que no sabe. La democracia no podía existir sin cierta nivelación económica y cultural de los habitantes. La mejor manera de evitar represalias futuras era educar a las masas, convirtiéndolas a la comodidad de la vida civilizada. Al indio, que ha sido la amenaza de los blancos en la lejana y aislada mal poblada península, se le vencía instalándolo de propietario; incorporándolo a la cultura de la nación. En toda la sala hubo respuesta favorable. Gran número de personas de la clase alta habían secundado ya la tarea desanalfabetizadora que consumaba la Secretaría por medio de los maestros honorarios. Cada cual sentíase colaborador potencial de la empresa patriótica que se desarrollaba.

Ciertos atardeceres recorrí en carruaje de caballos los paseos y las calles de Mérida; me acompañaba un antiguo conocido yucateco, ex porfirista arruinado, pero rico de mundo y de experiencia. No recuerdo su nombre; es un crimen de ingratitud que confieso apenado. La ciudad de Mérida fue llamada «tacita de plata» después de que acabó de pavimentarla el progresista gobernador del porfirismo don Olegario Molina. Sobre un páramo han logrado los yucatecos producir jardines, levantar casas coloniales sólidas y hermosas. Una de ellas es justamente afamada: la del adelantado Montejo. El estilo de patio con arcadas y aljibe es el dominante; las ventanas rasgadas protegidas con verja de hierro abundan. Los balcones poseen amplitud como para

mirar desde ellos el paso de un cortejo. Ciudades viejas de Hispanoamérica, cada una es una fiesta de mamposterías y de torres. Como que las construyeron hombres que acababan de triunfar en una de las mejores epopeyas de la historia. Dentro de las meridianas casas hubo un lujo fastuoso. Una aristocracia viajada por Europa mantenía un tono de vida que al desbordarse en los carnavales convertía a Mérida en rival de Nueva Orleáns. El tipo fino de la criolla, el aplomo que da la riqueza, el trato que enseñan los viajes, habían producido una sociedad digna de estima; no hacía falta destruirla para que el pueblo subiera. Incorporarla a instituciones nuevas hubiera sido lo obvio si alguien hubiese creado instituciones. Pero la revolución no llevó allá sino el apetito desenfrenado de aquellos agitadores, enriquecidos en la simulación. Se les veía afectando la pobreza y los modales plebeyos, en tanto que en casa atesoraban dinero y coleccionaban trajes de casimir fino para los viajes a la capital o a Nueva York. Si en vez de un asalto de forajidos, nuestras revoluciones fuesen lo que presumen, movimientos constructivos bien intencionados, la aristocracia modesta que nuestra evolución ha creado nos habría servido de fermento racial y tipo de costumbres refinadas; un elemento gratuito de educación general. En lugar de aprovecharla de esta suerte, expulsamos nuestras aristocracias sin otro propósito que robarle la herencia, y ocurre, en consecuencia, que la mejor sangre del país ha estado emigrando a Estados Unidos. En la nación vecina, el mexicano de origen español, medianamente blanco, se incorpora en seguida a la clase dominante. Y al cabo de dos o tres generaciones suele aun rehacer su fortuna perdida; pero, como es natural, no vuelve a acordarse de su país de origen. Lo que vemos por Estados Unidos organizado en colonias mexicanas que regentean los consulados, es más bien un desecho étnico que salió de su

patria por necesidad y no puede ascender a la capa dominante norteamericana por falta de cultura. Los elementos mejores de nuestra emigración sí se asimilan al *yankee* de arriba y se pierden para todo lo que es nuestro. Y de esta suerte, nuestro país se ha ido quedando sin esa cría del abolengo, que aun entre los animales se aprecia bajo la forma del *pedigree*.

De la catástrofe étnico-social nos dimos cuenta la noche que nos llevaron al baile oficial que el gobierno daba en nuestro honor. Se celebraba en un salón decorado de guirnaldas y con sillas de alquiler. Y la contribución femenina era de mestizas en traje colonial, de batón suelto bordado y sandalias. Pintorescas si se quiere, pero totalmente incultas y asombradas ellas mismas del golpe de fortuna que las ponía en brazos de los más altos funcionarios. Y todo para humillar a las familias bien, que encerradas en las casas que no les habían sido arrebatadas aún, asomaban apenas el rostro a sus ventanas, temerosas del insulto del bribonzuelo metido a la política del club o a la política gubernamental. En cambio, para casarse, para formar hogar, ninguno de aquellos radicales del indianismo se conformaba con su mestiza. Vergonzantemente, cada uno de ellos aspiraba a una novia de la buena sociedad. Y mejor si era extranjera distinguida de Norteamérica, según el ejemplo que les puso el jefe. Y las muchachas de buena familia, sin fe en un cambio próximo de la situación reinante, cansadas de humillaciones y esperas, acababan casándose con los prohombres del día, cuando no se veían obligadas a entregarse al general o al político. Sus vidas arruinadas eran en seguida larva del contagio de inmoralidad que todo lo ha corrompido.

Las actividades de los agitadores carrillistas se extendían a las aldeas. Congregaban a los indios y les hablaban en

lengua maya, los incitaban contra lo que llamaban la burguesía, un fantasma de su invención, porque la verdadera burguesía la estaban creando todos ellos desde sus posiciones de burócratas. En lo personal, Carrillo no era malo ni corrompido; tampoco un exaltado fanático. Sabía escuchar y se dejaba aconsejar. Por indicaciones mías comunicadas en forma oficial y pública, había restablecido la bandera nacional en las escuelas, en vez del trapo bolchevique. Le hice ver el peligro en que caen las nacionalidades débiles al prescindir de sus tradiciones patrióticas. Nuestra bandera no sería remplazada con la rojinegra, sino con la de las barras y las estrellas, si nosotros la desterrábamos. El internacionalismo sólo podía favorecer a los grandes imperios de la hora, no a nosotros. Carrillo cedió en este punto, como en muchos otros. Y es de advertirse que me escuchaba a mí por simple deferencia y afecto, pues su apoyo político se lo debía totalmente a Calles. Mis relaciones con el famoso líder yucateco fueron, pues, de afecto recíproco. Lo lamentable era que un hombre de su impreparación y su ignorancia tuviese dominio absoluto sobre todo un pueblo y sin otro compromiso que asegurarle a Calles la península para sus fines de política personal. Por eso, y por incapacidad administrativa, vivía su gobierno en estado de propaganda y agitación perpetuas. No creo que Carrillo derramara sangre. De eso se encargaban los jefes de armas, verdaderos verdugos de la Federación. Pero Carrillo daba apariencias de revolución social a una tiranía explotadora y despiadada, estéril y destructora.

Si entonces me hubieran dicho que todo aquel desorden, toda aquella rapiña disfrazada de transformación social, llegaría a ser la regla en todo el país, durante el callismo y después, probablemente renuncio desde entonces al Ministerio y me dedico a la vida privada para salvar a mi

familia de la miseria, ya que el país se estaba haciendo, se ha hecho, insalvable.

Pero en Yucatán se empezó a jugar con un comunismo indocto, y el contagio ha inundado la república. Y hemos vuelto al régimen de tribu, bajo el disfraz de un doctrinarismo que los que mandan ni siquiera comprenden.

La excursión a Campeche

En Mérida nos hallábamos a una jornada de ferrocarril de mi antiguo solar de Campeche. Y había en Campeche muchas necesidades educativas que aliviar, muchas posibilidades para la obra futura del Ministerio. De suerte que decidí perder un barco de los que tocan semanalmente en Progreso, para hacer la visita al desconocido puerto del Golfo. Al atardecer salimos en tren especial porque se empeñó en acompañarnos un mundo de pequeños funcionarios del cortejo de Carrillo Puerto. Además, Carrillo vio la oportunidad de aprovechar mi visita a Campeche para afirmar sus relaciones por aquel estado en donde se proponía organizar Ligas de Resistencia a estilo de las suyas de Yucatán. Y para que la comitiva acabase de resultar sultanesca, un grupo de cantores profesionales y músicos se agregó al convoy. Cantaban interminablemente versos románticos estilo Julio Flores, y tonadas tristes que también denunciaban parentescos de Colombia, la patria de los «bambucos». Emparejaba bien la música melancólica con nuestro caminar aquel por el desierto yucateco; tierra seca y árida, como el alma de aquellas razas que son desecho de dos naufragios: el naufragio maya, que ya ni rastros deja en sus almas, y el naufragio de la civilización española, que una propaganda pérfida nos ha estado llevando a negar y a destruir. En las almas de las pobres gentes que en las aldeas salían a vitorear el tren del Ministro, había el vacío de las llanuras despobladas, el desaliento de las dunas. Cruelmente

irónicas resultaban las promesas de los oradores, para quien conocía a los oradores. El mismo Carrillo, con toda su buena voluntad, no estaba allí encabezando a un pueblo que voluntariamente lo hubiese tomado por guía. El sostén de Carrillo era el ejército de la Federación que a través del comandante de las armas ejercitaba el mando verdadero, mientras desbordaban elocuencia los políticos locales. Y esta misma elocuencia no era en el fondo otra cosa que cumplimiento de la consigna que a Carrillo le había valido el nombramiento de gobernador de la península: el compromiso de consolidar el obregonismo y preparar el terreno para la presidencia de Plutarco Elías Calles, que en la sombra aprovechaba su puesto para asegurarse el futuro.



El fuerte de Campeche.

Carrillo Puerto trató de aprovechar la visita de Vasconcelos a Campeche para organizar Ligas de Resistencia

Apenas terminó la sobremesa, pasé a la cama del vagón reservado a nuestra comitiva; era el último carro, y en el mirador de la cola se había instalado, con los músicos, un

grupo de políticos locales que bebían, charlaban y exigían canciones. Me vi obligado a rogarles que hicieran callar la música. Si querían solazarse que se pasasen a sus departamentos, porque yo tenía que trabajar al día siguiente, en visitas de escuelas y discursos y necesitaba dormir. Ellos bien podían quedarse en cama todo el siguiente día. Sin chistar se dispersaron. Pero no contaba con el afán de popularidad que poseía Carrillo y que lo había llevado a mandar telegramas a todas las estaciones del tránsito a efecto de que nos preparasen recepciones «espontáneas». El desventurado liguero que desobedecía la orden de aclamar era expulsado de la Liga. Y también, como en la Rusia soviética, perdía el derecho del pan, no hallaba acomodo; estaban todos a merced de los sindicatos oficiales. Tan fácil de convencer es la vanidad, que allá, en sueños, imaginaba, sobre todo desde que cruzamos el lindero de Campeche, que el gentío que en algunos sitios gritaba vivas a mi nombre se habían enterado, en efecto, de que un antiguo estudiante del instituto campechano llegaba al estado, de mentor oficial y propulsor de la enseñanza, después de los siglos de abandono gubernamental. Y medio dormía, entregado a la sensación de que era irreal todo cuanto estaba pasando: el rodar de los vagones sobre el riel, la noche estrellada de afuera y mi pobre conciencia, iluminada un instante por la fama, pero suspendida sobre el abismo de un futuro que era inútil querer descifrar.

Amanecimos en Campeche; músicas y banderolas, y público abigarrado en la estación; vivas y desfiles. A media calle, a la cabeza de una multitud de curiosos, atravesamos avenidas de pavimento roto y de casas despintadas, ruinosas, cerradas y deshabitadas muchas de ellas. En general, las mejores casas se hallaban abandonadas; sus propietarios habían sido arrojados del puerto a título de enemigos del

pueblo y no había con quién llenar mansiones de mantenimiento costoso. La plebe de los suburbios, en cambio, había crecido y se hallaba más miserable que antes; se le permitía vagar libremente y gritar, siempre que los gritos encajasen dentro de la pauta político-gobiernista-seudorrevolucionaria. En la casa de un antiguo condiscípulo ex acomodado, un señor Castillo, me alojaron. Desde las primeras palabras que crucé con mi amigo comprendí su angustia. Ciertos parentescos y su calidad de hombre desinteresado le habían salvado de ser arrojado de la casa de sus abuelos; pero su finca del campo, sus negocios todos, estaban en la ruina. Esperaba obtener un cargo en el gobierno local para poder sobrevivir. Esto mismo ha hecho la revolución por todas partes: crear parias donde antes había señores, sin que los de abajo se beneficien, y salvo uno que otro campesino de la clase media, que al hacerse general o diputado, conquista el derecho de tomar lo ajeno. En el puesto público se avorazan, según el término usual, y derrochan lo que obtienen, incapaces de cimentar un negocio, una explotación permanente.

Empezaron a llegarme visitas; las Steger, cuñadas de mi padre, se habían vuelto casi unas ancianas; las abracé con afecto. Viejos empleados de la Aduana, ex colegas de mi padre, se hicieron también presentes, con algunos amigos del comercio local. Uno de estos caballeros me tomó aparte y me dijo:

—Fui muy amigo de don Ignacio; dejó aquí buena memoria; no aceptaba «embutes» (propinas o sobornos).

Sentí un nudo en la garganta; bien valía aquel recuerdo honorable el precio entero de una herencia. En los días de las mayores angustias de la familia numerosa, a menudo había culpado secretamente a mi padre de no haber tenido

sentido económico, previsión para los suyos. Sus ganancias legítimas bien administradas hubieran podido evitarle horas amargas; pero en aquel instante di por bien empleada incluso la imprevisión. Nada superaba al sentimiento de orgullo y de calma moral, de sentirse dueño de un abolengo de honestidad.

Suspendimos la audiencia para desayunarnos en privado ligeramente frutas, «campechanas» y chocolate. Volvimos al salón principal de la casa; decorado con largas cortinas blancas bordadas y retratos de familia; amueblado con ajuar austriaco de bejuco; en las consolas, campanas de vidrio transparente; al techo, un candil de cristales. De pie, con mi ex condiscípulo al lado y uno o dos secretarios, estuve despachando una larga serie de visitantes, maestros en su mayoría, otros simples curiosos o antiguos vecinos. Con voz enternecida respondía las congratulaciones; todos parecían compartir mis esperanzas de éxito en la tarea educativa nacional. A las once avisaron que estaba el Instituto reunido en pleno, aguardándonos.

En comitiva oficial, y seguidos de doscientas o trescientas personas humildes, atravesamos las cuatro o cinco calles céntricas, desde la casa de mi amigo, próxima a la plaza, al ex convento, creo que de San José, que abriga el Instituto. Recordaba yo la fachada barroca desportillada y la torre de dos cuerpos de la iglesia que está al costado. Un rayo le había dejado una cuarteadura que nadie se ocupaba de reparar, y el moho de la humedad le daba pátina. Caminamos por el arroyo que, en aquellas avenidas abandonadas, bien merecía su clásico nombre. Algunos pedruscos obstruían el paso. Las casas macizas, pintadas de ocre o de blanco y de amarillo, con anchos zaguanes cerrados y ventanas de enrejado en los bajos, balcones en lo alto, se hallaban aún sólidas y resistentes, como una

promesa de un fácil luminoso resurgimiento.

Y allí estaba todavía la iglesia humilde verdinegra de humedad sobre su atrio de escalones de piedra, al lado del antiguo colegio de dos pisos hasta el fin de la manzana. De sus balcones pendían cortinajes. En el ancho zaguán nos recibió de abrazo mi viejo maestro don Evaristo, que era el rector; el personal nuevo nos fue presentado. Había pocos alumnos, y según informó en seguida don Evaristo, si no fuese por las clases nocturnas de estenografía, el Instituto quizá se hubiese clausurado. A propósito: ¿No podía yo obsequiar al plantel unas veinte máquinas de escribir?

—Las prometo —exclamé—; y algo más.

Una viva satisfacción penetró al alma a la vista del patio de sólidas pilastras; la noble escalera se nos hizo leve de trepar; un murmullo de solemnidad llenaba los ámbitos. La emoción reprimida estaba en espera de los discursos. En el salón de actos, lleno a reventar, y en estrado que ocupamos con el gobernador local y con Felipe Carrillo, nos dio don Evaristo Díez la bienvenida elocuente. No era la vuelta del hijo pródigo, afirmó, sino la visita del alumno aprovechado de quien, ahora, el Instituto esperaba el sostén. Aliviaron los aplausos la tensión de los ánimos; sobriamente prometí dar cuanto pudiese de nuestro presupuesto federal. Mi cariño, adormecido por la ausencia, revivía en aquellos instantes más firme por más consciente del significado de aquel Instituto. A todos los maestros les expresé la gratitud del gobierno, la gratitud del país, por la abnegada lucha que sostenía en favor de las luces. Una orquesta tocó discretamente, y en seguida pasamos a recorrer las aulas, los escasos gabinetes de ciencia, la biblioteca de mis fantasías de mozo.

Unos carruajes destartalados nos recogieron al terminar la

visita al colegio y nos llevaron a Lerma para disfrutar unas horas de descanso, mientras llegaba la hora del banquete que ofrecía el gobernador. Era éste un afable sujeto, bien intencionado, pero sin luces. Y como él mismo me dijo:

—Yo respeto, licenciado, el Instituto; pero la verdad, nunca pasé por él.

Alguien del mando militar lo había nombrado gobernador. Y lo mismo que Carrillo, sin el apoyo de las fuerzas armadas de la Federación, ni habría sido gobernador ni habría podido sostenerse una semana en el puesto.

Al cruzar la antigua puerta de San Román advertí que una serie de casas pobres, manzanas enteras, estaban desiertas. Y el gobernador, con franqueza, explicó:

—No han podido los propietarios hacer reparaciones ni pagar los impuestos, y a medida que se caían las ventanas y las puertas, los inquilinos las fueron abandonando.

En Lerma la riente, tomamos un baño en la playa; en las ruinas de antiguos tejados escondían su azoro pobladores escasos y tímidos; quemaba el sol, pero el viento era fresco y el agua nos untaba su caricia, nos penetraba de su fuerza milenaria. Nos remojábamos desnudos; lucía Diego su panza prematura y a nado se alejaban de la costa los más audaces.

El banquete, servido en una casa oficial espaciosa, fue espléndido y vale la pena detallarlo para que se vea y se pueda corregir alguna vez el contraste sultanesco del derroche oficial y la miseria pública. En un ancho salón, sobre una larga mesa, aparecieron bandejas de platos fríos, a manera de *hors d'œuvres* de langosta y langostinos con mayonesa; robalo en escabeche; sardinas de España y aceitunas; ensaladas de legumbres picadas a estilo ruso, atún en lata y fondos de alcachofa; espárragos fríos y hueva de pescado. De todo empezamos a probar con vino blanco

francés y de pie, conversando. A poco, los criados retiraron aquel servicio y nos sentamos para la comida formal. El ministro, al centro; a la derecha, el gobernador de Yucatán; enfrente, el anfitrión. Y trajeron arroz con plátano frito; en seguida, en grandes bandejas, pescados enteros guisados en tomate y cominos, a estilo campechano, y más vino blanco de mesa; después sirvieron lomos rellenos y vino tinto; luego pollo en salsa de almendras, ensaladas y frijoles. Pasamos después a los postres de dulces de frutas, el marañón en almíbar y pasta de guanábana. Y llegó el champaña para los brindis. Luego, café.

Y en letargia de boa constrictor, que se ha tragado un becerro, nos levantamos de la mesa, chorreando sudor y mascando unos puros deliciosos de aroma por causa de la humedad.

Y tras de una rápida siesta que nunca perdono, y como teníamos que cumplir con todos los grupos sociales, a eso de las cuatro nos presentamos a una tertulia. Bailaban los jóvenes; quedaban todavía muchachas agraciadas, más bien dicho, las producía la nueva generación; pero faltaba lo que se llama «partidos»; es decir, novios aceptables para un matrimonio. La más bella, la más agraciada de las señoritas allí presentes, era digna de un rey, y me dijeron: «Está de novia con un turco», esto es, un siriolibanés enriquecido. «Son los únicos que tienen dinero», mantienen sus comercios; y como son extranjeros dóciles, nadie los ha molestado; para los negocios se entienden con los generales de paso por la guarnición, con los políticos que pasan por el gobierno y van remplazando la aristocracia mexicana que la política ha deshecho. El régimen político era turco. El calor hacía vaho en la sala. Con todo, la juventud bailaba, secándose el cuello con los pañuelos albos. Y aunque defiendo la viabilidad del trópico, porque sin el trópico no

existiría México, pensé, sin poderlo evitar, en aquellas novelas de ambiente antillano degenerado que a principios de siglo publicaba en París *Fray Candil*: lujuria de mulatos, deshonestidad de politicastros; derrota y disolución de la cultura en la zona tórrida.

Al oscurecer nos reunimos en la casa en que me hospedaba; se me acercó Pedro Henríquez y me dijo:

—Tú has estado todo el día conteniendo un sollozo.

Así era. Separándome del círculo que conversaba en la sala, rogué a un secretario:

—Voy a dar una vuelta sólo por la ciudad; diga que salí con un amigo; antes de una hora regreso.

Escapé y me dirigí a la plaza; entré a la catedral. Estaba casi desierta la gran nave desmantelada. En un altar lateral ardían unos cirios, y dos o tres mujeres del pueblo rezaban. El abandono del templo era emblemático del estado de la ciudad, del estado de la raza que perdía a su Dios, junto con la conciencia de sí misma y su futuro. El gran vacío de aquella iglesia olvidada ofendía como una herida; debilitaba la voluntad. Salí del templo; recorrí los portales de la aduana, desiertos y oscuros, y seguí en dirección de la avenida que da al mar. Buscaba la casa en que vivimos por última vez en familia. Pasé por enfrente de ella, por la acera del mar. Poco había cambiado; sólo a la derecha y en el saliente de un nuevo malecón inconcluso, advertí una especie de mirador reducido; allí me senté en el banco de cemento, extenuado del trajín y la tristeza del día. Lentamente repasé los fantasmas que fuimos: mi madre, mi padre, mis hermanos. Detrás de aquellos balcones cerrados, deshabitados, como si nadie los hubiese ocupado desde que partimos, un gran amor nos había mantenido. ¿En dónde estaban los muertos: padre, madre, hermano? ¿Y qué hacían

en aquella hora los hermanos vivos, dispersos? Regresé al pasado y escuché la voz que otrora llamaba para la cena y sentí como que gritaba «Voy», según solía. Pero no acerté a moverme; tampoco acudían los otros; cada uno perseguía ruta inexorable. Concha estaba en Madrid, en un convento; Mela, en otro convento de Tacubaya; los demás, en sus destinos del mundo. Yo también estaba allí de paso; unas horas más, y la visión de aquella casa no sería más que otro recuerdo. Y la voz que quería juntarnos seguiría clamando en vano: «Es hora de la cena, niños; todos a la mesa.» Y entonces sí, los sollozos estallaron irreprimibles, profundos, desgarradores, como si de una vez para todas se hubiese deshecho la ilusión de un prodigio que alguna vez tornara a juntarnos. Llanto que es el fluir de un dolor infinito y sin consuelo; queja de todo lo que se rompe y desata para siempre. ¿De qué sirve el amor infinito si no rescata la eternidad?

No sé cuánto tiempo estuve con la cabeza entre las manos, convertido otra vez en niño grande desamparado. El silencio de la playa desierta, las casas sin luz, la ciudad en ruinas, hacían pensar en el último habitante de un mundo en desquicio que llora el gran desastre y no lo comprende.

Algo que no era consuelo, sino a manera de quemadura que cicatriza una herida, me estremeció por dentro; era *la última vez que la lloraría.* Otros dolores de la madurez dominan el corazón; el riesgo de los hijos, la inquietud de las propias responsabilidades. La certidumbre de que uno también llamará en su ocaso a los que fueron suyos unos cuantos años infinitos y después ya no acuden, no pueden acudir a la llamada de la mesa que está servida en el comedor que se quedó sin huéspedes. Y ni sabrán siquiera de la mesa que no llegó a servirse porque también la casa y los muebles han caído en el *Maelstrom.*

Me lavé la cara en el mar; volví a la casa y me puse un traje oscuro. A las diez me presenté a la velada literario-musical que en nuestro honor celebraba el Instituto. Bien alumbrados para la ocasión y llenos de juventud animosa se hallaban los corredores de nuestro viejo plantel. En el salón de actos, la flor del mundo profesional, distinguidos señores y señoritas y los principales funcionarios. Llamaba la atención y la complacía el conjunto orquestal pequeño, pero diestro, que nos obsequió con trozos clásicos, y la buena oratoria que nos saludaba, y los versos que son gala del alma vernácula, y la distinción y la gracia de las aficionadas al canto. Pequeña aristocracia amenazada, condenada en medio de la selva de ceibas y de salvajes sin asimilar. ¡Y dolía el contraste! Pero no sé qué suave firme optimismo se levantaba de la música y del pensamiento de los oradores. Brillaba en todos los ojos la alegría de la promesa. Don Evaristo Díez, maestro de ceremonias y rector, se adueñaba del momento para comprometer en público al ministro. Allí estaba aquel muchacho que él había disciplinado, cuando fue necesario, convertido en la más alta autoridad educacional del país y obligado a saldar su cuenta con el Instituto; no era piedad lo que el Instituto reclamaba en su desvalimiento, sino el derecho de sobrevivir; derecho que se convertía en deber de uno de los hijos del Instituto elevado a categoría ministerial. Conmovido, respondí que no desconocía aquel deber y que era el Instituto lo que me había llevado a Campeche. El Instituto era el remate de un sistema escolar bien organizado desde la escuela rural a la primaria y a la secundaria.

No sé, advertí, hasta dónde podrá llegar la acción federal; pero sí prometo que no me prestaré a farsas y que renunciaré si me convenzo de que no es posible mover a la nación para que dé a sus escuelas el decoro que les hace

falta. Dinero es lo que hace falta, afirmé, y no personal, que, ya lo demuestra esta fiesta, es un personal excelso.

El viejo don Evaristo me dio aquella noche el primer gran abrazo de cariño, reconociendo, según dijo, por debajo del funcionario, una conciencia sincera.

Uxmal y Chichén-Itzá

Apenas regresamos a Mérida se organizó la partida para Uxmal y Chichén-Itzá, región que guarda las mejores ruinas mayas de la península. En ferrocarril hicimos una parte del viaje y el final a caballo por antiguo camino carretero, impasable para autos y transitado por uno que otro viejo carricoche de mulas. Al acercarse a la región de los antiguos mayas, el terreno pierde la aridez de las zonas inmediatas a Mérida y se vuelve boscoso. Penetraba la vereda entre selvas no muy altas, pero sí tupidas de maleza. Por el camino atravesaban pájaros azules de un gran encanto; el suelo seco y pedregoso facilitaba la marcha de los cascos; hacía dar tumbos al carruaje en que habían trepado Diego y algunos más, poco jinetes. Era el mes de diciembre y hacía calor, pero tolerable. No había bichos ni alimañas en exceso. Trotando festivamente conversábamos a ratos. Y recordé a Rafael Zubarán. Años antes me había descrito aquel viaje en términos cómico-trágicos.

—Es tan penoso que, figúrese usted, a menudo los caballos caen muertos por el piquete de la mosca tábano que infesta la selva…

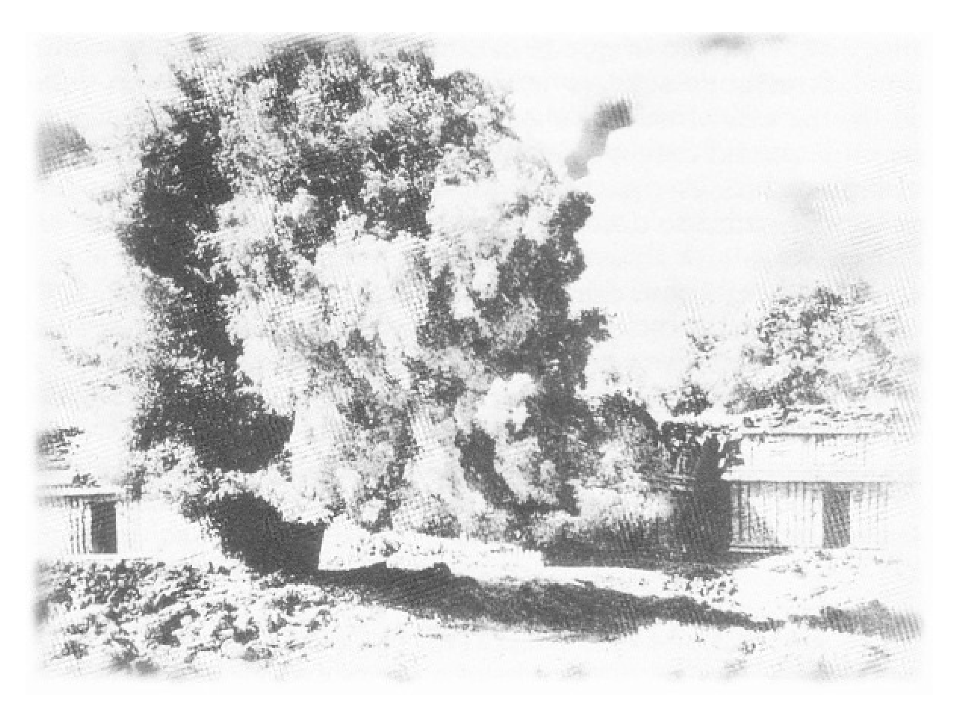
—¿Y el jinete?

—No; para el viajero no hay peligro —respondía con calma Zubarán—, porque, es claro: usted se va espantando las moscas con la mano…

El chiste no lo era tanto, según me confirmaron, si la

excursión se hacía en pleno verano. En diciembre no había riesgos.

En el poblado de Uxmal dejamos las cabalgaduras. En seguida, aprovechando los últimos fulgores del ocaso ardiente, nos treparon a un alto desde donde se ve entre ondulaciones de bosque impenetrable la cresta del Castillo, hermoso resto de arquitectura maya, todo labrado y de piedra clara; sereno torreón, perdido en la montaña y en el recuerdo de la historia. De la mente bajó al pecho una emoción placentera. ¿En qué pensaban los legendarios mayas cuando veían así a la distancia el remate más alto de su ciudad? Los pobladores de la aldea que hoy está en el vecindario de las ruinas, no parecen pensar en nada trascendental; cuidan, eso sí, sus cuerpos, con baño al amanecer en una artesa y otro por la noche al retirarse para dormir. Pasan vestidos de blanco hombres y mujeres, hablando su dialecto mezclado de una infinidad de palabras castellanas. Una de las cosas que más agradecía a Felipe Carrillo era la prontitud con que se había hecho cargo de mi recomendación de propagar el uso y el amor del castellano entre aquellas poblaciones olvidadas. Tanto él como sus oradores pronunciaban sus arengas en maya porque era la moda seudorrevolucionaria, pero en seguida las repetían en castellano. Y en mi presencia Carrillo regocijaba a las doncellas diciéndoles que si aprendían castellano podrían escribir cartas al novio. El desventurado dialecto maya no se puede escribir.



Templo de los guerreros, Chichén Itzá.
«Región que guarda las mejores ruinas de la península maya»

Algunos vecinos cedieron sus chozas para que en ellas pasáramos la noche. Nos tocó a un colega y a mí una bastante limpia aunque de piso de tierra; con las dos puertas abiertas soplaba buen fresco. A extremos opuestos de la única habitación colgaban dos hamacas; tomó cada uno la suya, y retorciendo un poco el torso se logra postura cómoda para dormir. Y eso que por debajo de nosotros las ratas iban y venían por causa de unas mazorcas acumuladas en un rincón del cuarto.

Temprano, después del café y el plátano frito, emprendimos la visita formal a las ruinas. Trepamos al Castillo. En lo más alto no hay sino una estrecha cámara, en cuyo interior, de paredes lisas y techo levemente arqueado, hay rastros de una pintura, más bien un dibujo a colores, que representa una batalla. Se cree que la capilla encerraba algún ídolo y que en las grandes solemnidades el sacerdote

exhibía sus símbolos desde la estrecha terraza que remata la escalera. Abajo, la multitud ocupaba una explanada y se repartía por las avenidas. Forman arquitectónico conjunto urbano el Castillo y otras plantas de edificios diversos. El matorral espeso y los árboles han destruido techos y dinteles.

Según el grado de conservación y lo que indican las decoraciones se han inventado nombres para los restos de las construcciones más grandes: el Templo de los Guerreros y la Casa de las Monjas, etc. El Juego de Pelota ocupa un vasto y bien conservado anfiteatro, y así sucesivamente. Según avanza la piqueta del desenterrador, van apareciendo año tras año prodigios nuevos; pero todo es uniformemente bárbaro, cruel y grotesco. Ningún sentido de belleza; en el decorado, simple la labor paleográfica. Como no tuvieron alfabeto eficaz usaron el dibujo y el relieve como lenguaje, lo que fuerza y aleja la línea de su desarrollo musical desinteresado que es la esencia del arte. Decoración utilitaria, que, por lo mismo, no nos causa emoción estética alguna; sólo el asombro de los tanteos y aberraciones del alma humana.

En la estructura denominada el Caracol, surge una sospecha de que hubo allí pensamiento. Nos recuerda por un instante una de esas fantasías de Bruegel sobre la Torre de Babel. Y así ha de haber sido, satánica, la vida política que se desarrollaba en la planicie de abajo. De todos modos, el alma de los mayas sintió la necesidad de subir para librarse de la tierra confusa y brutal; no conoció la rueda, no llegó a dominar el círculo, pero tuvo un atisbo de la espiral y, así, construyó la escalera que conduce a la porción rota de la torre. Se supone que en lo más alto existió un observatorio astronómico. Sube el hombre a las alturas de su propia creación, imaginando que va a revelársele el secreto único

que importa a su alma, el de Dios y el más allá, y he aquí que se queda en la altura tan perplejo como antes lo estuviera en el llano. Las mismas estrellas le sonríen impenetrables; no pudiendo desentrañar el misterio en su esencia, se pone la mente a contar los puntitos de luz y a medir sus distancias, y así nace la astronomía… Triste consuelo del fracaso de lo que más nos importa, que es la astrología.

Con la hambrienta curiosidad de la infancia, había yo contemplando en el Atlas de nuestro geógrafo García Cubas, las estampas de los cenotes de Yucatán. Humboldt también habla de ellos, y ahora, por fin, me tocaba mirarlos. En esencia, el cenote es un manantial más profundo que el suelo y protegido por una gruta o por anfiteatro rocoso. En la superficie de arena de Yucatán no hay ríos; pero los suplen determinadas corrientes subterráneas que a trechos se descubren por obra de oquedades naturales, en forma de pozos y cavernas. El agua no sube al nivel del suelo; sigue su curso escondido; el hombre baja y la extrae. A veces se entra al cenote por las veredas de una gruta. En ocasiones, como en Chichén, el cenote es lago por la extensión y pozo por la profundidad, todo descubierto y decorado de boscaje que brota de las hendiduras de las rocas. Mírase el agua verde y tranquila, inútil casi, porque no hay una sola bomba que permita extraerla. Penosamente los aldeanos bajan por resbaladizos escalones primitivos, para proveerse del líquido indispensable para el uso personal y sin ventaja para la agricultura. Cierta abundancia de lluvias en esta zona interna de la península explica que pudieran sostenerse en ella poblaciones numerosas en la época de los mayas. En los tiempos modernos, centros de población como Mérida se surten de norias con molinos de viento.

Una infinidad de leyendas flotan en torno al cenote de Chichén, ineptas o confusas, según ocurre con la tradición

indígena que nunca ha podido cuajar en literatura. Ante ellas, el pensamiento ilustrado se queda perplejo lo mismo ante las ruinas y frente a aquella extraña naturaleza tan mal adaptada a las necesidades más urgentes del hombre. Quisiéramos desentrañar excelsos misterios, pero la imaginación se paraliza; no existen allí los elementos indispensables a una construcción mental coherente. El mismo medio físico resulta insuficiente para crear una civilización digna de ese nombre. Una sensación de fracaso domina al visitante y se piensa con alivio y con orgullo en Mérida y en Valladolid, las ciudades creadas por los españoles, modestísimas dentro de la gloria que fue la Colonia, y sin embargo vivas aún y capacitadas para seguir adelante el día en que en México se reanude el ritmo del esfuerzo constructivo y creador.

Toda la mañana subimos, bajamos, exploramos y nos hicimos retratar; hablamos sobre la necesidad de que el gobierno tome por su cuenta la labor de las excavaciones, los estudios arqueológicos, aunque sólo sea para detener el abuso de las misiones extranjeras, que acarrean con los mejores ejemplares con rumbo a los museos de su país. El empeño había de resultar vano. Apenas lográbamos quitar a la Secretaría de Guerra una porción de lo que anualmente gasta en sostener el pulpo de un ejército inútil para la guerra extranjera, y ya los diarios, los periodistas, los envidiosos, nos acusaban de estar derrochando dineros. Derrochando, porque hacíamos unas cuantas escuelas; en cambio, ninguno de estos rufianes de las letras ha escrito jamás una palabra en contra de los dispendios del Ministerio de Guerra. El departamento de Arqueología dependía en aquella época del Ministerio de Agricultura. Me había empeñado en recobrarlo para la Secretaría de Educación; pero mi buen amigo Antonio Villarreal usaba su influencia con los diputados

para impedir la accesión legítima. ¿Empezaba a sentir celos del crecimiento del Ministerio de Educación, en contraste con la modorra de su ínsula de Agricultura política?

Nos sirvieron la comida bajo unos enramados, a la vista de una calle recién descubierta que aparecía decorada toda con hileras de falos de piedra, gruesos como columnas. Teoricé sobre el culto fálico como signo de decadencia, y comimos en abundancia aguacates en tortillas, arroz, carne asada y sardinas, con vino tinto.

Al día siguiente, por la tarde, un tren nos dejó en Valladolid. En el remoto corazón del trópico dejaron nuestros ancestros una ciudad de gruesos muros, patios enlosados, balcones herrumbrosos, ventanas de reja y jardines de flamboyanes. Todo se encuentra en el más patético abandono. Nadie ha vuelto a pintar las fachadas; los muros derruidos no vuelven a alzarse y las puertas de gruesa madera están partidas, desportilladas. A las oscuras ventanas asoman cabezas curiosas de mirar la comitiva oficial; atravesamos la población en manga de camisa porque el calor no permite gran ceremonia. Y procuramos compensar con la sonrisa cordial el desgarbo que la sensibilidad pueblerina pudiera tomar a desdén. La visita principal fue para la escuela; acto cívico pedagógico, himno nacional, coros, salutaciones. Recorremos unas cuantas salas desprovistas del material necesario, y como en todas partes, admiramos la fina sensibilidad, el talento de las maestras, que suplen con su ingenio lo que falta de libros y material. Prometemos un piano, por lo pronto; después, ya veremos; depende del país que se imponga a las Cámaras, se impongan al gobierno, para que dedique más dinero a la enseñanza. Prometimos poco, para tener la certeza de cumplir; desde Mérida libré órdenes para el embarque de los pianos, que serían prenda de nuestra seriedad.

Al anochecer nos sirvieron una merienda famosa. El pescado en escabeche de ajos, la ensalada, el chocolate, todo estaba tan rico, que el pícaro de Best aprovechó la llegada de invitados que se habían retrasado para cambiar de sitio en la mesa y hacerse servir de nuevo, en compañía de los recién llegados. Y así terminó nuestra visita a la península, castigada, como todo el país por la inconciencia, la ligereza increíble de sus gobernantes.

Y, sin embargo, había esperanza en aquellos días. Se pensaba que pronto se dejaría de hablar de la revolución para ponerse a convertirla en obra. Cuando le pregunté a Carrillo el porqué de aquel empeño de hacer gritar a la plebe «Viva Calles», me confesó que Calles era su apoyo en la capital. Y, en efecto, sin el apoyo del centro, sin la amenaza del jefe de las armas, el régimen carrillista no habría durado un día, según se comprobó plenamente dos o tres años después con motivo de la rebelión delahuertista.

En Veracruz me esperaba una mala noticia: mi esposa se había caído de una silla, mientras colocaba en su sitio un cuadro de una de las habitaciones de la casa. Con peso en el corazón hice el recorrido del puerto a la capital, en donde la hallé con una grave rotura en el hueso de la cadera. Hizo cama varios meses y padeció mucho, a causa de la torpeza del tratamiento inicial. Después, la pericia del doctor Amor le devolvió por lo menos el paso.

Las tentaciones del oficio

El monje se aparta del trato del mundo; se impone, además, disciplinas severas a fin de dominar por entero la carne. Y aun allí, en la quietud del claustro y en la soledad del ermitaño, la fantasía desahoga el tormento del cuerpo privado de satisfacciones. Símbolo de todo esto ha llegado a ser el caso de San Antonio, tema favorito de literatos y de pintores un tanto lúbricos. Imagínese entonces lo que será el riesgo del que no sólo se halla en el mundo, sino que tiene como parte de su misión la tarea de distribuir tesoros materiales en forma de subvenciones para el fomento del teatro, el canto y la música. Sólo la pasión que mi propia obra me inspiraba me defendió de caer en el otorgamiento de dádivas sin programa; apenas bastaba el dinero para el desarrollo de mis propias iniciativas. De la tentación de conceder favores personales menudos a cambio de servicios galantes, no sé qué es lo que me defendió. Acaso el mismo sentido de honor que nos veda tomar el dinero en beneficio propio. Pero desafío a mis críticos para que digan si hay mujer que pueda ufanarse o indignarse de algún deshonesto intercambio de favores. O siquiera el caso de que alguien cobrase sueldos sin prestar ordinario servicio de oficina o de escuela. Y no procedía por reflexión, sino por irritación. Me ofendía que alguien me creyese capaz de distraer fondos del gobierno en gastos indecorosos. Y en cuanto a mi propio dinero, bastante lo trabajaba para que fuese a derrocharlo y, además, no hubiera alcanzado para unos cuantos días de

juerga. Solicitantes bonitas solían llegar a las audiencias, y por regla general las desahuciaba:

—Aquí se trabaja duro y se paga mal; usted no necesita sacrificarse; cásese mejor; está muy bonita…



Mujer, de Ramos Martínez.
«Se me ha olvidado su nombre, la llamaremos Micaela»

Y se marchaban furiosas... A gente de teatro le presté ayuda una o dos veces, pero a distancia. Modestamente colaboramos por corto tiempo con una compañía de revistas que inició al público en el gusto del baile, el canto popular que pronto degeneró según está hoy, envilecido en lo soez y lo canallesco.

Intervinieron en el apoyo concedido a la empresa de revistas los mismos artistas de la Secretaría que en ella hacían de escenógrafos o de directores artísticos. Y de las artistas de la compañía no cobré ni el honor de una cena. Pero mi fama de austero no bastaba a librarme de ciertas ocurrencias, como la que narraré en seguida, provocada, en realidad, por una indiscreción de mi parte.

Constituía la sensación voluptuosa del momento una lozana bailarina, mediana artista, pero físicamente perturbadora, sensual en grado cálido, dadivosa de sus encantos, pero cara. Se me ha olvidado su nombre, la llamaremos Micaela. Por azar, una noche le vi su baile provocativo y quedé preocupado, conmovido como cualquier hortera que se va de parranda de ojos la noche del sábado. Días después, en el corrillo de los reporteros que a cierta hora acudían al despacho, se comenta el resultado de una de esas encuestas necias que preguntan: ¿Cuál es su color favorito? ¿Qué artista le gusta? ¿Por quién se cambiaría usted? Y adelanté:

—Yo me cambiaría por fulanito —el nombre de un lechuguino adinerado...

—¿Y por qué?

—Pues porque dicen que monopoliza a la Micaela...

Y rodando, llegó el cuento a oídos de la bella, que, según parece, pensó en seguida en el teatro. Pronto me llegó un recado no sé hasta qué punto auténtico, de que pensaba

invitarme a cenar. Y me asusté, me asustó la idea de tener que ir a abrirme cuenta en «La Esmeralda». No dije nada y me arrepentí casi de mi indiscreción. Pero ella no se dio por vencida; se hizo de cartas de presentación y habló con mi secretario; quería una pequeña subvención, un par de miles de pesos, acaso menos, para comprarse el vestuario de un nuevo número de bailes…

—Dígale que no; dígale que no —grité, y luego enmudecí mirándola entrar por la entreabierta comunicación.

No; no fue exactamente el argumento de Friné lo que me presentaba. No iba desnuda, sino impecablemente vestida. Y avanzó con desenvoltura. Mi despacho era imponente; gran decoración mural en los dos extremos; al centro, una gran mesa tallada con incrustaciones del zodiaco en la tapa magnífica, obra toda del pintor Enciso y un hábil carpintero nacional; sobre la mesa, una de mis taquígrafas, excelente muchacha a la que profesaba un gran cariño, renovaba a diario un gran ramo de flores. En las estanterías, libros y objetos de arte. Nada de esto inmutó a la prodigiosa hembra que me tendió la mano, ceñida la estrecha cintura con un traje sastre flamante; turgentes los senos, insultantes de toda castidad; los muslos redondos y largos, toda cadencia en sus movimientos, y en los grandes ojos audacia y malicia. Segura de su poder aceptó el asiento que le ofrecí a mi lado. Pero, según despedía yo al empleado para quedarnos solos y a pesar de hallarme un tanto confuso, advertí en ella un movimiento que la perdió. Cruzó la pierna, se dispuso la falda de manera que sus muslos, magníficamente torneados, lucieran toda su esplendidez. Y me pasó por la cabeza, como relámpago, un pensamiento: Ésta me cree un idiota, un idiota sexual; debe de haber o habrá más tarde —seguí fantaseando—, en los tratados de psicología, un capítulo destinado a la variedad psíquica del idiota sexual; *sexual*

idiot, van a decir en inglés… pero yo no soy de ésos, por lo menos en esta ocasión… Entre tanto, ella explicaba: Tenía empresario, pero le hacían falta para presentarse, un par de miles de pesos, como quien dice nada para una Secretaría que estaba provocando un renacimiento del arte. Arte, arte —pensé yo por lo bajo—; alcahuetería… Pero al rabo del ojo percibía los muslos magnéticos, casi ofuscantes, tibios y prometedores. Con sólo alargar la mano un pacto se habría sellado a costa de la nación. Y por debajo de la carne incitada venció la ira. No alargué la mano hacia abajo; en impulso de repugnancia de mí mismo, levanté sobre la mesa ambos puños cerrados, y olvidándome de la crudeza de la respuesta, clamé:

—Aquí no nos importa el arte. ¿Dos mil pesos? Con dos mil pesos tengo cien bancos de escuela y hay un millón de niños que no tienen dónde sentarse… Usted me perdonará; no puedo. No, imposible.

Y me alcé de la silla; se levantó ella también, abochornada, y se marchó sin despedirse. Con la mano sobre la cabeza, me alejé rápidamente la visión del cohecho… ¿Y todo por qué…?; ¿por un par de piernas que andaban en la plaza en subasta?

Caí de nuevo en mi asiento giratorio, acomodado al trabajo, y me sentí mezquino. ¿Era virtud o era imbecilidad eso de andar desairando a Venus? La Minervita de sobre mi mesa me miró entonces con su mirar sereno que calma las pasiones y engendra noble afecto. Humilde Minervita de mármol, rota del cuello y comprada con regateos en una joyería de ricos. Esa Minerva destrozada era la imagen de la cultura mexicana, hecha pedazos por la barbarie, corrompida por el vicio de los políticos; tal era mi amada. La otra, ni volvería a acordarse de su excepcional humillación; otros, en

seguida, le abrirían los brazos y los cofres del tesoro público. Lucha eterna de Minerva y Venus, de la cual es soldado de honor el asceta.

Ni con unos ni con otros

El gobierno estaba dividido en dos bandos: el del partido Constitucionalista, que había postulado a Obregón y que encabezaba el general Hill, y el de los independientes, que nos limitábamos a trabajar dentro del gobierno sin ninguna filiación partidarista. En la Cámara tenía mayoría el primer grupo. Y se hacían esfuerzos dentro del constitucionalismo por atraer a los independientes. A veces los esfuerzos llegaban a la amenaza. Así ocurrió cuando llegó el momento de la discusión del presupuesto de Educación para su segundo año de ejercicio. La figura políticamente fuerte de los independientes era De la Huerta. Calles también pertenecía a los independientes porque no lo querían los del Constitucionalista, afiliados a Hill. Antonio Villarreal se había aliado con los constitucionalistas. Los disidentes del constitucionalismo de Hill empezaron a buscar apoyo en Calles y en De la Huerta, que estaban, por el momento, unidos. Y Calles, viéndose repudiado de los políticos, empezó a trabajar las organizaciones obreras, comenzó a fomentar el sindicato de la CROM. Unos ocho días antes de que se discutiera mi presupuesto recibí la atenta, cordial visita de una comisión del partido Constitucionalista. Iba, entre otros, el licenciado Martínez Celis (¿?), que pereció más tarde al lado de Serrano, y que era un joven orador de arrastre y honestidad. Me invitaron a inscribirme como miembro del partido, con lo que, me aseguraron, quedaría resuelta la aprobación íntegra de mi presupuesto, tal como

lo mandara. Decliné, afirmando que mientras estuviera en el gobierno prefería mantenerme alejado de la política. Y empecé a buscarme apoyos entre los independientes de la Cámara, sin romper con la mayoría. Sin embargo, corrieron voces de que mi presupuesto sería destrozado. Cuando me presenté a defenderlo llevaba ya clasificados a todos los representantes populares, con la biografía de cada uno, y advertí:

—Al que se oponga a mi programa o lo escatime, lo desnudo en la discusión, haré ver sus móviles, denunciaré partidos y personas.



Miembros del sindicato de la CROM

El monto del presupuesto lo había discutido con Obregón, cerciorándome antes con De la Huerta acerca de la posibilidad máxima del Tesoro. Pues de nada servía que se votasen en papel, sumas que después no se habrían de cubrir. Existía, en efecto, la costumbre de aprobar fuertes sumas para Agricultura y para Educación, por vía de propaganda, aunque se supiese que no serían gastadas. En cambio, en Guerra cada año se gastaba más de lo votado por las Cámaras, a título de imprevistos y extraordinarios.

Presenté a Obregón un proyecto por cuarenta millones de pesos, bien detallados en cuanto a su empleo. Insistió Obregón en que era mejor pedir cincuenta millones, por si se podía disponer de esa suma. Acepté su indicación, pero dispuse mis gastos de modo que no se perjudicase el programa si sólo se contaba con los cuarenta millones. Mi cálculo fue tan aproximado, que en ese año, el mejor de todos los que ha tenido la Educación Pública en México, se gastaron en realidad únicamente treinta y ocho millones, debiendo advertirse que el dinero valía entonces mucho más que hoy, a razón de dos pesos por dólar. Y cuando los opositores quisieron morder en mi presupuesto pretendiendo rebajarlo, se encontraron que no existían las partidas globales usadas por otras secretarías.

—No hay aquí partidas globales —expliqué—, porque nosotros sabemos en qué vamos a gastar el dinero. Y aquí estoy para aclarar el empleo que ha de darse al último centavo. Para reducir este presupuesto —añadí—, tendrían que cerrar escuelas, instituciones. ¿Votarán los señores diputados por que se suspenda el servicio, apenas iniciado, de los desayunos escolares? ¿Suprimirán con un voto adverso la nueva escuela de Industrias?

Y así sucesivamente, cada partida discutida en detalle no podía menos de ser aprobada. Pronto vieron los de la camarilla política que llevaban la de perder. Su mayoría vacilaba. Y Antonio Díaz Soto, desinteresadamente, se hizo mi aliado. Pertenecía él al partido Agrarista; un viejo partido revolucionario que poco después reorganizamos para enfrentarlo a los partidos personalistas. En ese partido agrarista, formado con los veteranos de la revolución, maderistas y antiguos zapatistas, acepté la vicepresidencia honoraria, y puede decirse que este movimiento nació de la discusión del presupuesto en la Cámara. Allí los elementos

independientes se sumaron, y aunque estaban en minoría se impusieron, porque contábamos con gentes capaces y de prestigio y porque era buena la causa que defendíamos, patriótica y ajena a todo partidarismo.

Con el apoyo de dos o tres oradores como Díaz Soto y como Roque González Garza, el ex villista que figuraba de independiente y se había reconciliado conmigo, al igual que los zapatistas, y con oportunas, tajantes observaciones que desde la tribuna pude lanzar contra los disidentes, nos fue fácil ir salvando, en una sesión de tarde y noche, casi todas las partidas. Y ocurrió algo más: los ánimos se fueron caldeando de entusiasmo ante el desarrollo de los planes por venir y las muestras de lo ya realizado, de suerte que al final, deshecha la oposición, que no era sino de un pequeño grupo de políticos, por unanimidad casi, la Cámara votó más dinero del que pedíamos. ¡Caso sin precedente! Y resultó de un modo casi mecánico. Al discutirse las partidas finales, decíamos, por ejemplo: Para escuelas rurales nuevas, un millón de pesos. Y algún diputado gritaba: No; es muy poco; que sean dos millones. Y la votación recaía unánime. Salí, pues, con cincuenta y dos millones aprobados, en vez de los cincuenta que pedíamos. El triunfo era halagador para el político, pero me lo amargaba la tristeza de saber que nunca serían pagadas esas sumas. Al contrario, ya en Hacienda, y pese a la buena voluntad de De la Huerta, empezaba la merma.

—Mire usted, Pepe —me dijo De la Huerta un día que le cobraba facturas atrasadas de las obras de edificios escolares— mire usted lo que gasta Serrano en Guerra. Aquí están los vales; cada mes tenemos que pagar alrededor de once mil pesos, de las cenas de Panchito en el Café Colón.

Cada general disponía de sueldo doble o triple por

concepto de gastos extraordinarios, y no tenía límite el dinero gastado en dádivas. Aparte de lo que cada jefe de regimiento reportaba por exceso en el cobro de pastos, más los eternos viajes en carros especiales del ferrocarril, todo a costa de Extraordinarios de Guerra y como si el país hubiese estado empeñado en la conquista de territorios vastísimos.

De todas maneras, la aprobación del presupuesto nos proporcionó un triunfo espectacular, que si por una parte consolidó la posición de la Secretaría de Educación, por otra parte provocó celos que bien pronto habrían de organizarse directamente en mi contra. No les convenía a los que dentro del gobierno conspiraban por la presidencia como sucesores de Obregón, que el país se diera cuenta de que uno de los ministros trabajaba mientras los otros hacían política.

Menos aún les convenía mi posición independiente a los que andaban preocupados en atraerse elementos para sus grupos, en previsión de la campaña presidencial futura. Conversando con Obregón, alguna vez le dije:

—No me importan los partidos ni los grupos, porque mucho será que termine junto con usted. Me asquean los políticos y tengo ganas de verme en mi despacho profesional ganando dinero, como antes.

Y lo cierto es que al comienzo del gobierno obregonista ninguno de los ministros, mucho menos Obregón, cometió peculado ni se ocupó de negocios propios. Si mal no recuerdo, Ortiz Rubio fue ministro unos meses y tuvo que salir por causa de no sé qué lío de explotación de bosques. Yo fui consejero de la caja de préstamos a razón de cincuenta pesos mensuales y una gratificación anual o bianual que fue de poco más de mil pesos. Y la cobré una vez, porque pronto el exceso de trabajo de la Secretaría me obligó a faltar a las juntas. Para emplear en algo mis ahorros,

que ya importaban unos quince o veinte mil pesos, me metí a un mal negocio. Me metió en él Pedro Henríquez Ureña, que también sumó sus ahorros a los míos para la compra de un terreno por la colonia Juárez, donde empezamos la construcción de una casa. Se encargaron de esta obra ingenieros que no pertenecían a la Secretaría de Educación, y salió toda muy cara y mal hecha, precisamente porque nunca acudía a ver la obra. Me parecía ruin dedicarle media hora a una casita privada en construcción, cuando por otro lado surgían edificios públicos escolares de valor de millones de pesos y de hermosura y magnitud jamás vistas en la república.

Ya tendría tiempo, al retirarme del servicio público, de hacer dinero para mi familia; por lo pronto, era necesario dedicar hasta el último minuto y el mejor pensamiento a la tarea que demandaba la patria. Y la patria de pronto se nos había vuelto grande y abarcaba el continente.

Maestro de la juventud

Ocurrió, en efecto, que empezaron a llegarnos comunicaciones oficiales y privadas y recortes de prensa de todos los países de habla española. Diversos factores concurrían para hacer de la Secretaría de Educación de entonces punto de mira de la hispanidad. En primer lugar, el incidente de Venezuela había atraído hacia nosotros la atención continental. En segundo lugar, operaba el *Boletín de la Universidad*, en que se daba cuenta de nuestras iniciativas, nuestros trabajos, y que circulaban en todos los centros universitarios y escolares del mundo. En tercer lugar, nos dio notoriedad la edición de los clásicos que circuló profusamente, ya regalada, ya vendida a bajo precio, por todos los pueblos de habla castellana, llenando en todos ellos un vacío. En cuarto lugar, la revista *El Maestro*, que difundíamos en número crecido de ejemplares, con noticia de nuestras tareas y colaboraciones ilustres y sección especial dedicada a los asuntos hispánicos. Sin sentido de erudición como tanta revista técnica, sino con propósitos de resurgimiento moral y político del mundo latino frente a las naciones poderosas del momento. Si a todo esto se agrega el carácter nacionalista que se daba a la tarea en las artes, y en la literatura, y en la enseñanza, la intervención que ejercitábamos en el baile popular para proscribir exotismos y *jazzes*, remplazándolos con jota española y bailes folklóricos de México y de la Argentina, Chile, etc., todo en festivales públicos y reforzado con proclamas e incitaciones a la

confianza y orgullo de lo tradicional y vernáculo, se comprenderá por qué un día me llegó, caído del cielo, por la vía del telégrafo, un mensaje en que los estudiantes de Colombia me notificaban que, siguiendo la costumbre de nombrar periódicamente un «Maestro de la Juventud», se habían fijado en mí en aquella ocasión y me pedían que aceptara la designación.

Me pareció, desde luego, excesivo el honor y, además, comprometido. Y no respondí sino hasta que tuve los pormenores del caso. Comprendí entonces que no debía rehusar, porque el nombramiento significaba un esfuerzo para vencer el localismo de las patrias americanas, un generoso deseo de la juventud colombiana de acercarse a México, el antiguo aliado de Colombia y el país hermano por la sangre, la tradición, el idioma y las vicisitudes adversas de la política del siglo independiente. Y contesté a la designación en mensaje que anda en alguno de mis libros y que se publicó profusamente. Pasé por alto en dicho mensaje la aceptación formal de la categoría de maestro, primero porque maestro propiamente no lo es, a mi juicio, sino Nuestro Señor Jesucristo, y segundo, porque, aun colocándome en la modesta posición del maestro mundano, me parecía que era confesarme viejo el actuar de maestro. Además, mi carácter voluntarioso y arbitrario se avenía mal con la ponderación y solemnidad que a menudo asociamos con la condición del maestro.

—No acepto tal designación —comentaba en privado— porque quiero conservar el derecho de beberme una botella de vino en sitio privado o público con la mujer que me guste; así no lo haga, quiero saber que puedo hacerlo. Y no he de presumir de virtud ante nadie.

Pero una cosa es lo que uno quiere y otra es el molde que

van poniendo las circunstancias. Comienza a formarse una leyenda y de repente uno descubre que ya no es posible destruirla. Entonces no queda más remedio que procurar ajustar la conducta a la leyenda. Y así es como a veces la fama nos obliga a refrenar apetitos y a sostener, hasta donde es posible, el mito que, a nuestra propia flaqueza, obliga a levantarse y superarse.

Ocurrieron en el Perú las persecuciones desatadas por Leguía contra los independientes, y el recuerdo de lo de Venezuela, y el ejemplo de Colombia, llevó a los oposicionistas peruanos a volver el rostro hacia México. Los universitarios de Trujillo, en asamblea de combate político local, me proclamaron maestro de los estudiantes peruanos. En Lima repercutió el movimiento, al cual contesté con una carta abierta en que a pesar mío tuve que atacar a Leguía. Protestó el ministro peruano de la capital de México, pero mi correspondencia con los peruanos circuló por todo el continente. Unas semanas después era expulsado de Lima Haya de la Torre, el futuro jefe del Aprismo que, al llegar a Panamá, me pidió el asilo de México. Previa consulta con Obregón le mandé por telégrafo los pasajes, le preparé en la Secretaría un cargo modesto, de conferencista de historia iberoamericana. Y quedé oficialmente confirmado como maestro de los estudiantes peruanos.

La noticia de que en México había surgido un movimiento hispánico continental, deber que México está llamado a cumplir, como vieja metrópoli del coloniaje ibérico, pero que nunca se había recordado, empezó a atraer la curiosidad de los mejores del continente. Por conducto de González Martínez, a la sazón ministro en Chile, supe que Gabriela Mistral, cuya fama de poetisa y maestra comenzaba, quería trasladarse a México, y en seguida por cable la invité a colaborar en la Secretaría fijándose de inmediato la fecha de

su arribo a México. Por su parte, el doctor Gastélum, nuestro ministro en Uruguay, pendiente desde entonces del desarrollo de la Secretaría, invitó sin éxito a Juana de Ibarbourou para que visitase a México. No aceptó la poetisa insigne, pero el anuncio de su invitación fijó las miradas en el foco de México. Y Obregón estaba encantado de que se hablara de su gobierno en el extranjero.

En Estados Unidos, las revistas independientes consagraban espacio a la obra que se realizaba en México y la encomiaban; pero pronto los banqueros empezaron a parar la oreja, según se verá en lo que sigue. No agradaba, en realidad, a nadie, en el Norte, el giro notoriamente nacionalista y suriano, en vez de nórdico, que nuestras actividades tomaban. Por prestar alojamiento a un derrotado de la política de Zelaya en Nicaragua, el departamento de Estado de Norteamérica había tirado de las orejas a don Porfirio; no era de esperarse, pues, que se mantuvieran ahora indiferentes los del Norte frente a un programa de hispanismo constructivo y coherente. El «poinsetismo» se sintió amenazado en sus bases.

A poco de pasar Haya de la Torre por Panamá, los estudiantes de la pequeña república istmeña también me votaron su adhesión hispanoamericanizante, al declararme su maestro.

En México los estudiantes se mantenían reservados; más bien no acababan de tragarme. La necesidad de imponer disciplina a una grey que durante la anarquía carrancista se había acostumbrado a holgar, me había creado diversos conflictos. Las expulsiones rápidas de algunos alumnos resultaban saludables; pero lo que más rencores me atraía entre el elemento poco laborioso era la presión que se sabía ejercíamos en los sinodales para que se mostrasen rigurosos

en los exámenes. Las escuelas de Medicina y de Leyes estaban sobrecargadas de alumnos y con frecuencia repetía la recomendación: «Reprueben a muchos»; «eliminen a los inútiles», «oblíguenlos a cambiar de escuela». «En la Facultad de Industrias Químicas nos hacen falta los que en Jurisprudencia y Medicina sobran.» Y no se atrevían a organizarme huelgas, a declararse enemigos, porque me veían entre ellos inaugurándoles edificios, creándoles gimnasios, laboratorios y mejoras nunca soñadas. Todo esto les imponía respeto, pero no cariño. Y sólo mucho más tarde, cuando ya estaba fuera del Ministerio y en la oposición franca al callismo, fue cuando los estudiantes de México desbordaron su generosidad y se convirtieron en mis aliados.

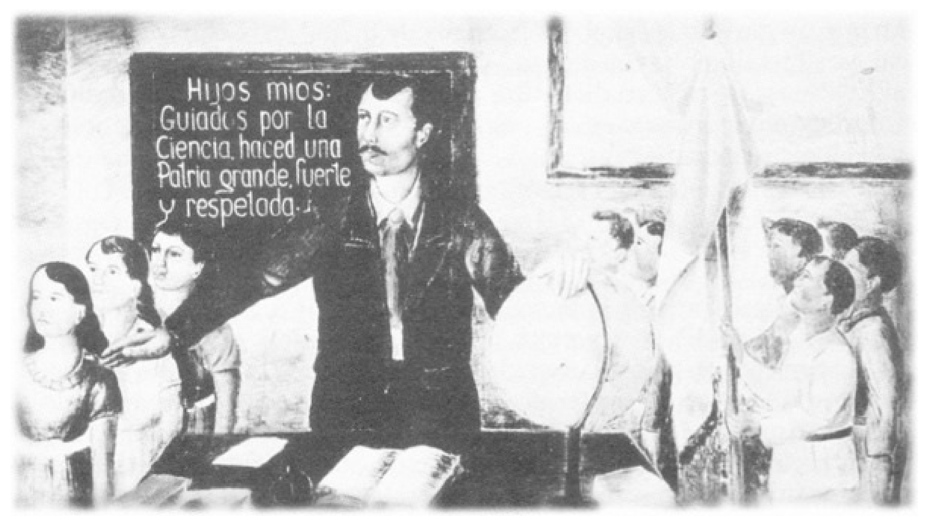


Gabriela Mistral (1889-1956).
Colaboró con Vasconcelos en la reforma docente de México

El «día del alfabeto»

El Departamento de Desanalfabetización, auxiliado por el cuerpo innumerable de los maestros honorarios, extendió sus actividades por todo el país. Eulalia Guzmán, su directora entusiasta y competente, había creado brigadas. Se trataba de un servicio de emergencia patriótica, les habíamos dicho, y había que proceder como en vísperas de guerra o frente a una calamidad como la peste. Peste es la ignorancia que enferma el alma de las masas. La mejor acción de patriotismo consiste en que enseñe a leer, todo el que sabe, a quien no sabe. Y se vieron clases privadas en que las amas de casa reunían a los criados propios y a los vecinos para enseñarles a leer. En las plazas públicas, al anochecer, celebrábamos verdaderos mítines. Con ayuda de las orquestas populares del Departamento de Bellas Artes, convocábamos a la multitud. En seguida se alzaba al aire el pizarrón, y sobre la plataforma improvisada la maestra de primeras letras daba su lección. El cine también ayudaba proyectando frases, explicando giros a la vez que las películas científicas o de viajes retenían a las masas. Rápidamente se fue desarrollando trabajo parecido en todos los centros de población. Y llegó el momento en que Eulalia consideró oportuno hacer una exhibición general de los resultados obtenidos en un semestre de trabajos formales. Y giró circulares, obtuvo la colaboración de todos los maestros regulares del país y de todos los particulares aficionados, para celebrar lo que llamó el «Día del Alfabeto». En la

prensa de la época pueden verse las fotografías de procesiones sin número, formadas por niños, maestros y particulares, que con banderolas y músicas desfilaban por las calles, se detenían en los puntos de reunión para escuchar a los conferencistas, que celebraban la labor realizada, pregonaban estadísticas y estimulaban al público para la continuación de la lucha contra la ignorancia.



Terminación de curso, de Cano Manilla.
«Peste es la ignorancia que enferma el alma de las masas»

Eficaz y sonada fue esta fiesta. Junto con la adhesión de las cámaras, el ruido de la prensa y el éxito extranjero contribuyó a despertar a los ambiciosos de la política, que contemplaron alarmados nuestros avances en la opinión. Y empezaron a decir que usaba yo la Secretaría para hacerme bombo, acaso con fines presidenciales. Decían esto los agentes de los que no trabajaban en sus secretarías, pero sí las usaron exclusivamente para prepararse un partido político personal. Así es que respondí:

—Háganse bombo también ustedes, pero no obsequiando sinecuras, sino realizando trabajo, como yo lo hago.

Mi mejor, mi única propaganda era el «*Boletín* de la

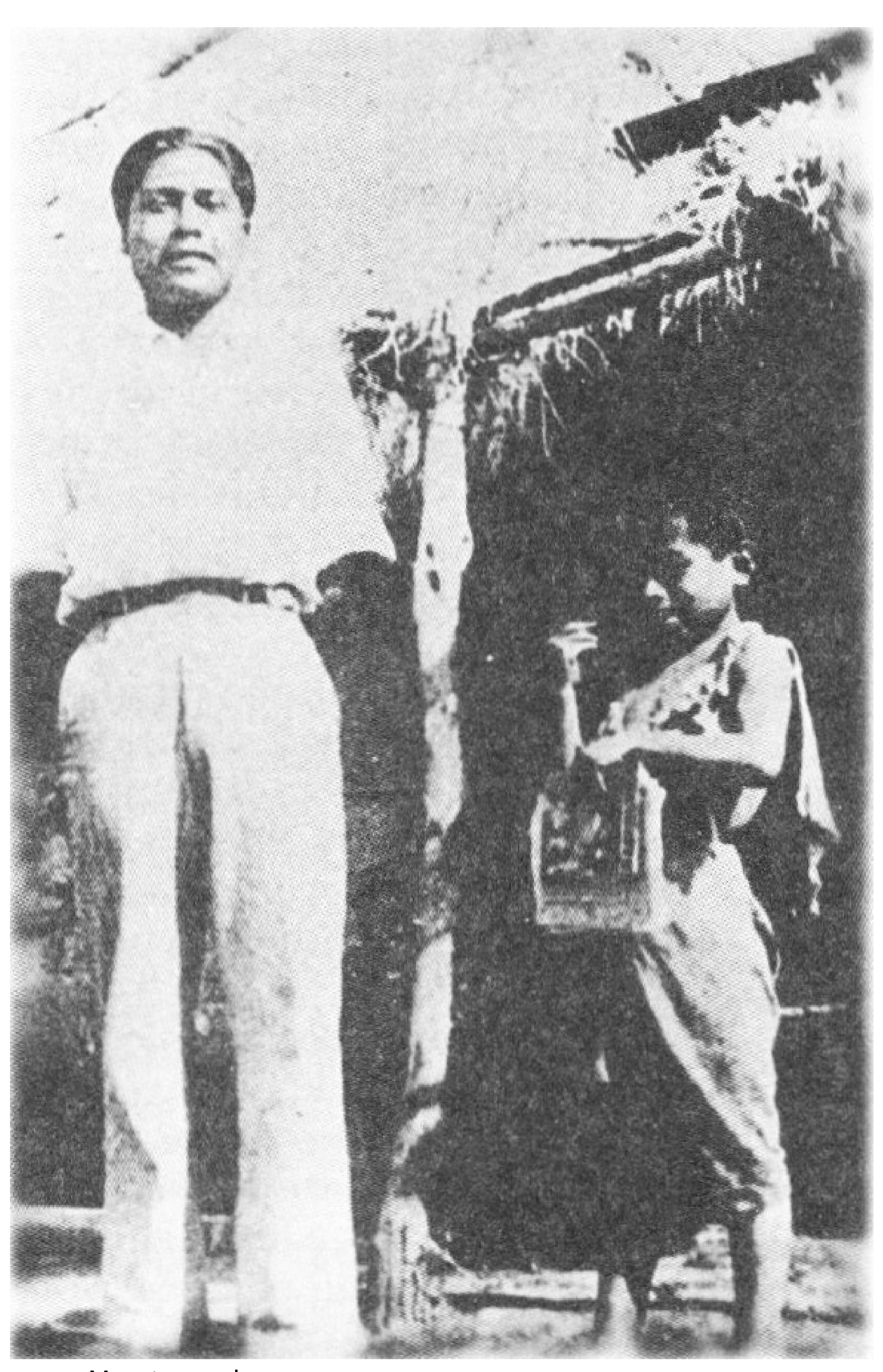
Secretaría», apretado de informes de la labor cumplida. A los diarios jamás les dimos un centavo de subvención; nunca pagamos esas hojas ilustradas en que se retrata al ministro frente al bufete que le da importancia. Ni siquiera porque el bufete en que nosotros trabajamos lo habíamos creado también, con manos mexicanas, y era el más bello, más imponente, de todas las secretarías de Estado. La costumbre de regalar suelditos a los reporteros jamás la seguimos. Los ayudábamos dándoles noticias interesantes. Y al que se portaba mal le cerrábamos la puerta, desafiando además a su diario, con el castigo de negarle nuestros informes.

No nos hacía, pues, la prensa la propaganda; nos la hacía el trabajo, y de paso ayudábamos a hacer los diarios, concediéndoles material de interés para la nación. La circunstancia de haber sido un desterrado del carrancismo me había dado experiencia sobre la calidad común de la gente de prensa de nuestro país. Aduladores del que está en el poder, ven un caído y lo muerden. Ni una nota les habían merecido mis libros cuando me hallaba en una oposición más honrosa que el Ministerio; sin embargo, ahora me prodigaban elogios, me dedicaban editoriales, alababan en coro. Y yo me dejaba querer porque así convenía a la tarea, pero nunca pude verlos con simpatía verdadera; ya se vengarían de estarme elogiando, tan pronto como estuviese yo enfrentado otra vez a la ignominia que se turna en el gobierno de nuestra nación. Lo mismo cuando se dicen liberales que cuando se afirman conservadores, no hacen los diarios sino la comparsa gubernamental. Y para comprobarlo bastaría con que un curioso les siguiese la huella de lo que en el curso de los años van escribiendo en favor de cada déspota y lo que dicen así que lo ven caído. Prensa de país en dictadura crónica, no posee ni un buen edificio, ni tradición que merezca el respeto. Y no se sabe cuándo

ofende más, si en el elogio o en la diatriba.

Los misioneros modernos

La inspiración para la enseñanza de los indios nos vino, como era natural, de la tradición española. Por haberla negado, olvidado, nada logró la república en su siglo de vida independiente. También nos sirvió la tradición de apoyo en contra de la doctrina que ha estado permeando a los maestros de México, llevándolos a la imitación del sistema norteamericano de abordar el problema indígena. Sistema fundado en la etnografía positivista, que exagera las diferencias de razas y hace del salvaje un ser aparte, una especie de eslabón del mono y el hombre. Los educadores españoles, desde antes que apareciera la etnología, por intuición genial, y también por experiencia, habían abandonado, después de ensayarlo, el sistema de aplicar a los indios métodos especiales y ubicación escolar separada. Y en lugar de la separación escolar establecieron la fusión de las castas en la escuela y en el culto. De esa fusión ha resultado la homogeneidad de nuestra raza nacional, la relativa cohesión de las castas. En tanto que del protestantismo cientifizante que, antes de mi gestión y después de ella, ha estado creando colegios especiales para indígenas, no puede resultar sino un remedo de la situación norteamericana enconadamente dividida por motivos de color y de raza. Adoptar el sistema norteamericano equivale, por lo mismo, a deshacer la obra social más profunda y eficaz de la Colonia, el maridaje estrecho de indios y blancos.



Maestro rural.

> «Y nació así el misionero de tipo moderno, por lo común un maestro normalista que hacía de jefe de grupo y convivía con los indios»

La tesis etnológica que va implícita en el sistema de la enseñanza en común de indios y blancos la desarrollé más tarde en mi libro *La raza cósmica*; pero la idea central de la tesis era ya la esencia del programa que impusimos, en realidad, y no consistía sino en un desarrollo de la vieja tesis católica española de la igualdad de los hombres ante el Espíritu.

No se nos escapaba que en ningún caso podríamos realizar labor tan eficaz como la de los misioneros españoles porque para ello nos faltaba el personal adecuado. Por competentes que sean los maestros normalistas modernos, cada uno de ellos tiene encima el peso de montaña de una familia. El obstáculo mayor de todo apostolado. La fuerza del misionero consistió en que, libre de mujer, hijos y parientes, se formaba la familia espiritual entre los mismos que civilizaba y salvaba. Aparte de esto, ¿quién podría entre los maestros laicos revivir el fervor de los misioneros, que creían salvar, no sólo el cuerpo, también y principalmente el alma de sus educandos? Si tan bien enseñó el misionero las labores del campo y los oficios es porque todo trabajo manual lo veía como secundario frente al interés máximo de la enseñanza espiritual que redime las conciencias.

El maestro laico, encadenado a una filosofía ramplona que, en el mejor de los casos, con Voltaire y con Rousseau, no niega el alma pero tampoco la toma muy en serio, no puede hablar del espíritu; quizá por esto mismo resulta deficiente para enseñar las artes del trabajo productivo que aseguran el sustento. Y cayó la instrucción en la verbología de textos que simplifican y resumen la teoría científica y la vuelven inútil por desligada de la práctica.

Pero no teniendo otro material de qué echar mano, pensamos que lo mejor era combinar el personal, y a falta de un maestro completo como el fraile, que sabía cultivar un campo y aserrar, ensamblar la madera, de una mesa, nosotros empezamos a mandar grupos de maestros: uno de artesanías que enseñara a labrar la tierra y a forjar el hierro; otro que fuese artista y pudiese inspirar a la población el gusto de la belleza, único camino que le queda al laico para acercarse a las cosas de Dios, y otros más para que incitase a la acción social y a la colaboración en la obra patriótica; otro, finalmente, para las primeras letras y las matemáticas.

Y nació así el misionero de tipo moderno, por lo común un maestro normalista que hacía de jefe del grupo de educadores y convivía con los indios, ayudándolos a levantar la escuela con los recursos locales, y enseñando los rudimentos de la pedagogía a jóvenes de cada localidad, que en seguida quedaban encargados de la incipiente enseñanza. Detrás de este iniciador llegaba la misión escolar con sus peritos de agricultura y de oficios y artes. También recorría los lugares el lector que en la plaza pública divulgaba capítulos de historia y de geografía, leía de los diarios y proyectaba cintas cinematográficas culturales. A su lado solía caminar el músico encargado de despertar el interés local por el arte sonoro, y así sucesivamente, según las posibilidades pecuniarias y el personal de que en cada caso podía echar mano.

Tarea tan distinguida requería talento de primera capacidad. Para obtenerlo hicimos de los misioneros los más bien pagados entre todos los maestros de la Secretaría. Y no contentos con usar lo mejor del normalismo, lanzamos una convocatoria que cualquiera puede ver en las publicaciones del ramo, invitando a los poetas jóvenes, a los artistas, a los hombres de letras y de talento de todo el país, para que nos

dieran su colaboración, como quien presta servicio militar de la cultura. Uno o dos años les pedíamos que dedicasen a visitar las zonas indígenas y a convivir en ellas con los indios.

Maestros de esta índole fueron por tiempo más o menos corto algunos de nuestros mejores poetas y artistas jóvenes. Entre los extranjeros, persona eminente como Gabriela Mistral desempeñó este servicio más de una vez.

Arte, inauguraciones y viajes

El bolsillo oficial, que siempre mantuve amarrado con doble cuerda, se abrió una vez con motivo de una circunstancia extraordinaria. En la bohemia ruda y desabrida de Nueva York me había encontrado con la gran cantante compatriota nuestra Fanny Anitúa. La traté en una o dos ocasiones, pero era antigua mi admiración de aquella gran *Dalila* que nos cantó en México, no sé si en la época de Madero. Hay personajes del teatro que se nos identifican con el artista que ha sabido encarnarlos. Pero Fanny hacía olvidar muy pronto a *Dalila* para ser Fanny, es decir, una mujer agradable, sencilla y campechana que sabe de alzas y bajas en la gloria del arte y no toma ya en serio ni la buena ni la mala fortuna. Predisposición disimulada contra los mexicanos evitó que Fanny cantase aquella temporada en el Metropolitan, no obstante su fama en teatros como el Scala, Buenos Aires, Río de Janeiro y Santiago, sin decir nada de nuestra capital azteca. No había vuelto a saber una palabra de la eximia artista hasta el día en que recibí telegrama fechado en Buenos Aires: «Necesito mil dólares; ruégole girármelos; pagaré al llegar.» Se acordó, sin duda, del amigo, pero se dirigía al Ministro. Y evidentemente, es un deber de una Secretaría que tiene a su cargo el fomento de las Bellas Artes acudir excepcionalmente en auxilio de las figuras excepcionales del arte nacional. Sin vacilar, y previa la autorización presidencial, giré, pues, la suma solicitada.

Dos o tres meses más tarde se presentó a mi despacho vestida de claro, hermosa y jovial, nuestra eximia contralto. Un abrazo, una larga charla y, en seguida, una designación. ¿Quién mejor que ella para organizar las clases de canto del Conservatorio? ¿Quién mejor que ella para cantar en las plazas cuando celebrábamos nuestros mítines por la cultura? ¿Quién mejor para dar elevación a los festivales escolares y populares que, sin la colaboración de los grandes artistas auténticos, degeneran en el tedio y la cursilería? Y desde ese momento, y por una temporada de más de dos años, la Anitúa cantó en los actos populares del Ministerio por toda la república y siempre gratuitamente. Reveló a las multitudes la poesía que puede extraerse de nuestro Himno Nacional cuando lleva la voz cantante una gran artista educada y, en general, levantó el gusto del público. Constantemente nos acompañó la Anitúa a las visitas de los colegios rurales, a las excursiones dominicales, que siempre tenían un propósito de trabajo o de preparación para alguna obra nueva.

En diversas ocasiones pretendió la artista devolver el dinero que se le había adelantado y no lo admití. Con ningún dinero hubiera hallado persona de su categoría para hacer entender a las masas lo que es el arte. Y una de las exigencias de nuestro programa era poner en contacto, cada vez que fuese posible, al gran público con el gran artista, no con las medianías. Y lo que antes sólo escuchaban las clases relativamente adineradas que se pueden pagar un billete de ópera, se puso al servicio de las multitudes. Entre los que recuerdo, fue éste mi mayor derroche y el más fecundo, sin duda.



Fachada del edificio de la Secretaría de Educación Pública

Prueba de que el anticipo mencionado no constituyó

favor, sino simple cortesía para una gran artista, es el hecho de que la Anitúa, al retirarse de México después de quedar viuda de un millonario argentino, volvió al Scala, donde ganaba diez mil liras por noche. La escogió en cierta ocasión Toscanini, como la única contralto capaz de encarnar uno de los papeles de Gluck, no sé si en el *Orfeo.*

La influencia de la Anitúa en el Conservatorio fue tan notoria, que el maestro Carrillo, tan ajeno a lisonjas, decidió, sin que nadie se lo sugiriese, declarar a la Anitúa directora honoraria del Conservatorio Nacional. Se hizo la declaratoria en ceremonia sencilla y con beneplácito de los más ilustres maestros de nuestra preclara Escuela de Música, la más gloriosa de América, sin exceptuar a Estados Unidos. Hizo en la ocasión un discurso grandilocuente y conmovido don Ezequiel Chávez. Y todos los músicos mexicanos sintieron el orgullo de aquella cantante que llegó a los catorce años de Durango, pensionada por el gobierno de su Estado, al Conservatorio de México, hizo en él sus estudios completos y ganó pensión para el perfeccionamiento en Italia. En seguida, Italia le abrió la escena de los mejores teatros del mundo.

Pero más que la consagración oficial verificada en la antigua sala de actos del Museo, recuerdo la tarde que festejamos en privado la reintegración de la Anitúa a nuestro Conservatorio. El maestro Carrillo pasó invitación limitada para comer unos tallarines que en el plantel mismo, en improvisada cocina, preparó con sus propias manos el gran violinista italiano, agregado por entonces a la orquesta nacional, Santelo Priore.

Una montaña de pasta y un poco de vino fue todo el menú. En seguida se pasó la tarde en el salón del plantel, escuchando a Fanny Anitúa la maravilla de su repertorio

clásico.

Su voz llena, fluida como un venero, bajaba y subía sin esfuerzo, sin un trémolo; natural como los elementos, pero controlada. Su vocalización perfecta permite entender cada verso, cada palabra del cantar. Su boca no hace gesto de tiesura de esos que afean a las cantantes que produce Nueva York, y el timbre patético remueve las bases profundas del sentimiento. Escuchándola, el ánimo piensa y el corazón se desahoga; la sensibilidad toda se satisface.

Las raras veces que iba de noche al teatro, por compromiso con alguna artista o porque se trataba de alguna representación excepcional, Fanny Anitúa con algunos amigos, me acompañaba en el palco. Coincidió una noche con nosotros el general Obregón en no sé qué espectáculo. En el entreacto fuimos a saludarlo en grupo. Había tratado a Fanny en los conciertos populares que a menudo presidía. Conversamos todos breves instantes; luego, al despedirnos, insinuó Obregón:

—Lo invito a comer el miércoles, en mi casa...; llévela también a ella —dijo señalando a Fanny.

La comida se verificó en la casita que ocupaba Obregón con su familia, abajo del castillo, en Chapultepec. Una buena mesa de familia, enriquecida con la bondad y la gracia de la esposa de Obregón, nos tuvo complacidos. A media comida, el presidente anunció:

—He pensado nombrarlo embajador especial para las fiestas del Centenario del Brasil. Si le parece, se trasladará usted después a Buenos Aires, para la toma de posesión del nuevo presidente. ¡A usted lo quieren por el Sur..., y no estaría alejado de su labor más de tres meses!

—La oportunidad de visitar la América del Sur no se paga con nada —expresé al instante.

Y Fanny empezó a exaltarse:

—No puede ser mejor la idea, señor presidente. Yo estaré por allá para entonces y voy a ayudarle; cantaré para la delegación mexicana.

En efecto, Fanny tenía ya dispuesto viaje para casarse en Buenos Aires con Treves, un italoargentino adinerado. Apenas estuvimos de vuelta en el auto, Fanny decía:

—Esto lo he soñado; lo soñé la otra noche: que usted y yo andábamos de gira por el continente.

Recordaba ella triunfos en la Ópera de Río, en la Ópera de Buenos Aires y en Chile. Muy chilena Fanny y muy brasileña, no tenía igual calor de admiración para los argentinos. En esto yo difería de ella; mi argentinismo era cien por cien, a causa de que ha sido país libre la Argentina y muy español. Y aunque discutíamos las ventajas de los tres países rivales, no reñíamos. A los postres de la comida que acabábamos de hacer llegó el general Calles, quejándose de sus males crónicos: reumas, punzadas, dolor en la espina. Ese día los diarios habían propalado la falsa versión de la muerte de la esposa de Calles; comentándola, dijo el futuro dictador:

—Y aunque fuera cierto, ¿de qué serviría, si ya cuando se mueren lo dejan a uno viejo y enfermo, inútil para volverse a casar?

Le informaron de mi nombramiento y pareció alegrarse de él. No lo sospeché entonces porque no me preocupaba el futuro político; pero debió de darle gusto que se me alejara de México. Las actividades de la Secretaría me estaban ligando demasiado con los obreros. En mi viaje a Orizaba para la apertura de una Escuela Industrial, toda la plana mayor del sindicalismo orizabeño me había dado un banquete. En los centros obreros de la región veracruzana

fomentábamos la escuela de los trabajadores. Un alcalde obrerista de Veracruz le había dado mi nombre a una escuela construida de nuevo, desde sus cimientos. Y todas las mañanas de los domingos llenábamos los teatros de la capital con público en gran parte obrero, al que dedicábamos conferencias de cultura general, conciertos y bailes de escenario.

Quitarme la dirección de toda aquella tarea a fin de colocarla en manos más dóciles, comenzó a ser preocupación de todos los aspirantes a suceder a Obregón. El mismo Obregón, que no quería sombras, empezaba a alarmarse de mi creciente acción pública y preparaba un golpe que el viaje mío iba a facilitar. Consistía el golpe en cambiarme personal directivo del Ministerio. El subsecretario y el oficial mayor se hicieron mis adictos. Sustituirlos con personas más aprovechables en las combinaciones que para la trasmisión del mando se urdían, fue decisión que se preparó durante mi ausencia. Por lo pronto, yo me decidí a gozar de aquellas vacaciones incomparables, con toda voluptuosidad y despreocupación.

La voluptuosidad de la bahía de Río de Janeiro y de la selva del trópico; las caídas del Iguazú. Las visiones magníficas me emborrachaban de júbilo anticipado.

Antes de partir, rogué a De la Huerta:

—Préstele a mi oficial mayor, Peralta, la misma confianza que a mí me tiene; facilítele exactamente las mismas sumas que a mí me ha estado dando para las obras escolares, que no quiero ver paralizadas con mi viaje.

Prometió De la Huerta y cumplió. Meses después, sin embargo, y así que regresó de su malhadado viaje a Nueva York como Ministro de Hacienda, De la Huerta me dijo:

—Ya no podrá haber aumento de gastos en Educación,

Pepe, porque los banqueros se oponen. Una de las más serias objeciones que me hicieron fue que se gastaba demasiado en educación…

Sobre esto insistiremos más adelante. Pero los primeros relámpagos de la tempestad que amenazaba la torre del Ministerio apenas levantado estallaron durante mi viaje al Sur. Los detalles de este viaje no los repetiré; los he escrito en mi libro *La raza cósmica*.

Me despedía de la ciudad con la fiesta magnífica de la inauguración del edificio del Ministerio. Hacía meses que ocupábamos la sección del frente, y paso a paso, según se terminaba un ala, en seguida ensanchábamos las oficinas. La ceremonia de inauguración, sin embargo, se fue aplazando porque condenábamos la costumbre de la ceremonia oficial de primeras piedras que luego se quedan en puro proyecto. Nosotros celebrábamos el rito de última piedra, y así se hizo. La Secretaría descubrió en su remate una Minerva que, muy serena y hermosa, preside el frontón del edificio, escoltada de Dionisos y Apolo. El día de la inauguración, después del concierto y discursos, se sirvió comida hecha en nuestras escuelas industriales para siete mil maestros, empleados y obreros.

Cuauhtémoc en el Brasil

En vísperas de embarcarme para Río de Janeiro, Pansi me informó que estaba ya vaciada una réplica de la estatua de Cuauhtémoc del Paseo de la Reforma y que ése sería el obsequio de México al Centenario de la hermana república. No tuve, pues, elección en la materia, ni opuse consideraciones que por otra parte habrían resultado ya inútiles. La verdad es que ni yo mismo me di cuenta de la inoportunidad del obsequio sino hasta que estuve en el ambiente sudamericano. Me chocó desde el principio que el vaciado que estaba ya en camino del Brasil lo hubiese hecho la casa neoyorquina de Tiffany, la misma que grabó unas medallas conmemorativas, cinco en oro macizo, distribuidas por Pansi como sigue: una para el Presidente de México, otra para el Presidente del Brasil, otra para el embajador del Brasil en México, una más para Pansi y otra para mí. De la misma medalla en bronce se me dieron varias docenas que repartí en Río de Janeiro entre los diplomáticos y los delegados. Mi propia medalla de oro la vendí en Buenos Aires en un apuro de mi viaje posterior como particular. Cuando uno de los delegados del Partido Socialista Argentino vio la estatua y le expliqué su significado, me dijo:

—Pero oiga, che; yo creo que esto es una *gaffe* porque nadie sabe por aquí quién es el indio ese y, por otra parte, no hay indios en la Argentina, ni los hay aquí, en Brasil, sino

negros; es un error de su gobierno representar a México con un símbolo que no tiene resonancias en el resto de la América, que es latina.

El concejal bonaerense que así hablaba llamábase Zaccannini, de origen italiano, como tantos de sus compatriotas.



Río de Janeiro, Brasil

Un poco picado por la observación, me puse a hacer un discurso que explicara a los del Sur lo que para nosotros representaba Cuauhtémoc. Y confieso que mis ideas no andaban muy claras al respecto, ni tenía yo de Cuauhtémoc otro recuerdo, aparte del texto escolar, que aquellas peregrinaciones que, en la capital, organizaba un pastor protestante de Norteamérica, el padre Hunt, allá por los días en que yo era preparatoriano. Reunía este Hunt varios centenares de chiquillos y los llevaba al monumento de Cuauhtémoc a escuchar discursos en idioma azteca que, por supuesto, nadie entendía. El objeto de esta ceremonia,

francamente poinsetista, no era tampoco adivinado por el público, que se contentaba con mirar, pasivo como siempre y perezoso, sumiso a toda manifestación garantizada por la gendarmería. Pero me puse a trabajar con el pensamiento y pergeñé un discurso que tuvo tanto éxito precisamente, según creo, porque se da en él a un Cuauhtémoc un poco fantástico, aderezado como símbolo de nuestros deseos de independencia, pero no respecto de España, que nos dejó en paz hace un siglo, después de habernos criado, sino respecto del monroísmo, que es la amenaza viva y patente. Buena prueba de que no me atuve a la historia es que pongo en boca de Cuauhtémoc aquellas palabras sobre que no quería ni el cielo si en él había de hallarse entre españoles, palabras que son de no sé qué cacique antillano, si mal no recuerdo. Y a los que me hicieron observar la inconsecuencia, les dije:

—No hago historia; intento crear un mito.

Queda, pues, en pie mi discurso, a pesar de lo que digo de Cuauhtémoc y el poinsetismo en mi libro de historia de México, en donde señalo el peligro de un indigenismo que no se propone consolidar la obra española dentro de la cual el indio se ha conquistado una patria, sino destruir, denostar la obra de España a fin de que el indio, sin tradición propia que valga la pena, se quede otra vez a merced de ideologías nuevas y extrañas que son el antecedente de una nueva y más peligrosa conquista.

Disertación en Washington

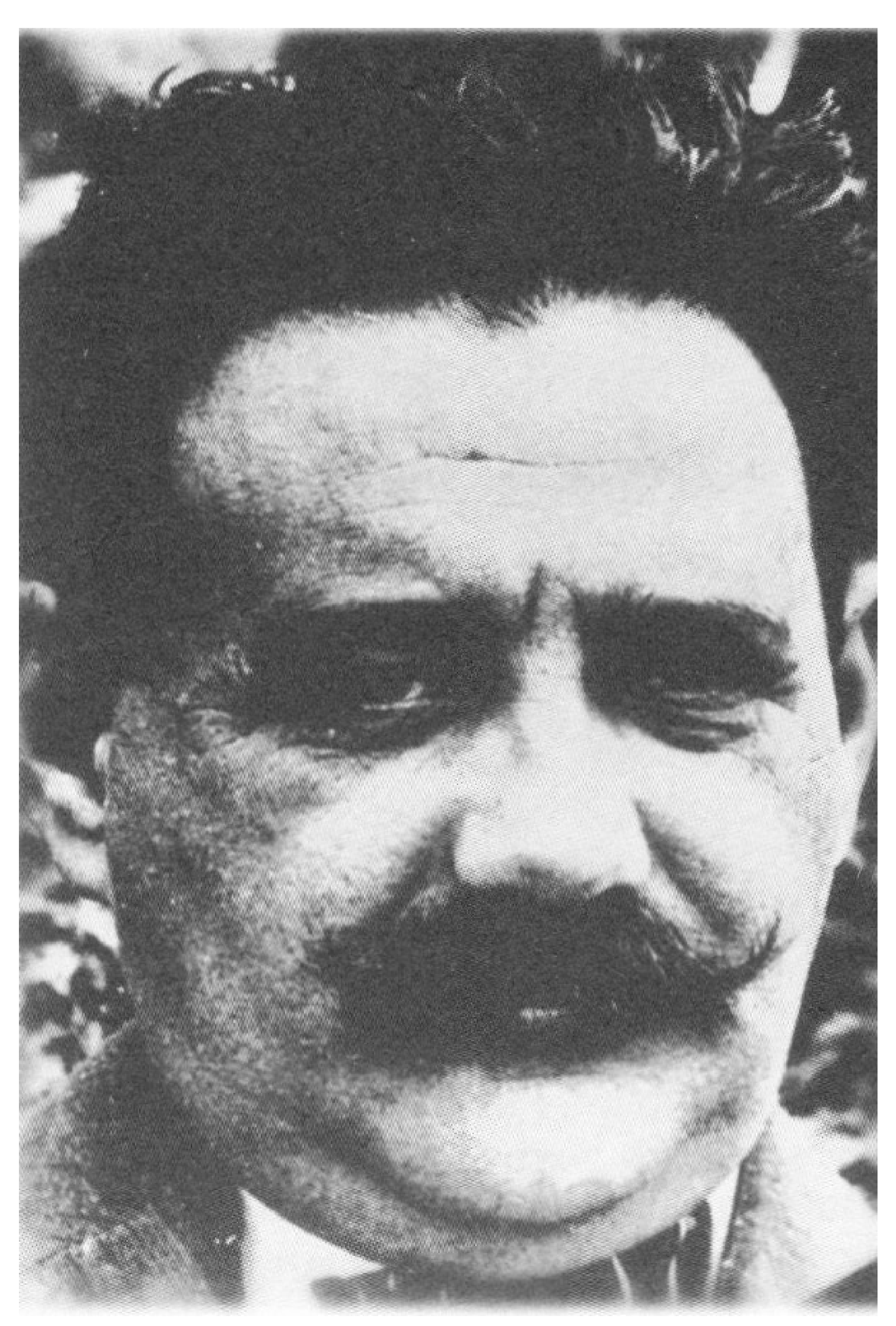
De regreso de Buenos Aires, y por indicación expresa del presidente Obregón, me detuve en Washington para obsequiar la invitación de una Sociedad Panamericana que deseaba escuchar una plática sobre la obra educacional de México, tema por entonces de diarios y revistas de Norteamérica. Como no estaba reconocido nuestro gobierno, quiso Obregón aprovechar la oportunidad de que uno de sus ministros fuese recibido socialmente, por lo menos, en un centro intelectual de la metrópoli *yankee*. Nuestra embajada se hallaba a cargo de un tercer secretario, buen amanuense que puso a mi disposición el edificio recién adquirido por Relaciones para embajada mexicana en Washington; caserón anticuado e incómodo, de cuatro pisos superpuesto, feamente decorado y provisto de billares, pero no de biblioteca, y que costó un dineral. El encargado, Téllez vivía en los sótanos y yo me instalé por dos o tres días en un salón grande de los altos en que, por lo menos, había espacio para respirar. Era Téllez afable, modesto y aun tímido, sin duda porque su pasado de empleadillo de la diplomacia de Victoriano Huerta le hacía sentirse incómodo entre nosotros los revolucionarios. Y bebía a toda hora *whiskey* con el pretexto de que tenía que agasajar a personajes que no conservaban licor en casa, a causa de la prohibición. En el Departamento de Estado trataban a Téllez como un simple amanuense dócil, y es esto precisamente lo que debe de haberle asegurado el éxito resonante que le sonrió más

tarde. Pues entonces ni él mismo sospechaba que al consumarse los acuerdos Calles-Morrow, aquel oscuro taquígrafo, *mister* Téllez, resultaría embajador. Después, y atendiendo asimismo indicaciones de Washington, Téllez resultó Ministro de Relaciones y poco faltó para que fuese presidente de paja en vez de Ortiz Rubio, que de más oscura posición saltó a la ignominia de su falsificada popularidad presidencial.

Sin pena ni gloria pronuncié una conferencia que me resultó pésima y que por fortuna no ha pasado de las páginas del boletín de la Panamericana, y allí está bien. Y apenas concluido el malhadado compromiso, en el coche dormitorio común de un expreso me trasladé a la capital de nuestro país.

Obregón me recibió muy cordialmente; casi no tuve que rendir informe. Los diarios se habían encargado de pregonar en todo el continente las ventajas de nuestra delegación. Era la primera vez que México mandaba al extranjero, ya no sólo soldados, sino, además, conferencistas y artistas, libros y obras de arte. Y aunque los diarios del viejo régimen trataron de ridiculizar nuestras orquestas, nuestras bailadoras, el consenso de la opinión aclamó como un triunfo la gira, que si fue costosa no dependió ello, ciertamente, de la contribución de la Secretaría de Educación, sino, como siempre, de la de Guerra, que envió un crucero en condiciones tales que tuvo que ser remolcado al regreso por el mercante. Naturalmente nadie censuró al secretario de Guerra. El transporte que salvó el prestigio de la marina fue el viejo *Coahuila*, de la Compañía del Pacífico, de Luis Martínez. Con estos barcos del Pacífico se inició el coqueteo de los políticos con las organizaciones obreras. En poder de un sindicato delahuertista se acabó lo que quedaba de la marina mercante de México. En la Cámara empezaban

a chocar delahuertistas y callistas, y en mi misma Secretaría encontré la insidia del futurismo haciendo estragos en el personal, perjudicando los servicios.



Antonio Villarreal (1879-1944).
«Sus divergencias con Carranza, lo obligaron a exiliarse…»

Siempre me pareció odioso que cualquiera de los miembros del gabinete presidencial aprovechara el cargo para hacerse de cartel político. Acababa de ver en el Brasil las funestas consecuencias del continuismo, que traslada el poder del presidente a uno de sus ministros. Excluye este sistema toda posibilidad de que el gobierno nuevo revise los actos del anterior y exija responsabilidades. Y me pareció que un gobierno como el que hasta entonces había hecho Obregón, probo y activo, no podía tener mejor remate que la entrega del poder a un partido independiente, organizado por los revolucionarios, sin presión gubernamental, para el efecto de las elecciones presidenciales y después para la preservación de las instituciones y el progreso público. Durante mucho tiempo creía que Obregón tenía grandeza bastante para coronar de esa manera su obra. Nos habíamos dicho varias veces: Saldremos juntos del poder, y aun me propuso alguna vez sociedad en tierras de Sonora para trabajos agrícolas. Sólo en cierta ocasión insinuó:

—Licenciado: usted puede retirarse porque tiene su profesión y puede vivir bien de ella, pero ¿qué voy a hacer yo, manco y cargado de compromisos de familia y de parentescos?

Le manifesté que le sobraba talento para ganarse la vida, y que si daba el ejemplo de respetar el voto se haría un patriarca nacional y, en caso necesario, el jefe poderoso de la oposición.

—En la oposición contará usted conmigo —le dije riendo...

Y asintiendo, Obregón afirmaba:

—Mi mejor ejecutoria será ignorar el nombre de mi sucesor hasta el día de las elecciones, y entregar el poder a quien resulte elegido.

Los hechos lo contradecían, pero yo no lo veía. Quien vio

el primero fue Villarreal y por eso se salió del gobierno. Su voluntaria dimisión se la discutimos mucho.

—Se quedará usted anulado —le alegaba yo—, porque en uno o dos años poco es lo que ha logrado; en cambio, siga en el gobierno, desentiéndase de las rivalidades del gabinete, y ya en vísperas de las elecciones, si Calles surge nos uniremos todos contra él. Y usted será el más fuerte si para entonces ha hecho una labor brillante en su departamento.

A lo que Villarreal respondía:

—Es que ya cuando queramos hacer algo será inútil; desde ahora Calles se está apoderando de los gobernadores, de los diputados.

—Nada valen gobernadores y diputados para un candidato que apela al pueblo con títulos de capacidad y de honestidad.

—No —insistía Villarreal—; usted también debe renunciar porque la obra que está usted haciendo consolidará a estos pillos, que después ni se lo van a agradecer.

—No la hago para que me la agradezcan; bien sé que después de este gobierno me quedaré en la oposición; pero no será antes de que deje a mi sucesor la carga bien pesada de igualarme.

Villarreal nada había hecho; su natural perezoso se le impuso y se lo advertí:

—Si se va usted sin haber hecho nada como ministro, ¿qué garantías daría usted de hacer obra como presidente?

Y le repetí:

—No he de seguirlo en una aventura presidencial.

Y acababa enojándose.

—Usted se cree muy capaz...; yo no lo soy para una tarea subordinada; yo sé mandar; nací para mandar...

—Sí; para mandar todos nacemos —repuse—; pero para

saber mandar hace falta, aparte del don, el conocimiento. Y yo no voy a seguir a ningún generalito de éstos de nuestra historia mexicana; recuerde que a Obregón lo seguimos porque se comprometió a liquidar el generalismo, y porque siendo civil derrotó a generales de oficio; luego derrocó el militarismo zafio de los carranclanes; pero si ahora él también se nos napoleoniza, usted verá si no me pongo contra él a su tiempo; es decir: cuando se descare. Mientras tanto, le haré confianza.

Y nos apartamos seriamente Villarreal y yo.

Y según lo previmos, en lugar de Villarreal nombraron al callista señor De Negri. A Villarreal más tarde le hicieron una porquería: le negaron el triunfo de senador por su estado; descaradamente presionaron al Senado, compraron a los vendibles y amenazaron a los honrados. En el caso de Villarreal enseñó, por primera vez, su mano el gobierno, pero pocos se enteraron. Los diarios, como de costumbre, al servicio del que manda, callaron los detalles, se burlaron de las pretensiones de Villarreal, encumbraron las virtudes supuestas de un quídam, su rival. Pero esto ocurrió después; por lo pronto, el cambio operado en Agricultura fue favorable al Ministerio de Educación. En vez de los celos de que nunca prescindir pudo Villarreal a mi respecto, De Negri inició conmigo una colaboración afectuosa. Me visitaba con su subsecretario, Marte Gómez; me consultaba casos y contrató a mis pintores. Por obra de esta amistad, Diego Rivera, repudiado por el público de aquella época y firmemente sostenido por mí, pasó a decorar la Escuela de Agricultura, en Chapingo. Las cartas encomiásticas, obsecuentes, de Marte Gómez anduvieron rodando por mi archivo particular. Periódicamente rompo mi archivo y no me interesa probar mis asertos; me basta saberlos exactos yo. A los pocos años, Marte se hizo callista. Y, naturalmente,

mi enemigo público.

No así De Negri, mucho más hombre y conmigo siempre considerado, en la derrota y en el triunfo.

A los pocos meses de mi regreso empecé a inaugurar los nuevos edificios escolares y bibliotecas. Llevé a Obregón en triunfo por los barrios pobres donde funcionaban los salones de lectura y los comedores escolares, las escuelas taller y las escuelas granja. La ciudad nos aclamaba y en el resto del país el empuje de la Secretaría era notorio. Las invitaciones para visitar las escuelas federales recién creadas en los estados me sacaban a menudo de la capital. Nunca hice viaje que no tuviese por objeto inaugurar escuela ya construida, mejora ya terminada; nunca para repartir promesas ni averiguar cuáles eran las necesidades. Ésa es labor de inspectores, no de ministros. El ministro debe saber. La conveniencia de que el alto funcionario se movilice no debe confundirse con la tontería de convertirlo en agente viajero. El gerente de una fábrica no recorre los distritos de su clientela; dirige la distribución y hace función de cabeza. El funcionario sin cabeza viaja y convierte su oficio en verbena que pagan los que trabajan. Por donde íbamos se hacía patente el fruto de dos o tres años de labor sincera.

Sin embargo, yo andaba triste; triste por lo que sentía de agitación mezquina bajo la trama gubernamental, y triste por el contraste de lo poco que hacíamos y lo que había visto en el Brasil y en la Argentina. Y a cada editorial, a cada nota en que se elogiaba al gobierno porque gastaba dinero en educación, respondía yo con advertencias graves: No se deje engañar la opinión; no se ufanen los amigos de buena fe; lo que estamos haciendo es apenas un comienzo, no un coronamiento. Nuestra educación pública ha estado descuidada durante todo un siglo; no es posible que en dos o

tres años se rehaga. En la Argentina, en el Brasil, las escuelas primarias, más bien atendidas que las nuestras, son espaciosas, numerosas, ricas y alegres. En el Brasil y la Argentina los presupuestos de educación pública son dobles, triples que los nuestros. México, que por su tradición colonial debiera estar a la cabeza de la América española, está rezagado. Es menester que el público nos preste apoyo, no tanto por lo que ya hemos hecho como por lo que todavía falta por hacer. No imaginábamos que no sólo ya no se haría, sino que todo lo hecho se vendría abajo lentamente al producirse un régimen como el de Calles, cómplice de la vieja intriga contra todo lo mexicano.

La puntería de Wall Street

Era el momento en que mi presupuesto debió agrandarse y, sin embargo, tuve que dejarlo reducido a lo mismo o poco menos y con la certeza de que el año por comenzar cobraría de hecho todavía menos. Obregón empezaba a preocuparse por obtener el reconocimiento de Washington, y lo primero que se le sugirió es que concertase arreglos con los banqueros que se han apoderado de los títulos de nuestra deuda exterior. En las discusiones con los de Wall Street, alegaba el gobierno escasez de recursos para cubrir las enormes sumas que por concepto de intereses se debían desde el desbarajuste carrancista, y los banqueros tomaban en sus manos el presupuesto oficial para discutirlo y señalarle recortes. Y no fueron a dar con la Secretaría de Guerra; el ejército les mantiene al país quieto y sumiso. Según el propio De la Huerta, lo primero que apuntaron en Wall Street fue el gasto que se consumaba en escuelas. ¿Para qué quería tanta escuela una población de mestizos? Además, el Departamento de Educación estaba funcionando sin consulta, sin consejo de las misiones educativas *yankees*. Y peor aún, no me perdonaban los de Lamont la posición que tomé cuando me visitó cierta delegación neoyorquina, en vísperas del Consejo de Ministros que suponían había de tratar sobre la reanudación del servicio de nuestra deuda. En mi mejor dialecto del *Bowery*, les expuse lo que repetía en público: Que toda la deuda exterior de México era una larga cadena de estafas de la Banca Internacional. Y que si algo

debía pagarse en atención a los inversionistas de buena fe, ello debería hacerse eliminando a los banqueros y comprando en el mercado los despreciados bonos de nuestros títulos. En vano clamé contra el viaje de De la Huerta a Nueva York.



R. Cano Manilla.

«En las discusiones con Wall Street, alegaba el gobierno escasez de recursos…»

—Que vengan ellos a verlo; usted recíbalos, pero después de hacerlos esperar un par de horas en la antesala.

Al revés, De la Huerta fue a Nueva York y se dejó adular, banquetear. Empezó a informar la prensa *yankee* que De la Huerta vencía a los banqueros con sus brillantes puntos de vista. En adelante, cada hacendista mexicano que visita a Wall Street es declarado un genio financiero; pero todos regresan dejando estampada la firma en pactos que en seguida el sucesor denuncia como infames, como imbéciles, tan sólo para firmar otros peores. Y es que ha faltado personalidad en el que manda. Obregón pudo darse a respetar mientras no se preocupó de las injustas exigencias

del extranjero. Pero habiéndose decidido a romper con su pueblo para imponer a un amigo suyo en la presidencia, no le quedó otro recurso que sonreír a los banqueros para obtener en seguida la ayuda que más tarde Washington le obsequió sin reservas y contra los intereses de la nación mexicana.

En la sesión de las cámaras de ese año veintitrés, un grupo de afiliados al delahuertismo intentó echarme abajo varios millones de pesos del presupuesto. Lancé el grito de alarma en la prensa; moví el cotarro en la Cámara. Los callistas, para molestar a De la Huerta, tomaron la defensa de mi posición, creyendo que de esa manera me comprometían a reñir con De la Huerta.

A última hora los delahuertistas cedieron y votaron todos a mi favor. La prensa dio al incidente proporciones de simulacro político, y Obregón, cuando lo vi a la mañana siguiente, me dijo:

—Ya se irá convenciendo de quiénes son sus amigos.

Se refería a los rumores, que nunca desautoricé, de que apoyaría a De la Huerta antes que a Calles. A Obregón le había dicho:

—No soy delahuertista, pero lo sería si no hubiese otro modo de librarse de Calles.

Y otra vez me declaró que a él no le importaba la pugna; que él quería a Calles, pero que comprendía que no era el hombre para el caso, etcétera, etcétera, y que yo no tuviera cuidado, que me apoyaría hasta el final de su mando…

—Recuerde, general —repetí a mi vez—, que yo estaré a su lado mañana en la oposición, pero no para apoyar a Calles.

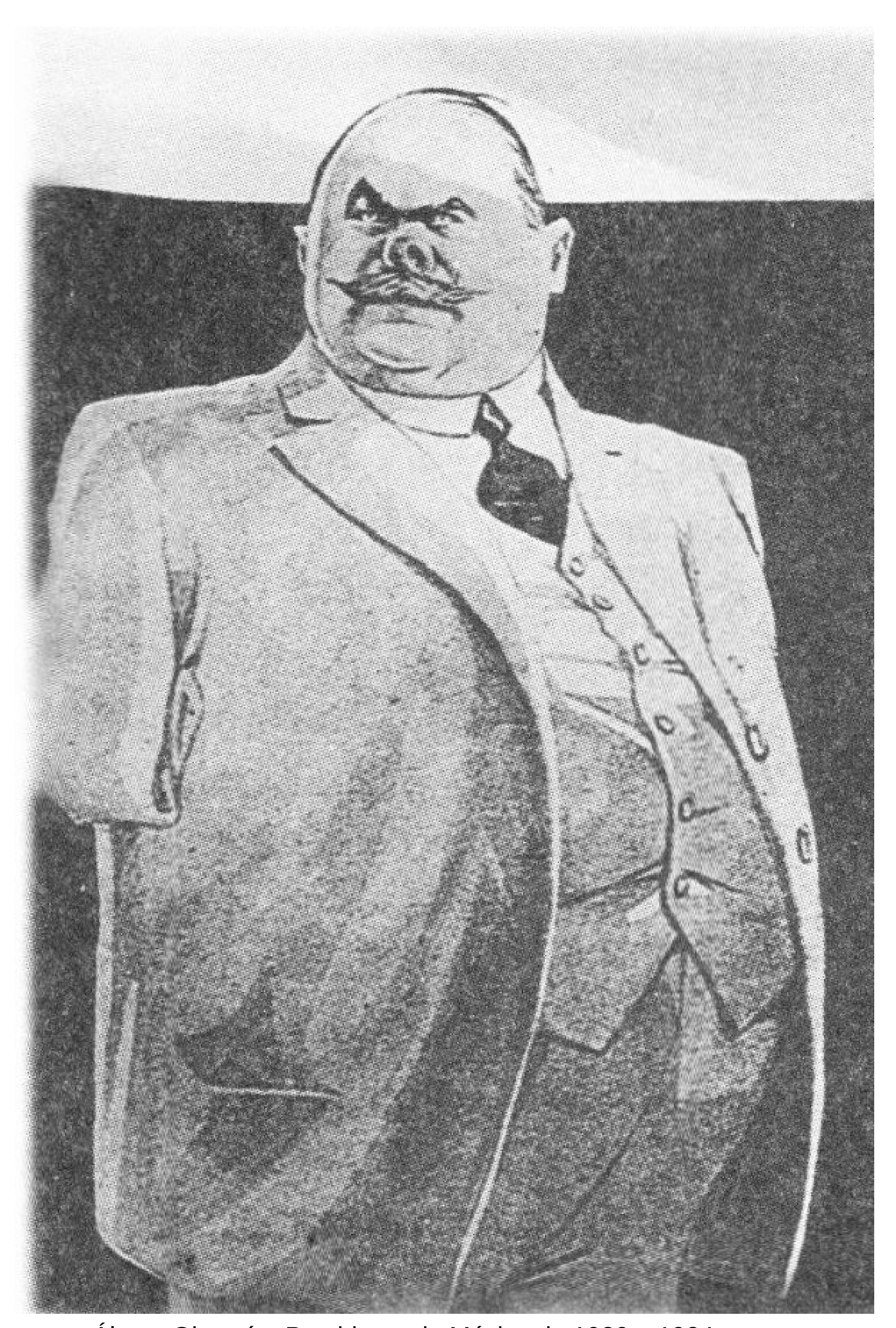
Un nuevo subsecretario

Llevaba más de dos años de trabajos sin un solo choque con mis colaboradores más encumbrados. Al contrario, a todos nos unía el afecto. El subsecretario Figueroa era un modelo de funcionario laborioso, paciente y enérgico, sin mengua de su gran bondad. Cuando se presentaba en mi despacho me ponía yo en pie para testimoniarle, más que estimación, reverencia por sus años y por su labor. Durante mi ausencia, él despachó todos los asuntos con prudencia ejemplar, procurando aplazar todas las resoluciones graves hasta tanto se consumase mi regreso. Representaba él, en el Ministerio, la serenidad, el trabajo lento, pero reflexivo y seguro. En muchos casos, los asuntos más delicados los encomendaba yo a su discreción. Por otra parte, el oficial mayor, Peralta, representaba la sangre nueva, la acometividad y la iniciativa. Antes de partir había llevado a Peralta con De la Huerta para que lo tratase como otro yo, para que no le escatimasen los fondos. Y Peralta, por razones mismas del servicio, empezó a intimar con De la Huerta, le cobró estimación. Peralta tenía a su cargo las relaciones con los obreros, que eran estrechas e importantes, aunque limitadas a la acción educativa. Peralta me sustituía los domingos en los grandes festivales de canto y conferencias que a veces se daban en ocho teatros distintos y en plazas, en una sola mañana de domingo. Y no pudo resistir; un día invitó a Obregón a presenciar los festivales de los distintos centros populares. Y Obregón invitó a Calles y vieron los

dos, con asombro, la obra intensa y extendida que realizábamos entre las masas. Sin duda, esto perdió a Peralta, aunque no lo sospechó de pronto ni lo supe yo sino hasta mucho después. Lo cierto es que a poco de mi regreso me habló Obregón de que a su íntimo amigo, mi subsecretario Figueroa, lo veía cansado; sin duda sus años ya no le permitían ponerse a tono del ritmo acelerado que yo había impreso al Ministerio. Figueroa estaba deseoso de tomarse un descanso y, al efecto lo había nombrado ministro en Colombia; y ¿qué me parecería a mí el doctor Gastélum como subsecretario? Nada me dijo a mí Figueroa, pero presentó su renuncia y luego no aceptó el cargo de Colombia: se retiró a Guerrero, sorprendido, sin duda, de la ingratitud de Obregón, pero mudo ante propios y extraños. El sustituto de Figueroa era desconocido del público: era hallazgo del presidente.

—Un hombre muy culto —decía—, y joven, y muy admirador de la obra de usted; precisamente me ha escrito haciendo grandes elogios de la impresión que dejó usted por el Sur.

El doctor Gastélum me había sido simpático en el Uruguay. Hombre bien educado, médico de fama sinaloense, y sobre todo, pensé en seguida, amigo y casi pariente de Obregón; ¿quién mejor que él para cargar con las responsabilidades de todos los pagos que se hacían en la Secretaría? Yo me quedaría como antes, sin firmar una sola orden de pago, y mañana, cuando los mismos amigos de Obregón pretendiesen infamarme con alguno de los detalles del empleo de millones, allí estaría Gastélum para responder.



Álvaro Obregón. Presidente de México de 1920 a 1924.

Durante su mandato se creó la Secretaría de Educación Pública (1921)

Y se presentó Gastélum, respetuoso, modesto; sin embargo, su primer acto fue provocar un choque con mi oficial mayor y pedirle la renuncia. Me lo acusó Gastélum incluso de deslealtad para el gobierno; hacía política personal; se metía demasiado con los obreros.

—Es mejor —declaró Obregón cuando le presenté el caso— que su Ministerio siga como hasta hoy, alejado de la política. Ya ve usted; Gastélum no pertenece a ningún bando.

Y por último, para conformarme, Gastélum nombró oficial mayor a mi íntimo amigo Medellín, el técnico de la Secretaría. Y a Peralta le dieron un buen cargo de acuerdo con sus gustos; lo incorporaron a un banco agrario. Aparentemente, todo era balsa de aceite, pero ya desde entonces no hubo en la Secretaría la cohesión que nos había permitido obrar en grande. Por lo pronto, Gastélum no estorbó; lo pusimos a enterarse de los detalles de la administración. Era lento y en ello se pasó muchos meses. Y se mostró laborioso.

División en las filas

Así como en el Ministerio todos trabajábamos con disciplina espontánea y colaboración unificada, en la Universidad todo era desorden. Particularmente, la Escuela Preparatoria seguía siendo un desastre. No habíamos logrado hallarle un buen director y casi no dependía de nuestro arbitrio nombrarlo. Habíamos puesto a Antonio Caso en la rectoría y, en general, designábamos para los cargos universitarios a los recomendados del rector. En algunos casos fue tan notorio el fracaso, que en un momento de desesperación había decidido convertirme en el director y, al efecto, me trasladé dos horas por la mañana a la Dirección de la Preparatoria. Apoyando a los muchachos laboriosos en contra de los grupos de estudiantes políticos, pude restablecer la disciplina a cambio de media docena de expulsiones. Pero Caso se resintió. ¿En qué situación quedaba él, nos dijo, si uno de sus directores era el ministro, a quien no podía dar órdenes?

—Deme sus órdenes como rector —le contesté—, que yo las obedeceré como director, no como ministro.

Pero ni daba órdenes ni nunca las había dado, y eso era lo grave. Su posición de rector la servía muy decorosamente; más aún: ceremoniosamente. Nadie como él para decir un discurso académico y para presidir un cónclave literario; pero sus capacidades administrativas eran nulas y no se dejaba ayudar. Rodeado de pequeños aduladores que le

incitaban a los celos conmigo, lentamente nuestras relaciones amistosas se fueron agriando. Para no romper con él me había retirado de la Dirección de la Preparatoria, y de común acuerdo habíamos designado director a un favorecido de Caso: el señor Lombardo Toledano. Tiene Caso la debilidad de los parientes. A Lombardo lo recomendó porque un hermano de Caso había contraído matrimonio con una de las hermanas de Lombardo. Otra hermana de Lombardo estaba para casarse con Pedro Henríquez Ureña, que tenía también influencia en el Ministerio. Creí, pues, que el ingreso de Lombardo a la Dirección de la Preparatoria conciliaría intereses, me uniría de nuevo con mis colaboradores de primera categoría: Caso y Henríquez Ureña, pues mis relaciones con Henríquez Ureña también se habían enturbiado. Por deseos suyos lo llevé a la excursión diplomática de la América del Sur. Este viaje le sirvió para entablar relaciones con las universidades argentinas. Proyectaba desde entonces establecerse en Sudamérica, porque los periódicos de la capital de México lo molestaban bajamente; le criticaban su nacionalidad dominicana, su tipo amulatado, su carácter atrabiliario, nervioso. Aunque su capacidad nunca la pudieron negar.

Y varias veces le había dicho:

—No hagas caso de lo que diga esa gentuza de los diarios; todos ellos fueron huertistas; después, carrancistas; están siempre con todo lo más puerco, si se trata de gobiernos de fuerza; necesitan del látigo. En cambio, atacaron a Madero y nos atacan a nosotros porque no nos ocupamos de ellos.

Pero en el ánimo de Pedro había algo más que susceptibilidad por los ataques de prensa. Me lo descubrió él mismo; le molestaban mis éxitos. Acababa de salir una edición madrileña de un viejo libro mío que ya no me

importaba: los *Estudios indostánicos*; por su parte, Blanco Fombona, también de Madrid, me había pedido autorización para una edición española del *Prometeo vencedor* y otros ensayos. Comentando estas ediciones, Pedro me dijo:

—¿Y tú crees que te publican todo eso porque eres escritor…? Te lo publican porque eres ministro.

Respondí:

—Quizá tengas razón, Pedro; no me interesa ser o no escritor; en resumen y en lo mundano, lo único que me interesa es ganar el pan de mis hijos, y eso puedo hacerlo porque sé trabajar.

—Bueno, bueno; pero no te creas que eres escritor; no sabes escribir; son muy malos tus libros…

Y al rato:

—También esto del Ministerio, no creas que lo estás haciendo bien; eres muy arbitrario.

Y me criticó la acción de un grupo que no le rendía acatamiento.

—Ya no te acuerdas —decía Pedro— de cuando conspirábamos contra Porfirio Díaz.

Las conspiraciones de Pedro se habían reducido a visitarme en el Antirreeleccionista; después, bajo Huerta, siguió en México, y aun creo que tuvo alguna clase, pero ya me empezaba a negar a mí hasta lo revolucionario.

—Mira —le dije un día a Pedro—; yo comprendo que quizá les resulte a ustedes, a Caso, a ti, un poco molesto. ¡Un compañero que de pronto les resulta jefe, y lo que es peor, jefe de la intelectualidad del país! Pero ¿qué quieres?; alguno había de ser; y ¿acaso no es mejor que el puesto directivo lo tenga un amigo de ustedes, y no un enemigo? En el caso particular tuyo, debo reconocer que tengo sobre ti una

ventaja en este medio; la ventaja es que soy del país. ¿Por qué no te haces tú mexicano? Y si no quieres hacerte mexicano porque tu país es pequeño y no te resuelves a dejarlo, entonces renuncia a toda ambición política; dedícate a la literatura. Si tienes ambición política, vete a tu país y allí serás en seguida ministro, lo mismo que yo.

Después de estas disputas recibía una carta de Pedro pidiendo que lo dispensara; reconocía que a menudo era injusto conmigo. Y a la excursión del Sur lo llevé para rehabilitarlo en la opinión, para darles en la cabeza a los que lo atacaban a él y me atacaban a mí por proteger «extranjeros».

Sin embargo, en Río de Janeiro tuvimos una seria desavenencia. Sucedió que la prensa de México tenía el ojo puesto sobre nuestra delegación, a la que acusaba de mojiganga. Llevaba yo la responsabilidad de un numeroso contingente de militares, marinos, profesores, músicos, cantantes. Y a la delegación se había añadido por su cuenta el deportista Cuéllar, que, entre otras cosas, se dedicó a lucir por la capital brasileña el traje charro mexicano. Con ímpetu de joven hacía declaraciones a los diarios, disponía formar en tal cortejo, participar en tal otra fiesta. El traje charro, la buena presencia y nuestra compañía le abrían todas las puertas, y aunque siempre se portó como caballero, sus indiscreciones comenzaron a alarmarme. Hablé a Cuéllar pidiéndole prudencia, y me la prometió. Conocí a Cuéllar en tiempos del maderismo; su señora madre era esposa del querido amigo Camilo Arriaga; le tenía, pues, afecto. Y Cuéllar, por su parte, se mostraba siempre cortés y deferente. Pero Pedro había hecho su circulito y en él estaba Cuéllar: Yo era un tirano; yo no los dejaba obrar.

Dos días antes del desfile oficial, mi *attaché* militar

brasileño me contó que Cuéllar había pedido autorización para formar, vestido de charro, a la zaga de no sé qué corporación militar.

El protocolo brasileño deseaba saber si eso entraba en nuestros planes. Me indigné, y pedí que, en seguida, por teléfono, avisara que Cuéllar no tenía autorización mía ni representación oficial alguna. La verdad era que Cuéllar pagaba sus propios gastos, salvo el transporte, que se le obsequió en el barco mexicano *Coahuila*. Por mi parte, mandé averiguar lo que había en el caso y me dijeron: Alega Cuéllar que no tiene usted por qué preocuparse de este asunto, porque él ha obtenido, directamente, del Ministerio de la Guerra brasileño, la autorización para representar a los charros mexicanos. Entonces llamé a Pérez Treviño, el jefe militar de nuestra expedición. Faltaban dos días para la ceremonia del desfile, y Cuéllar se hospedaba a bordo del *Coahuila*.

—Arréstelo —le dije— esta noche, cuando se presente a dormir, y téngalo preso los días de las ceremonias con desfiles.

Así se hizo, con gran enojo de Pedro, que llegó a las dos de la mañana a mi hotel, se metió adonde dormía yo, forzando antes el sueño de Julio Torri, que ocupaba la habitación contigua. Y paseándose por el cuarto, me amenazó, me vilipendió: Yo era un tirano peor que Huerta, porque era un tirano hipócrita.

—¿En qué ley te fundas para mandar arrestar a un mexicano en tierra extranjera? Cuéllar no es militar; no toleraré tus abusos; me quedaré en Buenos Aires; no regresaré contigo.

Lo dejé desahogarse sin decir palabra: luego, así que hizo una pausa rogué:

—Mira, Pedro: tú mañana te puedes levantar a cualquier hora; pero yo tengo que estar ya de frac y desayunado, a las diez; así es que te suplico que me dejes dormir.

Y dando media vuelta en la cama, volví la almohada. Julio Torri, que había presenciado toda la escena, sacó a Pedro de la alcoba; luego regresó y me dijo:

—Admiro tu paciencia, Pepe.

Sí; cometí una arbitrariedad, pero México no se puso en ridículo. También a los del Colegio Militar les mandé tirar de las orejas porque les entró la vena del discurso en una función que les dedicó un teatro de revistas, y se pusieron a pedir la libertad de los cadetes brasileños presos por esos días, porque las pobres palomitas habían deshonrado su colegio poniéndose al servicio de una asonada militarista recién sofocada por el gobierno civil. Pues, como dijo Pérez Treviño en informe privado que mandó a México: «Aquí los militares no cuentan.» Con todos sus defectos, el gobierno del Brasil era profunda y efectivamente civilista. Y así lo es también el pueblo, como que es un pueblo culto.

Tan justa había sido mi decisión de asegurarme de la persona de Cuéllar en previsión de su desobediencia, que cuando regresé a México nadie me echó en cara el incidente, y cuando salí del Ministerio, dos años después, un día me encontré a Cuéllar cara a cara en una refresquería de la ciudad. Y lo que hizo fue venirse hacia mí con los brazos abiertos para decirme con toda nobleza:

—He esperado a que ya no fuera usted ministro, para decirle que no le guardo rencor.

Pedro sí me lo guardó. Su amigo íntimo, el poeta De la Selva, asociado a Lombardo Toledano, se afilió con Morones, el jefe de la CROM obrera y mi enemigo latente, puesto que era callista al rojo. Exigía Pedro que le diera el cese a Torres

Bodet, que capitaneaba un grupo de poetas adverso a los poetas del corro de De la Selva. No lo consiguió y separó a De la Selva de la Secretaría. Reapareció De la Selva en gira por Centroamérica, contando a los países del Sur las excelencias del moronismo. Lombardo había renunciado a un puesto que tenía con Gasca, el gobernador del Distrito, miembro de la CROM y amigo mío. Para compensar a Lombardo lo autorizamos para que habitara con su familia un departamento interior del edificio de la Preparatoria. Y le dije al entregarle la escuela:

—Le doy seis meses para que haga lo que quiera, pida los recursos que necesite y desarrolle su programa; confío en su éxito.

Lo primero que hizo Lombardo fue resucitar unas circulares giradas en la época de mi gestión como rector, en las que se recomendaba a los estudiantes el acercamiento a los obreros, la unión de estudiantes y obreros un poco a la rusa. De las cosas buenas del sovietismo fui el primer imitador mexicano. Pero Lombardo no recogió el antecedente de su propio jefe; se presentó como iniciador de la acción universitaria entre los obreros. Y empezaron en la Preparatoria las juntas políticas y los discursos radicaloides. Lombardo procedía de un seminario poblano; su educación había sido católica y había sido, además, un buen auxiliar de la administración de Victoriano Huerta cuando la militarización de la Preparatoria. Su nuevo celo lo atribuíamos al deseo de borrar su pasado. Pero la Preparatoria comenzó a convertirse en centro de agitaciones, dirigida desde la CROM, en donde Lombardo hacía méritos.

—Impongan disciplina —mandaba yo a suplicar de cuando en cuando.

Y para unificar la gimnasia y el canto, le mandé al maestro Beristáin. En todas las escuelas no universitarias teníamos ya establecidos orfeones y fiestas deportivas. La Universidad, por la abstención de Caso, se mantenía ajena al plan general. Beristáin, con su tino de viejo maestro, logró que Lombardo le aceptara algunos maestros de canto; lo autorizara para organizar. A los pocos meses, la Preparatoria contaba con un buen orfeón. Entonces Lombardo invitó a la prensa y me llevó a presidir; mientras se desarrollaba el programa de Beristáin, idéntico al que se daba desde hacía dos años en otras escuelas, Lombardo, con inconsciencia perfecta, me dijo:

—Ya ve usted la labor que he iniciado.

No le dije nada. Se conocía que no leía los diarios, o no quería enterarse. Se sentía inventor de lo que ocho mil espectadores contemplaban domingo a domingo en nuestros festivales de Chapultepec.

Lo que hice con los maestros de canto lo repetí con los de educación física. Desde hacía tiempo era mi ideal hacer del preparatoriano un tipo de eficiencia física, moral e intelectual; aspiraba a que pudiera reconocerse entre mil al preparatoriano joven, como ocurre con el cadete de West Point, o como ocurría en tiempos de don Porfirio con el cadete de Chapultepec. ¡Joven atlético, culto y cortés, dispuesto a usar el talento y la fuerza en el servicio de la justicia! Quería desterrar de nuestro ambiente universitario el preparatoriano de tipo usual, en enclenque, pálido y de músculos flácidos, en la boca el cigarrillo, en los dedos la mancha de la nicotina. En el hermoso anexo que habíamos obsequiado a la Preparatoria construimos una gran piscina. En el colegio contiguo hice construir otra piscina menor, dedicada a las alumnas, separada de la de los hombres, todo

con anexos de baños y gimnasios. Para celebrar la inauguración de la piscina mayor hicimos una fiesta y le dije a Lombardo:

—Ahora se podrá lucir; exhiba su escuela; haré que venga Obregón a descubrir la estatua de Las Casas en el patio nuevo.

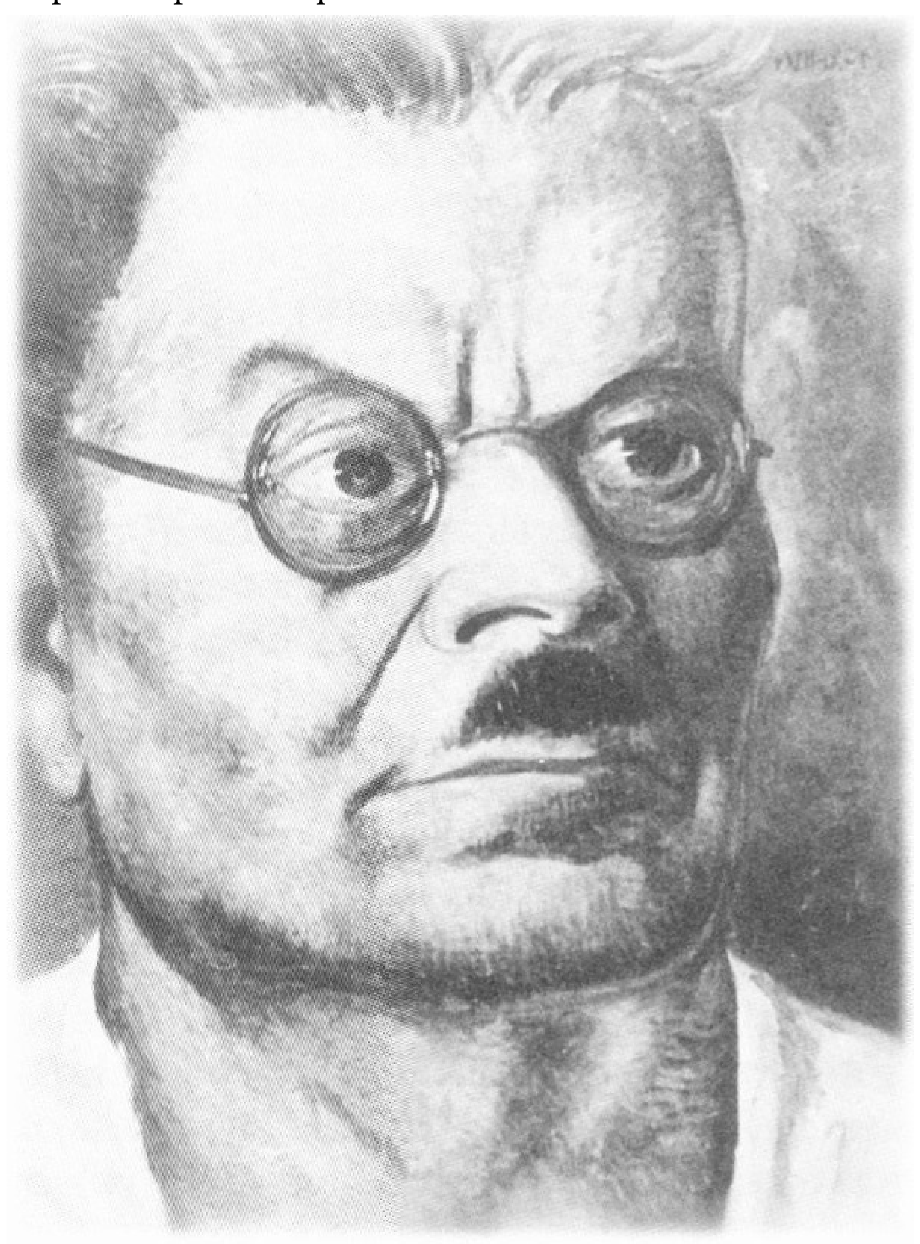
Salvo por la hermosura de las nuevas construcciones, que eran obra del Ministerio, la fiesta resultó una desilusión. El mismo presidente advirtió el contraste de aquella nuestra mayor escuela y las otras que regenteábamos directamente. Con gesto anémico y brazos emaciados hicieron los alumnos un remedo de evoluciones gimnásticas. En Medicina, en Jurisprudencia y en Ingeniería, en la Normal, teníamos ya lograda una juventud atlética; ¿por qué la Preparatoria se quedaba atrás?

—Es que no había gimnasio —alegó Lombardo—; usted ha descuidado esta escuela...

—Bueno, pues ahora ya tienen gimnasio y tienen piscinas —y riendo, aconsejé—: publique un reglamento que diga: *Nadie saldrá de aquí que no sepa nadar...*

Bastaba, por supuesto, con que yo sugiriera algo para que no se hiciese. Todas las noches, en el interior del edificio de la Preparatoria, que decoraban artistas como Orozco y como Fernando Leal, mis subordinados Lombardo, Henríquez y De la Selva hablaban del ministro ya próximo a desvariar. El exceso de trabajo me tenía reblandecido; la paranoia se había desatado. Y con la ayuda de Morones, al advenimiento de Calles, si no es que antes, Lombardo sería el ministro; un hermano de Antonio Caso, Alfonso, profesor universitario y ayudante de Gasca, el de la CROM, sería el subsecretario. Había que tolerarme, mientras tanto, mis desplantes, mis injusticias y vanidades. Entre tanto, afuera, en el país, los

partidarios de Calles, gente toda a sueldo de Gobernación, se apoderaban de las uniones obreras y amenazaban a los empleados públicos que rehusaban declararse callistas.



José Clemente Orozco (1883-1949).
«Orozco se reservó las paredes del patio grande de la Escuela

Nacional Preparatoria»

En algunos Ministerios el propio Ministro había forzado a los empleados a formar ligas en apoyo de la candidatura de Calles. El judío Haberman, que entró a mi Secretaría como humilde maestro de inglés, para descararse más tarde como agente y consejero de Calles en persona, pretendió hacer lo mismo con los empleados de Educación. Lo desautoricé públicamente; lo amenacé con la cesantía. Las escuelas profesionales que dan el tono a la opinión estudiantil, la de Jurisprudencia, la de Medicina, la de Ingenieros y la de Electricistas, tenían directores leales y cultos; ellos y los alumnos eran, por lo tanto, violentamente anticallistas. Pero allí estaba la Preparatoria y con ella la plana mayor de la Universidad como un enigma. Lombardo, Alfonso Caso, los prefectos de la escuela, no disimulaban sus relaciones con la CROM callista.

Al edificio principal de la Preparatoria me presentaba rara vez; Orozco me hacía mala cara cada vez que me asomaba a ver sus frescos. Pero al anexo iba casi todos los días porque no concluían aún las obras sanitarias. Estábamos dotando a la escuela, por primera vez en su historia, de retretes a la americana, casi lujosos. Y me había propuesto desterrar la baja costumbre de mantener las paredes cubiertas de letreros obscenos o simplemente rayadas por la impertinencia de muchachos malcriados.

«El que pegue papeles o ensucie los muros de este nuevo edificio será expulsado», había yo dispuesto, y comuniqué la orden a Lombardo, que no la objetó. Una mañana, según discurría por el segundo patio del anexo, después de discutir con *Atl* de olas y panoramas a la japonesa, me llamó la atención un aviso impreso, pegado en una columna. Para los avisos había una tabla especial, pero allí estaba el anuncio insolente, repartido también sobre los muros recién

preparados para el fresco. Me acerqué; se trataba de una circular en que se citaba a los alumnos de una sociedad estudiantil para una junta próxima. Vi entre las firmas la de un hermano de Lombardo, estudiante joven.

—¿Quién pegó ese papel? —pregunté al conserje.

—Los mismos que lo firman —asentó.

—¿Les advirtió usted que eso está prohibido?

—Sí, señor; pero me apartaron a un lado; no me hicieron caso.

No pregunté más; al regresar a la oficina firmé la orden de expulsión de la escuela, de los firmantes, por ocho días. Y la trasmití a Lombardo, pasando, por supuesto, aviso de cortesía al rector. No existía entonces la farsa de autonomía que inició el callismo; el rector era funcionario nombrado por el Ministerio; sin embargo, se respetaban las formas. No salvé conductos. Pero estaba decidido a hacerme obedecer. A veces conviene echar sobre el vaso pleno la gota que provoca el derrame.

Pronto lo comprendieron así mis emboscados enemigos del plantel; supe que se habían guardado la orden, pero que andaban en pláticas con los de la CROM. Ya no era posible, decían, tolerar mis arbitrariedades. A los dos o tres días de conferencias secretas con mis enemigos políticos, Lombardo llamó a los estudiantes, a grito abierto, desde el balcón del corredor de la Dirección, y les expuso a su modo la situación. Expulsaba yo, sin oírlos, a tres estudiantes; pero como uno de ellos era su hermano, él se abstenía en el caso y lo dejaba a la consideración de los alumnos. Hubo gritería, y los agentes del director, muchachillos que disfrutaban de pensiones oficiales pagadas por el Ministerio, obtenidas quizá a través de Lombardo, excitaron a los grupos y propusieron una asamblea general deliberativa en el

anfiteatro. El secretario, secuaz de Lombardo, prestó las llaves del salón. Y en la acalorada sesión que en seguida se celebrara, dos o tres profesores lanzaron contra mí cargos furibundos. Entre ellos estaba Alfonso Caso, por quien tenía yo simpatía personal por sus méritos y porque, siendo hermano de Antonio Caso, lo creía mi amigo. Habíamos comido juntos varias veces. De su cambio de actitud supe por el discurso en que me condenaba. No recuerdo el nombre de los otros dos profesores; pero al tener noticia de lo que hicieron les mandé el cese por andar soliviantando a los alumnos.

Los profesores que así disciplinaba se habían declarado intempestivamente, y frente a los alumnos reunidos, en disidencia abierta con mi gestión. Pero no se les había ocurrido renunciar a sus cargos, que, desde luego, no derivaban de oposición a cátedra, sino de nombramiento mío. Entre nosotros nadie renuncia un cargo. Por eso mismo un cese, única manera de librar a la administración de un mal servidor, es algo que conmueve a todo el personal, a toda la sociedad. Cada uno se siente herido en lo más vivo: la confianza de cobrar indefinidamente un sueldo que sostiene el presupuesto familiar o lo completa. En tiempos de tiranías, el cese ejerce efectos saludables de pánico y no hay quien lo comente, aunque todos, por lo bajo, lo censuran; pero en épocas como aquélla, de libre expresión y de respeto a las garantías del hombre, el cese provocaba, empezó a provocar, el enojo del personal y las críticas de la prensa.

Don Ezequiel Chávez se hizo portador de la alarma de los empleados. Sabía todo el mundo el respeto, la estimación que nunca regateábamos al viejo maestro. Y comprometieron a don Ezequiel para que tomase la defensa de los cesados. Me hizo ver los inconvenientes del escándalo,

la dureza del castigo.

Le pregunté:

—¿Qué hubiera hecho usted de ministro; qué haría en cualquier parte del mundo un rector a quien, de pronto, un profesor se le convierte en agitador que incita a los estudiantes contra su jefe, abusando de su calidad de maestro y sin renunciar previamente a su cargo?

Inclinó la cabeza don Ezequiel, pero no se dio por vencido. Habló en seguida de magnanimidad: ¿Por qué no los perdonaba? Todo quedaría en paz.

—Hay casos —repuse— en que la bondad es debilidad. No es el momento de perdonar. Así que los ánimos se serenen por el cumplimiento de la justicia, veremos si conviene perdonar; por ahora, es necesario que la paz se restablezca a fondo; es decir: después de que la justicia se cumpla.

La huelga de la Preparatoria

Entre tanto, Lombardo eludía vernos; se ausentó de la capital; pretextó visita a sus familiares por Teziutlán o qué sé yo. Pero sus agentes seguían activos. Una mañana informaron los diarios que se preparaba una gran manifestación estudiantil en contra del ministro. El centro de reunión era la Escuela Preparatoria: la hora de cita, las once. Lombardo, el director, seguía ausente.

A eso de las diez, Medellín, que salía de dar su clase en el plantel, vino a decirme que los alumnos estaban amotinados en el patio principal, en espera de refuerzos de otras escuelas para emprender una marcha por el centro de la ciudad, después de apedrear el Ministerio. Apenas acabó de hablar, tomé el sombrero, y sin avisar siquiera a los secretarios, dije a Medellín:

—Vamos allá.

La Preparatoria está a media cuadra, a la vuelta del Ministerio. En el camino intentó Medellín disuadirme, pero le expliqué:

—Les desharemos su manifestación antes de que la comiencen; sígueme.

Lo que menos esperaban los alumnos era verme aparecer por el zaguán principal de la escuela acompañado nada más que de Medellín. Pero tampoco yo esperaba el espectáculo que se me ofreció a la vista. No bien traspuse el umbral, vi todo el enorme patio grande apretado de gente.

Un grupo numeroso obstruía el espacio desde el zaguán hasta la escalera. En el pensamiento tuve un instante de vacilación: ¿Cómo iba a abrirme paso entre aquella multitud hostil? ¿No era mejor regresarme? Por fortuna, me dominó el impulso; abiertamente y en tono enérgico, adelanté exclamando:

—A un lado, háganse a un lado; ¿qué hacen aquí?; ¿por qué no entran a clase?

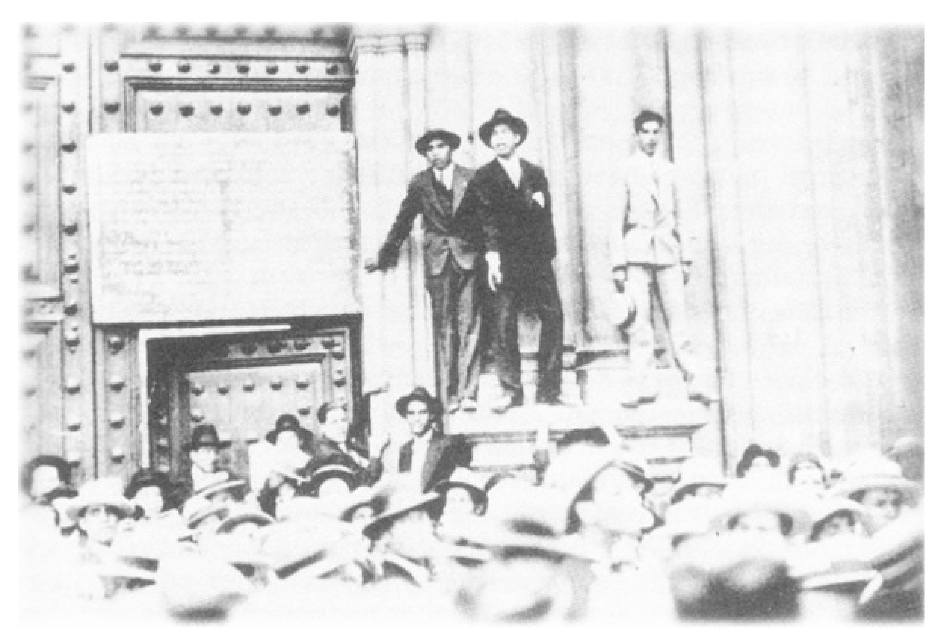
Y con el ademán que hacían mis manos, se fue partiendo en dos la masa humana que llenaba el corredor de la izquierda rumbo a la escalera. Apenas adelantaba y se cerraba detrás de nosotros la multitud. Los que estaban delante me veían asombrados; se plegaban para dejarme avanzar; pero de atrás y al fondo del patio, según corrió la voz de mi presencia, empezaron los gritos: «¡Abajo Vasconcelos!» «¡Muera!» «¡Mátenlo!» Pronto la retirada estuvo cerrada y no quedó otro recurso que seguir hacia la escalera. Empezaron a llover pedruscos. Mientras los veía de frente, los muchachos se contenían; el peligro iba a estar en el momento en que les diera la espalda para subir los escalones, a la mitad del corredor. Empujando casi a los grupos, con Medellín siempre a mi lado, trepé unos escalones y al instante sentí la masa humana, agresiva, a mi espalda. Por instinto, di media vuelta y me paré, enfrentado otra vez a la avalancha, que volvió a vacilar, retrocedió. Por un instante se hizo un vacío en derredor, y entonces dos o tres muchachos heroicos se separaron de los suyos y se pusieron a mi lado gritando:

—Nosotros lo escoltamos; esto es una atrocidad.

Les toqué los brazos en ademán de confianza, y di otra vez la vuelta para subir con calma, sin demostrar apresuramiento. En el descanso de la escalera me volví de

nuevo y advertí que ya no nos seguía todo el grupo hostil. La ascensión del segundo tramo de escalones fue fácil. En el corredor del entresuelo apenas había gente, y tranquilamente ganamos la oficina de la Dirección. Entrando en ella, cerramos la puerta de vidrio. Unos minutos después los estudiantes, rehechos, se apretaban contra la vidriera, amenazantes, pero sin intención de forzar la entrada.

Adentro quedamos Medellín y yo, dos o tres empleados, un prefecto leal, Romano Muñoz, y dos estudiantes. Los demás prefectos habían hecho causa común con los amotinados. Sin perder tiempo, me valí de un estudiante para lanzar la orden: *Que todo el mundo entre a sus clases*, que despejen el patio *o lo hago despejar*. Comunicada la orden desde el entresuelo en voz alta, provocó una gritería feroz. Se repitieron los mueras y volaron piedras. En el salón del fondo, despacho del director, había sobre la mesa un teléfono. «Ésta es una defensa —pensé— pero no lo usaremos sino en último extremo.» Pedir el auxilio de los bomberos era el procedimiento usual en el caso; pero yo sabía que los bomberos o quien los mandaba no era muy de fiar para nosotros. El cuerpo de policía, todo entero, estaba dominado por el callismo y seguramente harían todo lo posible en favor de mis enemigos, retardando la llegada del auxilio; peor aún: convirtiéndolo a nuestro daño. Afuera sonaron golpes en la puerta del cancel. Un criado todo asustado entreabrió: era una comisión de estudiantes que pretendía parlamentar.



Revuelta en la Universidad.
«Los alumnos estaban amotinados en el patio principal…»

—No trato con rebeldes —grité—; que cumplan la orden de entrar a sus clases; no vine a discutir.

Pero insistieron y les permitieron la entrada; eran estudiantes neutrales; no aprobaron la actitud de la mayoría; querían hablar conmigo para ofrecerse como aliados. No pasaban de una docena. Y pudieron destrozarnos allí dentro; pero eran sinceros. Empezaron a proponerme medios para el restablecimiento de la calma; yo no los oía. En esos momentos, enfrente de la puerta y vidriera de por medio, un grupo numeroso rodeaba a un orador que arengaba a los de abajo, en términos violentos urgiéndolos a seguir adelante con los preparativos de la manifestación; *era necesario demostrar al tirano que no se le temía; ya bastaba de soportar.* Asomándome, vi al que hablaba; escuché las voces que decían: «Es Azuela. ¡Viva Azuela!» Y me informaron: Es el líder más reputado; es un alumno inteligente y probo. Era un muchacho delgado y alto, de perfil noble, y ardorosa,

seductora elocuencia. Y le sentí la pasión indignada, y me entró una gran tristeza y el deseo de llamarlo para decirle:

—¿Qué he hecho para que ustedes me quieran tan mal? ¿Acaso no me saben desvelado para servirlos? ¿No ven, por lo menos, todo este esplendor material que va ganando la vieja escuela que todos amamos? ¿Quieren que me largue yo para que todo esto lo pisoteen los salvajes que intrigan en favor de Calles?

Pero no eran instantes de suplicar; dominando la onda que acerca el llanto a los ojos, me refugié en una ira compensadora del instante de debilidad.

—Vayan a recorrer los grupos —dije a los de la comisión pacifista— y díganles que ya terminó su manifestación y que en este momento se reanudarán las clases, y al pasarse lista se cargará falta a todo el que no responda. Y convóquenme aquí, a la oficina, a todos los prefectos.

Se fueron los muchachos bienintencionados, pero no se presentó ningún prefecto, aparte del que ya se nos había agregado.

Afuera, el tumulto arreciaba, interrumpido únicamente por los discursos incendiarios. De pronto entró alguien que avisó:

—Ha llegado el subsecretario, Gastélum, con uno de los secretarios particulares; pero no lo dejan avanzar, no puede llegar hasta aquí.

Después supe que Gastélum se había portado como un leal; apenas le informaron que estaba yo sitiado en la preparatoria, tomó su sombrero para ir a reunirse conmigo. Ante la insistencia de alguno de los presentes, tomé el teléfono y pedí el auxilio de los bomberos. Pero, desconfiado, les advertí:

—No vayan a mandar una docena de hombres; se trata de

dos mil o tres mil amotinados; y si no mandan fuerza suficiente es mejor que no venga nadie, porque sólo lograríamos enfurecerlos más.

Minutos después ocurrió lo que temíamos. Llegaron los bomberos y les mandé abrir la parte posterior del edificio. No eran arriba de una docena. Los muchachos los vieron entrar al patio y se echaron sobre ellos. En un instante cortaron las mangueras; las convirtieron en azotes. Llovieron las pedradas y de pronto sonaron tiros. Se oyó la corneta del escuadrón. Y me entró una profunda pena; aquellos tiros podían significar un estudiante muerto o malherido; ya tendrían mis enemigos cargo serio en mi contra, con el cual me perseguirían toda la vida. Pero lo que pronto supimos fue, por el momento, peor. Al jefe de los bomberos le habían volado las narices de un balazo y sus hombres lo habían sacado del plantel retirándose, sin preocuparse de los que quedábamos sitiados en las oficinas.

—Pero, esos tiros —pregunté—, ¿con qué derecho han disparado los bomberos?

—No, no dispararon los bomberos; los disparos los hicieron obreros de Morones, agentes de la CROM, que andan revueltos con los estudiantes y son los que los incitan.

Esta circunstancia la pudo comprobar Gastélum, que no siendo bien conocido de los muchachos pudo mezclarse entre ellos y en algunos casos logró calmarlos. La verdad es que a partir de los tiros todos perdieron la cabeza. Un grupo juvenil irrumpió de pronto, para decirme:

—Señor: le rogamos que mande abrir la puerta. Los muchachos corren de un lado a otro y creen que usted los ha encerrado mientras viene la tropa.

Yo no había dado orden parecida ni había mandado llamar tropa; la puerta la habían cerrado ellos mismos, o la habían

cerrado, quizá de mala fe, los directores del motín. Lo que nosotros queríamos era que los grupos se dispersaran en cualquier forma. Pero no di a conocer mi perplejidad; con calma, y como si cediera, les dije:

—Bueno; lleven la orden de que se abra la puerta; ábranla ustedes mismos y digan que pueden retirarse los que gusten y no serán aprehendidos.

¡Qué más queríamos, que el que se retiraran! Para trasmitir órdenes, para observar la situación, salían los pocos que estaban conmigo. Hubo un momento en que me dejaron solo. Entonces, detrás de mí, por una puerta excusada del interior de la oficina, surgió un mozo; temblaba todo y no podía expresarse:

—Señor —dijo balbuciendo—; venga por aquí; nos esconderemos en un pasillo secreto que conduce a la azotea; lo van a matar; ya vienen a matarlo.

La actitud del pobre hombre, tan desesperada, me hizo reír.

—Cálmese —le dije—; no pasará nada; pero siéntese allí, tranquilícese, y si llega el momento, huiremos.

Sobre la mesa alguien había dejado un bastón; me palpé la bolsa trasera por instinto; bien sabía que no llevaba ninguna arma. Pensé en el bastón como un recurso postrero, aunque inútil. Entraron de pronto seis o siete muchachos y no supe en el primer instante si venían a golpearme o eran de la mediación. Avancé hacia ellos:

—¿Qué pasa?

—Nada, señor; que ya empiezan a salir; abrimos por fin la puerta.

—¿Y hubo algún estudiante herido?

—Sí, muchos contusos pero ninguno muerto; los tiros los

dispararon los de la CROM. El jefe de los bomberos se fue mal herido. Y ya los muchachos empiezan a dispersarse.

Entonces me dirigí al teléfono y hablé con Jurisprudencia, escuela que queda casi frente a la preparatoria. Era necesario evitar que la tomaran por asalto los dispersos. Me contestó Manuel Gómez Morín que, al recibir la noticia que corrió por la ciudad, de que me tenían sitiado los estudiantes en la preparatoria, primero no la quiso creer porque todos decían: «¿Qué fue a hacer allá el ministro, a meterse a la boca del lobo?» Pero al ver que no estaba en el ministerio y no pudiendo entrar a la preparatoria, tomó la decisión acertada de instalarse en su escuela para evitar que los de Jurisprudencia se sumaran al disturbio. El doctor Parra, director de Medicina, hombre leal y valiente a pesar de sus años, hizo otro tanto en su facultad. Los de Ingenieros Electricistas se organizaban, pero a fin de acudir a mi rescate. Más de dos horas había durado el motín, pero lo habíamos dominado. Las escuelas profesionales no hicieron causa común con los de preparatoria, porque eran leales sus directores, porque no había razón para que los estudiantes me odiasen, porque no querían los estudiantes ni oír hablar de lo que oliera a callismo. Y Lombardo se había exhibido como callista. Y el plan de conquistar para el callismo las escuelas había fracasado.

Dueños del campo quedamos mientras se retiraban por las calles, en dispersión, los grupos. En seguida, la dirección se fue llenando de amigos y de curiosos. El doctor Gastélum entró con su ayudante, un tanto maltratado de la ropa, limpiándose los anteojos. Medellín había soportado el chubasco recorriendo los grupos vacilantes o adictos. A la puerta se había mantenido el prefecto leal. Romano Muñoz, luchando a veces a viva fuerza con los que en el momento del tumulto pretendieron forzar la entrada. Acercándose

todavía excitado, me dijo:

—Han estado a punto de lincharlo, señor.

Hallábanse allí diez o doce reporteros, y al instante preví las cabezas de los principales diarios: «Vasconcelos, a punto de ser linchado por los estudiantes.» Repudié, por lo mismo y al instante, la versión.

—No son capaces de linchar los estudiantes —afirmé—; aquí no ha habido más que una mala inteligencia.

Pero fue inútil; la frase hizo fortuna entre los profesionales del *réclame*.

Interrumpiendo la charla, redacté a los reporteros declaraciones escritas: La escuela no se cerraba; esa misma tarde se reanudarían los cursos. El ministerio decretaba el cese del director Lombardo y la expulsión de todos los alumnos que hubiesen encabezado la revuelta.

Cerca de las dos nos fuimos a comer en grupo de amigos; después me fui a Tacubaya a dormir una buena siesta, porque la tarde prometía ser movida. Los de Lombardo apelarían a su último recurso: la huelga general del estudiantado.

Disponga de toda la guarnición de la plaza

Obregón estaba ya prevenido de que podían ocurrir sucesos desagradables.

—Nuestra actuación en la preparatoria —le había confesado días antes— ha sido un fracaso y me propongo hacer una limpieza de todos los malos elementos; pero me acusarán de arbitrario, me echarán encima a la masa estudiantil. —Y, en respuesta, afirmó Obregón:

—El único reproche que podría yo hacerle es que no haya procedido antes; haga lo que crea conveniente.

A las cuatro, y cuando ya los diarios de la tarde publicaban los detalles del escándalo en la preparatoria, me dirigí a hablar con el presidente. Rara vez lo veía fuera de los días de acuerdo y salvo cuando me invitaba expresamente a su casa. Me recibió en seguida, sonriente.

—Lo felicito; han estado ustedes muy bien; ya Gastélum me contó; se han portado con serenidad; la situación de esa escuela provocaba ya el clamor del público.

No quise imponerlo de la evidencia de la mañana: el hecho de que las agitaciones estaban encabezadas por agentes de la dependencia semioficial de la CROM. Pero sí le informé que la situación no se había liquidado, que la trama era honda y que ahora tendríamos que enfrentarnos a una huelga de todas las escuelas.

—Disponga usted —me dijo sin vacilar— de toda guarnición de la plaza si es necesario para mantener el orden.

—Basta —repuse— con un teniente y veinte hombres que den garantías a los muchachos que asistirán esta tarde a las clases de la preparatoria.



Vicente Lombardo Toledano (1894-1968).
En 1923 dirigió la Escuela Nacional Preparatoria

Y estuvo la escolta en la escuela, a las órdenes del enviado del Ministerio, para impedir que los disidentes interrumpieran las clases. Y ya para las cinco, muchos de los cursos se estaban dando.

A eso de las seis me entrevistó el consejo directivo de la Federación General de Estudiantes. Sus componentes eran muchachos de profesional, serios y bienintencionados. Les expliqué sin ocultar nada, los motivos grandes y pequeños del conflicto, las ramificaciones que tenía y mi decisión de impedir que las escuelas fueran usadas para fines de propaganda política presidencial.

—Mientras yo esté aquí —les dije— no entrará el callismo.

Ahora, ustedes saben lo que hacen.

Esa misma tarde, a las ocho, se reunió la asamblea, ante la cual los de Lombardo expusieron sus quejas y pidieron el apoyo de todo el estudiantado para la huelga de protesta contra el ministerio.

Mientras se desarrollaba la discusión estudiantil en el salón del museo, por afuera, en la calle, empezaron a reunirse los agentes de Morones en número de varios cientos, que se dedicaron a hostilizar a los muchachos leales. Entre los que discutían en la sala circuló la versión de que por causa de los escándalos de por la mañana, ya Obregón me había pedido la renuncia. Se nombraría otro ministro entrando como subsecretario Lombardo. La versión era absurda, pero hizo vacilar a unos cuantos. Esa misma tarde me había revelado Obregón uno de los motivos de su antipatía hacia Lombardo:

—Nunca se lo quise decir, licenciado; pero ese director hizo que reprobaran en el examen a mi hijo, nada más, según expresó, para que se viera que él era capaz de hacer quedar mal al hijo del presidente.

Podrían sustituirme a mí, habrían de sustituirme cuando se convencieran de que no transigía con lo de Calles; pero mientras mandase Obregón, Lombardo estaba perdido. Pero no me preocupaba Lombardo; me preocupaba la situación en que podría dejarme una declaración de todos los estudiantes en contra de mi política. Si de verdad me repudiaba el estudiantado, renunciaría, no porque a ello me obligase su acuerdo, sino por dolor de sentirme incomprendido. Esto no lo dije a nadie; a todo el mundo le puse cara dura. El sentimentalismo es mal aliado de la pelea.

Nos paseábamos por el salón del ministerio en grupo de los íntimos, cuando anunciaron la presencia de los agentes

de seguridad que enviaba la inspección de policía. Los hice entrar; los encabezaba Valente Quintana, el futuro atormentador de León Toral, el instrumento ciego de todos los que han mandado.

—Venimos —dijo— a prestarle garantías y a ponerme a sus órdenes.

Les respondí con sequedad:

—Yo no necesito garantías ni quiero aquí, en el ministerio, vigilancia. Vayan al museo, donde están reunidos los estudiantes, y protejan a los que en este momento están amenazados por los de Morones y la CROM.

Se fueron de mi presencia, desconcertados, y no volví a verlos, por fortuna. Ni un día hubiera durado en el ministerio si hubiese tenido que recurrir a tales gentes para sostenerme. Nunca hubo en nuestro edificio ni un gendarme. Cerca de las nueve concluyó la sesión estudiantil. Los de la directiva me visitaron para informarme que se había aplazado la resolución sobre la huelga para una asamblea general fijada a corto plazo.

—Es necesario, maestro —agregaron—, que el rector Antonio Caso diga algo; su apoyo sería decisivo para convencer a los que vacilan; qué ¿no está enterado?; ¿no ha hablado con usted?

—Descuiden —les dije—, que yo le hablaré a Caso pidiéndole que nos ayude.

A las diez estaba durmiendo en mi casa.

Mi último diálogo con Antonio Caso

Me levanté temprano al día siguiente, como de costumbre; temprano también, visité las obras. Pronto íbamos a inaugurar ostentosamente la Escuela «Belisario Domínguez». Otras más estaban en construcción avanzada, y a las nueve, como siempre, llegué a la Secretaría. Todo el mundo estaba en su sitio. Telefoneé a la preparatoria; se daban las clases con pocos alumnos, pero sin disturbios. Y parecía que nada hubiera ocurrido la víspera si no fuese porque los diarios traían en primera plana toda clase de detalles falsos y exactos sobre los sucesos ruidosos.

La rutina del día nos tomó las primeras horas, y a eso de las once llegó Antonio Caso. Lo pasé a un lado del gran salón, a un pequeño privado. Mi primera idea fue que iba a decirme de golpe, y con la efusión que él usa en la tribuna: «Perdone que yo le haya recomendado y casi impuesto a un sujeto como Lombardo.» Pero Caso no es en lo privado como en la tribuna. Él mismo dice, para justificar su reserva, que es menester guardar las distancias. Y no prescinde de las formas solemnes, ni en la amistad. Apenas se hubo sentado enfrente del pequeño escritorio que yo ocupé, me tendió un pliego sin decir palabra. Lo leí. Era su renuncia. Se la devolví riendo y le dije:

—Bueno; comprendo su desazón por la conducta de sus amigos, pero usted ¿qué tiene que ver con todo esto? No le acepto la renuncia; aquí está, se la devuelvo, rómpala o la

rompo yo.

Caso tomó el pliego, pero para colocarlo sobre mi mesa, insistiendo:

—No, Pepe; he venido a renunciar y esa renuncia es irrevocable, a menos de que usted haga justicia.

—¡Que haga justicia! ¿Y en qué forma?

—Pues reponiendo en su clase a mi hermano; a un profesor no se le destituye de esa manera.

Aunque sorprendido de comprobar que no iba a dar excusas porque una Facultad de su Instituto Universitario se me había insurreccionado, sino que, al contrario, iba a pedírmelas, con toda calma, con la paciencia a que me obligaba la vieja amistad y la posición de superior oficial del amigo, entré en una larga explicación del conflicto.

No se trataba de fulano ni de mengano, sino de una intriga del callismo para apoderarse de las escuelas en previsión de las elecciones presidenciales. No podía yo revocar los acuerdos dados, porque ello sería abrir la puerta de nuevo al enemigo. Él, Antonio Caso, no podía simpatizar con una banda de brutos como era la callista. Por otra parte, apelaba a su amistad; él había visto cómo le habíamos dejado hacer en la Universidad su arbitrio. Y ¿cuál era el resultado? El fracaso en la preparatoria era clamoroso. ¿No se había dado cuenta de que toda la opinión estaba en contra de la situación de esa escuela? ¿No había visto que los mismos diarios pedían medidas de rigor para poner término a la anarquía, ya crónica, de aquel plantel? ¿Cómo, pues, me pedía una cosa que yo no podía dar, ni él daría en mi caso?

Nada; en vez de presentarme renuncias, que era ayudar a mis enemigos, y a los enemigos de las escuelas, él debía firmar declaraciones haciendo constar su sentir. Ya hacía tiempo que la gente se preguntaba «¿Qué hace el rector?»

Todos esperábamos que aconsejase públicamente a los alumnos, en uno u otro sentido, y no que se limitase a renunciar. ¿Por qué no decía su opinión en el caso concreto?

—No puedo, Pepe, porque Alfonso es mi hermano.

—Sí —le dije—; ¡y Lombardo es su concuño! ¿Y qué diablos importan todos los parentescos del mundo —exclamé— cuando se trata de la verdad y la justicia? ¿Es o no es usted maestro de los jóvenes?

—Sí, Pepe; pero se trata de mi hermano.

Aquella insistencia cerrada me desconcertó, pero me dominé. ¡Es mi hermano! Durante mucho tiempo se me quedaría la frase grabada como un estribillo irritante.

Alegué más, supliqué; todo en vano. En cierto momento, Caso hizo ademán de levantarse para marchar. Lo retuve y le dije:



Universidad Nacional

—Mire, Antonio; vamos a dejar a un lado la amistad que nos ha unido y que no me ha bastado para decidirlo; dejemos, también, a un lado el interés de la escuela, que no me ha servido para convencerlo. Y vamos a considerar la situación de hombre a hombre y como si fuésemos, no amigos, sino rivales. No lo creo; pero permítame imaginar

que le han estado envenenando a usted el alma en mi contra, y que usted me ve en estos instantes como un político que quiere abusar de usted y de su posición, para arrastrarlo al bando en que él se ha colocado, para valerse de usted a fin de salvarse. Pues bien; puestos en ese terreno, le voy a decir una cosa que quizá usted no sabe, pero que yo ya sé. Lo que le informo es esto: que ni con la ayuda de usted triunfarán en este incidente mis enemigos. Mire usted, Antonio; fíjese bien en lo que digo: Los estudiantes lo adoran a usted y no me quieren a mí. No es del caso averiguar las causas, aunque se pueden señalar rápidamente. A mí me ven como un político de paso y casi como un verdugo porque exijo severidad en las pruebas y les quito a los directores complacientes; les obligo al deporte, los saco de sus aulas oscuras y les doy instalaciones modernas que no agradecen, porque se las da el político. Sin embargo, muy a su pesar, los estudiantes, en su próxima asamblea general, van a votar apoyándome; van a desautorizar a Lombardo. Y si usted renuncia, usted nos hará más difícil la situación; usted arrastrará a muchos, pero triunfará el buen juicio, el interés de la escuela. Y usted caerá junto con mis enemigos. ¿No ve usted que con sólo representar yo el anticallismo, los estudiantes todos se van a pronunciar a mi favor y en contra aun de usted? En suma, Caso, que perderá usted no sólo la rectoría, sino también su prestigio ante los alumnos. Óigalo, Antonio: como líder se quedará usted anulado si sigue a Lombardo; si sigue a su hermano.

—Tiene usted razón en lo que dice, Pepe, y comparto su opinión; tampoco yo quiero a Calles; pero es que Alfonso es mi hermano.

Dejó el asiento; se marchó sin dar la mano. Sentí una gran pena; a poco entró Gastélum al saloncito.

—¿Qué dijo Caso? ¿Retiró su renuncia?

—Ay, doctor —le dije—; dice que Alfonso es su hermano. De ahí no sale: ¡Alfonso es su hermano!

Se dio en seguida a los diarios la noticia de la renuncia de Caso y de su aceptación.

Y no lo siguió la Universidad. Los directores de profesional se presentaron. Confiaban en que sus escuelas votarían contra la huelga. Comisiones de estudiantes entraron y salieron esos días a su arbitrio por el Ministerio. Espontáneamente recibíamos adhesiones, ofertas. Pronto se vio que teníamos ganada la partida. El mismo Calles, bien informado, se apresuró a escribirme una felicitación «porque había sabido imponer el orden en la escuela».

Y nos dolía haber perdido a Caso, y convine con Gastélum en que él lo mandaría llamar para ofrecerle clases y comisiones que le compensasen, en parte, las entradas que perdía al dejar de ser rector. Nuestras familias se visitaban, y desde ese momento dejaron de hacerlo. En la soledad de mi diario retiro nocturno, pensaba en la amargura del hogar de Antonio; perdía de pronto, y por un capricho, el mejor puesto público de toda su vida. Con Matías, el rector carranclán que lo tuvo de subordinado a media paga, Caso había sabido ser plegadizo. Durante el huertismo, durante el porfirismo, Caso había logrado mantenerse disciplinado, ya que nunca servil; sólo ahora, conmigo, se había puesto intransigente. Nadie volvería a darle la posición oficial que yo le había conquistado.

Sin embargo, era menester darle disculpas, hacer cualquier cosa para obligarlo a que aceptase lo que iba a proponerle Gastélum: una comisión de novecientos pesos, más o menos su sueldo de rector, para que escribiese una Estética. «Después de todo —pensé—, el día en que yo

renuncie no habrá quien me ruegue para que acepte nada; quizá hasta del país volverán a echarme.» Y entonces, ya lo sabía por experiencia, ni quien se acordara de que uno podía pasar hambres.

Una o dos semanas después, Caso aceptó la comisión; volvió a tomar sus clases, pero ya antes había circulado por la ciudad una versión que me infamaba: Caso había tenido que vender su biblioteca privada para no perecer de hambre; yo le había reducido a ese extremo. Yo era ingrato con mis amigos…

Los caminos ocultos del destino

Según lo esperábamos, la agitación estudiantil fue decreciendo por sí sola. En la Preparatoria colocó Medellín un buen jefe, el doctor Vallarino. Celebraron reuniones las directivas estudiantiles, y sin necesidad de asamblea general quedó derrotada la iniciativa de la huelga. No se interrumpió un solo curso. En seguida, para borrar resentimientos, fuimos levantando las expulsiones. Pero me quedaba una preocupación, curiosa si se considera que no tenía del interesado otro dato que el haberle escuchado su discurso vehemente en mi contra. Hasta que un día pregunté:

—Y aquel joven Azuela, ¿por qué no veo su nombre entre los que han quedado autorizados para volver al colegio?

Me respondieron:

—Parece que se ha marchado a los estados para terminar su preparatoria; no está en la capital.

Y reflexioné: Cada vez, en estos movimientos equivocados solemos perder a los mejores.

Y el caso de Azuela se me había de asociar, años más tarde, al caso de Herminio Ahumada. En una huelga preparatoriana anterior, Ahumada había sido el líder. Protestaban los alumnos porque no acepté la terna que les pedí para la dirección del plantel. Les hice ver que las bases de mi solicitud me autorizaban a rechazar sus designaciones si en mi opinión eran insuficientes para lo que yo exigía en favor de la escuela. Sostenían los del grupo rebelde a un

candidato que era amigo mío muy próximo; pero precisamente la presión que se hizo sobre mí por esta causa, añadida a inconvenientes que no es del caso recordar, me obligaron a sacrificar una amistad al interés de la escuela.

Y los estudiantes se habían lanzado por las calles, denigrándome a grito abierto. Fue todo, en aquel caso, producto de descontento estudiantil, sin ocultos propósitos de política extraña. Y todo se arregló a la larga. Entre tanto, fungí de director, según ya lo he indicado. En ese carácter recibí a una comisión de los descontentos. Ahumada la presidía. Su presencia me fue simpática, pero se mostraron todos muy altaneros y me habían estado molestando por la prensa, así es que al sentarlos enfrente de mí, en la dirección, exclamé:

—Primero que nada, quiero saber con quién trato. A ver —expuse, dirigiéndome a Ahumada—: ¿cómo se llama usted? Voy a hacer que el secretario traiga su expediente; si es usted un mal alumno, uno que ha repetido cursos o ha tenido muchas faltas o calificaciones muy bajas, lo expulso, por dañino al establecimiento.

Ahumada sonrió y aceptó el reto. Su expediente era impecable.

—Usted perdone —le dije—, pero váyanse; no modificaré mis acuerdos.

Y Ahumada se quedó confuso y resentido y no volvió a verme. A veces lo encontraba en los concursos atléticos, dirigiendo los encuentros; era el «as» de los corredores y desempeñaba clases de cultura física; lo querían los muchachos; lo aclamaban en los estadios las multitudes; seguía siendo líder. Un día llegó hasta la tribuna oficial para la venia del comienzo de los ejercicios. Procuré sonreírle, pero él no se dio por entendido. El ajetreo de la pista le

levantaba sobre la frente la melena del intelectual. Una melena ligeramente colorada. Mi hija tenía por entonces doce años. Nunca sospeché que unos hilos de aquel mechón colorado habrían de revivir años más tarde en la cabecita adorable de mi primera nieta.

Pasaron, en efecto, los años, y el destino clemente me otorgó un par de dones preciosos: en Azuela, un amigo de las horas difíciles; en Herminio Ahumada, otro hijo.



Julio Antonio Mella.

En 1927, Mella asistió al Congreso Mundial Antiimperialista en Bruselas, junto con Vasconcelos. (Fotografía de Tina Modotti, 1929)

Piscinas y caballos

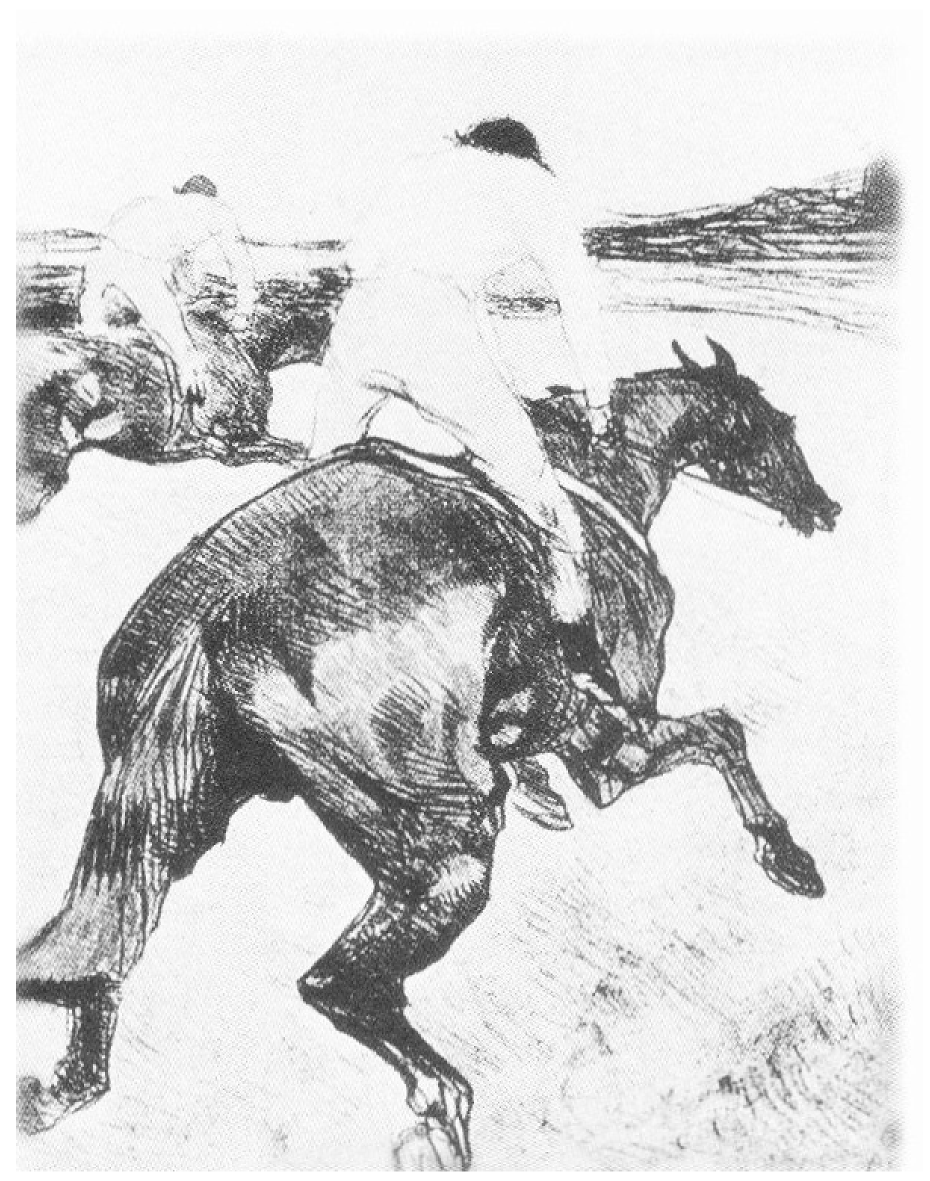
De conserje tenía en el Ministerio al viejo amigo de Laredo, Segundo Villarreal, el que me tuviera escondido una semana en su casa en los días de lucha contra Carranza. Vivía con su familia en un departamento interior, y en ocasiones nos invitaba a comer aquellas mismas tortillas de harina que nos alimentaron en el destierro. La profundidad de ciertos hábitos de la infancia se pone de manifiesto cuando nos encontramos enfermos, extenuados, solos. Me ha pasado, por ejemplo, hallarme tirado en el camarote de un barco, después de uno de esos temporales que marean a todo el mundo, sin probar bocado en tres días, y así que la calma renace y el apetito despierta, en un entresueño de convalecencia, en antojo más vivo, la imagen más urgente de algo de comer, ha sido la tortilla de harina fronteriza, acabada de retirar de sobre la estufa y aderezada con nata o con mantequilla. Un amigo de Segundo, O'Connor, irlandés mexicano de Laredo, me había regalado un hermoso garañón prieto, de boca dura, impetuoso y manso, a excepción de una mañita desagradable que no supe quitarle: de echar reparos de alegría en pleno galope, con riesgo evidente para un jinete distraído. Mis dos hijos tenían sendos caballos y montaban conmigo por Chapultepec o por Los Remedios; nos acompañaba siempre algún amigo y un caballerango. Rara vez rematábamos el paseo por el bosque a la hora del desfile; preferíamos pasear por San Ángel. En una casa campestre se hospedaba Gabriela Mistral; le

platicábamos media hora y volvíamos a montar.

En el último año fue necesario prescindir de la equitación, porque las actividades de la Secretaría desbordaban. Así, por ejemplo, los conciertos sinfónicos que empezaron a darse de mañana, con un brillo nunca alcanzado antes en la ciudad. Llevé a uno de estos conciertos a Obregón, que, sin tener en música la comprensión emotiva inteligente de un Madero, sí tenía bastante sentido de la cultura para soportarlos. Le gustaban, sin embargo, más, los festivales al aire libre. Por el momento, a mí también, porque ellos eran creación y germen para el desarrollo de muchas artes nacionales, del traje, la danza y el canto. Sacar el espectáculo al sol era una de mis preocupaciones. En esos días pasó por la ciudad una actriz catalana de talento. Le vimos en el teatro una Electra y en seguida le mandé ofrecer ayuda para que diera esa misma representación en el viejo hemiciclo de Chapultepec. Montenegro improvisó un escenario griego y la representación fue un éxito pingüe para la artista; deslumbrante para el público.

El recuerdo que a la misma artista le quedó de esta ocurrencia lo pude comprobar años más tarde, cuando, estando yo desterrado en España, logró ella que el gobierno de la república masónica recién instaurada hiciera algo parecido con una tragedia de Séneca en el viejo teatro romano de Mérida. Declaró la artista a los diarios que en México, bajo la protección *del gobierno*, había representado al aire libre. Y aunque sabía que estaba yo en España, no me mandó tarjeta de invitación; citó eso sí, a la revolución mexicana, que en ese momento se llamaba Calles. Por lo demás, igual cosa hacían en esos días todos los de la pandilla izquierdo-judeo-*yankeezante*. Hablaba, por ejemplo, Valle Inclán, que vio el comienzo de nuestro esfuerzo en la pintura mural, y pedía que en España se imitase en eso al gobierno

de México. Acababa de despedirse de mí y sabía que el gobierno de México, por entonces Calles, no se preocupaba de murales; los había mandado hacer yo, pero no estaba de moda citarme. Por su lado, De los Ríos y García Lorca hacían teatro popular y misiones de arte, y De los Ríos hablaba de que algo semejante *había visto en México*, pero también se le olvidaba citarme. Más generoso fue el duque de Alba, que en el breve periodo de su ministerio monárquico no había tenido empacho en citar mi nombre de mexicano, como antecedente de un plan suyo de bibliotecas populares.



Jockey, de Toulouse-Lautrec.

«O'Connor, irlandés mexicano de Laredo, me había regalado un hermoso garañón prieto…»

El caso es que le habíamos dado a la ciudad la alegría de sus domingos. A tal punto, que personajes católicos insinuaron la queja de que con nuestras fiestas estábamos alejando a la gente de la Iglesia. No era ése mi propósito.

Para la misa del domingo disponía el público de las horas primeras de la mañana; nuestras fiestas nunca comenzaron antes de las once. Y no era culpa nuestra que ya no existiese en las iglesias aquel esplendor antiguo, que hubiésemos sido los primeros en preferir a nuestros humildes ensayos de arte laico. Nunca he dejado de comprender las limitaciones indispensables de toda actividad que dirige el Estado. Pero era evidente el descenso del nivel artístico, la pobreza de las misas solemnes, dichas con abundancia de padres y acólitos, pero sin coros ni orquestas adecuadas.

En estas condiciones no éramos nosotros, sino el tedio, quien alejaba a la gente de la Iglesia. En el interés de la palabra hablada, también, sin quererlo, aventajábamos a la Iglesia. Pues daban nuestros conferencistas, aparte de informaciones de cultura, discusiones de los problemas urgentes del día. Huelgas como la de inquilinos, gestaron o encontraron apoyo en nuestros festivales. Con grave desconcierto del radical-socialista Marcelino Domingo, que fue una temporada nuestro huésped, y exclamó según interrumpieron el programa los del sindicato:

—¿Qué tienen que hacer aquí esas gentes?

Acababa él de dar allí mismo una conferencia remunerada y no comprendía lo mucho que tiene que hacer el que clama justicia, allí donde la gente se entrega al regocijo. Acaso no es esto claro para un radical-socialista profesional. Por fortuna, yo no lo era, sino un cristiano práctico que lamentaba que la Iglesia también no estuviese abierta para los grupos que reclaman derechos dentro del orden. ¿Y cómo no han de alejar a los fieles esos sermones de pura admonición, acompañada de instancias para la colecta, sin una palabra sobre los conflictos del día, las perplejidades del alma moderna?

Por otra parte, la porción del pueblo que nosotros llevábamos al teatro, en su mayoría familias de clase media, obreros y maestros, no es clientela de la Iglesia. Existe, por desgracia, en nuestro país, estimulada por las Leyes de Reforma y el odio a la religión que ellas mantienen, una enorme muchedumbre semiculta que tiene a gala estúpida la indiferencia en materia religiosa, cuando no se dedica a hacer burla de la religión. Y uno de los espectáculos más tristes del México actual es de tantos millones de seres por cuyas mentes no pasa jamás otra idea que el programa de cada dictador que explota el mando. Y por diversión y pasión tienen los toros. Con lo que se comprueba que también del teatro, la música y el arte elevado se va apartando un pueblo que pierde contacto con las fuerzas superiores de su religión. El dolor de nuestro país, así brutalizado del alma en consonancia con su militarismo indocto, se hace más punzante por el contraste de nuestros vecinos, cuyas ciudades suspenden el domingo toda actividad ajena al culto. En una pluralidad desconcertante de las iglesias, es cierto; pero en todo caso, con fe sincera y con respeto indiscutible para el poder, que trasciende al hombre y le impide caer de rodillas ante los ídolos que él mismo fabrica: poder público, fama social o riqueza.

Tan hondo es el mal mexicano, tanto habría que hacer para ponernos de nuevo en la ruta de la simple normalidad civilizada, que sobreviene el desaliento apenas se reflexiona en la tarea. Lo que yo procuraba era irla realizando con atención a mi deber de funcionario hasta el máximo de capacidad, y resignado de antemano a verla desaparecer tan pronto cambiase el giro de la política. Y por de pronto, los festivales de los domingos, los conciertos, eran el placer de una semana de preocupaciones. Un vasito de ilusión para la esperanza, porque, pensábamos, «un pueblo de tan fáciles,

rápidas, brillantes disposiciones para el arte, no puede ser un pueblo condenado». El día en que pusiéramos a todo el pueblo de México a ritmo de una música como la de Rimsky, había yo dicho en alguna conversación con Obregón, ese día habría comenzado la redención de México. Buena lectura y gran música; ¿no fue éste el procedimiento de la Iglesia en la Edad Media?; ¿no fue ese mismo el programa original de los revolucionarios rusos, cuando Gorki aconsejaba a Lunacharsky, pero todavía no se sumaba al partido?

De otra manera, si no se mantiene el tono de alta cultura, sucede lo que pasó en nuestro México: que la boga del folklore iniciada por nosotros, como un comienzo para la creación de una personalidad artística nacional en grande, falta de empuje constructivo y de programa completo, ha caído en lo popular comercializado. Canción, producida a centenares, como los jazzes, los blues, los tangos y rumbas del mercado de Norteamérica. Arte de embrutecimiento, ingestión de vulgaridad sincopada, mecanizada, revertida al balar de las becerras, según ocurre en el canto de las que divulga el cine de Hollywood. Lo popular como base para el salto a lo clásico, había yo recomendado en el discurso de inauguración del edificio del Ministerio, y sin pasar por el puente de lo mediano. Por falta de quien le diera los cauces, aquel movimiento ha caído en el plebeyismo, que hoy comparte con los toros, la atención de un público degradado.

Para sacar el baile popular de la monotonía de los jarabes y las zandungas, era menester crear una raza fuerte y vigorosa de bailadores. Las ideas artísticas de nuestro pueblo se renovaban por comparación de los bailes españoles y sudamericanos que exhibíamos en los festivales populares. El jazz lo prohibí, lo desterré de las escuelas. Pero la población mestiza de nuestro territorio está muy lejos de la lozanía que hace falta para crear la plástica del bailarín.

Hacía falta crear primero la alegría en las almas, la salud, el vigor de los cuerpos.

Nunca he sido muy partidario del deporte, que considero como un paliativo del sistema absurdo de vida creado por la gran industria y el clima deplorable de Inglaterra. El único ejercicio sano es el de la labor del campo o de las industrias domésticas si se trata de la mujer. La máquina en el taller y en el hogar, ha producido estos monstruos, flacos o gordos, pero emaciados, mal musculados que somos los hombres modernos.

Para salvarnos de la tuberculosis se han inventado entonces esos aburridos pasatiempos que se llaman el tenis y el *base-ball* o el *foot-ball.* Ninguna boga de pateadores de pelota nos dará jamás la impresión de los frescos de los primitivos italianos, que nos enseñan en un lienzo el fuerte muchacho que pisa la uva dentro de la cuba de madera, con ritmo idéntico al que en seguida, terminada la faena, desarrollará en la danza, tomada de la cintura su compañera; una doncella que a su vez creó músculo largo y dúctil, levantando hasta la cabeza la canasta de los racimos. Raza que, como la nuestra, desciende de gentes que practicaron tales faenas gloriosas, origen de la estatuaria y la música, no puede resignarse a ver arte, ni ejercicio siquiera, sino servil mecanización del músculo, en todos esos saltos y carreras que tienen por objeto colocar una pelotita dentro o fuera de un marco o de una pista.

No podíamos inventar pisa de uva donde ha dejado de haber viñedos; pero hice un ensayo para derivar el deporte hacia el gusto de la creación, cuando invité a los atletas a que cavasen los cimientos del estadio en proyecto, mediante voluntaria y gratuita dedicación de dos horas diarias de tarea. Ejercicios de esta índole tienen que ser fecundos y

más agradables que el deporte, llamado juego por los que no saben jugar. Sin embargo, mientras no se originase un método nuevo había que pasar por la etapa del deporte y, en consecuencia, en todas nuestras obras escolares creamos gimnasios y piscinas. Me animaba también a ello una consideración política obvia que ya he explicado en algún libro. La necesidad que tenía el gobierno de secularizar la educación física, cuyos gérmenes, bastante exiguos, se hallaban, sin embargo, dominados por el personal de la Asociación Cristiana de Jóvenes, institución protestante aunque presume de laicismo y en todo caso extranjerizante. Y como no soy amigo de prohibiciones ni de persecuciones como medio de proselitismo; como creo que una doctrina y una práctica se vencen y sustituyen únicamente por medio de doctrinas y prácticas mejores, antes de abrir mi ofensiva me dediqué a construir gimnasios mejores que el de la Asociación, piscinas al aire libre superiores a la piscina oscura de los norteamericanos. Creamos, a la vez, una Escuela de Educación Física para la preparación de los maestros que habían de remplazar a los atletas formados en la institución de los protestantes.

Condena como traidores a los que después echaron abajo todo mi programa, el hecho de que todos los gastos de la Asociación Cristiana Protestante se cubren con las contribuciones de los mexicanos. En muchos casos, también con la contribución del gobierno nacional, que de ese modo se ha confesado incapaz de educar de por sí a sus ciudadanos. El porfirismo, en efecto, contribuyó con cantidades considerables para el edificio de la Asociación, a la vez que clausuraba gimnasios como el de la Preparatoria. Ante esta ceguera de los que son tenidos entre nosotros como inteligentes y como estadistas sabios, nada tiene de particular que nadie protestase cuando Calles, revirtiendo

otra vez a los métodos solapados de la protestantización, anulara mi esfuerzo dando a la Asociación un subsidio en efectivo de cien mil pesos, cuando tanta escuela nuestra estaba todavía sin gimnasio ni baños, y entregando la dirección del deporte escolar, otra vez, a los protestantes de la Asociación.

Lo que aquí relato es, por lo menos, la historia de un bello despertar que en seguida se apagó en la sombra; la angustia de un aborto. Todo fue labor de unos tres años y labor de un ministro, no de un presidente. Y el poder de un ministro en nuestro régimen constitucional es nulo; por eso, a pesar de la resonancia nacional que tuvo nuestro ensayo, no quedó al día siguiente ni quien lo defendiera; menos, quien lo continuara. Al contrario, toda una sucesión de voluntades perversas se coludió para anularlo, pulverizarlo. No lo corrompieron porque lo que es de diamante sólo se aniquila a golpes de masa, pero lo volvieron polvo de oro, con que taparon sus desnudeces; gasa hipócrita de sus corrupciones y supercherías.

Con dolor hablo de aquellos esfuerzos malogrados; dolor por la patria que se ha perdido en el desastre y no porque a mí se me haya privado de nada, pues más dinero he tenido después, en ocasiones, y más tiempo libre para mis propios ejercicios de la fantasía. Y hasta más ufanía me procura, si de vanidad queremos ocuparnos, la evidencia del fracaso determinado por mi separación. Ufano estaría yo, y no despechado, si sólo por egoísmo hubiese actuado. La obra, sin embargo, no se habría producido si sólo egoísmo la hubiese guiado. Y es altivo y desolado el dolor con que hoy rememoro las oportunidades que perdió mi gente, cuando dejó derrumbarse todo aquel edificio que hubiese sido una especie de corsé contra la lasitud de la raza y un campanario de sus clamores, una torre de sus anhelos, si la inepcia y la

traición no lo echan abajo.

Durante muchos meses, temprano, los domingos, y antes de presentarnos al teatro para el concierto o al parque para el festival, mis hijos y yo, con algún amigo, ensayábamos el *basketball* en el recién concluido gimnasio o ejercitábamos la raqueta en las mesas de la Escuela de Química de Tacuba y estrenábamos las piscinas. La última que nos tocó disfrutar, ya concluida del todo, fue la del grupo escolar Benito Juárez, próximo al Estadio Nacional. Y aunque el agua de México es en toda estación bastante fría, era grato remover la fluidez azulosa de un ancho estanque rodeado de jardín, ennoblecido por la ligera arquería del departamento de vestidores.

Cada escuela de la capital, según nuestro proyecto, debería tener un campo deportivo, y llevábamos ya inaugurados, concluidos, media docena por lo menos. Antes de aquella administración no existía uno solo. Más tarde, los ministros, a imitación de las estrellas de Hollywood, se han hecho piscinas lujosas, pero en sus casas particulares; ni una sola para los niños de las escuelas.

Obregón, que tanto gozó el día en que inaugurábamos la primera célula artístico-deportiva en la flamante Escuela Belisario Domínguez, baños, gimnasio, piscina, estadio, estaba destinado a convertirse en el destructor de su propia obra. Durante los años que gobernó por intermedio de Calles no hubo quien continuara lo bueno de su administración, pero sí muchos que le empeoraron todas las inepcias, todos los vicios en potencia. Los vicios estaban, según ya lo supondrá el lector, en el Ejército. El instituto que después de haber sido desdeñado y casi vilipendiado por Obregón, que tan bien lo conocía, comenzó, sin embargo, a ser festejado, favorecido, porque se acercaba la hora de las matanzas, la

supresión de la voluntad colectiva en beneficio de un presidente testaferro, mediante el cual Obregón soñó retener indefinidamente el mando.

Perplejidad

Si algún remordimiento me queda de mi gestión ministerial, es el de haber dejado pasar las oportunidades que el cargo ofrece para servir a ciertos amigos que lo necesitan y lo merecen. Distraer de los fondos públicos determinadas sumas para usos privados es simple saqueo que no tiene excusa; pero tolerar que al amparo de compras o negocios, un amigo se gane una comisión, se asegure una ventaja pecuniaria, ¿es tan malo como me lo parecía? ¿O es más bien que me faltó generosidad para los casos individuales, obsesionado como estaba en la defensa del centavo, para hacer más fecunda la obra general del gobierno? Casi todo el que gobierna se hace el sordo a ciertas ocasiones en que el amigo, el pariente, obtienen lucro disimulado, que en parte les compensa el compromiso de la amistad o el parentesco con el personaje que al día siguiente, en los altibajos de la política, puede ser un perseguido, un apestado. Y es natural que el ánimo se incline a afirmar por lo menos algunas amistades, ya que nos esperan las decepciones del que quiso construir y sólo halló barro que se deshace. Juzgue el lector que tenga alma de justo los detalles que siguen, con supresión de nombres o datos que pudieran establecer identificaciones.

En escribir esta pequeña historia hallo un descanso a la perplejidad que ha solido atormentarme al ver a mis amigos mejores, olvidados y empobrecidos, resentidos acaso en lo

íntimo, de que no les dejé obrar como los demás, que se llenan la tripa en previsión del mal año.

En las oficinas se había hecho escándalo con el mal negocio en que nos metieron, por excepción, personas que no viene al caso citar. Se trataba de la compra de una cantidad considerable de material escolar, compra cerrada durante mi ausencia por la América del Sur, que me apresuré a desconocer a mi regreso. No había habido ni sombra de mala fe en los superiores, sino mala información que ellos mismos comprobaron. De suerte que, apoyado por todos, rechacé la operación aun sobre las firmas de mis subordinados y no obstante que se trataba de influyente casa comercial extranjera.

—Vayan al juicio —les dije—; no pago; devuelvo la mercancía.

Y tan inseguros se hallaban moralmente los vendedores, que no iniciaron ningún juicio, pero sí empezaron a mover cielo y tierra para obligarme a reconsiderar. El caso había motivado un cese. Y una de las santas laicas de la Secretaría, persona de toda mi devoción, doña Elena Landázuri, se había pasado días revisando el expediente para probarme que yo había sido ligero, injusto, precipitado…; todo, porque me había tomado diez minutos el descubrir lo que ella, según creo, confirmó en una semana de investigación… A mi hermano Samuel también me lo mandaron de abogado, y le dije:

—Mira: ni pierdas el tiempo en estudiar el expediente; ningún abogado me hará cambiar el criterio, pero menos tú que nadie, porque eres mi hermano; vete…

Después de eso llegó un amigo a quien siempre he admirado y querido, que aunque con muchos es agresivo y duro, conmigo en toda época, en toda ocasión, ha sido

cordial y casi tierno. Gran poeta y maltratado por esa pobre sociedad nuestra que no reconoce otro valor que el del pirata de la política; me dijo sin ambages:

—No sé lo que en el fondo haya en ese negocio; pero si usted lo arregla por mi conducto, de cualquier modo, me ganaré una buena suma; me salvará usted de una situación molesta y ya cansada por lo larga; en fin, usted sabe; en su mano está que yo mejore por algún tiempo; haga lo que guste, pero vengo a pedirle el servicio al amigo…

¿Recordarás, lector, esos casos en que la pena dobla el pescuezo, habitualmente levantado? Caí mudo sobre aquella mesa reluciente de los signos del zodiaco; me llevé la mano cerrada a la barba, y con esfuerzo que me costó dolor, sin mirar a mi amigo a la cara, porque me daba pena mi sequedad, le dije:

—¡No puedo…!



Mi guardián, de Toulouse-Lautrec.
«Llegó un amigo a quien siempre he admirado y querido…»

Mi amigo nunca me mostró rencor por negativa tan cruel, ni cambió para mí su actitud. A mí me ha quedado una como herida y la duda de si es legítimo, en situaciones como las nuestras, de caos y de incomprensión, de esterilidad de todo esfuerzo y de general improbidad, si es legítimo, digo,

desahuciar al individuo merecedor, porque estamos empeñados en la ilusión mendaz de que trabajamos para la colectividad.

La sierra de Puebla

Aprovechamos las vacaciones de Semana Santa del 23 para visitar la Sierra de Puebla y sus escuelas. En Tulancingo nos recogieron caballos que enviaban nuestros amigos de Chignahuapan. Los principales de la comitiva eran Roberto Medellín, el profesor Sierra, el profesor Corona y dos profesores y diputados de la región, don José Gálvez y don Emilio Castillo. La travesía por caminos de herradura y panoramas de incomparable majestad resultó fascinante. Según bajábamos la meseta, el trópico se abría a nuestra contemplación, feraz y bien oliente a plantas y flores raras. De la falda de una colina alguien arrancó piñas maduras y las comimos sobre el caballo. En los ranchos de caña, el viejo trapiche funcionaba todavía, produciendo ese piloncillo incomparable que ha desaparecido para dar lugar a los cuadritos de azúcar blanca esterilizada, insípidos y dañinos. El mismo cáncer es hoy atribuido a esa azúcar química que la codicia de la gran industria reparte por todos los mercados. El jugo de la caña recién exprimida es un delicioso refresco que habíamos aprendido a gustar en el Brasil y que en la costa se toma desde época inmemorial. Una impresión de comodidad física, de contento de todos los sentidos, invade al organismo, deshecho, entumecido por el clima de la meseta. Una alegría primaria insufla el sistema vegetativo; se corre bien a caballo y se suda generosamente. Y una suerte de bendición baja del cielo claro y dobla elegantemente las hojas de las palmeras. La tierra toda está

cubierta de verdor, y las montañas revestidas de bosques dan impresión de grandeza suave y armoniosa. Los caseríos están pintados de blanco o de azul o de amarillo. Los techos de palma seducen con su promesa de reposo y abrigo. En las quebradas, la gotera de algún arroyo remoto es pretexto para que broten y se queden colgando maravillosas orquídeas. Por el aire pasan pericos de esa tonalidad verde clara que reposa el mirar fatigado del diario trajín.

Cuando la tarde cae, sube del valle un temblor de oración. Y el alma concierta las melodías del color y el sonido que el paisaje desarrolla, momento a momento. El atardecer se hace corto. Profunda y solemne la Naturaleza, contagia el ánimo y despierta el anhelo de dar gracias a Dios por estar vivo. El pecho se ensancha y se recrean las pupilas. En la frente resplandecen beatitudes.

De noche entramos a Tepepa. Huertos arbolados y casas viejas de gruesos muros, patio en cuadro y traspatio. A la entrada nos recibieron comisiones oficiales y grupos de escolares. Advierto una disputa contenida de dos bandos y, por fin, se nos invita a marchar. En seguida, alguien se acerca y casi al oído me explica:

—Hay dos partidos irreconciliables en la localidad y cada uno quisiera acaparar a los visitantes.

Hospedar a un Ministro es distinción que puede significar ventajas próximas. Se me señala dormitorio en una casa espaciosa, limpia, bien puesta, repartida en anchos corredores. Una de mis exigencias con los ingenieros de la Secretaría era que volviesen a dar a los soportales de todos los edificios que construíamos la antigua generosa anchura de cuando fuimos país de señores. Y en contraste con el menguado pasillo que puso de moda el porfirismo, en Puebla se suele servir el banquete en el corredor. Nos acompañaban

fotógrafos y dibujantes e ingenieros para que tomasen modelo para las escuelas rurales. No queríamos escuelas estilo suizo como las que improvisó Justo Sierra, ni escuelas tipo Chicago como las que después, en número mezquino, se perpetraron. En la arquitectura, también era necesario volver a las inspiraciones de nuestro pasado glorioso. Y es la sierra de Puebla una región olvidada en el día, pero ilustre en tiempos de la Colonia. A causa del abandono en que se halla no se han echado abajo las construcciones antiguas para remplazarlas con el miserable estilo falsamente utilitario, mezquino y feo.

No bien acabamos de instalarnos, cuando llegó una comisión a pedir que nos trasladásemos a la casa de otro vecino. Es mejor casa, nos decían, y, además, allí le tienen preparada una fiesta. Adonde hay fiesta —pensé para mis adentros— es adonde no he de ir, porque una desvelada nos atrasaría en la hora de partida, y una serie de desveladas arruinaría, truncaría la excursión. Y no conozco mayor disgusto que, estando en viaje, no poder desarrollar exactamente el itinerario previamente trazado.

Los que querían raptarnos nos apremiaban alegando que el dueño de la casa no era del partido dominante en la localidad. Otros advirtieron:

—El de la otra casa es un cacique odiado de todos; no conviene que usted se hospede con él.

En suma: nos hallamos frente al panorama lamentable de casi todas nuestras aldeas, dividida la población en Capuletos y Montescos de tercer orden, que si no compiten en lujo y arte sí se destrozan con querellas y a veces también a cuchilladas. Y pensando de nuevo en Shakespeare, recordé que es el deber del príncipe mediar y hacer las paces sin tomar partido. Pero siendo yo un príncipe de prestado y,

además, de paso, no me quedó otro recurso que poner, por lo menos, esa noche única de mi permanencia en el lugar, un ejemplo de conciliación en las rivalidades:

—Iré —dije— a la cena que me tienen preparada en la otra casa y dormiré en ésta.

Al mismo tiempo mandé advertir que no acostumbraba desvelarme y que, por lo tanto, no acompañaría a los amigos en el baile, que es usual termine con la aurora, sino que a las diez, tronase o lloviese, me despediría para meterme a la cama.



Puebla

Una tierna música de violines quejumbrosos evocaba la melancolía de las cordilleras al fondo del patio enflorado. Zalemas y cortesías de los buenos vecinos que nos daban la bienvenida. En la sala espaciosa nos invitaron a tomar asiento. Lo rehusé porque ya conozco el ritual de estos casos. Se invita a cenar para las ocho, por ejemplo, pero los invitados van llegando cerca de las nueve. Por su parte, la

cocinera, rodeada de ayudantes que se tropiezan, se equivocan, se increpan, no acaba de estar lista antes de las diez. Y todavía, ya que todo está dispuesto, los dueños de casa, acometidos de una especie de parálisis de la voluntad, vacilan como si les costase un gran esfuerzo ordenar sencilla y lógicamente: A la mesa. Lejos de preocuparse de la hora, contribuyen a la dilación pasando las bandejas de copitas, por lo común de aguardientes asesinos de nuestras vísceras. Otros añaden cigarrillos, que también antes de comer lesionan el aparato digestivo. Conversando de pie y echando vistazos intencionados al reloj y repitiendo: «Lo que necesito es dormir y voy a retirarme a las diez», y a riesgo de parecer exigente, logré apresurar un tanto el desarrollo de los ritos exasperantes del convite. Eso sí; apenas se está sentado en torno a la mesa numerosa y decorada con derroche de flores, juegos de vasitos para diversos vinos, y botellas de marcas en francés, el buen humor asoma. Los primeros platos reconcilian por la sazón refinada que revela toda una tradición de cultura latina. El condimento noble de alcaparras y almendras, el buen aceite y el retoque exquisito de los ajos, denuncian la distinción; no obstante las apariencias desmanteladas (a pesar de los buenos manteles), y por causa de los muros sin resanar, los rincones que no se acabaron de construir, arcadas que se quedaron en proyecto. Decadencia de toda una región que fue prócer. Después de la dura caminata complace el banquete; pero no es posible aprovechar más de uno o dos platos después de la sopa sustanciosa. La necesidad de dormir para estar útil al día siguiente reprime la gula, y lo que no se come se compensa con uno o dos vasos de buen tinto de Europa. Los músicos han recorrido el repertorio folklórico, alternado con uno que otro clásico de aldea, como la obertura *Poeta y campesino* o el vals *Sobre las olas.* Suben de punto las conversaciones,

pero en tono efusivo que hace olvidar los choques sofrenados de unas horas antes. Al dueño de la casa en que me hospedaba lo habían puesto a mi lado en señal de tregua. Y a la hora de los brindis con el indispensable champaña, todos parecían cofrades, dispuestos al abrazo de paz y al perdón. Ilusión pasajera, por desgracia.

A la mañana siguiente, según lo esperaba, a excepción de mi personal de la Secretaría, todo el mundo estaba durmiendo a la hora señalada para la marcha. Lloviznaba, y ése fue el pretexto de los remisos según salían a sus puertas restregándose los ojos, cargados de sueño. Lo cierto es que se habían desvelado hasta la madrugada.

—¡Creíamos que se suspendía la salida por la lluvia! —alegaban.

—No, no anden creyendo; nos adelantaremos a ver si nos alcanzan; adiós. Así me quede solo, completaré la excursión sin salirme del itinerario —advertí.

Apresuradamente montaron todos, perdiendo algunos el desayuno, lo que debe de haberles hecho bien, pues no hay nada mejor que correr por el campo temprano con el estómago ligero. Y fue otro día delicioso de marchas y de panoramas.

Por la tarde acantonamos en Huauchinango. Se hallaba allí en visita de inspección el general Almazán, jefe de esa zona, que en seguida se presentó a visitarnos con su Estado Mayor. Figuraban en éste antiguos jefes del ejército federal, como el general Higareda, hombre inteligente y simpático. Almazán también es muy agradable de trato. Entre todos nos comprometieron a asomarnos a un baile que se daba en el lugar. Un montón de muchachas bonitas volvía lucido el salón. Soy sensible, como el que más, a los encantos de la cordialidad pueblerina; pero mi programa no podía

interrumpirse ni un día sin que todo se viniera abajo. En plazo fijo me había propuesto atravesar la sierra para llegar a Puebla en domingo de Pascua y estar en México el lunes. Así es que temprano toqué retirada, Almazán y sus ayudantes nos siguieron porque habíamos acordado hacer juntos las jornadas inmediatas. Almazán tenía proyectada una visita a Zacapoaxtla, y se resolvió a adelantarla para acompañarnos en la expedición.

De suerte que al día siguiente nuestra comitiva engrosó con más de un regimiento. Partimos como a las nueve, por delante Almazán y yo. A poco andar, el aludido general remplazó mi caballo, que era mediano, por uno de los mejores de su propiedad. Trotamos sin incidentes varias horas, trepando por lo más intrincado de la serranía. Hicimos el alto del almuerzo en una llanura estrecha, salpicada de basaltos enormes, aislados algunos como las pilastras de alguna milenaria construcción de gigantes. Y tendidos sobre la grama, en el reposo de veinte minutos de la siesta, Almazán consultó mi opinión sobre el tema del día: la posición que cada cual iba tomando ante la amenaza de la imposición electoral. Con violenta franqueza expuse a Almazán mis opiniones. No creía que Obregón apoyase a Calles ni a nadie para la presidencia. Obregón era hombre de honor y no iba a mancharse con una imposición. A su tiempo le daría el puntapié a Calles, que abusaba de su cargo en Gobernación.

—Y por mi parte —añadí—, no tengo interés en el problema presidencial más que como ciudadano, pues he resuelto retirarme a la vida privada junto con el actual presidente. Por eso trabajo de prisa —agregué—, porque quiero acabar mi tarea en los cuatro años completos.

Almazán también se explayó con el amigo. Le parecía

odioso que después de tanta sangre derramada por la efectividad del sufragio, fuese ahora a fabricarse un candidato oficial. Él seguiría en el ejército porque era su profesión, pero alejado de la política. Muy amistosamente continuamos todo el viaje.

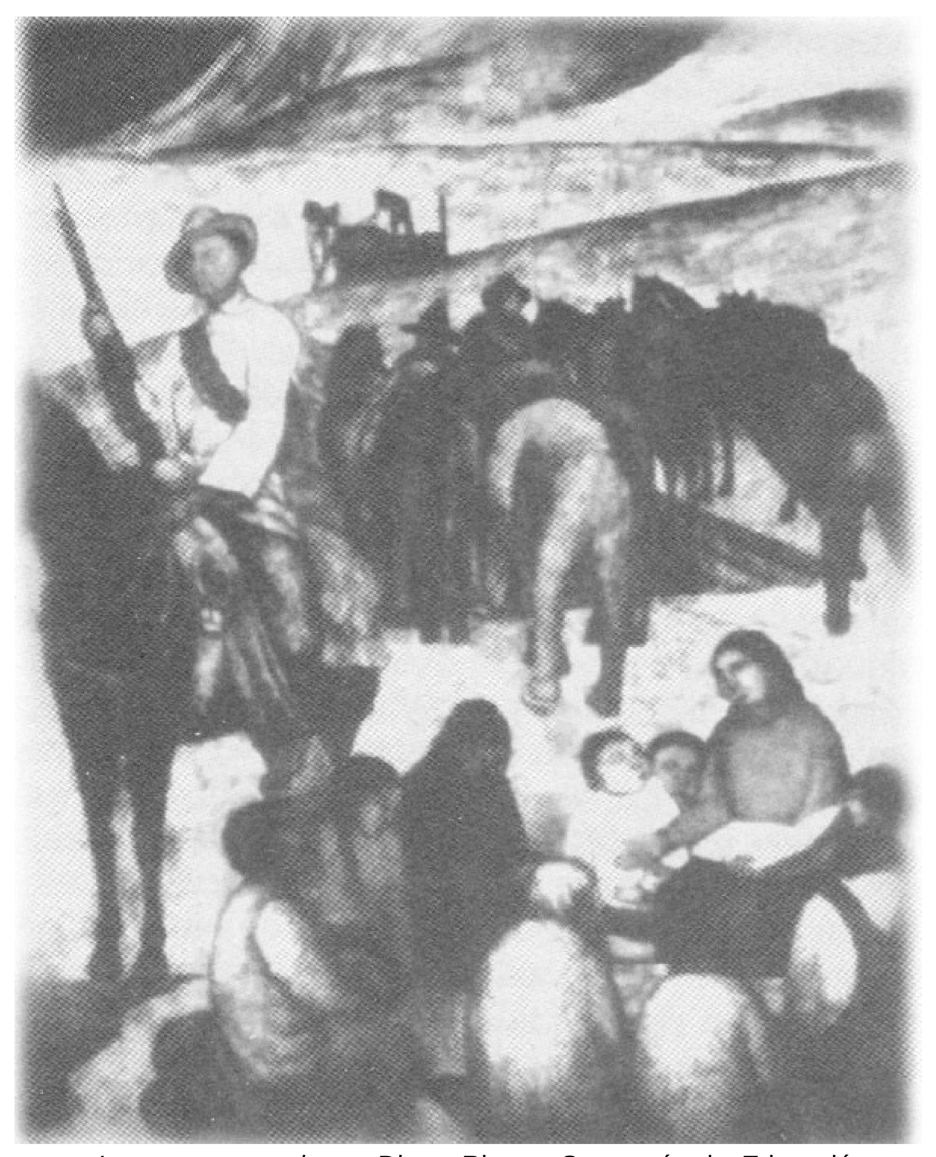
Zacapoaxtla

Zacapoaxtla es una ciudad sobre picachos de la montaña, un nido de águilas según la vieja expresión, un caserío blanco, rematado de cúpulas y torres que emergen del verdor circundante. En torno, la serranía, con sus moles puntiagudas y sus abismos, finge un oleaje sobrenatural que de pronto hubiese quedado inmovilizado, hecho piedra. Los cohetes, desde una hora antes de la subida a la aldea, comenzaron a anunciar nuestro arribo. Y ya casi a oscuras, desembocamos en la garita de entrada. Allí, una muchedumbre, compuesta de músicos, jinetes con estandartes, comisiones de maestros y niños con banderitas, nos dio la bienvenida. A la cabeza, el alcalde, vestido de negro y ceremonioso. Las maestras presentaron ramos de flores y diplomas. Una de ellas leyó un discurso. Los aplausos, las risas de los párvulos, crearon júbilo en la noche apacible. A pie, al frente de numerosa comitiva, nos dirigimos a la casa del vecino que nos obsequiaba alojamiento. Y empezamos a recibir comisiones y visitantes. Meses antes habíamos enviado a Zacapoaxtla una importante misión educativa, y los maestros locales, que trabajaban con fe, nos demostraban efusión. Desgraciadamente, por encima de los maestros estaba la política local profundamente dividida en dos bandos, encabezado uno de ellos por los asesinos impunes de la región. Y era el que había dado color callista. Temblaban los habitantes de pensar en el triunfo de tal pandilla. Los

concejales más deshonestos, los diputados locales de peor reputación, eran los propagandistas de aquel sombrío futurismo. Algo más nos habían revelado nuestras conversaciones con los militares. La región se hallaba en paz; pero, recientemente, una sección entera de la sierra había empezado a armarse bajo las órdenes de un cacique indígena hosco y analfabeto. Y lo apoyaba Calles con armas y dinero. Lo que no sospechábamos es que en toda la república se operaba un movimiento semejante. Rechazado Calles por la opinión sensata, se valía de su puesto oficial para armar a los descalificados, a los réprobos, y tenerlos como amenaza sobre la sociedad. Un ambiente de terror dominaba a Zacapoaxtla. Los asesinatos a mansalva ahondaban las divisiones, y todo el mundo señalaba a cierto diputado local como el instigador de todas aquellas represalias. Naturalmente, al triunfo del callismo este diputado fue la autoridad indiscutida de toda la región. Y la obra educacional que con tanto entusiasmo se desarrollaba en el corazón de la sierra, se vino abajo del modo más lamentable.

En el salón del Palacio Municipal, edificio colonial bastante decoroso, se celebró por la mañana una recepción ofrecida por el Ayuntamiento, engalanada con la presencia del personal de todas las escuelas. Recitaciones de poetas nacionales y españoles, números de canto y coros, ingenuos ensayos de arte que, sin embargo, revelan la gran capacidad de nuestro pueblo para la cultura, nos entretuvieron, nos hicieron soñar durante una o dos horas en un México renovado, ilustre y poderoso. El material humano allí estaba, como está por todas partes, y sólo ha estado haciendo falta un poco de energía de la gente de bien, un poco de confianza en el propio valer, para castigar la arrogancia del pistolero, para concluir con el régimen de milicia al servicio de la

deshonestidad. Una pequeña araña de cristal que pendía del centro del salón evocaba conceptos singulares. Toda aquella gente olvidada de los gobiernos, explotada por los caciques, aislada en el interior de las cordilleras, había tenido el antojo de hacer traer, con sacrificios, aquel objeto de arte, humilde pregón de la pompa de los palacios barrocos de Europa. También había, en un extremo del salón, un piano. En ciertas casas también habíamos visto pianos. Sólo el que ha atravesado los caminos de la sierra comprende el cariño artístico que hace falta para transportar, a trechos a hombros, aquel tesoro de melodías. La afición por la música redime un tanto el ambiente aplastado de estos pueblos sin amparo, destrozados por la discordia que en cada caso crea el abuso de autoridad o la ausencia de la autoridad, la complacencia que cada alcalde tiene que mostrar al diputado que ha sido impuesto en la remota capital del estado, al jefe de armas que, sin ligas con la localidad, llega provisto de poderes absolutos, apoyado por el centro, que no vacilaría en exterminar una aldea que procediese como *Fuente Ovejuna*, la de Lope. El régimen santanista que padecemos desde hace un siglo no ha logrado destruir aún el alma de la raza; pero le ha estado entumeciendo el músculo, entorpeciendo el ánimo. ¿Hasta cuándo durará la semilla española abandonada sin cultivo, impedida de desarrollo por la ingratitud de la naturaleza rocosa y corrompida por el caciquismo, el pretorianismo, la secular denegación de la justicia?



La maestra rural, por Diego Rivera. Secretaría de Educación Pública

A la mañana siguiente, bajando por cuestas pedregosas y por sendas que a las mismas bestias las dejan maltrechas, hablé con el general Higareda, con los ayudantes, con los tenientes, y entre ellos con un indiazo simpático a quien apodaban Juárez por su parecido con el Caudillo de la Reforma. En todos hallé cordura, modestia, patriotismo. Sin

embargo, apenas actúan como cuerpo, se tornan verdugos brutales. ¿Qué es lo que hace falta, entonces? Falta cabeza, en la nación, desde luego; pero ¿cómo va a hallar cabeza un pueblo que se ha habituado a no buscarla por sí, según los antecedentes de cada hombre público, sino que acepta el comando de cada uno que por audacia o por traición o por fraude conquista el poder?

Una tarde hicimos alto en una aldea de cuyo nombre no estoy cierto; quizá Tetela, lugar notable por el estilo espacioso y noble de sus casas. Construcciones como aquéllas debíamos adoptar de modelo para nuestras escuelas rurales. La vieja arquitectura de nuestra patria nos comprometía a construir las nuevas escuelas con solidez y hermosura. Nada de fábricas provisionales; muros y techos que desafían los siglos. Si los mismos Estados Unidos han tenido el buen acuerdo de crear toda una arquitectura sobre los restos modestísimos del barroco siglo XVIII de California, ¿cuánto mayor era nuestro deber de crear un estilo suntuoso, puesto que contamos con el ejemplo de un colonial supremo?

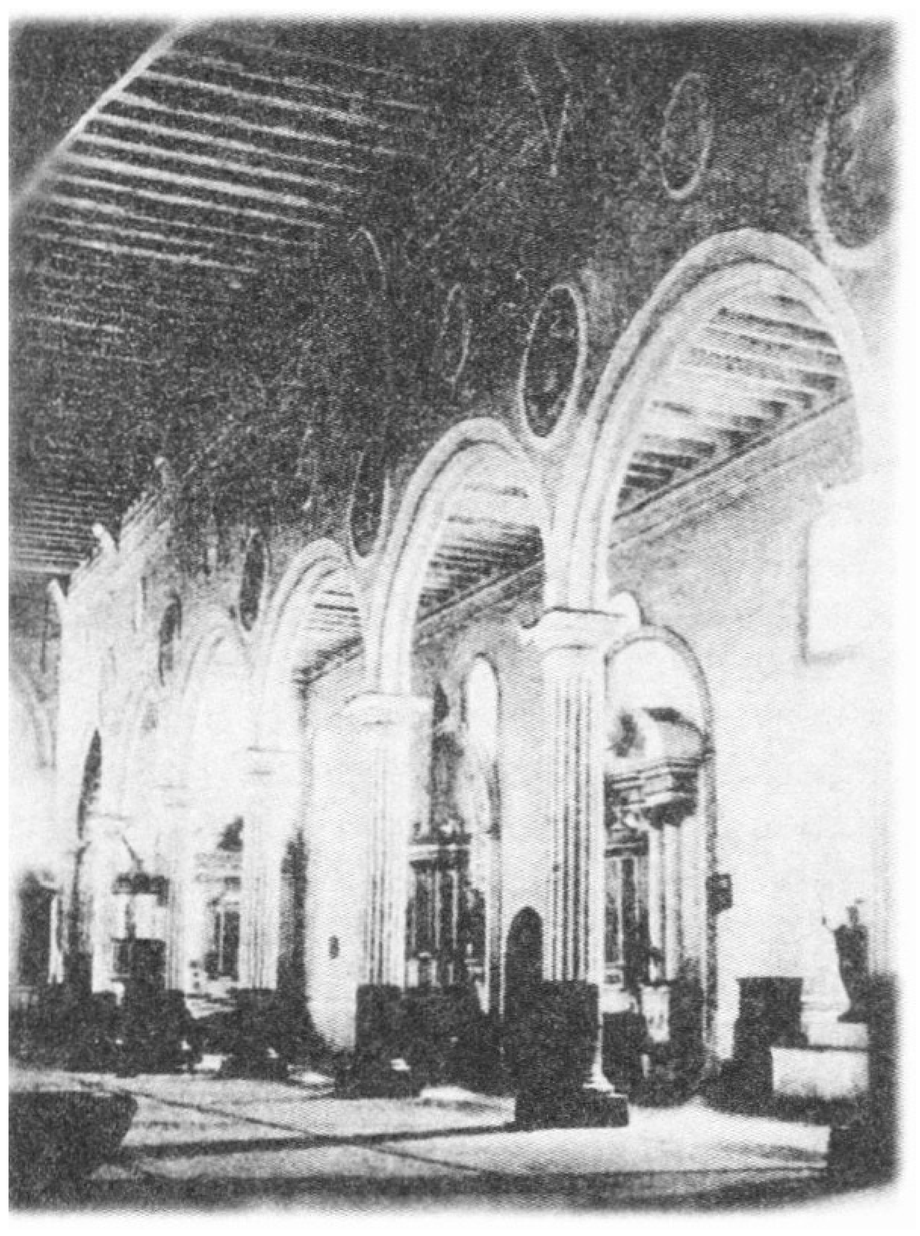
En aquel lugar se fabrica un vino de naranja famoso. El profesor y diputado Gálvez nos obsequió unos vasos, que bebimos sin desmontar. Este profesor era diputado federal por la zona serrana y uno de nuestros más firmes apoyos en el Congreso. También el otro diputado y profesor era querido en la zona. Hubo un momento del gobierno obregonista en que hasta los diputados, llaga del país, como dijo Antonieta Rivas Mercado, eran hombres patriotas y cultos. Prueba de ello es la cantidad de crímenes que al final de su periodo tuvo que cometer el obregonismo para vencer la oposición de las Cámaras a la imposición de Calles. Naturalmente, aquellos dos diputados compañeros de viaje

no volvieron al Congreso en el nuevo gobierno. El asesino que ya aterrorizaba a Zacapoaxtla fue el cacique de toda la región durante el régimen que había de sucedernos.

Zacatlán

Al oscurecer nos acercamos a medio galope a Zacatlán. La ciudad está al borde de una cañada magnífica. Desde lejos se mira, entre el verdor de las huertas, la majestad y la gracia de ciertas cúpulas. En formación irregular de cuatro o cinco en fondo, entramos por la calle céntrica, bien empedrada. Antes se nos había reunido el general Herrero con su Estado Mayor, que estaba de guarnición en la plaza. Según avanzamos empezó a aglomerarse el público; cohetes numerosos hendían el aire o regresaban fallidos. Cayeron algunas varas por entre las patas de los caballos, que, alborotados con el estruendo, se pusieron a hacer cabriolas. Mi hijo, que con algún otro chico de su edad marchaba al frente, retrocedió de pronto y se sumó a nuestra fila. Entonces, Almazán le dijo:

—¿Qué tal, Pepito?; no es lo mismo que correr en llano, ¿verdad?



Zacatlán, Puebla

Y hubo risas. Lo cierto es que el muchacho se había portado bien, sobreponiéndose a la fatiga. En uno de los trayectos más duros de la marcha había desfallecido porque no le ajustaba bien una montura militar acomodada de prisa.

Me detuve a su lado, procuramos reajustarle los estribos y viéndolo angustiado, le dije:

—Llora, hijito; si no puedes más, desahógate; pero llorando, llorando, seguimos.

Y ni siquiera lloró; se mantuvo al frente animoso, aunque destrozado del cuerpo.

Apenas tuvimos tiempo de asomarnos a la hermosa barranca que ya envolvían las sombras del atardecer. Esa noche la ciudad nos dio un concierto lleno de números notables, improvisados todos entre las gentes del lugar; pero allí no se recibía la impresión pueblerina. El mejor flautista del Conservatorio Nacional, hijo de Zacatlán, se encontraba allí de vacaciones y consumó derroche de técnica. Era un virtuoso conocido y notable; pero los elementos locales llamaban la atención por el buen gusto, la sobriedad de sus actuaciones.

Estábamos en Puebla, el estado más culto del país. A nuestro lado, en la fiesta, estuvo el general Herrero. Ya desde entonces lo molestaba la prensa con el lío de la muerte de Carranza. Me habló del caso; me dijo que no tenía nada que ocultar, que se sentía inocente, que no había cometido felonía.

—No soy yo juez en esto —le dije—, porque a mí me dio gusto que Carranza pagara lo que debía.

Terminó temprano el concierto, y a la salida anduvimos a pie por las calles. Al fondo de una avenida misteriosa se levantaba una cúpula redonda y ancha, sostenida por un tambor bizantino cuyas ventanas doraba la luz de adentro. Acercándonos, escuchamos todavía rumor de órgano y cantos; se celebraba el Jueves Santo. Y como ocupaba todo el templo la altura de una colina urbanizada, se tenía la impresión de un efecto de magia o de un palacio de *Las mil y*

una noches.

Teziutlán

La ciudad de Teziutlán está bien construida, como todas las del estado de Puebla. La penetración española es profunda por toda esta zona, según puede comprobarlo cualquiera por el esplendor, el buen gusto de las iglesias; también por la extensión del idioma entre los grupos indígenas más humildes. Con frecuencia observamos, no sin cierto asombro, indios descalzos que tomaban la pluma y escribían con propiedad. Y nos parecía a ratos que llegábamos tarde con nuestros misioneros de primeras letras, allí donde hacía tres siglos habían pasado ya misioneros que, además de primeras letras, enseñaban oficios. La presunción del maestrito moderno que procede como si la cultura fuese su propia invención o cosa de ayer, se corrige descubriendo las raigambres del espíritu nacional que antedatan varios siglos a la pedantería que se encumbra con la Reforma.

Se había empeñado Gálvez en que viéramos la maravilla de Teziutlán: los canarios que hablan.

Los famosos canarios se hallaban en poder de unas viejitas vestidas de luto y un tanto recelosas: «No sabemos si se podrá lograr hoy la experiencia»; «no depende de nosotras»; «los animales son caprichosos». En el rincón de una sala ajuareada con sillones y sofá modestos, está la jaula espaciosa, dentro de la cual saltan dos avecitas amarillas. Una de las ancianas toma asiento al lado y empieza a

murmurar trozos de poesía, intercalando el estribillo: «Habla, canarito lindo», «contéstame, canarito».

Saltan los pajarillos indiferentes y lanzan uno que otro trino en su acostumbrado registro, pero no dan señas de poder construir siquiera una sílaba. Decepcionada la anciana, vuelve a disculparse: «Ya se los advertí», «no siempre es posible», «no están de humor los pajaritos». Pero en el pueblo subsiste la leyenda de los canarios que hablan; recitan, según se asegura, fragmentos de versos o unas cuantas palabras sin mayor sentido, pero con la misma claridad que un perico. Nada de esto escuchamos.

En la capital del Estado más culto de todo el país se hallaba de gobernador el pobre de Manjarrez, un ex taquígrafo del señor De la Huerta, en Sonora, y a ese título, amo de su Estado.

Menos mal que no era sanguinario. Al contrario: un buenazo, medio rubio y corpulento, muy bebedor y que después llegó a intelectual y cerebro de una de las etapas más ramplonas del militarismo que nos agobia.



La loca, de Théodore Géricault.

«Una de las ancianas empieza a murmurar un estribillo: “Habla, canarito lindo”…»

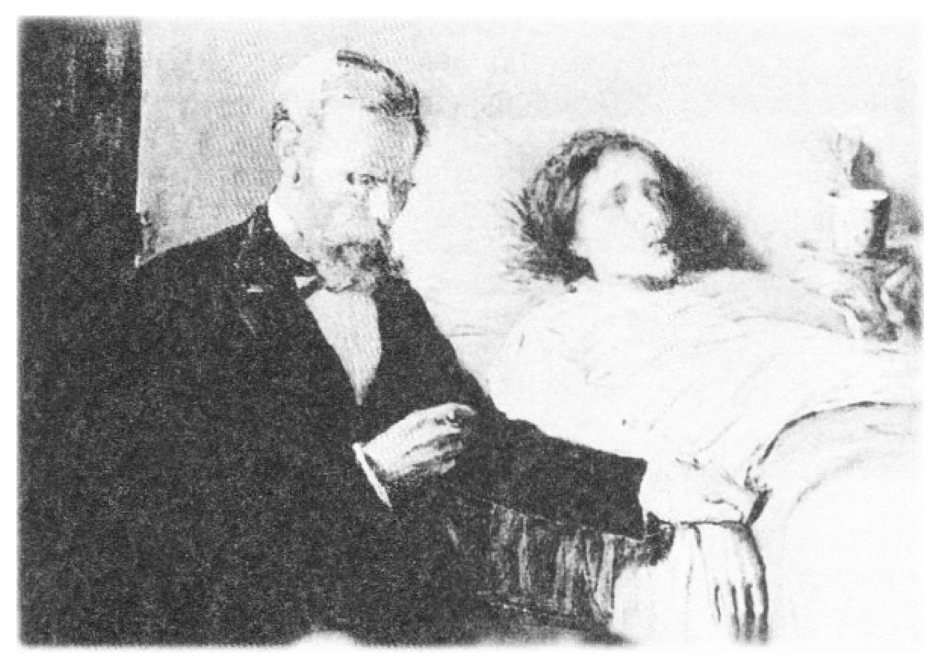
Datos para la telepatía científica

En el tobogán de un campo de juegos infantiles se quebró una pierna mi hijita María, a los once años más o menos. Me avisaron por teléfono y corrí a la casa cuando ya la habían vendado. En apariencia no sufría, y la misma mamá se hallaba tranquila.

Pero a mí me entró aflicción de náusea y descontento profundo del universo. Saliéndome de la alcoba de la enfermita para no alarmarla, me encerré en mi habitación y comencé a pasearla de un extremo a otro alternando, entre la plegaria y el llanto, la desesperación y el cinismo. A la blasfemia no llegué. La Providencia me ha librado hasta hoy de dos pecados únicamente: la blasfemia y la sodomía. No todas las calamidades han de caer sobre una sola alma. Pero sí padecí desconcierto y duda, terrible duda sobre la validez de esta vida imbécil toda entera, y remordimiento de propagarla en hijos. El horror de la propagación es una de las aberraciones más pertinaces de mi espíritu. Otorgar un don falso es caso de inconsciencia o de fraude. Y soy débil ante el sufrimiento. No me alarma la muerte; me horrorizan el dolor y la enfermedad. No hallo en el sufrimiento las ventajas que descubre, por ejemplo, Dostoievski. Me repugna esta parte de su filosofía tanto como me seduce, me pasma el gran descubrimiento o comprobación del célebre novelista cuando enseña que en cada uno de nosotros hay la capacidad potencial para cometer todos los crímenes, todas

las monstruosidades. Lo que confirma que la vida es la mala, y no la muerte. Y, en consecuencia, la vida me parece llevadera pero sólo a condición de que sea noble conforme al alma y sana conforme al cuerpo. El ambiente de hospital me repugna; y cuando veo una sala de enfermos graves, del fondo de mi corazón surge un anhelo que es mezcla de piedad y de cobardía también, si se quiere; y me pregunto: ¿Por qué no se mueren de una vez? Y cuando he solido estar enfermo, me recuesto en la enfermedad como en almohada que puede conducir al sueño de la muerte y la resurrección del más allá. Pero el dolor es innoble, es antipático, es cosa de los animales que viven del cuerpo. El alma y el dolor no son afines porque el alma es chispa de la alegría divina. En la muerte no hallo horror. La concibo como el instante en que la mariposa escapa de la oruga. En nuestro cuerpo, el alma está larvada. Y es la muerte quien le otorga el ser. En consecuencia, las almas de los muertos desenvuelven un proceso de transustanciación parecido al orden según el cual la Naturaleza engendra las especies. Los que han muerto y se han salvado guardan, con respecto a nosotros, una relación, y también un abismo, como el que media entre nosotros y los animales. Y ocurre en la muerte de los cuerpos y la resurrección de las almas el mismo sistema de desperdicio que caracteriza a la Naturaleza en todos sus procesos. Entre los millones de óvulos de un pez o de una mujer, sólo unos cuantos o sólo uno llega a la fecundación y la procreación de un individuo hecho y derecho. Algo parecido ha de ocurrir en la otra vida. De los millones de almas de los muertos, sólo unas cuantas se lograrán como espíritu inmortal. Entre los millones de muertos, unos cuantos apenas logran plasmar incorporados a la sustancia divina y eterna; los demás son tributo del pecado de cantidad que por doquiera aflige a la creación.

El hecho es que la muerte nos parece horrible y es, en efecto, antipática, por las consecuencias que tiene de inmediato para el cuerpo y precisamente por el dolor, la enfermedad que la acompañan; pero el alma se regocija en ella, a poco que perciba su elemento de luz increada. Si hacemos a un lado las circunstancias que envuelven la muerte, incluso el rito, las lamentaciones, la parafernalia toda de los funerales, la muerte en sí debe verse como el instante de súbita claridad del alma; en que resuena entre trompetas celestes el grito de redención, ese gran grito que el Alcorán deriva del Evangelio y que dice: Dios Clemente y Misericordioso. En su seno el alma que se salvó expándese y fulgura, y la que se pierde desaparece, como las larvas que en el mundo biológico se extinguieron sin llegar a la fecundación.



Ciencia y caridad, de Picasso.

«… No me alarma la muerte; me horrorizan el dolor y la enfermedad»

Dije hace un momento parafernalia, y ésta es una

expresiva voz inglesa insustituible que designa la música y el acompañamiento, las ceremonias y el detalle; el cortejo de los accidentes y circunstancia de un suceso.

Pero, volviendo al tema, me ocurre que lo ya expresado nos da elementos para una curiosa teoría del suicidio; teoría que no es del caso desenvolver en estas páginas, y me conformo con apuntarla. El suicida no es malo porque suprime la vida, que en todo caso, y tomada como fin en sí, es cosa puerca y aun nauseabunda, sino porque estorba, interrumpe o malogra la oportunidad de un orto natural en el más allá. Y lanza el alma sin el pleno desarrollo que dentro del cuerpo debió alcanzar y en estado de feto de la eternidad. Es, pues, el suicidio, desde el punto de vista del más allá, un aborto. Y resulta terrible eso de andar por la otra vida encerrado en globo de vidrio por los museos, aun cuando se alegue que ya no será menester de alcohol para conservarnos.

Sea como fuere, lo que pretendo explicar es el sentimiento de rápida, incontenible intuición que me avasalla en presencia del dolor y la enfermedad de hijos, parientes y amigos. Que se mueran es lo de menos, pienso en seguida; lo importante es que no sufran. Porque el dolor físico envilece como cosa que es de la naturaleza animal. Y el gran adelanto de la medicina es el narcótico que lo burla. El motivo grave de horror de la muerte es que también se acompaña de dolor, como narcótico que es para la eternidad. Pero en seguida de la muerte del justo o del inocente, las potestades del cielo seguramente se conmueven de dicha, como sonríen los padres al recién nacido.

Todo esto meditaba mientras mi hija, muy serena, se hacía llevar a su cama todos los juguetes, se hacía prometer de antemano una serie de premios si soportaba valientemente

la operación indispensable.

Y llegó a los dos o tres días la hora de la operación. Nuestro buen amigo el doctor Vallarino la consumó con su pericia de gran especialista en el caso. Mientras operaba, yo me puse a pasear conversando con un amigo de un extremo a otro de un pasillo distante de la alcoba de la enferma. Cobardemente me alejé para impedir que me llegaran sus gritos. Entre tanto, me atacó a mí un dolor físico intenso, precisamente en la tibia y más o menos en el sitio en que mi hija se había roto la suya. Pasaron momentos largos; el dolor cedió de pronto a punto que alguien avisaba:

—Ya pasó; puede entrar.

Lo primero que pregunté fue:

—¿Te dolió mucho, hijita?

Y tanto ella como los que habían estado presentes en la operación dijeron:

—No le dolió nada; no dio ni un grito.

Y me quedó a mí la duda que someto a los experimentadores de la telepatía científica. ¿Es posible que, aun sin proponérselo, una persona se apropie el dolor de un ser querido y lo sufra por ella? ¿Es posible cargar por amor las penas ajenas, no sólo en lo moral, sino también en lo físico?

Y lo que resulta cruel, con una crueldad que espanta, es que los hijos, la parte más sensible de uno mismo, deban quedar fuera de nuestro radio de protección, entregados a las vicisitudes de un destino sobre el cual no tenemos dominio.

Anuncios de tempestad

Una de las pocas veces que hablé al general Obregón de asuntos ajenos a mi Departamento, fue para recomendarle la candidatura a gobernador de San Luis Potosí, de don Aurelio Manrique. Estaba pendiente en el Senado una resolución relativa al caso, y se oponían a Manrique elementos oficiales afiliados con el delahuertismo. Por el lado de Manrique estaba el pueblo de San Luis. Su rival, don Jorge Prieto Laurens, era el niño mimado de la situación. Jefe de un Partido Cooperativista que contaba con mayoría en la cámara, y presidente municipal de la capital de la república, no había nada que no se le concediese. Y el mismo Obregón se mostraba consecuente con el joven político que, por el momento, era adulado por los dos bandos que luchaban por la presidencia: el del señor De la Huerta y el de Calles. Y creo que de todos los ministros fui el único que le tirara el guante por causa de que, a veces, oponía estorbos a la labor de la Secretaría de Educación y porque, a mi juicio, desacreditaba la administración obregonista. En la presidencia del Ayuntamiento, el señor Prieto Laurens disponía de diez o doce millones de pesos de impuestos que se usaban en gran parte en gastos de política electoral o se desviaban hacia el patrimonio de los regidores, con perjuicio de los servicios sanitarios de la ciudad. Se había comprometido el Ayuntamiento a pasarnos anualmente dos o tres millones para ayudar al sostenimiento de las escuelas de la ciudad, y jamás se había abonado un centavo a cuenta

de esta obligación. Por otra parte, el grupo cooperativista, todopoderoso en la política del Distrito Federal, había iniciado una táctica electoral que, aprovechada después por el callismo, había de costarle muy cara a los mismos cooperativistas. Los asaltos a las casillas electorales, la organización de bandas de pistoleros, fue labor iniciada por los cooperativistas que en seguida se ha hecho sistema gubernamental. La adhesión de estos corruptores de la democracia revolucionaria hizo a De la Huerta más daño que todos los demás errores de su campaña presidencial. Pero en el momento en que le hablé a Obregón a favor de Manrique, el susodicho Prieto Laurens era el niño mimado de la situación. Al grado de que, estando yo colocado en posición de intocable por la resonancia de la labor del Ministerio, Prieto había osado lanzarme unas pullas por la prensa. Se enojó porque le robé una calle. Se trata de la que media o mediaba entre el edificio de la Escuela Belisario Domínguez, que acabábamos de construir, y la Biblioteca «Cervantes», que nos disponíamos a inaugurar. Es una calle lateral poco transitada, y como contábamos con poco espacio para nuestras construcciones, la empecé a invadir con materiales. El Ayuntamiento mandó retirarlos, y entonces pedí atentamente que se clausurara aquella inútil y peligrosa arteria en beneficio de mis construcciones escolares. No contestaron o lo negaron y, mientras tanto, los choferes salvajes echaban sus taxis sobre los niños a la hora del recreo. Entonces mandé cavar una fosa; en ella se clavaron de noche dos o tres atrabancados y no volvieron a molestar. Luego, sobre la fosa, levanté los cimientos de una verja. A mi salida del Ministerio, según entiendo, se echó abajo la verja y la calle se abrió de nuevo al tráfico. Desde entonces, los choferes han podido continuar su deporte azteca modernista de atropellar párvulos con absoluta

impunidad, pues cada uno que cae preso es en seguida puesto en libertad por orden del sindicato.

No llegábamos aún por entonces a estos extremos, pero sí me tenía irritado la insolencia de los del Ayuntamiento, politicastros de segunda, en importancia; de primera, en lo que se llama entre nosotros la «mordida», o sea, el cohecho. Y en ocasión de una de nuestras inauguraciones comencé un discurso diciendo: «Esta obra que realizamos para las generaciones futuras, ya que la presente no es capaz de estimarla», etc. A primera vista, el que estas cosas lee imagina que se trata de una pueril jactancia. En realidad, era la queja de un funcionario desilusionado por la súbita corrupción, degradación del ambiente público. Modesto lo soy, como el que más, y no por virtud, sino porque constantemente veo que mi realización es como el milésimo de mi ambición. Y creo que esto mismo le ocurre a todo el que medite un poco en lo escaso de los medios que la Providencia, en su plan misterioso, ha puesto a nuestro alcance.

Obregón me escuchó indeciso. Le afirmé que Prieto Laurens era un descrédito de la administración, y no lo negó. Pero cuando quise hacerle ver que Manrique, aparte de haber sido su compañero de lucha, era inteligente y honrado, ya no se contuvo. Y lo que nunca le había oído a Obregón, que era cauto y digno para juzgar aun a sus enemigos, lo escuché esa vez contra Manrique. Ni sus costumbres privadas quedaron exentas de crítica. Entristecido por la fatalidad del triunfo de Prieto Laurens, me retiré, convencido de la sabiduría de mi hábito de no hablarle a Obregón sino de los asuntos de mi ramo. Tan pronto como el cooperativismo se declaró delahuertista, el flamante gobernador Prieto Laurens fue echado abajo por los militares y en su lugar fue puesto, en fingido mando, el

señor Manrique. Lo que no le he perdonado a Manrique es que después de todo eso se hiciera él callista. Y pasado el tiempo, me divertía enterarme del obregonismo exaltado de Manrique, precisamente en los días en que Obregón violaba el principio antirreeleccionista y traicionaba a los revolucionarios para imponerse como presidente reelegido. También Obregón debe de haber sonreído de los elogios de quien despreciaba.



El presidente de la república Adolfo de la Huerta emitiendo su voto

Mi situación era francamente molesta. Tenía que sostener lucha diaria para defender al Ministerio de Educación de las intromisiones de los políticos de uno y otro bando. La verdad es que los delahuertistas no abusaban. Contaban con la simpatía general y no se ocupaban de forzar a nuestros empleados a dar color. Pero, por el lado de Calles la insistencia era tan tenaz que me fue obligando a lanzar violentas censuras privadas y declaraciones públicas terminantes. Fue, sin duda, el Ministerio a mi cargo el único

que no se mezcló en la política electoral. Públicamente declaré que estaba con Obregón hasta el término de su periodo, y con ninguno de sus sucesores. Y una mañana que apareció en la prensa la noticia de que un grupo de profesores proponía mi candidatura a la presidencia como un medio de evitar el choque De la Huerta-Calles, di en seguida a la prensa declaraciones en que amenazaba con el cese al que estando al servicio de Educación hablase de mi candidatura. En el acuerdo que siguió, me dijo Obregón:

—¿Por qué estuvo usted tan terminante para condenar a los que hablan de su candidatura? Tiene usted derecho y lo tienen sus amigos para postularlo...

—Sí, señor —respondí—; cuando deje de ser ministro. Mientras lo sea, no voy yo a hacer callismo, es decir, aprovecharme de la posición oficial para comprometer partidarios. El día que sea candidato —añadí— lo seré desde la oposición, no desde el gobierno...

Ya no insistió el presidente; pero, en adelante, con frecuencia me aseguraba que no veía con agrado la candidatura de Calles; que Calles era un impreparado... Y que en todo caso, lo que a él le importaba era no mezclarse en la designación de su sucesor. En una de las últimas conversaciones que tuve con Antonio Villarreal, cuyo nombre sonaba como candidato, le repetí lo que me había dicho Obregón, y añadí:

—Qué, ¿no comprende usted que a Obregón le conviene mostrarse imparcial porque ello consolida, realza su figura histórica, y Obregón no es un presidente vulgar, sino un hombre que desea salvar su buena fama?

Se me quedó mirando Antonio, y me dijo:

—¡O es usted un niño o ya está vendido a los callistas! Qué, ¿no ve usted que Obregón ha dispuesto para él y para

sus amigos de quince millones de pesos de la Caja de Préstamos, el Banco del gobierno, y no puede tolerar, sin perderse, que un enemigo tome después de él el mando, porque lo exhibiría, le reclamaría esos dineros? Averigüe si esto es cierto y verá. Esta revelación podrá convencerlo de que Obregón NO PUEDE ser imparcial en las elecciones aunque quisiese serlo. Le va de por medio la honra; quizá, la vida. Convénzase usted —añadió—; el imposicionista es Obregón; a Calles mismo sería fácil hacerlo desistir porque es hombre débil, pero eso es lo que quiere Obregón; uno que no pueda mañana enfrentársele; por eso ha elegido a Calles.

Mi confianza en Obregón se fundaba, sin embargo, en personal experiencia; jamás me había hecho la menor indicación de que se ayudase a Calles en sus ambiciones. Y vaya que por todos lados los políticos asediaban a mis maestros de escuela, el mayor factor electoral, si de verdad se hubiese pretendido hacer elecciones. Así también es cierto que, a excepción de dos o tres protegidos directos de Calles, ni uno solo de los maestros de escuela del país era callista. No lo eran ni los obreros, y la prueba es que estando afiliados los obreros de la editorial de la Secretaría a la CROM de Morones, nunca lograron enemistarlos conmigo los agentes del callismo. Al contrario, con frecuencia me llegaban las quejas de los obreros. Empezaba Morones a descontarles un diez por ciento del sueldo para los gastos del partido oficial, y aconsejé que no pagasen si no querían.

Algunos de mis mejores amigos políticos me visitaron para convencerme de que apoyara a Calles. Aunque separado de los partidos oficiales como el Cooperativista y la CROM, me había mantenido afiliado al partido agrarista, hecho con veteranos del maderismo y el zapatismo. Figuraba yo en dicho partido como primer vicepresidente honorario, y contribuía con veinticinco pesos al mes para su

sostenimiento; hasta que un buen día, sin citarme siquiera a la asamblea, tuve aviso de que el partido había decidido apoyar la candidatura de Calles. Mi respuesta fue mi renuncia. Un caballero Gómez y mi querido colega Díaz Soto fueron, según entiendo, los responsables de tan rara maniobra.

Resultó aliado de Serrano

De manera semejante y poco a poco, las distintas dependencias de la administración se fueron descarando. A De la Huerta lo obligaron a renunciar con pretexto del asunto de San Luis Potosí, después de que Prieto Laurens no quiso dar color callista y se declaró delahuertista. De la Huerta salió del gobierno, todavía vacilante respecto a la aceptación de su candidatura. Yo no era delahuertista; opinaba yo que era un caso de reelección designar a quien acababa de ser presidente provisional. Además, juzgaba nefasto el que los presidentes salieran del gabinete. Y me irritaba la apatía de la opinión revolucionaria que no convocaba una convención formal que eligiese al candidato de la revolución, excluyendo por principio a todos los que estábamos en el gobierno. Una Unión de Veteranos de la revolución inició algo en este sentido, pero los perdió también la intriga; no supieron hallar a un civil competente y se dejaron llevar de intereses de generales disgustados, nada más porque no estaban dentro de la combinación oficial. Me visitó, entre otros muchos generales, Carpio, el de Sonora; hombre recto y valiente. No apoyaría, me dijo, la imposición de Calles y era necesario hacer algo para evitar la guerra. El ejército en su mayoría se rebelaba contra la idea de tener que subordinarse a Calles. Me visitó también Enrique Estrada y le di un salón del Ministerio para una junta de los veteranos. Supe pronto que no le había gustado a Obregón esta liberalidad mía. Los veteranos querían una

elección democrática. Yo estaba en lo mismo, y por eso, cuando renunció De la Huerta, pensé que debía hacer lo mismo Calles; los dos debían salirse del gobierno. Me visitó por esos días Eulalio Gutiérrez. Su hermano seguía mandando una zona militar y él era senador.

Y le dije a Eulalio:

—¿Por qué no nos juntamos para exigir una Convención en que se discutan las candidaturas de Calles, de De la Huerta, de otros más, y después de esto podremos apoyar al que salga designado por mayoría, no al que nos impongan las camarillas de los políticos?

—¡Ah, qué licenciado! —sonrió, y agregó—: ¿Cómo quiere que vayan a Convención los callistas ni los delahuertistas? Qué, ¿no ve que en una Convención es usted el que se sacaba la candidatura, porque es usted el único que ha hecho obra?

Y Eulalio se despidió escéptico y bonachón.

Más tarde, en unas memorias publicadas por De la Huerta en Los Ángeles, me enteré de que Adolfo también había propuesto a Obregón mi candidatura como una transacción, y que Obregón le contestó:



Francisco Serrano, ministro de Guerra en el gobierno de Álvaro Obregón

—¡Cómo eres inocente, Adolfo! Qué, ¿no ves que con un presidente como Vasconcelos todos nosotros quedaríamos ya excluidos de la política futura de México? Además —añadió—, haría Ministro de la Guerra a Eulalio, volverían al gobierno Villarreal y las víctimas seríamos nosotros.

Obregón se equivocaba. En una presidencia que yo hubiera heredado previo el respaldo del voto, el personaje más influyente en la república habría seguido siendo el general Obregón. Y su figura histórica se hubiera levantado a la altura de la del presidente Urquiza, de la Argentina, que sirvió de puente para que hombres como Sarmiento regeneraran al país. La ceguera del hombre inculto, la desconfianza de la lealtad auténtica, la ambición de dominio directo, llevaron a Obregón al fracaso que le preparó su protegido y odiado Calles. A mí me quería y a Calles lo odiaba. Por no seguir su corazón, lo engañó su cabeza; se perdió a sí mismo y al país lo echó al abismo. Pero lo cierto es que yo no deseaba entonces la presidencia. Ambicionaba un gobierno honesto que no se dedicase a destruir la labor educativa. Y a ese gobierno le hubiera pedido una legación en España para estudiar y descansar. Quizá después de cuatro años y desde fuera del gobierno me hubiera animado a entrar a la política con ambiciones de jefe, porque ya desde Educación había advertido que la solución del problema patrio no está en la posición subordinada de los ministerios, sino en la presidencia, que es la cabeza. Y mientras no sea de primer orden la presidencia, mientras no sea el presidente el autor del programa a desarrollar, de nada sirve que se rodee de ministros ilustres. En todo caso, de haber tenido sueños políticos —y lo que entonces deseaba era escribir obras— los habría encauzado por el camino limpio de una elección popular, no por designación del presidente en funciones, ni siquiera por la del partido que ejercita el mando. Me consideraba, pues, incapacitado por mi posición; por eso, sinceramente, daba oídos sordos a todas las insinuaciones de que yo también me lanzara a competir.

Para disipar toda duda al respecto, volví a hacer otra declaración insistiendo en que no estaba con ninguno de los

bandos; que seguiría a Obregón hasta el final de su periodo y me retiraría después a la vida privada. En lo particular, le dije a De la Huerta:

—Si mañana usted se separa del Ministerio y lanza su candidatura y no queda sino el dilema Calles-De la Huerta, cuente conmigo; me separaré también del Ministerio para ayudarlo.

Pero De la Huerta no acababa de decidirse; sus partidarios mismos se impacientaban de su indecisión. Por su parte, Calles también vacilaba; lo aterrorizaba el empuje de la oposición y no se decidía a separarse de la cartera de gobernación, lo que hubiera levantado un tanto su prestigio; se aferraba a su cargo público y lo aprovechaba con descaro para fortalecer su partido personal. Nunca hizo otra cosa en aquel Ministerio salvo cierto negocio de exportaciones de ganado, por las cuales cobraba a tanto por cabeza a cambio de facilidades administrativas ilegales y subrepticias.

La inquietud electoral angustiaba al país. Todo el mundo esperaba que Obregón desautorizaría al ministro que usaba su poder de manera tan poco digna. En realidad, era Obregón el que movía todo el tinglado. Y lo supe en un viaje que hice a Chapala. Con pretexto de una inflamación de las anginas, se había establecido Obregón en una de las quintas particulares que circundan el lago, por la región de El Fuerte. Periódicamente acudían allí sus ministros. Me acompañó aquella vez al acuerdo el doctor Gastélum, mi subsecretario, que quería informarse de la salud de su amigo Obregón, y aprovechó, a instancias mías, el vagón particular de los ferrocarriles de que disponía, para el caso, cada ministro. Llegamos temprano a El Fuerte; la casa del presidente se hallaba rodeada de tropas, como si se estuviese en campaña militar. Se entretenía Obregón con sus hijos, y

después de cambiados los saludos del caso me citó para el acuerdo formal dos o tres horas después, hacia el mediodía. Puso, entre tanto, a nuestra disposición una gasolinera para dar la vuelta por el lago. En el viaje conversé largamente con Gastélum. Estaba disgustado por el giro que tomaban los acontecimientos —le dije— y pensaba que ya hasta las piedras sabían que era el gobierno el autor de la candidatura de Calles.

Esa misma mañana, en el vagón contiguo al nuestro, habían hecho el viaje a El Fuerte, para ver a Obregón, un agitador político oficial, don Luis León, y el licenciado don Gilberto Valenzuela, subsecretario de Gobernación, hombre afable y honesto, pero que, por desgracia, había hecho ya declaraciones de callismo. Y la versión de los diarios de ese mismo día lo señalaba como el próximo Ministro de Gobernación, en lugar de Calles, que, por fin, se retiraba empujado por lo que le censurábamos estar jugando a la vez como ministro y como candidato.

—El nombramiento de Valenzuela —opiné—, de ser cierto, nos pondría a todos en evidencia; demostraría la parcialidad del gobierno, y yo, por mi parte, no lo toleraría; con toda pena, pero me separaría del gobierno en el instante en que resultase nombrado en Gobernación, el ministerio de las elecciones, uno que se ha declarado callista.

—Pues yo lo seguiré a usted —repuso Gastélum—; yo también renunciaré; pero no creo que nos veamos en el caso de hacerlo. Confíe usted en Obregón; etcétera, etcétera.

Cuando llegamos a la pequeña antesala del cuarto en que Obregón despachaba, salían del acuerdo el licenciado Valenzuela y el señor León, entraba al acuerdo Serrano, el Ministro de la Guerra. Dirigiéndose al teléfono, el señor León, reconocido ya como el hombre de las confianzas de

Calles, anunció a todo vuelo:

Ya es Ministro de Gobernación Valenzuela; aquí está el acuerdo firmado; háganlo saber a la prensa de la capital.

Nos miramos Gastélum y yo y decidimos:

—Éste será nuestro último acuerdo; entraremos los dos para presentar al general nuestra renuncia.

Pero adentro, el general Serrano se demoraba. Era Serrano persona de toda la confianza de Obregón; los ligaba un viejo afecto y hasta algo de parentesco y de paternal solicitud por parte de Obregón para el amigo más joven. Disgustados por la espera y por la grave decisión que nos habíamos visto obligados a tomar, dábamos vueltas Gastélum y yo; nos asomábamos al jardín, fumábamos. Por fin, se abrieron las puertas, salió Serrano y entramos nosotros. Estaba Obregón de pie, detrás de su escritorio. Gastélum y yo nos detuvimos enfrente. Y con toda suavidad, pero sin poder demorar el asunto, dije:

—General: hemos oído decir allá afuera que acaba de ser nombrado ministro el señor Valenzuela, que hace una o dos semanas se declaró callista.

—Es verdad —dijo Obregón—; lo acabo de nombrar; pero es una persona que todo el mundo reconoce como honrada.

—Pues, general, el efecto será deplorable políticamente. A tal punto, que yo, que estaba dispuesto a seguirlo a usted hasta el fin de su gobierno y a la oposición si mañana el nuevo gobernante lo molestaba a usted, ya no puedo ahora acompañarlo.

Gastélum se interpuso, pero para reforzar mi aseveración de que el nombramiento de Valenzuela era un desastre para el buen nombre del gobierno. Poco habló Gastélum porque Obregón se sentó, y conmovida la voz y con ojos casi llorosos, dijo:

—No saben cuánto les agradezco que me hablen así, como amigos leales. Precisamente, Serrano, que acaba de salir y de cuya amistad tampoco dudo, se ha extendido en consideraciones muy semejantes a las de ustedes y me ha pedido que declare insubsistente ese nombramiento, lo haré, pierdan cuidado; regresen a México esta tarde, que antes de que ustedes tomen el tren se habrán comunicado contraórdenes.

Nos despedimos de abrazo y yo salí conmovido y convencido de que era Obregón un sincero patriota. Pues ¿qué mejor prueba de confianza podía que echar abajo, con sacrificio de su amor propio, un nombramiento ya anunciado? Pocas cosas me ligaron jamás con Obregón como este incidente. Salí de esa entrevista diciendo a todo el mundo que no había que temer nada de la crisis política, porque Obregón lo arreglaría todo con rectitud.

A las seis de la tarde, según salíamos para la estación, vimos que Valenzuela y León volvían a entrar al despacho del presidente. La sorpresa de sus vidas recibieron allí dentro, cuando se les comunicó que *siempre no* era Valenzuela el Ministro de Gobernación. Antes de un año, triunfante ya Calles, la desazón fue mía al saber que Valenzuela, por fin, llegaba a Ministro de Gobernación, pero en el gabinete de Plutarco Elías Calles. También Gastélum, con su conducta en el episodio acabado de referir, me ganó por entero la estimación y la confianza.

En el tren, sin embargo, se produjo un incidente que puso sus sombras en mi ánimo. Me avisó alguien que en el vagón ordinario viajaba, de regreso a la capital, el general Figueroa, jefe de la zona de Guerrero, hermano de mi ex subsecretario don Francisco, viejo maderista y acreditado militar, honrado y valiente. Lo mandé invitar en seguida a que hiciera el viaje

con nosotros, y se presentó; bajo de cuerpo y colorado de rostro, musculado, enérgico de ademán y conversador.

—No estoy yo en la gracia del señor presidente —afirmó—. No, señor licenciado; yo fui a la revolución para garantizar el sufragio y no voy yo a prestarme a ninguna imposición oficial; en mi estado, mientras tenga mando, tendrán garantías los enemigos de Calles, lo mismo que sus amigos; ya se lo dije al señor presidente, y no pareció gustarle. Actualmente se prefiere a los que están dando color callista; antes que eso, yo renunciaré; volveré a la vida privada.

Y se le encendía el rostro de indignación muy legítima.

A las pocas semanas le quitaron el mando de la zona a Figueroa; lo remplazaron con Almazán, el ex huertista, patrocinado ahora, ya no por mi modesta persona, sino directamente por Calles, que lo mandó a El Fuerte acompañado de Luis León. Uno a uno, los jefes de zona que no manifestaban su adhesión personal a Calles eran removidos, caían en desgracia.

El error del señor De la Huerta

No es De la Huerta uno de esos hombres que condicionan, forjan a su manera los acontecimientos; al contrario, es de los que se dejan llevar de las circunstancias. Y enfrente de él se hallaba, no Calles, que es también irresoluto, sino Obregón, todo astucia, decisión y claridad de propósito. Maliciosamente fue Obregón llevando los acontecimientos, provocándolos, usando todo su poder moral y gubernamental para la triste empresa de crearse un sector que el país repudiaba. De la Huerta reflexionaba, vacilaba, decía hoy una cosa para contradecirla mañana, y a la postre se vio arrastrado al más desolador de los fracasos. Apenas hizo pública su renuncia, me presenté a visitarlo en su casa del lago. De la Huerta pagaba renta por esta casa propiedad de la nación, al revés de Calles, que vivió apoderado del rancho de La Hormiga, comprado por el gobierno para anexo del bosque de Chapultepec. Obregón, que no hacía estas cosas, las toleraba en su subordinado; acaso se complacía en ellas porque, según veremos en lo que sigue, lo que él quería para la presidencia próxima era un testaferro envilecido, un desprestigiado absoluto que no tuviese más apoyo que el del propio Obregón, quien, de esa manera, se aseguraba el mando por interpósita persona.

De la Huerta, hombre escrupuloso en materias de dinero, había estado abonando al Estado una renta sobre la casita que ocupaba en sección céntrica del bosque nacional de

Chapultepec. Ni eso le evitó la calumnia. No llevaba ocho días de haber salido pobre del manejo de millones de pesos, cuando Pansi, nombrado para sustituirlo, publicó unas declaraciones que denunciaban derroches y malos manejos. Y con anuencia de Obregón y beneplácito de los callistas, el funcionario más sospechoso del régimen acusó de improbidad al más honesto. Quien había de saquear el Tesoro para sus propios negocios y los de los altos funcionarios de la nueva situación, se puso a predicar moral administrativa. Ruines hojillas subvencionadas por el Ministerio de Gobernación insinuaron que De la Huerta sería lanzado de la casa del lago, que era propiedad de la nación. Pero nadie dijo una palabra de la casa grande y lujosa que seguía ocupando Calles sin pagar un centavo de renta al erario.

Empezó, pues, a padecer De la Huerta todas las molestias que caen en un medio despótico sobre el hombre honrado que se atreve a desafiarlo. Particularidad del callismo fue acusar a inocentes precisamente de aquellos delitos que ellos cometían con descaro. Se publicó una lista de las personas que habían cobrado sueldo en hacienda sin ser empleados. No eran muchos, y se trataba de cantantes de ambos sexos que cobraban pensiones de veinte o treinta pesos diarios. La afición del ministro por el canto era bien conocida; en cambio, nadie pudo acusarlo de dar dinero en pago de favores galantes, según lo han hecho después cínicamente un sinnúmero de ministros de la pandilla callista.

Todo el vilipendio imaginable caía sobre De la Huerta. Su gestión se hallaba ligada a la de Obregón y éste no parecía comprenderlo, pues se dejaba adular torpemente, al grado de aparecer como un niño a quien De la Huerta había engañado con malos manejos. Y todo en el instante en que empezaban de verdad los malos manejos a cargo de Pansi. Por ejemplo:

cito la compra del edificio de los baños de San Felipe, que ocupan una manzana y fue adquirido para Obregón o familiares suyos, en doscientos mil o trescientos mil pesos que pagó al contado la Secretaría de Hacienda. Hasta el último día de la gestión del señor De la Huerta, los obregonistas habíamos sido unos inocentes en materia de negocios personales. El mismo Serrano tenía apenas una casa, y lo que gastaba en vino producía más escándalo que mengua efectiva del Tesoro. Los negocitos de Calles, por valor de doscientos mil o trescientos mil pesos, habían recaído sobre los exportadores de ganado; pero el Tesoro público se había visto libre de saqueos. Allí estaba, pues, Pansi, para enseñar el modo de hacer, de prisa y sin esfuerzo, capitales dignos de la época del manco González.

—El país es muy rico —alegaba Pansi— y nada importa que, por ejemplo, un Ministro de Hacienda haga un negocio de trescientos mil pesos para su propio peculio, si ese ministro ha sabido aumentar en millones el Tesoro público.

Esto me lo dijo a mí, recién entrado al Ministerio de Hacienda. A los pocos meses supe que el nuevo Ministro era dueño de casas de departamentos por las calles de la Canoa y por la calzada de la Villa de Guadalupe. Lo del baño de San Felipe fue un obsequio de Obregón a alguien de su intimidad; para sí, según veremos después, reservóse ventajas mucho más importantes. Pero mientras todos se avorazaban de esta suerte sobre el Tesoro, la prensa toda del país, habituada a repetir la consigna oficial, sea la que fuere, colmaba de oprobio a De la Huerta, el ministro que no había dejado robar a los del régimen. Y apenas tomó posesión Calles, comenzó la era de los grandes negocios de los funcionarios: pero, eso sí: la prensa toda hablaba de los derroches de Obregón y del talento administrativo, las facultades de ahorro *que revelaba* Calles. Algún patólogo de

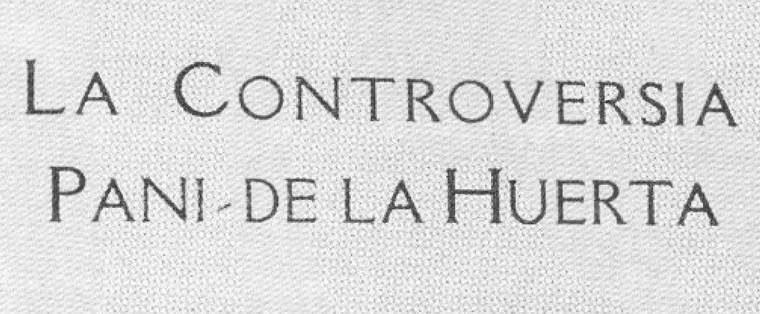
nuestra historia podrá deducir el mal de cada época examinando el tumor que es la prensa. Y hallará la verdad interpretando al revés lo que en cada ocasión afirma.

Asco daba estar con el gobierno, y mis mejores amigos me reprochaban mi tolerancia de aquella situación; me acusaban de reblandecimiento del carácter, si no es que de complicidad, en lo que ocurría. ¿Qué espera para renunciar?, repetían. Esperaba terminar media docena de edificios que serían el testimonio de la obra de cuatro años y no quería yo que fuesen inaugurados por un quídam callista que seguramente hubiera ocupado mi puesto de inmediato. Juzgaba, asimismo, que no convenía desertar de la situación antes de las elecciones, que ya estaban próximas, pues precisamente el callismo deseaba contar para entonces con todos los ministerios, y el mío era una espina clavada en la víscera infecta de su ambición. Y, por último, no hallaba el modo de romper con Obregón, que en cada ocasión y ante cada queja cedía en forma que me desarmaba, me ataba por el afecto, y lo seguía como se sigue al amigo que está cometiendo yerros pero que todavía, en el último instante, puede, quizá, rectificarse.

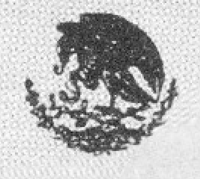
La renuncia de De la Huerta, por lo mismo, no me arrastró ni tenía por qué hacerlo. Ningún compromiso me ligaba políticamente más que con Obregón. Pero fui, en seguida, a visitar a De la Huerta y, en esencia, le dije:

—Si usted se deja llevar a un golpe militar prematuro no estaré con usted, porque no me uno a gobiernos creados por los militares; pero si usted organiza su partido y lanza un programa enfrentándose con franqueza a Calles, cuente conmigo para antes de tres o cuatro meses, tiempo que emplearé en terminar lo principal de mis tareas. Luego, si usted triunfa, no quiero nada; me bastará, si acaso, con

alguna comisión modesta en el extranjero; quizá, más bien, abra mi despacho de abogado, pero no seré su colaborador, porque estarán en su gobierno Prieto Laurens y gente por el estilo. Lo ayudaré, pues, simplemente para contribuir a la tarea de sanidad que es salvar de un Calles a la patria.


LA CONTROVERSIA
PANI-DE LA HUERTA

Documentos para la Historia de la última
Asonada Militar.



PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE HACIENDA
Y CREDITO PUBLICO

MEXICO
1924.

Controversia Pani-De la Huerta

—Pero es que usted no sabe, Pepe, la presión que se ejerce

sobre nosotros; a todos mis amigos los han eliminado de las jefaturas de armas; ¡en cambio, a los de Calles…!

—No le importen los militares; confíe en el pueblo; recorreremos el país convocándolo; él hizo a Madero; hizo, en parte, a Obregón, y le dará el triunfo a usted; pero no se deje arrastrar a un cuartelazo; no se salga de la legalidad. En el simple terreno militar, Obregón se basta para derrotar a todos estos generales disidentes.

Era mucho lo que teníamos que hablar, y Adolfo decidió que siguiéramos discutiendo por el bosque, mientras su automóvil nos paseaba por las calzadas. Sugerí que procurara no agriar más sus relaciones con Obregón. Bien podía despreciar los ataques de Pansi; yo me ofrecía a mediar en sus diferencias con el presidente.

—Usted sabe —repuso— cómo he querido yo a Álvaro; nadie le ha sido más fiel; nadie lo estima ni lo admira más que yo; pero está obcecado y hoy me detesta.

Para confirmar ese odio, me contó una larga historia de cierta dama que había hallado en De la Huerta un apoyo contra no sé qué atropello de alguien de la administración. El caso no era nuevo y me recordó uno de los atropellos que deshonraron nuestro periodo administrativo: el rapto consumado en Tampico por Arnulfo Gómez en la persona de una señorita de la sociedad. Un abogadillo felón había pretendido defender al raptor asegurando que la víctima no era de honesto vivir; pero Arnulfo se indignó diciendo a los reporteros con ufanía:

—Sí…; era doncellita.

El terror, acaso el dinero, había sofocado aquel escándalo, y allí estaba ahora Arnulfo Gómez trasladado de Tampico a la comandancia de la capital, para continuar en ella sus fechorías.

—Precisamente —exclamó Adolfo visiblemente nervioso—: ¿ve usted ese coche que nos sigue...? Adentro están dos pistoleros pagados por la comandancia militar para asesinarme.

Volví la vista hacia atrás; en efecto, un auto se mantenía próximo. Y entonces afirmé a De la Huerta:

—Pues ni eso me convence de que deba usted levantarse en armas ahora, antes de las elecciones. Vale más que lo maten de candidato que no que lo derroten como jefe de asonada, o que triunfe en esas condiciones. Su deber es dejarse matar, si es usted el candidato. Ya sobraría quien recogiera su herencia. Y si no quiere usted afrontar todos los riesgos, entonces desista de su candidatura; pero no se lance a una rebelión extemporánea.

Meses después, Arnulfo Gómez contaba a sus amigos:

—Yo hice correr a De la Huerta; lo obligué a que se precipitara; le puse detrás a dos bigotones mal encarados, sin más instrucciones que seguirlo a todas partes, y Adolfo se volvió loco, se largó para Veracruz, y el desastre.

Nadie puede creer en la sinceridad de sujeto semejante; muy posible es que sí se hubiera llegado al asesinato para detener a De la Huerta, cuya popularidad era evidente; pero sigo creyendo que el deber del señor De la Huerta era imponerse a sus partidarios que le apremiaban un levantamiento; desconocerlos si le desobedecían y provocar él la rebelión después del atropello electoral o cuando él la juzgase oportuna, no cuando sus propios enemigos lo estaban orillando a consumarla.

Guadalajara, la ciudad clara

Del viaje al Brasil había traído un par de profesores normalistas; matrimonio joven que recorría las escuelas dando conferencias sobre su país. Gabriela Mistral hacía algo parecido en lo que respecta a Chile, y ya Alfredo Palacios nos había visitado rápida pero fructuosamente. Mi aspiración era hacer de México una metrópoli del continente latino; una Atenas, no por la ridícula pretensión de emular a la antigua, sino por el amor a la cultura y por la liberalidad, la hospitalidad para el talento extranjero. A cada uno de nuestros visitantes sudamericanos o españoles, procurábamos informarlos detalladamente y los hacíamos viajar por el interior del país. Hallándose por aquellos días en la capital Ronald de Carvallo, el joven y brillante poeta brasileño que acababa de darnos tres conferencias sobre el desarrollo del Brasil, decidí aprovechar mi viaje de inspección a Guadalajara para llevar en mi séquito oficial al visitante distinguido. Y pedí un vagón a los ferrocarriles. Por lo común, yo trepaba en el vagón que querían darme o tomaba un departamento del tren ordinario; pero en ese viaje, por razón de que llevaba huésped, insistí en que me dieran un vagón dormitorio en buen estado. No fue posible lograrlo. El último vagón disponible se lo había llevado un médico judío, el doctor Abrahams, de California, que haciéndose pagar una fortuna había hecho viaje a México para atender a la salud quebrantada del general Calles, ministro y futuro presidente. Los gastos de la curación los

pagaba el gobierno. De Alemania vino más tarde un especialista del corazón, cuando se pensó que quizá Calles estaba enfermo de esa víscera que moralmente tenía tan afectada. Nunca, ningún caudillo, ningún presidente, ningún héroe, ningún sabio ha costado al país lo que ya costaba a México conservar la vida perjudicada de quien tantas vidas mexicanas iba a costar. Mis ayudantes renegaron del Turco y nos acomodamos como pudimos en el vejestorio vagón que nos asignaron.

Carvallo había dominado el castellano en unas cuantas semanas, y se trataba de camarada con los pintores Montenegro y Enciso.

—¿De dónde es usted? —preguntó alguien a Enciso.

Y respondió:

—De Guadalajara, aunque me esté mal el decirlo.

Daba a entender que era tal gloria ser jalisciense, que podía tomarse a presunción el confesarlo.

Jalisco es, en realidad, la más bien lograda provincia de México. La raza es allá más pura que, por ejemplo, en Puebla. El tipo es alto y gallardo, de origen andaluz; las mujeres, de ojos negros, cintura flexible y tez fina clara llena de suavidad, seducen por la finura de los rasgos y el andar suelto y garboso. Las mejores bailadoras del país son de Jalisco y, acaso, también los mejores charros y las buenas naranjas. Numerosa población de raza blanca prosperó por Occidente desde los días de la Colonia, en tanto que el Bajío se ha dejado penetrar de sangre indígena. En nuestra costa oriental tenemos, por ejemplo, en Campeche y en Veracruz, regiones densamente hispánicas; pero el clima ha destruido lentamente el vigor de la raza, y los indios, los negros, se han mezclado a la savia de Europa. Puebla es tipo del mestizaje; de ingenio sutil, pero disimulado y débil. Oaxaca

fue una colonia de castellanos paulatinamente absorbida, desplazada por los indios que habitan las serranías circundantes. Oaxaca fue y ya no es. Pero Jalisco y la costa de Occidente representan una reserva de hispanidad que se ha hecho autóctona. No recuerdan su origen, pero les sale espontáneo en los cantares y en el ritmo de las danzas, en la gentileza y la bondad del trato. Y entre toda esa región de olvidada castellanidad, Guadalajara es la Reina. Su cielo, de un azul pálido, despejado, descubre una planicie ondulada un poco amarillenta, manchada a trechos con arboledas escasas, circundada de remotas cordilleras, pobladas de aldeas. Hacia el Sur, el terreno se parte en una barranca que es asombro de la geología y diversión del viajero. Se solaza el ánimo contemplando en descenso, desde una meseta de mil metros sobre el mar, nivel a que se asienta Guadalajara, hasta el arroyo de la quebrada profunda ornada de follajes y plantas de todos los climas.

A orillas de la ciudad, el laguito del Agua Azul ha dado pretexto para un parque nunca acabado de hacer. En el islote artificial, y a la sombra de los sauces, las maestras de Guadalajara nos sirvieron un almuerzo. Abundan en la comarca las huertas que producen frutos de tierra templada, peras, duraznos y fresas. De Tepic y su zona tórrida llevan al mercado de Guadalajara unas pitahayas que son algo de lo mejor que hay en el mundo. Y en los portales de la ciudad, las aguas frescas de fresa prensada y de naranja y de horchata son famosas. Y los helados son de arrayán y de almendra. En la plaza principal de Guadalajara, los naranjos recuerdan, cada vez que se cubren de azahares, que es andaluza la raza que la creó.

Aún no pasaba, por entonces, sobre Guadalajara el huracán de los odios callistas. Estaba la ciudad alegre y confiada. Y divertida con su nuevo juguete: la escuela de

industrias femeniles que nuestro departamento había fundado y sostenía con particular interés. De Guadalajara extrajimos nosotros el talento para las labores femeniles, la cocina, el dibujo, el canto, la danza, y lo llevamos a las escuelas de la capital. Del laboratorio de nuestra nueva Escuela Industrial sacaría mañana el educador la semilla de cultura que hace falta en el resto del país. En democrática colaboración juntáronse en el edificio de la Escuela Industrial de Señoritas, todas las clases sociales; los obreros y la aristocracia, unidos por el sueño de un México que empezaba a realizar la promesa tanto tiempo demorada. Luego, por la noche, tomó amplitud la fiesta y congregó a la ciudad entera. Zuno, el nuevo gobernador, dispuso el Palacio de gobierno y la plaza para una recepción y conciertos públicos. A imitación de nuestras escuelas de la capital y por acción de los maestros federales de arte, se habían creado también en Guadalajara coros folklóricos de centenares de niños. Desbordaron los escolares por el jardín y las aceras y calles vecinas. Arriba, en el balcón central, ocupamos sitios de observación el jefe de las Armas, el gobernador Zuno, el director de Educación y los de mi comitiva, incluso Carvallo, el poeta brasileño.

Y subieron las voces infantiles proclamando una nueva era de la patria. La iluminación artificial puso misterio en los rostros. Campanas, cohetes y bandas militares de resonantes latones, avivaron el júbilo de una población que gozaba un instante de falsa esperanza, en vísperas de las atrocidades de la guerra religiosa que Calles desataría para vengarse del repudio que todas las clases conscientes de la nación le manifestaron.



Catedral de Guadalajara.

«Jalisco es, en realidad, la más bien lograda provincia de México»

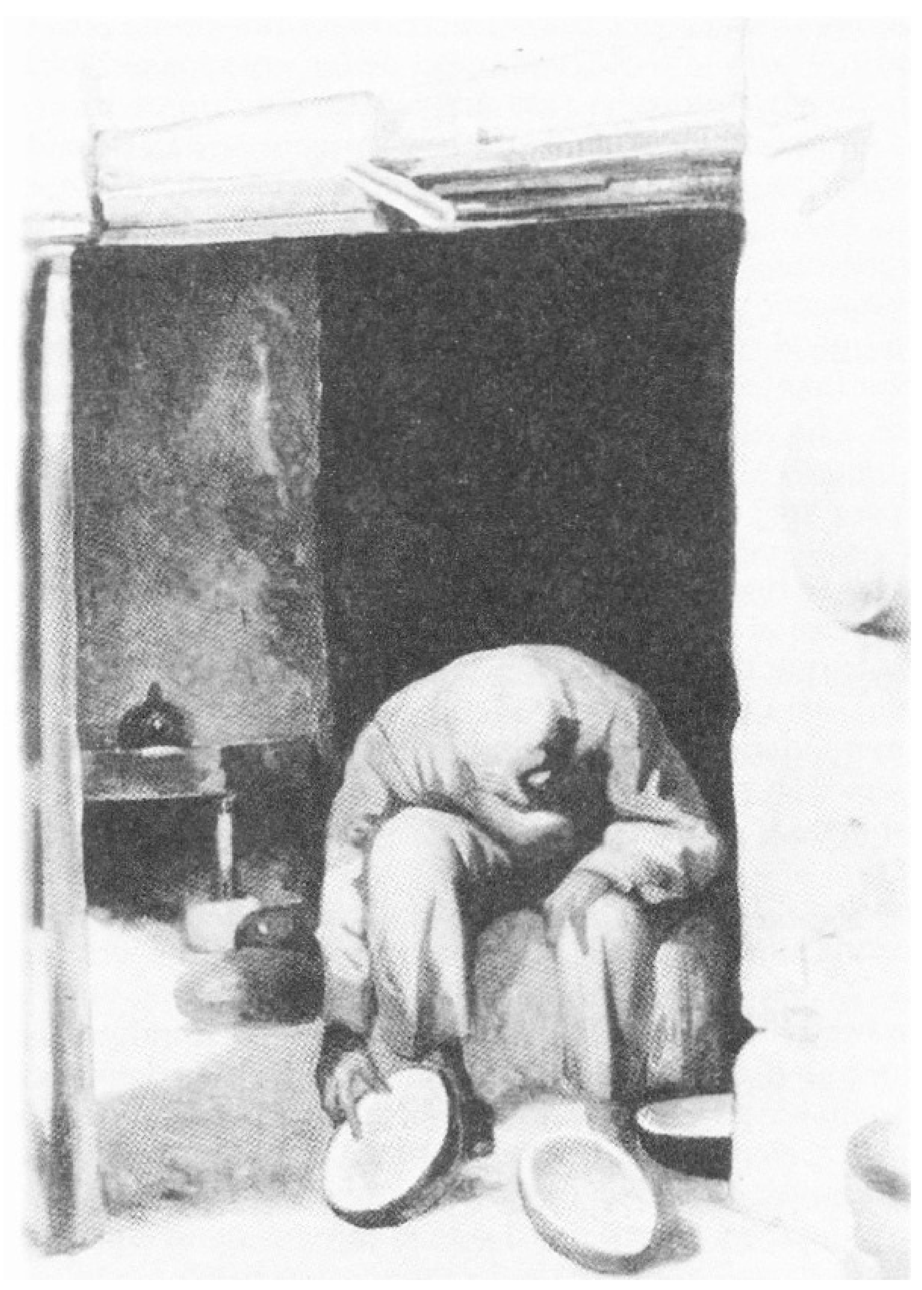
Era el gobernador Zuno un hombre joven, ambicioso y de talento; sus antecedentes eran el periodismo y la caricatura, no las armas de la guerra civil. Y su posición era ya difícil; sus condiciones de cultura no le permitían simpatizar con Calles; su recién ganada posición, al frente del gobierno del más importante estado de la república, obligábalo, sin embargo, a la cautela. Con nosotros fue gentil en extremo. Después de la fiesta pública nos dedicó diversas audiencias privadas. El distinguido intelectual Basave se hizo cargo de Carvallo, lo introdujo en la sociedad femenina. Se dejó deslumbrar Carvallo de una bella y a sus ojos dedicó un soneto en elogio de la ciudad. De sus estrofas no recuerdo sino el encabezado que he dado a este capítulo. A todos nos complacía que la visita del poeta quedase completa con la emoción de sentir enriquecida su experiencia con la visión de una mujer adorable que nunca se vuelve a encontrar.

Basave nos presentó con escritores, poetas y artistas de la

localidad. Siempre ha existido un amable, valioso Ateneo en la capital de Jalisco. Basave y sus amigos nos hicieron sentir la facilidad, la espontaneidad con que se rompe el hielo y se establecen contactos e inteligencias entre los hombre cultos y bien intencionados de una nación.

La cerámica

Visitamos a Tlaquepaque a fin de inaugurar una exposición que hacían de sus productos los indios después de que los artistas de la Secretaría les habían aconsejado, a efecto de mejorar la calidad de sus barros, para lograr consistencia mayor, y el estilo del dibujo, decaído en la monotonía de las grecas a lo azteca. Al efecto, aconsejaron el retorno al floreado de la Colonia, que era remedo de la loza china que traían los galeones. La tarde entera había sido una sucesión de impresiones gratas. Ni siquiera había faltado la corrida de aficionados, celebrada en un corral.



El alfarero, de Diego Rivera.

«Visitamos Tlaquepaque a fin de inaugurar una exposición que hacían de sus productos los indios…»

Y por la noche, en plena plaza, las grandes ollas de pozole y de birria, los platos regionales justamente afamados,

habían dejado contento a todo el mundo.

Al día siguiente, con mi hijo Pepe y el coronel Gómez, tomé una lancha que nos dejó en terrenos de la desecación de Chapala, en los cuales Gómez, el de nuestro cruce del río Bravo, se había establecido a cultivar un rancho. Procedían estos terrenos de uno de esos negocios absurdos del porfirismo; reclamar las tierras de una laguna cuando hay extensiones enormes sin cultivo y lo que hace falta es conservar, acondicionar, los vasos de agua natural. Recorriendo los terrenos por la mañana, a caballo, desde la casa improvisada del rancho hasta el bordo que contiene las aguas, vimos el terreno cubierto de una grama espesa que, según explicaba Gómez, hacía difícil, incosteable, la roturación de las tierras para el sembradío. Hasta la fecha, cada uno de los ensayos gubernamentales en materia de agricultura ha sido un fracaso. Sin duda porque, faltos de capacidad en sus cabezas, los distintos gobiernos se han dejado llevar de las conveniencias particulares y del negocio personal antes que del interés público. Fue, sin embargo, hermosa nuestra excursión a través de llanuras reverdecidas, manchadas de ciénagas en que las garzas alzan su silueta falsamente pensativa. Una o dos veces disparamos con éxito y esperamos a que el chico, que nunca falta en los ranchos, entrase vadeando a recoger la presa.

Cae Pancho Villa

Por la tarde nos recogió una gasolinera que a cada momento se descomponía, pero, al fin, para la hora de la cena estábamos ya instalados en el *pullman* que nos habían mandado de México con muchas excusas, en lugar del viejo vagón que nos había llevado. A bordo hallamos a los que habían quedado en Guadalajara, y no acabábamos de tomar asiento para conversar en el pequeño vestíbulo, cuando entró Juan Gómez, pálido el semblante y con una hoja impresa en la mano: la extra de algún diario.

—¡Licenciado! ¡Licenciado! Han matado a mi general Villa… Ése es Calles, por vía de Dios… Ay, Diosito, pobre de mi general; lo mató el Turco…

Y se mesaba los cabellos, humedecidos los ojos, indignado el gesto del hombre que había desconocido a Villa en los días de su poder, pero que sentía renacer su viejo afecto a la vista del atropello cobarde, la felonía de aquel asesinato. La hojita periódica daba la versión oficial. Un grupo de hombres armados, compuesto de antiguos enemigos de Villa, había acechado al ex guerrillero desde el interior de una casa situada en las afueras de Parral, a la orilla del camino, y lo había acribillado, según entraba a la ciudad en su auto, que él mismo manejaba… Y concluía: «Ya se han dado las órdenes para que se aprehenda a los culpables…» Y el público reía de esta justicia…

Pasó por toda la nación un escalofrío. No tanto por Villa,

sino por la revelación de que estábamos otra vez en el régimen del asesinato después de unos cuantos años de simulación de la decencia gubernamental. Comprendía todo el mundo los móviles del crimen; se hablaba ya en todos los tonos de un movimiento rebelde que no tardaría en estallar si el gobierno insistía en imponer como presidente a Calles. Y el estorbo mayor de la imposición, el caudillo natural de una protesta armada, no podía ser otro que Villa, el luchador en receso, pero no domado. La muerte de Villa, aplaudida sin reservas por los callistas, fue para todo el mundo la prueba de que el gobierno estaba resuelto a imponerse, aplastando la oposición sin misericordia.

Mis relaciones con Pancho Villa habían sido, al final, cordiales. Nunca volví a verlo, porque no se presentó jamás por la capital; sin embargo, me dirigía telegramas pidiendo material escolar para los chicos de la hacienda que le había dado el gobierno al rendirlo. Y los recomendados del general siempre hallaron acogida benévola en mis oficinas. Los mensajes del guerrillero terminaban con el «afectuosamente» sincero en su caso, y anterior a la firma. De suerte que la traición que lo privaba de la vida me afectó como una deslealtad. Bien estaba, y nadie se hubiera opuesto, a que Villa, capturado por cualquier facción, hubiese pagado con la propia las vidas que había segado. Pero Villa no era propiamente un rehén del gobierno. Se le había invitado a formar frente común contra Carranza, por los mismos que la víspera lo habían combatido sin éxito.

Aceptó Villa deponer las armas y el gobierno le asignó, por convenio, una suma mensual para el pago de su escolta; le dio, además, en propiedades unas tierras que Villa mejoró y trabajó con sus hombres. Los detalles de su ejecución son hoy del dominio público; pero desde entonces todo el mundo comprendió que era Calles quien lo había mandado matar.

Regresamos a la capital un sábado por la noche. Al día siguiente, domingo se celebraba una lucha de campeonato entre futbolistas de Guatemala y de México. Me interesaba mucho estar presente para ver que se dejasen ganar los nuestros los puntos necesarios para que no quedasen descontentos nuestros visitantes. La cordialidad con los del Sur era el abecé de nuestra política. Y estaba convencido de que a la fiesta asistiría Obregón. Pasé, pues, al castillo a recogerlo. Y antes de que yo le abordara el asunto de Villa, el vencedor de Celaya me dijo:

—Estoy muy desagradado con ese suceso; presumo que es obra de alguno de ésos que quieren quedar bien, que creen adelantarse a los deseos del que manda, sin saber que lo comprometen a uno. En fin —concluyó—; pronto se hará luz; se verá que ninguna intervención tomó el gobierno en este caso.

Las averiguaciones oficiales, en efecto, comenzaron de inmediato y lograron desde luego confirmar los rumores del público. Pues en vez de turnarse el asunto al juez local, nombró el gobierno un juez suyo que se trasladó a Parral. Por indiscreciones de reporteros se supo que diez días antes del asesinato de Villa un grupo de catorce hombres uniformados había alquilado la casa de donde partió el asalto. Consumado éste, los catorce militares montaron a caballo y se alejaron sin que nadie los molestase. Alguien había reconocido entre ellos a uno de los caballerangos de la escolta personal de Calles. Nada puso en claro el juez ni se dieron a conocer las diligencias; pero un buen día apareció en los diarios la noticia de que el asesino de Villa se había presentado espontáneamente a las autoridades. Se trataba de un tal Barraza, diputado de la legislatura de Chihuahua, que tomó sobre sí toda la culpa y se excusó diciendo que había vengado antiguos agravios de cuando Villa tomaba pueblos

y los saqueaba, violando mujeres y robando, fusilando a los vecinos. Tan poca importancia se daba ya a la opinión, que se hizo público el hecho de que se habían encontrado en poder de Barraza monedas de oro recién acuñado, y que el mismo Barraza, apenas cometido el crimen, acudió a Soledad de la Mota, propiedad que acababa de adquirir Calles, por Nuevo León, y en la cual habitaba en los días en que Barraza fue su huésped. De Torreón, donde se entregó, Barraza fue trasladado a la Penitenciaría de la capital; después, a la de Chihuahua. Y cuando meses después ocurrió el levantamiento de los delahuertistas, Barraza fue sacado de la cárcel rehabilitado y convertido en coronel del Ejército, con misión de reclutar voluntarios para batir a los rebeldes. Ascendió, pues, Barraza, homicida confeso, a la categoría de coronel del Ejército Nacional, con despacho que le firmó el general Obregón meses antes de dejar el mando.



JOSÉ Santos Chocano —poeta ilustre y hombre de pocos escrúpulos— fué uno de los "amigos" del general Villa. Queremos decir con esto que buscó siempre su protección, a raíz de que la División del Norte, como una inmensa espada luminosa, cubría toda la República. Y así fué como el señor Chocano, en "El Pueblo", escribió dos o tres ditirámbicos artículos, en los cuales el general Villa mostrábase con perfiles napoleónicos, ennoblecido por el talento del gran poeta peruano. Villa se negó a proteger al ilustre escritor, y pasó el tiempo. Y tan pronto como Francisco Villa se sometió al Gobierno del señor De la Huerta, Santos Chocano publicó en Sud-América este magnífico poema. Cierto es que en él Pancho Villa tiene un espíritu de "Hércules Asesino, de Mercurio ladrón...", pero el poeta no puede menos que hacerle justicia, al llamarlo "bandolero divino", cargado de laureles.

Pancho Villa

Caes... Caes... No importa, bandolero divino.
(Remo, Rómulo: el crimen es a veces ritual).
Una voz, como a Pablo, te llama a buen camino,
pero quien te diría: Piensa bien y obra mal.
Un demonio y un ángel, en tremendas porfías,
disputáronse el signo de tu oculta intención,
y es así como, a veces, al dudar, sentirías
un trajín de cuatro alas dentro del corazón.
Loco de gloria hiciste tal vez aprendizaje
de tus desorbitadas artes, en la lección
que te había, deslumbrando tu espíritu salvaje,
de Hércules asesino, de Mercurio ladrón:
Por dentro de los lauros con que ilustras tus sienes
la locura sacude su pavorosa crin:
tan grande en el delito como en la gloria, tienes
apta al puñal la diestra y el oído al clarín.
Hijo de águila y tigre, sientes en las entrañas
yo no sé qué delirio de metal en crisol:
agua pura que gime bajo negras montañas
o arrebol salpicado con la sangre del Sol.
Sábelo: ya tu espada se siente fatigada...
Sábelo: ya su entrada te cierra el Porvenir.
Está bien que te obstines en esgrimir tu espada
como el ave que bate sus alas al morir.
Serpenteantemente, caes con la caída
que en las sombras eternas desenvuelve Luzbel:
caes... caes... mirando con desprecio la vida
y a la vez sujetándote a la frente el laurel.
Olvidar no podrían tus gloriosas locuras,
ni rendirte el acaso, ni dar paso hacia atrás;
que cuando se desprenden también de las alturas,
la piedra cae a plomo y el rayo hace zigzás.

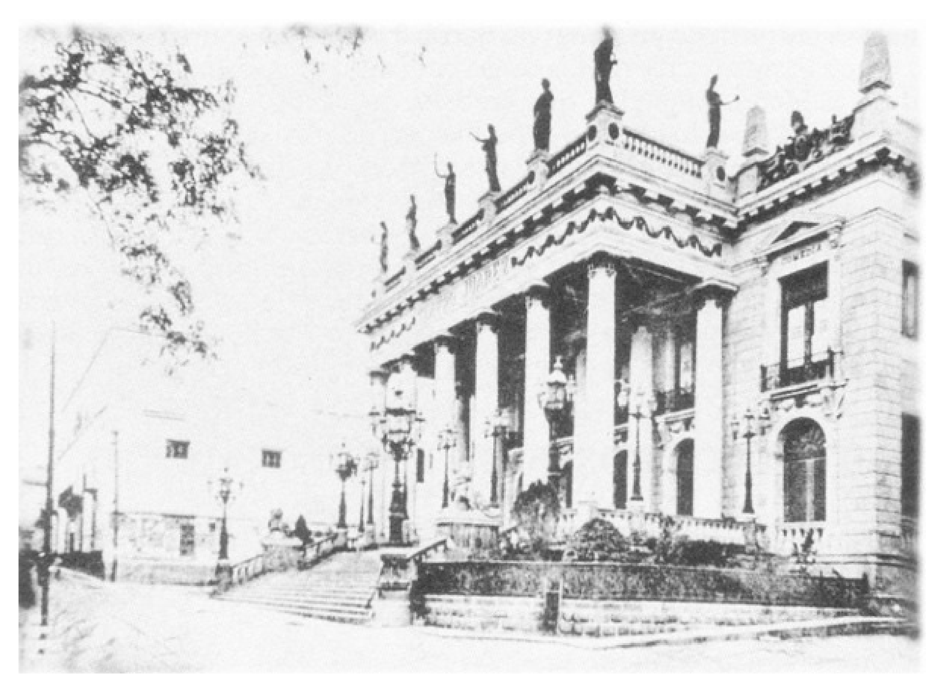
José SANTOS CHOCANO.

Pancho Villa

Toma de posesión en Guanajuato

En el estado de Guanajuato había habido elecciones sinceras, y el pueblo, que siempre escoge bien cuando se le deja libre, había dado sus votos a un civil estimable, un licenciado Colunga. Para la toma de posesión se prepararon festejos. Y Colunga fue a mi despacho a invitarme. Otros ministros fueron también invitados, pero sin duda para dar mayor significación a la calidad civilista de las ceremonias, fui el elegido para llevar la representación del Ejecutivo. Ningunas instrucciones me dio el jefe del Estado, sino simplemente que tomara su puesto en los paseos, ceremonias, banquetes y bailes que es costumbre realizar en estos casos. Una costumbre deplorable, a mi juicio, pero que me daría ocasión de relacionar al nuevo gobernador y el personal de mis escuelas federales del estado. Era Colunga el tipo del abogado provinciano que todavía está creyendo que fueron talentos de categoría universal don Melchor Ocampo y el «Nigromante» y que las Leyes de Reforma juaristas superan al Decálogo. Con todo, poseen estos hombres cierta buena tradición de honradez política que derivan de los jefes de la Reforma, pero que no les impide transigir con las más feroces dictaduras estilo Tuxtepec o estilo Calles. Colunga era honesto y se había hecho popular. Lo aclamaban sin coacción las multitudes de ensombrerados, sin recurrir al ardid costoso que hoy se estila de traer la población de los ranchos en masa para gritar vivas a cambio de vasos de pulque. En el banquete oficial me hicieron hablar y me

atreví a decir que la honradez de Obregón le obligaba a ser imparcial en la lucha política que se estaba desarrollando. «Lo calumnian —agregué— los que lo creen callista; no puede ni debe tomar partido y no lo hará; tened confianza en los antecedentes del hombre.» Según supe más tarde, no le agradó a Obregón mi discurso. La consigna que secretamente circulaba era de ayuda a Calles con todos los recursos de los gobiernos locales. Y resultaba desorientador que un ministro y especial representante, afirmase lo contrario. Por fortuna, no fui yo quien sugirió a Obregón que me hiciese su representante. Acompañados de comitiva numerosa de diputados federales, de generales y magistrados, jueces y empleados, visitamos la risueña y laboriosa ciudad que era entonces León, antes de los castigos salvajes que le impuso Amaro, el Ministro de la Guerra de Calles. Y cuando, ya de regreso, rumbo a la capital, me preparaba a meterme en la cama del vagón especial, pasó un empleado una tarjeta con un recado urgente. El gobernador electo Colunga, que viajaba en vagón anexo, deseaba hablarme. Lo hice entrar de inmediato, y sentado sobre la cama leí el telegrama que me tendió. Le proponía el presidente Obregón que aceptara la cartera de Gobernación, vacante desde la salida de Calles, y la revocación del nombramiento a favor de Valenzuela. El nombramiento de Colunga, que en ese momento aparecía ante la nación como un civilista honrado y debidamente elegido, sin fraudes en la elección, podía significar el deseo del gobierno de sincerarse y también la prueba de que habría libertad electoral. Y así se lo dije a Colunga, que me hacía favor de consultarme. Vacilaba él porque le parecía impropio abandonar el puesto de gobernador acabando de tomar posesión, y también porque era duro el encargo de asumir la responsabilidad de las elecciones presidenciales.



Teatro Juárez en Guanajuato

—Vaya usted a Gobernación —insistí—; hace falta allí un hombre que pueda inspirar confianza de imparcialidad. Y desde luego —añadí—, no le oculto a usted que estoy y estaré contra Calles, en quien no veo más que un bandido embozado...

Colunga aceptó la cartera de Gobernación y se ganó en ella, con su incondicionalismo, toda la responsabilidad, todo el bochorno de haber dirigido a Gobernación en el periodo de las matanzas políticas, los fraudes electorales más patentes, los abusos más descarados.

El mejor antifaz de los facinerosos suele serlo en política un hombre incoloro, acaso en lo personal honesto, pero débil, ambicioso de una figuración que está por encima de sus capacidades como hombre de mando.

La Biblioteca Iberoamericana

Inauguramos una biblioteca al costado de la Secretaría, en la antigua y hermosa nave de un templo que de otro modo hubiese ido a dar a manos de los militares. Asistió el cuerpo diplomático; leí un discurso cuyo tema no recuerdo. En el lienzo del ábside, Montenegro había pintado conquistadores, monjas y misioneros. Un gran retrato de Bolívar, pintado por un venezolano que estuvo de paso entre nosotros, decoraba el muro del fondo. Bajo el coro proyectaba yo mandar pintar la entrevista de Guayaquil, en que Bolívar y San Martín sellaron la armonía del continente. Diego Rivera, que todavía no pintaba monos para los políticos, me había pedido ser él quien se encargase del mural *hispanoamericanizante, hispanizante.* Y estuvo Obregón tan contento en la fiesta, que le dijo al oído a Gastélum, mientras yo leía el discurso:

—Qué buen presidente haría Vasconcelos; lástima que...

Nunca explicaba cuál era la lástima. Me contó Gastélum la ocurrencia, y le dije:

—No me prestaría yo a ser otro Calles; pero, en fin, si se tratara de librar al país del callismo, cuenten conmigo. Citen, más bien, a Convención y que salga de ella designado el candidato.

Discutimos en esa ocasión largamente Gastélum y yo. La insolencia de los callistas aumentaba día con día. Los rumores de una candidatura de transacción los traía

inquietos. Así me lo comprobaba el judío Haberman, que me visitaba como representante de Felipe Carrillo, el de Yucatán, y como subordinado mío aunque incondicional callista…

—Si el general Obregón no nos apoya —había dicho Haberman—, no importa; haremos una revolución para imponer a Calles.

Ésta era —aseguró— la idea de Morones, el de la CROM; la idea de Gasca, el gobernador.

Bastante tolerancia tuve con Haberman, que me afirmaba buena voluntad de Calles para mí, a pesar de todo. Hasta que un día me cargó la paciencia diciendo que Calles era un gigante.

—Oh, he is a giant!

Le contesté:

—Mire: váyase de aquí y dígale a su jefe que es un asesino.

No se me presentó más.

Comentando con Gastélum todas estas murmuraciones de los callistas, el buen doctor asentía:

—Tampoco yo creo que el general les tenga mucha confianza; precisamente el otro día me dijo que estaba contento de que usted no fuese callista; que usted no era para eso y que le halagaba que usted se retirara del gobierno junto con él.

—Mire, Gastélum —clamé, sacudido por uno de esos relámpagos que cruzan por la mente iluminando el porvenir inmediato—: ¡Calles lo va a matar…! ¡El general Obregón será, a la larga, una víctima de Calles…!

El trabajo seguía normal en el Ministerio; prueba de ello, la serie de inauguraciones que por aquellos días consumamos, en vísperas de la catástrofe. Sin embargo, la

Secretaría mirábase rondada por los políticos. Grupos de diputados entraban a menudo a conversar… ¿Por qué no había de ser posible evitar el choque De la Huerta-Calles, lanzando, por ejemplo, mi candidatura? El mismo De la Huerta sugirió una vez a sus amigos que me prepararan para el caso. Me visitó Zubarán y me lo dijo. Al buen amigo Zubarán le expresé, como a los demás:

—Convoquen a Convención; no hagan de mí otro Bonillas…



Inauguración de la Biblioteca Iberoamericana

¡Ay, Jey!

En vísperas del levantamiento de Veracruz me visitó Eduardo Hay, pronúnciase Jey y se traduce Paja. No lo veía desde hacía tiempo, pero le guardaba el afecto de viejo maderista. Se hallaba, me dijo, preocupado por la situación. Era menester que los maderistas hiciésemos algo y él había pensado que mi candidatura era la solución. Pedía mi venia para lanzarla. Lo de Calles era intolerable, una vergüenza para el país, un fracaso de la revolución a la cual él había dado su sangre: la del ojo que le faltaba. ¡Ay, Jey! Pues bien; le contesté:

—¿Por qué se han tardado tanto? Llamen a Convención y no haré nada para salir designado; pero si salgo, tomo el tren para recorrer de un extremo a otro el país, y no necesito del gobierno para ganar la elección.

Muy bien, le parecía muy bien; se conmovió, me dio uno de esos abrazos efusivos, largos, en que peligran las costillas del que no es paquidermo. Apenas regresase de un viaje a Veracruz ya vería yo de lo que era capaz; ¡pondría en pie al maderismo...!

Nunca volví a ver al bravo Eduardo. Parece que en Veracruz lo tomó el pronunciamiento delahuertista. Reconquistado el puerto por Obregón, Hay regresó a México, asustado de ver caer cabezas de generales, y no volvió a acordarse de sus proyectos de salvación de la democracia. Yo le guardé el secreto. Ahora que es ministro,

de los que niegan a Calles, puedo revelar lo que pensaba, junto con la pena que me causó saber cuando andaba yo desterrado por Sudamérica, que el pobrecito de Eduardo había tenido que sofocar su indignación de patriota para aceptarle a Calles una legacioncita por Guatepeor o más allá. En calidad de tal plenipotenciario, el pobrecito de Hay —Ay—, se veía obligado a proclamar las excelencias de Calles, el presidente Macho, el más hombre de los hombres, el Revolucionario por antonomasia. ¡Pobre de Eduardo Paja, héroe de escaramuza, partidario mío que perdió la memoria! ¡Ay, Jey! Esta secuencia de la e con la a me trae a la mente, y protesto que no hay en ello malicia, el decir aquel de la primaria:

«A, e, i, o, u. Sabe más… que tú.»



Plutarco Elías Calles, presidente de México de 1924 a 1928

La rebelión delahuertista

Todavía, cuando leí la noticia en los diarios, no quería creerla; así de descabellado juzgué el pronunciamiento que quitaba a De la Huerta su fuero de candidato independiente y lo ponía a merced de una insurrección militar, carente de programas y notoriamente ilegal. Pronto confirmé por teléfono la verdad de las informaciones periodísticas. Dos días antes, De la Huerta había desaparecido de la capital. El jefe de las Armas de Veracruz, Guadalupe Sánchez, desconocía al gobierno y se ponía bajo las órdenes de un Consejo encabezado por De la Huerta, constituido con Zubarán y un grupo de jóvenes desertores de la Secretaría de Hacienda: Miguel Palacios Macedo, Froylán Manjarrez, el gobernador de Puebla, y buen número de generales. Para el mediodía se supo que, en Oaxaca, García Vigil, el general gobernador, se sumaba a De la Huerta, protestando contra la imposición de Calles y junto con su secretario de gobierno, Eduardo Vasconcelos. En Veracruz se unió al movimiento el pasante de medicina Francisco del Río, que tenía cargo de practicante médico en una de las dependencias del Ministerio y montaba a caballo conmigo los domingos, pero no era, no había sido nunca, mi secretario particular. Sin embargo, empezaron a señalarlo como tal mis enemigos.

Desde un principio se vio que la sublevación militar era poderosa. Esa noche estuve en el castillo acompañando a Obregón unos momentos y escuché el aviso que daba

Serrano, el subsecretario de Guerra, de otro pronunciamiento ocurrido en las cercanías de Tampico. Para el día siguiente ya era público que también el general Estrada, con toda su división, desconocía al gobierno en Guadalajara, y nos llamaron a Consejo.

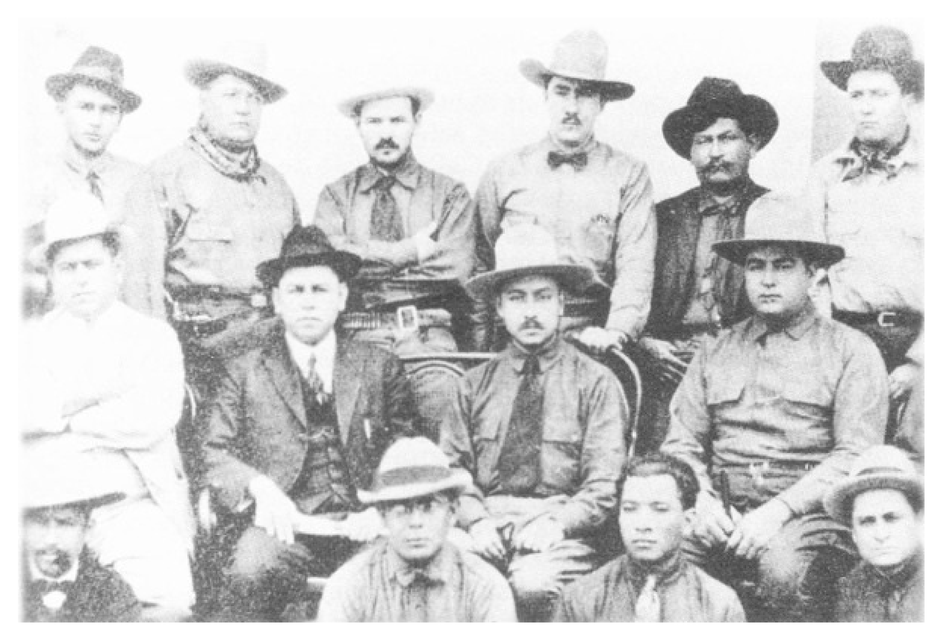
En la antesala de la presidencia se hallaban Colunga, Pansi, Serrano, don Amado Aguirre, el de Comunicaciones, y el que escribe. Había reserva en todos los rostros, y Colunga, dirigiéndose a mí, inquirió:

—¿A usted qué le parece?

—Muy sencillo —repuse—; yo tengo un plan para que en veinticuatro horas cese la revuelta. Ya lo expondré en el Consejo, pero se lo anticipo: el plan es que salgan del gobierno todos los callistas y saldré yo también para dejar al presidente en libertad de que haga limpia; sólo así desarmaremos a los sublevados.

Los presentes pusieron mala cara. Luego, en Consejo, así que Torreblanca, el secretario, terminó de leer los mensajes cruzados entre el presidente y sus generales pronunciados, que todos coincidían en el cargo evidente, innegable, de que el gobierno era parcial en la contienda electoral, me llegó mi turno de hablar y expuse:

—La solución es la renuncia de todo el gabinete para que el presidente escoja uno nuevo que esté libre de sospechas de parcialidad electoral.



Adolfo de la Huerta y el general Cándido Aguilar, acompañados de otros personajes

Don Amado Aguirre no se contuvo; a él le parecía que mi proposición era un absurdo; él tenía a honra confesarlo, y no sólo él, también todo su personal en Comunicaciones era callista. Calles representaba la revolución; además, era cuestión de lealtad para el señor presidente...

Fueron las declaraciones del señor general y ministro la mejor justificación de los rebeldes. Guardaron silencio los otros ministros, pero Serrano intervino. Había que meditar lo que yo decía; él, por su parte, estaba dispuesto a ofrecer su renuncia, si de algo servía... Y fue Obregón quien desechó de plano la idea.

—Ya esto no tiene remedio —expresó—; el choque es inevitable y no se debe tratar con rebeldes.

Pidió en seguida que se le votasen las facultades extraordinarias en Guerra y Hacienda. Equivalía esto a una autorización para fusilar, dada la práctica que hace del Consejo de Guerra una farsa. En rigor de ley, las facultades

no podían negársele frente a un movimiento militar que, a su vez, no perdonaría la vida de los del gobierno. Sin embargo, antes de la votación el presidente nos dio seguridades. Ya lo conocíamos; no sería capaz de abusar de sus facultades. No consumaría fusilamientos.

—Ya esos tiempos han pasado —aseguró.

Sería sereno; aplicaría la ley sin rencores.

Le dimos nuestro voto unánime, y en seguida alguien propuso que Calles fuese nombrado jefe de las fuerzas del gobierno que batirían a los sublevados. Otra vez ataqué el proyecto. Enconaría la lucha poner frente a frente a los dos rivales y haría impopular la causa del gobierno presentar como jefe de la represión al que era la causa de la disputa sangrienta… Obregón pareció disgustarse. Corrió la voz de que afuera esperaba Calles preparado ya para aceptar el mando de la columna expedicionaria. Y otra vez Serrano, el de Guerra, salió en mi auxilio. Apoyaba sin vacilación la idea de que no debía ser Calles el jefe de la columna. Terminó de hablar Serrano y se levantó la sesión. Al desembocar a la sala adyacente, Calles se acercó a saludarnos. Me buscó la mano y la estrechó. Me dio pena tener que estarlo obstruccionando. Él se mostraba solícito conmigo, decidido a no tomar en cuenta mis hostilidades.

No renuncié ese mismo día porque hacerlo era tanto como solidarizarme con los rebeldes. Tampoco me pidieron la dimisión porque el gobierno se sentía moralmente débil y culpable, y yo era su antifaz, era la única prueba fingida de la imparcialidad en la disputa.

No fue nombrado Calles jefe militar de la represión, como lo deseaba. Un general Martínez vino con su división desde Chihuahua y se dirigió contra los de Veracruz. Obregón en persona tomó el mando de las fuerzas que operaron contra

Estrada en Jalisco.

En la confusión se aprovecha el fuerte

Con la salida del presidente quedó la ciudad a merced de Arnulfo Gómez, el jefe de la Comandancia Militar del Valle. La campaña militar se prolongó mientras tomaban posiciones los contendientes, en Washington. Ya se sabía que a la hora del choque de dos facciones que en realidad no contaban con el país, puesto que no nacían de sus anhelos, quien contase con el apoyo de Washington vencería ante la indiferencia del público. Y era muy difícil que De la Huerta prometiese más de lo que ya estaba dando, ya se había comprometido a dar por tratados, el general Obregón. Eran un secreto estos tratados, tanto para el país como para muchos del mismo gobierno. Para obtener el reconocimiento de Washington, Obregón había recibido a dos comisionados del Departamento de Estado norteamericano: los señores Warren y Paine. Y se prolongaban las negociaciones inexplicablemente. Y propiamente nadie sabía qué era lo que se concertaba. No lo sabían ni los comisionados de México. Encabezaba a éstos un sujeto de mente confusa que parece haber sido escogido por la intención diabólica que ha estado persiguiendo a nuestra patria, ex profeso para que sirviese los planes de los comisionados de Norteamérica. Se llamaba González Roa el susodicho jefe de los abogados mexicanos de la Comisión. Y poseía la característica, rara en los pueblos de raza latina, de poder escribir o hablar dos o tres horas

sobre un asunto sin hacerse entender ni entender él mismo lo que decía. Abogado oscuro de provincia, gozaba Roa de cierta fama como honesto. En el reclutamiento que el maderismo emprendió después de su triunfo, en busca de hombres nuevos, González Roa halló su oportunidad. Lo protegimos, lo hicimos no sé si magistrado. Luego, el carrancismo le dio altos puestos, lo creyó inteligente, lo hundió en su derrumbe. Y yo, que he sido siempre tan bruto, tan ligero para el perdón cuando veo una cara compugida, me apiadé una vez más de González Roa, se lo llevé personalmente a Obregón recomendándolo para no sé qué consulta de los Ferrocarriles, y quedó González Roa incorporado a la Junta Directiva. De la Huerta había insistido para que yo aceptara un puesto en ella. Los honorarios eran nominales, cincuenta pesos por sesión, y había una sesión mensual. En estas juntas del Consejo traté por primera vez de cerca a González Roa; se había colado como abogado de la empresa y frecuentemente informaba sobre el aspecto jurídico de alguna cuestión. Hablaba corrido, con voz opaca, sonrisa inmóvil y coloradas, infantiles, las mejillas. Y una vez me propuse poner atención, me reté a mí mismo, a que lograse entender lo que Roa decía. No lo conseguí; me confesé derrotado. Y así ocurre con un libro suyo que me puse a hojear cuando me lo regaló; un libro sobre agrarismo mexicano. Si hay quien tenga la paciencia de echarse a la mente todo el fárrago, lo admiro. Hablaba y escribía sobre toda clase de asuntos con igual fecundidad incolora, ininteligente e ininteligible. Y éste era el hombre que estaba redactando los protocolos de las Reclamaciones, las bases de los Tratados con Estados Unidos. Ahora bien: los abogados de Norteamérica, cuando no son de primera calidad, padecen de un defecto análogo al de González Roa; escriben mucho y se complican en toda

clase de *whereases* y *whereines* para venir a decir en muchos pliegos lo que un buen abogado latino expresa con exactitud en media docena de cláusulas. Sin embargo, cuando el abogado *yankee* es agudo, esa misma confusión de su estilo le sirve para desconcertar, comprometer, a su adversario. En todo contrato difícil de interpretar, es el más listo el que lleva la ventaja; en toda interpretación ligeramente dudosa es el más fuerte quien impone la versión que le favorece. Así es que la ventaja de un documento enredado estaba toda en favor de Estados Unidos. Fue, sin embargo, tal el embrollo creado por González Roa, que en una ocasión, y así que llevaba redactados dos o tres volúmenes dedicados a denigrar el sistema agrario español, el delegado de Norteamérica lo llamó al orden diciendo:

—Es tiempo ya de que olvidemos la historia y nos pongamos a discutir el Tratado.

A toda prisa, entonces, González Roa, hombre obsecuente, se puso a las órdenes del *yankee*, que redactó a su gusto las conclusiones. Las conclusiones las discutiré cuando refiera el modo como llegué a conocerlas; por ahora sólo hace falta decir que había sido firmado el protocolo llamado de Bucareli, por la calle en que se instalaron las oficinas de la Comisión respectiva. En aquel momento, la suerte de los convenios dependía de la votación del senado. Una votación favorable equivalía al reconocimiento oficial de Obregón por Washington y al nombramiento del embajador americano en México. La negativa del Senado a firmar los convenios hubiera dejado otra vez a Obregón en calidad de presidente de hecho y, en consecuencia, imposibilitado de comprar legalmente armas y municiones de Norteamérica para imponerse a sus enemigos del país.

De la Huerta conocía los Tratados. Los conocía no

obstante que nunca se vieron en consejo de ministros, porque ellos eran el fruto de negociaciones iniciadas por De la Huerta con los banqueros durante su malhadado viaje a Nueva York, como Ministro de Hacienda. Sin embargo, ante el giro que tomaron los arreglos en manos de Warren y Paine en México, De la Huerta vacilaba. Y aunque no denunció entonces los Tratados o no recuerdo que lo haya hecho, sí es evidente que se abstuvo de aprobarlos.

Y tan pronto como se instaló en Veracruz al frente de su gobierno de hecho, el Departamento de Washington, fiel a los precedentes, le mandó emisarios, que con prudencia sondearon. ¿Qué haría De la Huerta, en caso de ganar, con los convenios que ya la cancillería de Obregón había firmado? ¿Los repudiaría? O, más bien, ¿estaría dispuesto a hacer alguna concesión mayor a cambio de una ayuda material importante? De la Huerta rechazó las insinuaciones probablemente, puesto que perdió sin haber recibido auxilio alguno de Washington. Por el lado obregonista, en cambio, no hay de por medio una versión, sino una confesión pública y nunca desmentida de que Washington ayudó al gobierno de Obregón en contra de los rebeldes delahuertistas; dio armas y municiones a crédito, vació el fuerte Bliss de El Paso para dar a Obregón superioridad militar inmediata sobre sus enemigos.



Charles B. Warren, comisionado del Departamento de Estado de los Estados Unidos

Las compañías petroleras *yankees*, que nunca proceden sin instrucciones de Washington, facilitaron al gobierno de Obregón un anticipo de diez millones sobre impuestos futuros. El deseo de aplastar a los rebeldes se sobrepuso, por lo mismo, en el ánimo de Obregón a su política anterior de independencia respecto de Washington.

Hizo más Obregón: A la embajada de Washington mandó a un sujeto oscuro, un señor Ross, compadre suyo y colega en los partidos de la mesa de billar pueblerina. Sin conocimiento siquiera del idioma inglés, sin preparación alguna en derecho internacional, sin experiencia diplomática de ningún género, este embajador de quince días regresó de Washington con seguridades plenas de que el presidente Coolidge respaldaría a Obregón contra sus enemigos posesionados de las aduanas de Veracruz, Tabasco y Yucatán.

Aseguradas las susodichas ventajas, la campaña militar se desarrolló lenta y sanguinaria. Llegaban a la capital noticias contradictorias de triunfos y derrotas. El público en general, por odio a Calles, era delahuertista. En un principio caminaron con fortuna los rebeldes. Rápidamente se posesionaron de todo el Sureste. Militares rebeldes aprehendieron en Mérida a Felipe Carrillo, el jefe del callismo en la región, y le aplicaron la ley salvaje de nuestras contiendas políticas. Lo fusilaron en compañía de los hermanos, el perro y la cocinera. Porque se trataba de un preeminente callista hicieron mucho escándalo los del gobierno; pero cada jefe de los de ellos hacía, por su parte, lo mismo con todos los vencidos. Se pretendió manchar a De la Huerta con este crimen, del que tuvo noticia por los diarios. Y era de ver el cinismo con que publicaban mensajes en los

diarios Obregón, Calles, Arnulfo Gómez, indignados de la inhumanidad del trato acordado a Carrillo, en los instantes en que la policía del gobierno andaba a caza de senadores y diputados, plagiándolos y asesinándolos para imponer el terror en el Congreso.

Me acusa a mí cierto escritor judío de fama, de que no me uní al coro de hipócritas que denunciaba a De la Huerta como asesino de Carrillo, que había sido mi amigo. No tenía yo por qué protestar de asesinatos que, en todo caso, se cometían en jurisdicción ajena al gobierno que yo servía. Ni era del caso que protestasen Obregón y Calles. Un gobernante no debe lamentarse de que no haya justicia; debe imponer la justicia. De lo que debía yo protestar era de los asesinatos que cometía el gobierno con cuya responsabilidad estaba yo envuelto. Y lo hice tan pronto como tuve la evidencia necesaria para afirmar mi convicción sin esperar a la evidencia legal, que rara vez puede obtenerse.

Nadie se escandalizó en la prensa de una hazaña de Plutarco Elías Calles, consumada en los mismos días del asesinato de Carrillo. Mientras se combatía en los dos frentes principales, el de Veracruz y el de Jalisco, Calles, decepcionado de que no había recibido mando importante, despechado de ver que le llamaban general sin que jamás hubiese mandado en campaña un regimiento, se lanzó al Norte, donde había habido conatos de sublevación. De paso visitó su hacienda de la Mota, dejando en ella una fuerte escolta para evitar que la saquearan, y presentándose en Monterrey, que estaba en paz, hizo aprehender a un joven de veintitrés años, acusado de sospechas de *haber andado* con una partida rebelde ya disuelta; y lo hizo fusilar, paseándolo primero por las calles, para que lo viesen los parientes, los amigos. Y riendo con risa soez de su ocurrencia, Calles declaró a los periodistas, que recogían con unción sus

palabras: «Es menester demostrar que no sólo mueren en la guerra pelados; también mueren catrines.» Ufano de su asesinato por él mismo proclamado. Calles se vistió de chamarra, se caló el sombrero texano, se sintió general.

Aventura de pesadilla

El primer golpe que Pansi asestó a la Secretaría de Educación fue la supresión de los pagos de la partida destinada a la revista *El Maestro*, que había llevado la fama de un México culto a todos los pueblos civilizados. Distribuíamos setenta y cinco mil ejemplares. Y aunque nunca alcanzó el periódico una alta calidad filosófica o literaria, ni era su objeto revelar talentos nuevos, sí prestó eminentes servicios en la divulgación de la cultura básica y en la propaganda mexicana en el extranjero.

—En un tranvía de Londres vi a una persona que leía *El Maestro* —me dijo en cierta ocasión un amigo viajero.

Y mis viajes posteriores por España y por el Sur me revelaron la existencia de no pocos amigos ganados por las dos empresas más discutidas de mi gestión: la publicación de *El Maestro* y la edición de los clásicos. Envenenaron, sin embargo, el ánimo de Obregón diciéndole que se murmuraba en público que *El Maestro* me hacía propaganda, lo que niego señalando su texto. El hecho es que con pretexto de que se necesitaba dinero para la guerra se suprimió la partida que sostenía la revista.

Y, en efecto, la guerra costaba, según lo prueba la famosa táctica de los cañonazos de cincuenta mil pesos. A cada general dudoso le mandaba obsequiar Obregón cincuenta mil pesos.

—Sale más barato que batirlo —agregaba con sorna.

El despilfarro crecía sin medida con motivo de cada movilización. Los capitanes y los tenientes no se quedan atrás de los generales; todo el mundo gasta en uniformes, en monturas, en mujeres y en juergas y en inversiones para el mañana dudoso. Desde que la administración se vuelve un botín, ya no hay dinero que baste y los servicios todos se resienten o se arruinan.

Con dificultad, y halagándole la vanidad, pude conseguir órdenes terminantes de Obregón para que no se suspendiese el pago de las rayas semanales en las escuelas por terminar.

—Si no lo hace usted —le advertí—, esas escuelas va a inaugurarlas Calles. Y —añadí— si me quedo en el gobierno es por verlas inauguradas.

Se daba, pues, término, mal que bien, a la labor de cuatro años; pero va no se creaba, ya no se avanzaba. Se estaba en aquel instante precioso en que los frutos maduran y el trabajo rinde su aureola. Mientras afuera se consumaban o se preparaban los combates, en la capital se verificaban conciertos magníficos en las plazas o en el patio de la Secretaría.

Y la fama de nuestra capital atraía, por primera vez, a los artistas del Sur del continente. Entre otros, una actriz famosa, que llamaremos Luciana, llenaba los teatros, interesaba a toda la ciudad. Nunca le dio un peso de subvención la Secretaría, ni ella lo necesitaba; pero contó, eso sí, con el apoyo que consiste en ofrecer local gratuito y facilitar el anuncio, recomendar el espectáculo como una alta creación artística. Luciana era una judía de no más de veintiséis años, baja de cuerpo, pero bien proporcionada; angosta de cintura, redondos senos y ojos claros, cabellera rubia. Y una dicción argentina en que las elles tomaban acentos de clarines de plata.

—Del fondo de la tierra se levantarán mis huesos —le escribí una vez—, si al cabo de un siglo les llega el eco de esa voz suya argentina.

Y se reía ella y coqueteaba; y cuando intentaba yo despedirme por causa de mi hábito de acostarme temprano, entraba en confidencias y me decía en el camerino:

—Por Dios, no se vaya; mire que Espolenco —el marido— y yo casi no nos hablamos; tuvimos esta mañana una escena; quédese a cenar con nosotros.

Y después de la cena solía prolongarse la plática hasta las dos de la mañana, en la habitación del hotel de ella, solos, pero atisbados, vigilados por Espolenco, que entraba y salía, fumaba y pretextaba revisar papeles o hacía subir del restaurante la botella de champaña helada. No era ella de gustos muy refinados porque había sido bien pobre; pero empezaba a aprender. Usaba té fino y pastas chinas y buenas pastillas de arder. Y aunque a la larga su conversación fatigaba, envuelta en el fulgor del deseo, atizada por la sensualidad, ¿qué conversación de mujer no es agradable? A ratos parecía toda ella una llama. Y a fin de retenerme porque le gustaba desvelarse, poníase a contar su infancia, perdida en un *ghetto* de Polonia. Y sus comienzos de joven, al amparo de una institución femenina de las elegantes de Buenos Aires. Y el genio que empezó a crecer y los primeros éxitos en Chile, y la incredulidad de Buenos Aires, y los triunfos uruguayos y, por último, el apogeo de México. Prueba de este último era el oro que Espolenco acariciaba delante de mí, revolviendo las monedas recolectadas en pasta, durante la rápida, jugosísima temporada.

Y una noche nos quedamos solos hasta hora avanzada y se puso ella a recordar no sé qué viaje por España o por el Cuzco, que le había dejado la impresión indeleble de esos

Cristos andaluces sanguinolentos. Y expresó:

—Religión cruel que adora llagas y sangre.

—Pero es que Cristo... —insinué.

Y en ese instante sus ojos se inflamaron, y sin advertir lo que hacía, con ira reconcentrada en su sangre por las generaciones de sus antepasados, clamó:

—¿Y qué simpatía quiere usted que yo tenga por ese Cristo, en cuyo nombre se ha maltratado a mi raza desde hace dos mil años...? ¡Ah!, ¡si usted hubiera presenciado un *pogrom*! ¡Si usted supiera la amenaza que vivimos en ciertas horas del propio Buenos Aires! ¡No; no podemos querer nada de eso!



Al piano, obra de Auguste Renolr.
«El fuego del deseo me había ligado con ella…»

El fuego del deseo me había ligado con ella; sin embargo,

en ese instante pasó entre los dos un soplo de hielo…

Me sentí como el que acaba de sentir que le cae la maldición… Ya otra vez, conversando hasta la intimidad con un amigo judío de Estados Unidos, había visto abrirse entre los dos idéntico abismo: el odio del Cristo que nosotros amamos.

Me quedé perplejo y mudo. Se rehizo ella rápidamente y pretendió corregirse:

—Por supuesto, Cristo no tiene la culpa de todo esto.

La luz de ferocidad que acababa de salirle de los ojos contradecía sus palabras. Por un instante se sintió ella insegura. ¿Creyó, quizá, que a fuer de miembro de un gobierno catalogado como liberal, era yo también anticristiano? El marxismo ya andaba diluido en el mundo intelectual de aquellas fechas, como un vitriolo…; pero en seguida la saqué de dudas.

—Comprendo su posición —le dije—, pero yo soy cristiano.

En seguida se pasó a otro asunto. Presumía ella de budista, aunque no sabía una palabra exacta sobre tal doctrina. Y en realidad, judío que abandona el Talmud no es otra cosa que ateo. Ella, por su parte, no tenía otro amor que el de sí misma. Y, a su vez, Espolenco, rumiando los planes de la combinación siguiente, palpando con las manos el oro, era de los mismos que en el Éxodo condena Moisés: adorador del Becerro de Oro, el dios marxista de los ateos modernos.

Pensé no volverla a ver, pero no se libra uno así nada más de una bella cuando se es ministro. Por el teléfono de la oficina me empezó a llegar su voz de Circe austral y cínica. Quería que le viera puesto, antes que nadie, el traje que para el teatro de esa misma noche y con dibujo de Montenegro le

había terminado su modista. Era un traje de tela como de oro en fondo rosa que se ajustaba a sus formas ondulantes y daba a su cuerpo provocaciones de Salomé civilizada.

En los conciertos de la Sinfónica, que estaba en pleno auge, había atrapado ella la melodía oriental de la Scherezada de Rimsky, a causa de cierta prosa literaria que formaba parte de su propio programa, y tenía adoptada la costumbre de saludarme cada vez, canturreando el tema sabroso. Y coqueteó:

—¿Qué le pasa que ya no lo vemos? ¿Se cansó ya de su Scherezada que le hacía pasar desveladas, en usted, inauditas?

—Lo que siento —repuse— es no poder tratarla de verdad como Scherezada; es decir, mandándola asesinar al fin de sus relatos.

Y era verdad. Me atraía, pero con deseo mezclado de rencor.

La ciudad también se dejaba fascinar por la judía, llenaba el teatro y aun la plaza de toros para oír los versos de sus poetas en los labios sonoros de aquella posesa del arte. Los eternos envidiosos murmuraban que todo era efecto del anuncio oficial y capricho mío de exaltar una capacidad sin importancia. Lo cierto es que el oro seguía llenando la talega de Espolenco y siempre sin que una sola moneda tuviese procedencia gubernamental. Y como se trataba de un caso nuevo en el arte, me pregunté alguna vez a mí mismo si no era toda mi admiración un efecto del atractivo que ejercía la mujer. Pues no faltó quien juzgándola por las imitadoras, que le nacieron a docenas, calificase de cursi todo su espectáculo. El secreto de Luciana estaba en su dicción; nadie recitó como ella. En mi mocedad había escuchado, ocasionalmente, la famosa voz de oro de los franceses, la

Sarah Bernhardt, de fama europea, y me había parecido inferior a las italianas que visitaban a México. Ahora, por primera vez, escuchábamos en castellano una declamación digna de nuestra literatura. Escuchándola quedaba convencido de su mérito; en seguida, las críticas acerbas me ponían en guardia contra el peligro, muy iberoamericano, de aclamar como genios a artistas que luego en Europa quedan reducidos a talla irrisoria. Me convencí de que no anduvimos errados en la capital de México, la primera ciudad que consagró a la artista, cuando supe, uno o dos años después, que en Madrid había puesto Luciana en estado de delirio a un célebre poeta, presumido y prototipo de exquisitez y pureza del gusto.

El chocarrero de la muerte

Las noticias de la rebelión y la campaña militar llegaban esporádicas y deformadas, según la inclinación del mensajero. Y en el periodo de la duda y la espera, tuvo dos distracciones la capital: los conciertos y las recitaciones de Luciana, que la Secretaría patrocinaba, y las bromas macabras, los brutales asesinatos que en la Comandancia Militar consumaba Arnulfo Gómez. Así, por ejemplo, una mañana, y con pretexto de que se habían recibido noticias malas para el gobierno procedentes del frente de Veracruz, recorrió las principales calles una manifestación de doscientos o trescientos individuos que lanzaban mueras a Calles y vítores a De la Huerta. Empezó la gente a agolparse en las aceras para presenciar el desfile y no faltó quien se animase a juntarse al grupo, lanzando también los vivas a De la Huerta que el terror mantenía reprimidos. En el instante en que así caía algún ingenuo, manos duras lo aseguraban, lo echaban al centro de los fingidos manifestantes, que no eran otra cosa que soldados de la guarnición disfrazados de obreros. Y en la Comandancia se dieron el gusto de recoger de esta manera veinte o treinta simpatizadores insensatos de la causa rebelde, que en seguida fueron fusilados por gusto y para dar quehacer a la tropa, a la vez que para mantener sano terror en el público. Ni siquiera hacían falta procedimientos de tal suerte desleales, porque la situación de los rebeldes en Veracruz era, en realidad, desesperada. De la Huerta no lograba

hacerse obedecer, y numerosos aspirantes al mando comenzaron a desembozar sus ambiciones. García Vigil, el de Oaxaca, quería ser el jefe; pero eso mismo pretendía Estrada en Jalisco, y según el rumor público, por eso no avanzaba contra la capital, porque esperaba a que fuese destruido el núcleo de Veracruz.



Los explotadores, obra de Diego Rivera

Durante una visita que hizo Obregón a la capital lo llevé a escuchar a Luciana. Me agradeció que mantuviese a la capital distraída con fiestas que nada costaban al gobierno. ¡Así debía hacerse!

—Pues algo más he de sugerir —añadí—; y es que se invite a Luciana a que actúe para los soldados en el campamento del gobierno en pleno vivac.

Recogieron la observación los ayudantes del Estado Mayor, y a los pocos días mandaron a Luciana desde el frente de Ocotlán el telegrama convenido. Me consultaron ella y Espolenco, y recomendé la excursión, que resultó muy halagüeña. La evidencia de su fama incitaba, ponía dichosa a Luciana, y a Espolenco se le convertía en fluir ininterrumpido de monedas de oro, que eran por entonces,

antes del desastre callista, la divisa circulante.

La represión en las cámaras

El ejército había sido purgado, pero al revés. Los mejores jefes, los que no se prestaban a las combinaciones de la política presidencial futurista, habían sido privados del mando, forzados a declararse en rebeldía. Los sin escrúpulos, los de tipo matón que no se detienen para cumplir la más feroz de las órdenes, si en obedecer les va ventaja, habían sido ascendidos, premiados. El tipo mismo del militar cambiaba. En vez del ciudadano armado que fuera el ideal de la revolución, en lugar del patriota que se improvisara soldado para crear la democracia, oscuros segundones mal encarados e iletrados aparecían al frente de las jefaturas de zona y de los regimientos. Un sesenta por ciento del ejército estaba sublevado, y sin la ayuda del exterior, obtenida por Obregón, seguramente se viene abajo el gobierno.

Pero no se había logrado dominar al parlamento. Los diputados de la era obregonista eran de calidad superior a los que más tarde han ocupado curules. Profesores de escuela rural, profesionales o políticos pueblerinos fueron, en su mayoría, bien intencionados y honestos y no debían la elección al favor directo del Ejecutivo, sino a empeño personal frente a los electores. Exceptuando el año y medio maderista, nunca había habido más libertad electoral que la de los primeros años del obregonismo. En consecuencia, hubo oposición en la Cámara tan pronto como se sintió la presión de Calles, el Ministro de Gobernación que exigía ser

hecho presidente. Y cuando, al fin, surgió la candidatura de De la Huerta, como una protesta contra la amenaza callista, las tres cuartas partes de la Cámara se declaró anticallista. Para destruir esta mayoría se emplearon medios que están asombrosamente descritos en la novela histórica de Martín Luis Guzmán, *La sombra del Caudillo.* Además, hubo atentados públicos. En pleno Congreso fueron asesinados a tiros dos diputados independientes. Colegas suyos apresaron a los asesinos y les hallaron en el bolsillo credenciales de la policía. Y no fueron ni siquiera destituidos los culpables. La Cámara entonces, en bloque, se organizó contra Calles. Pero la condición de la Legislatura es triste en países como el nuestro, dominados por el más brutal de los militarismos. No tiene poder el presidente de la Cámara ni para dictar órdenes a los polizontes que hacen la vigilancia en las galerías. No puede nombrar la Cámara sus propios guardianes. El uso de las armas está reservado al ejército y la policía, que dependen del Ejecutivo; es decir: de la camarilla militar de cada instante. Una autoridad simplemente civil no tiene, en consecuencia, sino un poder teórico. El juez, el magistrado, están a merced del jefe de escolta que ocupa el Tribunal con el pretexto de dar garantías, pero obediente únicamente al cuartel de donde lo han enviado. Así es que, al declararse la rebelión, los diputados señalados como independientes optaron por esconderse; otros se sumaron francamente a los rebeldes.

En el Senado, el gobierno contaba con mayoría suficiente para echar abajo la elección de sus enemigos, así hubiesen ganado en las urnas. Sin embargo, quedaba un grupo de senadores resuelto a no llegar a la ignominia. Y llegó el instante en que Obregón tenía que cumplir las promesas que le estaban valiendo la ayuda en aeroplanos, armas y dinero que Washington enviaba a través de la frontera. Con

urgencia pedía Ross desde Washington que los Tratados de Bucareli fuesen votados. Se les extrajo entonces del secreto de la Cancillería y se les llevó al Senado en discusión secreta. Coincidió la discusión con las noticias de prensa relativas a que estaban siendo plagiados los senadores. Se les hacía desaparecer, se les acusaba de estar en convivencia con la rebelión, se les amenazaba.

Y una mañana entró a mi despacho, pálido todavía de la sorpresa, mi joven amigo el refugiado peruano Haya de la Torre. Haya se había hecho de amigos en el cuerpo estudiantil y en la CROM, el centro de la política obrero-gubernamental. Y Morones, que tenía deseos de ser figura continental, le dejaba entrar y salir a sus oficinas. Pero Haya de la Torre se mantenía honesto. Y procedía de un país en que subsiste la repugnancia del asesinato. Encerrado conmigo, Haya me dijo:

—En este instante, licenciado, Morones acaba de esconder en su propio despacho a un asesino que acaba de matar a un senador. Le recogió de las manos la pistola todavía caliente, y ocultándolo en su privado hizo correr la voz; llamó a los periodistas, les dio la versión de que un desconocido había matado a Field Jurado.

Era este Field Jurado, senador por Campeche, un patriota que al enterarse del texto de Bucareli, pergeñado por González Roa, Pansi y los abogados norteamericanos, había dicho:

—Yo no firmo ese documento.

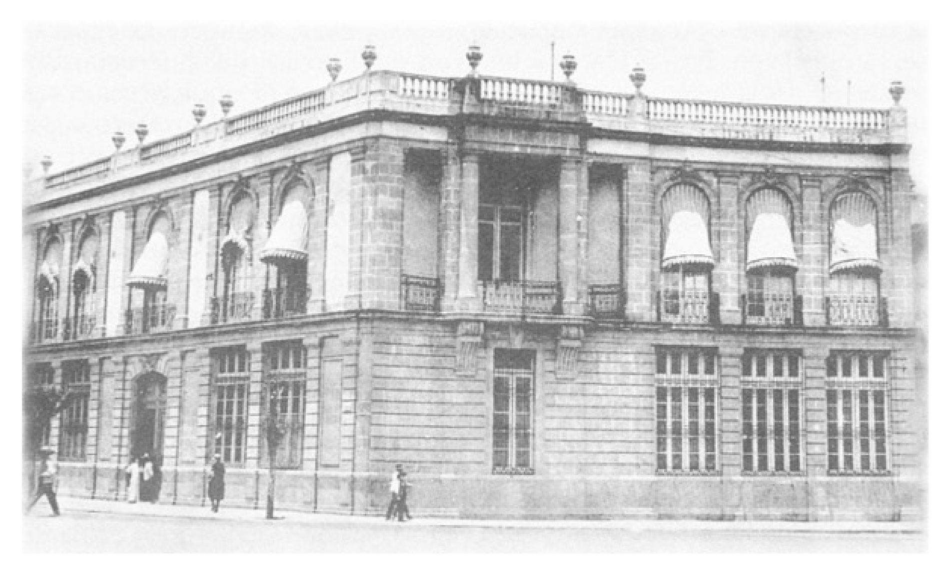
Ahora bien; no firmar en esos instantes era iniciar una rebelión dentro del senado y poner en peligro el éxito del gobierno en el campo de batalla y el porvenir de los callistas. Pero Field Jurado pensó en la patria, midió el peligro y lo aceptó. Ya algunos senadores habían desaparecido por

plagio. Field Jurado advirtió en voz alta:

—A mí me matan, pero no confirmo eso.

Y a mediodía, frente a su domicilio, según bajaba de un taxi, el coronel Preve, que después ocupó importantes comisiones durante el callismo, le disparó a quemarropa, lo vio caer y, sobre la acera, le disparó el tiro de gracia.

Sin dar el nombre del asesino, sin detalles comprometedores, la prensa publicó la noticia de la muerte del senador y urgió al gobierno a que hiciera justicia. Es una triste costumbre la de la prensa que sobrelleva los despotismos, la de pedir justicia a los mismos que consuman los crímenes. La inconsecuencia vergonzosa se disimula con la presunción de que el presidente es siempre un intocable, un tabú, incapaz de equivocarse, incapaz de cometer un delito. Son, en cada caso, los subordinados a los que la prensa fustiga tímidamente y así que pierden el favor del Soberano. Como si los tristes subordinados fuesen capaces de realizar, ni en pensamiento, un acto que no les haya sido previamente ordenado. Y peor aún: se produjo en aquella época un precedente de hipocresía satánica que consistía en protestar en público de lo que uno mismo había hecho de *ocultis*. Al día siguiente de la muerte de Field Jurado publicaron los diarios telegramas de Obregón, telegramas de Calles, protestando contra el asesinato. Les horrorizaban, decían, tales actos de caníbales. Pero no hablaban de cumplir con el deber de aplicar el castigo. Ni nadie esperaba que hubiese castigos.



Edificio en las calles de Bucareli, en donde se discutieron los Tratados de Bucareli

Asqueado de mí mismo, me puse a redactar un telegrama en que presentaba a Obregón mi renuncia. Lo firmé el 28 de enero de 1924. Le decía que no podía servir lealmente una situación que ofendía mis más arraigadas convicciones, y me ponía a sus órdenes como particular y como amigo. Llegó Gastélum, le enseñé el mensaje y me dijo:

—También yo renunciaré; nos iremos juntos. Pero ya verá cómo no es necesario; el general hará justicia.

Se mandó al telégrafo la renuncia y poco después se me presentaron don Ezequiel Chávez y el licenciado Manuel Gómez Morín. Llegaban, expresaron, a manifestar su pena y a ofrecerme su renuncia; no podían figurar más en un gobierno que asesinaba en plena calle a los senadores.

—Aguarden —les dije—, que nos iremos juntos; ya renuncié yo. Y si no se hace justicia, ya tendrán ustedes ocasión de retirarse conmigo.

Aceptaron esperar. Por la tarde recogí mi archivo y di a la prensa la noticia de mi dimisión. El texto lo guardé para

publicarlo más tarde con la respuesta de Obregón. Se apoderó de la noticia, como era de esperarse, la oposición. En La Habana hicieron publicar los delahuertistas una renuncia, declaración completamente apócrifa, que ni siquiera me ocupé de desmentir. Y los diarios de la capital me dedicaron editoriales congratulatorios, llamándome gran ciudadano. Bien sabía yo que al triunfo del gobierno todos ellos se volverían contra mí para llamarme ingrato contra Obregón, porque no lo seguía en sus crímenes.

No había motivo para que abandonara el despacho mientras no fuese designado mi sucesor. Se pasó el tiempo en recibir visitas. Contemplaba con tristeza las oficinas suntuosamente decoradas por los mejores artistas de la época, y en la mejor época del arte mexicano. Todo estaba envuelto en simbolismos de carácter universal que no llegarían ni a comprender los imbéciles que habrían de sucederme. Entre la mayoría de los empleados había consternación. Paco Morales, siempre entusiasta y leal, quiso mover al profesorado. Lo convencí de que no había nada que hacer. Sólo de un movimiento nacional que barriera las facciones y cambiara el corazón de los ciudadanos, podía esperarse algo.

—Entre tanto —le dije—, ya esto está muerto desde hace tiempo; lo está desde que Obregón se decidió a apoyar a Calles, pues no se concilian los esfuerzos civilizadores de un departamento con el plan de entregar la presidencia a un salvaje. Había sido un bello sueño el propósito de levantar el país por medio de la educación. Cuando apenas comenzábamos, nuestro presupuesto fue burlado y reducido para pagar tropas adictas, para enriquecer a generales, para fortalecer de nuevo al militarismo que nos deshonra desde hace un siglo... Yo me retiraré a la vida privada, Paco; me dedicaré a escribir. He perdido aquí cuatro años de mi vida.

No dejo en firme sino unos cuantos edificios que no tardarán en ser albergue de fariseos. Y precisamente porque nuestra obra ha sido aquí noble y fecunda, ella se volverá contra nosotros. No nos será perdonada. Usted no volverá a figurar porque es honrado y leal, y así los mejores, en esta tarea gloriosa y malograda por el ambiente, no levantarán cabeza. Sobre mí, como sobre ustedes, pesará el estigma de haber sido probos entre los pícaros, aptos entre los ineptos, patriotas entre mercenarios, nobles entre rufianes. Y porque nuestra obra y nuestra presencia será una acusación viva contra la iniquidad de los que vienen, no nos dejarán en paz, procurarán aniquilarnos, para que no quede en pie ni el reproche de nuestra presencia frente al mal que se nos viene encima. Ya verá a ese Calles posesionado del mando. Me ha tocado a mí verlo tirado en cama, con la neuritis, agarrándose la pantorrilla acalambrada y gritando de dolor y de rabia. Así ocupará la silla presidencial, litera de su parálisis progresiva, desde la cual, cada grito de dolor, ha de convertirse en una orden para el fusilamiento de algún patriota.

Salían del despacho los amigos y asomaban a la Secretaría particular, donde laboraban cabizbajas las taquígrafas. En un rincón tenía su mesa mi fiel amigo dominicano Manuel Cestero. Enemigo de todas las tiranías del continente, el pobre muchacho cuarentón hallábase consternado del desastre nacional.

—¡Lo que pudo ser México para toda la América, Pepe! —decía, y callaba.

Macrina, la genial secretaria, se nos había ausentado para casarse con un buen sujeto, pero nos visitaba en la hora de angustia. Allí estaba María Pérez Castro, silenciosa, infatigable para el trabajo, modesta, cumplida, delgada y

morena, leal y ferviente bajo su apariencia de imperturbabilidad. Y allí trabajaba, por último, mi fiel Julieta, linda de verse, ojos negros, crenchas tupidas, delgada, flexible apostura y apasionada amiga.

¿Qué sería de toda aquella noble familia oficial? Ninguna tenía bienes de fortuna; se les habían pagado buenos sueldos, pero nada de favores ni gratificaciones extraordinarias; nada fuera de la ley y el honor. Eran tan competentes que no les faltaría dónde hallar trabajo. Pero ¿volverían a sentir por su trabajo aquella devoción y fervor del que sabe está contribuyendo a una obra ilustre y grande?

Afuera, el patio sin escalera era símbolo de tantas cosas que quedaban a medias. Por toda la república teníamos obra que se quedaría sin concluir; peor aún: sería desvirtuada, prostituida, traicionada...

—No le aceptarán a usted la renuncia —afirmaba Gastélum, que después sospeché tenía instrucciones de calmar mis indignaciones y de retenerme hasta que llegase el momento de que al gobierno le conviniese echarme.

—Yo también lo creo —asentí—. En este momento no le conviene al presidente mi renuncia. Y la retiraré si él me lo pide y promete públicamente el castigo de los asesinos. De todos modos, Gastélum, esto está ya concluido; lo ha concluido el callismo que nace. No me iré hoy, pero me iré mañana. Y a usted mismo lo echarán después de que lo aprovechen.

Gastélum era católico. Me lo había confesado con ocasión de ciertos chismes que periódicamente se movían contra nosotros porque en el departamento de ingenieros y en otros utilizábamos indistintamente a los católicos competentes. El catolicismo, supuesto o verdadero, de Gastélum me hacía suponer que nunca podría estar con Calles. Él mismo no se

ostentaba sino obregonista y a Calles no lo bajaba de infeliz valetudinario que, decía, le daba lástima; lo veía como caso clínico, desesperado y lamentable…

Pasaron dos o tres días, y sucedió lo que Gastélum había previsto: mandó Obregón una súplica de que retirara mi renuncia, prometiendo bajo su palabra castigar a los asesinos de Field Jurado, que decía conocer… Yo también los conocía… Y aunque no tuve mucha fe en la palabra de quien ya nos la había violado en la Convención de Aguascalientes, no quise dar lugar a que se pensase que abandonaba al gobierno en días de angustia. Con la promesa de Obregón de hacer justicia, el honor se ponía a salvo siempre y cuando se diese a la promesa un plazo prudente. Así que concluyera la rebelión y el gobierno se rehiciese, ya habría tiempo de volver a exigir el castigo de los asesinos; por ahora, no podía rehusar un plazo de confianza a quien me había dado toda la suya para la obra ministerial consumada.

Y quién sabe; acaso esta promesa envolvía también el prestigio del gobierno tan maltrecho por su conducta en los últimos meses. Si después de destruido el delahuertismo, el gobierno se apartaba de los callistas, les quitaba el apoyo oficial para las elecciones, sin duda entonces surgirían candidatos nuevos y toda la sombra que pesaba sobre el país se vería disipada. Aún podía Obregón volver sobre sus pasos y salvar a la patria…

Llamé, pues, a los periodistas y les dije:

—Acabo de retirar mi renuncia porque tengo confianza en Obregón. Él hará justicia en lo de Field Jurado tan pronto como acabe la revuelta.

Pobre Field Jurado. Había sido condiscípulo mío en Campeche; se había puesto gordo después de ser un buen mozo blanco y despejado. Dejaba viuda y tres hijos…, según

nuestra costumbre de la clase media, en el más cabal desamparo. Todo lo que pude conseguir de Obregón, más tarde, fue una pensión firmada a regañadientes, con gesto que me reveló su complicidad mejor que todo un expediente de Juzgado... Naturalmente, a los pocos meses, y al consolidarse el callismo, ya nadie pagó la pensión a los herederos del mártir. Mal podían hacerlo traidores que debían todo su poderío a la firma de los Tratados indignos...

Desbandada

Al principio, los rebeldes obtuvieron triunfos. Toda una columna gobiernista que entró por Michoacán a las órdenes del general Lázaro Cárdenas fue a dar a manos del enemigo con armas y bagajes. Estrada, que es un civilizado, tomó al general en jefe gobiernista, le curó los magullones del descalabro y lo devolvió a Obregón sano y salvo, y portador de un mensaje de ironía. Obregón me dijo, comentando el caso, según atravesábamos la avenida en auto:

—Es ya un progreso que entre nosotros la guerra se civilice; ya ve usted lo que ha hecho Estrada con Cárdenas; otro en su lugar lo fusila.

—¿Y qué le pasó a Cárdenas?

—Nada; lo que yo había previsto; justamente le di el mando de esa columna sabiendo que la llevaría al desastre porque me convenía distraer por allí la atención del enemigo mientras preparábamos la ofensiva sobre Ocotlán. Cárdenas fue de carnada. Y así, mientras Estrada se pavonea de su triunfo ante las bellas de Guadalajara y se permite gestos a lo Nicolás Bravo, yo, por el Bajío, le preparo el derrumbe.

Lo que nunca me confesó es que preparaba para la hora del triunfo una hecatombe digna de Chimalpopoca. Delante de mí se mostraba humano. Una vez, había interrumpido un desfile para mandar castigar a un soldado que arremetía a culatazos contra el público de la avenida Madero, según costumbre pretoriana.

—Me irrita la insolencia del militar —afirmó Obregón.

Y no cabe duda que Estrada se dejó engañar, se durmió en los laureles, demasiado tiernos; pero también es cierto que lo que todo el mundo aguardaba era la decisión de Washington. ¿Reconocería al gobierno?; ¿reconocería a los rebeldes? Esperando la respuesta pasaban las semanas y no se despejó la incógnita sino hasta el momento en que, prófugos los senadores independientes y muerto Field Jurado, la Cámara Alta aprobó, sin discutirlos, los famosos Tratados de Bucareli. Lo primero que se derrumbó fue el frente de Veracruz. Informado De la Huerta de la actitud de Washington, en seguida perdió la moral. Ya desde antes la indecisión les había hecho perder la oportunidad. Cuando los suyos intentaron una ofensiva, las avanzadas se pasaron al gobierno, que repartía el oro y mantenía espionaje en las filas insurrectas. El terror decidía a los vacilantes.

Tanto en el orden militar como en el orden cívico, la situación la expresó con exactitud aquel judío alemán villista, Somerfield, que me visitó por esos días y me dijo:

—Todo el mundo se está declarando callista, porque si gana Calles, a sus enemigos los aniquila; en cambio, si gana De la Huerta, todos serán perdonados.

A menudo la excesiva tolerancia debilita, corrompe la bondad. En el momento de la pelea se debe ser severo. De la Huerta sabía contra qué clase de rufianes peleaba. Y no debió lanzarse a destiempo porque eso equivalía a salirse de la ley, a dejar a los rufianes en posesión de la legalidad. Pero una vez lanzado, debió, por lo menos, aprovechar la ilegalidad. En vez de eso, se puso tímido; pensó primero que no sería menester combatir; recomendó después que se combatiese, pero sin pasión, «tirando a los pies», decía un rumor malévolo de la época, en tanto que los otros no tenían

inconveniente en matar por la espalda. No hay nada más peligroso que andar desenvainando la espada para en seguida pegar con el pomo. La guerra es la guerra, y es mejor no hacerla que andarla queriendo forrar de terciopelo. En Obregón, guerrero nato, no había escrúpulos. Lo mismo dejó sin taxis a los sindicatos de la ciudad para llevarlos al frente sin pagar su precio, que compraba generales o se valía de hembras que sedujesen, traicionasen, envenenasen a sus enemigos. En estas condiciones, sólo un avance rápido, implacable, sobre la capital, pudo salvar a los delahuertistas de la costa oriente. En lugar de emprenderlo se pusieron a gobernar, se organizaron en gabinete y comenzaron a dar decretos.

Indebidamente se habían apoderado los rebeldes del dinero de la Aduana; en lugar de usarlo, de repartirlo entre los soldados o de emplearlo, como Obregón, en el soborno, se preocupaban de usarlo con legalidad.

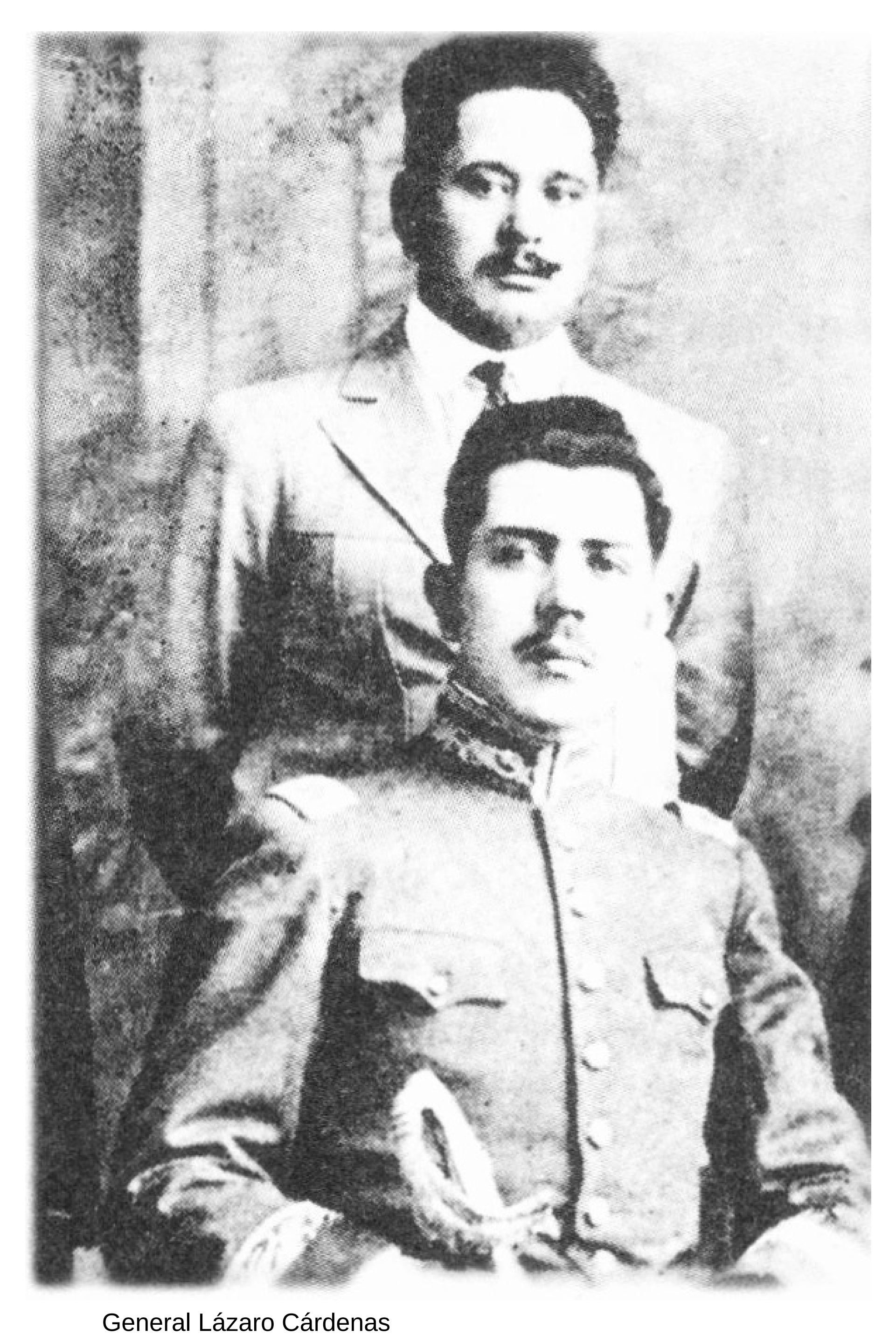
El flamante ministro de Hacienda, Palacios Macedo, se asignó diez pesos diarios de sueldo y se puso a reñir puritánicamente con los dispendiosos, escatimando los fondos como si ya disfrutase el orgullo de presentar a fin de año un superávit.

Lo que no impidió que los Prieto Laurens, mi ex amigo Yuco, Manjarrez y tantos otros anduviesen por Europa y Cuba comprando armamentos, disponiendo del oro, para conseguir refuerzos que nunca llegaron a su destino. En fin; nunca hubo desorden como el de aquel simulacro de gobierno. Ni más desenfrenada ambición entre los generales insubordinados, que ya no recordaban que su pretexto era la libertad del sufragio, porque cada uno quería el mando para sí, con absoluto desdén del sufragio. A nadie extrañó, por lo mismo, que apenas dio Obregón la orden de ataque, los

veinte o treinta mil hombres de Guadalupe Sánchez se dispersaran, se pasaran al enemigo, se enloquecieran. El pobre Villarreal, que, enemigo jurado del callismo, se había visto obligado a sumarse al delahuertismo, donde tampoco lo querían, pudo, quizá, salvar la rebelión en los días en que se vio, casi por accidente, dueño de la ciudad de Puebla, tras el levantamiento de la guarnición.

Pero ¿cómo iban a mandarle los recursos que pedía con urgencia, si en Veracruz hubieran preferido el triunfo de Calles al de Villarreal? Derrotado, fue a dar a Veracruz, donde no le hacían caso. A la hora del desastre no quiso embarcarse, como tantos que llevaban a bordo despojos como para un largo y divertido destierro. Al contrario: en su varonil desesperación, se metió por las Huastecas con doscientos o trescientos hombres en seguimiento de lo desconocido, quizá con la pretensión de hacerse fuerte en la sierra de Nuevo León.

Destruidos sus enemigos en el Golfo, ya lo de Jalisco fue juego de niños para Obregón. Y aun allí triunfó por el soborno que hizo de uno de los jefes de Estrada. Entregó éste las trincheras y fue indultado. A los pocos días, sin embargo, murió en una riña o en un asalto. Se había entrado de nuevo al canibalismo de los aztecas, aunque eran hombres blancos como Obregón, sirios como Calles, los nuevos sacerdotes del dios vernáculo. Se deshizo el ejército de Estrada, según explicaba el mismo Obregón, por la carga de un regimiento armado de pistolas de repetición obtenidas en Estados Unidos, con la venia de Washington. Cuantos jefes cayeron en poder del gobierno fueron fusilados sobre el terreno, sin recordar el trato piadoso dedicado a Lázaro Cárdenas. Estrada, disfrazándose, ocultándose, esperando, logró agarrarse a la escala de un buque *yankee* del Pacífico y apareció por San Francisco, California.



General Lázaro Cárdenas

Por el Sur, la columna de García Vigil tocó también a

desbandada. En la fuga, los federales capturaron a García Vigil y lo exhibieron por el Istmo antes de fusilarlo. Había hecho García Vigil un buen gobierno progresista y civilizado en Oaxaca. Era periodista y había resultado general, en los líos de la revuelta carranclana. Su militarismo de improvisado lo perdió. De Napoleón aprenden sus imitadores, no la táctica ni la buena literatura, sino la frase engañosa sobre el bastón de mariscal que cada soldado se supone carga en la mochila. Nuestro uniformado canibalismo ofrece la banda de presidente a cada oficialillo, en competencia de tropelías. Y siempre a base de la destrucción del compatriota. Otra rama de los dispersos de Veracruz ganó la costa del Pacífico, por Oaxaca. La encabezaba el general Maycott, jefe valiente que había dado el triunfo a Obregón en Celaya, y más tarde le había salvado la vida, cuando lo perseguía Carranza. Sin embargo, Maycott, deshecho, fatigado, se entregó a merced del gobierno y lo fusilaron. Más de cincuenta generales perecieron en esta forma y no faltó quien sintiese algún respiro porque disminuía el número de estos costosos héroes nacionales. No se advertía que lo remplazaban sujetos peores que los desaparecidos. Pues no cabe duda que en la revolución delahuertista perecieron los viejos revolucionarios que tenían lealtad a algún principio: la no reelección, la pureza del sufragio. En cambio, los nuevos generales no traían más ambición que la del dinero y el mando y la jerga bolchevizante. No se puede comparar un Maycott, un García Vigil, con un Eulogio Ortiz, un Amaro. Y, asómbrese el lector, precisamente Amaro, que estaba aprendiendo a escribir, solicitó y obtuvo de premio ser el director de la Academia Militar de la Nación. Más tarde lo hicieron Ministro de la Guerra; pero al salir del Ministerio volvió a la dirección del Colegio... En ese pobre colegio,

pocos años después, un simple tahur, elevado por Calles a la presidencia, dio la clase de *Ética militar*, fue el fundador de la cátedra…

Hubo limpia de generales, pero al revés; los patriotas, los viejos luchadores del civismo y la reforma social, fueron cayendo uno a uno. Al ameritado general Alanís, compañero de los Magón, revolucionario intachable, lo sacó de su casa Arnulfo Gómez, con un recado engañoso; lo mandó a las afueras, lo hizo fusilar y en seguida dio parte de que había muerto al frente de una partida rebelde.

En una postrera escaramuza, Villarreal perdió el archivo, los ayudantes y el caballo. A pie y disfrazándose, y gracias a su sangre fría y valor personal, logró esconderse, primero en Monterrey, después en la capital. Pero aprehendieron a su secretario, un licenciado Treviño, de veinticinco años.

—A mí no me pueden fusilar —alegó ante sus captores—; no soy militar; el código no señala pena de muerte para la insurrección.

Se alarmaron los verdugos; acaso matar así, a un licenciado, podría traerles responsabilidades. Consultaron con Serrano, el Ministro de Guerra, y Serrano, siempre humorista, produjo una resolución que sus amigos corearon como genialmente graciosa. Despachó un mensaje que en seguida dio a la prensa: «Con fecha de hoy se concede el grado de general del Ejército al licenciado Francisco Treviño.» Anexo iba otro mensaje: «Fusile al general y licenciado Francisco Treviño.»

En la estación de Esperanza consumó Serrano a sangre fría, y después de engañar a los prisioneros, colegas de la víspera, unas ejecuciones por la espalda, que horrorizaron al numeroso público que las presenció. En seguida sentó entre los suyos cartel de presidenciable.

¿Qué hacía en todo esto la Corte? Lo que siempre hace la Corte: meterse en su limbo. Su mismo origen es espurio; la nombra el Ejecutivo y él mismo la maneja. No van allí varones rectos, sino plegadizos servidores de la fuerza. Cuando Obregón quería arrancarles un fallo, así que se descaró como tirano, le bastaba con dar órdenes a Pansi de que retuviera los sueldos de los magistrados. En seguida acudía a la presidencia una comisión de la Corte. Todos se hallaban necesitados; rogaban que se les prefiriese en el pago de los sueldos. El general presidente sonreía: Pero ¿cómo no se lo habían dicho? Sin duda, primero que nada, la Corte; pero, eso sí, les iba a hacer una súplica: por allí estaba detenido un asuntito; confiaba en que lo despacharían sin obstáculos, ¿no era así? Y la Corte volvía a funcionar, en paz con el Ejecutivo.

¿Las Cámaras? Aprovechando la rebelión y vengándose de que no habían querido darle mayoría, el general Calles inventó un recurso imprevisto en los anales parlamentarios. El grupo de sus amigos denunció a los independientes como simpatizadores de la rebelión y los expulsó de la Cámara; declaró que ya no eran diputados. Este proceder hizo jurisprudencia durante los comienzos del callismo. Después ya no ha sido necesario usarlo; ya no se ha dado el caso de que un diputado piense distinto de como piensa el Ejecutivo. Más honesto hubiera sido que suprimieran la Corte como poder independiente, que cerraran las Cámaras y eligieran Consejo de Estado, pero el fariseísmo de conservar el aparato de las instituciones ha sido argucia de los usurpadores. Él da pretexto a todos los tímidos, a todos los complacientes, para servir al gobierno *sin perjuicio de sus convicciones de liberales y demócratas.*

En general, el país no lamentaba la derrota del delahuertismo. La pesadilla de un Prieto Laurens primer

ministro haciendo elecciones a garrotazos, corrompiendo la administración, no era para echar de menos la ocasión perdida. Si Obregón se hubiese mostrado magnánimo, otra vez la nación lo habría aclamado como a su salvador. Y si no hubiese estado detrás de Obregón la figura siniestra de Plutarco Elías Calles.

El mismo Obregón, horrorizado de su obra, me dijo en uno de nuestros últimos acuerdos:

—Ya ve usted, De la Huerta es el culpable de todo esto. Si no se hubiese puesto a atacarme; si hubiera tenido energía para reprimir a sus partidarios, no nos veríamos como estamos, *que ahora ya no tiene remedio lo que vendrá.*

Se refería a la presidencia de Calles, que era su obra y era también su remordimiento. Y había de ser su perdición.

Caín le teme a Abel

Con su visión tan clara de la realidad, Obregón se daba cuenta del odio que se acumulaba sobre su cabeza, como nube que esconde el rayo. Pero no temía a Júpiter, que tantas veces había sido su aliado. Una premonición certera lo prevenía contra el atentado personal, y repetía:

—Duraré hasta que alguien se decida a cambiar su vida por la mía.

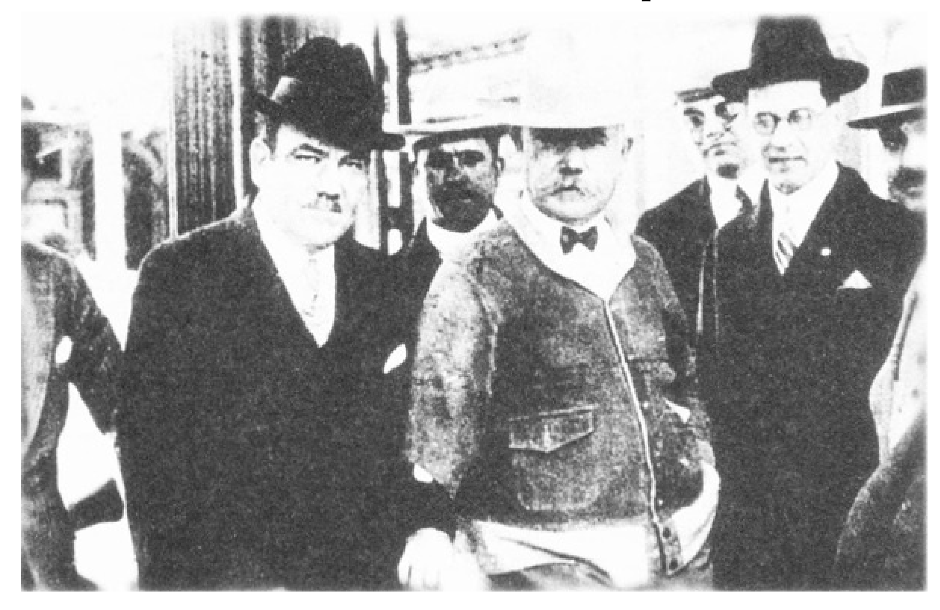
Y en verdad, jamás estuvo el tiranicidio más bien justificado; pero a Obregón todavía había de darle largo plazo la mala fortuna que pesa sobre nuestra patria. Y en el plazo, la iniquidad se consolidaría como partido callista. Acaso para olvidar las responsabilidades de su diabólico plan, Obregón se solazaba en aquellos días en las fiestas que celebrábamos para la inauguración de nuevos edificios educativos. Sólo a la apertura de la Biblioteca Cervantes no concurrió porque se hallaba fuera de la ciudad. En la terminación del edificio de esta biblioteca me salvó de un disparate don Francisco Icaza. Recién llegado a México, enfermo y ya casi anciano, según es de costumbre empezaron a molestarlo en la prensa los envidiosos. Que si había hecho o no había hecho en una comisión del Archivo de Indias. Salí en su defensa, en declaraciones terminantes, y el ilustre poeta se me volvió muy adicto. A menudo conversábamos. Se le nombró para decir el discurso de la inauguración de la biblioteca y fue a visitar el edificio, que

estaba en los últimos retoques. Regresó alarmado. Le daba pena decírmelo; pero, en fin, creía que era de su deber; a no dudar, yo lo sabía; pero el escultor, sin duda algún ignorante, había puesto a Cervantes sin un brazo, en el nicho del frente; ahora bien: Cervantes era manco, pero no porque le faltase el brazo, sino porque tenía tullido...

Solté en seguida la risa...

—¡De la que nos hemos librado, don Francisco...!; bien se iban a reír de nosotros los eruditos...; aquí el ignorante he sido yo, junto con el escultor y los ingenieros...; en seguida correré el aviso de que le pongan a ese Cervantes un brazo tieso... ¡Ja, ja, ja!; muchas gracias, don Francisco...

Pocos meses después el esclarecido hombre de letras murió en la pobreza. El último teniente sabe que su familia tendrá pensión cuando muera. Don Francisco expiró con la amargura de dejar viuda distinguida y dos hijas preciosas, sin patrimonio, sin esperanza de que México las repatriara de España con los honores debidos a su abolengo mental... Todas estas son heridas en el corazón del patriota.



Y el corazón patriota andaba en aquellos días consumando las inauguraciones de nuevos institutos que fueron promesa, como quien entrega a caníbales un vaso de Sèvres o una porcelana del Ming.

A la inauguración de la Escuela Gabriela Mistral asistió Obregón. El hermoso patio del antiguo cuartel y más antiguo convento se hallaba desconocido; le habíamos retirado los escombros, que fueron toda la herencia que recibimos, y conservando nada más la fachada, que es muy noble, le habíamos reconstruido el interior en doble piso. Al frente, una hermosa escalera descubierta, y al centro de las dos ramas de gradería, la estatua de la Maestra, para la cual había servido de modelo un retrato de la Mistral. Cebáronse en mí las malas lenguas diciendo que le había levantado estatua a una mujer todavía viva. La misma Gabriela no había querido estar presente en la ceremonia de apertura y, por otra parte, se había ausentado unas semanas antes. Lo cierto es que yo no le daba importancia al caso. En vez de copiar una estampa, el artista Asúnsolo había tomado de modelo a una poetista que deja obra ilustre en la lengua. Los festejos de ese día revistieron singular opulencia porque no acostumbrábamos estrenar casas vacías, sino instituciones vivas. Desde hacía meses la escuela funcionaba en el barrio, aumentando las clases según avanzaba el trabajo de albañilería. Una buena directora tenía funcionando los talleres de cocina, con estufas modernas y viejas recetas méxico-españolas. Mi empeño de reformar el modo de comer de nuestro pueblo había impuesto el guiso a base de aceite de oliva (en lugar de la grasa de puerco o la manteca vegetal *yankee*), y los arroces, el garbanzo. Los resultados trascendían a toda la barriada. Infinidad de señoras de clase media eran nuestras discípulas. Las niñas pobres de aquel

vecindario llenaban las clases de costura y los talleres de industrias nuevas, como enlatado de frutas y conservas, trabajos en cuero y en cartón, etcétera, etcétera. Desde que llegamos con Obregón, en el coche presidencial, una tupida multitud lanzó confeti, produjo aclamaciones. Adentro, el ancho patio rebosaba de adolescentes. Un murmullo de alegría circulaba entre la muchedumbre y contagiaba los ánimos, ensombrecidos por las hecatombes recientes. Nunca se habían visto en el país fiestas sino para conmemorar matanzas, y ahora, casi cada semana lográbamos convocar multitudes para el testimonio gozoso de la obra educacional realizada por entre el fragor de la destrucción y la disputa.

Al frente, en el templete, una linda mujer de veinte años tipo andaluz clásico, bailaba sevillanas aprendidas en nuestras escuelas. Comenzaba a hacerse maestra de baile y tenía proposiciones para el teatro. Era una de las creaciones del ministerio y ponía en el público elación voluptuosa, contagio de belleza y ritmo.

Y llegó la hora del discurso oficial. Ni sabía yo quién iba a decirlo ni jamás me preocupé de averiguar de antemano lo que se diría; de sobra tenía confianza en la sinceridad, la inteligencia de aquel profesorado selecto. Y fue la subdirectora, mujer distinguida, un tanto rubia, la que, levantándose del asiento, desenrolló su manuscrito. Habló de la significación de aquella escuela y su programa, y para terminar, como de paso, y sin duda porque en aquellos días nadie podía librarse de la obsesión de lo que acababa de ocurrir, de lo que todavía estaba ocurriendo en regiones apartadas del país, con el resto de los rebeldes, la profesora expresó: «Ya es tiempo de que envaine la espada Caín y se restablezca la concordia.» No hubiera yo advertido la frase si Obregón no me da con el codo y me dice:

—Bueno, licenciado; pero es que en este país, si Caín no mata a Abel entonces Abel mata a Caín…

La observación me desagradó, sobre todo porque creí ver en ella una respuesta a la frase de la maestra, que quizá suponía Obregón había sido por mí inspirada… Nunca me he valido yo de otros para decir lo que pienso; pero como tampoco Obregón me hizo cargo alguno directo, preferí pasar por alto el incidente; no contesté… Pero la frase me había de volver con terror de subconsciente profecía cuando años más tarde, y hallándome en la tribuna de una cátedra universitaria en Norteamérica, supe por un alumno lo que traían las extras de los diarios de la tarde: A Obregón lo había matado un joven de antecedentes intachables… Y pensé: «Lo mató Abel.»

Tan grande llegó a ser la iniquidad entre nosotros, que fue preciso que Abel se armara de quijada de burro, y ni así triunfó la justicia, porque Caín se ha multiplicado, con más cabezas que la Hidra, más garras que una manada y jaguares.

Cerrando el programa hubo bailes colectivos y ejercicios gimnásticos acompañados de música. Señalando los grupos de jovencitas de clase pobre, le dije a Obregón:

—Mire cómo sudan, y no hemos podido instalarles los baños. En otras escuelas les dejamos buena ducha y estanque; aquí harían falta unos cien mil pesos para acondicionar un gimnasio. Pero ¡qué se van a ocupar de eso los salvajes que vienen detrás de nosotros…!

Se quedó callado; nunca defendió a Calles; se le hubieran vuelto en contra sus propias anteriores palabras.

No olvidábamos

Ni Obregón ni yo olvidábamos el asuntito pendiente entre ambos; me refiero al plazo que él mismo me había pedido para hacer justicia en el caso de Field Jurado. Haría un mes de consumada la derrota de los rebeldes cuando una noche mi auto cruzó en Plateros con el del presidente. A su lado iba Morones. Todo el mundo señalaba a Morones como el ejecutor de Jurado. El general Obregón me miró y saludó, pero visiblemente contrariado. Contesté el saludo, procurando hacer ver que no lo hacía extensivo a Morones. En el acuerdo siguiente preparé el terreno; le hablé a Obregón de que me sentía cansado y quería retirarme.

—Quiero entregar antes que usted —le dije—, para irme a Europa y no verle la cara a esos asesinos.

—Pero, ¿no habíamos quedado —replicó Obregón— en que inauguraríamos juntos todas las escuelas por terminarse? Espere usted —rogó en seguida—, acaso las cosas se puedan componer todavía. Es lamentable que usted se retire; su obra está apenas empezada... En fin, aplace su resolución unas semanas; hágalo por mí, se lo ruego...



Calle de Plateros y La Casa de los azulejos.

«Haría un mes de consumada la derrota de los rebeldes cuando una noche mi auto cruzó en Plateros con el del presidente»

—¿Qué quiere decir Obregón —le pregunté a Gastélum— con eso de que todo se arreglará y que mi tarea no está terminada? ¿Pues qué se figura, que yo sería capaz de

servirle a Calles?

—No —insistió Gastélum—; sobre eso hemos hablado mucho el general y yo y está de acuerdo en que usted no debe servir a Calles, pero al mismo tiempo, opina que usted no debe enfrentarse a Calles; usted debe, al contrario, aceptar de Calles una comisión en Europa que el mismo general Obregón le dará antes de retirarse y que cuidará de conservarle, de modo que usted no tenga siquiera que agradecerle al general Calles. El general Obregón dice que lo necesita a usted para el futuro.

—¿Qué futuro?

—El futuro de él; al fin y al cabo, ya usted sabe: en este país de caudillos, el general Obregón, mientras viva, será el que mande...

—¡Ah!; de suerte que, al terminar Calles, ¿una combinación estilo Manuel González...? ¡Se equivoca el general Obregón si se imagina que yo le serviría para una aventura de ese género! No, doctor; yo confío en que el general Obregón tendrá bastante talento para comprender que su carrera política ha terminado. Si pretendiese volver, entonces todas estas matanzas hechas para sacar presidente a Calles recaerían sobre Obregón. Y habría razón para creer que había ensangrentado el país, destruido la mitad de su propio ejército, para hacer presidente a uno que todo se lo deberá a él y no puede convertirse en figura política que le haga sombra... Sería todo esto un crimen monstruoso... No; no imagino a Obregón como tal monstruo... Si de veras volviese mañana Obregón a querer ser presidente, créamelo, así como ha tenido en mí el mejor amigo, no tendría peor enemigo que yo...

Gastélum no se atrevía a negar ni a afirmar; quizá no sabía, no quería creer toda la extensión de la criminal

responsabilidad que Obregón se estaba echando sobre los hombros.

Otros sí veían claro. Eulalio Gutiérrez me visitó y me dijo:

—Licenciado, retírese cuanto antes a la vida privada; esto no tiene remedio; yo me voy a mi rancho cerca de Saltillo y allí me encierro; cuando quiera visitarme, allí tiene casa y comida.

—Pero, ¿no cree usted que todavía es posible una reacción contra Calles?

Ciertos grupos habían lanzado la candidatura del general Flores, un hombre ignorante, pero honesto; y como general en campaña, el segundo después de Obregón. Todo el estado de Sinaloa apoyaba a Flores por terror a Calles, y en el país, de haber sido libres las elecciones, antes vota el pueblo por un desconocido que por Calles.

—No es Calles el problema —repuso Eulalio—; el problema es Obregón. Usted no se imagina la ambición que hay en ese hombre; ríase de don Porfirio. ¿Sabe lo que me dijo el otro día? Me dijo: No te vayas a tu tierra; quédate en el Senado; al fin que, ya ves, yo he hecho el nuevo gobierno y no van a pretender gobernar sin consultarme.

—Pero —alegué, insinuando la defensa de Obregón— es que el mismo Obregón no puede ver a Calles; siempre me ha hablado de él con desprecio y ahora echa la culpa de todo a De la Huerta…

—No sea inocente, licenciado; lo que a Obregón le conviene es un sucesor odiado como Calles; después tratará de empinarlo, para que el país lo llame a él, en seguida, como a un salvador, y por encima de ese precepto antireeleccionista que ahora es la espina de su ambición. Cuanto más mal lo haga Calles, mejor para él… Él no quiere a nadie; él quiere la presidencia y a ella sacrificaría a su

propio hijo… Mire: yo estuve en El Fuerte el día en que llegó Calles, antes del levantamiento de estos idiotas delahuertistas. Calles llegó deshecho; el país entero lo repudiaba, afirmó, y se puso a beber; ya que llevaba ingerida una botella de coñac, entró a hablar con Obregón: «Vengo —le dijo— a renunciar mi candidatura, porque nadie me quiere…» Entonces Obregón se enfureció, lo riñó como a un niño, y Calles salió tonificado, convencido de que, a pesar de todo, sería presidente.

El Estadio

Si he hablado de construir un estadio por valor de más de un millón de pesos, se ríen de mí y seguramente me niegan la autorización. Sin embargo, el estadio iba a ser el coronamiento de la obra realizada en Educación Física y de la sección de Bellas Artes en la rama del canto y del baile. Cada una de mis nuevas escuelas tenía un estadio modesto; el de la escuela de por Tacuba tiene capacidad para seis mil personas. En la Escuela Industrial «Corregidora de Querétaro» se había inaugurado con pompa un gimnasio femenino, con baños y pista con gradería para unas dos mil personas. Y hacía falta el Estadio de la Ciudad, del país.

Y comencé, como en otros casos, a apoderarme primero del terreno libre que estuviese a mano. Por La Piedad estaba un viejo panteón abandonado. Por el horror a las tumbas y el poco precio del terreno en la región, un vasto lote había escapado a la codicia de los explotadores de los bienes nacionales. Cuando Pansi intentó sacar a remate este terreno, había yo logrado que Obregón lo impidiera y que lo cediese a Educación. Pero ¿de dónde sacar el dinero para la obra?

Detesto esas construcciones de hierro que en cincuenta años tienen que ser derribadas, a estilo rascacielos de Estados Unidos. Admiro a los pueblos que saben construir para la eternidad, ya sea con piedra, como los romanos; con ladrillo, como los babilonios, o con simple adobe macizo y

durable, como los incas del Perú. Pero la resistencia necesaria para sostener graderías con sesenta mil personas sólo puede darla el hormigón, que resulta carísimo. Sin embargo, insistía yo en que se hiciese de hormigón aunque no se terminase. Una circunstancia me hizo cambiar de determinación. Nuestro ingeniero en jefe, Méndez Rivas, conversó con el ingeniero de la Fundición de Monterrey.

—No quiero huacaleras —exclamé.

Pero cuando me ofrecieron hacer la obra a crédito abrí los ojos y me puse a pensar. Se me consoló con la idea de que más tarde el hierro podría cubrirse con hormigón o con material. Para discutir el contrato exigí una conferencia con el gerente de la negociación, don Adolfo Prieto. Estuvieron presentes a la plática el subsecretario Gastélum y Méndez Rivas con el ingeniero de la Fundición. Siempre tenía yo en caja algún sobrante. A diario mi primera tarea era llamar al jefe del administrativo para un corte de caja. Entiendo que esto hace todos los días el jefe de un banco, y yo me preciaba de tener la oficina al corriente, lo mismo que un gran negocio privado. Para ese efecto, se había suprimido mucho del papeleo antiguo, se habían modernizado los archivos, el sistema de copia, la contabilidad. Entreabriendo sobre mi mesa la cartera, vi que podíamos disponer de unos sesenta mil pesos, poco más o menos. Y empecé a tratar el precio de la armazón ya instalada, como si se pagase al contado.

—De aquí se irá usted —le dije al gerente— con un cheque por sesenta mil pesos; de manera que va a ser usted pagado por adelantado, no sólo al contado.

Bajaron un tanto los precios. En aquel tiempo el gobierno debía un dineral a la Fundición por causa de los ferrocarriles y no sé cuántos otros dispendios. El señor Prieto aseguró que nos hacía precio especialmente moderado, porque no

quería que construyésemos con hormigón; quería que la Fundición tuviera el honor de hacer un trabajo que le serviría de anuncio. Por mi parte, le expliqué que no tendría que pagar comisión alguna a nadie, por ningún concepto, razón por la cual exigimos una rebaja del diez por ciento sobre los precios ya convenidos. En suma: nos comprometimos por cerca de cuatrocientos mil pesos, sin saber cómo iba a pagarlos. Y el contrato quedó firmado en seguida. Platiqué entonces con Obregón, con De la Huerta; la obra sería grandiosa; además, indispensable para una ciudad como México; bastaría con que de cuando en cuando me diesen unos cincuenta mil pesos con carácter de extraordinario, sin prejuicio de las otras obras. Ambos aceptaron, pero no bastaba. Pensé entonces en un recurso democrático. El personal de la Secretaría estaba bien pagado; jamás habían recibido ocho pesos diarios los maestros de las primarias y se pagaban siete diarios por cátedra en la Universidad. El personal administrativo disfrutaba de buenos salarios. Ninguna taquígrafa ganaba menos de cinco pesos diarios y no teníamos sino empleadas competentes, nada de protegidas de los jefes; la que no cumplía con su trabajo, salía. De suerte que mis subordinados eran todos gente de honor y, además, contagiada de entusiasmo por la obra que se realizaba.

¿Sería una arbitrariedad pedirles un día de haber? Sin mucho reflexionarlo y contando con el patriotismo de los donantes, lancé la invitación en forma un tanto mañosa: Si nadie se oponía, se darían instrucciones al tesorero para que retuviese un día de haber de todo el personal. Esto produjo cerca de doscientos mil pesos, porque nadie se negó a contribuir. El producto de las cuotas de alumnos universitarios, aunque escaso, sirvió también de ayuda porque procurábamos acumularlo. No sé si treinta mil o

cuarenta mil pesos fueron tomados de esta fuente. Total: que la armazón de hierro quedó pagada quizá antes de que acabase de erigirse. La compañía, por su parte, cumplió religiosamente. Para cemento, para ladrillo, echamos mano de las ayudas extraordinarias que el gobierno federal también nos hizo formales.



Inauguración del Estadio Nacional

Mucho discutimos y mucho se discutió después la forma y el tamaño del estadio. Me negué a hacer una simple pista de carreras. Lo que me interesaba por encima de todo era tener un teatro al aire libre para presentar los cuerpos de bailes y de gimnasia, los coros de las distintas escuelas. En consecuencia, se estudiaron las proporciones atendiendo a las exigencias del oído, no a las exigencias del código de los deportes. Es decir: que preferí obtener un espacio abierto en que la voz humana no se perdiese, a un espacio más amplio en que fuera necesario usar resonadores. Por otra parte, en aquel momento los resonadores apenas comenzaban. Y el problema deportista, el tener una pista a propósito para

campeonatos de carrera y juegos de *foot ball* y *base ball*, se resolvería de un modo muy sencillo: construyendo una pista todo lo grande que se quisiera en la parte posterior del Estadio. Para eso se reservó al fondo un terreno amplísimo. Todo esto se dijo, se publicó, se pregonó. Sin embargo, hubo desde el principio críticas porque la curva de los corredores no resultaba suficientemente amplia, y así que dejé la Secretaría, lo primero que hicieron fue recortar la gradería, dejándolo todo afeado e inconcluso.

Por lo pronto, sin embargo, la gente comenzó a admirar la construcción que se levantaba como un coronamiento de los cuatro años de labor educativa nacional.

Obregón, que había visitado la obra dos o tres veces, comenzó a sentirse entusiasmado. Su clara visión del sentimiento público le hizo comprender el efecto de aquella obra cumbre de su administración en lo material. No sospechaba que la fiesta con que íbamos a inaugurarla demostraría que, también en lo espiritual, se había consumado en su periodo de gobierno uno de esos milagros que ocurren sólo de tarde en tarde en la cultura de cualquier país.

El deseo de salirme pronto de aquel gobierno apresuró un tanto la fecha de la inauguración. La víspera se trabajó durante veinticuatro horas consecutivas, con doble equipo de operarios. Al frente de la portada levantamos un mástil para sostener una bandera blanca que llevaba al centro el escudo que inventamos al Estadio, con simbolismos complicados en torno a un sol muy hermoso.

Cuando llegué con Obregón, en el coche presidencial, le dije, señalando la escalera inconclusa:

—Éstos que vienen atrás de nosotros no serán capaces ni de terminar esa escalera; se quedará así colgando de un lado.

Nada contestó Obregón, pero mi decir fue profético. A poco tiempo hubo una cuarteadura en la fachada por desequilibrio ocasionado por la falta del ala izquierda de la rampa de ascenso. Una multitud de más de sesenta mil almas aclamó el comienzo de los juegos. Un desfile de atletas, hombres y mujeres jóvenes, ágiles, consumaron ejercicios acompañados de música. Luego, un coro de doce mil niños cantó desde uno de los brazos de la enorme gradería. Un grupo de mil parejas en traje nacional bailó en la arena un jarabe. Otros grupos bailaron danzas españolas, lo único admitido en la ceremonia, lo español y lo mexicano. Ninguna música inútil, ninguna representación que no fuese resultado de alguna de las actividades cotidianas de nuestras escuelas. La dirección de Cultura Física, con su escuela anexa de reciente creación, lució allí lo que puede hacer el atletismo mexicano sin necesidad de la tutela de los extranjeros.

Hacía un sol vivo de marzo. Hubo insolaciones leves porque no nos había alcanzado el dinero para construir toldos. En uno de los intervalos, Obregón, deslumbrado por lo que veía, tuvo un momento de arrepentimiento y de sinceridad que, a pesar de todo, le agradecí.

—Lástima, licenciado, que esta labor se interrumpa…; imagínese lo que esto sería con otros cuatro años más de dedicación. ¡Si usted quisiera seguir…!

No entendí, de pronto, pero comprendí poco después, cuando se formó el primer gabinete callista. Lo formó Obregón y lo integró con enemigos personales de Calles, tales como Pansi, que aunque ya andaba quedando bien, había murmurado de Calles, y Calles le tenía sentenciado el cese. Un mes antes de tomar posesión, en efecto, Calles había dicho a los periodistas reunidos en su casa:

—A ese Pansi le faltan para salir los días que a mí para entrar.

Ocho días antes de tomar posesión, le dictó Obregón el gabinete con Pansi en primer lugar, como secretario de Hacienda; se mordió los labios Calles y aceptó el nombramiento de Pansi. En diferentes ocasiones, amigos comunes me habían dicho: «Calles quiere que usted siga en Educación; lo va a mandar invitar; no le importa que usted no sea su amigo; desea retenerlo…»

A Obregón, en respuesta de su observación en la fiesta, le contesté:

—¡Qué quiere usted, general; ya todo esto se lo llevó el diablo!

No hablamos más del asunto.

El general Amaro estaba entre el público y supe que se había entusiasmado. Al día siguiente recibí un telegrama suyo de felicitación. Se lo agradecí cordialmente. Nunca tuve choque alguno con él; si tanto lo he censurado es por lo que hizo en el gobierno de Calles. En lo personal, de ninguno tengo agravio.

La inauguración del estadio fue la apoteosis de la obra educacional obregonista. En adelante, cada vez que en el país o en el extranjero quería el gobierno dar muestra de su labor, lo primero que hacía era exhibir la película tomada en la fiesta del estadio.

Al salir a la calle para tomar los autos, un joven se desprendió de los grupos de curiosos y gritó: «¡Viva el Maestro…!»

Era la primera vez que me daban en público este título y pensé con amargura: «El maestro que ya se va…»

Y el país queda, otra vez, en manos de Huichilobos.

Cómo me enteré de los Tratados de Bucareli

Habíamos mantenido relaciones cordiales con las universidades de Norteamérica. Particularmente con la de Texas. Un rector texano había sido nuestro huésped, y con motivo de su visita concertamos un intercambio de becas. Cuatro o seis jóvenes mexicanos fueron a Austin pensionados por la Secretaría. El profesor Handman, de Texas, sociólogo eminente y escritor distinguido, había hecho dos viajes a México, se había interesado por la labor educativa que vio crecer. El profesor Hackeet, perito en historia de nuestro país, daba esa cátedra en Austin y nos había visitado varias veces. No tuvo, pues, nada de extraordinario que aquel año la Universidad de nuestra antigua provincia resolviese confiarme la honrosa tarea de pronunciar el discurso de cierre de cursos, misión que se encomienda en las universidades *yankees* a educadores preeminentes, a pensadores y maestros ajenos al instituto que los invita. Le complació a Obregón el convite y me dispuso vagón privado para el viaje.

Antes de partir hice visita de cortesía a *mister* Warren, que ejercía ya de embajador. Ni enterado estaba del caso; pero lo celebró y habló largamente.

—Yo he hecho —expresó— un gran servicio a los mexicanos.

—¿Cómo es eso, señor embajador?

—Pues muy sencillo.

Y poniéndome en la mano un extracto a máquina, indicó:

—Lea usted, señor ministro: esto es el resumen de los convenios recientemente aprobados en lo que hace a la cuestión agraria; estipulan que no se podrán tomar tierras de norteamericanos sin pagarles la indemnización correspondiente en efectivo y no en abonos. Como usted ve, esto quiere decir que ya no habrá confiscaciones, porque el gobierno no puede pagar esas propiedades a su justo valor en dinero, y desde el momento en que no se puede ya de hecho expropiar a los norteamericanos, ningún gobierno será tan poco patriota que expropie a los nacionales por ley que pone a salvo al extranjero.

Confieso que, por lo pronto, y en lo que respecta a la cuestión agraria, me dije: Entonces, ¿dónde está lo malo de esos tratados? Pues es evidente que no podemos confiscar propiedades de norteamericanos sin provocar dificultades serias con Norteamérica, y es también evidente que si no podemos expropiar a extranjeros, ya nadie expropiará a mexicanos. Para acabar con el latifundio, aspiración que todos compartimos, no hacen falta las confiscaciones arbitrarias; basta con manejar diestramente el catastro. Muchos propietarios del Bajío, por ejemplo, estaban ya procediendo a fraccionar sus tierras, conservando lo indispensable hasta donde podían cumplir con el impuesto.

Lo que no sospechábamos ni Warren ni yo, es que pronto vendrían gobiernos canallas que usarían la ley como arma política contra los enemigos, y que, lejos de calmarse la plaga de las expropiaciones irresponsables, se acentuarían éstas contra los mexicanos y dejando a salvo a los extranjeros... De todos modos, era triste que un ministro de Estado se enterase de tratados internacionales por

conversación accidental con el embajador de la potencia contratante.

Partimos para Austin. En el vagón me llevé de huéspedes a dos protestantes distinguidos: el señor Moisés Sáenz, que nos acompañó a Texas, y al profesor Osuna, director de Educación en Nuevo León, ex carrancista. Seguramente no me había portado tan mal con mis enemigos en ideas, puesto que ya, al final de mi gestión, mantenían conmigo relaciones cordiales. El señor Sáenz, hombre laborioso, nos había ayudado en vagas comisiones bien remuneradas y alejado de toda posibilidad de acción religiosa.

La Universidad de Austin, en aquel mes de junio del 24, no era todavía el Instituto esplendoroso que hoy admiran propios y extraños; pero ya estaban allí los hombres eminentes que le dieron su impulso para la grandeza. El profesor Ellis nos paseó por la ciudad, nos llevó a su casa, nos enteró de sus planes, nos contagió de su entusiasmo creador. Los viejos amigos Handman y Hackeet nos dieron comidas y cenas. La recepción oficial fue sencilla; pero la cordialidad, la intimidad de la acogida nos dejó recuerdo grato. Todavía en aquel momento podía yo ufanarme de ciertas cosas en las que aventajábamos a Texas; por ejemplo: el estadio, que en Texas aún no se construía. Después de aquella fecha, Austin ha crecido hasta convertirse en uno de los grandes institutos del mundo. Su biblioteca es hoy modelo de suntuosidad y de eficacia. Entre nosotros no hay biblioteca propiamente, sino un almacén de libros en desorden, repartidos entre las capillas y la casa parroquial de un antiguo templo impropio completamente para biblioteca… y etcétera, etcétera…

Secretario Auxiliar.

ACTAS COMPLETAS DE LOS CONVENIOS DE BUCARELI, pp. 47-49

ACTAS

DE LOS CONVENIOS CELEBRADOS

POR LA

COMISION MEXICANO-AMERICANA

EN LA CIUDAD DE MEXICO,
EL 14 DE MAYO DE 1923

(Sello oficial del Gobierno americano que dice:)
DEPARTAMENTO DE ESTADO
El águila emblemática)
ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

WASHINGTON
OFICINA IMPRESORA DEL GOBIERNO

Tratados de Bucareli

Había llevado conmigo a mis hijos, y con Baz, el jefe del administrativo, Sáenz y dos profesores de educación física, un secretario, escapamos rumbo a la playa de Galveston.

Nos bañamos en el mar, y al atardecer, acompañados del cónsul Magaña, simpático sujeto, ex cantante profesional, nos dedicamos a pescar jaibas con corcho. Enormes y hermosos mariscos de carne blanca que comimos allí mismo tatemados en las brasas, sobre la arena, a orillas del mar acariciado por la brisa, y bajo el cielo estrellado del trópico. Un ayudante del vagón especial se hizo de unas botellas de vino francés, que eran en el lugar un tesoro, pues se estaba en los tiempos absurdos de la prohibición alcohólica.

Uno de los compañeros de este viaje fue Haya de la Torre; disgustado del cafrerismo súbitamente desarrollado en México, partió para Londres pensionado por los metodistas *yankees*. Nos despedimos en Austin. Al llegar yo a la capital me encontré con una carta suya en que, muy gentilmente, me daba las gracias por las satisfacciones de su permanencia en México y me decía, conmoviéndome: «Lo he visto sufrir por México en los salones nuevos de ese Ministerio que usted construyó y se ve hoy sitiado por todas las furias, las venganzas de la barbarie.» En aquel momento, Haya era sincero. Antes del viaje a Rusia, que lo envenenó, Haya era un muchacho noble. La doctrina marxista, que prescinde del honor, la lealtad, la honradez, a pretexto de que son virtudes burguesas, nunca penetró en Haya hasta el fondo. Mucho le censuré más tarde su silencio en lo que respecta al México de Calles y, peor aún, su segundo viaje a México, a sueldo de la Universidad callista. Aparte de esto, nada tengo que sentir de Haya; y si acaso me queda algo a su respecto es el remordimiento de no haberlo podido servir como ha de servirse al refugiado político, dándole recursos suficientes para que se mueva y continúe la lucha. Por más que la infamia se ha cebado en mí atribuyéndome la manía de pagar «extranjeros para que me adulasen», lo cierto es que di a los huéspedes extranjeros posiciones modestísimas en

las que legítimamente se ganaban el pan. Nunca cobró Haya más de diez pesos diarios y siempre los trabajó. Agregado a mi secretaría particular, constantemente desempeñó comisiones, rindió labor en el departamento editorial, en donde consiguió para nosotros algo que vale más que todo lo que haya cobrado en sueldos: la autorización de Romain Rolland para la traducción de sus biografías de Beethoven y Tolstoi. Un intermediario de la Universidad con las juventudes americanas fue también Haya, y muy valioso, insustituible para el caso. En el otro caso notorio y, sin embargo, muy discutido, el de Gabriela Mistral, puedo también decir que sus sueldos nunca pasaron de veinticinco pesos diarios. Y el trabajo que rindió en viajes, informes, consultas y redacción de libros como las *Lecturas infantiles*, vale seguramente más que lo cobrado por ella. Favores en dinero, pues, no me debió nadie.

Y si más tarde unos y otros se han distanciado de mí, ello no supone ingratitud, sino obediencia al propio destino. Haya se inclinó al comunismo y esto tenía que apartarnos. En el fondo, nunca desapareció entre nosotros el afecto. De lo otro, es mejor no hablar… A quien contradice su propia vida y su convicción por el medro, no le puedo mostrar aprecio. No soy santo para olvidar, ni Dios para perdonar.

En cuanto a Haya, existe en él y en el APRA, su organización, el mal de origen de haber sido empollados por las delegaciones del protestantismo *yankee* en el Perú.

El gobierno de Oaxaca

El gobierno de Oaxaca había quedado vacante por el asesinato que Obregón hizo de su gobernador. Ninguna liga tuve con García Vigil, que me parecía un ambicioso por encima de sus tamaños, pero habían sido cordiales nuestras relaciones administrativas. A través de algunos diputados habíamos hechos gruesos envíos de material escolar a distintas escuelas rurales de la serranía. Uno de nuestros más activos misioneros, el conde Fox, escritor español, llevaba dos años de recorrer la sierra de Juárez en nombre de la Secretaría satisfaciendo las más urgentes necesidades. Más de media docena de misioneros inspectores de categoría tenían cubierto el territorio de la Mixteca y la costa. En el Istmo contaba yo con amigos personales, políticos y maestros, y con la plaza pública, es decir, con la simpatía de las vendedoras del mercado, las tehuanas hermosas que se ufanaban de haber sido llevadas en estampa a los murales de los edificios de la capital. En Tlaxiaco tenía los parientes de mi esposa y antiguas amistades de los Calderón. En la capital del estado no conservaba sino remotos parientes; pero todo el partido de García Vigil, que contaba con lo mejor del estado, al quedar disperso por la muerte de su jefe, comenzó a buscar mi apoyo en la capital. Nunca engañé a nadie; a todos los paisanos advertí que mi posición en el gabinete estaba concluida, que inauguraba mis escuelas para retirarme y que mi retiro significaría distanciamiento total del gobierno. Sin embargo, empezó a crecer por el estado la

decisión de hacerme candidato a la gubernatura local. Cierta mañana se me presentaron dos diputados, uno de ellos Genaro Vázquez; querían mi autorización para trabajar mi candidatura. Genaro Vázquez decía admirarme, había publicado unos versitos y alguna prosa, se miraba vivo, era joven y obsequioso, con esa peligrosa obsequiosidad que de pronto puede volverse mala voluntad rencorosa. Sospeché por intuición nasal que era el suyo tipo de callista, no de demócrata, y le advertí:

—No me explico que ustedes me propongan candidatura; probablemente no se han enterado; yo no soy, no seré callista; y si yo fuese al gobierno de Oaxaca no estaría un momento en paz con el Ejecutivo Federal mientras se llamase Plutarco Elías Calles...

—Pues precisamente por eso lo visitamos —alegó Genaro —, porque queremos para nuestro estado un hombre independiente...

—¿Y estarían ustedes dispuestos a ir hasta donde yo fuera, si mañana hay ocasión de combatir al callismo?

—Estaríamos dispuestos siempre a sostener la soberanía del estado...

—Entonces quizá los aproveche; pero déjenme algún tiempo para ver de dónde podemos sacar recursos, pues no gastaré un peso de mis ahorros para una aventura política; cuento con esos ahorros para sobrevivir al callismo peleando; por eso no he de gastarlos sino en alimentos, para que me duren...

A los pocos días me visitó una comisión de los senadores oaxaqueños. Uno de los Maqueo Castellanos alto, blanco, fuerte y simpático, de la vieja estirpe castellana que dio gloria al estado...

—¿Y si se ofrece pelear?

—No tenga cuidado, lo apoyaremos...; en el Istmo cuento con esto y lo otro...

—Es que Calles...

—Calles es un tal por cual; si no fuese porque lo odiamos no lo veríamos a usted...

Otro senador decidido era el rico Eleazar del Valle; ofreció contribuir para los gastos; creo que adelantó una suma para el comité, que con toda prontitud quedó integrado. Y sin avisárselo ni a Gastélum, di a la prensa la noticia: «He aceptado mi postulación como candidato al gobierno de Oaxaca.» «Es necesario demostrar —añadí— que si no hay civiles en los altos puestos no es, como andan diciendo los diarios serviles, porque no tienen valor los intelectuales para afrontar una lucha... Yo la afrontaré y veremos si los militares me dejan o no me dejan triunfar.»

Cuando Gastélum vio estas palabras en los diarios, se me presentó consternado.

—¡Quién sabe qué irá opinar el general! —expresó.

Entonces le hablé con franqueza:

—Mire, doctor: He hecho esto de propósito; quizá sea una inconsecuencia política no haber consultado antes el caso con el presidente; pero, en primer lugar, si triunfo, no quiero deberlo al apoyo presidencial, sino al pueblo. Y si no me dejan triunfar, entonces tendré el pretexto que busco para romper con toda esta situación que me asquea. No se sorprenda, pues, doctor, y prepárese a atender toda la oficina, pues mañana llevo al acuerdo mi renuncia, que ahora sí no me será rechazada, porque no seré candidato y ministro.

Terminé de informar acerca de unos cuantos asuntos de trámite, y cruzando los brazos sobre la mesa del acuerdo le dije a Obregón:

—Ahora sí, éste es mi último acuerdo; aquí le presento mi renuncia con mi agradecimiento; no he podido faltar al deber de aceptar mi postulación por mi estado. No me importa el gobierno; pero no quiero que se diga que en momentos de crisis fallé a mis paisanos; el estado se halla amenazado de caer en manos de un pobre imbécil que patrocina el callismo, y es mi deber contribuir a salvar a la patria chica de la imposición y la barbarie... Vea usted —le dije a Obregón mostrándole telegramas que había recibido esa misma mañana—; hasta los militares de mi estado están de acuerdo con mi candidatura.

Y con disgusto vio las firmas de dos ameritados jefes con mando: el general Pineda, juchiteco y hombre culto y bueno, y el general Charis, inculto, pero que deseaba el bien de su región. Con sus soldados había defendido al gobierno durante la rebelión delahuertista. Ni modo de decir que mi candidatura tenía origen delahuertista; todo el estado, los recién caídos y los triunfantes, los de García Vigil y los Charis, los Pineda, estaban conmigo...

Obregón se quedó pensativo y contestó:

—Bueno; por lo menos, celebro que el motivo de su renuncia sea tan honroso. Reconozco que no le queda a usted otro camino que aceptar el llamamiento de su estado.

En Oaxaca estaban de guarnición fuerzas de Almazán. No ocultaron sus simpatías, y muchos oficiales de la capital del estado abiertamente alabaron mi candidatura. Todo estaba a mi favor, menos la venia presidencial. ¿Se decidiría Obregón a consumar un atropello en Oaxaca como ya lo estaba consumando en todo el país? ¿Y un atropello en contra de su mejor colaborador, según lo expresó él mismo en la respuesta que dio a mi renuncia, en la cual me llamaba genial y cuyo texto apareció en todos los diarios?



Tehuana, por Saturnino Herrán.
«En el Istmo contaba yo con amigos personales…»

Por lo pronto, estuve de moda una o dos semanas en la metrópoli. Nunca había aceptado un banquete de mis subordinados; pero ya fuera no pude rehusar el homenaje que organizó Gastélum y al cual se agregaron generosamente los intelectuales todos de la ciudad, aun algunos que no habían mantenido relaciones con la Secretaría. Para ofrecerme el banquete escogieron a Alfonso Reyes, mi amigo del Ateneo, que empezaba a figurar como intelectual del callismo. Pertenecía Reyes a Relaciones; hallábase de paso, y regresaba a Francia como encargado de negocios, encargado, en realidad, de guardarle el puesto de ministro a Pansi, que esperaba ser lanzado por Calles del gabinete. En su discurso concertado con el gobierno, Reyes hizo la declaración de que si bien yo había prestado servicios ilustres a la república, debía yo reconocer que para ello se me habían dado facilidades sin mengua de mi libertad de pensamiento y de acción, lo que probaba la liberalidad del gobierno. Pareció un poco extraña aquella observación, pero no la dejé pasar por alto; contesté que ya era tiempo de que México se sacudiese la reputación de canibalismo que tan justamente había estado ganándose en los días que vivíamos. Se insubordinaron por primera vez en esta comida algunos lacayos. Diego, que ya se había puesto a pintar en los muros de la Secretaría, arriba de las decoraciones por mí sugeridas, y rompiendo el plan general de la obra, unas alegorías en honor de Zapata y de Felipe Carrillo, el mártir callista, se puso a injuriar bajamente al ya casi anciano don Ezequiel Chávez. El antiguo pensionado de la dictadura porfirista comenzaba a hablar de comunismo y adulaba a los nuevos, temeroso de que lo echasen a la calle, ya que uno de los cargos que se esgrimían en mi contra era el haberlo apoyado. Le dio resultado la maniobra; pronto fue el pintor oficial del nuevo régimen, y un año o dos más tarde, cuando

empezó a ladrarme el callismo por lo que escribía desde mi destierro, el gran Diego Rivera me retrató, en el patio posterior del edificio que había yo levantado, en posición infame, mojando la pluma en estiércol.

El Machete no hizo lo propio; por el momento, *El Machete*, órgano de los comunistas de la pintura, se puso a mis órdenes, apoyó mi candidatura con artículos que, por supuesto, nadie leía en Oaxaca. De todos modos, y por de pronto, agradecí el gesto. No estaba yo bien, que digamos, con el grupo. A uno de ellos, ayudante de Diego, lo había reñido cuando fue a exigirme la paga de Goldsmidt, el profesor judío de Economía Política que tuve el mal tino de traer de Buenos Aires, engañado por su fama de experto. Resultó un conferencista enredado que nadie entendió en la cátedra; pero se hizo el cerebro de una faccioncita de intelectuales comunizantes. Reclamaba el pintor porque a una personalidad de la talla comunista del señor Goldsmidt se le demorase el pago de los sueldos. Ahora bien: todos los empleados del gobierno se hallaban en circunstancias idénticas, a causa de la rebelión, y nadie reclamaba preferencias. Por lo que respondí al pintor:

—Ya sé que en Rusia se paga primero a los jefes y a la *intelligentsia*; pero como yo no soy bolchevique, sino cristiano, el profesor Goldsmidt será pagado cuando le toque su turno; y el turno es como sigue: primero se pagan los sueldos menores: los mozos de servicio y las taquígrafas; después, los sueldos medios, y sólo más tarde los sueldos grandes. En cuanto a mí, cobro el último.

Mientras estuve en la Secretaría, todos estos intelectuales de sindicato me proclamaban un gran revolucionario, el modelo casi de la acción desde el poder. Y eso que me divertí con ellos cuando se organizaron en sindicato. Siqueiros me

comunicó la creación del sindicato. Lo acompañaban tres ayudantes; vestían los tres de *overol.* Durante dos años le había estado teniendo paciencia a Siqueiros, que nunca terminaba unos caracoles misteriosos en la escalera del patio chico de la Preparatoria. Entre tanto, los diarios me abrumaban con la acusación de que mantenía zánganos con pretexto de murales que no se terminaban nunca o eran un adefesio cuando se concluían. Resistí todas las críticas mientras creía contar con la lealtad de los favorecidos, y a todos les exigía labor. En cierta ocasión, por los diarios, definí mi estética: Superficie y velocidad es lo que exijo, les dije exagerando; y expliqué:

—Deseo que se pinte bien y de prisa, porque el día que yo me vaya no pintarán los artistas o pintarán arte de propaganda. A Diego, a Montenegro, a Orozco, nunca se les ocurrió crear sindicatos; siempre me ha parecido que el intelectual que recurre a estos medios es porque se siente débil individualmente. El arte es individual, y únicamente los mediocres se amparan en el gregarismo de asociaciones que están muy bien para defender el salario del obrero que puede ser fácilmente remplazado, nunca para la obra insustituible del artista.

Así es que cuando se me presentaron sindicalizados, precisamente los que no hacían labor, divertido, sonriendo, les contesté:

—Muy bien; no trato ni con su sindicato ni con ustedes; en lo personal, prefiero aceptarles a todos la renuncia; emplearemos el dinero que se ha estado gastando en sus murales, en maestros de escuela primaria. El arte es lujo, no necesidad proletaria; lujo que sacrifico a los proletarios del profesorado.

La cara que pusieron fue divertida. Se retiraron confusos.

Pero contaban con mi amistad y no tuvieron de qué arrepentirse. Al salir rogaron a alguno de los secretarios: Dígale al licenciado que no vaya a cesarnos; seguiremos trabajando como antes. Y todo fue tempestad en un vaso de agua. Conviene declarar en este punto que cada uno de los artistas ganaba sueldos casi mezquinos, con cargo de escribientes, porque no me había atrevido a inscribir en el presupuesto una partida para pintores, porque seguramente me la echan abajo en la Cámara. No se había habituado aún la opinión pública a considerar el fomento del arte como obligación del Estado.

En los días en que Diego me pintaba de corruptor de la verdad, por causa de mis escritos contra el callismo, los del sindicato, convertidos ya al comunismo, me llamaban en sus escritos «el ministro burgués». Vivía yo en aquellos días de mis colaboraciones en los diarios de América, y los comunistas, del presupuesto callista.

El general Calles, que les pagaba los sueldos; sus ministros de Estado, sus generales, sus gobernadores, y las queridas de Calles, de los ministros, de los gobernadores, etcétera, etcétera, compraban propiedades, mantenían estancias, empleaban peones, sostenían industrias, pero ninguno de estos funcionarios merecía de los comunistas el dictado de burgueses; los que no teníamos renta, ni empleados, ni criados, ésos éramos los burgueses.

Leído este aparte, el lector se dará cuenta de la importancia cómica que tuvo para mí el apoyo de *El Machete* en mi campaña de Oaxaca. ¿Creyeron los ingenuos que yo iba a ganar?

En realidad, yo sabía que iba a romper públicamente con el gobierno para justificar mi oposicionismo futuro. La imposición en Oaxaca desenmascararía al régimen.

La candidatura Flores

Los conservadores, con su torpeza habitual, improvisaron una candidatura independiente que, después del fracaso del delahuertismo armado, no serviría sino para legalizar la situación de Calles. Parece que la impaciencia de figurar, aunque sea en mascaradas, domina a ciertas gentes con perjuicio de la sensatez. Y siempre topan con brutos que ni siquiera honran la derrota. Era el general Flores un ex marinero común, probo como administrador e inculto más que Calles, desconocido fuera de su estado y apto, a lo sumo, para coronel de guardias rurales. Una vaga esperanza de que la reputación que como militar disfrutaba Flores le diera arrastre para una rebelión justificada por el atropello electoral y ya no prematura como la de De la Huerta, le creó partidarios. Y el país, aun sabiendo que no lograría libertarse, por simple repugnancia del callismo votó por Flores el día de las elecciones. Elecciones que, por su puesto, fueron una farsa miserable. Las padecí en la capital; no se vieron por las calles ese día sino carros blindados del ejército con torretas para las ametralladoras. El pueblo, asustado, se quedó en su casa y votaron los funcionarios públicos. Cuando me requirieron a mí para votar en mi distrito, les dije:

—Hagan público que no voto porque no hay garantías para el voto, e impónganme la multa que prevé la ley. Quiero provocar el escándalo de que se sepa que no voté.



Gral. Ángel Flores (1883-1926).
Fue candidato a la Presidencia de la República en 1924

El cómputo lo hizo el gobierno a su antojo, y en cifras globales inventó miles de votos para Calles; y unas docenas de votos para Flores, que, por cierto, se pasó el día de la elección recluido en su estado y enfermo. Nunca pudo recorrer el país en propaganda porque donde llegaba lo tiroteaban los del ejército; en Guadalajara le pusieron una bomba bajo el balcón; en Irapuato le hicieron descargas soldados disfrazados de paisanos; etcétera. El descaro era ya la regla y la ufanía. La risa canalla del funcionario, insolentado por el fácil e ilegítimo triunfo, era coreada por públicos acobardados con las matanzas.

Comenzaba la apoteosis de los asesinos. Al de Francisco Villa, Barraza, lo sacaron de la cárcel con pretexto de afiliarlo a las tropas que perseguían a delahuertistas, y en grado de coronel podía aspirar a la presidencia. Nunca, ni en los tiempos de Carranza o de Victoriano Huerta, las charreteras encubrieron atropellos más cínicos.

En cambio, el candidato oficial, don Plutarco, usando trenes enteros del ferrocarril, que el gobierno le facilitaba gratuitamente, se paseaba de un extremo a otro del país organizando francachelas, jugando a las cartas, profiriendo chistes soeces y, de cuando en cuando, solazándose con la noticia de que algún enemigo rezagado pagaba con la vida el delito de no querer de presidente a un asesino.

Uno de los actos más cínicos fue el de la presencia de Calles en las festividades del aniversario de Zapata. Todavía ese año mandé yo mi corona como particular y amigo, más que de Zapata, de los zapatistas. Cuando mataron a Zapata yo me hallaba en Estados Unidos, enemistado con Carranza, que lo mandó matar. Cuando mataron a Zapata, Calles pertenecía al gabinete de Carranza, que ordenó el asesinato. Y siguió Calles en el gabinete después de la emboscada

indigna, de suerte que se solidarizó con ella. Sin embargo, el zapatismo oficial, ávido de colarse en la nueva situación, tuvo a bien invitar a Calles a la celebración de ese año. Aceptó Calles la invitación y se presentó a la fiesta con gran séquito. Allí se dio el caso doloroso de que Díaz Soto, que peleó contra Carranza, y por ende contra Calles, al lado del caudillo suriano, entonces, ante la tumba de su ex jefe, proclamó a Calles el nuevo abanderado de los principios revolucionarios…

También Manrique

Sí, también Manrique, a quien Calles, como Ministro de Gobernación, le había arrebatado el triunfo al gobierno de San Luis, se hizo callista. También Manrique me volvía el rostro en la calle para evitar saludarme, porque yo andaba mal...; me estaba haciendo reaccionario, y Calles encarnaba la revolución, era representativo popular. «Mientras los intereses del pueblo descansen en los recios hombros de estos dos grandes revolucionarios, Obregón y Calles, debemos estar tranquilos», había dicho Díaz Soto en plena Asamblea legislativa, y cuando poco antes habían expulsado a cuarenta de sus colegas por no ser dóciles a la nueva dictadura. Después de todo, pensé, Díaz Soto sirvió a Zapata, no se sintió tamaños para jefe y se puso a las órdenes de un zote. ¿Y Manrique? ¿Desde cuándo era revolucionario Manrique? ¿Cuándo ha hecho oposición sin cobijarse a la sombra de algún general?

Su general del momento era Cedillo. De regreso de Austin me había tocado visitar a algunas poblaciones de San Luis, por invitación de Manrique. En el trayecto se nos unió Cedillo con su carro especial y su escolta. Lo recuerdo en nuestra entrada a Matehuala. Caminando todos a pie por la calle enflorada, pero sin pavimento, levantábamos tanto polvo como un ganado. Hacía calor infernal de tarde de verano en la meseta. Cedillo se secaba el sudor con gran pañuelo que en seguida se enredaba en el cuello. Y observó

que yo marchaba relativamente tranquilo:

—¿Qué hace para no sudar, licenciado?



Saturnino Cedillo (1890-1939).
Jefe de las operaciones militares en San Luis Potosí

—General: es que no como con manteca de cerdo.

En seguida, al regreso rumbo a la capital, me hizo pasar un rato a su vagón privado; me ponía el brazo al hombro y yo recordaba su lealtad cuando nos tuvo prisioneros casi, en los días de Eulalio Gutiérrez y la Convención. En cierto modo nos estimábamos. No niego el fondo de intención generosa que hay a veces en estos sujetos que si se quedaran de comandantes de guardias rurales quizá le harían bien al país; lo malo es que en el caos nos resultaban gobernadores, ministros y presidentes. Pero seguiré narrando. Cedillo me sentó a su lado y empezamos a evocar los viejos tiempos de la revuelta en que él figuró como carrancista primero, como villista después, cuando todos protestamos contra Carranza. Y Cedillo no había dejado de lado las armas; había inventado por allí unas colonias militares que le permitían tener a su gente reunida y armada. Error que Obregón no pudo o no supo evitar el de estos caciques que se hacen dueños de vidas y haciendas, de extensas regiones que así escapan a la vida civilizada. Medita el general y exclama:

—¡Ah, qué pendejos éramos antes! ¿Verdad, licenciado?

—¿Por qué, general?

—¡Ah…! pues, nomás fíjese: antes cogíamos prisioneros y los poníamos en fila, los fusilábamos…; ¡qué pendejos!, ¿verdad, licenciado?

—Pues, dirá usted, qué salvajes…

—No, licenciado; pendejos; qué, ¿no ve que así se gasta parque y se hace ruido…? Ahora no; ya hemos aprendido; cuando se agarran prisioneros se les cuelga de los árboles; así se ahorra parque y no se hace escándalo… ¡Ja, ja, ja…!

A este hombre lo habían de hacer los conservadores su candidato a la presidencia y esperanza de la salvación de la república. Llena las condiciones del modelo que desde la Independencia andan buscando…

La despedida

Visité a Obregón antes de salir para Oaxaca. Lo hallé reservado, pero todavía cordial.

—¡Quién sabe, licenciado, qué decepciones le depare la política local! Ya usted sabe, siempre es fácil ser víctima de autoridades inferiores, irresponsables. El centro no siempre puede otorgar las garantías necesarias.

—No, general; en mi caso no hay problema, porque cuento con todo el estado; propiamente no tengo rival. El candidato que quieren por allí oponerme se retirará porque es un sujeto de buena fe a quien conozco y que parece me estima. El apoyo que tenga se lo deberá al gobernador Ibarra; pero aun éste me ha mandado recados amistosos. Enemigo dentro del estado, no tengo. Ahora, por supuesto, el callismo tratará de moverse; no creo que pueda ver con buenos ojos mi candidatura. En todo caso, si triunfo, usted puede estar seguro, desde su retiro, de que en Oaxaca tendrá a un amigo personal, invariable.

—Eso no lo dudo, licenciado. Y a propósito, usted no ha de andar sobrado de fondos; si usted quiere podríamos facilitarle una suma para los gastos de la campaña; así se ha hecho en muchos casos...

De sobra sabía todo el mundo que así se habían estado creando gobernadores en los últimos meses, sin consulta con la opinión local y con abundancia de fondos procedentes del Tesoro de la Federación.

—En mi caso, general —le contesté—, no es necesario gastar mucho dinero; he puesto la condición, antes de aceptar, de que yo no aportaría dinero, porque no lo tengo y porque, además, creo que ése es un recurso de candidatos impopulares; yo no tengo que crearme popularidad; la tengo; pero —añadí— un favor sí quiero pedirle... Usted sabe que he trabajado cuatro años dedicado exclusivamente a mi tarea oficial, desatendiendo en absoluto mis intereses particulares. Cuento con unos veinte o treinta mil pesos en efectivo que proceden de mis ahorros; pero voy a tener muchos gastos personales. Quiero pedirle lo que cualquier empleado tiene el derecho de solicitar de una empresa con la que ha trabajado. Quiero que usted libre órdenes para que por toda indemnización se me abonen dos meses de sueldo, o sea, más o menos seis mil pesos...

—Por supuesto, no faltaba más; si eso es una miseria y, además, como usted dice, es un derecho; cuente usted con esa suma...

Tan mezquinamente se portó después que ni cumplió su promesa de mandarme abonar esos sueldos, ni yo insistí en pedirlos; nunca llegué a cobrarlos. Sólo a los bribones trató bien aquel gobierno.

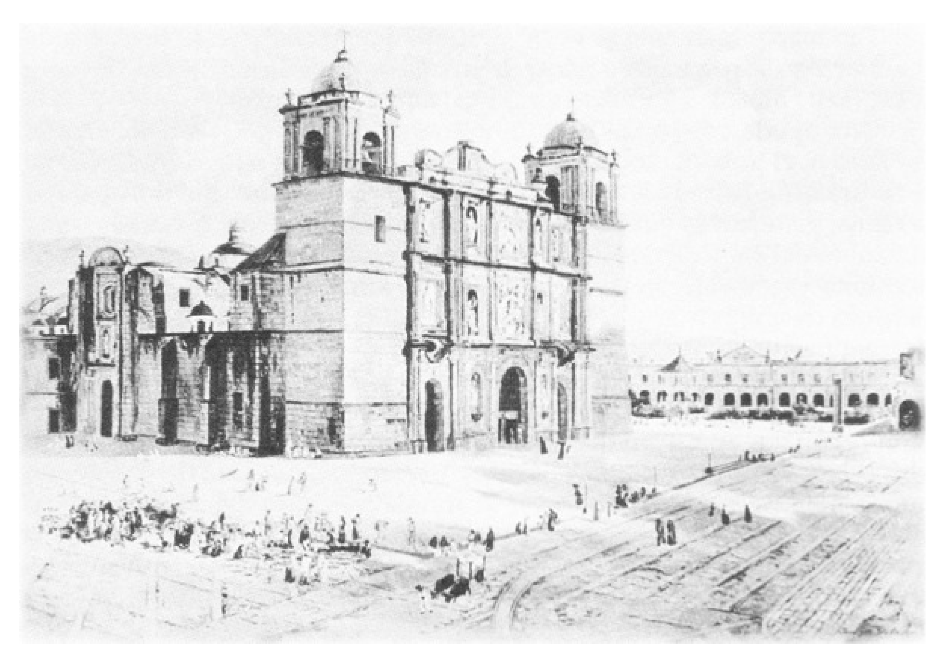
Una ayuda extraña al Estado obtuve, sin embargo, y sin solicitarla. En Jalisco, el gobernador Zuno se había quedado en situación difícil. La revolución de Estrada le ocupó la capital; él se escondió mientras pasaba la racha; pero parece que no adoptó una actitud muy clara; el hecho es que al triunfo del callismo los de Morones quisieron destituirlo valiéndose de organizaciones obreras jaliscienses por ellos manejadas. Se salvó Zuno después de entrevistarse con Obregón, y allí estaba en Guadalajara, prácticamente sitiado, malquisto con una parte de los vencedores, pero con

bastante dinero a su disposición. Zuno me mandó recados amistosos animándome a continuar en la aventura de Oaxaca. Unos cuantos gobernadores civiles en medio del nuevo pretorianismo callista podríamos, tal vez, salvar la democracia en un futuro próximo. La ilusión de una era en que la política pudiera imponerse al simple mandato del cuartel movía, sin duda, a Zuno, y también la afinidad intelectual; el hecho es que contribuyó con tres mil pesos al fondo de mi campaña política. Nunca lo revelé porque salí derrotado, y hacerlo era comprometerlo. Ahora lo hago en testimonio de gratitud no prescrita.

Para una campaña política democrática, la prensa es factor decisivo. De nada sirve ir teniendo éxito, lograr que se reúnan muchedumbres, si no hay quien lo diga. Por otra parte, más que al gobierno del estado me interesaba demostrar a la nación que, aun contando con la popularidad y con los votos, era el gobierno del centro, es decir, Obregón, quien se oponía a mi triunfo. Entre otras cosas, este atropello me daría justificación para el rompimiento público que ardientemente deseaba. Motivo personal hasta aquel momento no me lo había dado el presidente, y mis quejas de orden general, por discrepancia de su política, las había ya expresado al renunciar por lo de Field Jurado. Mucha gente se inclinaba a excusar a los vencedores alegando los yerros del delahuertismo y la ineptitud del candidato derrotado, señor Flores. Mi caso, en cambio, iba a ser notorio. A diario publicaba la prensa adhesiones procedentes de todos los rumbos del estado. En cada población se organizaban espontáneamente comités vasconcelistas y faltaban apenas dos o tres meses para las elecciones. Ni posibilidad material había de que otro candidato ganara la delantera. Con objeto de hacer palpable esa situación, procuré ganarme a los diarios de la capital. Nada era en el momento más fácil.

Recién salido de Educación, todo el mundo reconocía la importancia de la labor allí realizada, y ligado todavía con el gobierno, nadie me escatimaba el título de educador excelso y jefe de la intelectualidad nacional. La contraorden gubernamental aún no se giraba.

Entre todos los diarios, era *El Universal* donde contaba yo con más amigos, desinteresados todos, como Jacobo Dalevuelta y Vargas Maza, dos oaxaqueños llenos de entusiasmo porque a su Estado iba persona con letras, después de tanto gobernador palurdo. Desgraciadamente, estos dos periodistas se hicieron callistas; pero recuerdo con agrado los días en que lucharon por los mejores intereses de su patria chica. Lo único que pedí a la prensa es que mandara conmigo enviados y que informaran con exactitud sobre el curso de la campaña. Todos los periódicos lo hicieron, pero *El Universal* se distinguió por el espacio dedicado a las noticias y el calor, la veracidad de las informaciones. La antipatía general contra Calles era tanta, que por un momento fui héroe nacional, no sólo local. Se comprendía que mi empresa oaxaqueña era un reto a los poderes dictatoriales que adoptara Obregón y que Calles prometía continuar con mayor precio de sangre. Una vaga esperanza iluminaba los ánimos; acaso el gobierno me dejaría triunfar, para no acabar de cubrirse de ignominia. Y entonces mi triunfo en Oaxaca podría ser el comienzo de una reconquista de la democracia, hecha pedazos en las batallas de Ocotlán y de Veracruz que impusieron al callismo.



Catedral de Oaxaca, obra pintada por José Ma. Velasco

Sólo una nube apareció por Oaxaca y al principio pareció insignificante. Un grupo obrero, organizado de prisa por los de Morones, declaró que, aun reconociendo mis méritos, no apoyaba mi candidatura, se declaraba en favor de mi rival que, según decían, estaba más cerca del proletariado.

Era mi rival un protegido del gobernador en funciones, Ibarra, que cuando supo mi designación de candidato pretendió retirarse de la lucha y adherírseme. En distintas ocasiones me había visitado para obtener material escolar para escuelitas pequeñas de la sierra de Juárez, su región. Le decían general, pero él mismo no se tomaba en serio en esa calidad; era, más bien, político regional modesto y bastante sincero. El plan de Ibarra era gobernar a través de él. Este Ibarra, otro indio de la sierra, era político listo que había saltado entre delahuertistas y callistas, resuelto a construirse en Oaxaca un feudo. El obstáculo para sus ambiciones había sido García Vigil, que contaba con la gente consciente del estado. Y cuando supo que toda esa gente consciente y

patriota me había convencido para que los ayudara, Ibarra exclamó:

—Me han dado montañazo... Es mucho candidato Vasconcelos para este pobre estado.

Pero el telégrafo directo de la presidencia lo tranquilizó; antes que nadie supo Ibarra en Oaxaca que yo iba en rebelión con el centro y, al efecto, empezó a tomar disposiciones.

Aliándose con el grupito obrero de Morones, el gobernador hizo correr la especie de que ya se preocupaba de reunir fuerzas de policía, porque estaba resuelto a evitar el atentado que, según noticias, se preparaba en mi contra el día en que desembarcase en la capital del estado. No había tal atentado, sino únicamente intención de amedrentarme. No pasaban a creer que yo abandonase las comodidades de mi posición en la metrópoli para ir a recorrer oscuros distritos de un estado que se ha ido quedando atrás en el progreso material de la república. El procedimiento de asaltar, balacear a los candidatos independientes, comenzaba, por otra parte, a ser norma callista. En esa forma habían deshecho unos meses antes al general Flores, y eso que el distinguido militar imponía con su talla vigorosa de ex alijador de Mazatlán y se hacía acompañar de amigos empistolados. No faltó, pues, quien creyese que el anuncio de los desórdenes que se preparaban en Oaxaca para el día de nuestra recepción bastaría para hacerme desistir del viaje. Llegaron a insinuar algunos que no era ni necesario que visitara el estado, porque la campaña podría desarrollarse sin mi presencia, dirigida por mí desde la capital.

Nunca me ha gustado hacer las cosas a medias. Puesto que había aceptado la aventura la llevaría adelante y visitaría no sólo la capital, sino también distritos donde sólo

se puede penetrar a lomo de caballo, por desfiladeros y por veredas.

Entrada triunfal

No había que perder tiempo si queríamos aprovechar el entusiasmo que provocó el anuncio de mi aceptación. Antes de que el enemigo, instigado por el centro, patrocinado por el gobierno local, se organizase, era menester tomar por asalto democrático las poblaciones principales del estado. Y nos dirigimos a la capital. En Puebla se hizo el primer alto, para pasar la noche. Nuestra comitiva era numerosa: la componían casi todos los diputados locales, ex vigilistas, un coronel de fuerzas irregulares del estado, un líder de ferrocarriles, más los secretarios y los oradores jóvenes, todos del estado. De la estación de ferrocarril se nos llevó al palacio del Ayuntamiento de Puebla, que estaba todavía en manos de concejales cultos y no políticos que obedecen órdenes de un partido, sino profesionales, y si mal no recuerdo, me declararon huésped de honor de la ciudad. En la noche, en el hotel, se nos obsequió con un banquete que dio lugar a una oratoria entusiasta pero medida, tranquila. Íbamos a una lucha democrática; no llevábamos mala voluntad para nadie. El estado, en un instante de crisis política, llamaba a uno de sus más preclaros hijos.



Monte virgen, de Kart Nebel

No hubo intención de desafío para nadie; tácitamente confiábamos en el honor del gobierno del centro, que no

tenía motivo justificado para oponerle bandera negra al candidato popular.

Al día siguiente, travesía calurosa por el cañón de Tomellín; conversaciones llanas, cordiales, con aquel grupo de jóvenes políticos que no se habían enriquecido en los cargos públicos ni habían caído en la moda posterior de ir a pedir a la presidencia un gobernador local grato al centro. Elegían ellos mismos a su jefe, poniendo un ejemplo al país, actuando como si la Constitución y las leyes estuviesen realmente vigentes. Apenas cruzamos los límites del estado empezaron a verse las estaciones llenas de un gentío pintoresco. Manta clara los hombres, y zapato del país, blusa y rebozo las mujeres, vítores y flores, y en las explanadas, frente a las estaciones, aquel lujo de la cohetería oaxaqueña, discípula de la sevillana, ruedas catalinas y castillos, cohetes de luces, bombas, iluminación profusa.

¿Quién pagaba todo aquello? ¿Quién lo había organizado? El pueblo mismo, que es más consciente de lo que se cree y obra por su cuenta cuando está contento. Nosotros viajábamos en el vagón ordinario del ferrocarril sin pases de favor, pagando en el camino nuestras comidas.

Según se avanza por el estado hay no sé qué milagro del aire que primero distiende el cuerpo, luego lo penetra de fuerza. La respiración se siente y satisface. La vegetación tupida revela una frondosidad peculiar, variada, casi barroca y robusta de savias, como las catedrales, las torres de la región. Perdurable y macizo es el signo de aquellos valles que por algo eligió Hernán Cortés para su sede.

El hablar de la gente es franco y resonante: se ha quedado atrás ese tono de sordina que en Puebla, y en México mismo, tiene el trato. Las palabras fluyen a plena luz, como los panoramas y los sones de la música vernácula. Las ruinas

indígenas semiocultas por Monte Albán y las ruinas de la Colonia, todavía lucientes en villas y aldeas, dan testimonio de que hubo por allí razas próceres. No es región vacía de la tierra la que se aborda. Los huertos están tupidos de gruesos mameyes y mangos de soberbios follajes. Los frutos recuerdan la poesía del *Ramayana*. El parentesco del trópico nos liga con la India a través de los mares y también la experiencia de los viajeros, los guerreros que poblaron la región en la época española, hombres de mundo en su tiempo. La barbarie es en Oaxaca superficial; se rasca un poco y aparece Castilla en las tradiciones, las costumbres, la sangre de la Colonia. Se ahonda un poco más y se descubre en el indio mixteco, en el indio del valle, algo del ingenio que levantó los palacios de Mitla, los túmulos mixtecas, ricos en jades corrientes y en joyas sospechosas.

El conjuro de la meditación se apodera de nosotros. Se vuelven irreales las cosas en el velo del crepúsculo. El vagón se ha llenado de gente. Es hora de descender; sucédense los saludos y las presentaciones; afuera, por la avenida que conduce a la ciudad una multitud grita, se mueve, se regocija. Me toman del brazo, de un lado Genaro Vázquez, del otro el presidente del comité local que acaba de improvisarse, el excelente amigo doctor Emilio Álvarez, y nos enfrentamos al pueblo de la capital de Oaxaca. Una sonora aclamación va rodando como ola que busca una playa. En muchas manos hay teas encendidas. Se grita, se pide paso, se abre la muchedumbre, que en seguida se va cerrando por detrás, sumándose a un largo, innumerable desfile. A paso de marcha avanzamos. Desde las primeras casas vemos gente en los balcones. Muchas puertas están iluminadas; de no pocas rejas cuelgan guirnaldas de laurel y rosas. Los que están asomados aplauden. Cuando desembocamos a la plaza principal, un gran clamor llena los

ámbitos; no hay espacio libre. ¿En dónde estaban los enemigos que habrían de asaltarnos, habrían de dispersar a nuestros partidarios? Desfilaríamos por enfrente a palacio. Alguien simuló golpe de tambores a retaguardia; entramos en formación de veinte o treinta, lo que daba la calle. En el palacio de gobierno había luz, y en la puerta, los centinelas de reglamento. De pronto, una sorpresa: el gobernador Ibarra salió al balcón central con media docena y ayudantes, se quedó viendo el desfile, sonrió y aplaudió. Nos cruzamos saludos y vitoreó todo el pueblo. A la izquierda, al costado de la catedral, estaba la casa de dos pisos del doctor Emilio Álvarez. En la azotea, un gran retrato y un letrero la indicaban como el Centro Vasconcelista. Desde el balcón de esa casa tuve que hablar. Di la enhorabuena al pueblo de Oaxaca porque se sacudía influencias extrañas y se daba a sí mismo gobierno. Ya era tiempo, añadí, de que los militares se dedicasen a la milicia y que el gobierno recayese en los hombres de letras. Acusaban al intelectual de indecisión: allí estaba yo para sumarme a la voluntad de los oaxaqueños. No sé bien si esto es lo que dije o lo que debí decir; todo ello se me ha vuelto un sueño que no me importa rectificar: el que quiera hacerlo hallará los datos auténticos en la prensa de la época, por ejemplo, en *El Universal* de aquellas fechas, que fielmente transcribía cuanto le mandaban los corresponsales. No se hallarán discrepancias de hecho entre lo que allí consta y mi relato. El recuerdo no deforma ni falsifica; si es sincero, conforma y purifica, selecciona la memoria, olvidando lo trivial, exaltando la esencia.

Mi discurso, dicho con la voz apagada que me es habitual, se escuchó apenas y fue superado por los oradores locales que me precedieron y me siguieron. Maqueo Castellanos habló bien, con voz clara y vigorosa, y así también algunos jóvenes cuyos nombres mucho lamento no tener a mano.

Entre todos dieron a conocer al pueblo la promesa de que saldrían nuestros colaboradores del Instituto de Ciencias, no del cuartel ni de la mafia política. En los salones del partido cualquiera pudo ver que no nos rodeaban los señoritos de la ciudad, pobre castigada provincia que ya ni tiene señoritos, sino el carpintero, el herrero, el pequeño mercader y el pueblo de toda denominación, vivaz y contento de la inesperada ocasión democrática, después de la macabra serie de los gobernadores que llegan acompañados de ametralladoras.

Esa misma noche, desde el balcón y ante la multitud que no se dispersaba, se leyeron mensajes de adhesión, de congratulación de la mayoría de los distritos. La ciudad entera se regocijó. Parecía no haber contrincante. El alto comercio anunció para fecha próxima un banquete de agasajo. Los militares de la guarnición, repartidos entre el pueblo, compartían su satisfacción. Un grupo de oficiales me pasó un saludo. No está el mal en la oficialidad, a menudo más culta que sus jefes. El mal está en los jefes. Pero aquella noche, también el cuartel estuvo con nosotros. Y la ciudad creyó que tanta sangre derramada en una revolución que ya entonces parecía no acabar nunca, iba, por fin, a dar frutos… ¡La democracia era un hecho en nuestro suelo…!

No contábamos con Obregón.

Su voluntad se movía en secreto. Y era el gobernador Ibarra su instrumento. Tan cordial se había mostrado Ibarra al principio, que, al otro día de la recepción, mi primera visita fue para él. Con toda formalidad me recibió en el Palacio y me conversó afablemente. Las órdenes que más tarde llegaron en seguida se hicieron sentir. El banquete que preparaba la Cámara de Comercio se aplazó de pronto. Y los rumores comenzaron a ensombrecer los ánimos.

Inesperadamente, una mañana un grupo de doscientos o trescientos desocupados se organizó en porra que, capitaneada por uno de los diputados de Ibarra, asaltó nuestras oficinas. No pudo penetrar en ellas porque siempre había allí buen número de voluntarios de todas las clases sociales; pero nos apedrearon, nos injuriaron desde el arroyo. Tranquilamente los vimos desfilar y los contamos, desde los balcones en que resistimos una que otra pedrada, sin contestarla. Entre tanto, nuestros amigos trabajaban con destreza. Los dueños de los puestos del mercado fueron conquistados fácilmente. Las mujeres del pueblo colaboraron con las damas. Toda la ciudad, en unión compacta, parecía decidida a hacerse respetar. Y previendo que la intriga se desarrollaría en los distritos, decidí apresurar la visita a la Mixteca. Me acompañaron a esa gira los candidatos a diputados locales, cuyos amigos dispusieron recepciones, crearon clubes, ganaron voluntades. Divididas las poblaciones en feudos sangrientos, basta con que uno cuente con cierto grupo para que los del bando contrario se declaren enemigos. Sin embargo, era a tal punto desconocido mi rival, que fácilmente nos impusimos, recorriendo los diversos lugares bajo arcos de papel y cohetes, acogidos con discursos y vítores. Para todo esto fue necesario consumar largas caminatas por la serranía, por desiertos senderos y territorios en que el pedregal vence a las mismas bestias. Viven las escasas aldeas del rumbo en desoladora pobreza. Siembras reducidas de maíz y de trigo animan un tanto los valles; unos cuantos borregos son el tesoro de los ranchos, y uno que otro indio, sin más aliado que el burro de carga escuálido, transita por la soledad de una tierra infecunda. Y con todo esto, tan vigorosa fue la creación de los siglos coloniales, que en todo lugar donde brota el agua, donde el valle rinde algún fruto, las aldeas se

levantan bien construidas de material perdurable y dotadas de comodidad.

Uno de mis partidarios, don Antolín Jiménez, montaba a mi lado; me enseñaba la comarca; luego nos hospedó en su casa. Nunca pude corresponderle sus atenciones. A tantos otros debí la fe en una empresa noble, el sueño de una Oaxaca civilizada, rehabilitada. Y no por mí; por todos ellos, que sólo aguardaban un gobierno que no estorbase, que no saquease, para ponerse a desarrollar todo género de recursos. De muchos ni los nombres recuerdo. Con los años se me van los patronímicos y esto me apena en el caso de los amigos. En cuanto a los otros, es divertido, pero así me acaece. No recuerdo, por ejemplo, el nombre de mi rival en aquella elección: sinceramente no sabría decir si se llamaba Teodoro Hernández o Pánfilo Gutiérrez. Ni en Oaxaca nadie lo recuerda seguramente, pues al año lo echaron para poner en su sitio a un malvado. En el relato lo llamaremos don Teodoro. Tampoco recuerdo el nombre cabal del que más tarde me opusieron de candidato de paja, en las elecciones presidenciales. Si uno lo veía, decía:

—He aquí al Prieto Ortiz.

Pero oficialmente lo apodaban Ortiz Rubio, acaso por ironía. La razón de todas estas reflexiones es que mientras las hago he querido rememorar el nombre de aquel muchacho talentoso y noble, candidato a diputado por Teposcolula, orador bravo y buen caballista, que hizo a mi lado todas las jornadas; después no se conformó con la derrota injusta; siguió incitando a la oposición, hasta que lo asesinaron los polizontes del gobierno en oscura emboscada. Así cada uno de los que me ayudaron, la flor y nata del oaxaqueñismo del momento, cayó en la sombra, en el olvido y en la impotencia, a excepción de los que traicionaron y por

su traición quedaron dueños de la ínsula que ya no sabe rebelarse contra sus opresores.

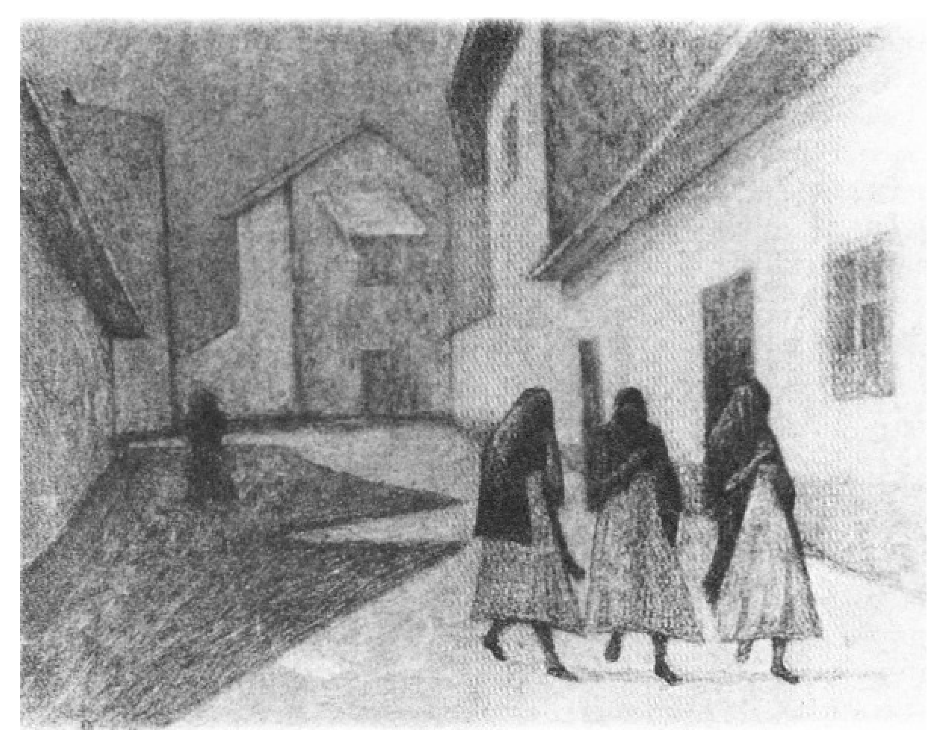
Azoteas árabes

Según se penetra en la meseta tlaxiaqueña, el panorama se torna espacioso y despejado; aumentan las siembras y mejora notablemente la construcción en las aldeas y los cascos de las haciendas. Frondosas arboledas dibujaban sobre el llano, el curso de ríos y arroyos que cantan por las quebradas. Sobre la tierra colorada pone su mancha verde el zacate. Y el camino se ensancha. A pocas leguas de la dudad cabecera del distrito, se nos presentó en briosas cabalgaduras una numerosa comisión de vecinos prominentes. El ranchero, el pequeño comerciante, el profesional, se habían juntado para recibir al candidato y también al medio conterráneo, el vástago del doctor Calderón, que tan buena fama dejara en Tlaxiaco, por los días de la guerra contra el Imperio. La emoción de conocer el pueblo en que mi madre había pasado los primeros años de su juventud me ablandaba el ánimo. Algo familiar me salía al paso, de la tierra y de los árboles, y también del habla cordial de las gentes que trotaban, galopaban a mi lado, y me ofrecían el pan y la sal de la hospitalidad. Unos parientes de mi esposa, según me anunciaron, estaban encargados de alojarme. La familia de Adelita, la madrastra de mi madre, me ofrecería en su casa un baile. Comunicando, de esta suerte, noticias gratas, trotaba a mi derecha un caballero cincuentón un poco grueso, burgués laborioso y deferente. Era el dueño, me dijo, del rancho que había sido de mi abuelo, en las afueras de Tlaxiaco, y lo ponía a mi

disposición. Si yo quería pasar allí unas semanas de descanso, no tenía más que avisarle.

—Encontrará usted en Tlaxiaco —añadió— gentes que todavía recuerdan a su madre. Y, como es natural, toda la ciudad está con usted, espera mucho de usted; aquí conocemos su obra de educación. A su rival lo ignoramos de todo a todo.

Conforme entrábamos por los ranchos se nos juntaban los de a caballo. Y si al principio éramos cuarenta, al entrar por las afueras del pueblo ya formábamos columna de doscientos a trescientos. Es Tlaxiaco una ciudad colonial bien construida. Fue en tiempo de los españoles centro industrial y agrícola de importancia. Quedan por allí los restos de una ferrería. Y las casas que aún están en pie denuncian una prosperidad considerable. Las calles son anchas, a estilo de Oaxaca; de un solo piso en su mayoría las casas, pero construidas de material con patios embaldosados, alcobas y salas espaciosas, zaguanes anchos y techos de azotea. Y allí estaba toda la población en las aceras y detrás de las rejas de hierro de las ventanas y en el pretil de las azoteas. Fisonomía árabe posee la ciudad aun por su población mestiza. Sin embargo, es culta, pues cuenta con escuelas desde los tiempos de la Colonia y algo le queda del viejo orgullo. A nuestro paso hendían el aire las serpentinas, llovía el confeti, adamaban los pechos varoniles y aplaudían las mujeres, alborotaban los niños. A pleno sol repicaban las campanas el anhelo de tiempos mejores para aquel olvidado rincón de la patria.



Camino a la Iglesia, obra de Carlos Orozco Romero

En la plaza, frente a la parroquia, se habían instalado las oficinas del partido nuestro. Se nos mostraron las listas de ciudadanos y sus adhesiones. Un cómputo de las aldeas del distrito comprobaba la segura pluralidad de nuestros afiliados. El sistema de reclutar indios analfabetos o trabajadores forzados del campo, para hacerlos desfilar como supuestos partidarios del candidato oficial, no se había practicado aún en Oaxaca. Todo el mundo daba por hecho que en la Mixteca era indiscutible nuestro triunfo. Faltaban dos meses para las elecciones, y el partido contrario no tenía representación ni simpatizadores resueltos en la comarca.

Apenas concluyó la comida logré desprenderme un poco de los amigos y escapé rumbo a la parroquia. Eran como las cinco de la tarde, y la sencilla torre esbelta escalaba un cielo azul límpido. Nubes blancas a distancia parecían el decorado de alguno de los primitivos de la escuela italiana. La fachada

barroca discreta, blanqueada, infunde reposo. Adentro, la nave espaciosa, tranquila, llena de paz. Peso de gran emoción me dobló sobre uno de los bancos desiertos. Un gran vacío como el de la nave desnuda se me abrió dentro del alma. Y revivió el fantasma de la joven pálida, un poco rubia, delgada y pensativa, que en aquella misma nave soñó y rezó sin sospechar la angustia del que vendría, cuarenta años después, o poco más, a buscar la huella de su ser, a preguntarle al misterio por ella.

¡Qué importaba toda la pompa y vanagloria de lo de afuera! El alma, sin saberlo y como por sugestión de sonámbulo, estaba allí en demanda de un contacto. Y aquellas paredes mudas no expresaban otro mensaje que la tristeza de las generaciones que se suceden, desgarrándose, desatadas unas de otras por el olvido y la muerte, hasta el punto en que ya ni la muerte ni el olvido importan. Cansada de sus interrogaciones, torna la conciencia a su propia tarea cotidiana…

Los parientes de mi esposa me obsequiaron una cena espléndida.

A las diez dio comienzo el baile en la casa de los Gómez, los parientes de Adelita, la segunda esposa de mi abuelo. Dos o tres salas espaciosas y el patio engalanado contenían invitados de la crema pueblerina. Señoras de ojos negros y tez delicada, maneras suaves; jovencitas radiantes, varones de traje negro, música sentimental, murmullos de general contento, y una buena desvelada que me acabó de magullar el cuerpo, maltratado por largas jornadas a caballo. En la conversación, uno de los del comité informó que al día siguiente me tocaba desayunarme en la casa de unas señoritas viejas que… «fueron amigas de su mamá y pidieron el honor de recibirlo siquiera unas horas en

privado».

Vidas fósiles

A las nueve en punto me presenté frente al zaguán de las señoritas X (el nombre se me ha olvidado); las llamaré con uno de los apellidos que escuchaba en mi infancia: las Fagoaga. Eran tres viejecitas arrugadas y blancas, tipo seco de criollas en decadencia: últimos restos de la generación de sangre española que creó la ciudad. En medio de la actual población mestiza, aquellas supervivientes vivían inexpresada, incomprendida tragedia. Con grandes muestras de afecto me condujeron al salón principal. Me mostraron un ajuar estilo siglo XVIII, de peluche rojo descolorido y talla negra ondulada.

—Mira: este ajuar era de la sala de tu mamá. Nos lo vendió el doctor Calderón cuando salieron todos del pueblo... Siéntate, siéntate en él; todavía está resistente. Hubieras visto a tu mamá, vestida de negro con abalorios y un collarcito de perlas en su cuello blanco. ¿Cuánto tiempo hace de esto, Fulana? Anoche nos estuvimos acordando... A ver, tú, míralo; sí, se parece a Carmelita; se parece en los ojos melancólicos; pero no creas; era alegre Carmita; ¡quién nos iba a decir...! Murió muy joven, ¿verdad? ¿Y ahora tú vas a ser el gobernador?

Y empezaron a contarme un sinfín de dificultades que las agobiaban. Vivían de un comercio y unas pequeñas tierras, pero los caciques locales estaban siempre en acecho, los impuestos las arruinaban... como no tenían hombre en la

casa, se hallaban a merced de todo el mundo...



Mujeres de Extremadura, por Juan Téllez Toledo.

«A las nueve en punto me presenté frente al zaguán de las señoritas X…»

—Pero, ven; como no dispones de mucho tiempo te mostraremos la casa, y en seguida pasaremos al chocolate.

Ocupaba la casa toda una manzana; en una esquina exterior estaba la tienda, pobre expendio de comestibles; una hilera de habitaciones daba a la calle; en el patio, árboles y macetas demostraban abandono. Al fondo del patio, un corredor conducía a la capilla.

—No salimos nunca de casa —explicaron— porque el padre nos reza aquí la misa todos los domingos.

Al lado de la capilla, por un traspatio de yerba crecida, estaba, cosa extraordinaria, un cementerio privado. Túmulos a la italiana, sobre el muro de mampostería, guardaban los restos de abuelos, padres, tíos y tías. Pagando sumas desproporcionadas habían logrado eludir la ley de secularización y enterraban a sus muertos en la propia heredad, estilo feudal. Pasmado, seguí a las ancianitas, que caminaban de prisa, menudas y conversadoras. Un huerto descuidado ocupaba extensión considerable, cercado de mampostería.

En la mesa del comedor hallamos piña rebanada, riquísima, que al clima frío de Tlaxiaco llega de por la costa del Pacífico; unas criadas indígenas, presurosas y torpes, sirvieron chocolate, panes azucarados; el mantel era fino; la cristalería sólida; pero, el pero era uno de los motivos, o bien, el efecto de toda una decadencia: en un lindo frasco de vidrio había mezcal. Y comenzó el obsequio con una copita de blanco y áspero aguardiente. Antes del chocolate fue necesario beber copita tras copita; después de la piña volvió a servirse mezcal. Y advertí que las viejitas lo bebían con gusto. Un leve mareo alcohólico acentuó la tristeza, la ternura de aquel convite lleno de recuerdos… Y no era sólo

el paso y desaparición de mi madre lo que me dolía; también la suerte de aquellas viejitas, despojo de una generación agotada por su propio esfuerzo creador y, al fin, vencida por el medio inclemente, absorbida por razas notoriamente inferiores, pero numerosas y adaptables al ambiente escaso. Todo el drama de la derrota del blanco de raza española, sustituido gradualmente por el mestizo, amenazado por el retorno de lo indígena, con el mezcal como disolvente, se me apareció de bulto. Ingiriendo su fuego malévolo, las viejitas olvidaban sus penas, que eran como el ocaso de toda una estirpe.

Sacudí la modorra del espantoso brebaje que una ironía macabra suele llamar vino, infamando al vino de uva, y me despedí de aquella casa cementerio.

Siguió una excursión a caballo por la ciudad y sus afueras. Los carruajes eran escasos y daban tumbos por empedrados que hace medio siglo nadie repone.

—No dejes de ir a ese paseo —me habían dicho las viejitas —; pasarán bajo los álamos que le gustaban a tu mamá, que era muy soñadora.

Me apuntaron mis acompañantes, desde una bocacalle, la hermosa arboleda, que sigue siendo el lugar favorito de distracción; pero no quise llegar a ella en compañía de desconocidos. Por allí se quedó intacto para mí uno de los sitios en que ella se solazó. Uno de la comisión de vecinos dijo, apuntando una fronda distante:

—Aquél es el rancho que era de ustedes: el rancho de los Calderón…; se llama así todavía.

—Ya lo puse a las órdenes del señor… —explicó a mi lado el caballero de la víspera…

—Si me quedo de gobernador, se lo compro al precio que quiera —expresé—; ¿queda entendido?

—Se lo doy a precio equitativo: no produce gran cosa, pero es una bonita propiedad, y para usted… tiene un gran mérito…

Ni vendedor ni comprador sabíamos que no era mi destino quedarme a descansar en alguno de los rincones de la patria.

Próxima, imponente, se alza la cordillera de azul oscuro, cubierta de selva en los planos bajos, bruñida en los lomos y en los riscos. Emprender el viaje a caballo con rumbo a la costa se me hacía una tentación urgente. Me hablaban de garzas azules y de leopardos lustrosos. Lianas como serpientes y árboles copudos, gigantescos, frutos raros y follajes. Con qué gusto mandaría a paseo la política para vivir un año o dos en la selva. Pero ¿quién sabe? Acaso iba a ser más fecundo entrar a la selva con todo y política. Abriendo brechas para el ferrocarril y los cultivos: empresas de gobernante que engendra la prosperidad. Además, no me tocaba a mí desanimar a aquellas buenas gentes. Dirían más tarde que yo era un escéptico, o bien un poeta malogrado que andaba haciendo caricatura de político.

Les prometí hacer de inmediato la carretera de autos para Oaxaca, si triunfábamos, y en seguida, la de la costa. Y surgió la visión de ranchos y aldeas flamantes por la zona de milagro que no hemos sabido aprovechar…

Toda la luna de miel tlaxiaquense vínose abajo con un telegrama de mi comité oaxaqueño que me urgía el regreso. Las cosas se habían puesto color de hormiga en la capital y ya comenzaban los atentados gubernamentales en los distritos. Acaso mi presencia podría calmar la agitación. Salí de Tlaxiaco de madrugada. En la intersección del camino de Tamazulapan se me unió mi cuñado Ismael, muy bien montado en fino caballo.

—Es menester —le rogué— que hoy mismo lleguemos al Parián. Si no alcanzamos el tren de la tarde dormiremos allí para llegar mañana a Oaxaca sin falta.

La jornada resultaba durísima y no la hubiera vencido sin la compañía de mi cuñado. Recuerdo un ancho valle donde nos apeamos unos minutos; un sol glorioso iluminaba los trigales. Ajustó Ismael las cinchas de mi caballo. El vapor de la atmósfera creaba estremecimientos luminosos en la distancia. Y en el confín, la amenaza y la magnificencia de las cordillera inhumanas, inútiles para el provecho material, pero estimulantes de la ambición más alta.

En la estación de comida que fue Teposcolula, se me rebeló el joven Pardo (¿?), candidato que nos saludó, pero se negó a acompañarnos. Debía quedarse aún en el pueblo a ver a unos amigos; además, ¿qué íbamos a hacer a las tres de la tarde por aquellos caminos pedregosos que ya conocía y con amenaza de tormenta, que ya tronaba en el horizonte? Ni en toda la noche llegaríamos al Parián. Los ríos crecían con la lluvia y se hacían invadeables. No encontraríamos albergue. ¡Las mismas bestias se negarían a marchar bajo el aguacero...!

De haber consultado a mi cuerpo, no insisto; me dolían no sólo las carnes, sino también los huesos. Y nunca he presumido de jinete, pero sí presumo de llegar a donde pocos. Me dominaba la urgencia de estar en Oaxaca y era forzoso adelantar camino. Además, la idea de pasar tarde y noche en aquel sombrío hospedaje de Teposcolula, pueblo adusto, silencioso, tenebroso casi, era como para desafiar chubascos y abismos.

—No le obligo a que me siga —respondí—; me acompañará Ismael con su criado y el mío. Pasado mañana nos veremos en Oaxaca.

Y diciendo y ensillando, partimos. El camino se abre, a la salida del pueblo, ancho y engañoso; apenas tuerce y se estrecha, y más allá no tiene nombre; atraviesa determinada zona de mal país en que el caballo vacila y pulsa con la pezuña antes de aventurar el paso, y cuando lo da, las patas traseras resbalan sacando chispas las herraduras. Encima comenzó a azotar el aguacero con gotas como monedas de un peso. Las mangas de hule protegen un tanto los hombros, pero entra agua por las rodillas, por los tobillos; el viento arrebata las puntas de la ropa; vuelve ciegos a los caballos, que se detienen. Vamos sentados casi en el agua porque se ha filtrado la montura. Lentamente, con paciencia, con heroísmo, se vence una legua, se avanza otra. En la falda de un cerro hay un caserío. Todas las puertas están cerradas; se ve todo abandonado, como si acabara de arrasarlo el temporal. Gruesos chorros rebosan de las grietas de los montes y se precipitan a la barranca. Por instantes, el vértigo de los desfiladeros suscita la imagen de poblaciones arrebatadas por las corrientes. Nuestro propio caballo parece vacilar, como si ya fuese a juntarse con los remolinos de la catástrofe. Pero todo es fantasía de viajero novato. A mi lado, Ismael marcha tranquilo.

—¡Qué modo de llover el de estos malditos lugares! —comenta, y sigue adelante.

Un indito con su burro es todo lo que encontramos en largas horas de travesía.

Y empezó a entrar la noche. Sobre la vereda topamos con un caballo ensillado, sin jinete. Adelantó Ismael buscando al dueño. Por abajo, en la sombra, no se advertía ningún bulto. Preguntó Ismael imperiosamente:

—¿Quién anda por ahí?

No hubo respuesta. Uno de los mozos dio, por fin, con un

sujeto vestido de manta, echado al pie de un árbol; la fiebre le sacudía las quijadas, le impedía casi hablar… Era desertor de las tropas de Almazán, que acababa de recibir órdenes de retirarse del estado; le dimos aguardiente; afirmó que no quería ayuda, que pronto reanudaría la marcha.

—Éste amanece aquí muerto —aseguró Ismael—, porque trae fiebre de las malas: fiebre de tierra caliente…

La noticia más grave que me habían comunicado de Oaxaca era, en efecto, el cambio de jefe de las armas. En vez de Almazán, amigo personal, y en vez de sus oficiales, humanos, corteses, llegaría a Oaxaca tropa insolente que no responde al saludo de la población civil ni reconoce otra ley que la «orden superior», por lo común orden de asesinar.

Por lo pronto, la fatiga me doblegaba a tal punto que me entró antojo de echarme a morir al lado del soldado enfermo. La ruta que seguíamos daba la impresión de no ir a ninguna parte. Se había suspendido la lluvia, pero estaba oscura la noche, de no verse los dedos frente a la cara. El instinto de las cabalgaduras nos guiaba. Y se subía y se bajaba, interminablemente y despacio; ni siquiera un llano donde correr; todo era encerrado, penoso, tétrico.

Poco después se oyó, en la profundidad sombría, un gran ruido como de cañoneo.

—¿Y eso?

—Es el río que viene crecido —explicó Ismael.

Y añadió:

—Ahora falta que no lo podamos pasar; en ese caso no habrá otro remedio que acampar unas horas; haremos lumbre y en la madrugada ya habrá bajado la avenida.

Descendemos al fondo de la cañada; a orillas de la corriente, unos pastores tenían prendidas unas hogueras. No

los abordamos; seguimos la vereda rumbo al vado. Intentaríamos primero el paso. Echando mano a su reata, Ismael lazó por la cintura a su mozo, que espoleando el caballo se metió en la corriente. Si el caballo rodaba entre las peñas, el jinete, sostenido por el lazo, ganaría a nado la ribera. Llegó el agua a la panza del caballo nada más, de suerte que lo seguimos, primero yo, detrás Ismael, que me cuidaba la espalda; por último, mi mozo. No sé si lo que cruzamos era afluente del río del Parián o el río mismo. Una hora más trotamos, galopamos, y antes de las diez nos alojamos en el Parián, en la tienda y casa de unos españoles que obsequiaron coñac y cena. Bebí un poco, no comí nada y me eché en la cama, tieso y adolorido. Al día siguiente el vagón de un convoy de carga nos pareció cómodo; nos dejó en Oaxaca a buena hora de la mañana.

La capital del estado estaba dominada por el terror que ocasiona el arribo de un nuevo jefe de las armas. Cada uno trae consigo su propio clan de oficiales. Todos los de Almazán, amigos nuestros, habían partido. Y los nuevos no tardaron en demostrar sus instrucciones hostiles. Extrayendo elementos del más bajo populacho, los agentes del gobierno local habían organizado porras que recorrían la ciudad gritando mueras contra mi persona y amenazando a mis partidarios. Cada vez que éstos intentaban defenderse surgía la escolta, lista a preservar el orden; en realidad, encargada de proteger a los que nos molestaban. Circuló rápidamente por la ciudad y por el estado la versión exacta: en el centro habían removido a Almazán porque lo consideraban inclinado a favor nuestro. En su lugar mandaban a un jefe reconocido como incondicional de Obregón, miembro del grupo sonorense que imperaba entonces.

En las oficinas de nuestro partido siguió la actividad; pero

pronto se supo que, aun en aquellos distritos que un mes antes las elecciones no tenían otro candidato a diputado que el nuestro, súbitamente se habían creado candidaturas hostiles. El periódico local que nos apoyaba con decisión, de pronto dio un cambio de frente. El jefe de mi partido me enteraba hora por hora de la situación cambiante. En general, se mantenían firmes los nuestros; pero la maquinaria oficial empezó a descararse. Mi rival, que se había mantenido en la apatía más completa, comenzó a pasearse por la ciudad y empezó a hablar en privado. Jamás dirigió al pueblo un discurso; pero a sus amigos les dijo esto, que bastó para derrotarme:

—El licenciado es mucho candidato para Oaxaca; el licenciado bebe champaña; yo bebo mezcalito; yo debo ser el gobernador...

En realidad, el pobre sujeto no hizo nada, ni tenía que hacer; el gobernador en funciones, de quien era protegido, y el jefe de las armas, lo hicieron todo. Es decir: crearon candidatos, corrieron la voz de que mi candidatura era contraria al centro, impusieron el terror en los distritos. Ya dije que no recuerdo cómo se llamaba mi rival, ni lo recuerda ya nadie en Oaxaca. Duró apenas un año en el gobierno, que obtuvo robando el sufragio. Luego lo destituyeron por orden del centro. Lo aprovecharon en contra mía y en seguida lo liquidaron. Entiendo que era general, pero de esos oscuros de la sierra, que no usaba uniforme ni tenía mando de tropas. Gozaba reputación de honesto y benévolo, y él mismo no atinaba a darse cuenta de las causas de la popularidad que le inventaban. Era oriundo de la sierra Juárez, pero yo contaba con la adhesión de uno de los generales más influyentes de la sierra, nativo también de la región. En compañía de ese general y del diputado Vázquez, visitamos a Etla, a la entrada de la sierra, y se nos

recibió bien. Allí convinimos en que el general en cuestión haría por mí la gira prolongada por las aldeas serranas, mientras yo me dirigía por ferrocarril a Tehuantepec. Faltaba mes y medio para la elección; el voto del Istmo era importante. Una recepción unánime como la de la Mixteca me esperaba por allá, porque previamente les había dado escuelas y tenía allí amigos, en tanto que mi rival jamás había visitado la comarca. Con dos o tres amigos, vía Tehuacán y Cordóba, llegué a Santa Lucrecia y Tehuantepec. El pueblo del Istmo es valiente. En la época del general Díaz su contingente al ejército era decisivo. Nadie se dejó asustar en Tehuantepec por los rumores adversos. Me recibió la multitud en la estación; me llevó a la plaza para el mitin de costumbre. Por la noche, y en la mañana siguiente, hablé con todas las personas de influencia en el lugar. Ni los del gobierno negaron que en el Istmo obtuve una mayoría completa en las elecciones. Para no dejar huecos ni omisiones, visité Salina Cruz. Celebramos allí un mitin en un local al aire libre. Las organizaciones obreras del puerto asistieron al mitin, aplaudieron nuestros discursos; después, en conversación privada, los líderes me dijeron:

—Se nos ha dado orden por la CROM de México de oponernos a su candidatura, pero no lo haremos como organización; dejaremos en libertad a los asociados para que voten como gusten, de suerte que puede usted contar con la mayoría de nosotros.

Y nunca olvidaré la recepción que nos tributaron en Juchitán, ese pueblo hermoso y fuerte, no obstante el abandono en que ha vivido. Las mujeres, que son por allá las que mandan, tomaron a su cargo lo mismo la creación de los clubes que las fiestas de la recepción del candidato. Una multitud, pintoresca por los bellos trajes femeninos en rojo y amarillo y tocas blancas, me escoltó desde la estación a la

casa de un médico distinguido, donde se nos sirvió el desayuno con lujo de frutas y buen chocolate. La ciudad estaba dividida en dos bandos enconados, pero no por causa de la candidatura gubernamental, sino por viejas querellas locales. Siempre hay allí los azules y los verdes, según los intereses de familias dominantes de caciques. Y como los dos bandos apoyaban nuestro movimiento, pretendí consumar un ensayo de conciliación. Pedí que al mitin de la plaza fuesen todos sin distinción. Pero al llegar al tablado hallé al público partido en dos secciones, calle de por medio, mirándose unos y otros rencorosamente. Entonces, y quizá por primera vez en toda la gira, me salió un buen discurso, sentido y vigoroso.

Pues les dije la pena que me causaba ver a dos grupos de hombres igualmente valientes, igualmente patriotas, gastando en internos rencores una pasión que debía emplearse en mejorar las deplorables condiciones locales. No hacía muchos días se habían cometido asesinatos de uno y otro lado, y los ánimos estaban, al principio, como para que volvieran a balacearse allí mismo, sin atender a que yo quedase en medio.

—Todos estos hombres vigorosos y bravos que mueren oscuramente los necesita la patria para su defensa contra el extranjero —les dije.

Y les pedí que depusieran sus odios, les prometí un gobierno para todos y una era de justicia y de trabajo. No obstante la reserva propia de nuestra raza, creí advertir que aquellos hombres se conmovían. Lo que me consta es que me dispensaron atenciones y afecto. Y no faltó el borrachín que, pagado por alguna autoridad, pretendió introducir el desorden lanzando un viva a mi contrario, pero nadie le hizo caso; se caía de beodo...

Esa noche hubo en la casa del doctor un baile lucido del que sólo se puede formar idea quien conozca la gracia, la elasticidad y belleza, el atractivo singular de las mujeres del Istmo, que, acaso por la mezcla de sangres, constituyen ejemplares notables de femenina plasticidad.

Existe en el Istmo, como en tantos otros lugares de México, material humano para hacer un gran pueblo. Y lo que ha hecho falta son jefes dignos de la empresa. Cada vez que uno aparece, cuyos antecedentes prometen algo, todo se conjura contra él. Así me ocurrió a mí desde aquellos días.

Regresé a Oaxaca a presenciar, en la impotencia, el fraude acompañado de la violencia y el cinismo. Ni se ocupó el gobierno de hacer elecciones; faltaron casillas, faltaron boletas, faltaron votantes, porque se les amenazó, se les asustó. Y aun así, con los pocos que acudieron hubiera bastado para asegurarnos un triunfo legítimo. Pero nunca ni se consuma el recuento en estos regímenes nuestros de fuerza descarada; el partido oficial acarrea con las ánforas y ni siquiera se molesta en abrirlas. Los cómputos se inventan en la oficina gubernamental y se dan al público, que agacha la cabeza y se conforma. En aquel caso yo también recomendé calma porque no era cuerdo exigir la rebelión de un estado contra todo el poder del centro.

—Lo que buscamos —les dije con toda franqueza— es exhibir al gobierno del centro, demostrarle a la nación que no sólo en el caso de la presidencia de la república, también en la elección de los gobernadores, de los diputados, es el caudillo militar el gran elector.

Tenía por entonces su importancia este aserto porque estaba latente la protesta del general Flores, derrotado a la mala en las elecciones presidenciales. Y de haberse levantado en armas Flores, seguramente en Oaxaca lo

habríamos secundado.

En todo caso, se consiguió convencer a la república de que en Oaxaca se había cometido imposición manifiesta. Para ello nos ayudó la prensa de todos los colores, con *El Universal* a la cabeza. Las noticias fieles que se publicaron acerca de recepciones y mítines a nuestro favor y la oscura inactividad de mi contrario bastaron para convencer a todos. Y eso era lo que buscábamos.

Eso sí; como de costumbre, a los pocos días de nuestro fracaso los mismos diarios que me habían alentado y habían comprobado la ilegitimidad de la derrota, en vez de insistir en su repulsa de los violadores de la voluntad pública, abrieron campaña para declarar que había hecho yo mal en lanzarme de candidato; que si no sabía yo cuál era la realidad de nuestra política, etcétera. Lo mío había sido un error, expresaban; y a sonreírle a los vencedores, a seguir proclamando el patriotismo, la firmeza del gobierno…

Quedaba el recurso legal de la apelación ante el Senado. Se habían constituido dos legislaturas: la de mis candidatos y la improvisada por mis enemigos. La elección de gobernador o, por lo menos, la declaratoria de esa elección, dependía de cuál fuese la Legislatura reconocida por el gobierno central. En Gobernación estaba aquel licenciado Colunga, cuyo huésped fui en Guanajuato. Lo visité por cumplir hasta el fin con el mandato de mis partidarios. Me habló en forma evasiva; todo dependía del presidente, verían. En el Senado mismo, algunos de los que me habían acompañado en la gira oaxaqueña, flaquearon; les resultaba muy duro perder su porvenir político enemistándose con el centro; prefirieron sacrificarme. Adivinándolos, ni los visité para pedirles justicia. Y en la Cámara de Diputados sucedió algo peor y que sentó precedente de indignidad y de desprecio de la

soberanía local. Puede quienquiera ratificarme con los diarios de aquellas fechas. La diputación oaxaqueña, en vez de defender el voto de sus coterráneos declaró «que los destinos de Oaxaca estaban en manos del general Obregón…»

El general Obregón, que acababa de declarar que era genial mi obra educativa, decidió que a Oaxaca la gobernase un pobre sujeto que antes del año se retiró él mismo abrumado por la responsabilidad que el azar le echara encima. En privado se dijo que el general Obregón opinaba que yo era mucho para Oaxaca… Yo era un águila, afirmó, y Oaxaca me iba a resultar una jaula… Necesitaba yo más espacio para mis aptitudes. A los pocos días, amigos comunes sugirieron que si yo pasaba por Relaciones a platicar con el ministro seguramente allí encontraría una buena comisión en Europa. Al mismo tiempo, en artículos pagados a la prensa diaria, la Secretaría de Educación, a cargo del doctor Gastélum, inició esa campaña que después se ha hecho la verdad oficial; a saber: que mi obra educativa había sido prácticamente nula y que lo bueno de ella se debía al general Obregón…; y en adelante, a cada escuela que repintaban le ponían el nombre de Escuela Álvaro Obregón.

Consecuentemente con el cambio oficial, toda la opinión empezó a rectificar acerca de mi persona y acerca de mi obra. En adelante, ya ni mis amigos pudieron escribir un artículo en que se mencionara sin anteponer las palabras rituales: «Pese a sus errores», etcétera. ¿Cuáles eran esos errores? Nadie lo decía. Según no pocos necios, el error capital de mi gestión fue editar los clásicos. Para mí, es ése uno de los mayores orgullos; pero lo que todo el mundo sabía y todo el mundo callaba es que mi error había consistido en no mostrarme dócil a la voluntad imperante.

Bajo los despotismos, la rebelión, en cualquiera de sus formas, es el máximo pecado. La lesa majestad, tal era el error que me convertía en uno de los intocables de la India, un apestado de nuestra política…

Todavía, si me hubiese agachado al golpe, si hubiese aceptado, *disciplinadamente*, como tantos otros, una legación en Europa, el coro de alabanzas que me siguió en el Ministerio y poco después, no se habría interrumpido; habría seguido siendo el más grande intelectual de la república, el más probo funcionario, el más genial educador, el cerebro de la revolución, puesto en reserva en Europa…; todo esto, si hubiera querido insinuar que en la crisis electoral del próximo cuatrienio me hallaría Obregón a su lado, reconciliado…

Y, por fortuna, y para honor de nuestro pueblo, nunca falta alguien que ve claro y está dispuesto a sacrificarse por la verdad. El general Pineda, que con toda su gran influencia me había apoyado en el Istmo, le dijo a Obregón en entrevista agria «que yo había ganado la elección en el Istmo, y que si el interés que había en derrotarme era motivado porque mi gestión en Oaxaca me haría peligroso para las elecciones del año veintiocho».

Obregón, según supe, se puso rojo y no contestó. El general Pineda pidió su baja del ejército y le fue aceptada; poco después, en una crisis gubernamental, lo llamaron y volvió al servicio. Lo encontré después, todavía de firme amigo, en las elecciones del año 29.

Toda la plana mayor de mis partidarios oaxaqueños se portó heroicamente; muchos de ellos tuvieron que salir del Estado a causa de las persecuciones desatadas en su contra. Al buen muchacho y excelente orador de Teposcolula, Parra o Pardo lo asesinaron; a otros los encarcelaron, los

aniquilaron con impuestos exagerados y abusos. El gobierno se propuso extinguir aquella semilla de futuras rebeliones y lo consiguió. Ya no volvería a ser Oaxaca estado que daba orientaciones a la República. Los oaxaqueños patriotas quedaron deshechos y el estado convirtióse en feudo de los políticos, los diputados jóvenes y callistas que habían puesto sus destinos en manos del general Obregón. Cada uno de estos jóvenes hizo con el tiempo fortuna considerable. De su miseria, el estado ha dado para todo.

Observando un día en Oaxaca las casas antiguas de nobles escudos y patios de bellas arcadas de piedra, advertí la población blanca escasa y los indios de la sierra inmediata invadiendo calles y aceras, envueltos en sus mantas, silenciosos e impasibles. Y comprendí que todo el proceso trágico de la historia de México está en este desplazamiento, agotamiento de la sangre española conquistadora y civilizadora. En los tiempos de Juárez y la Reforma, Oaxaca contenía en su capital un núcleo de raza castellana criolla, de calidad inmejorable. Luchó por el mejoramiento de la patria y el derribo de Santa Anna, peleó contra el Imperio, y al triunfo de Juárez y posteriormente, bajo el tuxtepecanismo, se repartió por la República, en los puestos directivos de todo género. Se vació la ciudad de sus blancos, y las casas que se quedaron vacías fueron ocupadas lentamente por los indios. Y faltó el lazo de unión, la labor educativa necesaria para que el cambio de raza no significara un derrumbe. La obra del mestizaje, obra indispensable y salvadora, no ha tenido tiempo aún de fructificar. Y el resultado es que, con la salida de las viejas familias, Oaxaca se ha convertido en un solar de ruinas. Tan ruina es hoy el Templo de Santo Domingo como el llamado Palacio de Mitla. Y nuestros indios, apoderados de nombre de la dirección de asuntos públicos, en realidad hacen de testaferros de la política

central y de los negocios de los extranjeros.

Para cerrar el episodio oaxaqueño formulé declaración en el sentido de que el general Obregón desconocía el voto en Oaxaca y le imponía de gobernador a mi rival.

«*La Antorcha*»

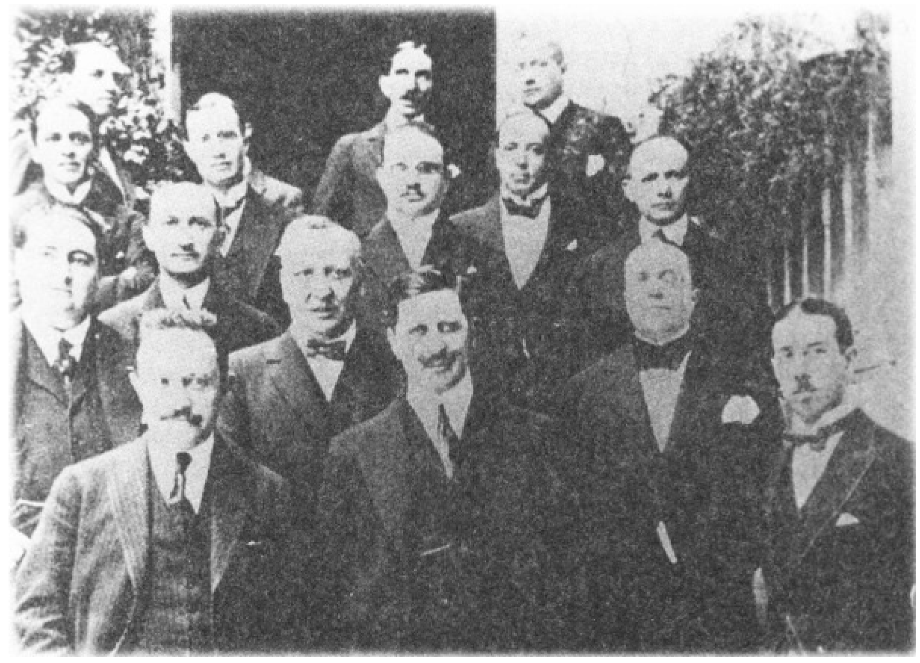
Otra vez la vida se me presentó como un dilema. Desistir de toda acción y abrir un despacho de abogado representaba para mí la tranquilidad y el éxito material. Es claro que al principio me hubiera sido penoso visitar los ministerios, restablecer el saludo con ciertas gentes; pero, a la larga, estaban los nuevos funcionarios más interesados en ganarse amigos que yo en tenerlos; al final hubiera podido crearme una clientela como la que tuve bajo el maderismo y aun antes; como la que tienen tantos abogados laboriosos e independientes, y ninguno me gana en laboriosidad. ¿Por qué no procedí de esa manera? De haberlo hecho, hoy tendría buena fama y más de un millón de pesos; por no haberlo hecho, hoy vivo acosado por toda suerte de sabandijas literarias, espiado por enemigos implacables y poderosos y pobre hasta el grado de tener que escribir artículos para periódicos; peor aún, separado de mi gente, desterrado de mi patria, combatido y odiado por una canalla poderosa y vil. No me arrepiento de haber seguido entonces la exigencia de mi destino; cualquiera que ella sea, la dicha consiste en seguir la propia misión, no en contrariarla. Y el destino es en nosotros el anhelo dominante, a veces la pasión misma, con todo lo que tiene de turbia, con tal que en su vena corra un poco del oro del alma. La indignación que en todo patriota provoca aquella situación de cieno y sangre, pudo más que la prudencia. Decidí publicar una revista de la cual esperaba ganancias para vivir dentro de una oposición

decorosa. Éste fue uno de mis más grandes errores; no es posible sostener una publicación de verdad independiente en un medio oprimido en todos los órdenes. Ni siquiera pude comenzar la publicación con artículos de violenta oposición, como lo exigían las circunstancias. Pensando que era mejor consolidar primero el periódico para después darle el necesario ímpetu, empecé a publicar artículos chabacanos. Al principio los anunciantes me protegieron. Pronto, sin embargo, desertaron, cediendo a las amenazas del departamento de Hacienda, que bajo Pansi subía los impuestos, recargaba las multas sobre toda negociación no subordinada a sus miras. Un grupo de amigos me ayudó suscribiendo acciones, hasta por valor de cinco mil pesos. Uno de los suscriptores fue Vito Alessio Robles, que me entregó mil pesos cuya historia se verá más tarde. Estaba entonces Vito colocado en posición ambigua; acababa de vender al callismo su diario *El Demócrata* en suma importante, por lo que se le consideraba afiliado al callismo. Su hermano Miguel había sido delahuertista principal. Y Vito, en privado y en público, denunciaba a los asesinos de Field Jurado, el senador que no quiso aprobar los Tratados de Bucareli. Este aspecto de oposicionista lo acercó a mi condición de franca ruptura. Lo cierto es que habíamos sido amigos mucho tiempo, siempre de broma y en trato cordial. De repente lo nombraron ministro diplomático en Noruega y no supe de él hasta que me invitó, a mi llegada a Europa, a que lo visitase en su Legación. No pude hacer el viaje, pero lo encontré más tarde en París, según se verá a su tiempo. Salvo una que otra excepción, en torno a mi nuevo negocio de *La Antorcha* se fue haciendo un vacío ruinoso. Mis economías, bastante escasas, mermaban de prisa. La amenaza gubernamental, sobre todo desde que Calles subió al poder, era diaria, acompañada siempre de la promesa y el

halago para el caso de que reconsiderara mi actitud…

El mismo Obregón, sintiendo sin duda que había cometido conmigo una injusticia, buscó un acercamiento. Me invitó a comer el doctor Gastélum; nos acompañó en la comida Jaime Torres Bodet. Al final me dijo el doctor:

—Estamos para recibir unos autos nuevos en la Secretaría; tengo instrucciones del general Obregón para decirle que pase a verlos y escoja uno, que quiere regalarle…



José Vasconcelos y Vito Alessio Robles

—¿Y en qué facultad constitucional se funda el señor presidente para obsequiar automóviles? —respondí.

A los pocos días me hizo Gastélum una perrada; por insistencia suya había estado usando un auto viejo de la Secretaría; en diversas ocasiones había regresado el coche, que para nada necesitaba, y me lo devolvían con recados afectuosos.

Hasta que una buena mañana, y en respuesta a algún

artículo de *La Antorcha* que no les gustó, declaró Gastélum a los periodistas que yo era un ingrato porque todavía andaba usando un auto de la Secretaría y, sin embargo, censuraba al gobierno. Ya no volví a ver a Gastélum y, por supuesto, mis dos meses de sueldo, indemnización legítima de cuatro años de trabajo infatigable, nunca me los pagaron.

Con motivo de los artículos que la Secretaría publicaba y por no sé qué modificaciones hechas por Gastélum en el decorado de uno de los edificios escolares que yo más quería, el de por Santo Tomás y Tacuba, que convirtieron en Escuela Normal, contra mis instrucciones, rompí abiertamente con el Ministerio que había creado. Escribí en mi revista que toda mi obra educativa me daba la impresión de un piano caído entre salvajes; uno le abriría la tapa, otro le arrancaría una tecla, el de más allá golpearía unas notas, *todo lograrían hacer con el piano menos ponerse a tocarlo*. Y en efecto, aquella maquinaria complicada, eficaz y poderosa, hubiera requerido buena fe, ya que no talento. Y no se preocupaban de mantenerla andando, sino de discutir quién la había hecho.

Al principio me dolía cada cambio operado en los planes o en el detalle, como si me profanasen la novia. Se trataba de la obra de mi vida y de un bello instrumento de la cultura nacional. Verlo estrujado, prostituido, era desgarrador. Sin embargo, procuré no tratar cuestiones educativas en mi revista. También estaba yo demasiado preocupado y fatigado para poder hacer labor nueva de alguna importancia. Además, estaba enfermo. Al regreso del Istmo, nuestro tren había descarrilado por causa de la langosta que invadió a Veracruz aquel año. Patinaron las ruedas y el convoy se salió de los carriles a mitad de la selva. El tren de auxilio llegó al día siguiente. Ante la amenaza de pasar la noche en sitio infestado de mosquitos, emprendimos una caminata a

pie, por la vía, con el ánimo de abrigarnos en el edificio de una estación que quedaba a varios kilómetros. Caminaba yo por delante, en una mano una lamparita eléctrica para alumbrar la senda, y en la otra una pistola, pues temíamos a las víboras que cruzan el camino; detrás veían dos o tres acompañantes míos y algunos amigos ferrocarrileros. De repente se oyó en la sombra un bramido.

—Es el tigre —afirmó alguien.

Se siente feo en estos casos, así se reflexione que, en realidad, no es grande el peligro dado que rara vez ataca el animal. Me volví a los compañeros preguntando con toda franqueza:

—¿Seguimos o regresamos?

—Regresamos —aprobaron todos.

Y toda la noche la pasamos en los asientos del vagón espantando los moscos con un pañuelo. Lo más difícil de defender era el pescuezo; pronto lo sentí hinchado. Al día siguiente, en el alto que hicimos para cambiar de tren en Tierra Blanca, me entró el escalofrío del paludismo que tantas veces me había dado de niño. Con la vuelta de la meseta, los ataques se hicieron menos violentos, pero no cesaban. Siempre he sentido repugnancia de medicinas; me propuse curarme con dietas. Y fue entonces cuando emprendí en *La Antorcha* la campaña vegetariana que me hizo miembro honorario de no sé cuántas sociedades naturistas del mundo de habla española, pero me enajenó la voluntad de no pocos médicos. Esta campaña me dejó sensación de desagrado porque la exageré y dejé lastimados a ciertos amigos a quienes debía atenciones y aun servicios. No insistí quizá lo bastante en que, junto con uno que otro charlatán, hay en la profesión médica mucho hombre bueno y humano, muchos que curan de balde, muchos que no dejan

de practicar aun el naturismo cuando lo creen recomendable. En cambio, el naturismo suele ser refugio de medianías impreparadas y de fanáticos. En fin: no sólo ese error cometí; hubo otros muchos. Por ejemplo: el incidente Chocano-Elmore.

Con motivo de la revista había establecido contactos en diversas capitales de América. De Buenos Aires me escribió un amigo joven: «Diga usted algo contra Lugones, que está haciendo aquí una campaña terrible en favor del gobierno de los militares, en la Argentina, que debe su prosperidad al civilismo». La campaña militarista, inicio de fascismo sudamericano, la secundaba en Lima Santos Chocano, que en ese momento era Poeta Coronado por «los pueblos de América»..., favorito del tirano Leguía y emperador literario. Pegarle al militarismo sudamericano era, de paso, exhibir al militarismo de nuestra patria. Hice, pues, el malhadado artículo «Poetas y bufones», demasiado violento y un poco injusto en lo que respecta a Lugones, que me había tratado en Buenos Aires con exquisita cortesía. Lo de Chocano no me preocupaba. Al Chocano cantor de la libertad y proscrito de su patria yo lo había ayudado en México durante el maderismo, lo había aplaudido después, cuando se hizo defensor de la revolución contra Huerta. Más tarde, Chocano se había distinguido por su ferocidad al lado de Estrada Cabrera, el abominable tirano guatemalteco. Era natural que ahora cantase a Leguía. De Chocano decía mi artículo cosas violentas, pero no tocaban a su vida privada, bastante discutible. Y nunca imaginé las repercusiones. En Lima se hallaban los ánimos caldeados contra Leguía y su protegido el poeta ensoberbecido. Apenas leyó éste mi artículo lanzó denuestos contra mí y torpes calumnias; dijo, por ejemplo, que yo había sido empleado de la policía de Lima; respondí que no había desempeñado en Lima ningún

cargo gubernamental; pero que de haber trabajado para la policía habría sido un policía honrado. Lo malo es que no esperaron en Lima mi respuesta. Un grupo selecto de juventud, encabezado por Agustín Elmore, secundado por Mariátegui, publicó un manifiesto solidarizándose con mi artículo. Entonces Chocano, abusando de su posición favorecida, tomó el teléfono para insultar a Elmore; después publicó declaraciones ratificando los insultos. Elmore buscó a Chocano en la dirección de un diario limeño para reclamarle en lo personal, para pegarle. Chocano, acobardado, sacó la pistola; un tiro se le fue y mató a Elmore, que estaba desarmado...; se vino en seguida el escándalo continental y el falso proceso. Lo que todos sentimos fue la desaparición de Elmore, promesa del continente, joven talentoso y noble, buen escritor, intachable caballero. Me pesó esa vida tontamente sacrificada; me ha pesado siempre...

Después ni me ocupé de responder las andanadas de improperios que me dedicaba Chocano desde su cómoda prisión. Un folleto escribió para denigrarme, y su texto lo han usado en México mis enemigos cada vez que han querido causarme molestia y porque les ha sido más fácil recoger basura para arrojármela que hallar cargos concretos válidos en mi contra. Estando ya en Europa, este incidente provocaba todavía disputas en los diarios. En Buenos Aires, el periódico *Crítica* hizo eco al asunto, favorable para mí, duro contra Chocano y Lugones. En general, tanto se desbocó Chocano y tan mal andaba su prestigio, que aun en España Chocano fue vivamente censurado, en tanto que sin quererlo me ponía a mí sobre el solio de la fama continental.

Pero el recuerdo de todo el caso desafortunado me amargaba la boca, por causa de Elmore. En Lima, durante algún tiempo, mi nombre fue bandera de los radicales

jóvenes. Nos distanció, a la larga, la inclinación de Mariátegui hacia el marxismo, pero duró algún tiempo por el Sur mi capitanía tan dolorosamente pagada.

Y en tanto *La Antorcha* quebraba casi, el país, entregado a los festejos de la toma de posesión de Calles, me volvía la espalda sin miramientos. Amigos fieles me aconsejaban un viaje a Europa. Gabriela Mistral me escribió desde Italia instándome a que saliera de un país entregado sin remedio a los asesinos. Blanco Fombona me escribió desde Madrid ofreciéndome su castillo de Francia para una temporada de reposo. Este gran Rufino Blanco Fombona se había hecho mi amigo por la campaña contra Gómez y por su hermano, que estuvo una temporada entre nosotros. Fombona seguía con atención mis discursos y trabajos, y un día me mandó una carta regañándome. Me dejé regañar porque era yo ministro y porque no sabía si Fombona o yo estábamos en lo justo. El enojo de Fombona se debió a no sé qué palabras mías en que tímidamente acusaba a Bolívar porque su Congreso de Panamá no tuvo un carácter muy claro de hispanoamericanismo. No había yo estudiado a fondo la cuestión en aquella época y, en cambio, Fombona es autoridad bolivariana; así es que me tragué la píldora, le hablé de otra cosa y seguimos de amigos…

Y hubo algo que para mí fue consuelo; a medida que en México, por causa del terror callista, se me cerraban todas las puertas, los grupos mejores de la América del Sur empezaron a mostrarme una consideración y un interés que antes no habían dado al ministro. Es claro que la diferencia era resultado de la labor hispanoamericanista, que tuvo resonancia, por ejemplo, en la edición de los clásicos; pero de todas maneras era grato y era noble el gesto de abrir las puertas de aquellas patrias hermanas al que había sido declarado por la Mistral el novio de la América Latina.

Plumas de cieno han propalado la especie en que yo gasté en hacerme propaganda por el Sur. Nunca podrán demostrar el gasto de un solo centavo dedicado a propaganda ni en el Sur ni en el Norte. La mejor propaganda son las obras, y esto no lo entienden los estériles, los impotentes. Nuestra labor había trascendido como un empuje de creación y optimismo. En el vacío continental ella brilló como estrella solitaria. Ningún otro funcionario había hecho hasta entonces nada semejante en favor de la solidaridad espiritual del continente. Ni Rodó ni Manuel Ugarte tuvieron la ocasión de poner en obra lo que tan generosamente predican, y a mí me había cabido la fortuna de poder cumplir algo de lo que tantos han soñado. Eso explica la facilidad con que después me he movido por el continente ganándome la vida, lo que ya es triunfo para un desterrado. Y nada tiene que ver todo esto con la leyenda de que llené los cargos de Educación con extranjeros. Más extranjeros visitaron después a la Universidad en giras de conferencias que durante mi tiempo. Y no porque la Universidad se haya liberalizado, sino porque se crearon en México institutos pagados por la colonia española, secundando un movimiento que viene de la Argentina. Lo que yo gasté en ocupar a extranjeros se limita a los casos de las tres o cuatro personas que ya he mencionado, las cuales ganaron los sueldos modestísimos que ya he revelado: diez pesos diarios, o sea cinco dólares, Haya de la Torre, y veinticinco pesos diarios Gabriela Mistral. Más gastó, según entiendo, la Secretaría de Educación para llevar de nuevo a Haya al país, no obstante que lo abandonó cuando quedó patente que no podían utilizarlo en mi contra.

Viaje a España

En fin; por lo pronto, y en aquellos meses amargos del comienzo del año veinticinco, empecé a preparar un viaje a España.

No tenía relaciones con la Embajada española porque en mi revista había atacado a Primo de Rivera y su golpe de Estado. Pero buenos amigos de la colonia española de México se encargaron de prepararme el ambiente y me animaron al viaje.

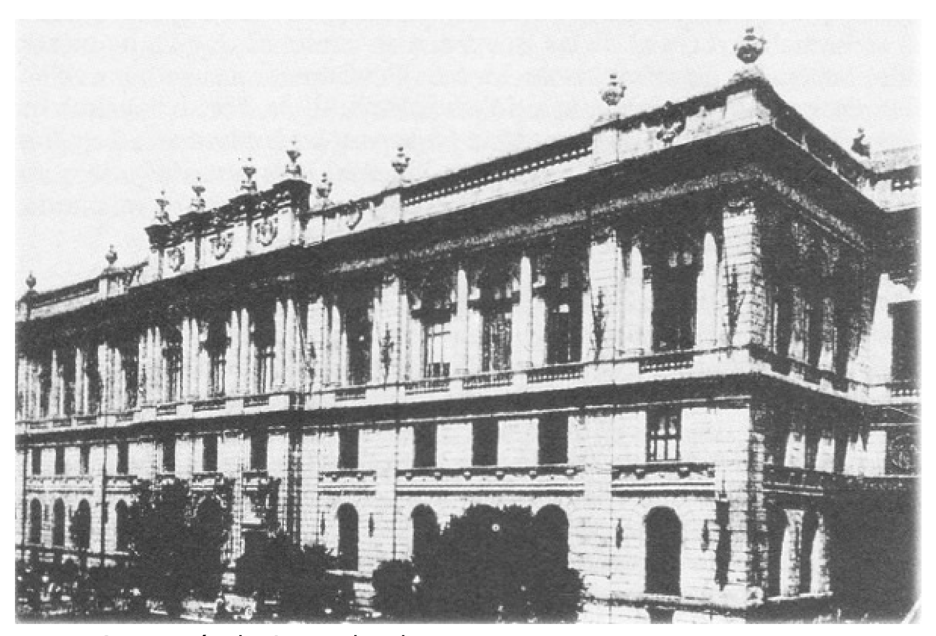
No sólo desde el exterior, sino también en México el cariño hispanoamericano me hizo pasaderos aquellos meses de la apoteosis callista. El embajador del Brasil y sus secretarios me llevaban a su mesa, me visitaban y acompañaban a menudo. El ministro de El Salvador dio una comida diplomática a la cual me hizo sentar en sitio de honor para declarar en los brindis que era yo para él el más ilustre mexicano del momento. Aarón Sáenz, Ministro de Relaciones, que estaba presente, se quedó desconcertado; pero salió del paso con gallardía afirmando que se regocijaba de cualquier honor tributado a un mexicano. En esa comida conocí a la ministra del Perú y a su marido. Eran representantes de Leguía, a quien yo había atacado. Pero la señora, gran mujer, bella y culta, me tomó a su cargo; ya no era yo ministro; era el pensador quien le interesaba; me comprometió con su bondad, y le acepté una invitación a comer. A partir de ese momento, y acompañado de Juan

Coto, el poeta salvadoreño, gran amigo de la dama, y de Carlos Pellicer, todos los viernes almorzaba en la Legación del Perú. Mesa incomparable y trato exquisito. Y de cuando en cuando, un tirón de orejas espiritual y amistoso por mis ataques a los dictadores Leguía y Mussolini. La dama tenía el retrato de Mussolini, con dedicatoria, a quien había visto ascender en Roma. Y de Leguía afirmaba:

—Si usted lo conociera simpatizaría con él; no es cruel y es muy emprendedor, muy activo, y ha hecho mucho por el Perú. Si usted viera a Lima hoy, ya no la conocía; está saneada, flamante…

—¿Y cuántas estatuas —preguntaba yo— se ha hecho levantar el señor dictador?

Reíamos y conversábamos de todas las cosas del mundo. Coto descubrió a un italiano fabricante de pastas que solía servirlas en privado a unos cuantos clientes, y allá nos trasladábamos la señora del Perú y una de sus amigas, y algunas veces su esposo y cuatro o cinco de nosotros, a comer los más famosos ravioles que han existido. Nunca los comí mejores en ningún sitio de Italia.



Secretaría de Comunicaciones

A veces, al regresar de una de estas inocentes comilonas, en el despacho de *La Antorcha* me esperaba algún amigo para avisarme que acababan de ser fusilados fulano y zutano, enemigos de Calles, con el pretexto de que fomentaban levantamientos. De Flores recibía yo enviados que alegaban sólo se esperaba tal y cual plazo para iniciar una rebelión. En Oaxaca seguían armados ciertos grupos que no hubieran dejado de secundar un movimiento nacional; pero pasaba el tiempo y no ocurría nada. El servilismo de la capital creaba una atmósfera irrespirable. Le empezaban a encontrar cualidades a Calles y defectos a Obregón. Esto resultaba de perlas porque provocaba el enojo de Obregón, que desde Sonora bufaba y que en un principio, con un gesto, habría destituido a Calles con el aplauso del país. Pero nunca fue Obregón ni rápido ni osado en sus decisiones. Siempre tuvo un religioso respeto a la fuerza y a la autoridad constituida. No se rebeló contra don Porfirio, y contra Huerta se puso, pero sólo después de que el gobierno local

sonorense había desconocido al usurpador. Para Obregón, Calles ya no era su hechura; era el presidente, era el gobierno, y hay temperamentos que siempre son, por encima de todo, gobiernistas. Obregón, con todo su valor y capacidad, era uno de éstos. Reñía con Calles, pero empezaba a temerlo.

Y eso que todos los ministros obedecían a Obregón y eran su hechura. La evidencia de que Obregón no derrocaría a Calles, pese al rumor popular al efecto, la tuve por conducto de uno de los abogados de la Secretaría de Hacienda, subordinado de Pansi.

—Están a punto de romper —me dijo un día—, y no será difícil que Obregón avance desde Sinaloa con una columna de ejército.

Versaba la disputa sobre una exigencia de Obregón, tan peregrina que el mismo Calles, que no se distinguía por los escrúpulos, vacilaba en cumplirla. Se había hecho ceder Obregón tierras nacionales: Todo un latifundio por Cajeme. Y quería, además un ferrocarril, el de Yavaros, con todo y las obras del puerto. La operación importaba tres o cuatro millones de pesos, que el gobierno cedió en vía y material rodante, a cambio de una participación de una minoría de acciones de una compañía organizada por Obregón y algunos socios extranjeros. Obregón amenazó por la demora en la firma del contrato, y Calles cedió, firmó lo que le puso delante el Ministro de Hacienda, subordinado al caudillo militar del régimen.

—Ya se arreglaron —me dijo el abogado amigo—; ya le regalaron a Obregón el ferrocarril; ya no derrocará al gobierno...

Entre tanto, a Flores le empezaban a matar a sus subordinados militares más peligrosos. Se culpaba de los

asesinatos a enemigos personales, o no se daba disculpa.

Un enredo

Podrían suprimirse del relato ciertos episodios que hieren la sensibilidad de las personas discretas; pero el que escribe, no para un público dado, sino para darse el consuelo de contemplar su propia vida en panorama crítico que orienta el futuro próximo, tiene que recordar circunstancias para otros baladíes, pero que en nosotros dejaron huella sentimental o experiencia valiosa. El infierno de la carne es para la historia del alma un recorrido más culpable y también más interesante que todas las peripecias de la política.

Ni pertenezco al tipo sexual caracterizado ni me he dedicado a buscar aventuras mujeriles. Ni por el físico, nada gallardo, ni por el temperamento retraído, ni por la inclinación moral, resulto siquiera caricatura de donjuanismo. Desde temprano la ambición intelectual, el sueño de crear grandes obras del pensamiento, me hizo avaro de mis fuerzas, incapaz de entregarme por mucho tiempo a excesos venéreos, que siempre me han dado la impresión de que nos dejan seco el cerebro, lisiada el alma. Entre seguir una aventura y escribir una página que me parece bella, siempre he optado por lo segundo. Mi propio egoísmo, por lo tanto, me aleja de las lides eróticas. Mi vocación profunda también está muy lejos del amor como relación de los sexos. Siempre he creído en el amor de lo efímero. Aun cuando la expresión parezca pedante,

cualquiera la comprende si también padece el mismo mal. Y erotismo y misticismo son contrarios y enemigos en la práctica aunque por el fondo se comuniquen, como las aguas de manantiales de una misma capa subterránea. Y cada vez que he caído en obsesión amorosa, sin excluir ni el matrimonio, una voz profunda me acusa de estar traicionando mi vocación, que fue, desde la cuna, de ermitaño.

Por otra parte, lo que hoy se llama un intelectual es otra variante del anacoreta, que para ser eficaz tiene que domeñar el cuerpo y darse todo a la anormalidad y el tormento, glorioso a ratos, de la actividad mental y la creación por el pensamiento. Nuestro organismo entero, por lo que tiene de animal, está hecho para digerir y para dormir; el esfuerzo que el alma le impone se hace notorio y penoso en el caso del que trabaja con la conciencia. Si a esta condición biológica se añaden la educación infantil, severamente religiosa, que en la Cuaresma nos vedaba aun el gusto de los dulces y nos dejó enraizada la convicción que es pecado toda complacencia sensual, se comprenderá el drama que toda voluptuosidad provoca en mi naturaleza. Y esto mismo ocurre en la conciencia de todo cristiano.



La condesa, por Cyprien Boulet.

«Mi vocación profunda también está muy lejos del amor como relación de los sexos»

Y de ese drama deriva todo lo mejor que hay en nuestra

civilización empeñada en el propósito heroico de contrariar y vencer la naturaleza a fin de que el espíritu reflorezca tal y como el cultivador deriva de la rosa silvestre esos bellos rosales de Francia estilo sombrilla o canasta, todo gracia y fragancia. Y es curioso reflexionar en que también la Naturaleza, a su manera, procede por vía de selección y sacrificio cuando saca del tumulto y el caos de la materia cósmica el milagro de una estrella. Soy, pues, un convencido de la virtud del sacrificio deliberado. Y si pude hacer fecundos los cuatro años escasos de mi labor ministerial, es porque durante ellos tuve sujeta la apetencia sensual, distraído el ánimo por entero en la obra que parecía espléndida. Y por otra parte, y aun prescindiendo de la ambición de construir, para ser afortunado en asunto amoroso me falta ese género particular de sensibilidad que denominan pagano y que permitía al hombre antiguo entregarse al placer sin remordimientos y también con inconsciencia de que, a la larga, el tedio, el estregamiento rematen en el suicidio. En todo caso gozaban despreocupadamente su hora de sensualidad. Y esto ya no podemos hacerlo nosotros.

Pero nada de esto disminuye la tentación. Y la fama, con ser tan falsa, es como la lamparita que brilla en la noche y atrae las mariposas desveladas. Se escandalizan los hipócritas; pero ¿quién resiste, si no es un santo, a la abstinencia prolongada y al reclamo de fierecillas que se fingen sumisas como palomas? Asomándome a las costumbres de mis censores, a menudo más accidentadas, más llenas de flaqueza que las mías, he llegado a pensar que no les alarma lo hecho, sino el no callarlo. El pecado de escándalo me parece más bien invención de clérigos que dictado evangélico, y es, en todo caso, la peor ofensa que se puede cometer contra el código, siempre riguroso y cruel de

toda suerte de fariseos. El temperamento femenino, por su parte, exige dedicación exclusiva al asunto amoroso; la fama y las tareas mentales le resultan cosas secundarias y sólo se da a quien previamente ha consentido en hacerse elocuente y víctima. Desde Dionisios a Don Juan, la ley del verdadero amante es dejarse devorar de las mujeres. El que aun en el vencimiento de la pasión halla fuerzas para romper el cerco y reconquistar el albedrío de su alma será siempre un equivocado, un desengañado que extiende la mano para aprehender a la amada y cada vez se le queda el puño vacío, como si enamorase un fantasma. Ilusión hacemos de ellas y como ilusión se nos desvanecen. Y aunque duele perder lo que suele entrar en la carne, acabamos siempre bendiciendo la hora en que se nos fueron y nos dejaron desgarrados más o menos, pero otra vez libres y gloriosamente solos con nuestro amor imposible de perfección y absoluto.

No recuerdo en dónde la vi por primera vez. Pronto se hizo visita cotidiana en la redacción de *La Antorcha*, refugiada en la imprenta de un remoto barrio de la capital. Era salvadoreña, confesaba veintidós años y no pasaba de veinticinco. Educada en un colegio de California, se había casado muy joven con un mexicano de aquellos rumbos y se había divorciado. Con motivo de la muerte del padre volvió a El Salvador; pero su espíritu inquieto, su ambición de aventuras, ya no eran para estar contenidos en la aldea, que ella misma describía tediosa y ardiente, enclavada en la selva del trópico y amenazada por el volcán. Las mujeres viven en ella sin otra ocupación que las siestas largas de una canícula eterna, y atentas al paso por la ventana de dos o tres galanes pueblerinos. La mesa servida con abundancia pone gordos los cuerpos y hace parecer viejas a mujeres que no han llegado a los treinta. Inútiles transcurren las horas sin otra ocurrencia que el callejero alboroto de los cerdos que

escapan del corral, seguidos del chico que los rescata, al grito pausado de «cochis», «cochis»…

—Tú comprendes que eso no es vida… Sí, es claro; podía casarme de nuevo; pero si tú vieras a mi pretendiente, don Pantaleón; gruesa leontina de oro en la panza, bigotes entrecanos, dueño de la mejor tienda y de un buen cafetal…; ¡no, gracias…!

Tenía el pelo negro un poco crespo y no lo usaba muy corto. Era de ojos negros vivos y grandes, pálidas mejillas, labios delgados, nariz nerviosa, cuello fino y cuerpo torneado, largo, movible, tormentoso.

—¿Y cómo viniste a dar aquí?

—Desde El Salvador oía hablar de ti; me entró curiosidad de conocerte; además, pasear por México es la ilusión de los salvadoreños. Tú eras el amigo de Centroamérica; aunque en El Salvador te acusan de que no nos quieres mucho a nosotros, de que te inclinas demasiado en favor de los tecos, yo quise ver cómo eras. Conseguí una carta de presentación, te hablé en una de las audiencias públicas; de prisa leiste la carta y me viste: Usted está bonita, dijiste; no necesita trabajar; aquí no damos empleo a las bonitas. Fuiste brutal; salí de allí odiándote…; pues qué: ¿querías que me dedicara a la prostitución? ¿Y ése era —me dije— el Vasconcelos que tenía fama de bueno? Y en esos días andaba en apuros para la renta del cuarto. Prometí no volver a verte nunca… Pero ahora que no eres ministro ni tienes ya casi admiradores, aquí me tienes…, tu salvadoreña.

Y su sonrisa me producía sensación de vértigo. Su familia, dueña de modestas propiedades en la provincia centroamericana, le situaba cantidades irregulares y llevaba ella casi un año en México mezclada con los estudiantes de su país, numerosos, por entonces, en la capital. Una íntima

suya, Concha, a punto de graduarse doctora en Medicina, era de mis partidarios más fieles. Y mi nueva amiga, inscrita en algunas clases de la Universidad, presumía de estudiar Leyes. Llegaba a veces cargada con apuntes de clases que no descifraba; pero atareada, musicalmente ruidosa, despierta, efusiva de júbilo vital. Me llevaba la crónica de las escuelas: «Lo que dicen tus enemigos»...; «lo que responden tus amigos».

Un día hizo que la acompañara a Medicina con pretexto de arreglar en la secretaría de la escuela no sé qué asunto de Concha, su compatriota. Cuando asomamos por el patio, su traje luminoso de seda lila atrajo la atención de los muchachos del corredor alto, que al verme se pusieron a vitorearme. Los estudiantes comenzaban a reconocer la obra realizada, y con esa generosidad incomparable de la juventud, demostraban al derrotado político el afecto que no habían querido manifestar al ministro. Días antes, en el anfiteatro de Preparatoria, con motivo de la entrega de unas medallas de los estudiantes de Ecuador, me habían tributado ovación desatada. Sin proponérmelo empezaba yo a ser bandera del disgusto público.

Charito, que así llamaremos a la gentil salvadoreña, se apareció una mañana, toda excitada.

—¡Ni sabes quién me ha venido a dejar aquí hasta la puerta...! Antonio Caso...

—¿Y qué andas haciendo tú con Caso...?

—¡Cómo...?; si es maestro; el año pasado asistí a su clase de filosofía... estuvimos hablando de ti y me empeñé en traerlo para que se dieran un abrazo, pero no quiso; me bajó del taxi en la puerta y destapó... Dice que le gustan los artículos que estás escribiendo; dice que eres muy elocuente. ¡Ay!; ¡es tan simpático el maestro Caso!

—Mira, Charito: no me vayas tú a meter en líos con mis ex amigos, enemigos… Si quieres darme celos con Caso, lo lograrás, pero no me vas a hacer reñir por ti; me enfureceré, pero me alejo de ti nada más.

—¡Ah, qué tonto eres! Bueno, ya no hablemos de eso…

El enredo andaba por otro lado y yo no lo sabía; me lo descubrió ella misma más tarde. Un poeta que había sido muy de los míos y se me había vuelto, sostenía con ella relaciones que afirmaba no eran sino platónicas. El poeta se hallaba de viaje por sus tierras de Centroamérica cuando yo empecé a tratarla. Y cuando regresó, Charito se puso inquieta. Un allegado del poeta centroamericano la encontró en la calle, según me dijo; la amenazó con matarla por traidora. Ya me había hablado antes de un novio que decía haber dejado por causa mía; pero cuando me enteré del nombre padecí gran contrariedad, porque las circunstancias me condenaban, me hacían aparecer como capaz de tomar venganza aprovechándome de su ausencia…

A Charito me limité a decirle:

—Si te amenazan, vente en seguida aquí, a esta oficina. Di a todos que aquí te pueden encontrar…

Pero el disgusto me quedó latente. Siempre he procurado no caer en situación de no poder mirar a la cara a un hombre, ya amigo o enemigo. ¿Y cómo iba yo a probar mi lealtad? Ella misma la proclamaba entre los de su clan centroamericano; pero la calumnia poco necesita para prosperar. Y fue mi mejor consuelo que mi desleal amigo se hallaba bien colocado entre los nuevos dominadores; favorito de Morones, mi más señalado enemigo…

Quedamos, en todo caso, en situación ideal como para un encuentro serio, pero no llegó la sangre al río; todo se disolvió en la murmuración; se deshonró en el escándalo.

A pesar de eso, la aparición de Charito por las oficinas desmanteladas de *La Antorcha* era un rumor de violines acompañado de claridad.

En esa época volví a escribir cuentos. El imperio que, por tablas y a contratiempo, ejercía sobre mí Kipling, me llevó a ensayar este género admirable. La novela es demasiado difusa. El cuento encierra temas profundos, en poco espacio y en lenguaje conciso. El misterio de Charito me inspiró la pequeña composición *La casa imantada*, que concebí medio dormido, casi soñándola.

Un infundio de Coto, sugerido, al parecer, por la señora del Perú, me llevó a escribir el otro cuento: *Es mejor fondearlos*, injusto en realidad para los chilenos, aunque no lo juzgué así al escribirlo. Por su causa perdí la amistad del simpático caballero, el ministro de Chile. ¿Cuándo no ha de haber algo de serpiente en toda relación de mujer, así se trate de una dama? Dominó su peruanismo a mi amiga y me puso en la mano la piedra que fue a caer por Valparaíso...

Pronto, sin embargo, se me agotó la vena del relato. En vano buscaba temas; en cambio, las ideas en forma de tesis, teorías, comenzaban a despertar en mi cabeza después de la modorra, la esterilidad literaria en que me había pasado los cuatro años del Ministerio.

Derivada de la tesis que publiqué en los días del Ministerio sobre la Ley de los Tres Estados: el materialista o guerrero, el metafísico y el estético, imaginé una teoría radical del continente, una doctrina del mestizaje. Para desarrollarla, comencé el libro que recopila incidencias de mi viaje a la América del Sur y formula lo que llamé, un poco indebidamente, *Teoría de la raza cósmica.* Con fiebre de producción, tuve días de escribir dieciséis páginas del libro; al mismo tiempo atendía a escribir casi la mitad del texto de

la revista. Me vencía la fatiga; me estorbaba Charito y le huía sólo para caer más rendido pocos días después.

Me refugiaba en mi casa, me distraían mis hijos con fascinación reposante.

Con beneplácito acogí el plan inesperado de Charito de marcharse a visitar a sus familiares de El Salvador.

—Arreglaré —me dijo— que Quiñones te invite a dar conferencias en mi país.

Este Quiñones era el presidente de la brava republiquita.

—Cuidado y no vayas a enamorarlo primero —advertí.

—¡Ja, ja, ja!; si es gordo; así, mira.

Y extendía las manos cruzadas frente a su tierno vientre extraplano.

Colaborador de diarios

Mi viejo amigo del Ateneo, Carlos González Peña, aprovechó una vacante para proponerme como colaborador de planta con un artículo semanal, pagado a cien pesos, la tarifa más alta que el diario tenía en uso. No estaba en condiciones de rehusar una entrada segura de esa índole.

—Nos escribes cuatro o cinco páginas a máquina sobre lo que tú quieras, y basta —había explicado Carlitos.

Además de la ventaja pecuniaria, el diario ofrecía la ocasión de ser escuchado por todo el país. La única reserva que establecí fue el derecho de vender el mismo artículo en la prensa de los estados y en el extranjero. Pronto *El Tiempo*, de Tampico, empezó a pagarme treinta y cinco pesos por derecho de reproducción, y *La Prensa*, de San Antonio, otros treinta; más tarde, cuando extendí el radio de mis publicaciones a Sudamérica, llegué a sacar más de doscientos pesos a cada artículo semanal. Esto me resolvió el problema de establecerme en Europa, pues lo mismo daba escribir desde México que escribir desde Madrid o París. Al mismo tiempo, el estar publicando artículos en diarios de gran circulación perjudicaba a mi revista, que era buscada por mis desahogos. Dediqué a ella, sin embarazo, los escritos de índole combativa que no me hubieran tomado los diarios.

Al principio pensé hacer un viaje de varios meses por Europa y regresar para seguir atendiendo la revista; entre tanto, la dejé a cargo de un joven dedicado a la filosofía, don

Samuel Ramos. De colaboradores tuve a los mejores escritores jóvenes del país y a muchos extranjeros que después alcanzaron categoría literaria. De Rusia me escribió Haya de la Torre ofreciéndome artículos. Me mandó la propaganda que la Internacional Comunista circulaba entonces a favor de Abd el-Krim, el de África. Héroe judío masónico porque luchaba contra la potencia católica que todavía era España. No me opuse a publicar cosa alguna y aun colaboré en la difusión de la doctrina seudoliberal, porque vivía en estado de ceguera, junto con casi todo el pensamiento de la época, incluso el católico, que odiaba el liberalismo pero no sabía desentrañarle el mal. Era, en parte, también, ceguera mundial, pues las cosas sólo se han aclarado después del exceso cometido en Rusia y por lo que Rusia ha intentado en el resto del mundo, al servicio del marxismo. Mi revista era, en consecuencia, violentamente antimusolinista, como la de cualquier súbdito colonial de los ingleses y tímidamente antiprimorriverista. También inconscientemente poinsetista, como lo hemos sido todos los liberales del continente y lo siguen siendo algunos obcecados. Y porque escribía yo en ese tono, empecé a ser autor citado por el izquierdismo mundial lo mismo en Estados Unidos que en España y Sudamérica. El distinguido liberal colombiano y buen caballero, don Eduardo Santos fue de los primeros dueños de diario que me invitaron a colaborar regularmente en sus publicaciones. En todo caso, de pronto me vi convertido en el más leído de los mexicanos. Sin embargo, la tarea de mi gusto no estaba en el artículo de periódico; mi vocación era el libro. Escribía el artículo a la trompa talega y urgido por la necesidad de cobrar su importe; pero lo mejor de mi energía lo reservaba para la terminación de mi obra *Teoría de la raza cósmica*, que me propuse lanzar en Madrid, donde Blanco Fombona había

hecho ya una edición difundida de mi *Prometeo vencedor*, y Calleja otra, que cada año me dejaba algunas pesetas, de mis *Estudios indostánicos.*

Para celebrar mi ingreso al diario, la dirección ofreció un banquete en que fui presentado a todo el personal. Me causaba orgullo sentirme incorporado a toda aquella gente talentosa, cada una en su ramo, y acostumbrada a ganarse la vida pensando. Me sentía delante de ellos humilde, pues no lo debía todo a la pluma, como mis nuevos colegas, sino a la notoriedad que da la política. Redactores y cronistas, críticos y mujeres escritoras, dibujantes y reporteros, todos comimos y bebimos en buen restaurante, con derroche de cordialidad y buen humor. Aunque pronto me ausenté, siempre mantuve simpatía por todos los de aquella empresa, manejaba democráticamente bajo una dirección liberal y justiciera. El mal de nuestra prensa está como el mal de todo lo demás: en calidad baja del personal del gobierno que exige de todo el mundo indignidades y que vigila, persigue o corrompe, vicia o destruye al que escribe para la diaria publicidad.

Nunca había querido vivir de la pluma, porque siempre he ambicionado gastar con desahogo, y el simple escritor entre nosotros apenas vive; pero me consolaba pensando que tan pronto como cayera aquel régimen de Calles, y no fuese ya un deber mantener activa la oposición, me retiraría del periodismo para abrir ese despacho de abogado que, si bien no satisfacía mis aspiraciones íntimas, sí me daría, por fin, la ocasión de juntar dinero en cantidad para el porvenir de mi familia y para viajes dispendiosos por los cuatro rumbos de la tierra.


EL UNIVERSAL

EL GRAN DIARIO DE MEXICO

NO “PAIS DE UN HOMBRE”, SINO “NACION DE INSTITUCIONES”

A SOLEMNE APERTURA DE LAS CAMARAS

...Interés Despertó el ...scurso Político del Sr. Presidente Calles

EL TRIUNFO DE LA OPINION PUBLICA

El Gral. Calles no Volverá al Poder Nunc...

Esta es su Resolución Inque-brantable.-Empeña su H... nor Ante la República ... Ante el Mundo Civilizado

Los Gobiernos de “Caudill... Deben Desaparecer.-Par... dos Orgánicos Para q... Regulen la Vida Política

LLEGO EL LIDER SEÑOR IGLESIAS

Felicitaciones al Sr. Presidente Calles

La C. R. O. M. y el Partido Laborista le Significan su Adhesión.-Un Mensaje del Líder Santiago Iglesias

EL VUELO DEL PILOTO FIERRO

José Vasconcelos colaboró en varios diarios de México y del extranjero

Mi pobreza no ha sido vocación: ha sido castigo y accidente impuesto por las circunstancias; lo natural por mi profesión y mi capacidad de trabajo es que me hubiera hecho rico. Pero ya un adivino, examinándome las uñas, me había dicho una vez: «Rico nunca serás...; cuando tengas dinero habrás de gastarlo, y no siempre has de tenerlo...»

La obligación moral de continuar la pelea contra el callismo me hizo ganapán de la pluma. De otra manera habría sido escritor, pero de libros filosóficos y activo hombre de negocios.

Cuando Lanz Duret, director y propietario de *El Universal*, regresó de un viaje a Europa, gentilmente me confirmó el arreglo de que podía viajar mandando mis artículos desde donde estuviese.

—Nomás no me vaya a mandar muchas crónicas, se lo ruego; mándeme artículos sobre la realidad del país. Puede atacar al gobierno, pero sin citar directamente al general Calles; ya sabe: eso no se puede…

El presidente era entonces, más que nunca pero según costumbre, un Moctezuma intocable, tabú de nuestro servilismo azteca y providencia inefable.

En su viaje de tres meses por Europa habían entrevistado a Calles los corresponsales de París.

—¿Cuenta usted —preguntaron— con mayoría parlamentaria para llevar adelante su programa?

—Eso no es problema —respondió el presidente constitucional—; si los diputados resisten, «los friego…».

—*Quel sauvage*! —exclamaron los de los diarios, y se retiraron.

En Estados Unidos, en cambio, le habían hecho a Calles honores de reyezuelo colonial. Le celebraron las amenazas comunizantes. Iba a repartir la tierra, iba a subir los salarios y a redimir al indio. Los corresponsales *yankees*, perfectamente enterados, sonreían… Ya Calles había ratificado los Tratados de Bucareli, que le vedaban tocar las tierras de los norteamericanos.

Como fruto de sus tres meses en Europa, Calles prometió escribir unos folletos, sobre socialismo, dijo… Había estado dos semanas en Alemania visitando a los de la efímera república socialista que nació en Versalles, y se sentía autoridad en economía. No llegó a escribir los folletos; pero todavía sus discípulos, más iletrados que el jefe, le siguen el Plan Sexenal. Se cuenta que al pasar por la Legación de Berlín con su séquito, dejó Calles en quiebra a la embajada por el exceso de coñac consumido. Le acompañaban rufianes que en seguida fueron ministros de Estado.

Intento cismático

Y no pudiendo cumplir Calles con sus desaforadas promesas electorales, inventó la persecución religiosa.

Coludido con Morones, Calles organizó un asalto a la iglesia de la Soledad; oficiales y policías disfrazados de paisanos expulsaron al cura, golpearon a las beatas y el templo quedó clausurado, para ser puesto, una semana después, en manos de un ex cura católico, un renegado extraído de una taberna que se prestó a hacer la comedia del cisma. Lo ungió el callismo de obispo cismático, lo subvencionó para que sostuviera la farsa.

El Universal, que era el diario de las familias, vio su oportunidad y empezó una campaña de tímida defensa de los católicos. La secundé gustoso denunciando el atentado como maniobra protestantizante, *yankeezante*. A la par que en *La Antorcha*, abría campaña contra los protestantes adueñados de la Secretaría de Educación. Por su parte, los católicos cometieron el error de izar bandera religiosa, en vez de buscar alianzas con los numerosos grupos revolucionarios que estaban contra el callismo.

Crearon la Liga Defensora de la Libertad Religiosa, sociedad secreta de combate, y sin quererlo sirvieron a los planes de Calles, que era distraer al país con una contienda en que la iglesia, debilitada, desde la Reforma, llevaba la de perder.

Revelando sin prudencia su juego, Calles obsequió en esos

días cien mil pesos a la Young Christian Association, y le entregó la dirección de los Institutos oficiales de Cultura Física. El estadio, entre tanto, amenazaba ruina por haberse quedado inconcluso.



Los cristeros

Otras obras de la Secretaría padecieron por suspensión del trabajo antes de tiempo. En Educación se ensañaba el rencor pequeño de Calles. El nuevo ministro, un sujeto insignificante, se había querido ganar la opinión dedicando elogios a mi labor en el discurso inaugural de sus tareas. Calles lo llamó por teléfono, le dijo que eran excesivos los elogios, y todo el párrafo relativo fue tachado en la versión que se dio a la prensa.

Y mientras el nuevo ministro, que entró sin un peso, levantaba casa propia a los pocos meses de tomar posesión, el gobierno, en sus declaraciones, presumía de austeridad administrativa y de moralización para contener los derroches de la administración obregonista. Los derroches más denunciados eran los que yo había hecho fabricando en

la capital escuelas decentes. El callismo ofreció intensificar la educación rural, así como ilustrar a los indios; pero suprimió a los maestros misioneros, y los indios volvieron a quedar en abandono, y convertidos nada más en asunto de propaganda oratoria.

Como subsecretario de Educación habían nombrado a un arqueólogo de formación smithsoniana, reivindicador de lo indígena, disgustado de lo español y que se había distinguido por su hostilidad subrepticia a mi gestión de ministro. Entró asegurando que me exhibiría. Pidió los expedientes de compras de material de construcción; se pasó un mes averiguando precios, leyendo contratos; pero en lugar de descubrirme robos, le halló un negocio sucio a su propio ministro... Tanto hablaba Calles de moralizar, que el nuevo subsecretario vio su oportunidad. Su ministro andaba ausente por el Norte, y don Gamio, subsecretario, se presentó al acuerdo con las pruebas del peculado de su superior. Calles no le contestó y se quedó irritado... Aquel tonto, en vez de llevarle mi condena, le denunciaba a su colaborador y cerebro, al que le hacía los discursos y le reía los chistes sobre el tapete verde de las partidas oficiales de poker...

—¡Qué bruto es éste! —comentó Calles.

Y pocos días después el subsecretario se vio obligado a renunciar. Víctima de su credulidad. Era hombre honesto y estorbaba...

Los corresponsales norteamericanos, los consejeros a estilo Gruening, el autor de *Mexico and his Heritage*, pusieron el grito en el cielo ante la renuncia obligada de Gamio. Era Gamio el caudillito que pensaban inflar para oponérmelo... De Puig, el ministro, me dijo meses después Gruening en París:

—No; no se puede decir que su sucesor tenga espíritu apostólico.

—Sin embargo —advertí—, el mal no está en él; el mal está en Calles. Yo no tengo pleito más que con Calles.

Y Gruening se retiró entristecido, según dijo, de mi actitud. Entre tanto, yo aplazaba mi viaje hasta que se cumplieran los seis meses que señala la ley como plazo para exigir responsabilidades a los funcionarios salientes. Las cuentas todas estaban en poder de mis más enconados enemigos. Hice saber que no partiría mientras el plazo no expirase...

El halago tras el puñal

De la noche a la mañana se había hecho personaje un señor Montes de Oca, tenedor de libros de profesión y vicecónsul y espía bajo el obregonismo. En alguna andanza de por la frontera, lo había conocido años atrás; se la daba de intelectual y me hacía buena cara. En el callismo resultó jefe de la Contraloría y se aseguraba que sería el Ministro de Hacienda tan pronto como Calles lograse deshacerse de Pansi, a quien odiaba y tenía que soportar por voluntad de Obregón. Montes de Oca me invitó a comer; me ofreció cartas para amigos suyos de Viena o no sé dónde, por donde había pasado de cónsul. Al regresar del restaurante en el auto en que me dejaba a mi puerta, me dijo:

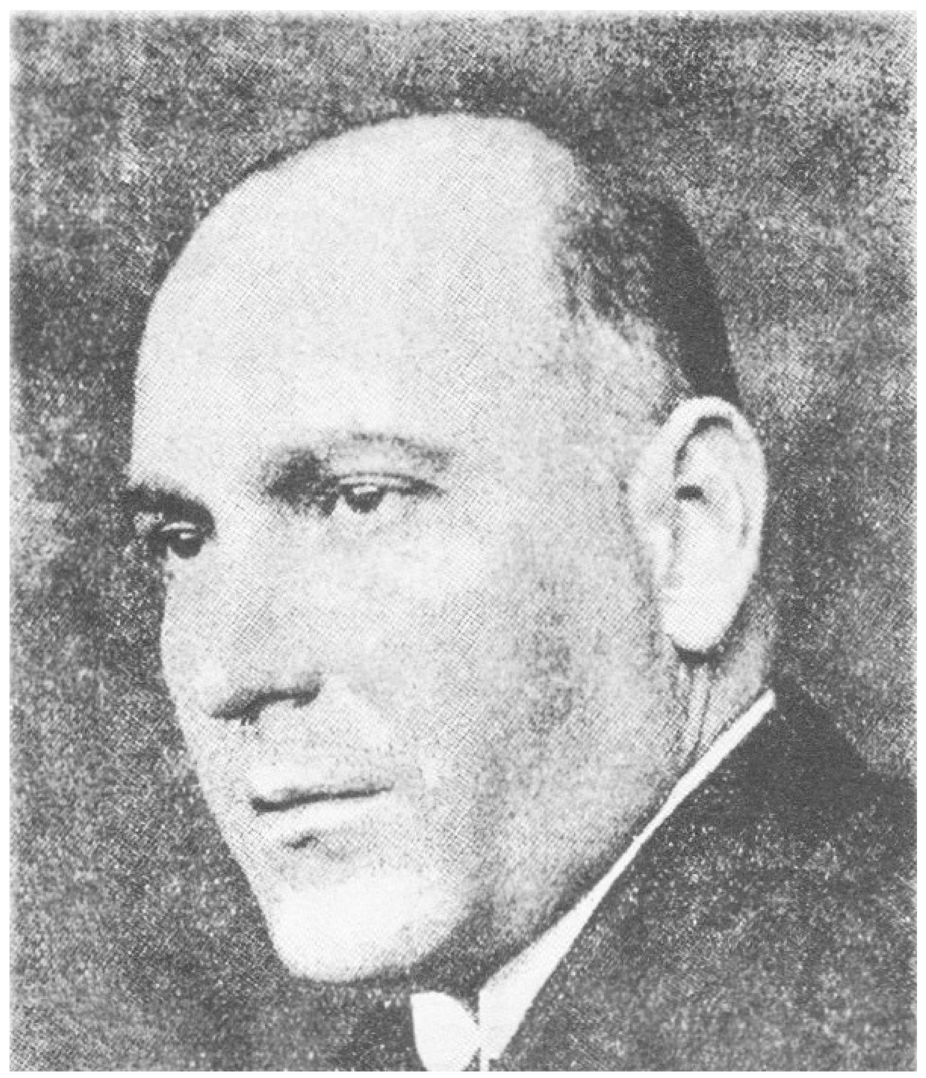
—Le convendría mucho llevar pasaporte diplomático, para todos esos viajes que va a emprender. Si usted le escribe al general Calles pidiéndoselo, estoy seguro de que le dará mucho gusto firmárselos.

Le agradecí a Montes de Oca el aviso. No escribí, por supuesto, al general. Recogí un pasaporte ordinario que me gestionó un amigo, para evitarme poner un pie en Relaciones. Y sin yo solicitarlo, el ministro de Francia, al visarlo, le puso anotación de ex ministro, lo que me dio facilidades de diplomático en las aduanas francesas.

El secretario de Puig, viejo amigo personal, me visitaba a menudo; me insinuó que podrían darme comisiones honorarias o pagadas, si así lo quería, para visitar

universidades de Europa. Me aseguró la buena voluntad de Puig.

—Dígale a Puig —contesté— que no tengo pleito con él; que lo más malo que tiene es su jefe...



José Puig Cascuranc (1888-1939).
Secretario de Relaciones Exteriores de 1933 a 1934

Me salía yo para librarme unos meses de aquel ambiente y no iba a ensuciar mi viaje con representaciones inmundas. Eso no quita que Puig me mostró más consideración que

Gastélum. Lejos estuvo de pretender censurarme, regatearme el mérito como lo había hecho Gastélum. Con todo, Puig no era otra cosa que un político ramplón elevado a la categoría ministerial porque fue de los primeros en sumarse a Calles cuando andaba de candidato apestado.

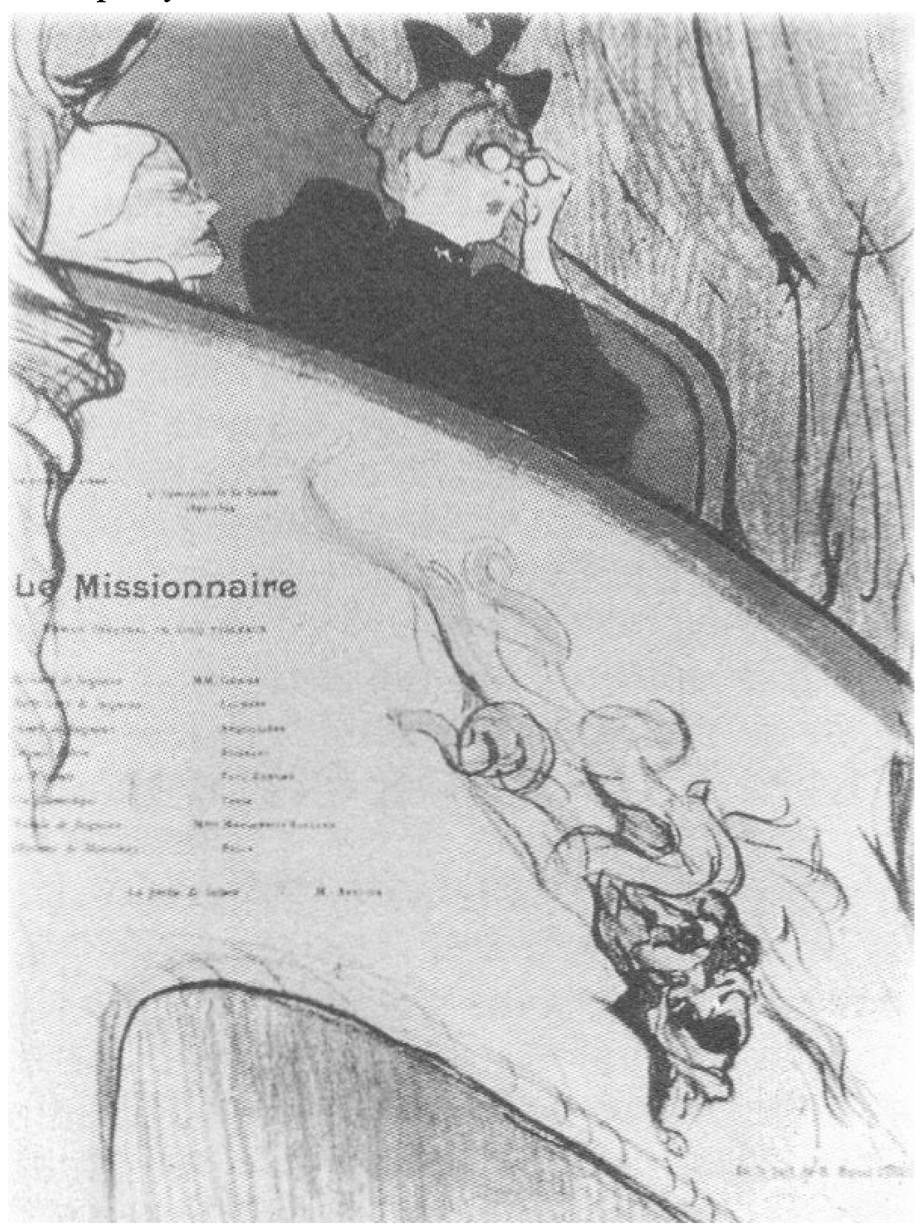
—El otro día lo vi despachando —dijo Montenegro refiriéndose a Puig— en la mesa grande que usted mandó hacer, y me faltó poco para reírme. Le vi la cabeza como un garbanzo.

Pero, eso sí, un cuadrito que ya me había querido regalar a mí, fue a parar a la casa del doctor Puig, que iniciaba su galería en palacio propio resplandeciente.

Cacique pueblerino

Muy rara vez asistía a los espectáculos. Nunca me ha alcanzado el tiempo para hacerlo de un modo regular, ni el gusto. El teatro comercializado de nuestros días sólo por excepción ofrece un drama de O'Neill, una comedia de Lope. Noche a noche los desocupados que tienen algún desahogo económico malgastan sus horas en espectáculos de esencia pornográfica. Es un modo, quizá, de evitar perversiones peores el contemplar mujeres bonitas de lejos y más o menos desnudas; pero el hábito de hacerlo debe de crear un estado de sensualidad exacerbada y superficial, anormal, pues no es conforme a naturaleza estarse recreando con incitaciones que no se consuman, como el que contempla frutas o pavos que no se come. Hace muchos años, las revistas humorísticas de Nueva York llamaban *hosiery exhibition*, exhibición de medias, a todo este género de revistas y bataclanes a la francesa. Después se hicieron a un lado las medias. Y esta innovación, recién implantada en un teatrillo llamado el «Lírico», atraía público numeroso en la época. La parte repugnante del espectáculo la daba el chiste grosero, incalificable, que aderezaba la descarada sicalipsis. El uso de introducir en el espectáculo canciones folklóricas y trajes nacionales redimía, de cuando en cuando, el ambiente plebeyo habitual de las representaciones. Y una noche asistí con un amigo al teatro aludido. Muchachas semidesnudas, con el atractivo de su juventud, hacían la ronda por las pasarelas, a estilo neoyorquino, pero muy lejos del lujo de la

metrópoli *yankee.*



En el Moulin Rouge, por Toulouse-Lautrec.

«Es un modo, quizá, de evitar perversiones peores el contemplar mujeres bonitas de lejos…»

Pero lo que me llamaba la atención y entristecía fue el letrero que ostentaba uno de los palcos del proscenio; decía

en un cartel con letra de imprenta: «Reservado para el general Calles.» Nunca ningún presidente de México, y vaya que hemos tenido Santa Annas, cometió la insolencia de poner su nombre al palco que se reserva. Se sabe que en los teatros del mundo hay un departamento destinado a la autoridad máxima del lugar: el rey, el presidente, el alcalde; pero la vulgaridad de poner al sitio un letrero era algo que por primera vez se veía en nuestra capital. Y me recordaba la arrogancia de los jefes políticos del porfirismo, que cuando llegaba a la aldea el circo ponían un gendarme a cuidar, garrote en mano, los asientos que el jefe se reservaba, fuese o no fuese a la función. El rasgo africano de quien con certero instinto el pueblo había apodado «el Turco», era todavía más grosero, por la forma apresurada y vulgar del anuncio y por hallarse así proclamado el nombre de la primera autoridad del país en el teatro más sucio de la república. Si el señor Calles hubiera tenido imaginación, por lo menos manda bordar una simple C sobre la cortina de terciopelo, a la manera de la N de Napoleón. Pero como no se sentía, en rigor, ni general, cuidaba de andar ostentando el grado unido a su nombre.

Decididamente, México se había hecho inhabitable. Por todas partes el gesto de los nuevos funcionarios, copiado de la máscara del jefe, era de hosca arrogancia. También como de reto encubierto, como de quien no está muy seguro de la propia situación. Ellos mismos carecían de aplomo porque todo el mundo proclamaba que quien mandaba de hecho era Obregón. Ahora bien: Obregón, en la época en que yo lo traté, y sin duda porque se sentía querido por la mayoría, siempre mantuvo la sonrisa de los fuertes, la serenidad del que domina. Me cuentan que más tarde, cuando Obregón recorría la República como candidato para una reelección anticonstitucional y cargado ya con todos los crímenes del

callismo que respaldara, se le puso también cara de fiera. Un observador imparcial, Playa de la Torre, me señaló este cambio. Ya para entonces, Obregón también se sentía odiado y amenazado. Y su furor era del género del tigre. El furor de Calles era el de verdugo que pega desde la impunidad, siempre a mansalva.

Los valses de Chopin

El paso de la compañía de baile de la Pavlova fue para la ciudad como un rocío. Se conservaba ella ágil y bonita en escena y su conjunto contaba con buen número de jóvenes de formas elásticas, cintura angosta y paso ligero. Volvimos a ver el inevitable Cisne, que nunca me gustó gran cosa en su creadora y que tanto han desprestigiado las imitaciones. En cambio, en el delicioso paso del Momento musical, de Schubert, desenvolvió una suerte de fragancias como en sus mejores tiempos. Y luego vino la novedad, la reciente adaptación de unos valses chopinianos.

De la sombra de un jardín, bajo la luna, salían mujeres milagrosas vestidas de blanco, sensuales y delicadas. Se movían al compás de la música dolorosa. Extendían manos largas color de marfil. Danzaban, se detenían. En los ojos, el ansia de las dichas profundas que a todos se nos deben en una patria que se nos ha perdido.



Bailarina con flores, por Edgar Degas.

«Extendían manos largas color de marfil. Danzaban, se detenían»

Gemía la orquesta, y en el vuelo de los bailes la imaginación se recreaba, se consolaba. Los dolores todos de la vida podían perdonarse a cambio de unas horas en el jardín de la felicidad.

Me había llegado en esos días carta de Charito. Se decía desesperada en su tierra. Por mucho que yo la aconsejara que se quedase allí a casarse con un ranchero, ella comprendía que su destino era seguir, según dijo «a un hombre grande, por la derrota y por la fortuna, y aunque fuese tan sólo una amante o una esclava…» «Maldita chiquilla —pensé—; ¡cómo es coqueta!» Pero los ojos se me humedecían. Y en cada una de las bailarinas jóvenes veía otras tantas loquillas pálidas como la lejana Charito. ¿Y dónde está el mortal ordinario que se niega a sumarse a la

danza si un brazo leve, unos ojos ardidos y tiernos adelantan su invitación para la aventura?

Vale más un quinto de hombre grande que un mediocre entero, había dicho valientemente, en cierta ocasión, Charito.

Grande o no grande, cualquiera finge serlo si se trata de birlar a la vida una de sus horas dichosas.

Charito no era bailarina, pero sí se traía su música. Rara es la mujer que no la tiene; unas cuantas atesoran su música en el corazón, y ésas son las buenas madres, las buenas esposas; otras llevan su música en la sensibilidad y seducen por la gracia de los movimientos, el ritmo de las líneas. Charito tenía en la voz y en su dicción la clave de sus melodías. Escucharle un relato era caer en embrujo. Las palabras le venían a los labios sensuales y armoniosas. Se antojaba ponerle el dictáfono enfrente para recoger sus historias, en su misma expresión melodiosa y precisa. Insuflada de un fuego que podríamos llamar tropical, si no existiese también en el trópico el otro género de perezosas y apáticas que tan genialmente definió Paul Morand diciendo que se han cansado de no hacer nada. Charito, al contrario, se encendía platicando y los versos más triviales adquirían en sus labios un encanto de esmaltes recién lavados y sonoridades cristalinas.

Se hizo famoso entre las gentes de letras que ella frecuentaba, un relato del terremoto que destruyó la aldea de su país en que vivió de niña. La despertó el sobresalto del volcán; el terremoto hizo caer puertas y muros; afuera, la noche, iluminada por las llamas de la erupción, se pobló de fugitivos a medio vestir; el cielo, estrellado y negro, cobijó la alarma de aves y fieras, que por un instante hermanaron con los hombres desconcertados.

—Cuando amaneció ya no teníamos casa ni aldea —concluía la centroamericana de la voz sabrosa.

Su relato, que extractado traiciono, me inspiró el artículo en que comento el *If*, de Kipling, aplicado al destino del hombre de Hispanoamérica cuya inestabilidad se agrava con la incertidumbre de la misma tierra en que posa la planta.

No bastan los libros; no es suficiente la reflexión solitaria; el que tiene que producir necesita el trato del prójimo y no sólo en la forma de la camaradería; se necesita, además, penetrar en el alma de nuestros semejantes y amarlos en la particularidad de una mujer.

En Charito llegué a amar a toda la patria centroamericana. Y en nuestras divagaciones, comentando el rencor que quedaba latente en Oaxaca por la imposición y los abusos del centro, ideábamos sustraer todo el Sur de México a la influencia *yankee* para formar con Centroamérica una nación que se llamaría Oaxacandria. Con una primera Reina salvadoreña. Y en sus ojos negros, fosforescentes, mezcla de sangre italiana, española e indígena, el ocioso proyecto hablado se convertía en visión de una era épica... La capital debería estar en Guatemala.

—¡No! —protestaba ella—. ¡En San Salvador!

—¡Pues en ese caso, en Oaxaca...!

Y reíamos como niños grandes.

Otras veces hacía tragedia con el recuerdo del novio que decía haber traicionado.

—Qué mala soy...; ¡si vieras cómo lo quería...!

Y se ponía a recitar tiradas de versos suyos, magníficos...

Me resultaba un tipo nuevo de mujer. Años después conocí en El Salvador a una chiquilla de ocho años que recitaba con el mismo gusto poemas de Darío. Por su

temperamento, aun siendo una niña de ocho años, me recordaba a Charito. El amor a la poesía parece ser un clima en Centroamérica. Hombres y mujeres de la zona blanca de El Salvador a Nicaragua dan la impresión de que andan locos porque les ha tocado un país pequeño y una época ruin, en tanto que sus almas están hechas para las grandes hazañas y la gloria.

—Tú debieras ser una gran actriz —le repetía.

Y en seguida se lanzaba a los proyectos, visitaba las empresas de teatros. Un actor, después de escucharla, le habló con franqueza.

—Bien; yo la lanzo a usted, pero a condición de que sea mi mujer…

Según me dijo, esto la hizo desistir…

—Éste es —le confirmé—, por desgracia, el camino, tanto aquí como en Hollywood; y si no, pregúntaselo a la mayoría de las estrellas de la pantalla…

Y todo quedó en el hallazgo que hicimos del nombre que usaría en las tablas.

—Repíteme —le dije— los nombres de los ríos de tu país.

Nombró algunos y nos detuvimos en el Lempira. Y así empezó a llamarse a sí misma, «La Lempira». Y veía en caracteres grandes los carteles… «La Lempira» en *La dama de las camelias*… «La Lempira» en *La Estrella* de Lope… «La Lempira» en *La dama del mar* de Ibsen…

—Me dejarás que te siga —rogaba yo— aunque sea de apuntador. Charito regresó advertida de que no estaría yo mucho tiempo en México. Aseguró que pretendía terminar en la capital algunos estudios y regresar después a su país. Al desempacar su baúl, extrajo de él un atado hecho de un lujoso mantón de Manila. Adentro estaban ochocientos o

más pesos en plata que su madre le había juntado para el viaje.

—Llévalos a un banco —aconsejé inútilmente.

A puñados empezó a gastar en ropa, en taxis, en obsequios para sus amigas pobres.

Más o menos al mes me embarqué para Europa creyendo que aquel segundo adiós era el último.

El viaje

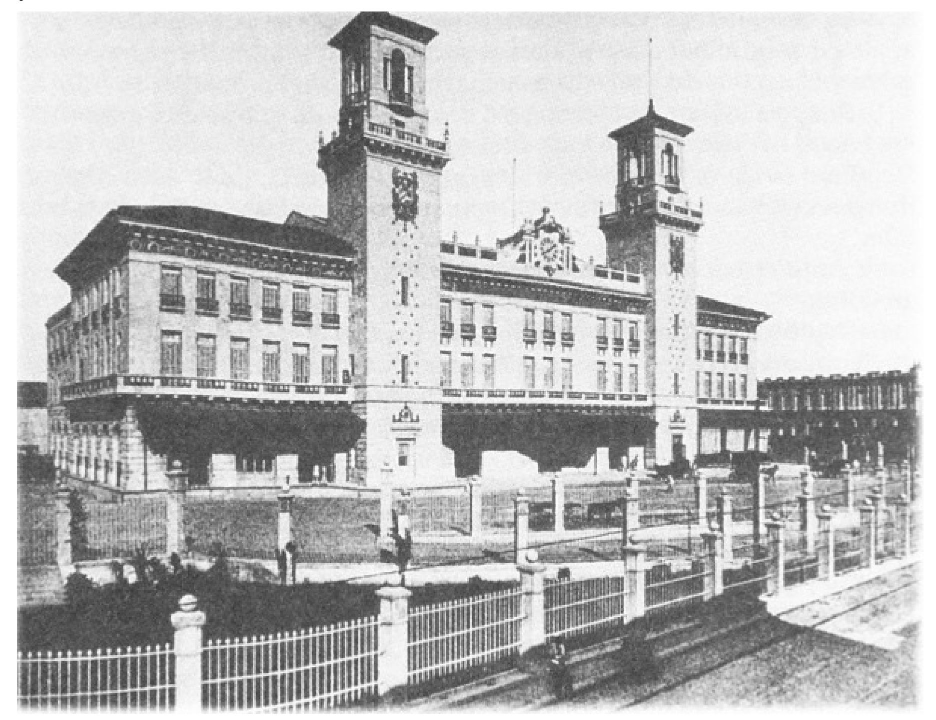
Habíamos quitado la casa de Tacubaya, porque mi familia debía seguirme al cabo de algunos meses, así que terminase la vuelta que pensaba dar por el Asia menor y Grecia, acaso también hasta la India...

Me eché al bolsillo, a estilo de Charito, tres mil o cuatro mil pesos en oro y unas letras por suma igual. Hasta Veracruz me acompañaron Juan Coto, el poeta salvadoreño, que no había sido de mis colaboradores en Educación, y Enrique Jiménez Domínguez, el secretario particular de Puig, antiguo amigo personal y socio joven de mi bufete en los tiempos del maderismo.

Al barco francés subió a darme un saludo el jefe de Estado Mayor de Almazán, que era el comandante de la zona y de quien no supe más a partir de entonces, sin duda porque se volvió ciento por ciento callista.

Los diarios apenas mencionaron mi viaje; si hubiese llevado pasaporte diplomático, viajando en paz con el gobierno, se hubiesen prodigado los comentarios y las fotografías. No me hicieron falta. Cuando el pasaje desembarcó en La Habana, en el muelle me esperaban amigos y periodistas que el buen Morillo, el patriota dominicano, congregó para agasajarme. Los principales diarios habaneros dieron al día siguiente lugar de honor a mis declaraciones y a mi retrato, y en rincón secundario avisaron que en el mismo navío había llegado al puerto la

comisión que enviaba Calles, encabezada por un señor Aarón Sáenz, para la toma de posesión de Machado. Entraba Cuba a una dictadura feroz y no lo sabía. Todavía en su prensa la llegada de un intelectual era más importante que una de tantas misiones diplomáticas y políticas. De Machado no parecía ocuparse mucho la gente, aunque sí me pareció sospechoso, y se lo señalé a los amigos del grupo minorista, el hecho de que, en el programa oficial de Machado, tuviesen lugar escogido las delegaciones de las dos dictaduras sangrientas de América: la de Vicente Gómez, de Venezuela, y la de Calles, de México.



Estación Central de La Habana, Cuba.

«Cuando el pasaje desembarcó en La Habana, en el muelle me esperaban amigos y periodistas…»

En el barco, el grupo de los diplomáticos se había pasado los dos días de viaje en el bacarat. Durante una media hora de reposo de tan importante ocupación, Aarón había

conversado conmigo. Me había dicho afablemente que una de las visitas que formaban parte de la propaganda que exhibiría en Cuba era la inauguración del estadio. Mi obra, dijo, constituía el orgullo del gobierno. Agradecí a Sáenz su bondad. Y le pedí:

—Haga que den pronto una amnistía para que vuelvan al país todos los refugiados delahuertistas que están en La Habana; ésa será su mejor propaganda del callismo.

No dudo que Sáenz lo hubiera hecho, de estar en su mano; es civilizado. Lo malo era su jefe. Y así lo anduve repitiendo por todas partes. Nada bueno se puede esperar de una situación que ha caído en las manos de un Calles...

Cuarenta y ocho horas estuvo el barco en La Habana y las aprovechamos muy bien. Hablé en una recepción de la Universidad de La Habana. Era La Habana entonces una ciudad libre, como pocas de América. Después del acto en la Universidad estuvimos en la redacción de *Carteles* con Roig y Luchering. Allí conocí a Marinello, a Mella, al doctor Antiga, hombres libres, valientes, despejados, que empezaban a sentir la influencia de la propaganda desarrollada vía Nueva York y la prensa *yankee* en favor de Calles. Era Calles un radical; Calles acabaría con el poder de los curas; Calles distribuiría la tierra entre los labradores...

—¡Ay de ustedes —les dije— si Machado se pone a imitar a Calles...! Cuba, que ha sido feliz desde su independencia, conocerá por primera vez la agonía del despotismo.

Los datos que me dieron sobre la labor educacional en la isla me pusieron triste. Tanto que nos ufanábamos en México de un presupuesto, alto para nuestra historia, miserable en proporción del de Cuba. Adelantándome al ataque contra el callismo expresé a los diarios que me preguntaban sobre la acción educacional del nuevo

gobierno:

—En mi tiempo —les dije— el presupuesto era de sólo cincuenta millones de pesos. Hoy, después de seis meses de callismo, el presupuesto ha sido rebajado a veinticinco...

Vargas Vila, que se hallaba en La Habana a sueldo del gobierno callista, pero que era muy prudente y conocía el momento de pegar y la hora de replegarse, en vez de defender a sus amigos dijo en la visita que le hicimos en grupo, y refiriéndose a mis declaraciones sobre educación:

—Pega usted con hacha, Vasconcelos...

En declaraciones que meses antes había publicado Vargas Vila comentando mi salida del Ministerio, había afirmado: «Fuera del Ministerio, Vasconcelos escribirá cinco libros que serán cinco lámparas del continente...»

Le correspondía yo su simpatía, pese a su reciente callismo, porque el pobre había sufrido muchos años en sus campañas, sinceras o fingidas, contra la tiranía, y estaba viejo; había lugar a tenerle tolerancia...

No faltó, en nuestro grupo habanero de aquella rápida visita, ni el ingenio y la belleza de la mujer. La simpática baronesa de Alcahalí, huésped de México por una temporada y enterada de todos los líos del delahuertismo en La Habana, nos acompañó en la bohemia elegante de las redacciones, los paseos, las fondas incomparables de la vieja capital antillana. La más española de las ciudades de América, aunque la pinten de barniz neoyorquino.

Márquez Sterling, mi antiguo amigo de la época maderista, hizo que una Sociedad de Jurisprudencia o de Historia, de lo más reputado de la isla, me diese un botón de socio de número.

En fin: La Habana de aquellos tiempos ponía sereno el ánimo y obligaba al adiós con saudades. Los mejores puros

que he fumado en mi vida llegaron de obsequio a la litera de mi camarote, compartido con un buen gachupín, de por Michoacán.

La odisea española

—Le daré cartas para Primo de Rivera; lo tratarán a cuerpo de rey —me había dicho la baronesa de Alcahalí.

Un cónsul español de México había escrito un artículo declarando: «Vasconcelos va a su España.» Otros muchos españoles de importancia habían adelantado espontáneamente recomendaciones que yo mismo ignoraba. Pero yo salía de México como protesta contra un militarismo. Y en España acababa de derogar la Constitución el Rey, aliado con los militares. ¿Cómo podría yo aceptar atenciones oficiales de un régimen parecido? Con un poco de prudencia de mi parte, es indudable que me hubiera pasado tres o cuatro meses regios en la deliciosa península, traído y llevado por la más gentil, la más cordial de las hospitalidades. Honores de este género se dispensan por lo común al ex funcionario. Pero ¿y el hombre? ¿Acaso no era mi destino estar con los derrotados, con los oprimidos? Ningún compromiso personal tenía con los republicanos, pero con ellos estaba mi deber.

Lo que haría era entrar como cualquier viajero, visitar los monumentos y los museos. Antes que otra cosa, me preocupaba ver arquitectura. A tientas habíamos construido en México muchas cosas. Aunque ya no volviera a tener ocasión de dirigir obra material, la contemplación directa de las iglesias, los palacios, me serviría como acopio de material para el libro de *Estética*, que sería culminación de mis tareas

intelectuales. En el barco viajaba un hombre distinguido, el acaudalado compatriota señor Iturbe, radicado en Francia. Conversábamos hora tras hora. Le acababa de encomendar al pintor José Clemente Orozco una decoración mural en el Palacio de los Azulejos, que era de su propiedad. Y en sus años de ocio europeo se había hecho un perito, precisamente en arquitectura. Mis propias lecturas, suspendidas en gran parte durante la tarea del Ministerio, no iban más allá de Ruskin y de Taine y de los italianos clásicos como el Vasari. Iturbe se sabía de memoria a los franceses y me encomendaba a Viollet-le-Duc, el restaurador de lo gótico. Me llamó particularmente la atención sobre un punto que yo había ignorado: la relación de la explanada con el edificio y el arte de los embaldosados, los listones de pavimento que separan los cuerpos de edificación y los comunican. El secreto de la impresión grandiosa de plazas como la del Ayuntamiento, de Santiago de Compostela, está justamente en la sabiduría del trazo de la explanada. Los mismos rasgos de los estilos los tenía yo confusos, y si es cierto que hace mucha falta ver para enterarse, también es verdad que nos hallamos en gran pobreza en cuanto a libros y manuales de divulgación artística. Cuando en París descubrí los magníficos manuales que andan por allá en todas las manos y se consiguen por dos o tres francos, escribí uno de mis artículos de *El Universal* sugiriendo la conveniencia de traducir todo eso al castellano y divulgarlo por obra del Ministerio de Educación. Mediante buenas traducciones corregiríamos también la barbarie de nuestro lenguaje culto. Por ejemplo: al gótico florido yo lo llamaba en galicismo «flamboyante», etcétera.

A Europa llegamos de bárbaros así llevemos años de experiencia y de estudios, y la magnitud de nuestra ignorancia no se aprecia en un primer viaje; hace falta ir

aprendiendo despacio para lograr el panorama de lo que nos falta.

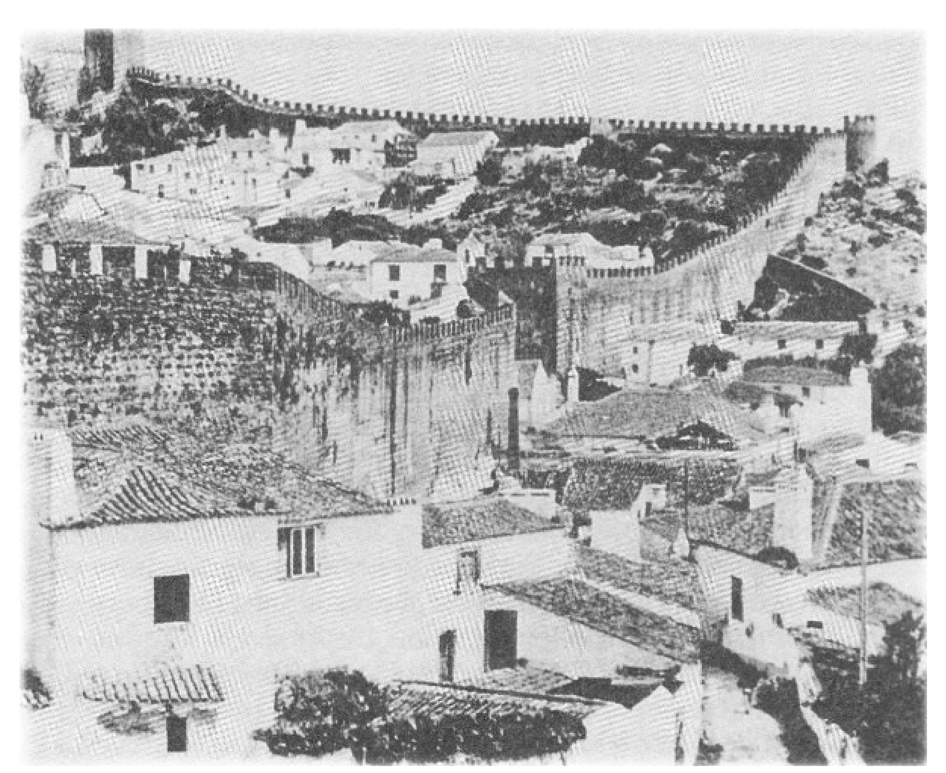
Disfrutaba la satisfacción del que ve por delante uno o dos años de tranquila dedicación al estudio. Y en una época en que el estudio es fecundo, cuando ya los años y la práctica hacen rápido y orgánico el aprendizaje. En el barco, por vía de recordación y como base para el estudio, iba leyendo una *Historia de la Filosofía* recién traducida del alemán. Poco a poco las nubes pardas de la política se perdían por el Sur, en el trópico, y una nueva etapa de vida encendía claridades de aurora, en mi madurez ambiciosa y robusta. Periódicamente, en alguna hora de tedio, me ponía a escribir de prisa cualquier tontería para el compromiso semanal de *El Universal*, que aseguraba los gastos de la familia; después, todas las horas pertenecían a la desinteresada meditación. Más bien dicho, a la más interesada e importante reflexión, que es la que desarrollamos frente a la Naturaleza, en el mar y los elementos. Sola el alma dentro del Infinito.

Siempre había deseado andar por el mundo, sin ruta precisa, deteniéndome a comer donde hiciera hambre, echándome a dormir cuando lo exigiese la fatiga, en la primera posada que anunciase cama y lavabo. Así caminaría desde que pusiese el pie en tierra de España. Nuestro primer puerto de arribo era La Coruña; de allí bajaría hacia Portugal. Mi amigo Fontoura, el embajador del Brasil, me había recomendado que no dejase de visitar a Coimbra y Lisboa, tan olvidadas del viajero hispanoamericano. Muy agradecido le quedé del consejo. El encierro de París es bueno para los que van a buscar satisfacciones vulgares o para los que allí se dedican a estudios determinados. El viajero de vocación elige las rutas que la leyenda y el arte han consagrado, con superestructuras de espíritu. El sentir peculiar de los pueblos no está en las capitales cosmopolitas,

sino en la poesía de las aldeas y en el prodigio de las catedrales y los conventos. En las plazas de las ciudades ilustres, en las torres donde han hecho vigía las generaciones, en los recintos en que se ha sufrido y se ha gozado y se ha pensado, está el tesoro del caminante.

Sonoridades de órgano de las iglesias manuelinas de Portugal, en que el oro hecho talla y ornamento recuerda el triunfo y la fe de los navegantes de Indias, la India verdadera de Vasco de Gama y la India América del Brasil prodigioso.

Portugal, pequeña nación grande, la del Imperio más glorioso de todos los tiempos; carácter soberbio en la acción y en el vivir cotidiano, afable y tierno. Tanto ambicionó que todo llegó a perderlo. Y todavía nos seduce con el profundo humorismo de Eça de Queiroz hecho de oro viejo sin empañar. Le falta a Portugal una literatura digna de su epopeya, pero es porque toda su vena lírica la gastó en la acción; su historia es su poesía, y su arte complicado y elegante, paralelo del plateresco, nos conmueve con la emoción de un parentesco. En ninguna parte del mundo hay vegas como las del valle que forman los ríos Ouro y el Miño, solar de las cepas del vino de Oporto. Desde la ventanilla del vagón se ven las casas entre jardines, luciente la fachada de mayólicas. Los palacios de arcadas y de terrazas mejoran el gusto del árabe, por la gracia, acompañada de solidez. Tierra de los vinos que llegan al alma, según definía Queiroz, y de las hazañas que no llegó a imaginar el Quijote. Por el viaje de Vasco de Gama bien daría una provincia cualquiera de los imperios afortunados de la historia. Y como todo aquel que se abraza a la gloria sin medir las consecuencias, un día Portugal volvió a encontrarse, humilde raya de tierra, en el mapa europeo. Portugalizado por los ingleses que llegaron detrás, enriqueciéndose con los desperdicios del inconcebible, genial derrochador.



Portugal.

«Portugal, pequeña nación grande, la del Imperio más glorioso de todos los tiempos…»

En Portugal haría mi casa si poseyese fortuna y vida de repuesto para volver a comenzar. Quién sabe si el despertar latino que hoy palpita en la historia le devuelve su pujanza a Portugal, que con sólo lo que le queda y mantiene en abandono, y cogido de la mano del Brasil, cada día más poderoso, tornaría a levantarse, convertido en potencia del futuro ilustrado que acaso reserva el destino a los hombres.

No se piensa en Portugal sin encarnar en su pompa el pensamiento. Nunca he hallado ridícula su arrogancia, sino legítima, pues hubo un día en que las obras la consagraron. Y es de viles no admitir que la sangre noble retoña.

Perplejidad mezclada de no sé qué vaga esperanza, sentí bajo la bóveda del convento de los jerónimos, a

inmediaciones de Lisboa. Reposa allí, como promesa del Portugal futuro, el féretro de Guerra Junqueiro, el profeta que soñó el rejuvenecimiento y señaló las rutas de la reconstrucción. Y allí donde hay un profeta que no es un proscrito, sino héroe y un padre de la patria, existe la certeza de la redención nacional. Y hubiera yo querido que mi México mantuviese en Lisboa una legación fastuosa. Y en Coimbra, docenas de estudiantes. Pues si la América nuestra tiene porvenir, será en él, el portugués nuestro aliado y nuestro hermano, igual que ayer en los días del esplendor, cuando el Papa dividió al mundo en dos partes: la de España y la de Portugal.

Y anduve por las calles empinadas de Coimbra, llenas de muchachos melenudos, haciendo esfuerzos para recordar el pensamiento de Guerra Junqueiro acerca del viento y el mar y la potencia del Dios justiciero y Creador.

Luego, en el castillo de Cintra, se me calmó el delirio de futuro y me entregué a la delicia de los jardines. Envidié las alcobas espaciosas y abovedadas. La gracia que en un tiempo fue poder, tal se me antoja la definición del encanto de Portugal.

Nos queda el buen vino para rememorar y para ver menos horrible el presente. Populosas ciudades proletarizadas, peor aún, descastadas, oprimidas, miserables y feas; feas las que otrora fueron princesas de la India y castellanas de la planicie ibérica.

Mi España

Apenas unos días y de turista solitario anduve por Lisboa y sus alrededores. Me urgía llegar a Madrid para recibir noticias de mi familia. España me había dejado deslumbramiento en el recorrido de Galicia. En la Coruña pasé una noche, y en la hora del paseo por la calle angosta del comercio me llamó la atención el número extraordinario de mujeres bonitas, maravillosas, en contraste con Portugal. Y no cabe duda, además, que el portugués nos disuena, nos suena, como decía Alfredo Palacios, a español hablado por niños chiquitos. En cambio, en España las conversaciones callejeras en alta voz producen oleajes sonoros de extraordinaria musicalidad. Se queda el oído fascinado escuchándolos. España no da impresión de decadencia. Todo lo contrario, flota en su ambiente un vigor que contagia. Como un sueño aparte me quedaba en la memoria la visión de Santiago de Compostela. Ciudad de piedra berroqueña, como Oaxaca, una viva emoción penetra el ánimo, a la vista de casas blanqueadas y macizas con portones y faroles, como los de nuestra provincia mexicana, pero más bien cuidadas, más bien construidas y compactas las manzanas, limpias las calles, todo a la vez viejo y flamante, como ejemplo de una civilización que se mantiene secularmente sin derrumbarse. Luego, el casco de la ciudad es un asombro. La catedral, con su fachada gótica barroca, da impresión de arquitectura llameante. Detrás, el pórtico de la Gloria, obra

maestra del siglo XIII, es una de las maravillas de Europa. Todo lo que en México vemos de más noble y precioso, en Santiago se nos aparece en escala mayor. Se siente la distancia que va de la metrópoli a la colonia. Nuestras catedrales se miran pobres en el acabado artístico, aunque algunas sean majestuosas por las proporciones, como la de México y la de Puebla. En Europa las cosas están concluidas, y reconstruidas con añadido esfuerzo de cada centuria. Del XIII al XIX la catedral de Santiago se ha ido enriqueciendo, ayer con una torre, después con una nave, una capilla, un altar, una escultura, todo en esfuerzo acumulativo. Entre nosotros, lo que no destruye la barbarie de una revolución, con su prurito salvaje de echar abajo las cosas bien hechas, lo echa a perder el afán pretencioso del cambio. Así padeció nuestra catedral en el final del XIX cuando le pusieron mármoles italianos a las viejas capillas churriguerescas, y verjas de hierro corriente en vez de los enrejados de roble oloroso. El afán de echar abajo, para remplazar con algo inferior, no se advierte en Europa. Siempre me indignó esa manía de los seudorrevolucionarios, de abrir calles… para darse el gusto de usar la piqueta, ya que no tienen talento para empuñar el cincel. En Europa, salvo Napoleón, nadie abre calles a pretexto de ensancharlas; se crean calles nuevas y las antiguas se quedan de museo. Lo que echó abajo Napoleón no era de mucho valor, y aunque en el fondo era un salvaje, respetó lo valioso. Y ese salvaje es el modelo inconsciente de nuestros Césares de la decadencia. Napoleón, empeñado en derribar, se quedó sin legar a París un monumento que lo recuerde como constructor. El monolito de la Concordia recuerda su rapiña, y las avenidas anchas, remedo de su vacío pomposo, no han visto surgir monumentos que les devuelvan la honra perdida.



Calle de Santiago de Compostela, España.

«Como un sueño aparte me quedaba en la memoria la visión de Santiago de Compostela»

En cambio, los constructores de catedrales no derribaban;

superponían culturas y creencias. Eso es exigencia del temperamento creador, que superpone o construye de nuevo, pero no destruye. Tanta casa colonial majestuosa que en México se ha derruido con el pretexto de hacer cosa nueva; en su lugar no han quedado sino caricaturas de edificio, cuando no lotes de ruinas. Precisamente uno de mis pleitos con Pansi había sido por su manía costosa, quizá lucrativa, de echar abajo la fachada de un edificio para hacerle otra nueva y en seguida declarar que se inauguraba un palacio. Todo mientras al lado es sacado a remate un lote vacío.

En Europa, el turista contempla la obra de los siglos; el ábside de la catedral de Ávila tiene muros del siglo XI, y la portada es del XIV; los palacios principales son del XVII, y los hoteles, estilo siglo XX. La manía de construir echando abajo lo antiguo es, quizá, de procedencia norteamericana, y su causa es obvia; se construye tan mal en el país y en forma tan provisional, que se prevé la escasa duración de cada edifico. Ni existen en Estados Unidos esos muros hechos para la eternidad que entre nosotros se derriban a gran costo, para remplazarlos con algo mezquino. Duele más aún el esfuerzo malgastado, porque es simbólico de lo que hacemos en todos los demás órdenes. Cada presidentillo parece no tener otra misión que la de reformar todo lo que hizo su antecesor. La irresponsabilidad del funcionario mexicano es también otra de las causas de este sistemático deshacer. Si se tratase de casa propia no gastarían en tirarla; pero el edificio de la nación, allí donde el público no tiene fuerza para hacerse respetar, queda a merced de la extravagancia del funcionario que se divierte deshaciendo… En toda la sorprendente Santiago de Compostela no hay una sola avenida ancha, revolucionaria; pero ¡qué sello noble y qué poderío el de la ciudad! Llueve mucho casi todo el año;

eso explica las calles enteras de soportales, detrás de cuyas arcadas el comercio de lujo exhibe sus artículos. Bajo los soportales se desenvuelve el paseo dos veces al día. Vecinos de todas las edades, niños, mujeres bonitas, estudiantes, voces sonoras, gestos despreocupados, magnífico vigor de pueblo libre, y eso que oficialmente se estaba en dictadura. Y es que también dictadura en España quería decir concentración de facultades en una sola mano, pero abiertamente y conforme a la responsabilidad personal de un sujeto. No como nuestras dictaduras hipócritas que no reniegan la Constitución, sino que la burlan. Por supuesto, la mayoría de la opinión era adversa al régimen imperante y lo declaraba abiertamente en calles y cafés. El café, a estilo de Portugal, de España y de Francia, era una institución nueva para mí. Existió en México antes de que la norteamericanización perturbara todos nuestros hábitos. Y corresponde a un estado civilizado de sociabilidad. En Estados Unidos el rico dispone del club para la charla con los amigos; el hombre medio y el pobre viven en aislamiento que embrutece. Corren del trabajo a la casa, y al llegar se sientan solitarios en las gradas de sus porches en verano, o al lado de la estufa en invierno. Millones de seres que jamás conversan con sus semejantes. Entre nosotros, los corrillos de las esquinas y las plazas suplen de algún modo el oficio del café. Pero, en realidad, no le hemos hallado sustituto. Al café van los amigos, los del oficio o la profesión, a cambiar impresiones una o dos horas al día con el pretexto de tomar la taza de café o el vaso de vino. En España y en Portugal se abusa del ocio del café; a mañana y tarde se llena éste de parroquianos que hablan, hablan. Así me lo confirmaba mi vecino de asiento en el expreso de Madrid que nos sacaba de Lisboa. Todas las noches, hasta la una o las dos, jugaba al dominó, tomaba café, hacía vida social con sus semejantes.

Lo que en Madrid y en Buenos Aires se llaman la «peña», el círculo de conocidos que se reúne a conversar, hace muchísima falta en México. Entre nosotros todo está por rehacer y se halla corrompido por un comercialismo brutal, como que depende de influencias extranjeras indiferentes a otra cosa que la ganancia, y se ha suprimido el café, pero se explota el salón de billares. Allí el convivio se corrompe con la apuesta; el ingenio se gasta en la estupidez del juego; desaparece el deporte espiritual de la conversación, que requiere el olvido de las manos y de fruslerías como el taco y las bolas. Y no digo nada del pasatiempo embrutecedor de los juegos de cartas.

Por otra parte, entiendo el café como asiento de la «peña» en que se conversa; pero no comprendo la afición española y portuguesa por el café, bebida negruzca y perversa, peor que todas las drogas de la farmacia, porque quita el sueño en vez de darlo. El que no duerme bien es un enfermo y candidato al manicomio. El vino es sagrado porque da sueño; el café es menjurje maldito inventado por los turcos para estarse imaginando, despiertos, a las huríes del profeta, así que el Sultán les ha robado a todas las mujeres bonitas. Y en la América lo hemos adoptado, multiplicado, porque produce ganancia y porque no hemos tenido el ingenio y laboriosidad que requiere el cultivo de la vid. Y si España y Portugal se dedican hoy al café, es porque se hallan, cada una a su modo, en decadencia y en ociosidad. Han perdido el gusto del trabajo fecundo, y el que ama su trabajo procura dormir para saber estar despierto. Al que no tiene nada que hacer le da lo mismo dormir que no dormir. Y como, además, las ciudades ibéricas se han vuelto tan ruidosas, apretada la población en cascos que fueron construidos para la carreta y el carruaje, no para el automóvil, resulta que cada noche es un infierno de estrépitos y rumores que nos hacen saltar de

la cama. Las pobres víctimas de la decadencia no han podido construirse en las afueras habitación silenciosa, a lo norteamericano; tampoco se deciden a promulgar ordenanzas rigurosas contra el ruido, y amanecen desveladas, hinchados los párpados, pesado el cerebro, y en el café hallan el hachís que les produce vigilia, les libra de ponerse a cabecear en pleno día.

En Francia ya es diferente; allá, la gente del café toma vino y duerme a pierna suelta en sus ciudades, estrechas también, pero bien reglamentadas contra el ruido.

Mi compañero de ferrocarril tenía cara de mal dormir; nervioso y pálido, apenas de unos treinta y cinco años, ya avejentado, sin musculatura, bajo de cuerpo, blanco, de pelo oscuro y barba mal afeitada, tipo de empleado de comercio modesto. Eso sí: de un natural excelente que le salía a la cara. Su rostro vulgar, pero blando; su ademán tímido, sus ojos tiernos, inspiraban esa confianza que nos lleva a entregar al desconocido nuestra bolsa y nuestros secretos si la ocasión se presenta.

En menos de una hora de conversación me había contado su historia entera de casado con dos hijos, y ocho horas de trabajo diario en los libros de un almacén de comestibles; hacía su primera salida fuera de la patria; deseaba conocer a España, pero tenía miedo; le habían dicho que esos madrileños acostumbraban burlarse de los portugueses, y él no quería, no podía permitir que nadie se burlara de su raza; que se burlaran de él, santo y bueno, pero del portugués como tal, eso no, eso era injusto; el portugués tenía epopeya; el portugués había asombrado al mundo…; el portugués… En seguida se adivinaba el penacho antiguo, capaz aún de heroísmos así fuesen del género quijotesco. Llegamos a la estación del almuerzo; me dispuse a bajar, pero el

portuguesito me invitó:

—Compre usted, si quiere, el vino; la comida yo la pago; traigo bastante para dos y está muy buena; la preparó mi señora; va usted a ver...

Me costó menos de una peseta una linda garrafita de un vino tinto espeso y dulzón que se bebe sin medida. Desenvolviendo unas servilletas muy limpias, el buen compañero me dio la mitad de una tortilla de huevos con papa de ésas que en México llamamos a la española. Una delicia de manjar...

Sabido es que una buena tortilla de huevos no se consigue en cualquier parte. Las había buenas en México en las antiguas fondas de españoles, pero hoy ya casi no se hacen. Varios requisitos son, al efecto, indispensables: la sartén no ha de estar enjabonada y flamante, sino impregnada de grasa por el uso; la temperatura ha de ser alta para que la grasa esté bien caliente al caer el batido y no lo impregne en exceso. Los huevos han de ser tiernos, bien mezclados, y las papas, ya cocidas muy suaves. Base esencial de todo, el aceite puro de oliva. En Francia suelen emplear la mantequilla, lo que disminuye la calidad. Y hacerla con manteca de cerdo es ya bajeza que llega al crimen. En todo Estados Unidos no hay un solo sitio donde se coma buena tortilla porque no emplean el aceite de oliva, sino infames grasas industriales. Ni puede haber buena cocina en un país que no conoce el ajo, el garbanzo, el pimiento, el arroz y el vino jerez para los sazones. En Francia se consigue buena omelette en los grandes restaurantes. En España, en las fondas más humildes. Por la que me dio a probar el vecino de asiento, lo mismo ocurre en Portugal. Leyendo ocasionalmente publicaciones sobre cocina descubrí que la tortilla de huevos es invención española, llevada a Francia

por una reina castellana, en tiempos ya remotos.

Madrid

Por entonces, todavía visitaba yo las legaciones de mi país. En Madrid se hallaba de ministro el poeta González Martínez, que todavía no se pintaba todo el rostro de colorado para parecer callista militante, revolucionario y aun bolchevique. Sostenía la Legación con modestia, pero con gracia. Todo el Madrid intelectual la frecuentaba, y los del régimen trataban con respeto al ministro poeta. Sin duda es González Martínez el mejor ministro que hemos tenido en España, junto con don Justo Sierra y con Riva Palacio, aquel distinguido hombre de la Reforma que abogó por la vida de Maximiliano y dejó escritos unos versos de antología: «Que tiene la vejez horas tan bellas como tiene la noche sus estrellas», etcétera. Cuando van de ministros de España nuestros políticos y generales nos ponen en ridículo porque enseñan la baja calidad humana, la incultura heroica de los tipos que entre nosotros suelen mandar. En cambio, los poetas nos han creado honrosa reputación nacional. González Martínez era discreto, simpático, habilísimo. Desgraciadamente tenía que plegarse, para conservar el puesto, a todas las exigencias que llegaban de México; exigencias de que se hablase de Calles, de que se elogiase a un gobierno que en casa no se atrevía a presumir ni siquiera de gobierno porque era una banda. Informé a González Martínez, en lo íntimo, de mi posición. Me salía de México para descansar de aquel ambiente y con la esperanza de que pronto estallase la rebelión que preparaba Flores, o

cualquiera otra que librase al país de la ignominia callista.

—Y los muchachos sus colaboradores, poetas jóvenes, mi hijo, ¿es cierto que se han portado mal con usted?

—Mire, doctor: Quien diga eso miente. Los diarios andan ahora insinuando infamias; pretenden que estoy adolorido por la ingratitud de mis antiguos colaboradores. Mienten así por que no se atreven a decir que estoy contra Calles. Nada me ha hecho, ni siquiera el propio Calles, que me tendría de ministro si yo hubiese querido. Esa disposición suya se la agradezco, y me ha enfriado en mis ataques contra su persona; pero es con Calles mi pleito, y con ningún otro. Ni siquiera puedo decir que contra los militares, porque un sesenta por ciento del ejército revolucionario se pronunció contra la imposición de Calles y ha sido aniquilado. Lo único que deseo es que el país no se rinda al oprobio, que siga en su lucha hasta lograr el castigo de la imposición. En cuanto a los poetas jóvenes, no debe preocuparse en lo que a mí respecta; yo mismo les aconsejé que siguieran en el gobierno; carecen de medios para esperar y no sería justo sacrificarlos.

Con el correo personal, me entregó González Martínez la copia de un mensaje que acababan de dirigir a Calles los intelectuales latinoamericanos de París. Lo felicitaban por su energía para encararse a las exigencias de Washington, a pretexto de unas declaraciones de Calles en respuesta a un regaño que le espetó Washington. A estilo carrancista, Calles, después de obedecer, se exhibía ante el público como defensor celoso de la soberanía mexicana. Encabezaba las firmas del mensaje de felicitación a Calles el filósofo italo-argentino Ingenieros, y mi nombre aparecía entre los firmantes.

—Y ¿cómo es que este nombre está aquí? —pregunté.

—Pues, de eso quería hablarle —expuso González Martínez —. Me escribió Alfonsito que le avisara que, en la imposibilidad de comunicarse con usted, que se nos había perdido en Portugal, él, confiado en la amistad y creyendo que no tendría usted inconveniente, añadió su nombre a las firmas.

«Pobre —pensé—, quiere consolidar su encargo parisiense.»

Bien enterado estaba yo de que su filosofía era la de Enrique IV, que París bien vale una misa. Contribuiría con mi silencio a que no perdiera Alfonsito su rincón en París.

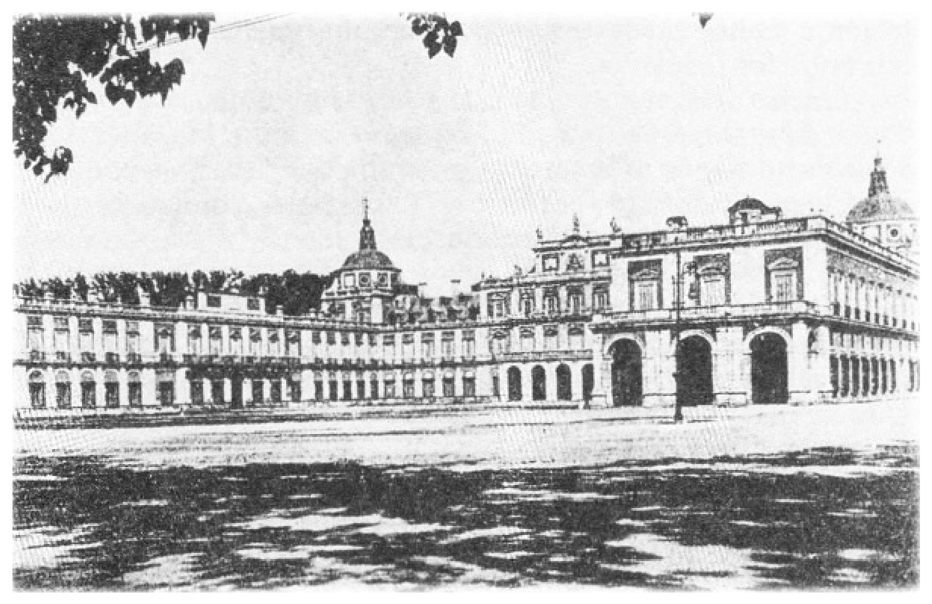
En cuanto a Ingenieros, el caso era diferente. En número reciente de *Nosotros,* de Buenos Aires, había publicado unas declaraciones en que, después de hacer elogios desmesurados de Felipe Carrillo Puerto, elevado a la categoría de mártir del callismo, afirmaba: «Por Vasconcelos me enteré de la labor de Carrillo, y los homenajes que le hice a Vasconcelos se debieron a que formaba parte del gobierno que tales cosas hacía»... Semanas antes había estado en Buenos Aires un delegado de Morones y la CROM, que recorrió las capitales del Sur, afirmando en las redacciones que el general Calles era el hombre, que el mismo Obregón no era otra cosa que un burgués y que yo había hecho algo, pero no para las masas, sino para los pequeños burgueses de ciudades, y que no tardaría yo en atacar al régimen nuevo, porque estaba despechado porque no había podido ser gobernador de Oaxaca. La prisa con que Ingenieros, sin ponerme una carta, se dejó convencer, me pareció sospechosa. Pero me callé. Ingenieros se hallaba en París preparando viaje a México como invitado personal de Calles. Lo del telegrama había sido decisivo para el filósofo. A los pocos días se le entregaron pasajes para la América del

Norte y México.

Y yo me dediqué a Madrid, extensa ciudad seca, pero llena de luz. Las construcciones céntricas son notablemente feas, pero flamantes y cómodas, con interiores llenos de luz y de espacio; nada de la apretura de París o de Londres. En las barriadas más pobres abundan los departamentos modernos, higiénicos, bien embaldosados, con agua corriente y baño. El que llega allí a instalarse siente que está bien, sobre todo si cuida de alojarse, no el piso principal, que es el codiciado, sino en el quinto piso, o el último, que está lejos del ruido de la calle. El ruido por la noche es espantoso; pero nadie parece sentirse molesto por su causa.

Comenzaba el verano madrileño, la estación menos favorable para vivir en la ciudad y, sin embargo, prefería verla así porque nunca lucen los paseos como en esos meses. Cada domingo, la Castellana era una fiesta de mujeres bonitas y elegantes que caminan a pie por la ancha calzada, o toman asiento en los risueños establecimientos de mesas al aire libre para el servicio de refrescos y aperitivos, de jerez con aceitunas, o emparedados, que nosotros llamamos, en idioma pocho, *sandwiches*, pero que tienen por allá un sabor delicioso. En primer lugar, están hechos de buena harina de trigo, y no de ese residuo o de polvo blanco que la industria de Norteamérica ha generalizado también entre nosotros y que hace del pan un alimento insípido y dañoso. En España tiene, o tenía, sabor de pan. Y el relleno, así sea de simple jamón, resulta sabroso porque hasta el jamón sabe en España mejor que en cualquier otra parte del mundo. Y se explica; no lo producen al por mayor, como en Chicago. Cada casa compra su jamón de algún criador privado que cuida el cerdo con esmero, le da de comer yerbas de olor antes de la matanza, luego prepara los embutidos con condimentos, no patentados e iguales de un extremo a otro

del país, sino variables según el gusto y las especias que usa cada región. Hay, pues, posibilidad de sorpresas en el sabor, lo que no sucede en Norteamérica, ni con el sabor ni con el olor, ni con la vista. Ciudades y villorrios son en Norteamérica reducción multiplicada de Nueva York y de Chicago. Y Chicago y Nueva York compiten en el tamaño, nunca en el estilo.



Palacio Real de Madrid

Nada está regimentado en España y ése es su encanto y su fuerza. Ni las fondas, ni los edificios, ni las gentes. Por la avenida llena de sol, luciente de aseo, risueña en sus verdes prados, sombreada de olmos y abetos, pasan rubias deliciosas y morenas perturbadoras. Suelen ir en grupos y hablan todas a un tiempo. Al lado o detrás desfilan caballeros bien vestidos, de ademán grave. Y la bella pronunciación madrileña finge músicas gratas para el oído extranjero. Supongo que los de allí ya no las advierten, según se dice nos pasa a todos con el rumor de las esferas. Es ancho el paseo de la Castellana y bien largo, desde el

Museo del Prado hasta el monumento de Isabel la Católica; pero el dominical desfile se limitaba a los tramos más céntricos, de Cibeles a la zona de las residencias de lujo. Ocupan éstas una enorme barriada de bloques de construcción moderna, imponente y hermosa, de cuatro o cinco pisos y techos de teja colorada. Abundan los aleros y los balcones. Fachadas y jardines prodigan los tonos claros, en marcado contraste con el gris que afea las ciudades del Norte de Europa. En Madrid el panorama se enciende en todas direcciones; las casas de mampostería son claras y alegres por los tiestos que decoran ventanas y azoteas, todo sobre el fondo de un cielo azul deslumbrante. Cierra el más lejano confín una visión de montañas brunas, distantes y bien recortadas. Se ha dicho que el cielo de Madrid es el mismo de las telas de Velázquez. Recuerda también el cielo de México por el altiplano. Aunque el nuestro se parece más bien al de Italia, por el azul más subido. En Madrid parece dominante el tono claro. Poco entiendo yo de color, sin embargo. Veo bien, pero sólo la línea y el matiz se me pierde, lo mismo en pintura que en música. Me domina el sortilegio del ritmo y pierdo la gradación de los tonos, que es cosa de armonía. Será que hay temperamentos melódicos y temperamentos armónicos. Vale la pena meditar esta clasificación; por lo pronto, afirmo que aun para un ciego de la tonalidad como yo, a Madrid lo expresan dos pintores que la ciudad, con justicia, tiene adoptados: Velázquez y Goya.

Antes de verlos en sus museos, Goya y Velázquez nos salen al encuentro en Madrid, de pie sobre sus monumentos, o recordados por el nombre de las plazas, las calles, los anuncios. Sedante, reveladora impresión disfruta el hombre de América al descubrir que los nombres famosos de su antigua metrópoli no son los de los grandes capitanes que nos conquistaron; menos aún los de héroes de guerra civil

que nosotros endiosamos a falta de glorias auténticas. De su potente historia, Madrid, sin proponérselo, ha escogido aquellos nombres que son lazo de unión y orgullo legítimo de toda la raza hispánica.

Bien podría Madrid enseñarnos generales a caballo, bastante más generales que todos los nuestros; pero ha preferido olvidarse de la gloria marcial que le ganó reinos, y exalta, en cambio el recuerdo de sus figuras universales; nos hace circular por plazas que se llaman Velázquez, por capillas como la de San Isidro, decorada por Goya, y frente a monumentos en que cabalga Don Quijote con su escudero al lado… ¡Y este último monumento fue obra de la dictadura de los militares!

Pasarse la mañana del domingo en el Prado mirando los frescos de Goya; tomar el aperitivo en la Castellana y recorrer después, por la tarde, los merenderos del Manzanares, hasta San Isidro, es vivir el ambiente clásico de un Madrid que es moderno pero no reniega de su pasado glorioso. La alegría popular que pintó Goya era todavía actual en aquel verano del veinticinco, en que me acompañó por los sitios más famosos el librero León Sánchez, antiguo conocido de México, hombre de refinado buen gusto, discípulo de Ortega y admirador de Juan Ramón Jiménez. León Sánchez me señaló por primera vez en el Prado los misteriosos, maravillosos cuadros de Patinir, el holandés. Y de ellos pasé al descubrimiento de Bruegel el Viejo, mi favorito de siempre.

El marqués de los Arcos, ex ministro de España en México y casado con la distinguida mexicana Lupe Aspe, nos llevó al Escorial en su automóvil, con los esposos González Martínez. Y Lupe Aspe me dijo, según hacía yo gestos reprobando el lujo de la nobleza, el costo del sostenimiento

de la Corte:

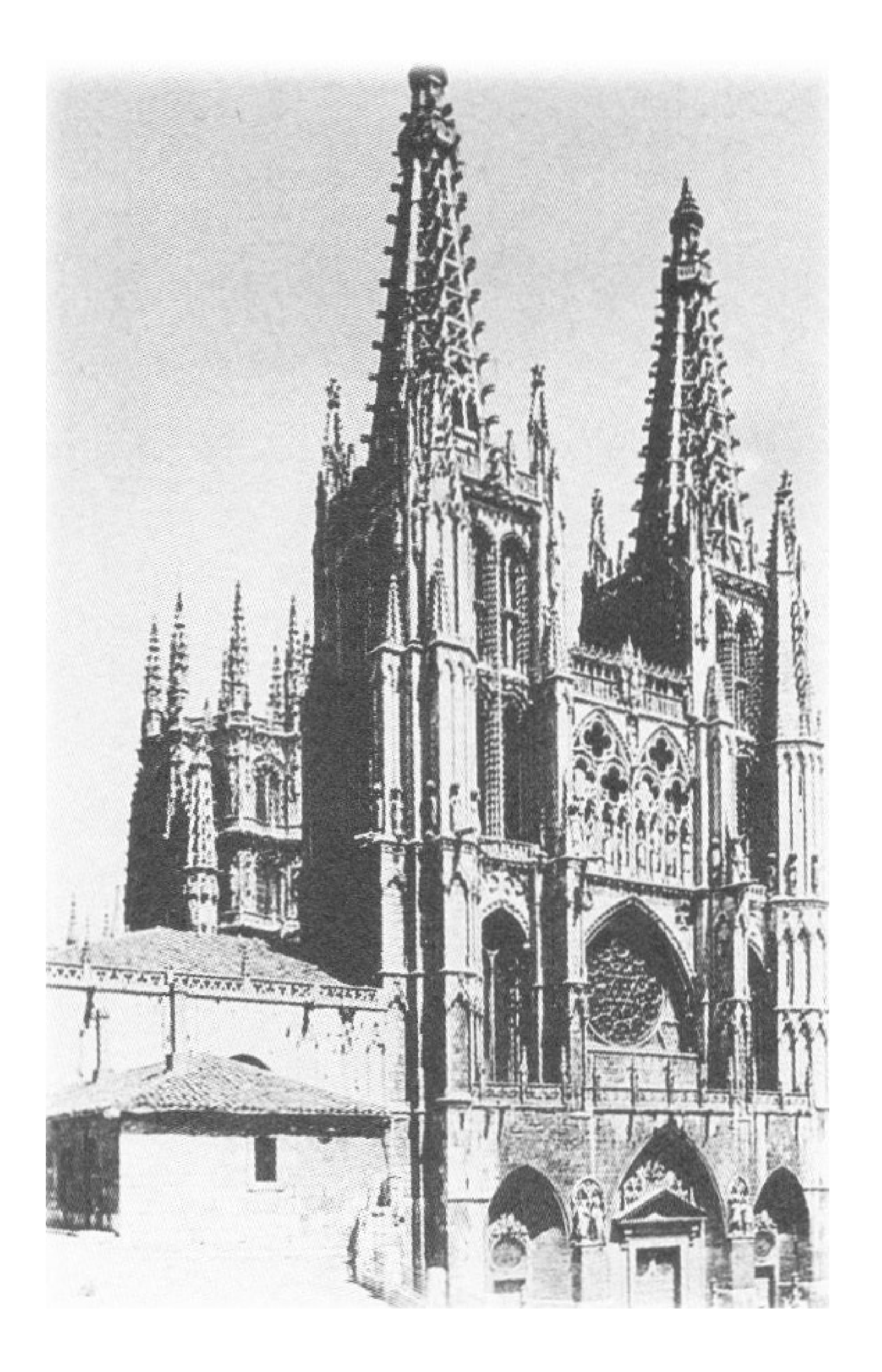
—Lo que yo veo es que a todos ustedes, los republicanos, también les gusta la buena mesa y los placeres. ¿De qué se quejan entonces? Siquiera esto de aquí está hecho con distinción.

Era verdad; es más odioso el lujo del rastacuero. Y es más reprobable el enriquecimiento de los funcionarios de la democracia que viven protestando su amor al pueblo que explotan. Pero todo eso condena a ambos; no justifica ninguno. Entre nosotros lo peor es que las categorías derivadas siempre del dinero crean un engranaje forzado y cruel. En Europa es difícil pasar de plebeyo a noble, aunque se tenga dinero; pero, en cambio, hay en el noble, sobre todo en el noble español, cierta campechanía que lo hace más humano que nuestros rastacueros. Lo que tampoco quiere decir que sólo hay en nuestra América rastacueros.

El gran Cisneros

Allí estaba, por ejemplo, en el Ritz, mi antiguo amigo Riva Agüero, con dos marquesas, la mamá y la hermana. Me sacó de mi pensión un domingo; me hizo almorzar en un hotel y me llevó después a contemplar, en Alcalá de Henares, los restos de un famoso artesonado y la Universidad. De estadista incomparable calificaba Riva Agüero al cardenal Jiménez de Cisneros. Yo había visto al cardenal en un dramón francés de los que ponía la Mariani en México, en calidad de verdugo y de inquisidor que disfruta la quema de herejes. Riva Agüero se sabía los detalles de la administración de aquel hombre, que si hubiera tenido sucesores dignos, asegura la supremacía de España en el mundo. Allí estaba precisamente el tipo de gobernante que yo pude señalar a Lupe Aspe si hubiera sabido más historia. Un asceta que dedica su vida al engrandecimiento de su patria. Y no con simple afán de poder, sino con sentido de responsabilidad por la educación, el bienestar de las naciones conquistadas. Jiménez de Cisneros es quizá el único estadista grande que tuvo España en la era de su apogeo. Por eso se ha cebado en su fama la envidia de las naciones rivales. Dirigió el reino más importante de su época, desde la Universidad; es decir: confiando su engranaje político a funcionarios extraídos de las aulas. Bajo su cetro civilizador, los militares ganaban reinos, pero no los gobernaban. El gobierno era función del magistrado. Después, la decadencia de España comienza en el mismo

instante en que la Audiencia se ve subordinada al capitán general; el magistrado, al militar. A la luz de esta alternativa se entiende en seguida la situación de toda la América española. Venezuela y México, gobernadas desde los comienzos por militares, han bajado en población, en recursos y fama. Colombia, siempre civilista, es hoy más de lo que fue bajo la Colonia. Y el desarrollo de la Argentina coincide con la presidencia de Sarmiento, que inicia regímenes realmente civilistas. De estas observaciones derivé material para mis artículos semanales que siguieron yendo a *El Universal*, regularmente.



Catedral de Burgos, España

Como era natural, los viejos amigos fueron mis introductores. Lo que Riva Agüero hizo conmigo en Lima, llevarme a ver las iglesias, los monumentos antiguos, lo repitió en Madrid. En la cabeza llevaba yo el prejuicio de mis lecturas francesas, desdeñosas del barroco; principalmente el barroco español y el nuestro. Riva Agüero me mostró aquellas naves anchas de los templos de Madrid, contemporáneos de los nuestros y más suntuosos en proporciones. Entre nosotros el peligro de los temblores refrenó la audacia de los arquitectos, y angostó y achaparró naves y bóvedas. La emoción del gran espacio cubierto sólo se obtiene mayor en Italia que en España. En la Italia de las Termas, desde luego, y en las basílicas, pero España es superior a Francia arquitectónicamente, con excepción del gótico, que nunca me gustó gran cosa. Se dice que el gótico imita el interior del bosque nórdico, y así es de angustiosa la visión de una nave francesa. En cambio, las naves españolas, emparentadas con la basílica bizantina, hacen pensar en la amplitud del cielo. Bóvedas y arcadas dan la impresión de un mundo completo bajo cubierta artificial que parece infinita. La unidad con la Naturaleza se logra así, en ventaja de lo humano, que el cielo mismo lo reduce a su propósito; y al revés de artes menos avanzadas, en que la obra del hombre se deja llevar de la Naturaleza, vuelve a ella o la imita, el gran arte toma la Naturaleza como uno de sus instrumentos, porque en lo que trata de expresar, la supera.

En Toledo, en Santiago, en Segovia, advertí otra característica de la catedral española que nosotros hemos heredado en México. En la catedral gótica, todo el piso está libre y desde la entrada se abarcan las naves casi hasta el ábside. Queda no sé qué impresión de vacío, como de mundo sin terminar. La catedral española pone el coro en el centro

y lo rodea de esas verjas soberbias, de metal fino, como la de México, o de mármoles y tallas preciosas. Adentro, la sillería, los candelabros, los blandones, los grandes cirios, el botafumeiro incomparable de Santiago, dan la impresión de un mundo dentro del mundo edificado por el arquitecto. El que entra por el frente se da cuenta de toda la extensión del edificio con sólo levantar un poco la vista y recrearla en las bóvedas sin fin. Y a pesar de que le cierre el paso la fachada interior que a veces tiene el coro. La sorpresa, la curiosidad, nos retienen. Luego, hacia el crucero, se abren coro y arcadas y el anhelo se satisface con la gloria del cimborrio, el milagro de la cúpula.

Y todavía detrás del coro hallamos el lujo añadido del ábside que se desgaja en capillas, como en Toledo, o sea otras tantas iglesias que concurren a la unidad majestuosa cuyo eje y remate es el candil de cien brazos que cuelga de la linternilla de la gran cúpula central. Esto es en términos generales la basílica y no lo iguala ninguna catedral de tipo gótico.

Por fortuna, las nuestras, aunque se llaman catedrales, tienen más de basílicas.

Las tertulias

Dos peñas frecuenté: la del Café de Regina, invadido por toreros, pero todavía patrocinado por pintores como Romero de Torres y políticos como Araquistáin, y la de la Granja El Henar, recién inaugurada y que don Ramón puso de moda. Por allí desfilaba gente famosa. El republicanismo era el credo de los intelectuales, a tal punto que hacían el ridículo unos cuantos tradicionalistas que pretendían formar círculo literario pro dictadura. Avanzados en ideas, aunque ya distanciados del grupo republicano, estaban Eugenio d'Ors y Ramiro de Maeztu. A Eugenio d'Ors lo conocí en una cena que nos ofreció Chacón y Calvo, por entonces secretario de la Legación de Cuba. No acababa el servicio de platos suculentos seguidos de postres y conservas cubanas. Entre los invitados recuerdo al poeta Alberti, que acababa de publicar su *Marinero en tierra* y estaba muy lejos del bolchevismo que más tarde abrazara. Eugenio d'Ors y yo congeniamos en seguida. En esos días se hallaba aislado porque empezaba a inclinarse a favor de la dictadura, a través de su amistad con el duque de Alba. El oficio nos unía, pues él había ejercido de Ministro de Educación o poco menos, en su provincia de Cataluña, y yo le había copiado públicamente buena parte de su labor de bibliotecas, al crear las que dejamos abiertas en México. Sus glosas formaban ya libros y eran el atractivo central del *ABC*, el excelente periódico popular y monárquico. Uno de mis amigos de México, el español don José de la Macorra, me había

recomendado con el mencionado diario, que me trató con gran deferencia, como siempre lo hacía, por otra parte, con todos los visitantes de la América española.



Tertulia de Pombo, por Gutiérrez Solana.
«Pronto se siente uno en Madrid como en tierra propia…»

El Sol, diario izquierdista, fue sin embargo, mi mejor aliado, y lo hubiera seguido siendo si no riño yo con todo el izquierdismo cuando se puso ostensiblemente de parte de Calles. Conocí de paso, en un *roof garden* madrileño, a Pérez de Ayala, cuyas novelas no me gustan, pero sí sus artículos de periódico, siempre cargados de pensamiento original y certero. Pío Baroja pasó una noche por la peña de don Ramón y me fue presentado. Cediendo a insistencia de León Sánchez, visitamos a Ortega y Gasset en su redacción de la *Revista de Occidente*. Lo acompañaban discípulos jóvenes. No me hizo muy buena impresión, ni yo a él. Lo que fue excepcional, dentro de la cordialidad, fue la facilidad de la acogida que todos los demás grandes de España me habían dispensado.

Grandes dije, y, en efecto, al despedirme de Madrid, por conducto de *El Sol* declaré que había conocido a los verdaderos Grandes de España: los escritores, los poetas, los filósofos. Los otros, había yo escrito en artículo de *El Universal*, ya no son conquistadores y verdadera aristocracia, sino nobleza de Cámara, escogida por servicios personales al monarca, el que le pone los calcetines, el que le arregla la bañadera; desde que se inventó la plomería, la fontanería, añadí, ya no hace falta esta nobleza. El agua caliente en los grifos, y el lavabo inglés, la remplazan con ventaja. Más tarde, muchas veces y con ocasión de haber tratado a algunos de estos viejos nobles españoles, me arrepentí de mis palabras, porque ni son serviles ni merecen el denuesto gratuito, ya que con todo el mundo se portan abiertos y generosos. Y en la guerra han sabido cumplir el deber que les impone su abolengo. En aquel viaje no traté a ninguno porque preferí echarme al arroyo con los republicanos, y no me arrepiento de haber procedido así.

Pronto se siente uno en Madrid como en tierra propia, reconocido en las calles y los cafés, halagado por los diarios, sonreído por los amigos. Y como es obligado que el extranjero hable, y como le tengo tanto horror a los discursos, ya sea escritos o hablados, decidí salirme del compromiso leyendo las páginas centrales del libro que llevaba en cartera: *La raza cósmica.*

Se llenó de bote en bote una de las mejores salas de Madrid, la de la Asociación de Amigos del Arte, o cosa parecida, para escuchar mi lectura. El llamado al surgimiento en América de una cultura de base española, surtió efecto magnético. El público empezó atento y acabó interesado. En los días siguientes, los diarios publicaron, aparte las crónicas del acto, los comentarios sobre la tesis. Oponiéndole reparos, escribió Maeztu que hallaba peligroso

un periodo estético de la cultura, cuando la base de todo era el deber, pero demostrándome simpatía.

—Es que no se le quita a usted la herencia protestante —le dije de palabra a Maeztu—. La estética supone que ya se cumplió el deber y que se le ha sobrepasado, para entregarse sin preocupación al júbilo del ser, al prodigio de participar en el Ser...

Y juntos dialogamos largas horas calle arriba y calle abajo, según se hacía en Madrid, por Alcalá y la Puerta del Sol.

El escándalo

Se formó un comité para ofrecerme un homenaje y algunas recepciones. Lo formaban personas de distintos grupos políticos. El primer número fue un té de invitación, en una sala del Ritz. Dominó en la concurrencia el elemento izquierdista, pero tuvimos todos una sorpresa. En la mesa de honor apareció presidiendo el general Magaz, ministro de Primo de Rivera. Empezó el servicio muy correcto, a base de ese chocolate madrileño tan sabroso. El general Magaz, ya un tanto viejo y un poco gordo, muy bonachón y cortés, me pidió excusas de que no comía, porque confesó muy campechanamente:

—No quiero echar a perder mi cena...; pero —añadió— estamos todos muy contentos de tenerlo con nosotros, don José.

Y conversamos amigablemente de cosas baladíes hasta que llegó la hora de los brindis. Cuando el general Magaz se levantó a ofrecer el agasajo, don Ramón del Valle-Inclán, que ocupaba una de las mesillas del fondo de la sala, se levantó airado:

—Protesto —clamó— por...

Y se perdieron sus explicaciones en el tumulto... Protestaba por la presencia de Magaz, y entre los murmullos encontrados, de aprobación y de contraprotesta, don Ramón abandonó la sala seguido creo de Américo Castro. Terminó su breve discurso Magaz, expresando con sencillez que

España le abría los brazos a un hijo preclaro de México. Respondí alabando el ejemplo de cultura que daban los españoles sentando a la misma mesa personas de ideas opuestas que coincidían, sin embargo, en el amor a la América española, etcétera… Los ánimos se calmaron; más bien dicho, volvieron a exaltarse, pero ya en el sentido del lirismo hispanoamericano. Un caballero propuso que los allí reunidos suscribiesen una petición para que el Rey me otorgase la medalla de Alfonso XIII o no sé cuál condecoración. Hubo aclamaciones y me sentí compungido; de ningún modo podía yo aceptar aquel honor, pero no era el momento de rehusarlo; habría tiempo de hacerlo si la cosa seguía adelante.

Cuando todo concluyó pacíficamente, me fui a buscar a don Ramón a su mesa del Café Regina. Allí estaba ya rodeado de media docena de íntimos.

—Don Ramón —le dije—: si ustedes se resuelven a firmar un manifiesto revolucionario, cuenten con mi firma y me salgo en seguida de España para hacer patente mi protesta contra la Dictadura.

Y se habló de rebelión y de marchas hacia la frontera, hasta que llegó alguien que dijo:

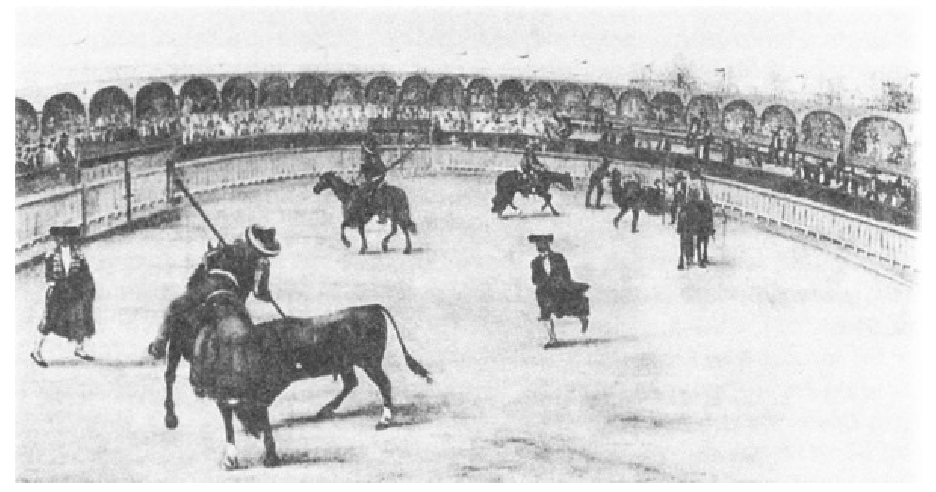
—El domingo torea Belmonte en Sevilla.

Todas las conversaciones se volvieron hacia el torero, y la mayoría de los presentes ofreció no faltar a la corrida. No se habló más de rebelión. Sin embargo, por allí andaban todos los que pocos años después formarían la plana mayor republicana: Indalecio Prieto, que conocí en la peña de don Ramón, y De los Ríos, que me visitaba. Otros, como por ejemplo Largo Caballero, no se hicieron presentes porque estaban con la Dictadura. El socialismo oficial se había sumado a los militares dejando colgados a

constitucionalistas y republicanos, porque... así convenía a los intereses de clase... no eran burgueses, etcétera, etcétera.

Frecuentaba el grupo Álvarez del Vayo, que me pidió amplias declaraciones para *La Nación*, de Buenos Aires. Me di gusto explicando la situación de México bajo el callismo, la traición a la doctrina revolucionaria. Presumo que Del Vayo no mandó estas declaraciones; no se estableció corriente de simpatía entre nosotros. Su libro recién publicado sobre Rusia no me gustaba; a pretexto de objetividad y de imparcialidad, contaba cosas triviales y no se decidía en la cuestión de fondo ni condenaba ni aceptaba la doctrina comunista. Al contrario de Del Vayo, su cuñado Araquistáin fue conmigo cordial en extremo, me dio una gran comida asturiana en uno de los mejores restaurantes y me dedicó un hermoso, generoso artículo en *El Sol*. Me dolió mucho romper con Araquistáin cuando regresó de México, bien remunerado, más callista que Calles, pues Calles mismo no se tomaba a sí mismo en serio antes de que los extranjeros que subvencionó lo declarasen estadista. Bastante caro pagó la nación el doctorado político de Calles. No hay quídam que sobre mí escriba que no hable del dinero que yo gasté en hacerme propaganda. Nunca han podido mis desleales críticos señalar un solo caso en que un extranjero recibiese de mí las ventajas de un viaje bien pagado, y si alguien me ha elogiado en el extranjero, en cada caso se ha tratado de personas que no conocí durante mi gestión oficial y que, en consecuencia, han sido amables con el derrotado político. En cambio, la administración de Calles resucitó la práctica carrancista de las subvenciones a escritores extranjeros para la publicación de libros encomiásticos. Dos o tres libros mensuales se estuvieron publicando en Estados Unidos por personas que recibían del gobierno callista estipendios secretos; los nombres de esas personas se

conocen y los libros que escribieron han pasado al depósito de las bibliotecas, que los recibían dados. Sin embargo, nunca nadie ha formulado contra Calles el cargo de los millones de dólares que gastó de Nueva York a Buenos Aires y de Francia a España, sin exceptuar al *Manchester Guardian*, que publicó biografía nada menos que de Morones. Y se ufanó el izquierdismo del mundo del usurpador iletrado, que cada semana consumaba fusilamientos en masa para conservar su poder.



La suerte de varas, cuadrilla de Ponciano, de Ernesto Icaza.
«El domingo torea Belmonte en Sevilla»

Los incidentes del té en el Ritz, agrandados por la murmuración, divulgados por toda la prensa, en aquel ambiente de tensión política crearon un verdadero escándalo. Los diarios me pedían entrevistas que invariablemente concedía, diciendo del régimen militarista que padecemos en México cosas que se amoldaban también a la situación española. «*El día que estos pueblos hispánicos gasten más en maestros y menos en soldados, comenzaremos a salir de nuestra decadencia… Me entristece la historia de España, en la Península y en el Nuevo Mundo… Acabo de ver una placa que recuerda el lugar en que estuvo preso Cervantes;*

tal es el ritmo de nuestra historia; en la cárcel, el genio, y en el poder, los imbéciles... Al contrario, Inglaterra otorga el poder al genio; por eso derrotó la Invencible; por eso también los anglosajones nos han quitado el dominio del mundo, nos han hecho en América esclavos y a España pretenden portugalizarla...»

Y se agitaron los estudiantes. Me dirigieron comunicaciones amistosas y les respondí con un manifiesto encendido en que los citaba para darnos un abrazo el día de la victoria. Mientras en Madrid se organizaban mítines y manifestaciones universitarias, una comisión de los amigos de Unamuno me invitó a visitar a Salamanca. El ilustre viejo acababa de ser desterrado por la Dictadura. Y por decreto militar se había nombrado rector sustituto. En Salamanca, un caballero Roses, asociado a un líder estudiantil madrileño, preparó tres días de recepciones y fiestas. Solo, tomé el tren, apeándome en Medina del Campo, en donde debió recogerme, en auto, una comisión. Mientras esperaba en un hotelillo del lugar, me llegó un aviso telefónico: «Que alquile usted un auto y se dirija a la carretera donde acaba de ocurrir un grave percance.» A medio camino de Salamanca, en una aldea de Castilla, de torre mudéjar y casas con aleros, asentada en la tierra seca que produce el buen trigo, y bajo el sol del atardecer, me hallé con la tragedia. El auto en que venían mis amigos había volcado. Un excelente profesor, de nombre don Fernando, y quien más ansioso se había mostrado de verme, se hallaba recostado en la salita de un médico de aldea, con el cráneo partido, en estado inconsciente. En la habitación de al lado lloraba Roses, ileso, pero dolido de la suerte de su amigo. Como a un hermano me abrazó todavía sollozando. Un guardia civil cuidaba al enfermo con atenciones enternecedoras:

—Respira —decía—, respira…; vamos, respira…

Y se inclinaba al herido y le tapaba el cuerpo con la manta… La hacía de autoridad y de enfermero y me reconcilió con la guardia civil. Mientras conversábamos aguardando la ambulancia que se había pedido a Salamanca, unos vecinos se acercaron para invitarme a cenar…

—Pero si no tengo hambre; nunca ceno y, además, con este contratiempo, ¿quién piensa en comer…?

Sin embargo, nos dirigimos a la casa del vecino principal. A mi lado, el maestro del pueblo me recordó el Boletín de la Universidad de la época de mi Rectoría.

—Aquí en Castilla —me dijo—, tenemos que agradecerle su lucha por el idioma español, sus iniciativas para la difusión del Quijote…

—Pero ¿por qué me agradecen que difunda un idioma que es también el mío?, etcétera, etcétera.

Y a la postre nos hallamos frente a una mesa modesta y bien servida, buen caldo, buenos guisos y el vino del patrón, el vino de la casa hecho allí mismo de las viñas del huerto… Era un vino de ésos que dejan recuerdo; servíanlo en vasos de loza, de una garrafa casera, y se dejaba uno llenar y llenar el vaso.

Casi de madrugada llegamos a Salamanca con el herido por delante. Suspendimos todo festejo y me limité a hacer unas cuantas visitas. En lugar de presentarme a la Universidad a pagar la atención del nuevo rector, que me dejó tarjeta, me dirigí a la casa de Unamuno con dos o tres de sus íntimos para saludar a la esposa del gran escritor.

Y recuerdo una señora de negro, muy sencilla y cortés, que me preguntó con ingenuidad enternecedora mientras hablábamos de revolución y de protestas:

—¿Cree usted que pronto triunfará la República?

El accidente sufrido por don Fernando atrajo sobre mí aún más la atención. A mí me entristeció como el aviso de un destino preñado de la dolorosa fatalidad de atraer mal sobre los que nos siguen, sobre los que nos aman…

De todos los sitios donde había club republicano me llamaban sin que la Dictadura opusiese obstáculo; al contrario, sus periódicos seguían tratándome de huésped. Esto me comprometió y aun me hizo desistir de lo que hubiese sido una gira triunfal por España. Según se hallaban las cosas, lo más cuerdo era marcharme. Una excepción hice en favor de Gijón, en Asturias, porque allí se hallaba aquel gachupín de la fonda durangueña, mi viejo amigo, explotando un café modesto y me invitaba a verlo. Me preparó una recepción cariñosa de todos los indianos del rumbo, o sea españoles que han estado en México. Excursiones deliciosas me tomaron dos o tres días, por Infiesto y sus truchas, el arco romano de Cangas de Onís y la gruta de Covadonga, cuna de la Reconquista.

Ávila

De regreso logré perderme unos días en Ávila. No le avisé a nadie mi visita y me inscribí con mi segundo apellido en el hotel. Aquélla sí era mi España. El balcón de mi alcoba daba a la catedral. De noche, de mañana, de tarde, contemplé la augusta fachada. Impresión de eternidad emanaba del granito tallado. El vitral de la roseta era como un ojo siempre abierto sobre el misterio. A las tres de la tarde, los canónigos entonaban sus rezos en canto gregoriano. Tonalidades solemnes rodaban, ascendían; voces de un pensamiento que no investiga porque ya encontró la verdad, se quedaban suspensas, llenaban la anchura de las naves ungidas por el incienso de las generaciones. Me encerraba a leer *Las moradas*, y a medianoche recorría las calles estrechas, las plazoletas enmarcadas de palacios en que la nobleza del estilo agranda las proporciones, las permea de majestad. En ruinas se hallan casi todas las casas señoriales desde que el despotismo acabó con aquella aristocracia orgullosa que prefirió morir a rendirse.

La tarde que pasé en el convento de Santa Teresa me dejó huella perdurable. Los vecinos que vi desfilar por el paseo de mediodía por la plaza de extramuros, que se engalana con la estatua de la santa, me dejaron la imagen de una aristocracia del espíritu, al mismo tiempo bella en su tipo esbelto, ovalado el rostro de las mujeres, de ojos contenidos y ardientes como los de la santa. Los hombres, un poco

enjutos, barbados y graves, parecen estampas de otra era. Seduce, sobre todo, el hablar de aquella gente: dicción limpia, melodiosa como el italiano, pero más grave, más digna, y en las mujeres se vuelve una suerte de caricia del alma. Hay en ellas cierto aire sobrehumano, inefable como un parentesco angélico.

En Ávila me llegó correspondencia de México; mis familiares se hallaban entusiasmados con la proximidad del viaje que a fines de año nos reuniría en Francia. Los diarios me atacaban. Mis errores crecían; mis derroches adquirían la proporción de una fábula que servía de telón al robo de mis sucesores. Entre los recortes, me llegó un artículo en que Moheno comparaba mi destierro con el de Alcibíades. Nunca le tuve mala voluntad a Moheno y más bien le admiraba su talento; pero estaba yo de humor irritado por la nostalgia y la ingratitud del público, y le contesté con un artículo sarcástico. «Veo —expresé— que mi campaña contra el analfabetismo y mis ediciones de clásicos, tan discutidas, comienzan a dar frutos, puesto que ya hasta el señor Moheno se permite citar a los griegos…» Nunca creí, por supuesto, que Moheno se enterase de Platón a consecuencia de mis ediciones; pero en la lucha verbal estos juegos son permitidos; lo malo para Moheno fue que en vez de tomarlo a broma se puso a citar testimonios de maestros suyos y amigos a quienes constaba que en tal y cual año el distinguido abogado, antes de mi gestión ministerial, ya había leído *La Ilíada.*



La calle de Ávila, por Ribera.
«En Ávila me llegó correspondencia de México…»

Mis propios enemigos tuvieron que reír de la celada en que cayó mi gratuito denostador…

Y en amable contraste, durante esos días que anduve perdido, Eugenio d'Ors publicó en el *ABC* una de sus glosas más brillantes, saludándome, incitándome a recorrer los caminos de Europa, fiel a la verdad y al ideal. En respuesta, en México, el Ministerio de Educación azuzó a uno de sus perros para que me denigrara, me restara el mérito de la obra educativa y afirmando que ahora sí comenzaba de verdad, bajo Calles, la obra de la educación popular.

Cuando regresé a Madrid ya habían ocurrido encuentros de la policía con los estudiantes. El gran mitin que proyectaban para mi retorno fue prohibido. Querían celebrarlo, a pesar de todo, en lugar cerrado, pero me opuse.

También tuve que rehusar una gran merienda popular que contaba ya con más de un millar de inscripciones. Me decidí a abandonar a España, pero saliendo por el Sur, a fin de darle siquiera un vistazo a Sevilla. Chacón y Calvo, el secretario de Cuba, que estaba comisionado también en el Archivo de Indias, me salvó invitándome a que me le reuniese. Pero antes me detuve de incógnito en Córdoba.

Sólo una carta presenté para un hermano de Romero de Torres, que me enseñó, en detalle, el museo y galería de pinturas locales. En seguida pretexté que tomaba el próximo tren, para quedarme solo a recorrer la ciudad. La anduve toda a pie. No me enterneció la mezquita y me indignó a medias el crucero gótico que Carlos V le incrustara. Probablemente yo habría hecho lo mismo. No me simpatiza lo musulmán. Y la cruz hay que plantarla donde más se la ha combatido.

El puente romano, en cambio, me llenó el alma de reminiscencias que parecen identificarnos con los siglos que lo han patinado y carcomido; lo atravesé al lado de un carrero que cantaba en el atardecer, al paso de sus bueyes. Luego, a la entrada de una calle sombría, en un nicho de piedra labrada, una imagen colorida de la Virgen sonreía a la intemperie, iluminada por una lamparita. Una como desgarradura del corazón me detuvo, y a falta de plegaria ofrendé unas lágrimas a la visión de la vida eterna que este mundo nos arrebata con sus preocupaciones pueriles. Era yo como un náufrago de mí mismo, nadando en aguas de cieno, mientras Ella estaba allí, en espera de la hora del arrepentimiento y la renunciación. La tentación que ya me había entrado en Ávila de perderme de verdad y entrar a un convento, nada más a rezar, por los años en que no había rezado, se me presentó otra vez viva y urgente. Pero medité: «El Evangelio dice: Dejarás a tu padre y a tu madre y a tu

mujer… sobre todo a tu mujer… Pero no dice: Dejarás a tus hijos…»; por lo menos, mientras los hijos son pequeños, es un crimen dejarlos. El que ya se comprometió por los caminos del mundo no puede abandonarlos como desertor. Seguir luchando y cayendo, pero sin sacrificar la dignidad, sin vender la justicia, sin transigir con la impostura…

La impostura pública en aquel momento eran Calles en México y la monarquía en España. No era digno dedicarles todo el afán. La vida tiene misión más alta que llenar; pero siempre y cuando cada vez que la ocasión se ofrezca enseñemos claramente dónde está nuestra posición, siempre con el oprimido y enfrentado a los embaucadores de derechas o de izquierdas. Nunca con los partidos; siempre con nuestra verdad.

Se suman horas y días de emociones nuevas que produce el viaje, y la cabeza se emborracha de panoramas e ideas, imágenes y preocupaciones, problemas y proyectos. Sed de cosas grandes quebranta el cuerpo, crea fiebre en la mente y en el corazón enciende hogueras. Buscaba reposo como el enfermo una cama. Encomendados a la Virgen dejé a los que amaba y pedí por todos al que invocamos diciendo: *Qui tollis pecata mundi.*

Sevilla

Aquí comienza la América española, le dicen a uno los sevillanos, y, en efecto, la plaza de San Femando, sobre la cual veían mis ventanas, podría tomarse por una de Lima o de México, sólo que es más frondosa, más viva de humanidad. Y hace pensar de nuevo que, hasta la fecha, todo lo nuestro ha sido copia disminuida del arquetipo peninsular.

No tiene igual en el mundo la Torre de la Giralda contemplada según se baja por la calle famosa de las Sierpes. Con la luz de las horas cambia su esplendor, puro en la mañana clara, rico del brillo marfilado de los ajimeces. La altísima terraza es serena y da impresión de arrojo el campanario. En la tarde, bajo el sol, se mira ancha y poderosa. Se sube por una rampa que antaño trepara a caballo no sé qué sultán. Luego, en el mirador, se domina el valle, se contempla el río y el ánimo se solaza en los jardines, los palacios, las cúpulas y tejados de la ciudad. Con el ocaso de oro toma la torre apariencias de marquetería, como un fino y grandioso objeto de arte. Un tono rosado envuelve su gloria. Jamás la gracia y la fuerza crearon más risueña majestad.

El clima obliga a vivir de noche en ciertos sitios; las jornadas del verano andaluz son pesadas, ardientes; en cambio, las noches de Sevilla, estrelladas y apacibles, envuelven a la ciudad en tibio misterio. En balcones y

ventanas aroman flores; salen las jóvenes en grupos lucidos; se reúnen en las plazas a conversar con los amigos. Grata fragancia flota en el aire; huele a nardo y a clavel; en los bancos toman asiento unas muchachas; a orilla de los setos caminan otras, firme el paso y ondulante la cadera, por las sendas del jardín. Van dichosas de existir. En algunas rejas, por las callejuelas, conversan en secreto los novios. Un cantar irrumpe y se pierde. Una dulzura profunda reposa en el alma. Dan ganas de llorar por todas las dichas que no se cumplieron. Y se presiente que, acaso, todavía el futuro guarda lagos de paz venturosa.

Siempre con Chacón y Calvo recorrí calles disfrutando el ambiente, suave, irreal casi, en su increíble encanto. A las diez nos esperaba en el Alcázar el mayordomo del Rey, que cuidaba el Palacio con su familia. Bondadosamente se había prestado a mostrarnos los jardines bajo la luna. Nos recibe en su sala, nos invita un jerez, nos habla de las visitas breves, estériles, de los propietarios reales. Llega uno de los jardineros; a él nos confían y empieza un recorrido fantástico de sombras en la sombra. Nos hubiésemos sentido fuera de la realidad si no hubiesen mediado las explicaciones y las pruebas. El jardinero cogía hojas de los arbustos, las restregaba, nos las daba a oler; el romero, la mejorana, el arrayán, despertaban las fibras adormidas del olfato, que nunca se educa para apreciar su propio género de sensación. El concierto de aromas me confirmó en un tema que trabajé estérilmente durante muchos años: la estética del olfato. Escribí al respecto un artículo simplemente para guardar el resumen de mis reflexiones. Eran ideas que luego desarrollé en mi *Estética*.

Al salir del Alcázar fue cuando le dije a Chacón que, aunque cubano, andaba muy monárquico:



Salida de misa.

«Llevaba tres días de pasear de incógnito por iglesias y museos…»

—Qué bueno está este palacio para colegio de señoritas. Eso hará de él la república, y no como ahora, que sólo sirve para las escapadas amorosas del Rey…

Ni yo ni nadie pensaba entonces que la República estuviera tan próxima.

Y, sin embargo, eran ya republicanos todos los profesores universitarios de la Península. Llevaba tres días de pasear de incógnito por iglesias y museos, acompañado tan sólo de Chacón, cuando una tarde se me presentaron en el hotel varios catedráticos de la Universidad. El de Historia, el de Literatura, el de Educación, etcétera. Personas afables y sencillas, cultísimas. Se me han perdido en los abismos de la memoria sus nombres, pero recuerdo sus caras joviales,

inteligentes. Me llevaron a cenar pescado frito con chatos de manzanilla en la venta Eritaña. Allí conversan en mesillas, o bailan con sus amigos, mujeres de un atractivo que hace sufrir. Se pierde la cabeza en fantasías y el corazón se angustia de la dicha que pasa sin cumplirse.

—¡Bah! —dijo uno de los maestros—. Amores mercenarios…

Y aun así, no sé qué encanto tiene todo en Sevilla que ennoblece, otorga distinción aun a lo que en el resto del mundo es dicha vulgar y comercio.

Una noche, libre de los profesores y acompañado de mi amigo cubano, vimos más de cerca el mundo galante, que es uno de los atractivos turísticos de la Sevilla del anuncio internacional. En todas partes, el viajero que no llega borracho descubre en seguida el engaño del placer profesional y se entristece con la vulgaridad, el encanallamiento de la profesión. Pero no sé si es por causa de la religiosidad que permea a toda Sevilla, o por la sincera idiosincrasia de aquella gente, lo cierto es que sus meretrices hacen pensar en Magdalenas que ponen ardor y piedad en su oficio. Al revés de las de París, que recuerdan a la cortesana de Roma, toda sensualidad sin alma, así tengan *sprit*. La idea del pecado no se ausenta de las más depravadas, y ya sea por un dejo de arrepentimiento, ya por abundancia de simpatía humana, el hecho es que no caen en el cinismo. Se diría que ven a un prójimo en cada viajero antes que a un cliente. Las sevillanas tienen en los ojos un brillo como el de las estrellas, pero bañado con terneza que les sube del corazón.

Y es un misterio tan viejo como el mundo y un problema tan antiguo como la moral el de estas mujeres que no han sido fieles, carnalmente, a nadie y, sin embargo, derrochan

granos de positiva felicidad y consuelan al que no logró hacerse amar; restituyen la confianza del que no halló por caminos más puros el apaciguamiento de los sentidos. Y evitan así que el instinto, privado de natural ejercicio, se lance por rutas peores, malsanas.

Zurbarán y Don Juan

En la galería de pinturas trabé conocimiento con Zurbarán. Los retratos de mujeres que allí se guardan poseen gracia soberana. Y no sé si es de Valdés Leal un cuadro que me divirtió y me hizo reflexionar. Representa un episodio de la disputa teológica de uno de los más antiguos concilios. Pretendieron los padres griegos convertir la cristiandad al vegetarianismo y se opusieron los de España. En el banquete vegetariano de los monjes, un ángel presenta el cordero clásico de Castilla como símbolo de la tesis que prevaleció, a saber: «Que los animalitos fueron creados por Dios para nuestro sustento.» La razón profunda es obvia: ¿De dónde hubiera sacado España legumbres para poder prescindir de sus ganados abundantes? En cambio, en el Oriente, con sus tierras cálidas y fértiles, el vegetarianismo resulta natural. Pero nos queda en lo íntimo la convicción, a pesar del angelito carnívoro, de que es más fácil de lograr la pureza del cuerpo, y por vía de ella la del alma, con un régimen alejado del sacrificio de los animales, a estilo budista.

También la visita al convento que guarda los restos de Don Juan Tenorio hace pensar. Una monjita guía a los visitantes, y como alguien en broma observara: «Buen trabajo le ha de haber dado a Don Juan salvarse», la monjita exclama:

—¡Ay, no, señor; si era muy bueno…!, y es más lo que lo

han calumniado…

Hasta en la muerte —pensé— le sigue el afecto femenino. Sin darse cuenta, sin duda, lo que agradece la mujer a Don Juan es que se dio a ellas del todo, cosa que, desde luego, nunca hace un hombre completo. El instinto sexual subconsciente no quiere hombres superiores a la sexualidad, sino buenos amantes, fieles al amor, ya que no a una sola, sí al amor como objetivo supremo de la vida. Y después de todo, es justo que quien vivió para eso reciba aún el homenaje del libido femenino. No toda la pleitesía del sexo contrario, pero sí de todo lo que en ellas responde al instinto de la pareja.

Por las mañanas recogía a Chacón en el Archivo de Indias. Uno de los archiveros me tomaba por su cuenta para disertarme sobre historia. La tenía tomada, y con razón, contra Las Casas…



Don Juan Tenorio.

«… lo que agradece la mujer a Don Juan es que se dio a ellas del todo…»

—Un fraile exagerado y revoltoso que ha servido de bandera a los franceses y a los ingleses para desprestigiar a España…; el iniciador de la leyenda negra… Defensor de indios, sí; pero no tuvo empacho en sancionar la esclavitud de los negros… Más meritorio Claver, que en Cartagena se dedicó a la redención de los negros, sin escándalo, sin afán de notoriedad…; por eso lo han canonizado.

Saltando en seguida a otro asunto, me explicaba:

—Aquí tenemos los registros de todos los que salían rumbo a América; durante mucho tiempo sólo fueron allá extremeños, castellanos y andaluces; las demás provincias no tenían derecho a emigrar; pronto, sin embargo, se hizo excepción en favor de los catalanes, los vascos…

—Esto explica —observé— por qué los mexicanos que descendemos de viejas familias nativas nos sentimos a gusto en Castilla, en Andalucía, y un poco extraños, por ejemplo, en Asturias o en Galicia… Castilla, Extremadura, Andalucía, son nuestro solar. Un conocido escritor contemporáneo, Salaverría, confirma esta noción a propósito del acento que prevalece en México, en Cuba, así como las voces usuales y las maneras suaves, corteses, todo emparentado con Andalucía…

Andalucía se nos pega al corazón.

Adentrando en ella —no he tenido más remedio que usar esta palabra detestable— nos dirigimos a visitar el puerto de Palos y el convento de La Rábida. Un instituto hispanoamericano que preside por allí el excelente amigo Marchena nos adelantó la invitación. De paso, Chacón quería visitar la aldea de Moguer (Huelva), patria de Juan Ramón Jiménez; y deseaba penetrarse de ambiente para un trabajo que preparaba sobre el poeta. En alguna ocasión me atreví a discutirle a su predilecto y por poco quiebra

conmigo...

—No me gusta el álgebra en poesía —le dije.

Y me contestó con una conferencia en tono de piedad por mi incomprensión...

—Pero es que —añadí dándome por vencido en el verso y saltando a la prosa de Juan Ramón—, es que primero trago ruedas de molino que admitir que ese *Platero y yo* sea un clásico...; y si lo es, lo será por lo aburrido... Es verdad —agregué— que el estilo oratorio de que hoy se abomina y al cual yo tengo tendencia, resulta vano, pomposo, cansado, pero también es cierto que hoy se incurre en otro defecto acaso peor, y es el estilismo. El esfuerzo del virtuoso literario lo padece el lector... Ninguna obra maestra se ha escrito jamás de ese modo... Sí; abomino del estilo...; hay más salud, en todo caso, en la logorrea del orador que en el estreñimiento de los estilistas. No me gusta Castelar porque no tenía ideas; pero hay páginas suyas que se leerán siempre con gusto, como aquella en que habla de la danza andaluza... En cambio, los estilistas nos hacen sudar y no nos dejan ni siquiera un recuerdo de lo leído... Un buen estilo se identifica con la acción del pensar. No es ornamento ni vestidura; es savia y no hojarasca.

Si no hubiera sido por el afecto que me tenía, Chacón me arroja de su presencia.

También quedó probada su lealtad de amigo al día siguiente, en la recepción que nos ofreció la Hispánica, en la sala de actos de un colegio y con asistencia de las autoridades locales. Me entregaron un pliego de socio de honor; lo agradecí, pero en el discurso se me fue la pasión y hablé de las inquietudes republicanas latentes; aplaudió la asamblea, pero las autoridades pusieron cara severa.

Un retrato de Alfonso XIII quedaba detrás del estrado; eso

contribuyó a ponerme irritable. Terminó aquello en mitin político, dividida la sala cuando salimos. El excelente amigo y caballero Marchena me salvó, me sacó de allí prestamente y me llevó a su casa… Un par de vasos de jerez nos volvió el alma al cuerpo… Se reía mucho Marchena.

—¡Ah, qué colega este Vasconcelos! Es por demás; lo domina su sinceridad…

Marchena es abogado, es escritor, es amigo leal de todo lo americano, es el padre de la Sociedad de La Rábida…

Para comer estábamos invitados en el convento de La Rábida, que todavía está a cargo de los franciscanos. Chacón y Calvo era ya hermano menor o terciario de la orden. El ingreso es sencillo y obliga a poco, y da derecho a ser enterrado con el hábito franciscano. Mi versión de la creencia siempre ha sido la de San Francisco. Me había decidido a pedir el ingreso, a confesarme si era necesario; me seducía rehusar una condecoración del Rey, al mismo tiempo que tomaba el hábito de los limosneros del Señor… La conversación de los dos o tres monjes que nos obsequiaron el almuerzo bastó a que tuviese que aplazar mi proyecto… Toda la hora de la comida se la pasaron hablando de los ascensos, las ventajas burocráticas que en esos días gestionaban. El convento es monumento nacional, aparte de comunidad.

La emoción turística de estar en La Rábida, en la celda en que Colón expuso sus planes, en el mirador en donde primeramente se pensó en la aventura del Nuevo Mundo, la disfrutamos con creces…

Granada

León Sánchez, el librero, me había dado cartas para uno de los arquitectos de la Alhambra. No es el verano la estación propicia para visitar el antiguo palacio moro, porque el agua escasea, se cortan los chorros que crean la música peculiar de los jardines y las fuentes. Fama es que de ese rumor de embrujo ha tomado Falla lo mejor de su música. No llevé cartas para Falla porque se hallaba en París el músico famoso. El arquitecto me ilustró con toda su sabiduría. Dos o tres días pasé mirando y volviendo a ver. No pretendo negar el celebrado encanto de uno de los sitios más bellos del mundo. Sin embargo, no es de las cosas que me roban el ánimo. Una escondida aversión subsiste y se agrava cuando nos dicen en la cámara del baño que a los músicos les sacaban los ojos para que no perturbasen con su curiosidad pasiva los deportes lujuriosos del sultán y sus concubinas. No hay nada más anticristiano que aquel palacio, como que es típicamente musulmán. Y está muerto, con la muerte de lo que no renace. Ni merece volver a animarse. Efímera como el vicio encumbrado que abrigaba es el alma de la construcción. Malos cimientos y mucho enyesado, decoración de hojarasca, sin embargo, reposante, posee aquella ruina un esplendor en derrumbe. Su gloria, en que no intervino el espíritu, está marchita. No dejó nada la civilización que lo levantara. Unas traducciones, si acaso, traducciones de Aristóteles y ciencia importada, no creada, que pasó al resto de la Europa, bárbara por entonces, pero

que de todos modos tendría que llegarle por el lado de Bizancio, como llegó más tarde, más pura.



Granada.
«No pretendo negar el celebrado encanto de uno de los sitios más bellos del mundo»

En cambio, el crimen de haber destruido a Bizancio no lo redime el musulmán con todos sus siglos de álgebra y de bellas mezquitas. En la mezquita suele ser admirable el musulmán, por lo que tiene la mezquita de basílica y porque, al fin y al cabo, en el mamotreto religioso de Mahoma hay semilla bíblica y aroma de revelación cristiana. Aunque todo falsificado y turbio. Estaba de moda entonces, por reacción liberal anticristiana, exaltar todo lo moro. Y en compañía del arquitecto lancé duros cargos contra el monstruoso palacio neoclásico que trató de incrustar por allí Carlos V. Pero ni con la mejor buena voluntad del mundo lograba incorporar mi sensibilidad a la de los dueños o los constructores de la Alhambra. De verme obligado a elegir entre los dos destinos que allí combatieron, antes escojo el de Aragón que el de

Boabdil. Y no porque Boabdil perdiera, sino porque Boabdil no habría sido capaz de renunciar, como renunció Carlos V. Admiro al que teniéndolo todo en la mano es capaz de abrir el puño para dejar que se disperse todo y el alma se recobre a sí misma. En la Alhambra no podría vivir nadie que poseyese un alma; no la tuvo el Boabdil sentimental y lamentable, ni la tuvieron sus antepasados fuertes, crueles y sensuales. A poco de triunfar se hacían los mejores esclavos de sus placeres y de su éxito. Vendían su alma sin saberlo. Cuando se poseen los panoramas de aquel palacio, las mayólicas y los artesonados, las esclavas y la música, necesítase de un alma sublime para no quedar esclavo de las propias pasiones. Los monarcas cristianos la tuvieron. Podrían haberse hecho sibaritas como el musulmán; en vez de ello, derribaron a puntapiés el lujo en putrefacción, y con el esfuerzo renovado salvaron a sus pueblos, les dieron el dominio de América, el dominio del mundo. El premio de la religiosidad de Isabel fue el Nuevo Mundo. Imaginad lo que habría sido el Nuevo Mundo en manos de sultanes moros. Mercado de esclavos para las guerras y los trabajos serviles del Imperio. En manos españolas y cristianas, el Nuevo Mundo padeció, pero engendró naciones.

Y se ocurre pensar: ¿Sería posible una cultura que construyese castillos paradisiacos como la Alhambra y el Taj Mahal de la India, sin el vicio de origen del despotismo sanguinario, el embrutecimiento del monarca, la corrupción de la corte?

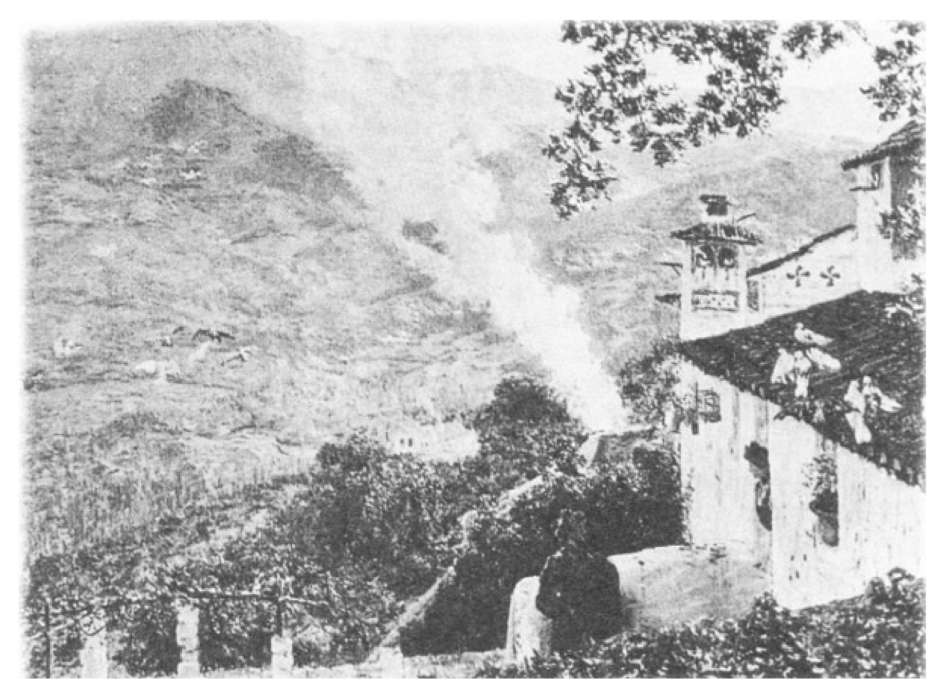
El desprecio de la vida y la ventura de nuestros semejantes, el abuso de la conquista despiadada, ¿son, acaso, las condiciones indispensables para la creación de un palacio? No veo otro medio de hacer palacios como la Alhambra y el Taj Mahal que no están destinados a la pompa de un culto sobrenatural ni siquiera al servicio

público, sino al deleite de un monarca, una familia reinante. No hay otro medio que el atropello y la tiranía, para que un hombre pueda jugar a ser dios creándose paraísos en la tierra. Por eso mismo, no es completa la belleza de ningún palacio. La belleza es virtud exclusiva de las casas que construimos con desinterés perfecto, en honra de lo Invisible. De la India a España, el templo será siempre superior al palacio; superior en rango, en majestad y en hermosura. Bellos juguetes de la imaginación, la Alhambra y el Taj Mahal no pasan de curiosidades. No dejamos en ellos nada del alma. Más bien el alma los verá con horror si reflexiona en la tendencia a lo morboso y al crimen que hay en toda situación como la de los sultanes que se recrearon en esos palacios. Primero al abuso de nuestros semejantes; después el abuso de nosotros mismos, en las depravaciones del deseo que se enferma de hartazgo. En el encanto que produce la Alhambra hay un noventa por ciento de literatura. Allí mismo, las comisiones edilicias que fomentan el turismo norteamericano contribuyen a presentarnos una Alhambra traducida al inglés. La mejor posada de las cercanías no se llama el Mesón de Boabdil, sino el Hotel Washington Irving. Nunca tuve yo paciencia para leer completos esos relatos mediocres. Pero en materia de amores y leyendas árabes, ¿no sería mejor que el turista pudiese adquirir el Romancero, en ediciones populares de lujo, por lo menos, al lado del libro de Washington Irving? En aquellos tiempos, los hombres cultos de España, a la vez que preparaban la República, cometían ya el error de venerar lo extranjero, es decir, lo sajón, y por eso habían de perder tan pronto la República.

Valencia

El círculo de Blasco Ibáñez y el cónsul de México, un simpático sujeto de origen valenciano, me invitaron a pasar unos días en la tierra de los coloristas en pintura y en literatura: Blasco y Sorolla, expresiones de un mismo temperamento. Era Valencia uno de los centros más ardientemente republicanos, pese al interregno político que creaba la feria con sus cinco o seis corridas de toros consecutivas. El nombre de Blasco estaba proscrito a causa del folleto recién publicado contra el Rey. Un folleto breve, incisivo y clarividente, réplica española de esa otra obra genial de Blasco Ibáñez, *El militarismo mexicano.* Injusto en ciertos juicios, pero en general maravillosamente perspicaz. No sonaba el nombre de Blasco, pero todo el mundo leía sus libros. Y se tenía señalada la plaza que llevaría su nombre, al triunfo de la conjuración republicana. Para enterarme del ambiente que había producido aquellos cuadros de Sorolla que tanto admiran en Nueva York, visité las playas de arenas de oro y sol encendido en cielos azules. Las velas mediterráneas, famosas en la historia, lucen su gallardía en los ancones y mar adentro. En el balneario hay abundancia de humanidad hermosa. Las mujeres de Valencia son morunas; el tipo es diferente del castellano y menos fino que el tipo andaluz. Cierta opulencia sensual parece dominar en ellas y una valiente despreocupación, refrenada siempre por la religiosidad. Luce en Valencia una imagen de la Virgen cubierta de joyas riquísimas. Me ganó del todo la idea de

poner las piedras preciosas más costosas, los joyeles y los brocados más finos, en la Imagen Sagrada de la Ciudad. Algo de esto se ve en la India, y es rasgo permanente de las culturas orientales revestir al ídolo máximo con las prendas y tesoros de más valor. Lo que es más bello de mirar, el diamante, el rubí, los ricos bordados, se sustraen de este modo a la codicia privada y se entrega a pública exhibición, pero no en vitrinas de museos, tumbas de arte, sino en el cuerpo del ídolo que es el símbolo del más alto concepto de una cultura. No se concibe mejor uso de las joyas; y si de pronto yo me viese mago y dictador de un Imperio, en seguida haría requisa de collares de perlas y de diademas para ponerlas sobre la testa y el manto de las imágenes de la Virgen. El pueblo entero acudiría a gozarlas, como lo hace en Valencia, deslumbrado y reverente. Cuando no se usan así las joyas, el pueblo las pierde, las ignora, y la belleza que encierran pasa a manos de cortesanas vulgares, o se esconden en el tesoro privado de burgueses y avaros. Uno de los pecados artísticos de la Reforma es haber sustraído las joyas del tesoro público, que son las iglesias, para ponerlas en manos de judíos y negociantes de la banca y el *Trust*. Dígase lo que se quiera, y no obstante el prejuicio antirreligioso que se nos ha infiltrado, yo pregunto al lector sincero: ¿En dónde estaría mejor el Kohinoor: en la corona de la Reina inglesa, en la diadema postiza de una millonaria *yankee* o en la frente de la Virgen del altar más suntuoso de la catedral máxima de Estados Unidos o de Inglaterra? Están, pues, en lo justo los valencianos, y muy bien me pareció el orgullo con que los mismos radicales del republicanismo me acompañaron a contemplar la esplendorosa, lujosísima imagen de su Virgen, patrona de la ciudad.



Valencia

En la vega valenciana, en el ambiente mismo de La barraca, de Blasco, me fue ofrecido un almuerzo. No en fonda, sino en típica morada de campesino moro por la sangre, aunque ya cristianizado. Sentados a la oriental sobre esteras y en torno a una bandeja redonda y abierta en que huele, ya de punto, la paella, toma cada cual su cuchara y va comiendo, escarbando en triángulo que se cierra cuando las cucharas se encuentran al centro, una vez agotado el arroz con almejas y especias. En todo el mundo se sirve la paella: en los grandes restaurantes y, en el mundo español, en los hogares y en las fondas; pero puedo afirmar que nunca la había comido auténtica y tan sabrosa como la del campo valenciano. No he vuelto a comerla como aquel día. Ni la hacen igual en la misma Valencia en los hoteles que frecuenta el viajero.

Buen vino de la tierra servido en jarro y un melón de Valencia como postre, fue el complemento de aquel yantar

de sultanes. Comentando los rasgos moriscos de los dueños de la chacra, reflexionábamos en que los secretos de la cocina son el último vestigio de los hábitos del vencido que procede de una civilización singular. El exotismo de los manjares es, por otra parte, uno de los más incitantes, y no es completo el viaje del que no se sienta a la mesa extraña. En Europa, de una región a otra, cambia la lengua, cambia el panorama, cambia el sabor de la comida. Lo único que permanece constante es cierto nivel de cortesía, de buenos hábitos derivados de los dos mil años de cristianismo que han permeado, unificado el continente sin privarlo de su preciosa variedad. Puede el viajero detenerse varios años en Europa y no acaba de disfrutar sorpresas, de descubrir prodigios. En cambio, en Estados Unidos, ya se sabe que quien conoce una aldea conoce el modo de vida de ciento treinta millones de habitantes; todo está allí lavado, pero con jabón que todo lo deja desabrido, cuando no contaminado del olor de la asepsia. Lo que no evita que haya más enfermos, más hospitales en Estados Unidos que en Europa. Pues se diría que el mal de la uniformidad en lo externo acaba por enfermar los cuerpos, no sólo las almas.

Danza bajo las estrellas

Noche valenciana del verano. El cascabeleo de los collares de lujosos caballos de tiro anuncia el paso de las carrozas que conducen a mujeres magníficas. En los pequeños comercios, la horchata de chufas invita a refrescarse. Están pobladas las aceras de muchedumbre en tono de fiesta. En el extenso parque arde iluminación feérica. En los puestos se exhiben dulces que recuerdan las golosinas de todas las ciudades coloniales de América. Ates y turrones espolvoreados con azúcar colorada. Almendras garapiñadas, arrayanes y confites, pirámides de melones y rojas sandías. Gentío endomingado. Y en el cielo, cohetes que estallan y dejan caer guirnaldas de fuego. Encima de todo, el cielo dulce, apacible, negro, estrellado, fosforescente.

El gran tablado al aire libre está ya ocupado con unas veinte parejas de bailadores. El traje de los hombres, al estilo torero, y las mujeres, finas de talle, opulentas de caderas y de senos, negros los ojos y el cabello, untando a la escultura elástica de sus cuerpos, sedas de azul, de rojo, de amarillo. ¡Audacia de color que sólo la gran hermosura resiste! Valentía de los ademanes que sólo un juego perfecto del músculo resuelve en gracia y seducción. La feria ha convocado a los más famosos danzantes. Se inicia el programa con una jota aragonesa. Diez parejas la bailan en traje de carácter. La melodía es viva, insistente, precisa; los saltos son vigorosos y ágiles. La mujeres enseñan la

pantorrilla, ofrecen el busto tierno, pero se retraen y se entregan a la danza por encima de la voluptuosidad. Es el baile de una raza todavía fuerte, después de la Reconquista de la Península y de la colonización del Nuevo Mundo. Baile casto y jubiloso. La danza nacional de veinte pueblos de América debe a la jota su lozanía. El ánimo se predispone como para las grandes empresas. El poder, la gloria, aun por encima de la dicha.

Viene en seguida la danza andaluza, contagiada de la sensualidad morisca. En traje de abalorios, mujeres increíbles por el brillo, la fascinación, tejen seguidillas y malagueñas. Es lento el compás y hecho para dar lucimiento a los muslos y a la cintura. Los brazos se mueven apenas, y sólo para consumar el equilibrio de las piernas que resbalan, dulcemente provocadoras y reticentes, en diabólica sugestión del Cielo y el Infierno, que se juntan en el misterio de la voluptuosidad. Un deseo de maltratar la carne, para librarnos de la tentación de adorarla, enciende el ánimo. Una tristeza infinita de la vida que pasa sin goces profundos, doblega nuestro destino. In mente, absolvemos a todo aquel que cedió a la ocasión, que no a todos llega, de venderlo todo por una sola hora vertiginosa y apasionada. Por un instante pensamos que vale más la dicha que el poder y la gloria. La dicha pecaminosa, maldita, que destruye, pero quema y limpia como el fuego.



Baile típico español.

«El gran tablado al aire libre está ya ocupado con unas veinte parejas de bailadores»

En seguida la canción nos previene contra el riesgo de pagar a cualquier precio la dicha. Sus frutos son de

melancolía. Y en el fondo de toda voluptuosidad no se encuentra otra cosa que desesperación.

¿En dónde está, pues, la fuente que colma la sed de los sentidos, la ambición del alma? ¿Qué es toda esta angustia que nos oprime y esta dicha que nos engaña? ¡Oh, vacío infinito, más grande que el de la noche sin estrellas! Lluvia interior de lágrimas refresca un instante el páramo de la conciencia. En seguida, seca se queda el alma como un vigía en su mástil, levanta inútil una esperanza muerta. Y se cansan los ojos de explorar el océano sin playas ni signos, sin islas. ¡Ay, Mediterráneo, mar de voluptuosidades y de ilusiones místicas! En tus contrastes está el ritmo del florecer y decadencia de las civilizaciones. Entre la sardana, que es danza de Apolo el sabio, y las soledades de cadencia que evocan el mal de Dionisos, está la historia entera del alma. Su destino lo libertó San Pablo, ofreciendo, en vez del fuego de la carne, que destruye, el fuego del alma, que resucita. Tal es el secreto de la danza que se bailó un atardecer en la Porciúncula, frente a los ojos atónitos del Santo de Asís. Camino de su antigua morada, llevaba mi ruta.

Barcelona

«Barcelona es bona si la bolsa sona.» Ciudad comercial vigorosa, para mí fue hospitalaria en extremo, gracias al grupo republicano que me tomó por su cuenta. El establecimiento que más me interesaba visitar, la célebre Escuela Industrial, estaba intervenido por la dictadura. Un coronel que no sabía lo que traía entre manos, sin embargo, nos recibió con cortesía. Aunque no dejó de molestarnos enseñándome el retrato que el Rey acababa de dedicar al Instituto.

—Esto es con lo que Su Majestad ha contribuido —comentamos—: su retrato.

La obra entera, útil e importante, era fruto exclusivo del esfuerzo catalán.

Los famosos orfeones habían suspendido sus conciertos como protesta contra la prohibición de cantar el himno regional. Por excepción se convocó a gran fiesta lírica, que nos dio ocasión de escuchar a varias instituciones musicales juntas. Nunca había sentido impresión sonora más pura y grandiosa. Lo que habíamos iniciado en México estaba allí realizado con muchísima anticipación y en forma perfecta, inigualada en Europa. La prensa catalana, debidamente preparada por viejos amigos como Escofet, miembro de nuestro antiguo Ateneo de México, y por los políticos republicanos, me trató con deferencia calurosa.

Existe en Cataluña simpatía sincera por la América

española. Y los más radicales nacionalistas adoptaban por entonces la posición de que Cataluña era la última provincia irredenta, comparando los anhelos de la autonomía catalana a la emancipación de la Argentina y México. No simpatizaba yo con aquel extremismo. La hora del fraccionamiento pasó ya, y la experiencia de lo ocurrido con nosotros está muy lejos de justificar la prolongación del proceso. Cuando las culturas rivales están organizadas en fuertes imperios coherentes, no es oportuno acentuar la subdivisión. Y en el caso de Cataluña hay un inconveniente añadido: el de la lengua. La resurrección del idioma catalán es parte básica del credo nacionalista.

—¿Y qué van a hacer a América los catalanes que no supieran español? Quedarían ustedes convertidos en una Suiza si sus ideales se consumaran íntegros —expresé varias veces.

Por allí andaba, lo había encontrado en Valencia, mi amigo Hardman, de la Universidad de Texas. Judío de origen y ardientemente autonomista catalán, llevaba años preparando una obra sobre el nacionalismo catalán; se carteaba con todos los líderes del catalanismo y andaba en su segundo viaje de información y de propaganda... ¿Por qué aquel empeño de consumar la desintegración de España?



Calle de la Bonia, Barcelona

¿Y acaso no era sospechoso un movimiento que hallaba secuaces entre los abanderados de la Reforma y la emancipación, en territorios sustraídos a la influencia anglosajona? ¿Por qué no emplear ese entusiasmo separatista en las Filipinas o en Puerto Rico, racial y culturalmente extraños a Estados Unidos? El caso de Hardman era el mismo de los agentes ingleses que recorrieron el continente americano en los días anteriores a la guerra de Independencia, predicando libertades, pero de paso sirviendo al poderío inglés y a la futura doctrina

Monroe.

Entre otras instituciones de enseñanza visité el laboratorio filológico en que se estaba creando el catalán; es decir: donde se componía el diccionario. Ya en Madrid me habían advertido:

—Cuando tropiezan con un vocablo que no existe en catalán, preguntan: ¿Cómo se dice en francés? Y así lo estampan en su diccionario, en vez de la palabra española equivalente… «Para que se parezca menos el catalán al español» —sentencian.

En cambio, para mí lo patriótico hubiera sido borrar la diferencia de idioma. Y de todas las medidas drásticas de Primo de Rivera, la que tenía mi secreto aplauso era la exigencia de la enseñanza del castellano en todas las escuelas.

Sin embargo, no era difícil comprender la irritación que en todos los ánimos prevalecía contra España, o según, precisando históricamente, decían los catalanes, contra Castilla. De la monarquía no habían recibido durante muchos años sino atropellos. En fecha reciente, un grupo de capitalistas había obsequiado al Rey un palacio en Cataluña, y el desacertado gobernante había tenido la impudicia de pedir que el inmueble se titulase como propiedad personal de Alfonso de Borbón y no del Rey de España. Si obraba de ese modo porque presentía la abdicación, tanto peor. En resumen: veía yo palpable el efecto pernicioso del despotismo. Las afinidades de la cultura, los lazos mismos de la sangre, los rompen los abusos de un poder centralizado y absorbente. La única manera sólida de hacer imperios es la del inglés contemporáneo, que se va adelantando a las exigencias de las colonias. Es claro que para esto hace falta que gobiernen estadistas. Y esto es imposible en una

monarquía absoluta. Los males de España no proceden de su desintegración, por rebeldía de las colonias; la desintegración es un efecto de sus males crónicos, el militarismo como sistema de gobierno y la monarquía hereditaria según las alianzas de dinastías extranjeras. El mal de España comenzó cuando Felipe II centralizó el gobierno después de la matanza de los señores y la destrucción de los comuneros. Con los Comuneros pereció la mejor casta de la península. En seguida, la decadencia comenzó en América bajo Carlos III, que remplazó la autoridad de las Audiencias con las facultades omnímodas de los intendentes y el capitán general.

Los capitanes generales que no supieron derrotar al inglés, consolidar la obra de los conquistadores, se dedicaron, en cambio, a tiranizar, provocando por eso mismo, con el descontento, el germen de la rebelión y la emancipación. El proceso no se limitó al Nuevo Mundo. En la misma Península llegó a hacer estragos, según se miraba patente en Cataluña. El último capitán general de ultramar, Weyler, después de exasperar a Cuba con la táctica inhumana de la reconcentración, que trajo la guerra con Estados Unidos, había sido premiado con la capitanía en Cataluña, en vez de ser sometido a proceso. Era natural que Cataluña se sintiese provincia sometida y nación que aspira a la independencia. El concepto mismo de patria lo destruye y corrompe el tirano. Y todo el despotismo lo sintetizaban los catalanes en una sola palabra de antipatía y menosprecio: «Castilla; Castilla es dura —decían—; Castilla es bárbara…».

Y a mí me dolía la justicia de la acusación; me dolía en toda mi sangre castellano-mexicana y en toda nuestra experiencia de tiranías que han facilitado la obra de nuestros nuevos dominadores. Sería de averiguarse si la decadencia procede de la tiranía o si es la tiranía el fruto de la

decadencia. Probablemente se trata de un círculo vicioso, cuyos efectos inevitables son el descrédito, el empobrecimiento, la pérdida de la autonomía de la nación.

Descontadas las preocupaciones de la política, el viaje a Barcelona me dejó la impresión imborrable de la noche del concierto de los Orfeones. Teatro lleno con lo mejor del mundo intelectual de Cataluña; orquestas de flautas, laúdes y coros de hermosas mujeres con voces de ángeles; entusiasmo patriótico, dulzura de emociones sublimes, panracismo y gloria de una estirpe que tiene todavía futuro, a pesar de su gran pasado.

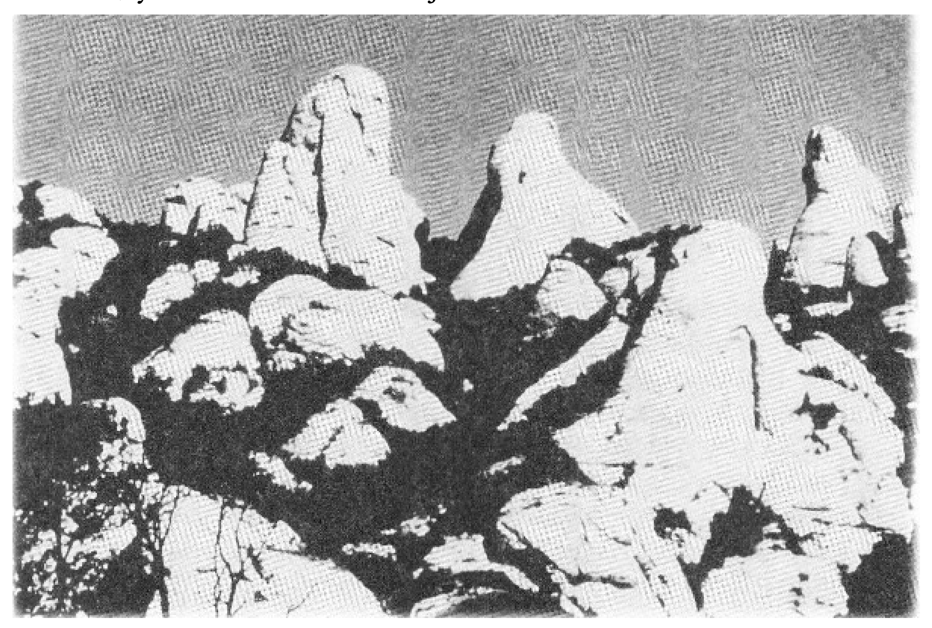
—Los compases de la sardana —me había dicho Eugenio d'Ors— están tomados de la vieja leyenda mediterránea sobre la música de las estrellas que descubrió Pitágoras. Es una música sabiamente matemática.

Y me tocó verla bailar después de la función, al aire libre, en la explanada, frente al teatro y a media calle, aumentado el ruedo armonioso con los que salían, con los que pasaban, enlazados todos en parejas. Danza sin sensualidad. Estremecida con los presagios de la noche estrellada sobre los corazones.

Montserrat

Lleno todavía el oído con la música de los orfeones que hablan del monaguillo de Montserrat, hice la excursión al célebre monasterio. El lugar es magnífico, agreste. Basaltos enormes alternan con boscajes de un verde seco, reconcentrado. Se asciende por un funicular. En la cerrada meseta está el convento con su iglesia. La bajada resulta atractiva por el trazo, montaña abajo, marcado con las estaciones del Vía Crucis. Están intactos los monumentos. Y recreándome en cada uno de ellos pensé en la infamia de nuestras leyes de Reforma, que al prohibir el culto externo han dejado perecer obras de arte como aquel Vía Crucis que iba de la capital al santuario de Guadalupe. Al contrario de nosotros, Europa, que tanto tiene, nada destruye; con el mismo amor cuida el acueducto romano que la mezquita. En aquel lugar recordé la barbarie nuestra que derribó a gran costo la arquería del antiguo acueducto de Chapultepec, sólo por gusto y para remplazarlo con una tubería miserable; pero, eso sí, dando pretexto para que los imbéciles que así gastaban el esfuerzo en derribar una obra de arte, todavía útil, hablaran del progreso… y de la ineptitud de la Colonia… Con un mundo de pensamientos en la cabeza, con dos mundos, más bien dicho, el nuevo de mi América y el nuevo para mis impresiones que allí veía, bajé por aquellos cortes en la montaña escarpada, ornamentados, consagrados por las generaciones que, una a una, han ido agregando algo a la belleza, la solemnidad del panorama.

Y lentamente el hambre comenzó a acosarme. Rara vez he sentido el hambre; habituado a la vida de ciudad, en que se come siempre con exceso, nunca me ha preocupado dónde comer ni a qué hora; siempre sobra dónde hacerlo y casi siempre bien. Cuando viajo cuido del sueño, no de la comida, que siempre abunda y aun sobra en los sitios poblados. En aquella ocasión, sin embargo, resultó que, de no regresar en largo ascenso por las cercanías del convento, no había fonda a la vista. Y del llano donde esperan los autocamiones me separaba todavía una caminata prolongada. A trechos, en la ruta del Vía Crucis, hay plazoletas en el bosque y quioscos donde venden refrescos. Me acerqué a uno de esos quioscos para ver si conseguía un bocado, y el vendedor me dijo:



Monasterio de Montserrat

—No tengo comida; no tengo más que limonadas, cervezas...

Al mismo tiempo que esto decía, dejaba sobre un banco rústico, al lado de un fuego encendido, un par de cazuelas en

que se guisaba pescado.

—¿Y eso? —le pregunté.

—Ésa, señor, es mi comida... No sé si usted gusta.

—¿Y por qué no? ¿Quiere venderme un plato?

Me senté y comenzó mi plática; se consumó el servicio. Era una especie de *bouillabaisse*, un guiso de pescado con papas, tan delicioso que pregunté:

—¿Cómo hace para que sepa tan bien una comida tan sencilla...?

Y no me contestó con la vaguedad del cuento aquel de la salsa del rey, que porque iba tan cansado y hambriento, la cocina del plebeyo le supo mejor que la propia. En esta ocasión el plebeyo respondió al viajero:

—Es que todo está cocinado con aceite de las olivas de mi propio pequeño huerto...

—¿Y este vino incomparable...?

—Es un vino que hago para mi uso con las uvas de mi propia, pequeña, viña...

Sí, señores; esto es un pobre en España, un plebeyo medio, más bien dicho, porque, por desgracia, en las ciudades y en zonas como Andalucía, sí hay pobreza cruel, desgarradora; pobreza de campesinos que se echan a dormir para ahorrarse el almuerzo, y se conforman con pan y cebolla cuando almuerzan...

Efectos de la sobrepoblación y también del latifundio; pero es pobreza que el viajero que va de prisa conoce apenas, porque se oculta tras el brillo de las metrópolis, el decoro de las carreteras, con posadas y paradores flamantes. Pero, en general, la suerte del hombre medio en Europa es mejor que la del hombre medio de América. El dinero da más en Europa; el bienestar general es mayor y los goces

son allá incomparablemente más elevados. Vivimos nosotros en un medio amenguado, en tierra infecunda aun para los granos del alma.

Mallorca

Para documentarme acerca de Mallorca había leído, por encima, el libro de Azorín. Una cuarteta de Darío que el mismo Azorín toma de epígrafe dice más que todo su libro. No la recuerdo; pero deja impresión de un sitio en que hacen música los elementos. Ilumina el sol un mar azul, las peñas, decoradas con el verde oscuro de los pinos mediterráneos, impresionan como un caso de armonía, en medio del desorden y conflicto usuales en el planeta. Mejor aún que el libro de Azorín, el de la diablesa Jorge Sand nos hace penetrar en las características y los hábitos del mallorquín. A su vez, Chopin nos dejó reveladas en sus *Preludios* las profundidades sentimentales de aquel panorama. *Los Preludios* son extrañas, terribles creaciones, asombro de los tiempos. El haber adivinado que estaba en presencia de un genio creador de primera magnitud dice más en favor del talento de Jorge Sand que toda su obra literaria. No es ésta, sin embargo, nada desdeñable; al contrario, vale por la sinceridad despiadada que justifica la sentencia de Kipling: *The female is the deadliest of the species.* La hembra es el elemento homicida de la especie.

Pensando en la música del mar y las peñas, y en el conflicto doloroso de la pasión de un gran ingenio por una experimentada coqueta, entrecerrados los ojos, descansaba en mi litera. En el muelle me habían despedido los amigos generosos de Barcelona. Muchos viajeros se habían quedado

sobre cubierta para gozar la clara noche mediterránea. Yo, que tengo la desgracia de perder por completo el alma si no he dormido mis ocho horas de inconsciencia absoluta, desistí de la desvelada, envidiando a los que pueden darse esos lujos sin perder al día siguiente el buen humor y la conciencia. Hasta mi camarote llegaban palabras de la conversación, siempre en voz alta y siempre nocturna, de mis vecinos de viaje. No sabían que yo estaba al lado ni yo tuve noticias de ellos; pero se hablaba por esos días en Barcelona de mi visita y se comentaban las peripecias de mi paso por toda España. No creo, que haya sido alucinación, sino comentario natural, lo que escuché entrecortado y en mi semisueño.

—¡Qué tonto Vasconcelos…! Se hubiera dejado querer, se hubiera abstenido de andar haciendo declaraciones y tomando partido, y qué gran recibimiento le esperaba por toda España… Un mexicano que ama a España…, eso no cabe dudarlo…

Y según me entraba el sueño, el eco de la conversación se fue perdiendo y mi fantasía tomó por su cuenta los cabos sueltos del comentario transcrito. ¿Tenían acaso razón mis críticos? ¿Por qué había rehusado las satisfacciones de una recepción unánime y tranquila, con ventajas oficiales y oportunidad de ver más que el viajero ordinario? ¿Tenía algún objeto que yo hubiese andado externando opiniones, confabulándome, estérilmente quizá, con los disidentes? ¿Qué extraño destino fracasado era el mío, que siempre me llevaba a posiciones de perseguido y de víctima y condenado a la mediocridad en lo material? En segunda y en tercera había viajado, parando en hoteles baratos a fin de economizar en los gastos y para poder cumplir todo mi proyecto de itinerario, por lo menos, hasta Constantinopla. Bien podía haber hecho este viaje en comisión diplomática, como tantos otros, y con sólo que me hubiera prestado a

separarme del gobierno de México sin rompimiento ostensible. ¿Tenía algún sentido mi radicalismo, que me parecía casi heroico, pero que el público en general calificaba de soberbia y de rencor? ¿Había algún odio, en verdad, en el fondo de aquellos desplantes que han sido mi carga? ¡Es tan difícil hallar el límite que separa el amor del odio en los casos en que una actitud se vuelve pasión! Pero ¿a quién había de odiar y por qué? Personalmente, el Rey de España ningún daño me había causado; al contrario, me hubiera recibido, me hubiera condecorado; sin embargo, yo lo atacaba. ¿Recibiría de verdad el pueblo algún beneficio con esos ataques? ¿Salía alguien ganando en México con mi sacrificio? ¿Lo reconocerían siquiera como tal o convendrían todos en lo que ya se proclamaba en público: que era yo un despechado y un ingrato? ¿Despechado porque no acepté una Legación de manos de un presidente criminal? ¿Ingrato porque no quise acompañar a Obregón a la ignominia de los Tratados de Bucareli y el asesinato de Field Jurado? Nadie se habría puesto a atacarme si sigo pegado al gobierno; al contrario, todas las puertas se me habrían abierto en Europa, y en lugar de viajero de segunda categoría, los hoteles lujosos, las residencias y las academias, las universidades me habrían rendido pleitesía. Y en los cabarets de lujo, las mujeres más bien plantadas me habrían hecho señales amables. Y como en lo personal nadie podía achacarme crimen ni robo, todavía podría ufanarme de puritanismo político que se aparta a un retiro decoroso para no participar directamente en la infamia. Esto es lo que el mundo quiere: que si se protesta, se haga sin escándalo; que si no se roba, se deje robar; que si no se mata, se esté uno quieto y en paz con los matones. Esta suerte de discreción es lo que mejor premia la contemporaneidad. Pero el alma exige, para estar en paz, que el equilibrio lo establezcamos en relación con los

valores eternos, no con el convencionalismo y las circunstancias de la hora. El éxito mantenido a costa de silencio decoroso y de disimulo de la iniquidad se llama, en el lenguaje de la verdad, fariseísmo. Y le apestan al fariseo los buenos manjares y el lujo se le hace lepra. En cambio, era limpio y sabroso el pan que compraban mis centavos bien habidos, y llevaba despejada el alma para entrar al tesoro de los bellos paisajes y el mejor arte del mundo. Libre de compromisos y, si se quiere, desprestigiado como hombre de mundo, recorría los museos y me extasiaba en los campos, me metía a orar en las iglesias. ¡Bien pecador, pero no sepulcro blanqueado! Y cargado con mil culpas, pero no de cómplice del crimen público, que es el sostén de los malos gobiernos. Y ya que no podía ensayar la santidad que se abstiene del pecado, por lo menos procuraba mantener la pelea a distancia mientras podía reanudarla en el terreno del deber patriótico. Un continuado esfuerzo de heroísmo cívico aliviaría sin duda el peso de las otras faltas. El destino me había impuesto desde la juventud la tarea de bregar por la dignidad pública en un pueblo servil, de luchar por la libertad en país de dictaduras, y no traicionaría esta porción secundaria de mi actividad, secundaria en relación con el fin de la vida, que es para todos el descubrimiento del alma propia, su cultivo, su purificación y su salvación. Por otra parte, el género de libros que estaba preparando, dedicados a las cuestiones de la moral, la estética y la verdad, exigían el respaldo de una conducta cívica, no sólo intachable, también sacrificada, cada vez que fuese honroso un sacrificio. Sí; tenía razón mi ángel tutelar, que me enseñaba la áspera ruta por donde es preciso salvar pasos cada vez más escarpados, cada vez con menos amigos, con menos alianzas, discutido y negado de todos, pero fiel a la misión propia; en armonía con los valores del bien, la verdad, la belleza absoluta, no la

belleza que se compra en los cabarets...



Vista del Castillo Bellver, en Palma de Mallorca, España.

Seguiría bajando y, para ser más fuerte, reduciría mis gastos; no bastaba con dejar a un lado el hotel principal de cada ciudad; era menester probar posadas modestas, convivir con el pueblo, ya que tanto nos ufanábamos en México de laboristas y de populistas. Desde hacía muchos años había soñado con recorrer a Italia con poco bagaje, hospedado en mesones, alimentado con frutas y pastas; el vino bueno y barato hace llevadera toda pobreza en Europa. Y mientras menos distrajese el placer de los sentidos, más tiempo habría para que el alma se enderezase a inteligir y aprender, a gozar la revelación de cosas e ideas. El ayuno mismo era condición de un buen peregrinar con el espíritu. Lo practicaría por interés de esteta, ya que en otras ocasiones lo había aprovechado como medida de higiene corpórea...

Una cama cualquiera, sin chinches, y un pedazo de pan y un jarro de vino, tal sería mi programa. Y lo empecé a poner

en práctica apenas estuve desembarcado en Palma. No avisé a nadie de mi llegada, y sólo al tercer día me presenté en la casa de Gabriel Alomar. Me recibió Alomar cordialísimo. Se puso a hablarme mal de Isabel la Católica por la expulsión de los judíos, y yo, que andaba entonces poco menos que judaizante, le hice coro a su indignación retrasada. No sospechaba que a los pocos años, con la república, estos hombres ciegos de su alma o instrumentos irresponsables de la Banda Internacional, pondrían a España en manos de judíos bolcheviques para que tomaran venganza de los errores, que acaso no lo fueron tanto, de la organización, tras la reconquista. Y, contradictorio como todos los temperamentos latinos de esta época nuestra, Alomar, anticatólico, era fervoroso admirador de Raimundo Lulio, el filósofo mallorquín que nunca ha sido para mí un caso de filósofo, sino apenas de poeta y de visionario, pero sin sistema y sin positiva originalidad. Sentíase Alomar una suerte de segundo Lulio, y soñaba imitarlo viajando, pero ya no por las universidades de Europa, sino por las calles y las plazas de la América Latina. Con elocuencia erudita me habló de los patios platerescos de Mallorca, me llevó a ver unos cuantos; me hizo notar las bellezas de la catedral gótica con su roseta maravillosa, sus muros desnudos, su aire de milagro inmóvil, imperecedero. Me habló de la decoración que allí dejó Roberto Montenegro, nuestro compatriota, en el salón principal del Ayuntamiento. Los guías la enseñan como la obra del «mexicano». Entre todos los escritores españoles que en aquella ocasión conocí, ninguno tenía el entusiasmo ardiente de Alomar, la exigencia de un cambio inmediato en el régimen de España. Era bajo de cuerpo, bien proporcionado, blanco y de negra melena y mostacho, y nervioso con ojos de fuego. Me hubiera gustado poder invitarlo a que viajara por México.

El cónsul honorario de México, un caballero levantino, me obsequió una merienda en su residencia, sobre una terraza que domina la bahía, por el extremo opuesto de la catedral. Gozamos el panorama magnífico, y recordamos a Treves, que dos meses antes se volcara en su automóvil en una carretera de Mallorca, muriendo minutos después en brazos de su esposa, la Anitúa. Nuestra cantante, repuesta de sus propias fracturas, había vuelto a las tablas; se hallaba contratada en el Scala.

En los autobuses de línea se hacen excursiones inolvidables por Soller y el castillo que poseyó el difunto Francisco José de Austria, setentón enamorado que tomó por esposa de sus vacaciones mallorquinas a una belleza local de dieciocho años. Pero la dotó dignamente, observaban los guías.

En uno de los paraderos de comida trabé amistad con dos muchachos pintores de la Argentina, que me llevaron a visitar un pueblo que tenía dos mil años. Me presentaron allí con un pintor de Norteamérica que preparaba el regreso con no sé cuántos cuadros a cuestas. Vivía el pintor frente a una plazoleta con una fuente. Acudieron al atardecer las mujeres del pueblo a llenar sus cántaros. Jugaban los chicos lanzando exclamaciones en mallorquín; doraba el ocaso las piedras antiguas de manzanas de tres pisos, balcones y portadas suntuosas. Sólida y armoniosa la construcción, y todo envuelto en esa poesía de lo que ha durado tanto y todavía está vivo, puesto que congrega a artistas de todo el mundo para inspirarles ambición, no para adormecerlos en fútiles reminiscencias de lo pasado. Antigüedad no siempre quiere decir caducidad. Hay antigüedades más fecundas que la más flamante modernidad. Y así es, incitante del pensamiento, aquel ambiente de Mallorca. Los muchachos argentinos, a diferencia de los rastacueros de su país, afrancesados en

Europa y localistas estrechos en su patria, se hallaban a gusto en Mallorca y soñaban con la América de las nuevas generaciones, América una desde el río Grande hasta el Plata.

Y, por supuesto, visité las ruinas románticas de Valldemosa. Se señala al viajero la celda de Chopin, la de la Sand y también la de Rubén Darío, que quiso imitar en su encierro al músico, pero sin enaguas perversas que le amargaran la meditación. ¿Por no tener a un lado la serpiente, no logró darnos un «Preludio» poético equivalente a los de Chopin, el músico?

Marsella

Por pura influencia del *Baedeker*, más bien dicho, de las *Guides Bleus*, de Francia, me detuve a visitar a Carcasona, la ciudad medieval convertida en museo sobre la altiva colina, mientras abajo la ciudad nueva desarrolla sus factorías y cultiva campos. Lección para nosotros ésta de la ciudad doble, la antigua, en su sitio, conservada con amor, y la nueva, creciendo próspera y vigorosa. Con revolucionarios como los nuestros no habría quedado allí muro en pie ni torre sin derribar. El esfuerzo que no saben gastar en construir lo gastan nuestros generales presidentes y generales gobernadores en echar abajo paredes; así desmantelaron a Campeche; así se ha destruido tanta reliquia de historia y de arte. Y no es que en Francia no haya habido revoluciones. Allí están los letreros de Igualdad, Libertad, Fraternidad, sobre el escudo de la Alcaldía; pero eso no quita que los castillos, las murallas, los miradores, sigan erguidos. Sólo el imbécil se ensaña contra las cosas. El hombre creador respeta todo lo que representa humano esfuerzo y procura conservarlo. Una ciudad cercada de murallas es tesoro que produce rentas de turismo, aparte de cosa de arte. El pretexto que entre nosotros se esgrime, de ensanchar avenidas para las exigencias del progreso, es vanagloria estúpida; el progreso no derriba, construye ciudad nueva si hace falta y es verdadero progreso.

Vale la pena Carcasona para el que dispone de tiempo y

ha conocido ya muchos sitios, no para un viaje corto o primerizo. Más seductora es la visita a Arles, donde se ven restos del románico más puro de Francia. En suma: entre Arles, Carcasona y el teatro romano de Nimes, se me fueron diez días de no hablar con nadie. Así es que llegué ávido de conversación a Marsella, donde ya me esperaba mi amigo César Arroyo, cónsul del Ecuador en México en los días en que comencé a publicar *La Antorcha* y ahora comisionado en el primer puerto francés del Mediterráneo.

Ni de paso se me hubiera ocurrido quedarme en Marsella sin el azar de encontrarme allí César Arroyo. Pero ¿qué se hace con un amigo que os recibe enseñándoos vuestro retrato colocado en la oficina del consulado, porque una gloria de México lo es también del Ecuador? ¿Un amigo a quien podéis contar todas vuestras preocupaciones porque os escucha con la bondad que anticipa el perdón de las faltas? Por toda Marsella caminábamos, entrando a reposar en un café, frente a la copa de armañac, mientras disertaba mi amigo sobre el gótico, acerca del cual preparaba estudios muy interesantes y originales. Mucho aprendí de César, que se había pasado en España no sé cuántos años ocupados sus ocios de cónsul de país pequeño en observaciones concienzudas de arte. El físico humilde y aindiado de Arroyo escondía un alma grande y una intención pura. La lealtad para el amigo era en él cosa de religión. Uno de esos raros hombres que por exceso de bondad, no por insignificancia, se apagan para que el otro brille, se asocian a las penalidades, los triunfos del amigo.



La vendimia, por Constant Troyon

Ni el islote donde están las ruinas de la prisión que encerró al conde Montecristo, popularizado por Dumas, escapó a nuestra visita.

Cada mañana, sin embargo, reñía con Cesarito.

—¿Cómo soporta usted este hotel —le decía— y por qué me trajo a vivir en él?

El primer día que allí pasé me despertó un tumulto callejero que me hizo pensar que había estallado una revolución. Situado en esquina de tráfico, el edificio retumbaba, se estremecía; pero no vi en la calle cosa alguna anormal. Aunque pareciese increíble, aquel inútil resonar de claxons, aquellos gritos y voces eran la ocurrencia cotidiana de la avenida. Ni en el noveno piso, adonde me cambiaron, se lograba un instante de calma.

—Yo ya me acostumbré —afirmaba plácidamente César.

Y para consolarme, después de un aperitivo de amer picón, especialidad marsellesa, me llevaba a los restaurantes

del puerto, a orillas de la vía pública. Se come en ellos por todo lo que no se duerme en la ciudad. Con todo, la prodigiosa *bouillabaisse* fina la probamos cuando llegó Manuel Ugarte. Cesarito se había empeñado en lograr nuestra reconciliación. La verdad es que apenas nos vimos nos dimos un buen abrazo. Pocos hombres conozco tan buenos, tan simpáticos, a la vez que inteligentes y bien educados. Y sibarita dentro de la sencillez, nos reveló el templo de la gula marsellesa. El restaurante Pascal, famoso en toda Francia por su cocina y por el nombre del filósofo que respondió a quien se asombraba de que fuese gourmet un sabio:

—¿Te figuras tú que la buena comida se hizo para los tontos?

Una semana más tarde nos hallábamos en Niza, Cesarito y yo, para pagarle a Manuel Ugarte su visita. Supe años más tarde que Ugarte, después de hablar conmigo, le había escrito a uno de sus amigos: «Ya está aquí otro expulsado de América porque le quiso hacer el bien.» Tal era el caso de Ugarte. Vivía de sus libros después de gastarse su fortuna personal en el viaje quijotesco de su hispanoamericanismo. Nadie lo había apoyado, porque entre nosotros los que tienen dinero están coludidos con el monroísmo o suelen ser demasiado pequeños, incapaces de fomentar empresas nobles. Numerosos diarios de América rehusaban la colaboración de Ugarte, porque su firma no era grata a los anunciantes poderosos, a los *trusts* de publicidad y a los banqueros de Wall Street.

—Figúrese usted —decía Ugarte—; el sitio en que hallé más liberal acogida para mis prédicas fue la Universidad de Columbia, en Nueva York.

—Y el libro de usted *El porvenir de un continente* —hube de

ratificarle— se encuentra en todas las bibliotecas de Estados Unidos. En las naciones de habla española, en cambio, hay que rastrearlo en las librerías de ocasión. Y los intelectuales de nota de Hispanoamérica podrán no conocer sus libros, pero todos se hallan atentos a la prédica de Roosevelt, de Wilson, de Brisbaine.

¡Ay de los pueblos que dan la espalda a sus profetas!

Vivía Ugarte en compañía de Teresa, su encantadora e inteligente señora francesa que se sabía de memoria la América. Se iniciaba Ugarte en la novela y me contó, con sencillez de niño grande, sus ganancias, sus éxitos, sus esperanzas. Le hablaba yo a mi vez de mis planes para el futuro; una revolución no tardaría en estallar en México en contra del callismo. Después de ella, un gobierno ilustrado haría de México el centro, el órgano de la unidad latina del continente. Y lo llevaremos a usted de Gran Consejero, de Abanderado. Por las noches, cogidos del brazo, acudíamos a leer en las proyecciones de anuncio luminoso de la plaza de Niza las últimas noticias americanas. Había estallado en esos días una rebelión indígena en Bolivia. Y Tristán Maroff, cónsul boliviano en Italia, le había prometido a Ugarte que al triunfo de esa rebelión, a la cual se daría carácter comunista continental, se establecería en Bolivia, en el centro mismo del continente, un gobierno panhispanoamericano del cual Ugarte sería el Ministro de Relaciones Exteriores.

—Figúrese —añadía Ugarte—: ¡quién mejor que usted para Ministro de Educación de todo el continente!

Soñábamos de esta suerte en voz alta, y me figuro que al entrar cada uno a su alcoba, para el descanso nocturno, pensábamos uno del otro lo que Juan Gabriel Borkman y el poeta fracasado que lo visitaba decían de sí mismos: «Pobre: no se da cuenta de que está perdido ya, sin remedio…»

En la terraza del Casino pasamos la última noche de mi estancia en Niza. Tocaba la banda del establecimiento; tipos de toda catadura desfilaban rumbo al salón de los juegos. Nunca me entró la tentación de asomarme siquiera a ver la mesa verde famosa. Que se pegue un tiro el que pierde no es tragedia que despierte interés. Jugar apuestas con el destino es la emoción verdadera del jugador en grande, ante la cual nada valen los sobresaltos de la ruleta. Me despedía yo para Italia.

—Verá usted muchos hombres altos que gritan y gesticulan —me dijo Ugarte—, pero no se alarme; no es que estén riñendo; simplemente conversan.

Por el ferrocarril entré un atardecer a Génova. En la estación, hacia el fondo del gran cobertizo de los andenes, teñido de rosa apareció como en teatro el panorama de los edificios, las terrazas, los jardines de la ciudad. Una Italia decorativa como la que por América nos han enseñado los escenógrafos de la ópera.

Florencia

¿Para qué hablar de Génova, si no soy coleccionista de impresiones pictóricas y sólo eso hay de valor en las colecciones privadas y museos que señala la *Guide Bleu*? Lo demás es áspero, comercial, antipático. No le escatimo a Génova el honor de haber producido a Cristóbal Colón. Así hallé su temperamento, agrio y codicioso, como el del Descubridor. Pomposo y hueco es el desplante de los mármoles del célebre panteón de los burgueses adinerados de la localidad. De Génova salté a Pisa, que es como la antesala deliciosa de la auténtica maravilla que es la Toscana, con Florencia, su capital. La primera impresión del que llega a Italia por la puerta de Pisa es la de la propia ignorancia. Se puede proceder de Nueva York o de Buenos Aires, de México o de París, y así sea inglés o francés, alemán o español, el que entra en Italia se sentirá disminuido, rápidamente convertido a la convicción de que se es bárbaro, de que se es meteco, en aquella tierra madre de todo lo que es cultura en Europa y sus anexos. Y el anexo mejor de Europa, en materia de fina cultura, lo es todavía México. Y una de las primeras sorpresas del mexicano es una afinidad en el panorama físico, un parentesco remoto, pero indudable, de todas las cosas de México y toda la grandeza de Italia. En París, en Londres y no se diga en Nueva York, uno encuentra muchas cosas que podría corregir, que podría mejorar. Frente al Arco de la Estrella, de la Ciudad Luz, se siente el deseo de tomar una tijeras para cortarle los repollos

que adornan la cornisa. El vano demasiado alargado tiene algo del túnel; los bajorrelieves son grotescos, etc. Y se piensa: «He aquí una imitación *manqué* de la grandeza romana.» En Italia, particularmente en Florencia, uno se siente devuelto al sentido de la reverencia que no hace juicios. El mero instinto reconoce que estamos en la patria de todo lo que es o fue grande y perfecto. El genio es italiano, por lo menos desde que comenzó a civilizarse la Toscania, por los días de San Francisco y el Dante. Mi temperamento, que desde un principio se pronunció contra el gótico, pese al asombro del mexicano que por primera vez contempla Nôtre Dame o Amiens, se entregó sin reservas al románico de Pisa, un tanto indeciso y reducido de proporciones, y clamó de alegría frente a las bóvedas aplanadas de la arquitectura toscana, los anchos espacios cubiertos y los mosaicos y los murales de la gran pintura, la perfección armoniosa de Santa María dei Fiore. Florencia toda es regocijo callado y revelación de plenitud. El gótico también afea con sus angulosidades muchos edificios y no pocos interiores y marcos del arte toscano; pero su carácter se pierde, su aportación se reduce al mínimo, absorbida, reformada en aquella melodía nueva que es la bóveda de Brunelleschi, la gracia escultórica de Donatello, el dibujo melódico y preciso de los Lippi, Simone Martini y Botticelli. Ni la inocencia lujosa de Luca de la Robia y el realismo del Giotto escapan a la intención mística profunda.



Florencia, capital de la Toscana

¡Florencia! Habría que ir despacio; no pretendo describirla; escribo memorias y no impresiones de viaje. Y examino mi alma en la emoción que le dejaron las cosas, las gentes, los panoramas. La influencia del ambiente culto se

parece a la tierra fina que al rosal silvestre le acrecienta la savia, le afirma el color.

No se es el mismo de antes después del viaje de Italia. Y muy particularmente en Florencia, el mexicano halla una similitud de atmósfera seca y clara que le recuerda su altiplano, también propicio al dibujo. En la Toscana el pintor es dibujante y es escultor. La precisión de los contornos, el perfil definido de todas las cosas, contagia el pensamiento de claridad; pero no de claridad lógica a la manera francesa, que no es claridad, sino esquematismo. Tampoco es la de Florencia una objetividad cruda, como la de la pintura española. El pintor florentino posee el don singular de una síntesis en que el objeto adquiere su máximo esplendor, pero subordinado al sentido del espíritu. No se puede decir que sea aquel arte un realismo, a pesar de que observa fidelidad; pero no hay en él división, rebelión de la cosa. La cosa entra al panorama en su categoría de base de sustentación y decorado de una realidad más sublime que la que ven los ojos: la realidad del espíritu que transfigura la visión y la levanta, con arte de música plástica, a ocupar su sitio entre las categorías del alma que inspiran y dominan el conjunto. Mirar en Florencia es producir una transfiguración de la realidad. La realidad no se disimula en el arte florentino, que es rigurosamente naturalista y no prescinde ni del horror de los sueños y la crudeza de la tragedia, pero todo lo envuelve en poder mágico, en certidumbre de que la pesadilla humana se resuelve a la postre en procesos de superación que escapan al juicio ordinario y desenvuelven las formas del arte: la melodía, la armonía, igual que la liturgia viva que impulsa a las almas, en su sentir religioso.

Lentamente, y llevado de la mano por un crítico extranjero, el buen devoto que es Ruskin, vamos penetrando en los secretos del Ghiberti en sus puertas del Baptisterio y

en la fascinación del Giotto que decoró los interiores, incomparables. A poco meditar nos convencemos de que hay muchas cosas que nosotros percibimos y que el sabio inglés no sospechó. La sangre mezclada, que es la regla de nuestra América, nos ha hecho un poco parientes de todo el mundo. Mis apellidos oaxaqueños, Conde, Candiani, de origen italiano, explican por el fondo la naturalidad, la facilidad de aquella comprensión y ensimismamiento que de pronto nos produce una imagen de estilo primitivo, una encrucijada exótica y antigua y que, sin embargo, nos da cierta impresión, como de que el alma vuelve a lo suyo. Nunca nos viene sensación parecida en ningún sitio de París o de Londres. Y es obvio que en España todos sentimos la llamada de los siglos, la muda bienvenida de las cosas que miraron nuestros antepasados. Y es curioso que Italia también nos da esta sensación de madre patria del alma que ningún otro territorio repite. Cuestión, quizá, de temperamento; pero es un hecho que así como el gótico de Francia me causa efecto de extrañeza inasimilable, y el pensamiento de Voltaire o de Rousseau me deja apenas el recuerdo de ocurrencias extravagantes o atinadas, en cambio se me saltaron las lágrimas con una simple inscripción que en una esquina de Florencia dice más o menos: «En este sitio estuvo la Sala en que sonó la voz del Dante como diputado del pueblo.» Hallarse en la estela material del Dante es algo que conmueve hasta la última fibra de la sensibilidad. Y así por el estilo, en Londres, en París, nunca nos abandona el sentido crítico, en tanto que en Florencia andamos como el creyente por el recinto de un templo, lista el ánima para entonar el himno de la reverencia y la alabanza.

Hay en el aire de Florencia no sé qué electricidad del espíritu que nos enciende la conciencia, nos vuelve agudo el pensamiento. Se está más despierto allá que en otros lugares.

Y con una suerte de inteligencia muy distinta de ese esfuerzo a lo Paul Valery, el francés, esfuerzo de ser inteligente que nos hace sospechar que no se está muy seguro de la propia inteligencia. Y como que generalmente se refiere a la actividad pura, actividad lógica y reflexiva, actividad analítica de la mente. En Florencia es otra la manera de la inteligencia. En el pensar florentino, la síntesis domina al análisis. No se piensa por grados, sino por saltos, y con la gallardía del bailarín que conoce sus pasos pero no se pone a contarlos. La naturaleza sin duda ayuda, porque no hay en el paisaje florentino esa gradación de tonos, esa serie brumosa de planos intermedios que a la pintura de los del Norte la llevó fatalmente al confusionismo de los impresionistas. Quien vive dentro de la bruma y no se resigna, produce esa disciplina francesa dedicada a separar lo mezclado y a poner orden en lo caótico. Quien se resigna a la bruma produce el pensamiento inglés, hecho de masas bien definidas que el ánimo registra y cataloga como quien se amolda al caos. Y se conforma con una filosofía que ni se plantea siquiera el problema epistemológico. En Florencia, la sola contemplación del panorama da ya como resueltos, en síntesis gloriosa, todos los problemas. Al pintor le basta con ser un dibujante preciso; el músico no tiene sino enlazar los temas en el mismo contrapunto que adoptan afuera el color y las formas. Y el filósofo habla como poeta, por la boca del Dante que mira, y al traducir su visión crea la más profunda y la más completa visión del destino en sus diversos avatares.

El reconocimiento indiscutible de la superioridad italiana que de esta suerte consumaba, parecía, a primera vista, contradictorio de una antigua repulsión que por todo lo latino he experimentado. Tan pronto como llegué a Roma revivió en mí el prejuicio contra el Imperio y aun la

República, con la mediocre literatura que se escribió en latín. Pero hay un abismo entre la Roma antigua y la Italia cristiana. En Florencia veía yo entonces una suerte de segunda Bizancio. La ciudad europea en que cristalizó lo más precioso de la cultura occidental, hecha de Grecia y de Judea y que toma de Roma únicamente la organización jurídica. Rota ya la tradición romana, fue Italia la primera nación de Europa que asimiló el cristianismo y depuró lo oriental y se incorporó a la sabiduría griega para definir lo que somos en Occidente. Y en Florencia se está en la crema de lo italiano; en la flor de nuestra civilización occidental. De Atenas tuvo Florencia la devoción de la belleza que todavía subsiste en su pueblo. Pero en el orden espiritual, Florencia es más que Atenas, porque conjuga lo que es cultura humanística con lo que es religión y exigencia imposible. El sentido trascendental que faltó a Atenas lo alcanza Florencia en grado sublime. El hombre más grande de Atenas, Platón, supera en capacidad filosófica y en sutileza analítica al hombre más grande de Florencia, que es el Dante. Pero el Dante consuma una síntesis que apenas acertó a sospechar Platón. Florencia resulta, de esta suerte, la primera realización de una cultura completa, el primer triunfo del esfuerzo humano de juntar tierra y cielo. Es verdad que para la consumación de este intento Florencia no aporta valores nuevos. Le vienen todos de fuera, lo mismo en su filosofía, que es griega y patrística, que en arte, bizantino todo de origen. Pero así como San Francisco logra una interpretación universal de la idea cristiana, una renovación de la verdad del espíritu, Florencia imprime sello original y fecundo a las formas y las ideas que toma de Bizancio y toma de Atenas. Por eso el estilo toscano es único. Y los primitivos italianos crean un arte que supera en ingenuidad y en inspiración mística, por lo menos, a los bizantinos de la decadencia. Es

claro que el manantial está en Bizancio. Y bien visto, la Italia del *cuatrocento* es una cosecha de la semilla importada de Bizancio. Tan fecunda era ésta, que, también en Rusia, provocó el gran desarrollo artístico de las escuelas de Nigni Novgorod y el sur eslavo, que rivaliza con los mejores primitivos italianos. En ciertos casos, el arte primitivo ruso supera al italiano; pero la corriente espiritual se apagó pronto en Rusia. El Estado autocrático mata el espíritu. En cambio, Italia, desintegrada en ciudades y provincias orgullosas y batalladoras, celosas defensoras de sus libertades, se hizo cuna de la Edad Moderna.

En el centro de la ciudad está el oratorio de San Miguel —*Or San Michel*—, relicario de arte al cual contribuyeron los gremios, encomendando cada uno algún trabajo a los grandes artistas de la época. Unos medallones de Luca de la Robia llaman la atención del viandante. Ocupa el oratorio la planta baja de un edificio dedicado, en los departamentos altos, al comercio. En los nichos de la fachada barroca hay estatuas de Girolamo de Bologna y del Verrocchio. También un San Marcos, de Donatello. Y por allí estuvo el San Jorge, de Donatello, trasladado después al Museo Arqueológico y que nosotros conocemos en México por la copia de nuestra Academia de Bellas Artes, que adorna uno de los mejores rincones de nuestra metrópoli. Nanni di Banco, y en total diez artistas de primera línea colaboraron en el exterior incomparable por lo precioso, aunque pequeño en extensión. El interior es sombrío, lo que sirve para realzar y envolver en tenue misterio las obras maestras que allí se exhiben; por ejemplo: el Tabernáculo, de Andrés Orcagna, tallado en mármoles. En el altar vemos una de esas insuperables Madonas del Daddi, que arrancan del pecho la efusión. Los dos Daddi me habían pasado inadvertidos en las lecturas del Vasari, pero me fueron conquistando en Florencia, tal y

como el Orcagna nos gana para siempre en el cementerio de Pisa, junto con Simone Martini. A poco de estar en Florencia, el viajero se siente familiarizado con todo este linaje ilustre que no tiene rival ni por la calidad ni por el número en ninguna otra ciudad del mundo. Hay quienes consuman sacrificios para llegar a ser un poco parisienses. A mí me hubiera gustado establecerme en Florencia para conquistar el derecho de sentirme florentino, mediante el estudio y la reverencia. Artistas que parecen de segunda porque sus nombres no han asaltado los museos de Europa, se nos revelan dentro de su ambiente como ejemplos de grandeza y maravillas de la humana condición. Pronto se ama a Florencia como a la patria del espíritu, así como tantos aseguran amar a París como una segunda patria y patria de la Libertad.

La *Santa Croce*

El puente sobre el Arno es lugar famoso de paseo. Pero tiene singular encanto la plaza de la Santa Cruz. Entre el caserío apretado y de calles estrechas se abre, de pronto, un rectángulo espacioso en que el alma respira a sus anchas. En el primer plano está la estatua del Dante, en mármol blanco, de pie y bien recortado el célebre perfil, símbolo de la profunda meditación. La figura egregia otorga al ambiente gravedad; casi religiosidad. En el sencillo elevado pedestal hay escudos con los nombres de las obras principales del poeta: *El Convivio, La Vita Nuova, La Comedia, De Monarquía.* Abajo, unos setos ponen la nota reposante de su verdor. Y al fondo, bajo el cielo claro, se levanta la iglesia de la Santa Cruz, mitad gótica, mitad toscana. Arnolfo di Cambio quiso expresar en ella la regla de San Francisco, sobria, humilde y grandiosa a un mismo tiempo. Ruskin se complace analizando el éxito alcanzado por el arquitecto. Y no es completa la impresión del que no haya leído primero las páginas de este inglés que se naturalizó florentino del alma.

Aunque el edificio no tiene bóvedas, son tan anchas las naves que se disfruta esa sensación de espacio que hace el encanto de las Basílicas. Se trata probablemente de un estilo intermedio que en el siglo XIII inicia el retorno de Italia al viejo estilo romano y la divorcia de la influencia gótica del Norte. En las capillas y los altares ha ido quedando la

tradición florentina, desde los frescos del Giotto y del Daddi hasta los altares barrocos de Vasari en el siglo XVI. La ciudad ha convertido la Santa Croce en su Panteón de Hombres Ilustres, hecho de figuras preclaras para toda la Humanidad.

En la ciudad más artística del mundo nace también la ciencia moderna, según nos lo recuerda el sarcófago que guarda los restos de Galileo. A pocos pasos está la tumba de Miguel Ángel. A Dante, a falta de su cadáver, la ciudad natal le ha dedicado un monumento funerario, como para que no olvide el viajero a quién pertenece hijo tan preclaro. Los despojos de Dante se han quedado en Rávena, en acatamiento de la célebre sentencia: «Ingrata Patria, no poseerás mis restos.» La Florencia contemporánea, tardíamente arrepentida, ha puesto sobre el túmulo vacío que lleva su nombre la inscripción: «¡Onore al Altissimo Poeta!» Se igualan así a la admiración que todo el mundo le presta, aquellos que no supieron darse el honor de tenerlo por Magistrado. Dante, Galileo. Con esos dos nombres bastaría para la gloria de cualquier sitio del mundo. La meditación nos abruma recordando lo que significan ambos; toda la poesía el primero, en la más alta de las formas que es la teológica, y toda la ciencia moderna, el segundo. Y todavía, como en gesto de abundancia nunca igualada, la ciudad nos regala con el recuerdo de su pléyade de artistas: Giotto, los Daddi, Brunelleschi, Ghiberti, Donatello, Miguel Ángel. Además, una docena de nombres menores dentro de aquella constelación sin par y figuras de primera en cualquier otra galaxia menos rutilante.



Roma, Italia.

«En la ciudad más artística del mundo nace también la ciencia moderna»

Contiene también la iglesia obras únicas como el púlpito de Benedetto de Maiano, la más hermosa talla en mármol que los hombres han hecho. A la vuelta de un pilar tropezamos con el nombre conocido de Maquiavelo. Luego, en uno de los altares, la Anunciación, del Donatello, de gracia iluminada por una suavidad del otro mundo. Un poco más adelante, la tumba del Aretino. Otros muchos nombres de estadistas y de políticos han perdido para los modernos toda significación, como que nunca la notoriedad puede igualarse con la fama. Y el nombre de los éxitos políticos, sociales, nunca pasa de la notoriedad y con ella desaparece.

Tras de un desfile semejante de grandezas es un alivio penetrar en la capilla Bardi para contemplar despacio, sentado en una banca, los frescos del Giotto sobre la vida de San Francisco. Baño de pureza y de piedad en que el asunto se confunde con la técnica. El pintor alcanza la unción, la

sublimidad del alma del santo.

El antiguo monasterio de San Marcos, convertido a la fecha en museo del Beato Fra Angélico, es, por supuesto, otro sitio de recogimiento y de asombro en esta ciudad privilegiada. En el primer piso están los frescos incomparables de La Anunciación, el de La Transfiguración, el de las dos Marías en el Sepulcro. No hay nada más elevado en el arte. En una de las salas del frente se miran tablas del Angélico radiosas de coros de ángeles con nimbos de oro y praderas celestes. Abajo, en la capilla toscana, está la famosa Crucifixión, que arrebata el aliento y nos fascina, nos obliga a volver a una y otra vez a mirarla. Urgido uno de aquellos días porque se atrasaba mi colaboración de *El Universal*, hice a la carrera una nota sobre este cuadro.

La galería de los Uffizi toma también muchas visitas. Es una de las más valiosas del mundo y tiene la ventaja, sobre el Louvre, sobre la National Gallery, de que no nos aburre con salas y salas dedicadas al arte nacional. La escuela italiana es universal y lo que acogen del extranjero los museos italianos es lo supremo; por ejemplo: en los Uffizi, retratos de Holbein y telas de Memling, de Rembrandt y de Rubens. Pero todo palidece ante el esplendor de los Giorgiones, Rafaeles, Botticellis, nativos. Hasta en la precisión de dibujo, grata a los holandeses, sobresalen los retratos del duque y la duquesa de Urbino, de Pietro de la Francesa, feos, pero de un realismo soberano.

Fatigado en extremo me hallaba después de la primera semana en Florencia, rendido el cuerpo a la exigencia que le imponía el alma. Durmiendo poco y comiendo apenas, caminando a pie todo el día por calles, iglesias y museos, y dedicando la noche a devorar el Vasari, el Burckhardt, las *Mañanas florentinas*, de Ruskin, las guías del viajero…

Cuatro o seis horas de lectura nocturna añadida al esfuerzo de mirar telas en las galerías y murales, imágenes y estatuas en los templos, me habían cansado de tal modo los ojos que ya no podía seguir la melodía de las líneas de todo aquel dibujo preciso que es el panorama toscano tan fielmente reproducido en la obra de sus artistas. La conciencia también experimenta una suerte de saturación. Después de varios días de emociones profundas, de reflexiones complicadas, nos sentimos agotados, convencidos de la pobreza de nuestros aparatos de percepción y también del límite de nuestra pobre pequeña alma, que en la simple complejidad se desorienta, se queda perpleja ante el esfuerzo mayor de ir reconstruyendo la impresión de conjunto, sin la cual nunca respira a sus anchas.

Regresaba una mañana de julio de la galería Pitti, en uno de los autocamiones urbanos. El suburbio florentino cuenta con calles limpias y casas de dos pisos pobladas de chiquillos que juegan por el arroyo lo mismo que en tantas ciudades latinas. De pronto podría uno creerse en un rincón de Guadalajara o de Puebla; así es de semejante la construcción humilde italiana a la nuestra, con la diferencia de que en Europa hay por todas partes más gente, más tráfico, y a cada momento la sorpresa de alguna edificación suntuosa, ante la cual todo lo nuestro parece disminuida réplica. El tipo humano se parece también al nuestro. En una de las paradas subió al camión una señora de ojos bonitos, talle fino, manos blancas; la acompañaba un niño que acomodó a su lado y empezó a llamar Jean Paolo. Vestía modesta ropa bien cortada en ese estilo florentino que, pese a las modas variables, se caracteriza por el respeto de las líneas del cuerpo que desarrolla la elegancia natural de sus proporciones. Y como si la exigencia del escultor prevaleciese constantemente sobre las preocupaciones del

modisto, las conveniencias del industrial de los trapos. Hablaba la señora al niño de bellos ojos y no más de ocho años; lo retenía en el asiento y miraba ella por la ventanilla, hasta que preguntó:

—¿Hemos pasado ya por la esquina tal?

—No lo sé —respondí—; soy extranjero.

En seguida, la conversación:

—¿De dónde viene? ¿Le gusta Florencia? ¿Es usted escritor? Mi marido es artista; yo también trabajo a veces en la copia. ¿Va usted a París? Yo voy a menudo a París; sólo hay treinta y seis horas de viaje por ferrocarril… Prefiero Florencia, mi Florencia… ¿Ya vio el Bargello? ¿Ya subió al Campanile? ¿Ya contempló la ciudad desde la terraza de Miguel Ángel? ¿Ya estuvo en San Miniato?

Antes de que se apeara con el niño quedó convenido que nos veríamos al día siguiente, a las ocho de la mañana, para hacer juntos la excursión de Fiésole, pero advirtiendo que nos acompañaría Jean Paolo; quería contribuir a que me llevara una impresión cabal de Florencia. El modo como pronunciaba Michel Angelo me entusiasmó. Todavía incrédulo acerca de la exactitud de la cita del día siguiente, me pasé varias horas de la noche mirando en semisueño a mi amiga recién hallada; la imaginaba esperándome en traje matinal con las mejillas frescas todavía del baño, igual que las flores de la pradera florentina, luminosas del rocío. Era como si una novia del otro mundo me ofreciese la mano para buscar la huella de las grandes almas que, por la ciudad y sus alrededores, gozaron y sufrieron, pero no como el mortal común que no deja rastro de su vivir, sino a manera de elegidos que de su emoción habían sabido hacer obra plástica y de su pensamiento una trama sutil, un maravilloso tejido que todavía toma en sus mallas al visitante. Y el alma

de aquella mujer daría expresión viva a las cosas y los recuerdos. Gracias a ella Florencia se me iba a presentar animada y alerta, y no como tantas otras Villes d'Art, etapas de turismo y lección de arqueología. Ya en varias ocasiones, mirando pasar a las jóvenes por el puente sobre el Arno o por las encrucijadas majestuosas de manzanas que son un solo palacio grande, había sentido la ráfaga de aquel encuentro inmortal de Nuestro Señor Dante con Beatriz, que no acertó a mirarlo. Ahora una mujer de carne y hueso y de la misma raza de Beatriz acudiría a una de las puertas del Baptisterio, la de Ghiberti, para tomar el tranvía conmigo. La puerta de bronce, tan alabada de Ruskin, dejaba de ser para mí objeto de curiosidad erudita y se tornaba en cosa de sentimiento, punto de partida para la cita con una amada del espíritu, una desconocida que dejaría en mi ánimo la huella impalpable de una de esas venturas sutiles y dulces que más tarde se nos confunden con la irrealidad de lo que fue simplemente soñado. Por su parte, el instinto avisa y estimula o bien aniquila lo que hay de malicia en toda relación de hombre y mujer. No obstante la prontitud de nuestro entendimiento y por su misma espontaneidad sin reservas, se comprendía en seguida que no se trataba de esas aventuras con que se disimula más o menos la explotación del turista con fingidas atracciones súbitas. Ninguna palabra, ningún gesto habían dado lugar a que se imaginase un propósito comercial o carnal. De ahí que al levantarme, tras del aseo cotidiano y ojo al reloj, sentía dentro del pecho el alborozo del que acude a la cita de una novia con la que sabe no ha de casarse nunca. Y sin embargo, bendice la mañana fresca, luminosa y plácida. *Mornings in Florence* benditas, me repetí recordando el título del libro de Ruskin. He aquí una experiencia que no tuvo el maestro o no nos la quiso confiar. Inocente alegría de caminar de prisa por las calles recién

barridas de una ilustre ciudad extranjera, para asomarse a los ojos de una mujer que casi amamos. La hallé puntual, levantada desde temprano y muy lozana; sonreía con gesto de camaradería y también como de parentesco, pues se enlazan ciertas almas por encima de las barreras del idioma, la raza, las edades, el tiempo.

Viéndola tan cumplida y atrayente, propuse alquilar taxi; no lo aceptó; sería eso un disparate, dijo, a la vez que señalaba el carrito eléctrico. A él trepamos por unas monedas menudas. Y la plática esbozada la víspera se fue haciendo extensa, interesante, calurosa. Le hablaba yo en simple castellano intercalado de palabras en italiano; ponía ella atención pareciendo adivinar, y si a ratos no lo lograba, decía con franca risa cristalina:

—*Non capisco.* A ver, dígame mejor en francés.

Y por unos minutos hablábamos francés. Pero yo insistía:

—Me resigno a no entenderla con tal de oírle su dulce lengua nativa.

A sus preguntas y observaciones sobre las cosas de arte de la ciudad, no presté mucha atención al principio. Pues con presunción reflexionaba: —¿Qué puede decirme esta joven que no esté ya magistralmente expresado en los libros que me acompañaban?

Y la dejaba contar los usos de su vida, al lado de los parientes del esposo, que andaba de viaje. De cuando en cuando iba al teatro, nunca al cinema. La tertulia familiar en que se conversa y se hace música era su recreo favorito. Ella tocaba el laúd y entre los del círculo juntaban una pequeña orquesta. Ya en Pisa había observado grupos de trasnochadores de ambos sexos que recorren las calles bajo la luna, cantando y tocando instrumentos, riendo y conversando. Eso hacía a menudo el círculo de mi amiga. Y

se lamentaba:

—Lástima que no pueda invitarlo a que se junte con nosotros; mis cuñados son celosos; no comprenderían mi propósito. Me gustaría que viera cómo pasamos la vida los florentinos.

En seguida me examinaba:

—A ver, cuente: ¿Qué es lo que ya ha visto?

Le hablaba yo entonces de esos lugares comunes que a pesar nuestro derivamos de las lecturas más conocidas y que nunca suplen la experiencia del que ha vivido un medio de arte. Para mí, Florencia era el Giotto con su Campanile y el Baptisterio, la arquitectura de Brunelleschi y la pintura de Fra Angélico. A Ghirlandaio, que era uno de los favoritos de mi amiga, lo habría pasado por alto si ella no insiste en señalarme la gracia de su dibujo esbrático. A ella también debí la atención que puse al famoso vaso Francisco, de origen ático, que guarda el Museo Arqueológico. Hacemos nosotros en México mucho alarde con nuestra cerámica indígena, que no es indígena, sino colonial, y, sin embargo, no contamos en nuestro museo una sola colección de vasos griegos y etruscos, como las que abundan en los museos de Norteamérica, ya no digo en las grandes ciudades de Europa. Una colección de este género, sin embargo, cuesta menos que los derroches personales de un solo general de nuestro glorioso ejército. No habiendo yo contado con dinero para formar colecciones nacionales, menos para hacer un museo digno, me había conformado, en los últimos tiempos de mi gestión, con la compra de cinco mil pesos de reproducciones fotográficas de documentos y obras de arte de Italia. La colección, cuidadosamente recopilada por el cónsul Arturo Pani, competente en la materia, llegó después de mi salida del Ministerio, y seguramente fue a dar a manos ignorantes

que no sabrían qué hacer con ella, aparte de venderla o repartirla como inútil.

Nos merecemos, pues, nuestra incultura y la decadencia de nuestras artes populares que hace tiempo carecen del soplo que viene de arriba y él es el único que puede reanimarlas, pues es un disparate suponer que el pueblo inventa por sí solo las formas del arte. Prueba de la influencia insustituible de un ambiente culto era precisamente mi amiga, que no sabía gran cosa del arte extranjero ni había pasado por la Universidad y, sin embargo, me daba lecciones derivadas de su experiencia de artífice y de su escuela que había sido Florencia misma con sus museos y sus monumentos. Se ocupaba ella ocasionalmente en el trabajo de las reproducciones de primitivos mosaicos, que son parte del comercio de la ciudad. Y el hábito de ver obras maestras en original o en reproducción le había dado un sentido envidiable de los valores artísticos.

A la excursión de la Cartuja nos acompañó una amiga suya, rubia treintona sin relieve, pero compañera bien dispuesta. En el tranvía hicimos amistad con un par de italianos de la Argentina, con los que pronto empecé a entenderme en castellano del Río de la Plata. A media carretera polvorienta, como los caminos de nuestro país, caminamos un trecho a pie bajo un ambiente claro y apacible que provocó en las muchachas el deseo de cantar, sin acompañamiento y a plena voz. Tomados de las manos subimos por la pendiente que da acceso al convento, saltando a ratos como colegiales. Luego, en los claustros, en el templo, se cubrieron ellas la cabeza con recato; se dejaron guiar por los monjes que informan y orientan a los viajeros. Una botella de barro vidriado llena de un licor amarillo y dulce, parecido al chartreuse, fue todo el gasto que hicimos,

y nadie quiso beber. Se me quedó entre los objetos que va acumulando el viaje, libros, estampas y estatuillas, y para mi hija, un medallón de plata cincelada de los que manufacturan en los talleres del Arno, patrocinados con el busto en bronce del Cellini.

Tomaron su rumbo los italoargentinos, y nosotros nos detuvimos para el almuerzo en un restaurante que está al lado de un puente sobre el río que da su demarcación a la colina de Chianti. El vino que allí sirven es negro, espeso y delicioso, reconstituyente como un bistec, legítimo chianti muy superior a todo lo que se bebe por el mundo en las botellas de asiento de paja y etiquetas de colores vivos; chianti inferior, mezclado, multiplicado para satisfacer una demanda que excede las posibilidades materiales de la comarca. Las vides, poco distantes, se ven cargadas de uva negra y gruesa, única en su género, como la de Oporto o la de Málaga.

Tenía mi amiga predilección por Miguel Ángel. La gigantasia miguelangelesca nunca me ha convencido, pero me cuidé de decírselo. El famoso David lo había vuelto a mirar después de escucharle a ella elogios desmedidos, y me había dado otra vez la impresión del tamaño sin la majestad. En Miguel Ángel siempre he creído hallar un defecto de que padezco, o sea una ambición un tanto confusa y desproporcionada con los medios de que dispone para cumplirla. De donde resultan esas realizaciones malogradas, fallidas, *manquées*, que son mi tormento, en la obra y en la vida. Querer más de lo que se puede es típico romanticismo, y porque lo padezco me es doblemente antipático. Peor aún si se disfraza de clasicismo, que es lo que le ocurre al Renacimiento. La tumba de Lorenzo el Magnífico, resumen del boato de los Médicis, resulta excesiva para lo que fueron, principillos de provincia que no llegó a nación, menos a

Imperio. Algo más que eso merece la nave gloriosa de los mausoleos y las figuras famosas de La Noche y El Día; expresan la decepción de Miguel Ángel, que allí alquiló su genio, digno de hacerle mausoleo a Julio César, y no a aquellos Magníficos del comercio y la Banca. Y si es cierto que más tarde los Médicis educaron el gusto de la Corte de Francia a través de la Catalina que dio al Louvre sus mejores patios y escaleras, eso quiere decir únicamente que era peor el gusto de los Luises.

Siempre he sido un hombre de tesis y no he procurado evitarlo, aunque comprendo que ello limita la visión y la capacidad de apreciar libremente cuanto es bello y valioso. Equivale la tesis, en el pensamiento, al ascetismo de la conducta. Nos trazamos un plan que obliga a eliminar detalles y matices, y se sacrifica el placer fácil a la satisfacción esencial de la obra consumada en grande. Entregarse con pasión de diletante a todo lo que posee distinción, buen gusto, encanto, es la mejor manera de disfrutar un viaje, de aprovechar una enseñanza. ¿Pero todo para qué, si no hay en el fondo un hilo conductor, un propósito de edificación y de síntesis? Esto es lo que dice el temperamento sistemático sobreponiéndose el goce cómodo del contemplador universal y despreocupado. En todo caso no andaba yo en busca de datos, a la manera del coleccionista, sino que todo lo veía con ojos interesados y en acecho de cuanto pudiera servirme para las teorías que serían la base de mi *Estética*. La confusión del hombre de América que de pronto se ve rodeado de obras maestras de todos los estilos, de todas las maneras en esa Europa que es acumulación de culturas de calidad, iba quedando vencida poco a poco gracias al preconcepto de una teoría del arte que obliga a establecer grados y categorías dentro de las manifestaciones artísticas y que al arte mismo le da un

papel, una misión precisa, en la gran estructura de una concepción en la que la misma filosofía es método para lograr la más alta cosmovisión de que es capaz la conciencia. Se deduce de tal propósito un criterio que estima la obra artística particular según que armoniza o desentona con el proceso que nos lleva a la concepción del conjunto.

De Hegel, con su exaltación de lo gótico, me había rebelado desde la juventud, y el clasicismo, que nos devuelve a un concepto pagano de la existencia, me producía efecto de mutilación después de la revelación del cristianismo. En cambio, en Florencia hallaba yo un arte de la más pura y resplandeciente totalidad. Dentro de él, las cosas se ligan al deslumbramiento de lo sobrenatural. El gótico rompe la armonía clásica en favor de una extravagancia que es poner al desnudo la estructura. El arte toscano restablece la armonía clásica, pero no como más tarde lo harán el Renacimiento y el Neoclásico, en busca de una emoción difunta, sino para crear una desarmonía que resuelve el ritmo de la cosa en el temblor del espíritu. En la intuición genial, sobrenatural, de San Francisco, hallaba todo el secreto de aquel arte clásico por la armonía, inspirado, sin embargo, en la melodía del Evangelio. Y libre de esa angustia nórdica y gótica que divulgan entre nosotros las traducciones alemanas de Ortega y Gasset y la fenomenología. Concepción dichosa del mundo, la franciscana, y no concepción angustiada. Dicha eterna, a diferencia de las dichas paganas efímeras. Por eso la pintura de los primitivos italianos produce la emoción soberana y sobrehumana indiscutible. Poco a poco fui entendiendo que el ritmo de la verdad en materia pictórica no es el que señalan usualmente los tratados: progreso que se insinúa en el Giotto que empieza a retratar la figura y humaniza el arte, hasta que llega a plenitud a través de Botticelli, en un

Tiziano, en un Miguel Ángel y, por encima de todos, en la reflexión sabia de un Da Vinci. Todo lo contrario, para mí la verdad consistía más bien en un regreso del Giotto a Cimabue y de Cimabue a sus fuentes, la grande, única, total floración artística de la escuela cumbre que fue Bizancio. Tan clara se me fue presentando esta tesis que ella decidió mi itinerario inmediato. De Florencia pasé a la Umbría para recoger los destellos de la cauda de San Francisco; y de paso, me detuve en Siena para observar la obra de Cimabue; por último, me detendría en Constantinopla. Y en vez del Partenón como paradigma, adopté a Santa Sofía, la de Justiniano. En lugar de la catedral gótica como modelo, la Basílica que conquista la elevación, no por la vertical, como la fuerza abstracta, sino por la comba y el arco, según asciende la naturaleza y según se expande en sus meditaciones el alma, congregando primero la pluralidad antes del ascenso.

Es frágil la máquina de que dispone el alma. Dos semanas de constante atención a las cosas del espíritu me habían puesto flaco y extenuado. El trabajo de la mente es contrario a nuestra organización fisiológica; está hecho nuestro cuerpo, como el de los animales, para moverse en persecución del alimento, y, en seguida, para reposarlo, dormitarlo. Estar echado es lo que pide el cuerpo, y el alma exige mantenerse alerta. De este conflicto resulta un desequilibrio continuo, una especie de enfermedad prolongada que se manifiesta por el malestar vago, zumbar del oído y el dolorcillo pertinaz del comienzo del cerebelo. El sueño repara; pero en los estados más activos del pensamiento, el sueño mismo se perturba, se hace ligero o difícil, y la fatiga se precipita entonces en forma aplastante. Florencia produce una vigilia intensa que seduce y fascina, pero destruye. Las largas horas de soledad, pues no contaba

a diario con mi amiga, agravaban la fiebre de reflexiones que mina el cuerpo como un paludismo. Del paludismo aquel oaxaqueño me había librado apenas dos meses antes, en el altiplano madrileño, y ahora el microbio era de origen espiritual, pero igualmente agotante. Para curarlo rompí el sortilegio sublime y me largué de Florencia. La marcha restauraría las fuerzas perdidas. Padecía fatiga en los ojos y fatiga en las piernas. Y eso que subiendo por el Campanile los escalones, comprobaba que estaban firmes todos mis músculos, dispuestos para todos los caminos de la Tierra. Para descansar el ánimo a veces no hay nada mejor que aumentar la tarea del músculo. Por desgracia, hacer algunos tramos de la ruta a pie, para gozar el paisaje de Italia, resulta impracticable hoy que los caminos se han convertido en carreteras de autos por donde no es posible avanzar en despreocupada concentración interior.

La última noche de Florencia habíamos proyectado pasarla juntos mi amiga y yo. Se presentó a la hora de la cita pero para excusarse; no se decidía a llegar tarde, obligada a inventar explicaciones; era mejor que nos despidiésemos allí mismo. Estaban todavía abiertos los almacenes y quise comprarle algún obsequio; pero ella pidió que le obsequiase únicamente una cajita de cigarrillos turcos. Entramos a la tabaquería; me empeñé en hacerla tomar una de las más finas, más caras marcas que había en la tienda. Y salimos de nuevo a la calle. En la penumbra, me tendió las manos y me ofreció la frente para el beso de despedida. Aunque me había apuntado sus señas y nos habíamos prometido buscarnos en París, algo me dijo que no volveríamos a saber más uno de otro. Y que pronto hasta su nombre se me habría borrado de la memoria. Pero duran más los afectos, a veces, que los nombres. Su rostro mismo ya no lo rememoro, y no obstante, sigue vivo el recuerdo agradecido de una simpatía

pura, un encuentro raro de dos almas que se toparon, se dieron cuanto tenían; luego se apartaron para no volverse a comunicar jamás.

En Siena

Iba fatigado y la vi mal. Del hotel me dirigí a la visita de las tablas del Buoningsegna, Cimabue, en el museo de la catedral. Es una pintura que invita a ponerse de rodillas. Tan saturado estaba, sin embargo, de la galería de los Uffizi y de San Marcos y de los museos florentinos, que mi emoción resultó erudita y ya no espontánea. Me quedé un día más para visitar en la Academia la familia gloriosa de los Simone Martini, Nanni y Lorenzetti, y una tarde, fatigado, me detuve frente al palacio municipal, de color sonrosado y arquería ojival. Un tendero me ofreció un banco, en el que me senté a su puerta, sobre la acera, para contemplar despacio la Fonte Gaia y el panorama antiguo. Prefiero las plazas italianas de estilo clásico o renacentista. El gótico no me convence, ni en el palacio de los Dux, de Venecia, que con ser una verdadera preciosidad, estaría todavía mejor sin las ojivas. Se me dirá que cómo puede gustarme Cimabue si me repugna el gótico. Lo que tienen de gótico los primitivos de Europa, ya no es lo que en ellos admiro, sino lo que conservan de bizantino. En el Buoningsegna, los marcos, los detalles exteriores, son góticos; la pintura es griega de Bizancio. En los primitivos franceses, las figuras mismas se alargan, se emacian, se adaptan a la concepción angulosa y esquelética de la construcción gótica; por lo mismo, ya no me gustan. Hay, en efecto, un abismo entre Cimabue y los primitivos italianos, por una parte, y las escuelas de primitivos de Alemania, de Francia, de Cataluña.

El tendero que me prestara el banco para sentarme se puso a elogiar su plaza medieval. En cada italiano hay un guía conocedor y afable. O lo había antes de que la nación cursase en masa la lección de arrogancia que es el fascismo. Por aquel año de mil novecientos veintiséis, la cortesía italiana, por lo menos en el Norte del país, era de un género afable que resultaba conmovedor. En Nápoles ya existía ese elemento canalla que se difundió por todo el país en los primeros años del terror fascista; pero la gente de Florencia demostraba maneras y el refinamiento espiritual que conquistaban al observador y lo convencían de que la producción del genio, pese a su carácter individualizado, es, sin embargo, floración de un ambiente. O sea, que no se puede dar el genio en un ambiente bárbaro. Y muy particularmente en la Umbría, era impresionante hallar en el trato de la gente esa bondad sin jactancia, esa simpatía espontánea y dulce que resultaba consecuencia, y también un antecedente, del concepto franciscano de la conducta. Me despedí del tendero sin resolver qué es lo que me había dejado mayor frescura: el vaso de agua que me obsequió o la conversación de breves minutos que me dedicara.



Me había quedado en un albergue de cuota modestísima y muy limpio. A la hora del almuerzo, un compañero de mesa, gordo y un poco viejo, sacó de su maleta un pedazo de pan, cortó la mitad, guardó el otro pedazo. La hospedera, muy respetuosa, se acercó ofreciendo la sopa y advirtió:

—Ya usted trae pan; haremos la rebaja correspondiente.

Importaba unos cuantos céntimos. Pero se mide con rigor el dinero y con honestidad perfecta, en estas tierras de pobreza decorosa. Un hidalgo cada mendigo, pero sin las chocarrerías de España; una buena ama la patrona, capaz de hacerse desentendida si el cliente no puede pagar, pero siempre que no se trate de un truhán, sino de uno a quien la suerte ha castigado. Angustia el problema del hambre en estas tierras perfectas por la fecundidad y la belleza, pero sobrepobladas en exceso. Castigadas por el pecado de la reproducción que ninguna ley osa refrenar. Sobra gente en toda Italia. Y eso que los huertos a orillas del camino exhiben las vides más gloriosas, los racimos de uvas mejores de todo el planeta. El aceite de oliva es de calidad suprema; el trigo sabe mejor que el de otros sitios del mundo. Cada producto de la tierra ostenta la calidad que convence sin auxilio del anuncio a lo *yankee*: *The best in the world*. Allí se ve de verdad lo mejor del mundo, en todos los órdenes, incluso la mejor variedad de la especie humana. No hay nación grande o pequeña que haya producido uno tras otro a San Francisco y Cimabue, al Dante y a Giotto, a Donatello y a Galileo. Las más bellas cortesanas y las más dulces santas; y, sin embargo, en las aldeas, en las ciudades, esconde su deshonra la miseria. Y el viajero se pregunta: ¿De qué sirve toda la cultura si no han podido aliviar el hambre de tantos niños de rostro pálido que no piden limosna porque el honor silencia sus quejas? Y en los ojos tiernos

advertimos resplandores que prometen otra vez el milagro del genio que ha construido aquellas ciudades, ha conformado aquellos panoramas sublimes.

Ya en Portugal y frente a las multitudes miserables de Oporto y de Lisboa, habíamos sentido esa angustia del fracaso de las civilizaciones que se encienden unos años en glorias fantásticas y luego decaen dejando cauda de generaciones humilladas, miserables. Pero el caso de Italia es todavía más doloroso, porque no hay en el mundo linaje más precioso que el que cuenta con Santo Tomás, el filósofo, con San Francisco, el asceta, con Dante, el poeta. Las tres figuras excelsas de la era moderna.

Me había propuesto vivir franciscanamente por la tierra del santo, comiendo barato y ligero. Y es muy bueno el pan y es sabroso el vino más barato; pero los albergues resultan intolerables si no se sube a la categoría del lujo. En el propio Asís consumé una claudicación dolorosa, renunciando a lo barato para meterme al hotel con baño en el cuarto, porque me había llenado de bichos al andar por las posadas humildes. Yo no sé si el aseo es conquista del hombre moderno; pero sí puedo decir que sin él no es dable alcanzar la tranquilidad del cuerpo ni la del alma. Asearás tu cuerpo, es la única adición que acaso requiere el Decálogo y que, según parece, también Platón descuidó, puesto que murió empiojado. La vida de Norteamérica, de baño caliente y agua en la alcoba, a discreción, podrá no ser finalidad del esfuerzo, pero sí condición de su eficacia.

En cambio, me repugna como una suciedad del espíritu esa afición anglosajona a perros y gatos que ocupan sitio en el hogar y roban a diario minutos de la atención de los amos y del afán de los criados. Todo esto es miseria del alma, tan molesta como los piojos y las chinches que se engendran en

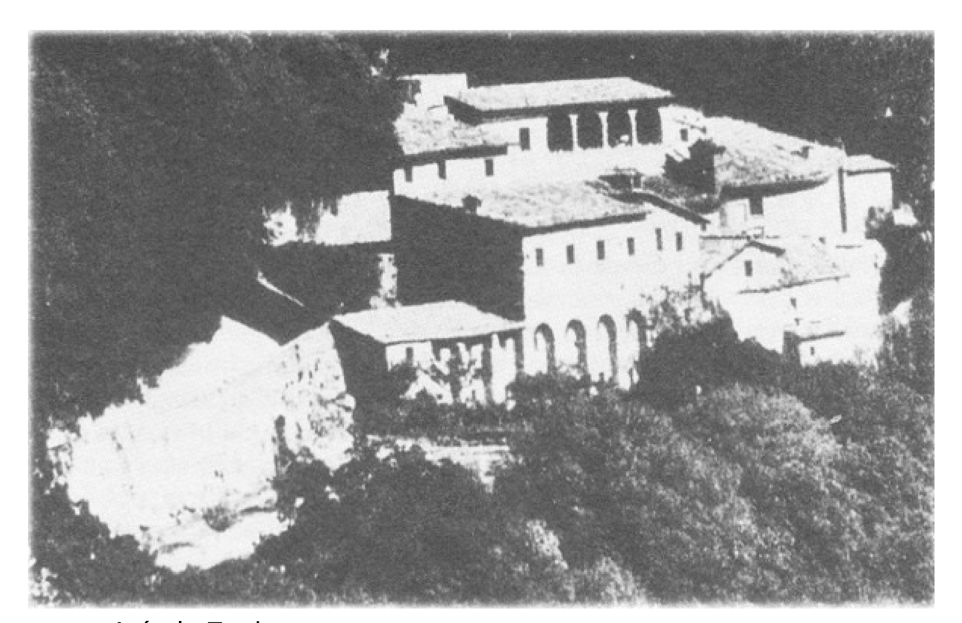
la miseria económica. San Francisco reconoció parentesco en los animales, pero los dejó en su selva, no los llevó a la compañía de la gente, ni cayó en las ternuras chabacanas de la Sociedad Protectora de Animales. En todo esto pensaba mientras me purificaba en jabón, antes de visitar la Basílica de Asís, doblemente ilustre por el santo que honra y por el pintor que la decoró. Está en Asís el Giotto que inició el realismo. Sus frescos de Padua son lo más alto de su obra; expresan en lenguaje plástico la inocencia de la parábola evangélica. En Padua pintó el Giotto la historia de Jesús; en Asís nos da la de San Francisco. Lo de Padua es sublime; lo de Asís es humano y tierno.

Asís

La noche anterior, desde la terraza de un jardín de Perugia había visto los dedos que apuntaban a un reguero de luces sobre las montañas, a la vez que voces desconocidas decían: Asís, Asís. En el corazón se siente el golpe de lo profundamente conmovedor. La palabra breve evoca ternura y los ojos se recrearon en aquellas luces distantes, miraje de la más dulce de las leyendas. Sitio de elección Asís, con algo de la poesía de Belén y, sin duda, una de las ventanas que la Tierra suele abrir hacia el Cielo. La huella de un alma visitada por la gracia infunde confianza, nos renueva la esperanza de un destino que supera cuanto concibe la mente, cuanto anhela el sentimiento. Hermandad profunda de todos los seres, perdón de las ofensas, oración por los que hemos odiado, infinita efusión por los que hemos amado. Deseo de que todas las gentes se acerquen a beber el agua de la bondad que, cuando emana pura, toda sed satisface, toda ambición calma, todo conflicto soluciona. Cuando se piensa en que bastaría nada más con que fuésemos buenos, con la perfecta, humilde y orgullosa bondad franciscana, para que todos los problemas del día quedasen resueltos, el futuro se aclara y la historia del hombre toma sentido. La vanidad es el primero de los obstáculos para ser bueno. Todo el mundo, en el fondo de su corazón, quisiera derramar ternura, como aroma un rosal, pero el temor del repudio, la flaqueza de nuestra voluntad, nos detienen. En seguida el primer tropiezo del sentimiento nos desanima; confundimos

blandura con lenidad y nos llega a dar vergüenza ser buenos. Incitarnos a perder esa vergüenza es la esencia de la predicación franciscana; perder el orgullo humano y ganar el orgullo divino. Un orgullo fundado en el ser, es decir, la capacidad para la salvación y la grandeza. ¡Desentenderse por entero del juicio de los hombres, pero no por soberbia, sino por humildad que somete nuestros actos al juicio del Dios Padre!

Gran valentía hace falta para decidirse a ser bueno, que es como decidirse a ser uno mismo en lo que tiene de más profundo en el ser. Grande es el valor que prescinde de todas las máscaras, pues es una máscara nuestra arrogancia y es una máscara el ímpetu agresivo, máscara que oculta el miedo; y si fuésemos así desnudándonos de todos los artificios que son resabio de la lucha biológica, en la esencia del alma, que es semilla ajena a lo biológico, sólo hallaríamos una firme voluntad de bien y una fuerza como la del agua que es mansa y sin embargo taladra rocas y sobrevive a los cambios. Agua del espíritu descubrió San Francisco, más valiosa que el agua que de la roca sacó Moisés. Un poderío de fuerza nueva nos impele, nos hace atravesar a pie los caminos polvorientos, bajo el Sol que se ha hecho hermano. Ventura imprevista nos lleva a sonreír con simpatía a los hombres, con piedad a las bestias. Singular amor franciscano, legítimo cristianismo, muy diferente de la deferencia pasiva del budista que no hiere las bestias, pero no les adivina la condición. El franciscanismo las salva junto con el alma, las transfigura, las embellece antes de redimirlas, y las redime porque las ama. Y toda belleza es una ilusión de amor; pero el amor es el sésamo de la eternidad.



Asís, la Ermita.
«Sitio de elección, Asís…»

Sublime locura la del santo de Asís; ser bueno sin reservas en un mundo en que la regla natural es el diente y la garra que descubrió el filósofo en el vivir de las especies. Y en el hombre, *homo homini lupus*, hombre lobo para el hombre. Y sin embargo, hubo uno que pudo ser todo bondad y no pereció, sino que las mismas bestias acudieron a escuchar su lenguaje y lo sentó a su lado el Sultán degollador. Pero ¿acaso es santidad aceptar el asiento que ofrece un criminal que es poderoso? Con el criminal vencido, arrepentido, procede la piedad. Con el César, prefiero la denuncia airada que San Juan dedicó a Herodes. La sonrisa franciscana frente al poderoso inicuo me ha parecido siempre triste decadencia y corrupción de la bondad. Esto y la adoración de los estígmatas, exaltación del mal físico, me parecen faltas en la perfección del franciscanismo.

Asesorado del libro de Jorgensen, recorrí la comarca. Visité de mañana la basílica de doble planta. El piso bajo es como una galería de frescos de tonalidad suave y luminosa.

El techo sirve de piso a la nave superior, llena de luz. Superan estas pinturas a todo lo que se ve en los museos, sin duda porque se hallan en el sitio para el que fueron concebidas. Un rostro del Dante, hecho con sencillez y reverencia, se fija en el recuerdo. Admirable es la modestia con que Giotto acepta la misión del pintor que no es crear de su fantasía, sino repetir en lenguaje plástico la leyenda, la historia del alma en sociedad con las cosas del mundo. En una de las capillas están los restos del santo, pero queda más de su espíritu en la Porciúncula. Resulta demasiado suntuosa la Basílica y, sin embargo, era emoción grande contemplar el desfile de los peregrinos, escuchar música bajo aquellas naves en que está viva la más grande religión que existe.

Se llama la Porciúncula la antigua iglesia de Santa María de los Ángeles, construida sobre la celda en que murió San Francisco. Un domo atrevido y espacioso cubre el oratorio que corresponde a la habitación indicada. En torno al mismo sitio ocurrió aquel prodigio del amor que se hace llamas purificadoras cuando Santa Clara visitó a su conductor espiritual en cita de amantes que han renunciado a la carne. Tan profunda es la raíz de la sensualidad que sólo ardiendo se satisface y se esclarece, se confunde con lo absoluto.

Después de estar en el sitio de aquellas bodas sublimes, nace antojo de asomarse a la tumba de Santa Clara. Está en la iglesia de su nombre, construcción del siglo XVII. En las calles angostas se había apagado el ocaso. La nave se hallaba desierta, iluminada apenas por uno que otro cirio. En una cripta bajo el altar principal se exhibe una momia singular. Entra reverencia al mirarla y una sensación como de luz. Se diría que la carne se fundió sin corromperse, consumida desde antes de la muerte por el fuego de la celeste contemplación interna. Y parece una prueba objetiva de la

frase piadosa sobre los que mueren en aroma de santidad. Y se piensa en que la pasión elevada a la temperatura del espíritu salva incluso la carne. Al revés de la sentencia de los voluptuosos que reza «La carne es triste», los que amaron de verdad conforme al espíritu nos ofrendan el testimonio de su cuerpo transfigurado, maravillosamente convertido en polvo más fino que el oro.

Involuntariamente comparé la momia de Santa Clara con la momia de Thais, la cortesana de Alejandría, que se exhibe en un museo parisiense y que Anatole France reivindica como patrona de su propio concepto liviano y ateo de la existencia. Carroña inmunda es la beldad pagana. En tanto que la santa de Asís incita a la oración y nos convence de la realidad del prodigio. Nos enseña cómo la misma carne puede llegar a ser gloriosa.

En uno de los altares está el retrato de Santa Clara, por Cimabue. Es tan dulce, tan radiante de ternura sobrenatural, que se llenan de lágrimas los ojos y todo el retablo brilla como en inesperada reaparición. Es otro caso como el del Angélico, obra de arte que es preciso contemplar de rodillas mientras el alma llora su destierro de la patria celeste, única patria digna del hombre. Dulce privilegiada entre las mujeres, Santa Clara se enamoró del pobrecito de Asís, el más grande de los hombres después de Jesucristo. El más grande entre los simples mortales, puesto que no fue dios, pero llevó la naturaleza humana a estado de sublimidad. Y hasta el prodigio de tal superación subió también la mujer, compañera eterna, inseparable del hombre, en sus caídas y en sus arrebatos celestes.

Terrible la soledad del que propiamente no ha tenido mujer. Terrible también el desamparo de la mujer que no halló al esposo. Para estos casos, más frecuentes de lo que el

mundo se imagina, se ha creado en la Iglesia el culto de Cristo como el Esposo; el culto de María como la Madre. Es decir: el hombre se queda sin esposa. Lo cual encierra una idea muy profunda de origen paulista, idea de que el macho no ambiciona la procreación, puede vivir sin la pareja, pero a costa de clamoroso desgarramiento. Y se consuela cayendo de rodillas ante una mujer como Santa Clara, que se dio al fuego en que se quema la raíz del árbol de la procreación. Amor sin hijos, que es camaradería para lo absoluto.

Ya de noche salí del templo. En una tienda de las afueras compré una reproducción en tarjeta postal, con la idea de que me acompañase para siempre. Antes de llegar al hotel de lujo se atraviesan barriadas pobres, pobrísimas. Sigue siendo de miseria la tierra de San Francisco, y también de esplendor. En la misma miseria del lugar, hay decoro. En todos los rostros se cree advertir no sé qué sello de nativa bondad, como si la producción de un alma como la de San Francisco requiriese la existencia previa y posterior de toda una rama generosa y refinada de la especie.

Millares de turistas de todas las razas, de todos los idiomas, pasan cada año por Asís, y en cada uno queda impresión como de baño de la conciencia. Se formula allí voto callado de procurar ser buenos, sufridos, sencillos, y si es menester, heroicos, con el heroísmo verdadero que es desentenderse de las penas propias y procurar el alivio del sufrimiento ajeno. Resignación pero sin claudicación del esfuerzo. Paciencia pero sin apatía. Y amor ilimitado, sin preocupación alguna de correspondencia o de complacencia.

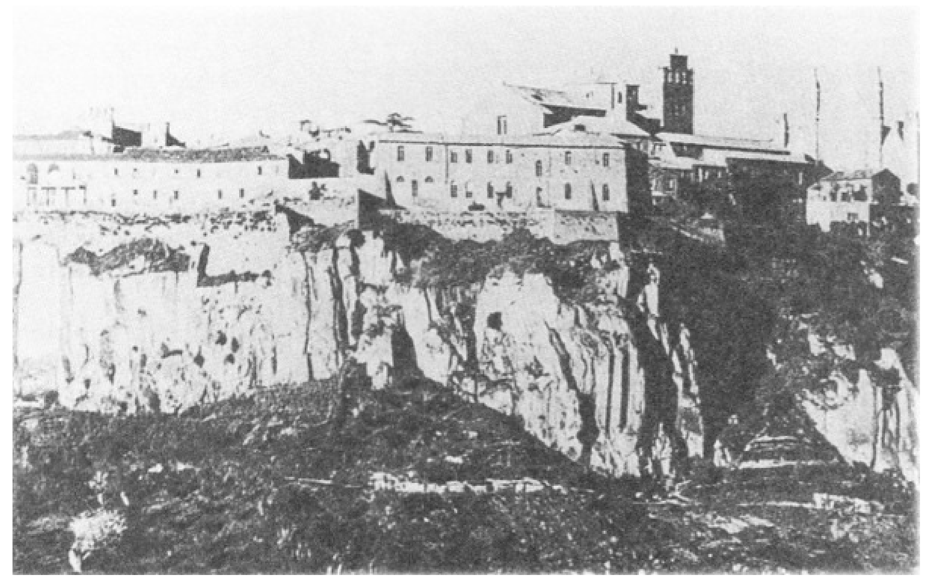
Orvieto

No se debe ir de prisa en Italia. Cada ciudad posee tesoros únicos; cada región produce algo raro y valioso, como el vino de Orvieto, y en cada rincón hay oportunidad de encontrar maravillas como el pozo célebre de la pequeña capital provinciana. Orvieto no escapó a Ruskin, naturalmente, ni pudo escapar a quien, como yo, se había propuesto seguir la huella del Angélico y observar frescos del estilo primitivo, decoraciones estilo de Bizancio. La catedral de Orvieto es toscana, transición del gótico. Por la fachada se parece a Santa María dei Fiore. Un frontón triple tallado en mármoles amarillos, negros y grises, produce bella impresión policrómica que nos avisa que estamos ya lejos de las tierras grises del gótico y empezamos a disfrutar el fausto de materiales y de colorido que es propio del bizantino. En el interior de la iglesia llama la atención el piso de mármoles bellamente combinados y labrados. Y una capilla que guarda frescos del Angélico.

La ciudad es triste y pequeña; el vino famoso lo hallé un poco ácido. Se cree de pronto descubrir frialdad, desapego en los rostros. ¿Es que, de verdad, hay lugares hostiles, o más bien ocurre que el viajero, cansado de su soledad, se siente de pronto solo, abandonado, temeroso del destino distante y del prójimo inmediato?

En las horas de la tarde escapé por las afueras. Domina un valle de esos que están hechos para ser dibujados, preciso el

contorno, claro el ambiente. Y por no sé qué ruta, llegué hasta el pozo. Creí que se trataba de asomarse. El pasmo consiste en descender por aquella rampa bien pavimentada que hace espiral en el cilindro que baja hasta el agua contenida en un círculo de ladrillos, del mismo material es toda la construcción.



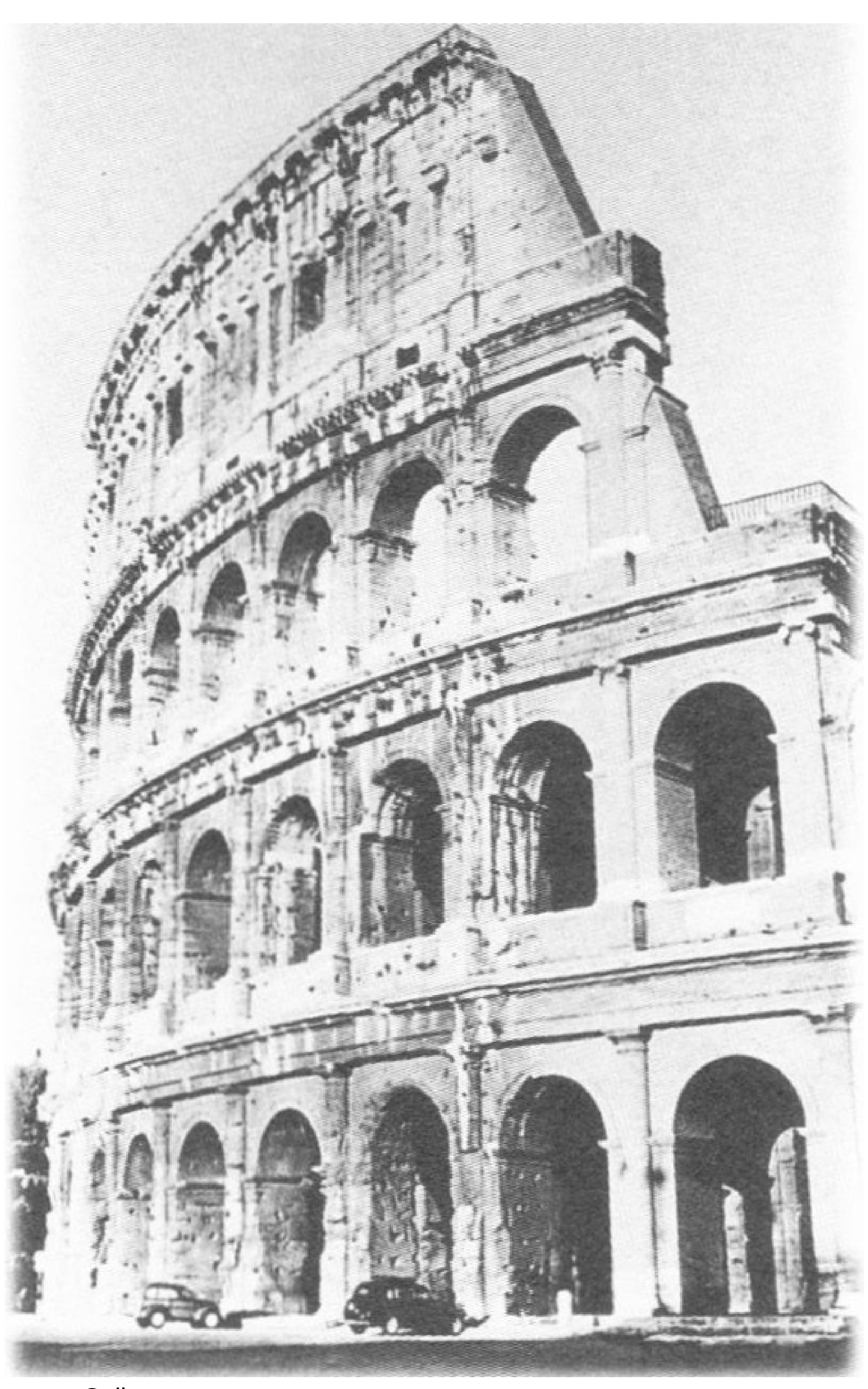
Orvieto.
«La catedral de Orvieto es toscana, transición del gótico»

Roma pagana

Pesó mucho en Roma la herencia pagana. La misma Iglesia en San Pedro, en Santa María de los Ángeles, sitio de las antiguas Termas, se siente contaminada, infiltrada de soberbia. Envuelto en el aura franciscana, tan enemiga de la pompa cesárea, llegué a la ciudad paradigma de todos los imperios… Y primero experimenté repulsión viva y sólo después, a medida que desaparecía mi estado mimético de santidad, comencé a disfrutar la emoción romana que es emoción de historia, no de religión. El resquemor que llevaba de no haber confesado y comulgado en Ásís se me borró del todo en la Roma de los Papas y los Emperadores. Y la religión como rito, no como canción y plegaria y anhelo puro del alma. De la comunión me ha alejado la idea de que no tiene objeto, puesto que he de volver a pecar. También la profesión de fe dogmática rigurosa, que es preciso repetir antes de acercarse al sacramento.

Si nos dijesen: «Cree, hasta donde puedas, en el dogma como lo define la Iglesia; pero ama a Dios sobre todas las cosas y a Jesucristo como su hijo y el instrumento de la salvación», nunca hubiera dejado de comulgar. De otra manera, se teme no poder ser sincero. A esto responden los teólogos que hace falta humildad. Creo que eso no me ha faltado; pero la más rendida humildad pide la más absoluta sinceridad, y constantemente me ha apartado de la confesión plena del dogma, no la fe que poseo, sino la manera de

administrarla y el abuso del anatema en apoyo de la definición. Y aunque suscribo por entero a San Francisco, no me pasa lo mismo con los concilios; sobre todo con los concilios más recientes, en que el dogma se ha ido haciendo más riguroso en vez de hacerse flexible. Por ejemplo: ¿En nombre de qué piedad se aconseja a los hombres engendrar más y más hijos, si es patente que no hallamos el medio de alimentar con decoro a las multitudes que están ya presentes? Y así sucesivamente, conservo uno que otro reparo importante frente a la sabiduría de la Iglesia, que es sabiduría de los hombres subordinada al espíritu del Evangelio. Y ahí está la raíz de mi conflicto, en que tampoco abogo por la interpretación individual que nos lleva al protestantismo y el sectarismo. Y me quedo con el anhelo imposible de que la Iglesia misma aflojase un poco en el Credo, aunque en la regla de la virtud se hiciese o se conservase intransigente. Libertad para la idea es lo que así ambiciono, y no para la costumbre; tampoco para la conducta. Libertad legalizada que nos evitaría la posición de réprobos cuando en el fondo amamos en globo a la Iglesia. El propio San Francisco abogaba por la purificación de la Iglesia en su tiempo, y estuvo a punto de verse señalado con la ira de los anatemas. ¿Qué nos queda entonces a nosotros? Nos queda la Misericordia de Cristo y a ello me atengo.



Coliseo romano

El sol de Roma ya no es el hermano que alaba San Francisco, sino el viejo alcahuete de los afanes del hombre, que lo mismo alumbra la plegaria de los esclavos que la iniquidad de los poderosos. ¡Ay!, la Roma moderna es jesuita. Y si muchas veces he admirado a San Ignacio, nunca he acertado a amarlo. Y hay almas que sólo el amor conquista. La dialéctica de Santo Tomás deslumbra; pero deja siempre en suspenso una réplica; el proselitismo enconado de San Ignacio me contagia cuando hiere odiosas figuras como Lutero, como Calvino, pero nos deja en el alma las heridas del combate, nos acorta el caudal de la piedad. Sólo San Francisco logró imitar el gesto del Cristo, que antes de hablar, con sólo el ademán que abre los brazos piadosos, ya no necesita de argumentos para convencer.

Imagen sublime la del Padre, a cuyos pies se llora, no se discute ni se pelea.

Ya se ha dicho que en Roma nos domina la historia, así como en Florencia el poder creador del espíritu. En Roma no se inventan las ideas; se las desarrolla, se las reduce a plan. Periódicamente el poderío de Roma se alimenta del don creador de una Atenas, una Alejandría, una Florencia. Pero el exceso de reglamentación, la necesidad misma del sistema, apagan la vitalidad de las ideas, les extinguen el hálito comunicativo; por ejemplo: el cristianismo sofocado dentro de la Iglesia. Sin embargo, Roma es necesaria. El arreglo orgánico es indispensable a la perduración de los credos, lo mismo en religión que en arte. Pero lo necesario no es lo agradable. Y, por otra parte, la historia es odiosa. La historia es resumen de los sucesos corrientes, por lo mismo inimportantes de la humanidad. Sólo a un sujeto sin inventiva espiritual, hombre de mera lógica como Hegel, se le pudo ocurrir que la historia era no instrumento del destino, sino su realización. Por ser fieles a su historia, la

mayoría de las naciones no pasan de la mediocridad. Y no es extraño que el materialismo económico marxista, doctrina de los destinos ramplones del hombre, haya tenido que fundarse en la historia. Todo lo valioso de la cultura, al contrario, se funda en procesos de creación, de inventiva, de revelación y milagro, que contradicen la historia, la repudian o no la toman en cuenta. Sin historia y con desdén de la historia, se creó el mundo mental y artístico de los indostanos, lo mejor de la humanidad antes de Grecia y de Cristo. Y Cristo no necesitó de la historia y es su constante problema, su negación y también su inspiración y su única guía válida.

La historia nos da el proceso de las multitudes y las naciones encabezadas por jefes que no valen más que los rebaños que representan. El destino de las naciones suele, de esta suerte, no ser otra cosa que agregado confuso de cantidad sin calidad diferenciadora y salvadora. En cambio, los sucesos del espíritu, la aparición de las grandes virtudes, son excepciones de la historia, obligada a tomar en cuenta a Poncio Pilatos, pero olvidada de Jesús tan sólo porque lo había olvidado Poncio Pilatos. La historia es, pues, catálogo de la mediocridad enseñoreada de la Tierra, ignorante de los valores verdaderos de la existencia. Para el historiador, las grandes virtudes son excepciones de la costumbre, violaciones de la conducta ordinaria. Las grandes ideas escapan al historiador que tiene que preferir, sobre Sócrates, a los magistrados que lo condenaron, y sobre Platón, a los tiranuelos que sucesivamente lo persiguieron. La historia, en suma, es ciega y sorda para las cosas del espíritu y un amontonamiento de sucesos que no nos importan. Por eso se hallan tan por encima de la historia la Mitología, la Poesía, la Fábula, el Arte y la Literatura.

Para conocer una edad no quiero su mejor libro de

historia, sino su mejor novela. Más sabemos todos de Francia por Balzac que por Monsieur Thiers o Monsieur Guizot. Y el romántico y atractivo Michelet nos dice en realidad menos que Chateaubriand. Y es que el asunto de la historia es bajo.

Por otra parte, ya se sabe que en Roma nunca se han inventado las ideas. A los griegos nada les añade Roma, ni tampoco a los Padres de la Iglesia. Y si no fuese porque el latín es la base de los idiomas modernos, ni a lengua clásica llegaría con su literatura mediocre; los eruditos mismos se saltarían lo latino para aprender griego y hebreo, los idiomas originales del más fuerte pensamiento de la humanidad. Y la Judea casi no escribió historia. Grecia inicia, crea la historia; pero con ser tan interesante y bien escrita la obra de un Tucídides, nunca alcanza la significación profunda del mito. La mejor historia nos deja impresión de cosa pasada y muerta. En cambio, la Mitología nos sale al paso a cada momento como enseñanza viva y explicación de realidad perenne. A cada momento tenemos que recordar a Prometeo en nuestras luchas contra las injusticias de Júpiter. Minerva se nos aparece como una madrina, necesaria, frecuentemente. Y Circe nos sale a menudo al paso, perversa y seductora. Todo el destino lo tenemos de esta suerte envuelto en las ocurrencias eternas de la mitología, resumen de enseñanzas sabias, símbolo de oportunidades, fatalidades y esperanzas eternas. No así la historia, letra muerta que cuando se repite sólo consigue engendrar una vez más la inconsecuencia, el error, la injusticia.

Sobre esto divagaba cuando hice mi primera visita a la Legación de México, que estaba a cargo de Rafael Nieto, un ex gobernador de San Luis, de procedencia carranclana, pero que había procurado cultivarse. Por virtud de componendas de la política local había ganado una legación en Europa y

me agasajaba con una comida en la que estuvieron presentes dos o tres caballeros italianos y un sacerdote mexicano del Colegio Pío Latino. Deslumbrado todavía de Florencia y sus alrededores, manifesté que no podía gustarme Roma, la ciudad que exaltaba dos poderes con los que nunca me había sentido completamente en paz: los Emperadores y los Papas. Menos con los Emperadores que con los Papas. Me quedaban contra Roma resabios jacobinos renovados con la lectura de novelas como la de Zolá y la de Fogazzaro, en que se habla de la oportunidad que se abriría para la unificación y difusión del catolicismo con una Roma menos pomposa, menos rica, más humilde. Una excusa, sin embargo, es de justicia: Los Papas modernos disponen de riquezas, pero no las usan para sí mismos; las emplean en obras como la Propaganda Fide. El Papa, por causa misma de la edad avanzada en que toma usualmente el cargo, no gasta en su propio regalo lo que el más pequeño funcionario de aldea se permite.

Ocupaba la Legación un palacio extenso, mal adecuado, producto de una de esas compras en que predomina la consideración del negocio más bien que el interés permanente del país. En general, las legaciones deberían construirse como lo hace Estados Unidos, según arquitectura representativa de la nacionalidad y de acuerdo con la importancia de las relaciones de todo orden. Dinero se ha gastado, pero mal, porque no ha habido cabezas en nuestra Cancillería ni continuidad de propósitos. Por lo demás, ni siquiera escuelas construimos. Únicamente casas particulares de gran lujo para los altos funcionarios, de procedencia ilegítima. Se quejaba, pues, con razón, el ministro Nieto, de las incomodidades de aquel Palacio costoso. Y con su silencio me refrenaba mis censuras, mis indignaciones por la situación en que había caído México.

Por la Legación desfilaron en aquellos días algunos mexicanos que, como yo, andaban mirando a Roma. El más curioso visitante fue el general Arnulfo Gómez. Me lo encontré una mañana en la antesala, momentos antes de que bajara Nieto al despacho.

Me abordó campechanamente:

—¿Cuándo regresa a México, licenciado?

—No sé; no tengo por ahora, ni ganas.

—¡Ah, qué licenciado! ¡Si viera cómo está ahora México bonito!

«Cada uno juzga de la feria según le va en ella», pensé.

—¿Y qué novedades hay, general?

—Pues están tirando la avenida X para hacerla más ancha.

«Tirando —reflexioné—; siempre echando abajo...»

—Sí, licenciado; regrese pronto y verá... Y Roma; ¿qué le parece Roma, licenciado?

—General, acabo de llegar...

—Yo también; figúrese usted... ¿cuándo llegamos? —volviéndose a un ayudante que, respetuoso, contesta:

—¡Hace cuarenta y ocho horas, mi general...!

—Eso es; y en dos días ya hemos visto todo lo que hay que ver. ¿Verdad, licenciado, que ya no hace falta quedarse más tiempo...?

«No —pensé—; no te hace ninguna falta.»

Era triste el espectáculo de aquel bárbaro soltado a gastar dineros del tesoro público. A precio de sangre había comprado aquel viaje; sangre ajena, se entiende; sangre de víctimas. Se empezaba a hablar de su candidatura a la presidencia, y era el candidato lógico en un régimen como el de Calles. Compadre y protegido de éste, me trataba ahora

con deferencia porque subconscientemente hacía recluta de licenciados. La triste suerte del abogado, del hombre de letras en México, ha sido servir de amanuenses a estos caudillos primarios, dueños del albedrío de una nación explotada en lo grande por el extranjero, en lo pequeño por la porción salvaje de sus habitantes. Meses antes, cuando el delahuertismo, el general aquel, posesionado de la capital de la república, no hubiera tenido empacho en mandarme asesinar. Después, orientado ya hacia la presidencia, se reconciliaba con los intelectuales… para que, llegado el momento, «le echaran discursos»… ¡Y ay del intelectual que se niega a echarles discursos de encomio a todos estos malhechores…!

Bajó Nieto; saludó a la media docena de personas que estábamos en la antesala, y dirigiéndose a mí, dijo:

—Pase, licenciado…

Era lo protocolar que un ex ministro pasase adelante de un general; pero es tal la vanidad de estos sujetos que, temiendo por Nieto, luego que estuvimos solos, en su bufete le dije:

—Mire: yo no visito al ministro; visito al amigo. Reciba primero a Gómez y yo espero… Es individuo que lo puede perjudicar…

—¡Que vaya al diablo ese salvaje! —estalló Nieto—. Por ahí andan haciendo escándalos en los cabarets, él y su gente…, y lo peor es que se exhibe como militar mexicano…

La ciudad

Roma. Apenas se comienza a verla y rectificamos nuestros prejuicios. Como ninguna otra ciudad del mundo, da la impresión de la grandeza. No se tiene idea de lo que es una bóveda, una nave, un espacio cerrado que imita el firmamento mientras no se ha visto a Roma, a menos que se proceda del Sur, es decir, de Constantinopla y las basílicas bizantinas. Pero el que va del Norte y está habituado a la pobreza de la arquitectura occidental, obtiene en Roma la primera revelación de la majestad en la fábrica humana. El edificio que más me gustó en Roma es la iglesia Basílica de Santa María Mayor. La fachada tiene sobre el pórtico una logia de tres arcadas con remate de estatuas. Cinco puertas dan acceso a una interior que quita el aliento por lo grandioso. Una nave central anchísima se apoya en columnas de mármol y granito que reciben dos naves laterales. Por ambos lados, capillas espaciosas ensanchan todavía más la construcción. Y así que se llega frente al altar mayor, sostenido por cuatro columnas de pórfido, miramos a la derecha la Capilla Sixtina, grande como una catedral; por la izquierda, otra capilla grandiosa. Al fondo, en el ábside, lucen los mosaicos de la Coronación de María; detrás, la enorme nave de la entrada domina el conjunto, que da la impresión de una plaza suntuosa, y es un edificio cubierto. La prodigiosa bóveda atestigua el atrevimiento de las Termas que la Roma cristiana aprovechó *ad maiorem Dei gloria*. Y fue allí donde experimenté, más aún que en San

Pedro, la verdad de la Roma eterna. Eterna desde que tomó por su cuenta la sistematización y defensa del cristianismo en el mundo.

San Pedro no me produjo la impresión que es de esperarse de su categoría de obra maestra en que han intervenido poderosos ingenios. La fachada tapa la gran cúpula y apenas si impresiona por el tamaño más que por la majestad. Fue construido en mala época San Pedro y metieron muchos la mano en hacerlo. Carece de la unidad que es atributo de edificios que son el sueño de un solo artista. Revela vacilación en el estilo y uso de formas que no armonizan. El toque decisivo lo dio Miguel Ángel, que siempre anduvo tras de lo grandioso y se quedó en lo simplemente grande. Así su David de Florencia, especie de gigante que nos deja insensibles y nos lleva por contraste a descubrir todo lo que hay de fuerza en la figura de proporciones normales y suavidad increíble, del Perseo, de Benvenuto Cellini (loggia dei Lanzi), mucho más vigoroso que todas las figuras hinchadas de Miguel Ángel. Y luego, la hinchazón la llevó al extremo, en San Pedro, el desorbitado Bernino. A Miguel Ángel se debe, al fin y al cabo, la bóveda de San Pedro, elegante en el exterior, inmensa por dentro y las naves estupendas de proporciones. No logró, sin embargo, la armonía de cualquier Basílica bizantina. Miguel Ángel construía pensando en los modelos. Y los arquitectos del bizantino eran, en sí mismos, el modelo. Y nunca suple la inspiración a la imitación.



Roma, Italia

Después de Miguel Ángel, y en precipitada declinación artística, el Bernino toma posesión de la obra de San Pedro y la hace pomposa, vana, impresionante, ya no sólo por las simples dimensiones, también por el truco de esculpir mantos que luego hay que sostener por detrás con varillas de hierro para que no se desmoronen.

Con todo, satisface pensar que no obstante sus defectos es San Pedro la nave más ancha, el edificio más suntuoso del mundo moderno. Lo que demuestra que sigue siendo la arquitectura un arte latino, aun en épocas de superioridad anglosajona y decadencia de lo mediterráneo. En el exterior, la plaza de San Pedro es alegre y pasa como bella en las fotografías. Pero el que ha andado por entre esas columnas en rotonda que alineó el Bernino; o más bien dicho, el que ha tropezado queriendo andar entre ellas, se irrita contra la torpeza, la vanidad de aquel hombre que dispuso de todos los medios que puede ambicionar un gran arquitecto y produjo apenas un disparate monumental.

En el interior, Miguel Ángel fue el descomponedor. Su ambición de tamaño le indujo a modificar el proyecto armonioso del Bramante. Apegado a la tradición de la Basílica, el Bramante, con juicio certero, proyectó una planta de cruz griega de brazos iguales. Esta disposición permite dar a la cúpula todo su lucimiento. Esta perfección propiamente griega, pero de los griegos de Bizancio que habían aprendido del Asia un poco más que sus antepasados atenienses, Miguel Ángel la estropeó añadiendo, precisamente, la pueril fachada prebarroca seudoclásica que tapa la cúpula y deja a la vista únicamente el remate de estatuas que en otros monumentos romanos es embellecimiento suntuoso, pero en San Pedro roba lo que debe mostrar un edificio, que es su cuerpo. Al ponernos enfrente una portada pretenciosa, Miguel Ángel hizo lo mismo que el que pone velo a un desnudo; nos privó de la alada y majestuosa visión del conjunto que concibiera Bramante. Un error igualmente desastroso cometió Miguel Ángel al cambiar las columnas interiores del plan del Bramante por unas pilastras enormes que son el más feo rasgo de toda la iglesia. Rompen la armonía de las naves y matan el efecto de la cúpula. Precisa acercarse debajo del domo para apreciar la audacia, la serenidad de la concepción original de Bramante.

Pero San Pedro no acierta a darnos una impresión total que corresponda a sus dimensiones, dobles por lo menos, de las de San Pablo de Londres o Nôtre Dame de París; en cambio, en los detalles, San Pedro es rico para retener al viajero días y semanas. Se puede hacer a un lado el baldaquino, litera portátil, colosal, imaginada por el Bernino, y todos los demás inventos berninescos, y todavía queda mucho bueno que ver. Sin contar la música suprema que se escucha en la capilla de la Corona. En Capilla de honor se

admira la *Pietà*, de Miguel Ángel, conocida en todo el mundo por las reproducciones y que impresiona por su ternura sobrehumana. Por curiosidad de turista se baja la cripta que contiene los sarcófagos de muchos papas, mosaicos y estatuas de Mino de Fiésole, de Pollaiolo, que requerirían horas de atención. En cada sitio de Roma abruma la cantidad de material artístico, arqueológico, histórico, que una vida entera de estudio apenas lograría ordenar, catalogar y juzgar.

El viajero ordinario tiene que conformarse con ver de prisa y, sobre todo, debe seleccionar si no quiere quedarse con la cabeza llena de notas superficiales y confusas que en seguida se olvidan.

Trabajo de cada cabeza humana y obligación es repensar la historia y el pensamiento del mundo para construir nuestro instante. Y apenas creemos haber formulado una interpretación, nuevas experiencias se imponen, atisbos súbitos reforman lo que habíamos definido ayer. Y así nos quedamos sin terminar jamás la construcción, sumergidos en una corriente de vislumbre, sensaciones, raptos de claridad y reposo de éxtasis en que todo se explica. En seguida, otra vez la brega, la inquietud, el hastío, la desesperación. Perdidos nos veríamos si no fuese porque a ratos la conciencia escapa de sí misma y se aposenta en la gracia divina, que es dicha infinita y eterna.

El Vaticano

A la vuelta de San Pedro está el Palacio Papal, verdadera ciudad que hoy ha vuelto a ser Estado según el concordato de Mussolini. Para el que no tiene ocasión de ver al Sumo Pontífice, el interés del lugar se reduce al Museo Vaticano, que es espléndido. La Pinacoteca es una de las mejores del mundo y dispone el visitante, además, de un Museo Egipcio, uno Etrusco, sin contar las cámaras de Rafael y la Capilla Sixtina. Está todo repartido en un grupo de construcciones espaciosas, majestuosas. Y la verdad es que los departamentos reservados para habitación y uso del Pontífice ocupan escaso lugar. Lo mejor del inmenso edificio, que tiene más de mil cámaras y capillas, está dedicado a los museos, la biblioteca, las galerías. Se fatigan las piernas de caminar y los ojos de ver. Y la más grande erudición no alcanza para abarcar todo lo que allí se acumula en arte, en historia, en devoción y, en suma, en cultura. Consuela pensar que ningún imperio, ni el británico, ha podido reunir los tesoros artísticos que la Iglesia posee, porque en su mayor parte los ha creado; en otros casos, porque los ha recibido para su guarda en donativos y no como fruto de la conquista o el oro. Orgullo de catolicidad nos revive la sangre. Más alto que ningún poderío mundano está el Solio de San Pedro, que no tiene ejércitos, no cobra impuestos forzosos. Si hay un centro de unión alto y voluntario de todas las razas del mundo, él está en San Pedro y el papado, pese a los errores de la política temporal. Cosas

feas se ven todavía en Roma o se saben; por ejemplo: el Tribunal de la Rota, que otorga anulaciones matrimoniales, pero sólo a quien puede pagar el precio exorbitante del litigio. En los tiempos modernos, la moralidad personal del pontífice está fuera de discusión y esto crea un ambiente de pureza en torno a la ecuménica institución. El alto nivel intelectual de un gran número de cardenales y su virtud notoria hace del Colegio un cuerpo venerable y poderoso en la política del mundo. Y se bendice este poder fundado en la autoridad que da la virtud. El dinero que antes se empleaba en el lujo de estos palacios se gasta hoy, en su mayor parte, en la obra de Propaganda Fide, que abarca el Asia, el África y también la Patagonia. Don Bosco es la figura moderna de la Roma proselitaria, y de la bendición de sus colegios, sus misiones, sólo se han privado los indios de México, separados del mundo cristiano por las Leyes salvajes de la Reforma, que prohíben la continuación de la obra misionera que creó nuestra nacionalidad. Una de las más interesantes secciones del Vaticano es la Galería Geográfica, donde, aparte de joyas de cartografía, se pueden ver en mapas el progreso y las oscilaciones de la propaganda católica por todo el planeta. Y se reconoce que cada millón de chinos añadido a la comunidad de los fieles es un millón ganado para la causa de la civilización a que pertenecemos. Y lo mismo ocurre con las poblaciones conquistadas para la fe en la India o en el corazón del África. Pues ni el hinduismo, mucho menos el musulmanismo, representan una fe viva y completa, una fe salvadora. Y no será posible el concierto de las naciones y las razas mientras no se logre uniformidad en la creencia. Y sólo la creencia más alta tiene derecho a imponerse. Produce, en consecuencia, viva satisfacción seguir en los mapas el progreso de la acción proselitaria y tal como a un inglés o un *yankee* le causa beneplácito mirar el

avance de su bandera por territorios distantes. La bandera de la Iglesia realiza conquistas más perdurables que las que logran los más poderosos imperios. Y, en efecto, no hay mejor manera de entenderse con un chino o con un malayo, que a través del signo de la cruz, hermanados en la patria nueva que cada cual gana con sólo adoptar la creencia en Jesucristo. Toda mi alma, aunque aplastada por la derrota de mi nación, sentía revivir el fuego imperialista que ganó el Nuevo Mundo para la cultura latina. Únicamente los salvajes en sus tribus y los jacobinos de América en sus nacioncillas subordinadas a la doctrina Monroe se creen dichosos cuando no aspiran a nada más allá de sus fronteras fingidas; fronteras para el nacional, no para el extranjero. La superioridad milagrosa del imperialismo de la Iglesia está en su pacifismo inalterado. Y su persistencia sobrenatural recuerda uno de los cuentos que recogí por entonces en Roma. Se trataba de un mandarín riquísimo y sabio que decidió estudiar las distintas religiones antes de dedicarse a adoptar para sí alguna. Y después de alimentarse en sus propios clásicos, Lao-tse el Celeste y Confucio el filósofo de la Tierra, el mandarín estudió las religiones fundamentales de la India, el hinduismo, el jainismo, el budismo. En seguida, dedicando apenas tiempo escaso a las simplezas del musulmanismo, se trasladó a Europa y estudió las sectas de Lutero y Calvino a la fecha. Y por último, se estableció en Roma, revisó la historia del papado, se enteró de las murmuraciones y los vicios de otras épocas, y concluyó proclamándose católico. Y cuando le preguntaron al mandarín qué es lo que en definitiva lo había decidido, explicó que la perduración de la Iglesia, pues si no contase con auxilio divino, dijo, ya habría desaparecido minada por la corrupción de ciertas épocas.



El Vaticano y la plaza de San Pedro en Roma, Italia

El marxismo como amenaza seria de la cristiandad, todavía no se manifestaba por entonces en Europa y estábamos apenas en los albores del fascismo. Sobrevinieron después años de prueba; extendió la Internacional Judía sus tentáculos por toda la cristiandad, y hoy, transformada Alemania al nazismo, convertida Italia en imperio, a la vez que en la Rusia de Stalin los judíos son exterminados, arrojados de los altos puestos, se piensa otra vez con el mandarín que la victoria sobre sus enemigos es una prueba de la significación sagrada de la Iglesia.

Varias mañanas de mi permanencia en Roma las dediqué a visitar una y otra vez las salas luminosas del Museo del Vaticano, tan superiores arquitectónicamente al museo Británico y al Louvre, y también en ciertos aspectos por el contenido. Impresión de luz y grandeza como no se obtiene jamás en las capitales nórdicas, y acumulación de tesoros. Las salas de los vasos griegos complacen de modo especial.

Un pintor que se aprende a estimar en Roma es Rafael.

Nunca ha podido ser de mis predilectos, pero le alabo su dedicación a los asuntos nobles. Conduce esto al academismo, pero acierta Rafael a mantener no sé qué frescura, hasta cuando pinta las *Disputas de los sabios de Atenas*. La gracia, ese don tan extraño a mi temperamento, parece natural en Rafael. Quizá un genio como el suyo hacía falta, precisamente, para dar encanto a temas tan abstractos como la Poesía, la Teología, la Filosofía. Y aclamo el acierto de Julio II, que imponía tales temas a sus artistas, aunque no acertaran del todo. Así, por ejemplo, encuentro fría la *Disputa del Santo Sacramento* y no me convence, como me convence una tabla de Berruguete que anda por ahí, no sé si en el Museo de la Catedral de Segovia.

Y, por supuesto, el rincón que no escapa a ningún peregrino es la Capilla Sixtina, decorada por Miguel Ángel. Sin duda está allí lo mejor del gran hombre. Le perdonamos la gigantasia, pero no evitamos el recuerdo de la elefantiasis que de ella derivó el Bernino. Quizá si no lo exagera el Bernino, no nos parecería tan mal Miguel Ángel. En los frescos grises de esta ancha capilla hay un soplo de grandeza al que no escapa el más insensible. Particularmente seducían, fascinaban, figuras aisladas como las de los evangelistas, los profetas y las sibilas. El *Isaías* de Miguel Ángel es lo que más me gusta de toda su obra. Y sus sibilas me reconcilian con su genio atormentado. Siguiéndole la huella me fui una tarde a San Pietro in Vincoli para ver el célebre Moisés. Allá mi desilusión tomó proporciones de protesta. En vano busqué majestad en aquel mármol pomposo, en aquel gesto de una boca que parece enferma de postemilla… Y conozco mucha literatura sobre la supuesta calma y fuerza de esta obra, para mí discutible.

Otro monumento romano que visité a menudo fue San Juan de Letrán, que me gusta por grandioso, despejado y

soberbio, y porque su disposición de basílica, sus columnatas y sus mosaicos me preparan para la emoción central de aquel viaje: la Santa Sofía de Constantinopla.

Monumentos romanos como el Panteón y las Termas me interesaron mucho, pero sólo como antecedente del estilo que se crearía después en Bizancio como expresión de síntesis grecocristiana, operada en filosofía por la Patrística y en liturgia por la Iglesia griega.

La Roma de Garibaldi

Estaba ya en decadencia por esa época. Y el garibaldismo se hallaba reducido a la categoría de artículo de importación con rumbo de Iberoamérica. De Roma desaparecía junto con la fiebre de los pantanos, que ya empezaba a desecar Mussolini. Para darse cuenta de lo que representa en la historia de Italia la generación de Garibaldi y de Víctor Emanuel, basta con mirar, al centro de Roma bajo el Campidoglio, el monumento a Víctor Emanuel II, Padre de la Patria, el Juárez italiano que, asociado a la masonería, consuma un pensamiento que se dice nacionalista y no logra restaurar ni los límites de la Italia de la República, mucho menos los del Imperio. Al contrario, el liberalismo garibaldino, como el de Juárez, renegaba del imperialismo, en teoría, si se trataba del imperialismo italiano, sin perjuicio de los fueros sagrados del imperialismo anglosajón. Pero lo que enseña el ridículo en la Italia Redenta es esa colección de corsos y galerías cubiertas que han quedado en cada ciudad italiana, callejuelas pobladas en la planta baja de cafés y comercios, techadas con hierro y cristales y abiertas en los extremos en arcos altísimos y disformes que parecen haber tomado de modelo el Arco de la Estrella de París. En todo caso, un clasicismo de opereta, de vano alargado que rompe la gravedad de la construcción y atormenta el equilibrio del que lo mira. Roma tiene lunar semejante; además, el monumento a Vittorio Emanuele, amontonamiento de mármol blanco, en columnas, en

bloques, toda una cantera hecha pedacería labrada, decorada con caballitos de bronce dorado. Parece que a los franceses les gusta el monumento. *La Guide Bleu* lo califica de ejemplo de la majestad del estilo grecoitaliano moderno. A mi juicio, todo el que tiene ojos lo repudia como una nota chillante y de ruin gusto costoso, rastacuera y digna de los garibaldinos que anduvieron por la Argentina. En suma: un feo lunar sobre el rostro venerable de la Roma antigua.

Se afirma que el tal monumento simboliza la conquista de la unidad italiana. Simboliza la unidad de una época. Y con razón Mussolini, verdadero constructor de la unidad italiana según el sueño de D'Annunzio, se ha desentendido del italianismo garibaldismo híbrido, y después de tomar prisionero al último Emanuele, se ha dedicado a enraizar la unidad italiana, en la única base de sustentación que puede darle fuerza, o sea, el recuerdo del Imperio que tuvo de colonia menor a Inglaterra.

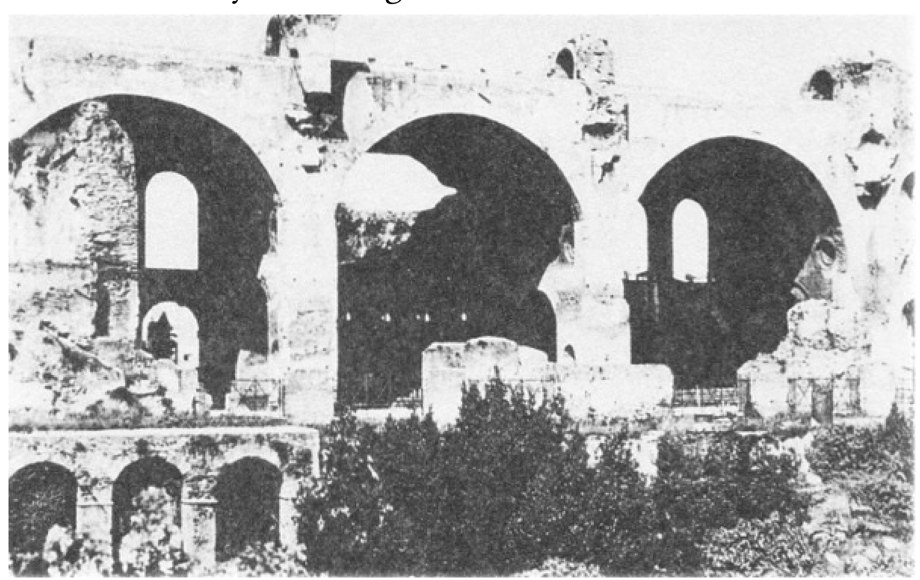
Nieto, nuestro ministro, más permeado que yo de patriotismo, a lo liberal, presumía de cierto desdén de lo antiguo y me incitó a visitar una exposición recién abierta de arte moderno italiano. Pero me rebelé.

—No hay tiempo en Roma para eso —le dije. Y añadí—: lo de salones de independientes y de burgueses, de académicos y cubistas, se queda para París… En Roma abunda el arte de verdad.

De pronto, en una esquina, el canto de una fuente monumental nos roba la atención; nos conduce a ambicionar una vida eterna dedicada al estudio de la escultura helénica que se guarda en el Museo Etnográfico, rico de antigüedades cretenses, atenienses y aun de vasos peruanos. O el Museo Nacional, en donde uno se encuentra cara a cara con Praxiteles y una gran colección, una fiesta de ninfas, diosas,

Venus de Cyrene, Venus génitrix, estelas, sarcófagos, frisos, material, en fin, para todo un curso de gran arte.

Dos enemigos tiene, sin embargo, la Roma arquitectural: el Bernino, que afeó tantas fachadas con su obsesión de convertir la piedra en trapo, y el estilo jesuita, que priva al barroco de las galas que lo justifican: el derroche decorativo del manuelino y el churriguera.



Ruinas romanas

La campiña romana

Todo es perfecto en Italia: el cielo y el mar, la naturaleza y la obra del hombre. A Nieto debí conocer un balneario inmediato a Ostia. Con dos de sus hijitas; su señora, muy bella y afable, y un compatriota que estudiaba arqueología, navegamos una hora en un mar risueño; anegado de sol. Almorzamos después bajo las frondas de una villa modesta alquilada para la estación. El arqueólogo me invitaba a visitar unas excavaciones que hacían ruido en el momento.

—Apenas tengo tiempo —le dije— para acabar de digerir las impresiones de lo que está ya descubierto desde el Renacimiento. No tengo temperamento de erudito ni de investigador del detalle. Me pasa con lo nuevo, en arte y en historia y aun en filosofía, que sólo me interesa cuando yo lo invento. No me queda tiempo para enterarme de las invenciones de mis contemporáneos, ni puedo estar esperando a que acaben de definirse o de producirse. Tengo que atenerme a lo hecho, lo ya descubierto, lo ya consagrado, para fundamento de mi propia creación. De otra manera, se queda uno esperando el dato nuevo y no llega nunca a formular una síntesis. Ahora bien: construirse una síntesis es la necesidad primordial y final de la acción toda del espíritu. Puedo dejar una síntesis, pero sólo para entregarme a otra. Y exagerando un poco, añado que sólo me siento a gusto cuando paso de un dogmatismo a otro dogmatismo, pues detesto el concepto fragmentario y la

dispersión en materias de conciencia.



Lucania, Italia

Entre las excursiones a los alrededores elegí, pues, las más famosas, las usuales: la Villa Adriana, Frascati y el recorrido de los lagos por Marino, Castelgandolfo y Albano. Los carros del tranvía eléctrico se llenan de alemanes de todas las edades, cargados de «Guías», cámaras fotográficas, binoculares y cuadernos de apuntes. Yo rara vez hago un apunte, y así que lo hago lo pierdo, y si no lo pierdo no lo aprovecho, no vuelvo a revisarlo. Creo que nos basta con el material que espontáneamente retiene la memoria; lo que traba el olvido, bien perdido está por lo común. Gran asepsia a veces la del olvido. De Frascati recuerdo la desilusión de que el vino estaba un poco ácido. No puedo pasar vinos agrios, secos, que gustan al paladar inglés, según se asegura. Y lo dudo, porque aun el *whiskey*, cuando es añejo y fino, sabe dulzón. En alguna ocasión probé un frascati realmente sabroso, con buen bouquet y levemente dulce pero fue pedido por persona conocedora, de suerte que,

probablemente, lo que se vende en grande como frascati es algún vino de elaboración corriente, destinado a los turistas. El hecho es que ya ni la huerta me pareció bien. Regresé a Roma molesto. En cambio, recuerdo con gratitud el domingo que dediqué a los largos, antiguos cráteres de volcán, circundados de pinos, lucientes y apacibles. Grato es mirarlos desde la terraza de los cafés, las fondas de Castelgandolfo o de Albano. Toda la comarca vecina está llena de villas y palacetes modernos y de restos de termas y monumentos, tumbas etruscas y anfiteatros. La acción constructiva no se ha interrumpido en estos territorios desde que Roma empezó a formarse; antes, quizá. El lago de Nemi era llamado por los antiguos, Espejo de Diana. Un bosque de las inmediaciones estaba consagrado a la diosa. En un rincón de su playa se muestran restos de dos navíos que fueron de Calígula. Todo esto sobre la serranía, que no es como las nuestras, abrupta y salvaje, sino ondulosa, fértil, luciente, acogedora.

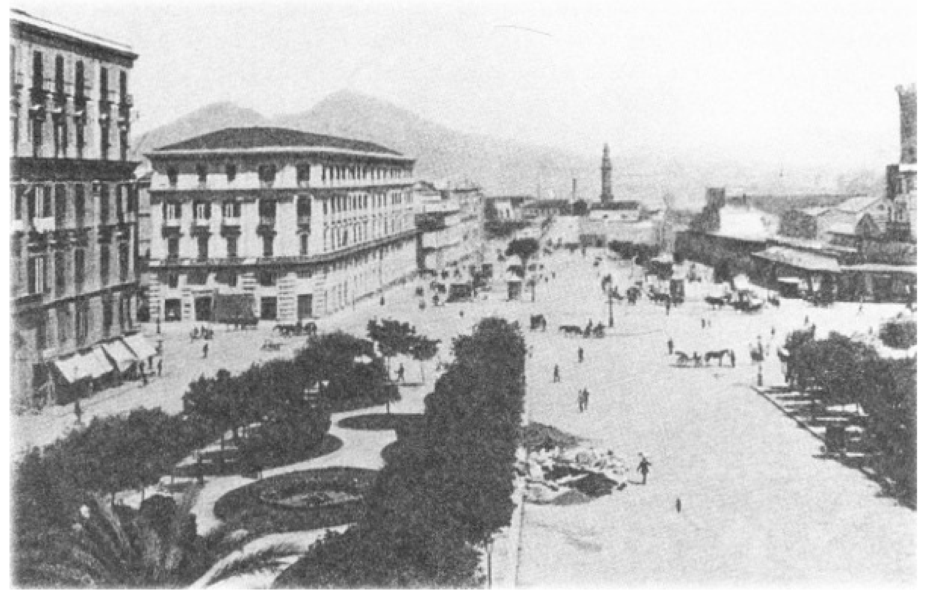
Y me marché de Roma sin asomarme a las catacumbas, sin acabar de ver ni la mitad de lo esencial; me corría prisa de seguir adelante tras el bizantino; la manía de sacrificarme a una tesis me cerraba los ojos, me quitaba el interés para todo lo que no fuese la huella de lo cristiano oriental, desde sus fronteras del Norte de Italia y Florencia hasta su cuna de Constantinopla, en la moderna Turquía.

Nápoles

Nos lo ha echado a perder el turismo. Nada se puede ver en Nápoles que no hayamos visto ya reproducido cien veces en fotografías y en cromos; nada se puede decir de Nápoles que no se haya estampado ya en los diarios, las memorias, la literatura. La ciudad, tendida a orillas de una bahía azul, reclinada contra el Vesubio, es asunto de tarjeta postal. El viajero lo siente, y aunque la belleza natural del sitio contagia y se impone, queda siempre un punto de risa que insinúa: ¡Anda, expresa tu éxtasis! Pues sucede con estas bellezas puramente externas lo que con las bonitas tontas: la falta de contenido acaba por arruinarles la fama. Nápoles también nos seduce de tal modo con su cara de inmaculada perfección física, que no nos deja tiempo de averiguar si hay algo más, en la ciudad, que terrazas para la contemplación del panorama. Y vaya que cuenta con un museo soberbio, el Nacional, rico de mármoles arcaicos, bajorrelieves que son copia de Fidias, Afroditas de Praxiteles, la *Amazona muerta* y ejemplares como la *Venus Calipigia*, que sugiere no sé qué maligna relación con la fama turbia que disfruta la ciudad. Encantan las terracotas etruscas y sorprende la colección de bronces de Herculano, principalmente *Las Danzarinas*, cuyo ímpetu arrebata todavía al que las mira y cuyos ojos de córnea blanca se nos vuelven obsesión misteriosa. En la galería de bustos griegos, uno de Homero que señalan con asterisco las guías, nos deja impresión patética, como del precio que hay que pagar por el genio, en una o en otra

forma, y aun en la Grecia dichosa.

El adelanto increíble de la pintura griega se pone de manifiesto en el trozo de una decoración mural del templo de Paestum, que el museo guarda con avaricia y, por supuesto, media docena de visitas no bastan para disfrutar colecciones como los frescos de la Campania, los mosaicos de Pompeya; los vasos áticos en negro y rojo, ni la estupenda Pinacoteca, donde tropezamos con una sala Bruegel con la *Parábola de los ciegos*, y una sala Tiziano, con su *Magdalena arrepentida* y una *Danae* y las *Bodas de Santa Catarina* del Correggio, etcétera, etcétera, entendido que cada etcétera puede representar en este caso una obra maestra que bastaría para hacer famoso a todo un museo de ciudad menos favorecida que las de Italia.



Nápoles

Y en Nápoles sí, la mente descansa y el cuerpo vive. Una comida en esencia vegetariana, según se ve por las pastas y la pizza, tortas deliciosas de sardinas entomatadas y puestas al horno, mantiene alegre, ligero el ánimo de una población

que parece hallarse siempre de fiesta. El esplendor barroco florido de las iglesias principales revela un misticismo alegre. La exigencia del milagro en lo físico se satisface con la fábula de esos santos que exudan sangre, o consuman algún prodigio material que fortifica el anhelo de la dicha eterna. Obtenida la confianza con testimonios tan obvios, ya es fácil, en seguida, disfrutar del sol del día y de la placidez, el fuego estelar de las noches poéticas. En ninguna parte del mundo he visto que una procesión religiosa suscite tal bullicio festivo. Corrían tras de la Virgen local los jóvenes, como se va tras de la novia y acaso porque la novia iba también dichosa, en el desfile devoto y alborozado. La imagen de la Virgen tenía también tono alegre, como sólo sería posible hallarlo en una Virgen andaluza. Acaso todo depende de la pobreza de la tierra. No soy muy secuaz del materialismo a lo Taine, pero algo tiene de cierto. La América es triste, porque come mal, aun allí donde por excepción hay abundancia. Pero ¿quién va a estar triste en Nápoles con ese vino color de ámbar y espuma natural, gusto de champaña *demi sec*, o mejor aún, y que se consigue en cualquier taberna a precio irrisorio?

Después de la obligada excursión al Vesubio y la visita a Pompeya, el caer de la tarde en la fonda de algún vergel, convence del acierto de quien dijo que habitar aquella tierra perfecta es ya un pecado de voluptuosidad. Y se piensa en esos lores ingleses que teniendo el poder, el dinero, el rango, se olvidan de todo, y establecidos en alguna de estas villas italianas de Capri o de Salerno se dedican al deporte de ver correr las horas dentro de una decoración gloriosa.

Sin embargo, no me gustó Capri; se vive allí en color, o, como se diría en inglés, *color conscious*; y no es tanto el simple color como para que usurpe la médula del pensar. Creo que a los mismos pintores les hace daño eso de tener la

paleta en el panorama y no en la mano. Y son de tal modo deliciosos los panoramas de mar y arquitectura, rampas, terrazas, muros, desembarcaderos, que sin que lo podamos evitar, el resultado sugiere el teatro. De tan bien hecho que está todo, se nos ha vuelto lugar común. Y luego, la tribu de los literatos famosos, los artistas internacionales y los charlatanes que han hecho de aquellos sitios punto de cita insufrible. La literatura de cromo que allí origina tiene invadido el idioma inglés. El cine ha robado de allí la luna y el mar con todo y la *Grotta Azurra*, los bateleros uniformados, las terrazas de los cafés, invadidas de restacueros de todas las lenguas. ¡Horror!

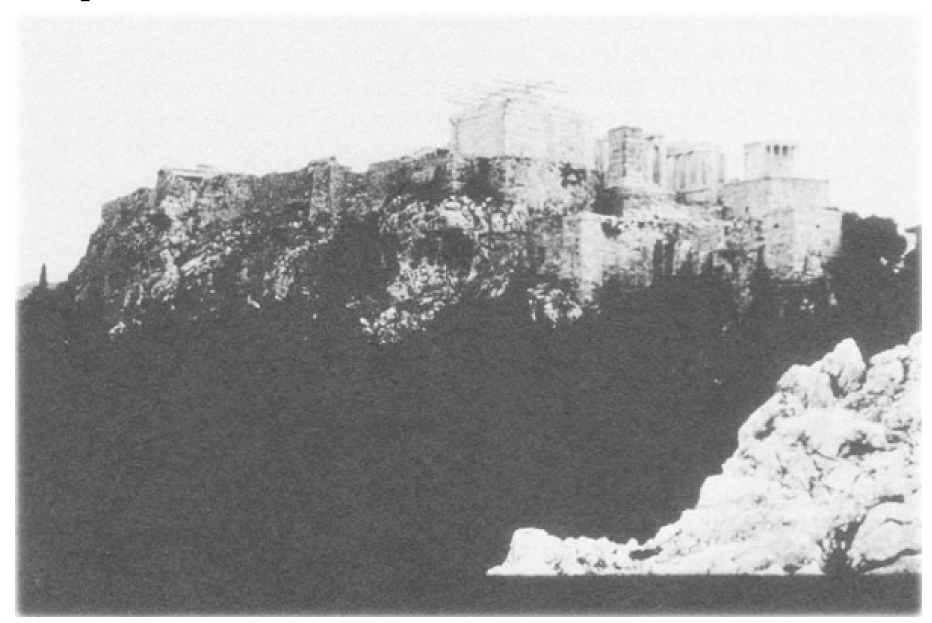
De un salto y sin más despedida que la que dediqué al acuario, para cuya descripción remito al lector a Blasco Ibáñez, me trasladé hasta Brindisi, puerto del Adriático de donde parten barcos directos al Pireo, entrada clásica de Atenas.

La Hélade

El viaje a Grecia no lo emprendí como un devoto de la cultura ateniense, sino como paso lógico de mi ruta por el arte bizantino, paradigma de las futuras clasificaciones de mi *Estética.* Ni siquiera por lecturas recientes estaba yo preparado para recibir las impresiones clásicas. Por el ferrocarril y por el barco había estado leyendo una biografía de San Pablo traducida del alemán y cuyo autor, siguiendo los pasos de Taine, nos da cuenta de la dieta del apóstol, hecha de aceitunas, sardinas y vino tierno del Mediterráneo. A Taine y su Atenas los tenía tan olvidados como a Renan y su oración sobre el Acrópolis. Lejos de querer recordar en la Acrópolis la elocuencia renanesca, me proponía convencerme de que no es el Partenón el modelo supremo de la humana arquitectura, sino la basílica de Santa Sofía, Partenón del cristianismo. Y aun habiendo sido en diferentes épocas de mi vida un platonista entusiasta, no andaba por aquellos días platonizando; al contrario, el momento más interesante de Atenas me parecía aquel en que San Pablo confundió en el Ágora a los sofistas, acabando por imponer la idea cristiana a la luz de la discusión libre, es decir, a la vieja manera ateniense. Lentamente, sin embargo, y como nacidas de una capa profunda del subconsciente, las memorias helenizantes afloraron en la conciencia, según se me presentaban de improviso panoramas evocadores de las lecturas juveniles como el *Telémaco* y la *Odisea.* Toda la campiña romana, risueña y luciente, no acertó a arrancarme

una sola recordación virgiliana; se lee por obligación de cultura a este poeta servil, que no deja huella profunda. En cambio, apenas comenzado el itinerario helénico, todo un mundo interior resucita, poniéndonos delante las horas más distinguidas del alma: las que hemos dado a la convivencia con los poetas y los filósofos de Grecia. Desde que subí al vapor de registro nacional griego, pequeño y descuidado, cargado de pasaje corriente, algo de emoción arcaica se apoderó de mi ánimo por la noche de tempestad que pasamos al salir de Brindisi; azotaba el viento las cuerdas de los mástiles y era fácil imaginar en el vaivén de la travesía, en la sombra del mar nocturno, una aventura como las que daban al traste con el infortunado Ulises, por playas ingratas. Ningún percance nos acaeció a nosotros. Por la tarde del siguiente día hicimos un desembarco de algunas horas en Corfú. Algunos pasajeros griegos de a bordo hablaron de visitar un santo famoso, quizá San Basilio, cuyas reliquias guarda una iglesia del puerto, y me uní a ellos. Era la primera vez que escuchaba cantos en el rito de la Iglesia griega ortodoxa. El ritmo dulce, melodioso, del viejo idioma, impresiona más que el latín. Me pareció mayor el lujo de las estolas, las casullas. Y encontré conmovedoras las imágenes recargadas, suntuosas de oros y azules en torno al marfil de los rostros. El lujo y el buen gusto de imágenes y retablos disminuye a medida que se aleja de su centro que fue Bizancio. Roma ha enriquecido la liturgia con el canto gregoriano y la gran música del siglo XVI, etcétera; pero en plástica la Iglesia Ortodoxa conserva la primacía artística. Educados nosotros en el churriguera que es oriental, hallamos afinidades inmediatas con el arte griego bizantino. Tal y como nos desazona la desnudez de San Pablo de Londres o de las mejores catedrales protestantes de Estados Unidos. En la ortodoxia griega se conserva una verdadera

voluptuosidad de la mística.



Ruinas griegas, Grecia

Por fuera, Corfú es una ciudad larga, extendida sobre la falda de las montañas. Desde una eminencia, al lado del camino que conduce a territorios célebres por sus villas de lujo, el guía muestra a los viajeros un islote, azotado de espumas marinas, todo verde de boscaje, colina echada al agua como una gema que rodara de las manos de Júpiter. Se cree, afirma el guía, que en esa isla naufragó en una ocasión Ulises. Y el nombre del héroe prudente corre de boca en boca, ilumina los ojos de los pobres viajeros del navío de segunda, privados de toda oportunidad de fama y de gloria. Y el espectáculo de montes cubiertos de árboles, bajo un sol clemente y a orillas del mar que guarda ecos de las sirenas, nos transporta a la Antigüedad, nos fuerza a sacudir las preocupaciones del presente, para disfrutar el viaje por la porción más ilustre de la historia. Desde aquel momento, y al conjuro del nombre de Ulises y la falsa leyenda de su encalladura en la hermosa pero insignificante isla, todo

ocurrió como si la propia Minerva, poniendo un velo sobre los ojos que contemplan el hoy, me hubiese abierto la mirada interior con que reconstruimos lo pasado a través de los siglos. En el vapor venía una señora danesa muy versada en arqueología helénica, que cada dos o tres años repetía el viaje a Grecia y a las islas. Dejándola hablar me ahorré lecturas. Por el estrecho de Corinto y su canal nuevo penetramos al corazón mismo de la Hélade, desembarcando ya de noche en el Píreo. Alquilando allí un taxi me trasladé, no sin pasmo de mí mismo, a la propia Atenas. Está uno allí y no acaba de creerlo. Respirando el aire que hizo robusto el pensamiento y los omóplatos del divino Platón.

Con todo, no podía desprenderme de la presencia, las conversaciones de la raza que hoy habita el país. Entre los del barco venían algunos de procedencia norteamericana. Los conocidos *greeks* que han llenado de malos restaurantes todo el país del Norte. Regresaban unos de vacaciones a su patria de origen y otros retirados de los negocios a establecerse en ella después de penar en el Nuevo Mundo. Forman una raza mestiza de elementos nativos y turcos, una de las mezclas más complicadas de Europa; por el Norte del África han desbordado también, hablan todos los idiomas sin conocer bien ninguno, simulan todos los temperamentos; han llegado a ser el símbolo del descastado, el nómada urbano dedicado al pequeño comercio, el cambio de moneda, el oficio de intérprete. Los que procedían de Estados Unidos me trataban con simpatía de semicompatriota: entre ellos no faltaba quien se hubiese asomado a la frontera de México y mostraba empeño porque el viajero tomase en serio a la Grecia moderna, no sólo al país arqueológico. Lo cierto es que la población en general es fea, como la de nuestras ciudades, ruidosa y pobre, y en ciertos barrios mísera. Un verdadero desecho de la conquista turca, que acaba con los

vencidos y nada crea en su lugar. Lentamente, según se recorren los países que fueron dominados por el musulmán, el odio ancestral de esta raza militar e inculta se hace profundo por los estragos que ha dejado en su cauda. Lo que hay de interesante en el renacer de Grecia y los países balcánicos es el barrido que después de la Guerra europea pudo hacerse de todo lo que es musulmán. Se advierten, de todos modos, en Grecia, varias capas superpuestas. Sobre la vieja ciudad pagana, profanada ya por los de Roma, había triunfado el cristianismo ortodoxo, que en gran parte es creación griega y enraizó admirablemente en el ambiente. Todavía hoy, los sitios de mayor interés de Atenas, aparte las ruinas clásicas, son las iglesias del culto ortodoxo. Están construidas en forma de cruz griega rematadas de cúpulas hexagonales y torrecillas risueñas. Un hálito de incienso invita a penetrar en sus recintos velados, ricos de imágenes, relicarios de religión y poesía. Encima de esta capa civilizada puso el turco su brutalidad. Ya se sabe que del Partenón hizo primero un polvorín; más tarde, una ruina. Pero trae consigo la conquista militar una calamidad peor que la destrucción de los más bellos monumentos, y es la corrupción, la prostitución de la raza vencida y la consiguiente aparición de la subraza que procede del atropello. Una explicación de la fealdad general de la masa la da el primer griego con quien se conversa; los turcos, durante siglos, consumaron una selección a la inversa, privando al país de las mujeres bellas, que eran robadas, compradas, para el sultán y para sus oficiales. Igualmente los hombres más altivos perecían en la protesta, que fue continua, y ya para cuando el azar de la política europea determinó la retirada del turco, no quedaba sino el estrato envilecido del pueblo. El hecho de que haya tenido que caer la Grecia contemporánea en manos de dictaduras militares oscuras comprueba la inferioridad de

la población. El idioma que se oye en la calle, que se lee en los avisos y los diarios, es un dialecto del griego antiguo que no conserva puros ni los signos del alfabeto. Sin embargo, es admirable el cariño con que los más humildes griegos modernos, empleadillos y horteras, o comerciantes en pequeño, así como nuestros compañeros de barco, hablan de las cosas antiguas. En general, se advierte un marcado deseo patriótico de restauración en lo cultural, no, por supuesto, en lo religioso. El paganismo integral es cosa de literatos que repudia el buen juicio del último hombre de la calle. Y los modernos atenienses son muy fervientes ortodoxos a juzgar por el número de iglesias y su concurrencia nutrida a todas horas. El empeño que se muestra por restablecer fiestas como las Olimpiadas es significativo de lo que venimos apuntando. Así como el hecho de que los principales edificios de la era de la reciente Independencia son de estilo clásico. Por ejemplo: el Museo Nacional, excelente, rico en ejemplares arcaicos y micenios y de bronces de Olimpia. La biblioteca, hermosa construcción estilo partenoniano; el hermoso estadio de mármol blanco a orillas de Ilisos que inmortalizara Platón. Un griego que se hizo millonario en Estados Unidos costeó el estadio. Y en las obras de reconstrucción que se llevaban al cabo por todo el país, era fácil reconocer el empuje norteamericano, la edificación rápida, moderna, sanitaria, dentro del respeto, el amor a lo antiguo. El gran número de griegos repatriados después de larga estancia en Norteamérica y la influencia cultural de Francia y de Inglaterra, para quienes el clasicismo griego es un antecedente casi patriótico, contribuye sin duda al notorio adelanto que se ha operado en el país desde que salió refunfuñando el último turco, después de los Tratados de Versalles. No sólo en lo arqueológico, también en las costumbres se procura volver a lo antiguo. Un joven

pasajero procedente de Estados Unidos, que con afabilidad mexicana casi, me aconsejó, me acompañó a instalarme en el principal hotel, me había recomendado que probara la miel del Himeto.

—Pero —le dije— no me irá a pasar con esa miel lo que con el Soma de la India, acerca del cual una vez le pregunté a un hindú si se bebía corrientemente y contestó: Sí; hace dos mil años.

No; la miel del Himeto la sirven en todos los restaurantes para extranjeros. La probé, y por cierto que me pareció bastante espesa y sin aroma, muy inferior a la miel de abejas del trópico mexicano. Así también los vinos, que uno espera encontrar espesos y dulces como en la *Odisea*, resultan inferiores, comparados con los franceses o los italianos. Todo está de esta suerte decaído. En un café elegante señalé a unas mujeres bonitas y resultó que eran francesas. ¿Cuánto tiempo tardará el país en volver a lo suyo? ¿Volverá alguna vez? Misterios de la sociología que entre todas las ciencias es la que más a menudo se pone a reformar sus bases y sus conclusiones.

El Acrópolis

No pude evitarlo. En seguida de mi llegada, después de medianoche, me fui por la esquina donde me aseguraron se obtenía una visita imperfecta del célebre monte arquitecturado. Y alcancé a mirar, o me pareció que veía, claridad de mármol pentélico sobre la masa oscura de una colina. Viví, en consecuencia, uno de esos instantes en que se agradece al destino por habernos concedido una gran merced. La mañana siguiente me la pasé en el museo, tan bien ordenado y construido que damos toda la razón al gobierno nacional que ha inscrito allí una leyenda que responde a la inscripción ofensiva del Museo Británico. Se afirma en éste, como se sabe, que las estatuas del frontón del mayor templo griego están allí transportadas por Lord Elgin para «salvaguardarlas de la incuria de los nativos». Y el museo nativo expresa: «Las estatuas de Fidias que corresponden al Partenón están representadas por vaciados hasta en tanto se logre que los originales sustraídos por Lord Elgin nos sean devueltos.» Es una gloria el Museo Arqueológico. En general, le he tenido siempre horror a la arqueología, acaso porque en México la asociamos con las figuras grotescas, los cacharros del arte indígena. En Grecia, arqueología quiere decir el clasicismo que forma la base de nuestro pensamiento de herederos de la cultura occidental. Es mucho más nuestro todo aquello, por lo mismo, que la más auténtica antigüedad azteca o tolteca. Por otra parte, y aun para un asiático, un japonés, un polinesio, la escultura

helénica de las distintas épocas tiene que producir un efecto que no se compara con ninguna otra exposición plástica. La más bella escultura china a colores, los mejores budas de la India, todo el arte superior de la tierra, debe a la Grecia clásica los rasgos más acentuados de su nobleza. Nunca se cansa la mirada de acariciar aquellos torsos y perfiles inmortalizados en el más bello material que se conoce en estatuaria: el mármol pentélico, que es puro y dorado, con más densidad que el alabastro, pero con su mismo tono luminoso; su masa compacta libre de manchas y estrías. Completamente distinto del mármol de Carrara en que está esculpida toda la estatuaria moderna, vulgar o extravagante, neoclásica o cubista. Incomparable es la sustancia con que trabajaron los griegos e inimitable el sentido de la forma que inventaron, a la vez sensual y alada; espíritu y carne fundidos, aunque siempre con subordinación de lo pensado a lo corpóreo. La música de los velos de la estatuaria griega no se ha vuelto a plasmar bajo ningún cincel de bárbaros. A poco que se estudia, se obtiene familiaridad con los distintos periodos: el arcaico emparentado con la gran escultura egipcia y con la cretense; el clásico de Fichas y la deliciosa decadencia de Praxiteles. En la finura del dibujo también, apenas si los florentinos dieron otra vez con el secreto de esa línea musical y preciosa que decora los vasos, las ánforas, las cráteras. Los trabajos en oro son de una perfección que no tiene parecido sino entre los mejores tallistas del periodo toscano. Y eso que se han perdido aquellas piezas que conocemos por la literatura; por ejemplo: el escudo de Aquiles, que parece imaginario cuando nos lo describe Homero. Se comprende, sin embargo, que fue real, cuando miramos el genio de la talla en piezas menos valiosas, pero perfectas. A lo clásico lo ha arruinado el neoclásico. Las imitaciones francesas, alemanas, han acabado por

producirnos disgusto de todo lo que abarca el término, tal y como Racine y Corneille crean prejuicios contra Eurípides y Sófocles. Los imitadores, como los traductores, matan incluso el modelo. Pero cuando se está delante del clasicismo auténtico, junto con el arrepentimiento, nos viene la devoción. Caso insuperable y único en la cultura de la humanidad es la escultura griega. En arquitectura no diría yo lo mismo, menos en pintura o en música; pero en escultura no veo sin dos escuelas: la de Grecia, que es idealismo sensual y glorioso, y la de Egipto, que expresa la majestad, el dominio, la eternidad. Es claro que ni una ni otra tiene alma. El alma entra al arte por la vía de Bizancio y su cristianismo. Pero en escultura, arte plástica por excelencia, la mejor es la de Grecia y la de Egipto. La escultura florentina en Donatello, en Pollaiolo, en Ghiberti o en los medallones del Giotto va más allá de la plástica cuando extrae de la piedra o del bronce una intención religiosa que supera lo concreto, más allá de lo que soñaron los griegos. Y entre todos los modernos, el único griego es Benvenuto Cellini. La escultura elongada, enfermiza, de las catedrales góticas no me conmueve.



El Acrópolis, Atenas, Grecia

Muchas teorías se han inventado para explicar este privilegio del griego para hacer escultura. A partir de Taine, todo el mundo habla del cielo ateniense. Es, en verdad, de un azul denso y limpio, propio de clima seco semitropical y a nivel del mar. No hay nada más bello para el ojo que la proyección del mármol pentélico entre ámbar y oro, sobre aquel azul profundo, tranquilo; todo bajo un sol que ilumina sin ofuscar.

Pero allí están el mismo sol y el mismo mármol y el mismo cielo, y hace dos mil años que no se esculpe una estatua como las del tiempo helénico.

Uno de los secretos del Partenón y de todo el Acrópolis es el efecto del mármol dorado sobre el fondo celeste intenso y sereno. Por la tarde, caminando a pie para recibir lentamente la impresión imperecedera, me acerqué al Acrópolis. Lo vi primero desde el nivel de la ciudad, estampa conocida de la peña desnuda, en cuya cima se levanta la columnata majestuosa, el techo de dos aguas que nunca acaba de

convencer, y a la izquierda el Erecteón; al frente, los pretiles de la tribuna de Pericles. Sin embargo, no hay dibujo, no hay fotografía que den idea cabal de aquella elegancia y acierto de ubicación y de edificación. Dos palabras me ayudaron al esfuerzo de entender: Belleza concebida, me dije, a diferencia de la belleza sensual de una bóveda romana o de la belleza espiritual de la cúpula bizantina. Belleza del pensamiento, quise decir, que depende del ajuste de la masa con la idea. Goce de la forma en su expresión cumplida. No es posible que la simple imaginación, privada de revelación, pudiese lograr nada mejor. El talento plástico es organización de los elementos de la tierra para alcanzar la categoría más alta de la imagen.

En fin; no es este sitio a propósito para acumular reflexiones y disparates sobre un tema sobado y, sin embargo, inexhausto. Cada cual halla la Grecia que le han deparado sus prejuicios filosóficos estéticos. El alma también tiene su caparazón del que nadie puede salir y por debajo de él nos asomamos al mundo. Haciendo a un lado lo que es opinión, puedo afirmar que son positivamente solemnes los instantes en que se nos va apareciendo de cerca el monumento que, para tantos hombres, representa la máxima belleza del arquitecto. Nos acercamos a tentar el mármol, sagrado y consagrado. Y luego, al mirar a la izquierda, sonreíamos frente a la juventud inmarcesible de las cariátides. No las fatiga el peso de la cornisa ligera; les da aplomo. Y en largos minutos la atención se recrea, como a la vista de esas mujeres cuya fama de hermosura nos es conocida, pero crece, se hace viva cuando, al fin, las tenemos delante y nos miran con simpatía. Pues eso es lo primero que se nos ocurre: agradecer a aquellas estatuas el deleite que durante siglos han estado dando a los hombres con sólo subsistir, mudas y dichosas, sobre su pedestal en parapeto,

cargadas y, sin embargo, ligeras, bajo el arquitrabe que se antoja una diadema rectangular y colectiva.

El instante del éxtasis en la escultura está allí, bajo el ángulo desportillado del Erecteón. Un éxtasis de lo humano en su más alta expresión, que es la gracia y soltura del cuerpo, aun bajo la fatiga de una tarea. Por eso también es casto el espectáculo, no obstante la delicada morbidez de las formas.

Desde la pequeña terraza del frente hablaba al pueblo Pericles. Ahora no hay pueblo, sino masa de unas trescientas mil unidades. Y en vez de Pericles, un general sin gloria lanza decretos. Y la ciudad está reducida a un caserío nutrido sin importancia. Un extenso palacio blanqueado que habita la familia reinante recuerda el abolengo inglés de la dinastía que gobierna en los periodos en que no desgobierna el militar. Y se siente una gran tristeza de ver que duran más las piedras ilustres cuando las talla el genio, que las razas que engendran el genio. Pobre Pericles, si resucitase; en seguida se suicidaría dejándose caer de su Acrópolis. El político fuera de su instante no encuentra sitio. En cambio, si Platón resucitase no es difícil imaginar lo que haría. Me figuro que haría lo mismo que yo hice tardes subsecuentes: meterse en alguna iglesia ortodoxa; en ella yo buscaba los cantos solemnes exóticos. Platón se acercaría a las velas que arden a docenas frente a las imágenes más veneradas, para ojear febrilmente, para leer con asombro no disimulado, los cuatro Evangelios.

Una y otra vez miré el Partenón, por abajo, por delante y por detrás en distintas ocasiones, y siempre llegué a la misma conclusión: en vez de la oración sobre el Acrópolis, a estilo Renan, me reservaba mi oración para Santa Sofía, el templo mayor de la cristiandad. Pues, pregunto: ¿Qué es lo

que estuvo dentro del templo que fue el Partenón? Mi querida, admirada, preferida diosa Minerva, sin duda; el símbolo de la feminidad superior que a todos los hombres nos recuerda la idea de la madre sabia. Pero ¿acaso Santa Sofía no supera también en el contenido al Partenón, puesto que en lugar de Minerva endiosa a la Virgen María, intercesora delante de la Divinidad?

Minerva me gusta en esa tela de Botticelli en que acaricia y amansa al centauro. A los animales se les redime así, por la inteligencia, amaestrándolos; a los hombres nos hace falta un poco más: necesitamos del milagro. Y eso es María la de la Anunciación y la de Belén y la del Calvario, y la de la Ascensión, que a cada momento puede damos la inteligencia, igual que Minerva, pero, además la salvación. La transustanciación de la carne en el espíritu, según el símbolo de su concepción por obra sola del espíritu.

El más sublime disparate de toda la disparatología. Digno de Tertuliano es este dogma: «*Credo per absurdum.*»

A fuer de buen fanático, en el propio Partenón renegué de Minerva, madrina, en homenaje a María, la Virgen Madre.

Detrás del Partenón, sobre la misma colina del Acrópolis, se ha creado un museo de restos del templo y piezas arcaicas allí encontradas. A la entrada hay bajorrelieve que me llamó la atención, me despertó reflexiones como para componer un libro; por lo menos, un ensayo. Tallado en granito color de rosa, un león devora un ternero. Dentro de la ferocidad de la escena hay una extraña voluptuosidad de la cual parece participar la víctima. Se nos revela, de esta suerte, uno de los aspectos misteriosos de la matanza, cuya pasión suele confundirse con el amor a través del lazo malsano de la voluptuosidad. Se piensa, asimismo, que en toda voluptuosidad subsiste un elemento de odio y destrucción,

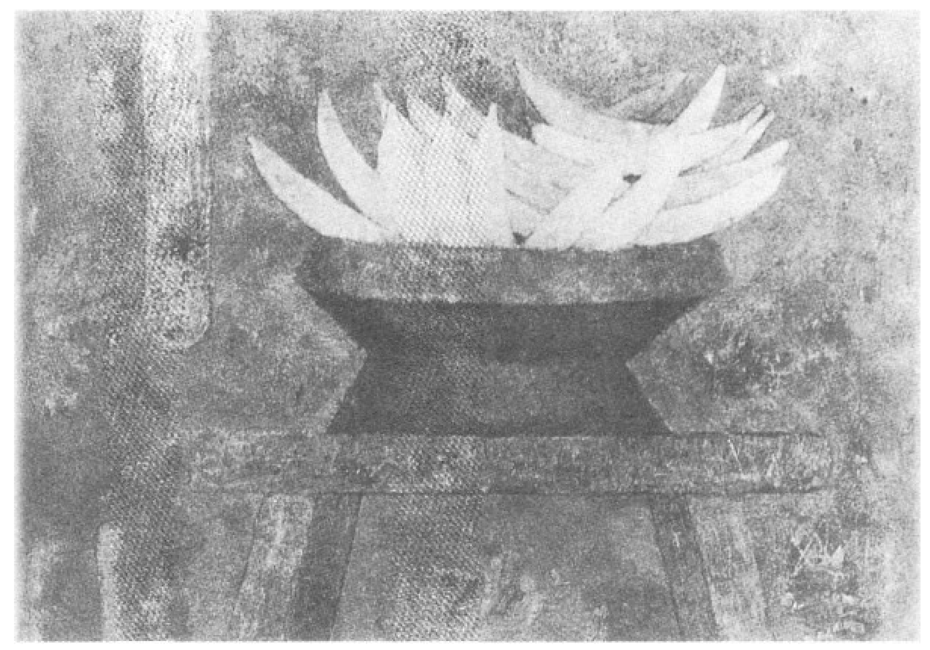
así como también la verdad de que en el odio violento se mezclan partículas de turbio amor. Esto se manifiesta de manera especial en la relación de los sexos, una de las formas turbias del amor, que en no pocas especies determina la muerte del macho y en el hombre su debilitamiento, su sacrificio. Y se explica el más íntimo de toda voluptuosidad, por sus relaciones con la muerte. Se recuerda lo que nos dice la literatura sobre el lazo que se establece entre el asesino y su víctima, emparentado bastante de cerca con el abrazo erótico. A tal punto, que se podría decir que en todo asesino hay un amante desviado, y en todo amante un comienzo de sadismo. Tan profunda es la relación del amor entre los seres, que aun en sus conflictos y luchas más crueles vence el elemento amoroso, así se manifieste en la más prostituida de sus formas, o sea la de la voluptuosidad que se acompaña de crueldad. Todo esto lo diría un trágico griego en dos frases, y lo expresa el bajorrelieve helénico en su mudo dibujo profundo. Y tal vez por eso el deseo que de pronto me tocó de conservar la postal que lo produce, para escribir sobre el tema un volumen, se me pasó en seguida. No nos alcanzarían trescientos años de vida para acabar de escribir lo que pensamos, lo que creemos estar descubriendo, aunque pensándolo otra vez, hallemos que ya todo, o casi todo, está descubierto y dicho.

Los plátanos del Ilisos

El Ilisos es el río, casi arroyo, que corre a extramuros en dirección de la costa, detrás del Acrópolis, y los plátanos son el sicomoro de Oriente, árboles incomparables de puro ornato y sombra, pero de gran longevidad y de frondas musicales. La barbarie turca no respetó ni el bosque milenario; sin embargo, quedan al lado del arroyo algunos árboles supervivientes, quizá de los mismos que permearon de sus armonías el pensamiento rumoroso y concertado de Platón. Entre tanto patriótico plan de restauración helénica existe el de volver a replantar este sitio que ha sido apartado como parque nacional.

Devotos mentales de todos los tiempos han ido por allí a recoger la huella del platonismo. Y siguen cantando entre el ramaje las chicharras, igual que en los días en que arrullaron la siesta de Sócrates. Inmediato a lo que queda del bosque está el nuevo estadio, dentro de un parque en construcción. Es más fácil rehacer el músculo que volver a construir el alma. Duele contemplar hasta qué punto es irremediable la masa humana que, después de un Platón, debió volverse toda inteligente. Y aunque uno ha nacido demócrata, se piensa con ironía en la mentira pomposamente formulada por Emerson: «La existencia de Platón influye en la humanidad entera porque no todos podemos ser Platón, pero sí cada hombre puede entenderlo.» Por desgracia, nada hay más falso. No sólo no puede cada hombre entender a un

genio, sino que ni siquiera los genios de otras edades son capaces de comprender de verdad al genio anterior. Necesitarían para ello revivir íntegramente su vida. Y ya no viviríamos la propia. Al contrario del gregarismo que supone la afirmación de Emerson, lo cierto es que cada cual apenas puede cumplir su destino en soledad que la experiencia ajena alivia, pero no suple.



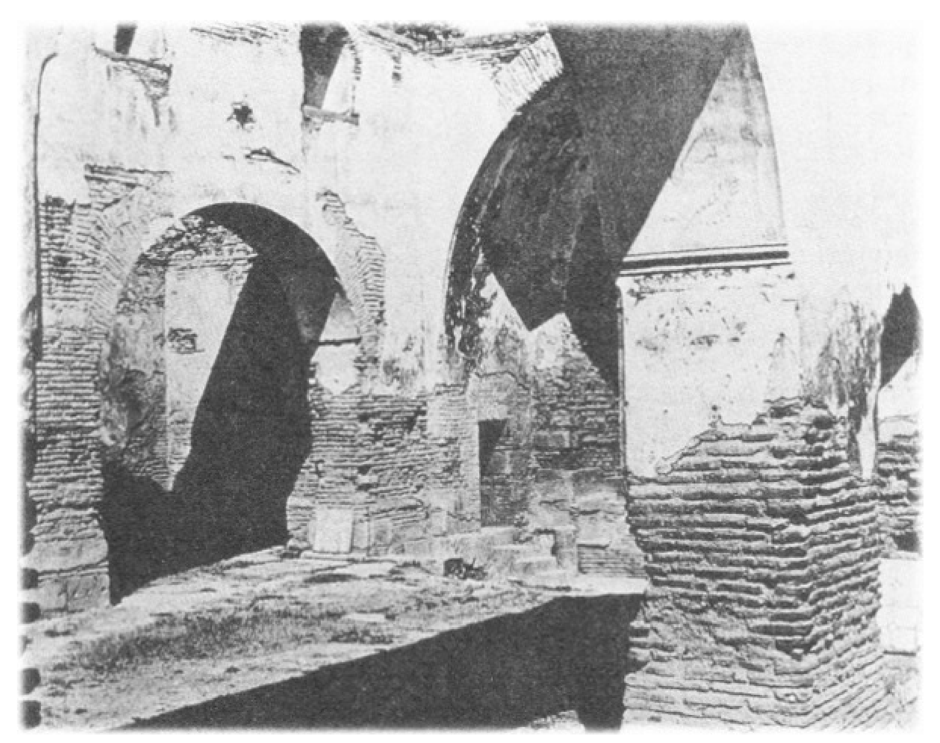
Plátanos, por Rufino Tamayo

Salónica

Para dirigirse de Atenas a Constantinopla hay dos rutas: una por mar y otra por tierra. La del mar ofrece el atractivo de la visita al monte Athos, monasterio griego ortodoxo que ocupa toda la isla y es uno de los lugares más interesantes y hermosos del mundo. Está prohibido el desembarco de mujeres y viven allí los monjes en total apartamiento, soberanos en su territorio, que en lo político depende hoy de Grecia. Y se han sostenido en su posesión a través de los siglos de conquistas y reconquistas. Pensamos en la aventura de poder pasar un mes o un año en aquel retiro. Lecturas en la biblioteca del convento, conversación con los monjes y la práctica de su rito, para lo cual, por desgracia, haría falta el idioma. Desilusionado, me decidí a hacer el viaje por el ferrocarril que corre a lo largo de la costa helénica. En Salónica me detuve para visitar los monumentos bizantinos que allí han sobrevivido a la invasión turca. Un día entero pasé en el lugar, que es como una antesala del Asia Menor. Dividida la ciudad en barrios de judíos y griegos, y ocupado hoy por los griegos el sitio que dejaron después de la guerra los turcos. Vivo regocijo experimenté viendo caer las mezquitas para ser remplazadas con Iglesias cristianas. Antiguas Basílicas lavadas de la impureza maohometana volvían a abrirse al culto ortodoxo. La Basílica Catedral de Santa Sofía de Salónica es, en realidad, el primer templo auténticamente bizantino que vieron mis ojos. Le dediqué dos horas solas, y sin otro

auxilio que la *Guide Bleu* francesa. La construcción es del siglo VI, atribuida a Antheus, el arquitecto de Justiniano. Está hecha en forma de cruz griega, cubierta con un domo hemisférico, decorado por dentro con mosaicos de la Ascensión. Puede decirse que era el primer domo que contemplaba, pues no merecen el nombre las cúpulas todas de Francia, desnudas de adorno y cortadas en gajos por el listón de piedra del neoclásico, estilo Catedral de México y los Inválidos de París. Todo el efecto de la cúpula se pierde con esta reforma, según puede verse en el mismo México, si comparamos la cúpula de la Catedral con la del Sagrario, mucho más redonda y poética. No es posible describir la grandiosidad del efecto que causa sobre la media naranja cóncava y abierta la figura enorme del mosaico que ilustra las cúpulas bizantinas en su interior. Un Jesús Salvador por lo común y la Ascensión de la Virgen en la iglesia catedral de Salónica. La idea de espacio cubierto sólo se logra en este género de arquitectura que además puebla el espacio con la representación de ideas sublimes. La bóveda desnuda, así se trate de la majestad de una terma romana, da idea de cubierta que protege de los elementos. La decoración en mosaico, añadida a la armonía circular de la basílica bizantina, nos da la impresión de que estamos en el mundo celeste. Toda la arquitectura de Europa, de la cual es la nuestra una rama empobrecida, se mira balbuciente comparada con el acierto de la decoración en mosaicos, el lujo de los mármoles por interiores y fachadas. Se reconocen en seguida dos zonas de arquitectura: la zona gris, que teme el color porque ni lo posee ni sabe combinarlo, zona gótica y después neoclásica que abarca todo el Norte incluyendo a Francia y una porción de Italia, con Alemania como provincia; y la zona del colorido, el esplendor que se extiende por donde llegó pura la influencia de Bizancio:

Grecia y el Asia Menor, con algunas gotas de luz en Italia, como el Santo Viale de Ravena y el San Marcos de Venecia; y por el Oriente europeo, la zona eslava, que heredó directamente a Bizancio, de Nijni Novgorod a Moscú. Y como todos nuestros hábitos estéticos se han formado dentro de la zona gris, la apocada construcción nórdica que domina en Europa, resulta que nos hallamos sin preparación y como ciegos y obtusos al toparnos con las maravillas legítimas que son las Basílicas griegas. Esto le pasa a casi todos los que han escrito sobre arte en Europa. Y, por supuesto, no escapó a la peculiar ceguera Renan, que no supo comprender la Santa Sofía de Bizancio. Menos la entienden los arquitectos que levantaron en Francia esas caricaturas del bizantino que son el *Sacre-Coeur*, de París, y la Basílica de Marsella, hecha esta última en granito oscuro y miserable en el decorado y las proporciones, además afeada con esa cúpula del clasicismo francés que arruina el concepto mismo de la cúpula. En el *Sacre-Coeur* hay algo peor: las cupulitas estilo cebolla a la rusa que hacen trivial toda la construcción. En cambio, cómo se ufanarían París, Berlín, Londres, con una Iglesia como la Santa Sofía de Salónica, la pobre ciudad que el turco había hecho aldea y que hoy revive bajo el impulso del nacionalismo helénico contemporáneo.



Restos de la Iglesia de Santa Sofía

Otra maravilla estaba siendo restaurada, recién rescatada de los turcos que, a semejanza de los generalitos mexicanos, la habían convertido en caballeriza: el San Jorge. Blanqueadas las paredes que ostentaron mosaicos, levantados los pisos, caídas las puertas, el espectáculo era familiar para un pobre mexicano habituado a la barbarie de ejércitos que ni siquiera aprovechan lo que se apropian. Es el San Jorge una construcción poderosa del siglo VI, el mejor del bizantino. El domo semiesférico es de ochenta pies de diámetro; los muros centrales tienen un espesor de dieciocho pies; el domo reposa sobre una arquería en hexágono. En torno se abren capillas. Todo estaba hecho pedazos, pero se trabajaba en la restauración integral.

Caminando al atardecer por la antigua vía romana, hasta los restos del Arco de Galerio, construcción que data del

siglo III, me dejaba penetrar del Oriente. A mi lado conversaba el guía del hotel, un griego recién repatriado de Turquía y enterado al detalle de todo el chisme de la política europea en el próximo Oriente. Amargado, lo mismo que yo, porque no lograron los griegos apoderarse de Constantinopla y ocupar todas las islas. Nos había dado tiempo de recorrer la zona del puerto donde se estaba creando una ciudad nueva. En una de las agencias de barcos trabé conversación con unos sefarditas, a quienes escuché por primera vez su lengua castellana arcaica perfectamente comprensible. Durante toda mi travesía había estado mandando colaboraciones semanales para *El Universal*. En Madrid me habían comprometido los nacionalistas filipinos a iniciar en México campaña de prensa a favor de la independencia de las islas que fueron casi nuestras. Había cumplido sin que mis artículos despertaran el menor eco en una población dedicada a contemplar el talento incomprensible de sus generales para la destrucción. El contacto con los sefarditas me inflamó, y me puse a escribir anunciando que la Secretaría de Educación de México, una vez barrido el salvajismo callista, tomaría a su cargo la defensa del idioma español entre los sefarditas repartidos por el Mediterráneo y por Turquía. Los franceses nos han estado robando esas provincias de nuestra cultura, instalando en ellas colegios, propagando sus diarios y sus libros. Con tenacidad conservan, sin embargo, su castellano tradicional los sefarditas, y lo obvio sería que a falta de España, que ha perdido su sentido imperial, México, que fue la cabeza nueva del antiguo Imperio, tomase a su cargo la tarea, poco costosa, de repartir libros y publicaciones entre estas colonias que supieron resistir la absorción del turco.

El barrio judío de Salónica es pintoresco. Hallamos en él tipos barbudos y enlutados que recuerdan a personajes

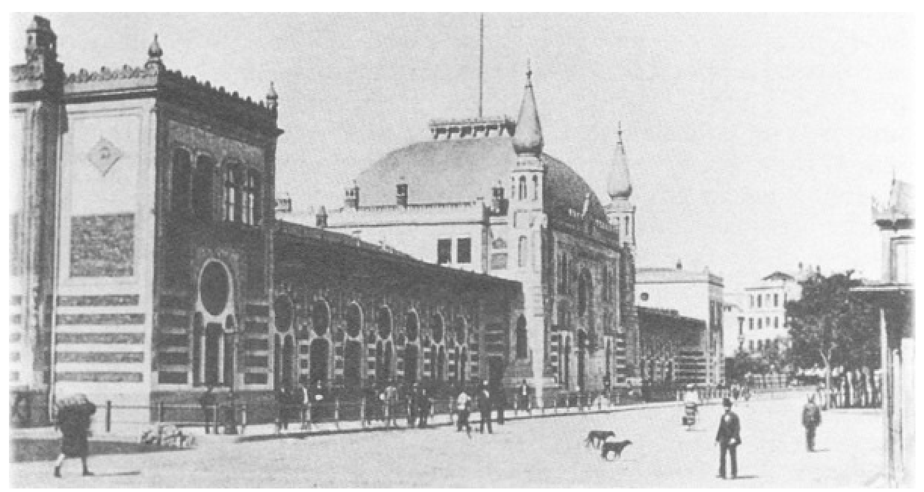
nuestros de la provincia. En la esquina, el vendedor ambulante ofrece los mismos turrones que hacemos nosotros y golosinas como la alegría, pasta de semilla que venden nuestros dulceros. Se necesita recorrer el Oriente para darse cuenta de hasta dónde penetró entre nosotros la influencia árabe africana, desde la pastelería y la cocina hasta en el aduar, que no otra cosa son las construcciones de Nuevo México, sin contar los cantos de la provincia mexicana y el tipo moreno y gordo de los hombres maduros.

En el ambiente de Salónica palpitaba una satisfacción que fácilmente contagiaba al viajero: los turcos se habían largado, y para siempre.

Constantinopla

Nunca paré en Oriente sino en hoteles de primera clase; es consejo que dan las guías y repiten los viajeros experimentados. Obedeciéndolos, me instalé en el más elegante hotel de Constantinopla. Sobre el piso de mi alcoba había un tapete persa costoso, y abajo, en el comedor, bailaban noche a noche los diplomáticos, los comerciantes ricos y las cocotas. Lo que no impidió que una noche me despertaran los tirones de una rata que se había subido a mi cama y me tiraba de la manga del pijama. Cuando reclamé me aseguraron que no era del hotel, sino de las inmediaciones, porque todo el barrio estaba infestado.

—Cierre la ventana —indicaron.



Constantinopla

Lo que se antoja hacer con todas estas barriadas turcas es

quemarlas, como se hizo en Salónica. Para destruir la miseria del hombre hace falta el fuego; no basta el agua. Por eso, entre todos los elementos, el fuego ha sido elegido para simbolizar lo que es sagrado. Y no es que el turco sea particularmente desaseado. Al contrario; el turco, solidarizado en nobleza militar, vive en palacios. Pero como arruina, envilece, empobrece a las poblaciones sometidas, resulta que, salvo los extranjeros, el súbdito de los antiguos sultanes, el armenio, el griego, el judío, tenían que trabajar sin descanso para que en seguida el colector de rentas se llevase el producto. El régimen militar nunca hace otra cosa. Su resultado es que la mayoría se resigna a la miseria y trabaja lo menos posible, puesto que no le luce su trabajo. Otros, más astutos, ocultan el provecho y viven en forma miserable. Militarismo y sobrepoblación explican la miseria de esas barriadas de Oriente que en los países cristianos, pese a la proletarización de las masas, nunca alcanza las proporciones de lo irremediable. En los pueblos cristianos subsiste siempre el ánimo de la mejoría, la preocupación de la equidad.

Desde que me recibió a la puerta del *vagon lit*, el agente del hotel me invitó al recorrido nocturno de cabarets y sitios elegantes. Prudentemente rehusé la tentación, porque no había ido tan lejos a buscar vicios, que son iguales en todo el mundo. Y no es posible abarcar con una misma naturaleza todas las potencialidades de cada momento. Entre el estudio de los mosaicos bizantinos y el placer mercenario, preferí sin vacilación lo primero. Gracias a una prolongada abstinencia mantuve alerta la atención en aquellas semanas de intensa asimilación mental.

La *Guide Bleu* se hizo mi libro de cabecera y también de brazo. Señalando en sus páginas pedía a los conductores de los tranvías las señas de mezquitas y monumentos. El

estudio cuidadoso de los planos me orientó en pocos días. Obedeciendo la Guía me trepé la primera tarde a la torre de los marineros, del barrio europeo de Pera, desde la cual se obtiene excelente vista del conjunto de la suprema maravilla que es la ciudad, con sus barrios, sus mares, su estrecho, sus palacios y sus minaretes.

Lo primero que se experimenta es dolor de que la cultura occidental, esencialmente cristiana, hubiera tenido que retirarse de aquel sitio, el más bello de todo el planeta y que asegura el dominio de los tres continentes más importantes de la historia. Para dominar al mundo, Roma resultaba remota y escondida. La propagación del mahometismo, que ha sido calamidad mundial, no se hubiese consumado si las fuerzas del Imperio romano se reconcentran en Bizancio y no en Roma ni en las Galias. En un instante riesgoso, la Francia de Carlomagno salva a la civilización derrotando al Islam; pero el caso no se habría producido si a Constantinopla acude el poder romano que se gastó por el Norte. La conquista de los persas habría hecho cambiar el rumbo de la civilización, y en vez de media docena de capitales feas, París, Berlín y Londres, tendríamos hoy una gran Metrópoli europea y universal en Constantinopla. En muchos aspectos, lo que ha hecho el Occidente es revivir, rehacer lo que ya estaba descubierto y consumado en Bizancio.

En otros aspectos, como el artístico, el Occidente todavía no iguala a su capital abandonada de Constantinopla.

Leía en esos días la *Historia de Turquía* de Diehl, el profesor especialista de la Soborna. Un breve libro sistemático y claro que es como lección objetiva de la manera como se pierde una gran cultura cercada de barbarie y mal administrada interiormente. Los abusos de la Corte y

sus dispendios empobrecieron, arruinaron al campesino del Asia Menor y, a la postre, lo dejaron a merced de las bandas armadas de árabes, beduinos y turcos. La ciudad, sin su sostén natural del campo, quedó condenada.

Tan grande es, sin embargo, lo que se perdió, que de sus restos creó Europa los dos movimientos más importantes de toda su historia: el de Giotto y los primitivos italianos y el Renacimiento.

Impresionistas de la literatura, a lo Pierre Loti, se han empeñado en servirnos estampas de la Constantinopla turquizada. Conoce todo el mundo las mezquitas, pero nadie recuerda que ellas son falsificación de la Basílica, tal y como la doctrina alcoránica es falsificación, transposición desmejorada de la Biblia y el Evangelio. En todos sus aspectos es antipática la ciudad turca, y apenas si en una ocasión, visitando una célebre mezquita por el rumbo de las fuentes de Europa, tuve la impresión mística frente a una joven de dieciocho años, ingenua y pálida, que se llevaba las manos al alto vientre y se doblegaba, frente a la Kaaba, en dirección de la Meca. En su semblante había una expresión de fe digna de mejor dogma. Y reconocí una gran poesía serena en la verja que separa el templo del huerto de naranjos y en los muros decorados de mayólicas hasta la altura de la cabeza. En torno a esta mezquita viven palomas que el público alimenta y que pasean su gracia por los embaldosados y los jardines. Parte de Oriente, según parece, este uso de aclimatar las palomas en torno a los templos que en Europa durante mucho tiempo fue peculiar de la explanada de San Marcos, de Venecia. Por donde se ve que aun los detalles de ciertas prácticas artísticas llegaban, en una época, de Bizancio.

Ya que había visto la dudad por arriba y por sus

contornos, desde sus torres y sus callejuelas y sus mares, decidí acercarme a Santa Sofía, libre ya el ánimo de curiosidades menores. Desde la distancia subyuga la cúpula. Entrando por un patio de naranjos, nos hallamos frente a una fachada maciza que al principio desconcierta. En distintas épocas se le han sobrepuesto construcciones que la obstruyen y la afean, y el efecto actual es de arcos inmensos incrustados en una masa de mampostería. Pero apenas se traspone la primera puerta y aparece el «nártex», usual de las iglesias bizantinas, el ánimo se asombra, se complace en una galería prodigiosamente decorada de mosaicos en todo el muro; columnas de mármol la sostienen por el ala interior; se cree estar ya dentro de un templo, y no se trata sino de un vestíbulo. El estudio de su decoración nos tomaría horas; pero entra prisa de asomarse al prodigio de la gran nave de la basílica. El primer efecto es de pasmo. Por mucho que uno espere y por más que se haya leído, y así se lleven en la memoria las estampas relativas, sólo los ojos de cada cual logran enterarle de que existió un hombre, conciencia de la época más ilustre del arte, capaz de concebir y ejecutar aquella visión plástica celeste. Hace falta examinarla de cerca para convencerse de que no es un bello sueño, sino piedras finas sólidamente asentadas sobre el más glorioso espacio de la tierra. Ya se sabe: una gran nave ancha sostenida por dos cuerpos de columnas de mármol negro y capitel blanco, labrado como un encaje; más arriba, doble hilera de ventanas y, por fin, la combadura de un techumbre decorada con mosaicos suaves, luminosos. Por ambos lados, otra nave tan ancha como la de las más grandes catedrales, y a cada lado, naves menos anchas que abrigan capillas. Todo recubierto de mosaicos deteriorados a trechos. El segundo cuerpo de columnas sostiene las arcadas de dos galerías altas que contienen los más bellos mosaicos.

En el gran espacio abierto cuelgan lámparas circulares, cuyas luces, protegidas con vidrios preciosos, producen efecto fantástico. Según se avanza hacia el centro, el aliento comienza a faltar. En las pechinas, unos arcángeles en mosaico, gigantescos, levantan un vuelo como de presagio celeste. Arriba de sus cabezas se asienta el doble círculo de ventanas del cimborrio. Encima, como una imagen del firmamento que cubre sin peso, está la bóveda circular, domo prodigioso dorado y reluciente. Así que la vista baja, deslumbrada, lleno el ánimo de júbilo, la mirada se recrea en las arcadas del ábside semicircular, de gran media naranja convexa. Los arcos, los lienzos del muro, todo está ornamentado con el oro colorido de los mosaicos, la más bella manera de que el arte dispone para cubrir superficies. Toda la teología patrística está escrita en las figuras del mosaico, repartidas por todo el recinto. Salvo las huellas de la profanación. Una kaaba mahometana de tono verde usurpa uno de los ángulos de la gran nave, y un grupo de salvajes sentados a la turca, rezonga plegarias del Alcorán. Señala el guía la huella de una mano ensangrentada sobre una de las pilastras del ábside, a la altura de un hombre a caballo. Es la mano de Mahomed impresa en el muro el día del castigo, cuando los últimos defensores de la Constantinopla cristiana murieron degollados en el interior del templo, combatiendo mientras decía su última misa un prelado.

Y volverá a cantarse misa bajo el domo magnífico, dice una profecía, cuando la paz vuelva a reinar entre los cristianos desgarrados por luchas dogmáticas y ambiciones de supremacía. En el año dieciocho, al terminar la Guerra europea, estuvo a punto de consumarse la profecía; el turco abandonó a Constantinopla, pero otra vez los poderes cristianos, dominados de sus rivales, minados por la

apostasía, dejaron perder la presa, que volvió a manos islámicas. Más bien dicho, al régimen masónico que hoy preside Kemal Pachá y que hace de las iglesias cristianas, museos, y sólo a las sinagogas las mantiene intocables. Pero la profecía está aplazada, no negada.

Para la civilización occidental entera es una vergüenza que su máximo monumento artístico esté en poder de un pueblo que lo ha profanado. No soy yo partidario de la Iglesia ortodoxa, cuyo origen es un feo cisma en que toda la razón estuvo de parte de Roma. El haber dado al Emperador facultades de definición de la fe, el identificar el poder espiritual con el material, ha traído sobre la Iglesia ortodoxa todas las calamidades de la política, y la consecuente subdivisión en patriarcados. Sin embargo, es evidente que por razones históricas, geográficas y artísticas, Grecia debió hacerse dueña de Constantinopla.

Allí está la presa, provisionalmente, en manos extrañas. Rusia, desintegrada por el bolchevismo, no volverá a ser poder en el cercano Oriente, y el sueño del Zar se quedará incumplido. Grecia, enferma de militarismo mediocre, no da señales de hacerse fuerte. ¿Tocará, acaso, a Italia el acto de alargar la mano? Entonces, la misa de la profecía no será cismática. Y hallaríamos justificación providencial en el hecho de que no hubiese rescatado a Constantinopla la seudocristianidad protestante que dominó en Versalles.

Toda esa noche, mal durmiendo por causa de la gran fatiga del día, gastado en peregrinaciones de arte, la pasé en sueños febriles, imaginando que en categoría de emperador iberoamericano mandaba escuadras para el rescate de Santa Sofía, a cañonazos. ¿Acaso no se han hecho demostraciones navales porque una chusma saquea un comercio? Cuánta mayor razón hay para hacerlas con el objetivo de devolver

un gran tesoro artístico al fin con que fue creado. Pero nuestra pobre civilización está gobernada por negociantes, no por poetas. Y ésa es su desgracia.

Sobre lo más alto de las pechinas ilustres de Santa Sofía, en una especie de cartelones de circo, mantiene el musulmanismo su inscripción ritual universal: «Alá es Alá»; verismo estúpido, versión degradada del monoteísmo hebreo que sólo adquiere su grandeza profunda en el dogma cristiano de la Trinidad. Asentar Dios es Dios es caer en una repetición pueril. Sugiere, además, el triunfo de un ídolo mayor sobre oscuros rivales, tal y como se impone sobre lugartenientes el sultán victorioso, a cuchillo, estilo Mahoma. La afirmación es agresiva y tonta. El monismo no es eso ni siquiera en Parménides, en quien el concepto de lo uno engendra en seguida la pluralidad, por proceso numérico, según lo desarrollaron los pitagóricos. El concepto monoteísta hebreo es todavía superior porque deriva de él el proceso de la creación por amor. El Dios Uno es a la vez Trino, porque en él se funden la causa y el efecto según el orden físico y también el proceso afectivo que va del padre al hijo, por intermedio del espíritu en su categoría de santidad. Ninguna filosofía mejora esta síntesis. En ella se contiene la tesis de las ideas platónicas y mucho más. El neoplatonismo también se queda corto con su concepto de las emanaciones que rige a lo sumo para el mundo físico, pero no abarca la biología, no señala el periodo espiritual del proceso. En la Trinidad, el Hijo, que es también la carne, abarca, asimismo, el Cosmos que en términos latos constituye la envoltura mayor de nuestras individualidades. Sin el Cosmos, el alma se quedaría como oruga sin capullo, como langosta sin carapacho. Mundo y hombre son pues, la envoltura del alma, y el Espíritu Santo es la fuerza que nos devuelve a la plenitud angélica. O sea, el alma reintegrada a

su índole celeste. En la cual se contempla al Padre, que es el Absoluto manifestado mediante las relaciones de inteligencia y de amor que ligan a la parte con el Todo. En torno de esta idea central y total están construidos elementos de la Basílica.

El Pleroma está en la bóveda mayor, que reúne en su centro las corrientes y les da sentido. En resumen: Santa Sofía es un tratado teológico hecho monumento. Ligadas todas las partes con el ritmo de la belleza física que es para las cosas el equivalente del amor en las almas. El conjunto de sus simbolismos da al edificio su nombre, *Hagia Sofía*, Santa Sabiduría; la ciencia de la Tierra y la ciencia del Cielo en una síntesis genial de todas las artes.

Santa Irene

Después de Santa Sofía, es la iglesia de mayor interés, por sus proporciones nobles y porque origina un estilo bastante difundido, por cierto, en México. En Santa Irene mantienen los turcos un museo militar. De las hermosas naves desnudas, encaladas, penden trofeos de la época en que Turquía amenazaba a Europa. Con una sola mano se podría quemar todo eso, para restablecer el templo a su objeto. Sus naves, de proporciones mucho más vastas que todo lo nuestro, nos dan impresión de grandeza serena. Nos hallamos a gusto dentro de ellas. En el centro está la cúpula que inicia un nuevo sistema arquitectónico; el cimborrio está sostenido por un cilindro o tambor majestuoso. Si mal no recuerdo, así está erguida la cúpula de Santa Teresa, una de las más bellas de la capital mexicana. Cúpula de tambor no es frecuente hallar en Europa, y se diría que hubo una comunicación directa del Oriente con lo nuestro, en la época en que fuimos una de las metrópolis de la civilización.

Quedan en la ciudad restos de otras Basílicas que debe recorrer el viajero que, como yo, desea empaparse de arte del mosaico; la *Guía* indica con precisión cada sitio. Y hacen falta muchos días para agotar lo más notorio.

Y, por supuesto, lentamente nos va entrando el encanto de las mezquitas. Sus nombres enredados fatigarían al lector. Una de ellas, situada en las inmediaciones de Santa Sofía, es particularmente hermosa. Por fuera, cuatro fachadas

sostienen semiesferas que, a su vez, sirven de apoyo al semicírculo del domo. Por dentro, la cúpula se levanta sobre cuatro columnas gruesas y airosas como troncos de árbol mineral; encima, la cúpula aplanada, estilo otomano, recibe luz a través de un tambor de gran diámetro y poca altura. El efecto es de una gracia sin par; luminosa y colorida; nunca la arquitectura europea ha llegado a tal acierto de belleza que engendra júbilo.



Santa Irene de Constantinopla.
«Después de Santa Sofía, es la iglesia de mayor interés…»

En el recinto espléndido tiembla el eco de aquella exclamación desgarradora y piadosa del Alcorán que nos hace perdonarle, por un momento, todas sus inepcias: «Dios Clemente y Misericordioso.»

Van transcurriendo las semanas y no se acaba de ver prodigios. El Museo Nacional, por ejemplo, situado en antiguo Palacio de los Sultanes, contiene la famosa colección

de sarcófagos de Sidón. Proceden de la decadencia griega y son, sin embargo, magníficos. Uno de ellos, señalado como de Alejandro el Grande, falsamente sin duda, es, con todo, muy digno de su leyenda. Hecho de mármol rosado, exhibe alto relieve de caballos griegos de guerra, y ya se sabe que nadie iguala a los griegos a la hora de esculpir caballos. El empuje de la victoria levanta el túmulo y transforma la idea de la muerte en la certeza de la inmortalidad. Lo que pasma es comprobar la fecundidad inagotable de estos pueblos heleno-orientales que no tienen rival como artistas. Los estudiantes de arte deberían trasladarse directamente a las islas griegas, a las ciudades helénicas, a Constantinopla y Antioquía, al Egipto y Palestina, en vez de perder tanto tiempo en los talleres y escuelitas de las capitales europeas.

Estuve poco menos de un mes en Constantinopla y hubiera seguido por el interior indefinidamente si los recursos y el tiempo no lo hubieran impedido. Una infinidad de excursiones tientan la curiosidad; por ejemplo: el recorrido de las excavaciones de las ruinas de Troya.

Me escapé unos días para visitar a Brusa, la antigua capital turca que posee mezquitas únicas, como la de las mayólicas verdes. Relato este viaje en un artículo que anda por ahí ya publicado y no me repetiré. Para consolarme de no prolongar la peregrinación, me prometí hacer viaje especial más tarde por la Tierra Santa y Egipto hasta Damasco. Me tentaba la Basílica de Damasco, quizá la mejor del mundo después de Santa Sofía; pero había prometido pasar la Nochebuena con mis hijos. Y para eso era menester llegar a París por noviembre, buscar casa, instalarme. La cortedad del tiempo la compensaba aprovechando cada día. Ver la ciudad desde el mar es ya un regalo que nunca se olvida. Comparando el panorama con el de Río de Janeiro, hay que confesar que la obra del hombre hace falta en

América. En Constantinopla se han juntado las maravillas de la geografía con el genio de varias razas. Tomando los vaporcitos que conducen a la isla de Prinkipo, se goza de panoramas incomparables. Al regreso luce toda Constantinopla desde el mar, con sus crepúsculos y minaretes, sus palmeras y sus palacios. Otra excursión inolvidable es la del estrecho de los Dardanelos, que separa Europa del Asia. Subsisten allí las ruinas de las fortificaciones que sirvieron a Mahomed para dar el salto sobre tierra europea; salto que debía llevar un día sus ejércitos hasta las puertas de Viena. Las riberas del estrecho son altas, cubiertas del boscaje y salpicadas de castillos, palacios y villas. Se imagina lo que podría ser esa capital en manos de una nación orgánica, creadora. Hoy todo está prostituido por la mezcla de razas disímiles, pobres en su mayoría y oprimidas.

Armenios, sirios, griegos y judíos forman la masa. Encima sigue dominando como aristocracia el ejército turco. Sobre la miseria de las barriadas densamente pobladas pasan los escuadrones de caballería. Hombres altos, rubios, blancos, impecablemente uniformados, desfilan sin mirar a los sometidos. Raza físicamente bella, pero infecunda, embrutecida por la vida militar.

Encontré una mañana a una mujer bonita, cosa rara entre aquella multitud de esclavos empobrecidos. Tendría veinte años; era blanca, sonrosada, pelo castaño, cuerpo escultural que la seda negra volvía incitante. Observó mi mirada extranjera y sintió rubor; se tapó la cara con un velito negro que, en realidad, no la cubría. El gesto me pareció una involuntaria regresión a los días, muy recientes entonces, en que las damas salían a la calle con el rostro cubierto. A media lengua pregunté, así que tomó el tranvía, que quién era, y me informó uno que entendía mi mal francés:

—C'est une dame turque.

Y era como decir: «Pertenece a la casta sagrada.»

Los pobres armenios sobreviven en algunos barrios comerciales. Odian al turco, pero callan. Se muestran amables con el extranjero, aunque saben que de nada les vale su simpatía, su parentesco cristiano. En pleno siglo XX acababa de satisfacer su sadismo ancestral el ejército turco, degollando a más de cien mil armenios, por gusto, y para desposeerlos, para desquitarse de las tierras que la gran guerra les hizo perder en Europa.

Uno de los últimos días lo empleé en la visita a una capilla retirada, a la cual se entra mediante propinas y a través de un estercolero. En el interior, por entre escombros, se admiran mosaicos, que la Guía, con razón, señala con asteriscos. La capilla queda casi por las afueras, por el rumbo del acueducto. Dieron las doce y compré unas uvas; subí por las callejuelas que conducen a los restos de la arquería magnífica que levantaron los romanos para surtir de agua a la ciudad. Del otro lado de los arcos rotos, sobre un parapeto solitario, estaba sentado un pastor con su cayado; detrás, en una planicie ondulante y de escasa verdura, pastaban unas ovejas. En declive se mira la multitud de los caseríos. Saqué de mi bolsa de papel el racimo y me ocurrió ofrecerles unas uvas al pastor. Las aceptó con una sonrisa cordial. Nos saludamos por señas. Comíamos y contemplábamos el panorama. Y aunque esto pudiera parecer una trivial estampa romántica, en realidad resultaba doloroso, pues estábamos allí un hombre del Nuevo Mundo y un pastor apergaminado delante de dos mil años de civilización y, sin embargo, incapaces de usar el mismo lenguaje, vedados de entendernos, y como testimonio de la irremediable soledad e incomunicación en que transcurre la vida de los hombres, el

decurso de las naciones, las eras. Todo fraccionario, desligado, incomprensible. Extraños entre sí todos los seres y perdidos en un misterio que, a ratos, se ilumina, pero que habitualmente nos abruma, nos desgarra.

Iso Brante Schweide

El nombre es danés, pero se trata de un argentino que ha sido uno de mis más cordiales amigos. Lo conocí por carta que me puso de Viena a Madrid: «Es usted mexicano —me decía— y yo soy argentino, aunque mi nombre parezca desmentirlo; es usted anarquista y yo soy socialista, y tanto usted como yo somos amigos de Alfredo Palacios; así pues, lo invito a que venga a pasarse unas semanas a Viena; mi casa está a su disposición; encontrará usted a un grupo de amigos que sabrá apreciarlo; hablará usted en la Universidad.» No me interesaba hablar en la Universidad, le respondí, pero sí enterarme de los amigos. Y en cartas sucesivas fuimos concertando las fechas. Quizá sin la invitación de Iso, me marcho directamente de Constantinopla a París. Pero, al contrario, me hallaba viajando en el expreso Sud Oriente, con billete desviado hacia Budapest; de allí partiría para Viena.

Los coches dormitorios de Europa están divididos en compartimientos de dos literas. Me había tocado de compañero un abogado turco que se dirigía a París. Hablamos todo un día en mal francés. La profesión común nos daba puntos de partida semejantes; la sangre diversa nos apartaba. Me explicó la legislación otomana derivada de no sé cuál escuela de las cuatro en que se han subdividido los comentadores del Alcorán. No desconocía, sin embargo, los rudimentos del derecho romano. En política tenía

preferencias apasionadas; a cada nacionalidad le dedicaba un gesto específico; desprecio para los griegos; no son soldados, decía, y explicaba la forma humillante en que los había barrido Kemal cuando se posesionaban de Smirna. Lástima, pensaba yo en mi interior, que los griegos no estén en Smirna, en Estambul, en Damasco. De los alemanes se expresaba el colega con admiración ilimitada.



Gauchos de la pampa argentina

—Perdimos la guerra —decía— injustamente y cuando ya la teníamos ganada; los ingleses fracasaron ignominiosamente en Galípoli. En el África vencieron por traición de los árabes.

—Pero es que el despotismo turco —insinuaba yo— tenía cansadas a todas esas poblaciones.

No negaba él los abusos del despotismo; es la única forma de manejar masas de esclavos, aducía. El rencor más vivo lo reservaba para los italianos. Les disputaba el derecho de

retener islas que habían sido turcas.

—Antes fueron italianas, romanas —le alegaba yo.

Y él con desprecio y burla insistía:

—No son soldados esos italianos. Les quitaríamos las islas si no fuese por Inglaterra, por Francia.

Por los franceses tenía el abogado turco esa admiración universal justamente ganada que nadie disputa en Oriente. La cortesía del oficial francés, su republicanismo sin arrogancias, le gana el aprecio de las mismas poblaciones que domina. Y culturalmente todo el mundo se inclina ante esa literatura poderosa y elegante que constituye la segunda lengua de todos los pueblos civilizados.

En francés nos entendíamos el abogado de México y el de Turquía. Por algo ocurre esto.

Desde la ventanilla del *vagon lit*, y según desfilaba el panorama de las regiones balcánicas que un día fueron turcas, el abogado otomano sufría y yo gozaba. Sufría, y no tardó en decírmelo, de ver que según avanzaba el tren ya no se veían minaretes y en cambio abundaban las torres con cruces. Cuando vimos casi próxima la hermosa cúpula toda de oro, creo que la Catedral Basílica de Bulgaria, el abogado estalló:

—Creía —dijo— que el cristianismo entre ustedes era ya cosa muerta y remplazada por la filosofía y por la ciencia.

—Yo creía —le respondí— que los turcos modernos, con Kemal a la cabeza, tenían a Mahoma por medio loco y que ahora se dedicaban a la ciencia y a la filosofía.

Y sin meternos a discusión religiosa, nos heríamos, por causa del instinto de la creencia divergente que, a uno y otro, nos fermentaba en la sangre. Nunca he entendido otra causa racional de guerra que la guerra religiosa. Las guerras

modernas por disputas de mercados son viles. Por temas religiosos, en cambio, cualquiera comprende que no es nada poner en riesgo el cuerpo, el patrimonio, la patria.

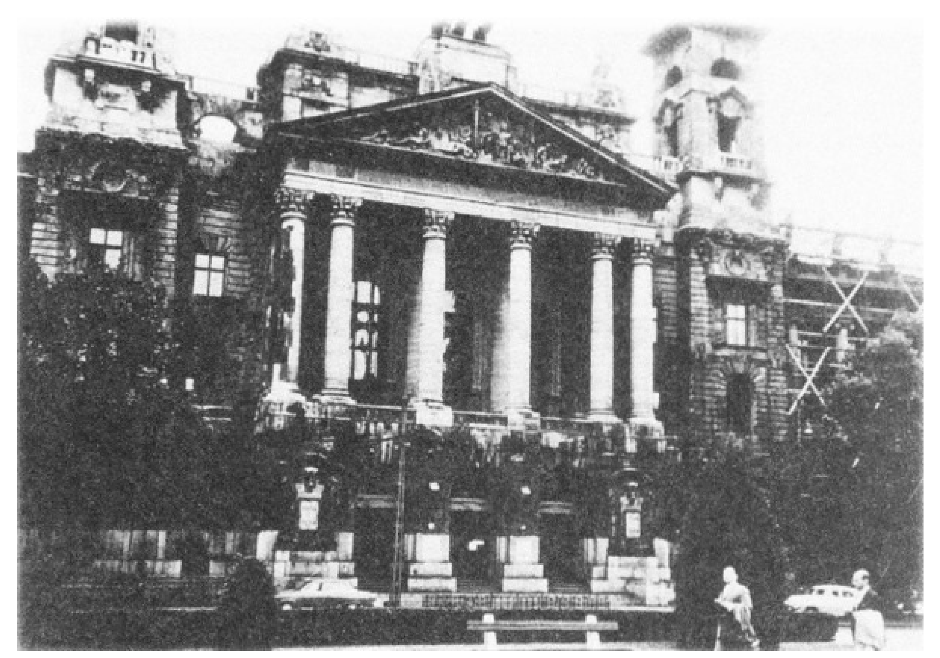
Buda-Pest

En el puente que liga la metrópoli de Pest con su antigua gemela, el burgo industrial de Buda, medité, mientras observaba de mañana la aventura de los arcos de abajo, los cordajes de arriba que cabalgan sobre el Danubio de las bellas canciones: ¿Por qué en América, por lo menos en la *yankee*, todo tiene que ser feo, inclusive los puentes? En Budapest y en el Rin, en el Sena y en el Guadalquivir, un puente es una obra de arte, a la par que viaducto. Los puentes de Norteamérica, en cambio, son variedad del juguete mecánico que anda también en manos de los niños, echándoles a perder la noción del gusto.

En Europa los puentes conectan comarcas y también levantan el ánimo. Debajo del puente de Budapest resbala toda la poesía que es el Danubio. Al centro de las aguas, la isla Margarita invita con sus fondas de lujo, sus jardines, sus mujeres, tibias como las brumas del otoño.

Toda la ciudad es gris; estamos otra vez en Europa, la tierra del daltonismo artístico. Con añoranza se recuerda el brillo constantinopolitano. Privadas por la Naturaleza del esplendor natural, las razas europeas metidas en climas de brumas y hielos han tenido que olvidarse del mensaje de la vista, y refugiándose en el oído, han creado la música. Esta idea engendrada sobre el Danubio me la confirmó un paseo por los barrios populosos de Pest, poblados de músicas en sus interiores brumosos. La escribí en seguida y la mandé a

mi colaboración semanaria bajo el nombre de «El mapa estético de Europa»; regiones de pintura en España, en Italia y, en el Norte, en Holanda, gracias a que la humedad y las corrientes meteorológicas crean allí un oasis de claridad. En el resto de Europa, sobre todo en la porción germánica, no hay sino pintura de imitación; pero, en cambio, se desarrolló prodigiosamente la música. Y decidí entregarme a lo que daba el país. Hallé teatros especiales para conciertos sinfónicos, programas abundantes y público numeroso, distinguido. En cierto teatro me topé con un anuncio de ópera, pero batallaba con el idioma; ni mi francés ni mi inglés me bastaban; todo estaba en húngaro. Recorriendo la ininteligible lista de las funciones de la semana, cayeron mis ojos sobre un letrero que decía: Alcarsbal. En seguida el autor: Verdi. Me puse a descifrar: Bal, raíz inglesa de baile. ¿Qué ópera de Verdi tiene nombre de baile? *El Baile de máscaras.* Debí adivinarlo: Alcars es antifaz. Escribí en un papel: «Alcarsbal» y la fecha, y con un billete de banco anexo pasé todo a la señorita de la taquilla, que sonrió y me entregó mi entrada. Escuché el *Baile de máscaras* en Budapest.



Edificio de gobierno de Buda-Pest

De manera semejante me ingenié para comer. Nunca lo hago donde me hospedo; me parece que eso es ya tiranía como la del hogar. El continuado ajetreo del día me había abierto el apetito. Pasé frente a uno de esos restaurantes que nunca engañan. Poco aparato externo, nada de vajillas de lujo *yankee*; sólo manteles muy limpios y clientela numerosa. Aquí se come bien, pensé. Una mesera rubia, bonita, se apresuró al servicio; en la carta grande que me tendiera descubrí la palabra *gulasch*; el mole de los húngaros, el plato más anunciado de la colonia húngara de Nueva York. Marqué con el dedo, y apuntando a la cerveza de una mesa próxima, quedamos entendidos. Hizo ella seña de que añadiría algo a su gusto; acepté y me dejó complacido con exceso.

El sitio más bonito de la ciudad lo constituye la iglesia y terrenos de San Estéfano, obra del XIV en estilo románico, complementada en el XV en gótico. Una terraza termina en

un parapeto sobre el Danubio; la estatua ecuestre del rey Estéfano el Santo domina la estrecha explanada. A las doce, los domingos, después de la misa, cantada en grande, con lujo de música sagrada, desfilan las elegancias de la ciudad. Desde la orilla opuesta sonríe Pest en el edificio italiano moderno de su Parlamento, en su catedral barroca del XIX. La corriente abajo está canalizada y resbala generosa. Todo se ve limpio y nuevo. Estamos en las fronteras de la civilización alemana que proscribe el desaseo, persigue la basura, la aprovecha para la industria, el abono; no tolera ningún desperdicio, alimenta bien los cuerpos, y sueña, después del trabajo, los sueños del sonido. Milagrosa, venturosa revelación *sui generis* que es la música orquestada.

Viena

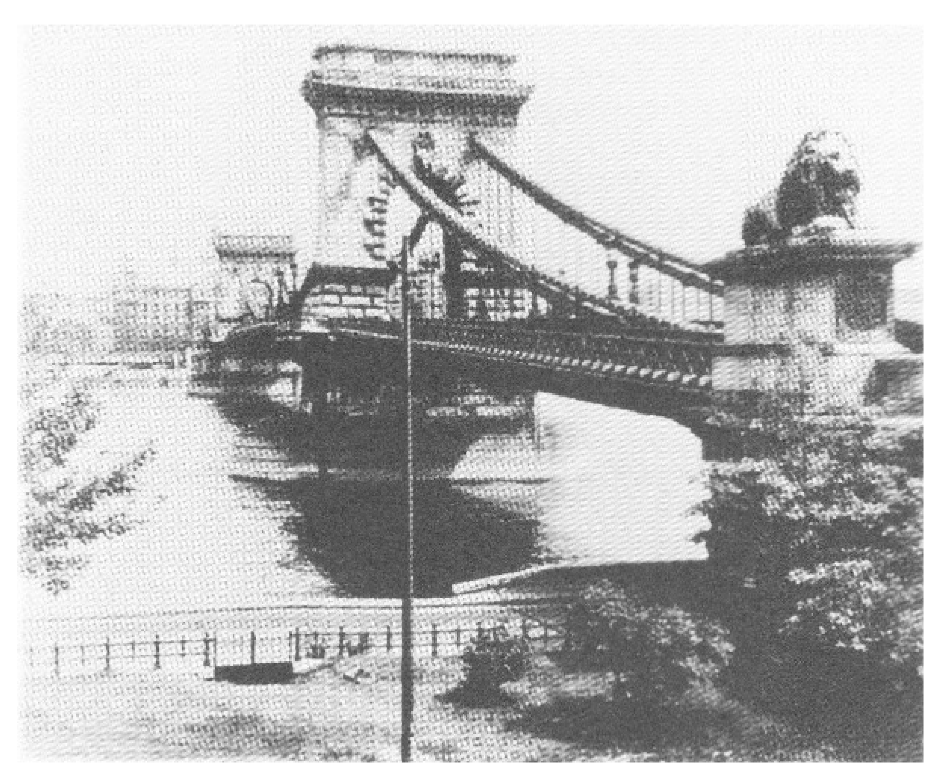
Como Iso había insistido en que me hospedara en su casa, no le avisé por telégrafo mi llegada, sino que me instalé primero en un hotel. De allí fue a sacarme en seguida. Con el «che» más porteño que pueda darse, me abrió los brazos, me trató de camarada. Era un tipo alto, delgado, pálido y fuerte, aunque un poco caído de hombros. El rostro muy blanco y alargado, sin bigote, tomaba expresión de unos ojos negros cariñosos. La frente, decorada con melena negra, denotaba al intelectual. Hubiera sido un buen escritor Iso, si no se le confunden tantos idiomas que sabía con perfección: el castellano, el italiano, el alemán, el francés.

El cuarto que me cedió en su departamento tenía un tapete valioso, buenos muebles y dos o tres estantes con libros; la ventana daba sobre un jardín. Su posición en aquella casa resultaba un poco extraña antes de las explicaciones que se apresuró a formular. Muy joven todavía, escapó Iso de Buenos Aires, casado con una judía del puerto, reñido con el padre a causa del casamiento. Se establecieron en Italia, sin duda porque la sangre nórdica de Iso sentía la nostalgia del Sur. Era Iso un latino adoptivo y leal.

—Adonde no llegaron los romanos —repetía Iso— no encontrará usted verdadera civilización.

Muy joven se había afiliado al Partido socialista, porque peleaba por los humildes. Auxiliado periódicamente por el

viejo papá gruñón, Iso pudo darse el gusto de prestar servicios gratuitos al periódico *Avanti* en la época en que colaboraba en él Mussolini. Al estallar la guerra, Iso rompió con los socialistas porque no se abstuvieron, y marchó a Suiza, donde prestó servicio en la Cruz Roja Internacional, atendiendo por igual a alemanes y a franceses. En un interregno se marchó a España, se enamoró del país, donde dijo haber hallado la gente más noble de Europa; se hizo amigo de los socialistas españoles; colaboraba en sus diarios. Concluida la guerra volvió a Italia; pero apenas dio Mussolini su golpe de Estado, Iso protestó, fue expulsado y pasó a Viena, afiliado a las organizaciones antifascistas. Recibía Iso periódicos de toda América y estaba al tanto de lo de México. Desde antes de que yo se lo contara ya sabía que Calles era un asesino y un farsante, que entregaba la revolución al *yankee.* Deseaba colaborar en su desenmascaramiento. Era Iso uno de esos temperamentos sublimes que no vacilan en adoptar causas perdidas si el corazón les dice que en ella está la justicia.



Viena

—Le daremos un disgusto a su gobierno —advirtió—; lo recibirá a usted el presidente de la república, hablará usted en la Universidad; todo lo tengo arreglado... Su ministro aquí es buena persona; se ha expresado bien de usted; no nos estorbará ni podría hacerlo aunque quisiese. Y ahora, para terminar con lo personal —prosiguió Iso—, le acabaré de contar. Ando divorciándome, para casarme de nuevo. Esta señora mayor que acabo de presentarle es mi futura suegra; estamos en su casa; mi novia está de vacaciones en Bad Ichl; allá iremos a verla un día de éstos. Con mi primera esposa, la judía, tuve dos hijas; están con ella en Buenos Aires; me duele la ausencia de las chicas, que me querían mucho. Pero me enamoré; mi esposa misma comprendió que no tenía derecho de estorbar mi felicidad, y de común acuerdo arreglamos el divorcio. Antes de un mes me casaré

de nuevo porque ya está por venir una chiquita. Duerma, descanse; allí está el baño; aquí tiene libros; yo lo veré mañana poco antes de mediodía… Allí tiene la última obra de Romain Rolland; me la ha dedicado; ya sé que es amigo de usted, entérese… Nos veremos pues, che; está usted en su casa; el desayuno se lo traerán a la cama.

Al día siguiente conocí a la ama de casa, o sea, la suegra; una viejecita de poca talla, casi trigueña, alemana del Sur, muy afable. Extremaba sus sonrisas porque nos entendíamos apenas, mediante unas cuantas palabras en francés. Se trataban con afecto suegra y yerno.

Después de un almuerzo en familia, Iso me sacó a la calle.

—Vamos a hacer su primera visita en la Legación de su país —afirmó.

Y como yo protestara:

—¡No sé ni quién es el ministro! —Iso aconsejó:

—No sea intransigente; ya todo está previsto; lo están esperando; confíe en mí.

El encargado de Negocios, un sonorense emparentado con Obregón, me resultó persona muy simpática; me comprometió a comer con él al día siguiente. Y me enseñó los periódicos de México. Acababan de clausurar el Colegio Militar.

—No le perdonan a los muchachos su decencia —expliqué —; fueron todos delahuertistas; estudian para soldados, no para asesinos, y es natural que se rebelen contra situaciones de la hora.

Nuestro encargado ya no estaba a gusto en Viena; no hablaba alemán y quería que lo trasladaran; creo que acabó por renunciar. Ninguna persona de decoro estaba satisfecha con aquel gobierno. Rápidamente en el servicio público sólo

fueron quedando los sin honor, indiferentes a la mácula de callismo.

Satisfecho el protocolo con la visita de mi Legación, Iso empezó a llevarme, venciendo siempre mi resistencia, por todas las oficinas públicas. Allí donde la puerta decía «Privado», Iso, apartando ujieres, entreabría y asomaba los anteojos; se escuchaba en seguida una exclamación afectuosa y entrábamos: el ministro de Educación, el de Sanidad, el de gobierno, a todos saludamos, concertando visitas a escuelas y hospitales. En una de esas visitas practicadas de improviso, el ministro, Iso y yo nos sentamos a la mesa de un hospicio y pudimos comprobar que la comida era excelente. Nunca he visto gobierno mejor que el de Viena de aquellos días. No se formará idea exacta el lector si digo que era un gobierno socialista, porque en otros sitios el socialismo es o ha sido cosa distinta. En Viena gobernaba entonces la clase media profesional. Estaba el erario arruinado por la pérdida de tanto territorio, y, sin embargo, nunca estuvieron mejor atendidos los niños pobres, nunca se hizo obra mejor de asistencia pública, de construcción de casas para obreros. Y los funcionarios casi no cobraban sueldos. El abogado de nota, el médico famoso, desempeñaba los ministerios y seguían atendiendo a su clientela para vivir.

—Obsérvelos usted —decía Iso— y verá que algunos han tenido que mandar poner doble suela al calzado.

El servicio público era tarea de abnegación y la desempeñaban los más honestos y más inteligentes.

Las escuelas que visité eran grandes, adecuadas, lujosas, con servicios de médico, de dentista, de baños y de comedor; textos de primera calidad, profesorado perfecto. Me dejaban entristecido por la comparación que inevitablemente hacía

con mis pobres escuelas de la época obregonista, que fueron, sin embargo, las mejores escuelas que nuestro país ha tenido en toda su lamentable historia.

Me dio uno de los ministros tarjeta para que me asesoraran los empleados en la visita al Museo de Arte y de Historia Natural. El edificio, de estilo barroco moderno, es obra de la monarquía y abarca dos manzanas. Por fuera es trivial, aunque no carece de gracia; por dentro es elegante, espacioso, con lujo de escaleras y mármoles, construido ex profeso para museo. Entre las ricas colecciones hay una de antigüedades mexicanas, otra de vasos peruanos. En la galería de arte ocupa sitio de honor el famoso salero de Benvenuto, deleite de la vista.

En el Rathaus, Iso entraba como en su casa. Magnífico palacio gótico destinado al Ayuntamiento, lo que más asombraba era su organización interior. Salas y salas lujosísimas. Un restaurante público de primera categoría, salas de conferencias.

Por el Ringstrasse, bájase a la catedral gótica de San Estéfano. Hermosa arquitectura y centro de tradición musical ilustre. Por allí pasó muchas veces Mozart. En aquellos días, semana a semana, un célebre organista llenaba la iglesia tocando a Bach, improvisando después por su cuenta. Iso no era religioso, pero amaba la música. El domingo estudiaba el templo en que podíamos hallar la misa más bien acompañada de orquesta y allá nos instalábamos, en medio de una apretura de fieles y de curiosos. En Viena, allí donde una multitud disputa por el sitio seguramente hay un buen concierto.

Por las noches, después de la cena, Iso frecuentaba la tertulia de un café notorio. Acudían a él personas eminentes, como Adler, el psicólogo, que me estuvo pidiendo datos

sobre la vida en Estados Unidos porque preparaba su primera visita a las universidades *yankees*; y mujeres sabihondas, feas y bonitas, escritores y artistas. Me torturaba no saber alemán; a ratos, para complacerme, hablaban en francés o en inglés.

Para visitar las galerías privadas de arte, Iso me puso en manos de una prima de su novia, señorita excelente, doctorada por la Universidad en Bellas Artes.

—Yo sé de pintura, che —afirmó Iso—; pero esta chica es diplomada, ya usted verá.

Hablaba la encantadora especialista un francés exacto y se sabía de memoria los estilos y sus autores. Sin embargo, comparándola, a pesar mío, con aquella madrina que el azar me deparó en Florencia, hallaba que a la alemana, con toda su ciencia, le faltaba el instinto. No me daba sino lo que ya existía en los libros. La otra, sin libros, inventaba, descubría valores.

Con esta señorita, la suegra y nuestro Iso, escuchamos una noche la *Cavalleria Rusticana*. El Teatro Real es suntuoso y advertí en la austriaca el deseo de deslumbrarme. Obraba por patriotismo, pero no traicionaba su sinceridad.

—Siento mucho —explicó— que no esté ahora en Viena nuestra mejor tiple; se encuentra en Nueva York contratada para el Metropolitan. Nuestro mejor barítono también está ahora en América.

En resumen, pensábamos, la ópera es un espectáculo que en el día sólo puede darse cabal en Nueva York y en Buenos Aires. El cuerpo de baile vienés se conservaba espléndido; lo formó la monarquía. Me llevaron a verlo una noche y allí sí me confesé deslumbrado. Una de sus ventajas es, por supuesto, la belleza extraordinaria de las mujeres del lugar, su gracia, su elegancia. En los cafés, que son numerosos y

muy bien puestos, se ven a cada rato mujeres que provocan la admiración y casi el éxtasis.

Dulce panorama vienés de palacios barrocos un poco ennegrecidos por las brumas que levanta el Danubio, rodeados de jardines y sombreados de árboles; poco a poco se le va tomando el gusto y es como el de París, que al principio no impresiona y sólo más tarde conquista. En Viena los interiores son particularmente suntuosos. En un departamento ordinario de Viena caben dos de París. Y el lujo del moblaje es más difundido en la capital austriaca.

Llevábamos unos diez días de asomar por todas partes y estaba ya señalada fecha para mi conferencia en la Universidad. Pero Iso se hallaba impaciente por encontrarse con su prometida. Y conciliando hábilmente su interés con el mío, decidió que partiésemos para Bad Ichl.

—Allí preparará tranquilamente su conferencia. Es menester que eche usted el resto, che, no vaya a tratar el asunto con desgana; mire que la haremos traducir al alemán.

Se había convenido que leería yo el trabajo en inglés. El balneario está en los Alpes austriacos; atraviesa el ferrocarril panoramas hermosísimos de lagos y montañas con árboles. En la estación nos recibió la prometida alemana, pelo colorado y un poco más que treintona, bien formada pero no bonita; no se explicaba de pronto aquella pasión de Iso que lo llevó a prescindir aun de las hijas. Con la alemana se había presentado una joven australiana, nada bonita, pero muy agradable, muy inteligente. Fue para mí una fortuna hallarla porque ya desde el momento en que se encontró con su futura señora no volvimos a contar con Iso. Toda esa noche y el día siguiente lo pasaron mirándose uno a otro y conversando, conversando sin término, sin atender siquiera a lo que pasaba a su alrededor. Me impresionó aquella forma

de amor en diálogo que asegura una compenetración profunda, entrañable. Y recordé la observación de Shakespeare de que el peligro de la mujer no está en su belleza, sino en su habilidad para retener al hombre con la palabra. Veíamos a nuestros amigos, la australiana y yo, y sonreíamos. En el fondo admirábamos el desnudarse y ligarse de dos almas por la plática íntima, inagotable. Ya Iso me había dicho:

—No sé qué nos pasa; se nos va la noche entera conversando, che.

—¿Y de qué hablan, Iso?

—Pues ella sabe muchas cosas, che; es doctora, pero no en medicina, como mi otra esposa, sino en ciencias. Y a propósito, le hablé de esa idea suya de que a Viena le faltaba, para ser ciudad, una plaza pública central que sea su corazón. Y que usted dice que eso es barbarie germánica y anglosajona, porque la ciudad latina deriva de la urbe democrática, y la germánica, del burgo feudal construido en torno al castillo del señor. Y que por eso en Viena todo gira en torno de algún palacio en vez de que sean los palacios el marco de la plaza pública.

—Bien. ¿Y qué dijo su doctora?

—Pues dice que no tiene usted razón; que no es que el germano sea bárbaro, sino que el clima hace que la plaza sea inútil, puesto que lloviendo tanto y con frío no hay razón para que exista un sitio en que se congregue a la intemperie todo el pueblo.

—Oiga usted, Iso —expresé—; ya empiezo a creer que por estos sitios el único bárbaro soy yo. Pero de todos modos dígale que esa Minerva colosal que está frente al Parlamento merecería que la trasladaran con todo y su fuente al centro de algún parque. Pues allí donde está corre riesgo de que la

tropiecen los autos.

—Y también me dijo mi mujer —agregó Iso— que va a hacer una lista de libros que quiere leer antes de contestarle a usted por escrito sobre esa tesis de la plaza y el castillo feudal y que se propone escribirle varias cartas al efecto.

En una conversación de café vienés, Iso le contó a un profesor universitario de sociología la tesis de mi libro *La raza cósmica*, y el profesor le había dado una respuesta parecida.

—Voy a hacer una bibliografía del asunto —expresó—, pues me parece interesante…

Estaba yo dentro del sistema alemán que abruma nuestras pobres cabezas perezosas de la América Latina, más perezosas aún que los verdaderos latinos de Europa.

Con la amiga de la señora de Iso entablé, desde luego, muy buena amistad. Era mi primera australiana y yo su primer mexicano. A través de nosotros se comunicaban dos naciones separadas por un abismo de mar y de tradición. Tenía heroica el alma. Como voluntaria de la Cruz Roja había pasado la guerra en el frente aliado. Así que se firmó la paz se pasó al antiguo enemigo a prestar sus servicios en los hospitales de Viena y en el socorro de los derrotados. Su razón era que allí hacía más falta la asistencia humana. En Austria le habían correspondido con afecto ilimitado y estaba en vísperas de hacerse austriaca por matrimonio con un joven médico nativo. Su caso me hacía pensar que la aptitud para las grandes acciones aparece únicamente en las razas que tienen el dominio del mundo. Las monjas que asistieron al descubrimiento del Amazonas no podían haber sido inglesas: su nación entonces no daba aún de sí. En cambio, España superaba en todos los órdenes. En su decadencia ya no producen las naciones esos tipos o los

dejan malograr, con todo lo demás. Me dio la australiana buenos consejos sobre los apuntes que le leí sobre mi conferencia; me hizo ver con franqueza que el público vienés no se iba a interesar con ideas originales mías, sino con datos concretos sobre el país mexicano. A pie hicimos en grupo la excursión a una célebre cascada en los Alpes.

La loca

Iso era amigo de los políticos y de los artistas. Cuando no andaba en los ministerios se perdía por los barrios más apartados en busca del taller de un escultor italiano, refugiado antifascista. Me presentaba por allí como correligionario y aun me hizo afiliado de no sé qué comité antifascista de París. No quiso acompañarnos la noche que ciertos amigos universitarios me llevaron a la Orquesta vienesa, opinando que no podía irme de Viena sin visitar su teatro típico. A Iso le repugnaba aquel arte ligero. En cambio, no cesaba de hacerme el elogio de una actriz famosa.



En el departamento.

—Lástima que ahora no trabaje —decía—; usted no ha visto nunca una artista de ese calibre.

—Pero, Iso, si en México hemos visto a toda la plana mayor de las italianas. Me faltó la Duce, es cierto, y lo lamento; pero nadie me importa después de la Duce.

—Lo malo es que usted no entiende el alemán —replicaba Iso—; pero, aun así, vería usted qué fuego el de esa mujer; es una llama en la escena y nadie recita como ella el alemán. Qué, ¿no ve, che, que es una austriaca, pero tiene también sangre italiana?

Y comunicándose por teléfono, exigiendo casi, había logrado que la actriz célebre nos dedicara una velada en su casa la noche misma de nuestro regreso a Viena. Sin cepillarnos casi, corrimos al departamento lujoso que era más bien del marido de la actriz, un célebre psiquiatra. Y a toda prisa me puso en antecedentes.

—Con frecuencia —informó Iso—, la actriz se le escapa al marido; es una mujer muy ardiente, che, y con esa imaginación de artista, usted comprende, le entran pasiones terribles; después de ellas vuelve con su marido, a quien tal vez prefiere sobre todos los otros.

—¿Y el marido está enterado?

—Sí, che, no hay engaño; el marido, usted sabe, es psiquiatra, y la ve como un caso de su propia clínica; dice que es irresponsable mientras le dura la pasión, y prueba de ello es que así que le pasa ella misma busca el hogar. El marido es eminente en su ramo. Y me ha dicho: «La perdono porque la necesito; además, es un caso profesional. En su normalidad, ella me quiere; cuando se ofusca la trato como a una enferma.» Va usted a ver, che, en la sala misma en que reciben tienen dos estrados: el de ella, que el marido llama el

rincón de la loca, y donde ella sienta a sus amigos, y el otro, donde él conversa con sus colegas. Es un *menage* notable, che… Y ella es un prodigio; es una loca; verá usted; simpatizarán porque es como usted, che…

La loca pasaba de los cuarenta, pero todavía resultaba apetecible; era bien formada, muy blanca, ojos grandes, encendidos y una cabellera tizianesca; manos finas, elocuentes como para ilustrar el gesto de la recitación. Su voz se adivinaba capaz de todos los matices: la persuasión, la ira, la ternura, el entusiasmo. Me sentó a su lado; me dijo que se aburría de Viena, que quería correr a París, pero que estaba en ese momento a prueba.

—Me tiene aquí mi marido en observación. Dice que no me deja ir a París hasta que me vea curada. Dice que estoy loca; aquí, a este rinconcito donde estamos, le llama el rincón de la loca. Luego que acabemos de conversar se pasará usted a la otra esquina de la sala; allí se congrega el círculo de mi marido. No vaya usted a creer que estamos reñidos; nada de eso; nos entendemos perfectamente; yo no podría vivir sin él, es un sabio, un hombre grande y fuerte; en él hallo mi equilibrio…

Todo esto en francés y con tono cálido, sincero.

—Ojalá, señora, que pudiera verla en París —insinué.

—Sí, como no; a Iso le daré mis señas, si es que hago el viaje.

—Bueno; pues quedamos citados y lamento no haberla visto en escena; por admirarla sería capaz de aprender el alemán.

Ríe ella y me lleva al rincón del marido.

Era éste un austríaco alto, blanco, todavía joven, frente despejada, expresión reflexiva, tranquila. En el rincón de la loca, un Buda lucía sus oros a la luz de una lamparilla. En el

estrado del marido, profesor de la Universidad, ilustre médico, sillones cómodos, tapetes gruesos y utensilios para fumar. Una buena clientela le aseguraba independencia económica.

—Yo soy distinto de mi mujer —explicó—; ella tiene temperamento de artista, impresionable, cambiante; yo soy hombre de ciencia acostumbrado a examinar fríamente los sucesos, y nos completamos ambos a causa de ese mismo desequilibrio. No podría yo vivir sin ella…

Parecía que se hubiesen puesto de acuerdo para confirmarme la versión que ya me había dado Iso. Lejos de nosotros conversaba éste con otros visitantes al extremo del salón. Nuevos amigos rodeaban ya el sofá en que a todos seducía, con sus bellas maneras, la actriz. Y el profesor, acompañado de dos colegas de la Universidad, me sentó a su lado. Se hablaba de la pretensión de los ingleses oxfordianos de que ellos pronuncian mejor que nadie el latín.

—A nosotros —alegué— nos parece absurda la pronunciación latina de los ingleses, cuando hacen de la c una k, como César, que pronuncian como káiser.

Y, en suma, cada cual creía en su propio modo nacional. En Alemania se estudia mucho el latín; lo mismo que en Francia, lo mismo que en Estados Unidos. Únicamente nosotros, en México, a causa de que estamos a la cabeza del mundo, según los hombres de la Reforma, ya nadie estudia latín, con el resultado de que profesionales graduados de nuestras escuelas llegan a la Soborna y no pueden seguir ni cursos de anatomía o de sociología porque a cada paso se tropiezan con la cita latina que el profesor intercala en el discurso suponiendo que habla para gente culta. No dije esto a los austríacos; no venía al caso; lo dedico a los manes de Ocampo y de Ramírez y también de Barreda y de Justo

Sierra.

La conferencia

Sin pena ni gloria leí mi conferencia en inglés; lo interesante fue la discusión que se produjo después durante una cena universitaria. Iso me traducía los discursos de los que hablaban el alemán. Se discutía el tema de la población. Una de las ventajas de la América, les había yo dicho, era la uniformidad relativa que asegura la lengua; sólo tres idiomas: el inglés, el español y el portugués, dominaban en todo el continente. Y el fracaso de la monarquía austrohúngara, añadía, era de atribuirse a la falta de un sistema escolar que hubiese impuesto el alemán por todo el territorio. El idioma nacionaliza mejor que la sangre; uno de los rasgos de mi programa educativo había sido la difusión del libro castellano en asuntos que antes leíamos en francés o en inglés.

Y me interrogaron cuál era el medio más eficaz para oponerse al anexionismo anglosajón.

—En vista de que los gobiernos —les contesté— son imbéciles, o mediocres, o coludidos con el extranjero, es inútil esperar que aparezca un programa defensivo. Pero la Naturaleza lucha en nuestro favor; la biología social expele al anglosajón de las zonas tropicales.

Y les di el dato de Cuba: un millón de españoles antes de la independencia, y casi tres millones de raza española a los veinticinco años.

Un especialista en economía que apenas hablaba francés

me estuvo dando datos muy interesantes sobre la base falsa de la economía de Norteamérica, previendo casi con exactitud el colapso que ocurrió a los cuatro años, en el 29. Muy buen recuerdo me quedó de aquella noche universitaria, pero también la decisión de ya no meterme en sociedad cuando visitase otra capital europea. No es mi temperamento andar de visitante semioficial. No me gusta representar nada. Mi ideal del viaje es la soledad de la propia observación, como lo había hecho en Italia y en Turquía. Iso, que es eminentemente sociable, no hubiera concluido de organizar paseos y recepciones. En su propia casa dio una muy lucida, con asistencia del personal de la Legación mexicana y algunos diplomáticos sudamericanos, más funcionarios vieneses y hasta una de las bailarinas de la Ópera Imperial, preciosa criatura de veinte años que nos sonreía imaginando quizá que alguna vez podríamos contratarla para la América. Me despedí de Iso con la satisfacción del que ha realizado una conquista. Había ganado en él un amigo de siempre.



Autorretrato, por Diego Rivera.
«Era este *Chiripa* un ex poeta, degenerado por la bebida…»

Hacía culto Iso de la amistad, pero ligándola con sus

convicciones; estaba él inscrito en el socialismo, pero no para recibir órdenes del partido, sino para servir a la causa de los humildes según su propio entender y salvando antes que nada su conciencia, incapaz de claudicaciones. Un día le pusimos, firmándola juntos, una postal a Palacios: un fragmento de un cuadro del Tintoretto que guarda el Museo de Viena. Oírle hablar a Iso de sus andanzas de Italia durante su juventud era divertido e instructivo. Mucho le rogué escribiera un cuento de tantos que él relataba; pero unos tienen el don de conversar, otros el de escribir. Yo quisiera poseer este segundo a fin de salvar del olvido el intenso humorístico relato de una rebelión de los locos del manicomio de una pequeña ciudad italiana. Encarcelaron a los guardianes y amenazaban con poner fuego al edificio si alguien se acercaba en actitud hostil. Pidió parlamento la autoridad, y el comité de los locos declaró que no trataba con funcionarios ni con políticos; que si se había de llegar a algún entendimiento era menester que la ciudad nombrase su representante al *Chiripa*. Era este *Chiripa* un ex poeta, degenerado por la bebida y decepcionado por causa de la injusticia del mundo, y que en sus borracheras denunciaba los abusos locales. En revancha, la gente le llamaba «el loco». Y este loco de la justicia era el que merecía la confianza de los dementes, más juiciosos, en el caso, que los cuerdos. Y los funcionarios, al fin y al cabo tolerantes, fueron a la taberna en busca del *Chiripa*. Despejándose la niebla del alcohol, el *Chiripa* puso condiciones:

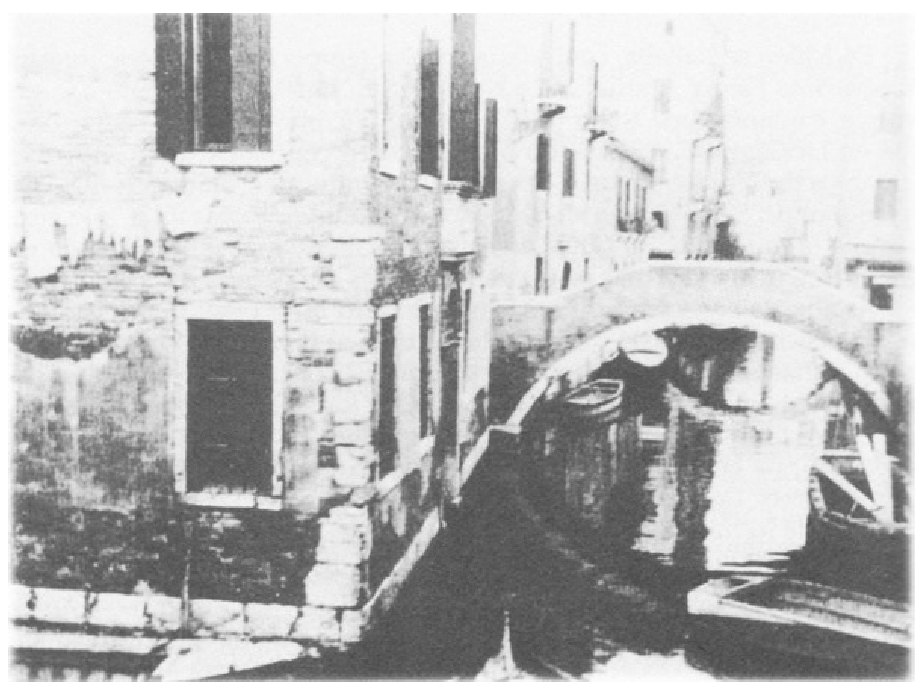
—Han de garantizarme —dijo— mejor comida, mejor trato para los asilados; de otro modo no crean que van a contar con el loco *Chiripa* para engañar a los otros locos.

Y el *Chiripa* se dio el lujo de mirar por arriba a los concejales. Todo se arregló satisfactoriamente, gracias al *Chiripa*. Esto escueto, no es nada; había que oír los detalles

jocosos, las reflexiones profundas que Iso tejía en el relato.

Venecia

Otra vez clase de pintura, clase de arquitectura; horas enteras en el relicario bizantino que es San Marcos. Dolor en el patio del anexo palacio de los Dux porque no pude construir en el edificio del Ministerio de Educación una escalera con descansos y estatuas al aire libre por el estilo de la que allí se mira. Paseos por el malecón de los mástiles; ascensión al *Campanile*; poesía de las horas marcadas por el reloj de la plaza, cuyas campanadas amartillaban dos figuras de bronce; ensoñaciones prolongadas, en las mesas de los cafés del soportal de abajo. Misterio de los vericuetos, que tienen cada uno una historia: presunción de los palacios sobre los canales; puente de Miguel Ángel, a cuya entrada se venden rayas de queso parmesano aromado, como no lo hay igual en el mundo; vinos deliciosos, atmósfera de ventura gastada, porque se ha hecho la ciudad lugar de cita de todas las parejas acomodadas de Europa.



Venecia.
«… presunción de los palacios sobre los canales»

Me gustaba atravesar el canal frente a San Marcos para saltar sobre el malecón de la Iglesia de la Salute. Bóveda redonda impecable, toda rosada en el atardecer. Al fondo, la isla de San Giorgio Maggioro; luminoso panorama siempre maravilloso, pese a los Turners y Canalettos de las pinacotecas y las reproducciones comerciales. Cada uno encuentra su propia Venecia según el momento y el genio propio.

Quedaban todavía bañistas en el Lido, y, no obstante lo avanzado de la estación, perduraban los vestigios de una temporada soberbia en materia de mujeres. La tentación de ser joven, de ser hermoso y rico, se aviva en la playa inmensa, blanda, cómoda. Espléndidas mujeres finas y en pijamas que les aumentan la seducción se recuestan en sillones tendidos bajo los toldos. No hay esa grosera exhibición de carnes tostadas, asoleadas, laceradas a veces,

que el abuso del baño del sol y cierto primitivismo que ignora el pudor han hecho del balneario norteamericano una feria del cinismo. Las italianas se miran envueltas en halo de poesía. Y nos reconcilian con la belleza femenina. Nos hacen olvidar toda esa vulgar propaganda pornográfica del cinema de Hollywood. Plebeyas enriquecidas sin otro atractivo que el de la carne manida por el *make up*. En cambio, ¡las mujeres del Lido…!

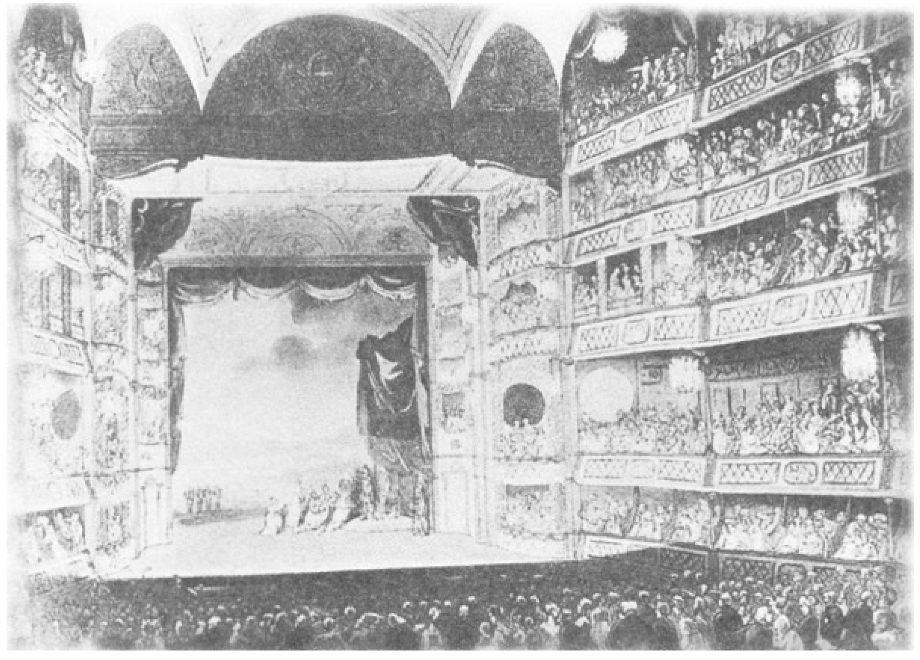
De cómo fui «claque» del Scala

En Milán se hallaba, contratada para la temporada de ópera, nuestra compatriota Fanny Anitúa. Me hospedó en su hotel, me presentó con sus colegas cantantes, me tomó por su cuenta, y como le tocase cantar creo que en *La Gioconda*, me mandó a su palco en compañía de dos jóvenes cantantes protegidos suyos. Y apenas salía Fanny, alborotábamos más que aplaudíamos. Echó ella de su opulento pecho una de esas arias que electrizan a la multitud, y a gritar nosotros. De suerte que si no pagué la representación, aplaudí más de la cuenta. ¿No es eso hacerla de «claque»?

Estaba de cónsul Julio Pani, que me trató muy bien; de vicecónsul, un muchacho entusiasta que disertaba sobre el Polauiolo; me anunciaba monografías sobre pintores poco explorados, me hizo detenerme largamente frente a los *Esponsales de la Virgen*, de Rafael, y en todos los rincones interesantes del *Breda*. Por último, me llevó a la *Cena* de Da Vinci. ¿Qué decir de la *Cena*? ¿Quién no la conoce en reproducciones? Lo que a mí me parece es que todo lo de Da Vinci resulta humano, no divino; el máximo de lo humano si se quiere, pero sin fe, y yo me quedo con mis Cristos desdibujados de Angélico y con los frescos ingenuamente sobrenaturales del Giotto.

Chocante Milán con sus pretensiones de gran urbe moderna y su Duomo, en que han metido la pata no sé cuántas generaciones, y hasta el mal gusto de Napoleón el

Grande. Chocante en su caudillo máximo, el tal Sforza. Y admirable, cosa curiosa, por el canal que comenzó, que proyectó Da Vinci, como ingeniero quizá impecable, como pintor terrenal y vacilante.



Scala de Milán.

«En Milán se hallaba, contratada para la temporada de ópera, nuestra compatriota Fanny Anitúa»

En una excursión que hicimos al lago de Como, en el auto de Fanny, la artista, de pronto dijo, dirigiéndose a mí:

—Aquí es, aquí es donde quería traerlo a usted Treves, a que descansara una temporada.

Y se puso a llorar. Nunca supe más de Fanny, directamente, después de aquella visita; pero a los pocos meses, un amigo común informó: Se ha vuelto a casar, «muy enamorada»... Oh, amor de los sexos, farsa de un día, fascinación subhumana.

El París de la Victoria

No se advierte en Francia el chauvinismo; nadie anda contando que el soldado francés es valiente; ya se supone que todo soldado lo es. Sólo allí donde el soldado pierde las batallas, pero veja al civil, se tiene que estar repitiendo que es muy valiente el ejército. El soldado francés ha ganado demasiadas batallas para tener arrogancias, y el ejército no está compuesto allá de mercenarios, sino de toda la población; así que no existe abismo de militares y paisanos, como castas hostiles. No se hablaba, pues, de la victoria, ni en los diarios franceses, ni en las conversaciones del café; pero se vivía el ambiente de una victoria que era más bien tragedia. Pues la ruina económica más devastadora se hacía sentir en todas partes, se demostraba innegable con la depresión cotidiana de la moneda. El gobierno de coalición de Poincaré, abogado honrado y capaz, salvó al fin la moneda; y fue restableciendo la confianza. Pero en los días en que llegué, a principios de noviembre del veinticinco, se hubiera dicho que París estaba de venta y en remate. Por cantidades que con nuestra moneda resultaban insignificantes, se tenía una gran comida y buen hotel; la depresión general incitaba a todo el mundo a gastar; estaban llenas las fondas, ocupados los teatros, brillantes los centros de placer. Y hacían todavía por entonces vida activa, en la ciudad, los iberoamericanos, y no únicamente dirigiendo el tango, o pagando las grandes cocotas, con el sudor de la gleba argentina, o con el hurto al tesoro de México, según lo

hacían los militares callistas compitiendo en derroche con los estancieros; también la acción espiritual de nuestras gentes se hacía sentir.

En la estación de París habían estado a recibirme dos amigos: Chacón y Calvo, mi compañero del viaje a Andalucía, que acababa de ser trasladado a la Legación cubana de Francia, y Alfonso Reyes, mi viejo colega del Ateneo, que seguía de ministro de México en París, convertido en devoto callista. En su propio modesto hotel del rumbo de Montmartre, Chacón, conociendo mis gustos, me había apartado un cuarto en el piso más alto, lejos del ruido.

De un café me sacaron una mañana dos jóvenes centroamericanos: Pacheco, el escritor, y Toño Salazar, el caricaturista, para llevarme a la casa de Zaldumbide, el escritor y ministro ecuatoriano en París. Era la hora del almuerzo y en seguida nos hallamos frente a un plato de arroz con plátano, a estilo tropical y una comida magnífica. El departamento lo tenía puesto con lujo proveniente de su propia fortuna, pues los sueldos que paga el Ecuador no son excesivos. Una abundancia de estatuitas de caballos de bronce daba una nota personal al moblaje. Zaldumbide es un criollo puro. Le tenía yo cierta mala voluntad por su tesis de que se es un descastado en América porque estamos lejos de Europa, tesis inversa de la mía, que el descastamiento consiste en querer hacerse europeo. Pero lo primero que me desarmó fue la sencillez perfecta de aquel desajustado de América y su sincero y ardiente americanismo. Era fácil ver que su tesis tenía un lado de razón; por lo que tenemos todos de Europa, prueba que la amamos apenas ponemos un pie en su suelo; pero como en Europa no somos sino desplazados y metecos, resulta que, en seguida, el instinto nos devuelve a lo americano y nuestra tragedia consiste en no acabar de

definirnos del todo en el sentido autóctono. El mayor obstáculo para hacerlo es la tendencia a confundir lo autóctono con lo aborigen. Todo nos liga a Europa y todo nos separa del aborigen; por eso el recurso más eficaz es el adoptado por el pueblo argentino, que se ha dedicado a hacer de la Argentina una sucursal europea. Y con supresión calculada de todo lo indígena. Nosotros, en México, y también los ecuatorianos, por el número de nuestra población indígena, nunca podríamos adoptar medidas tan radicales. Nuestra aventura nacional está llena de complicaciones y esto la hace más interesante, la convierte a menudo en drama. A nosotros no nos basta con edificar una ciudad a la europea; nos es indispensable una labor de educación que enraice la moralidad europea en el seno de las conciencias indígenas. De otro modo ocurrirá lo que enseña nuestra historia, que más tardamos en construir la ciudad europea que la indiada en destruirla.



París.
«… se hubiera dicho que París estaba en venta»

De todo esto y de la inquietud social de toda Europa hablamos en aquel almuerzo tan amable. Zaldumbide, escritor selecto, pensador fino y poeta de sensibilidad, me predicaba un credo social derivado de D'Annunzio. Acababa de visitarlo en el Vittoriale. Levantar a los humildes, pero por la vía de la cultura y del arte; sin sacrificio de las conquistas espirituales de la civilización.

Alfonso Reyes sostenía la Legación mexicana con menos lujo que Zaldumbide la suya, pero con igual brillo intelectual. Famosos escritores de Francia, jóvenes y viejos, frecuentaban la modesta casa del ministro poeta, uno de los pocos mexicanos que han logrado interesar a la crítica francesa con sus propias producciones y sus estudios de Góngora, de Mallarmé. Le ayudaba a hacer amable el ambiente de la Legación su esposa, Manuela, una mujer de primera, muy comprensiva, muy inteligente, diestra por instinto y afable por buena disposición de ánimo, que es la mejor manera de ser cortés, sin frialdad, sin exceso en la fórmula.

Existía relación estrecha entre Alfonso Reyes y Zaldumbide. Tanto, que la Legación del Ecuador fue la elegida para la primera lectura de la tragedia de Alfonso, *Ifigenia.* Resultó una recepción extraordinariamente brillante. Llegué a ella cuando empezaba la lectura; en el salón había poco menos de ciento cincuenta personas. Sentado al frente, en una mesita, Alfonso recitaba leyendo. Era su propia biografía, su posición vital, expresada bajo el velo del antiguo mito, en versos un poco fríos pero impecables, a ratos bellísimos, por la imagen, como en símil del caballo que salta queriendo salirse fuera de su sombra. Fuera de las sombras de su pasado político familiar, se había colocado Alfonso al afiliarse a la revolución. Y éste era el sentido secreto de su *Ifigenia.* Insistía en el derecho de

disponer del propio destino, en tierra nueva lejos del embrujo, de la maldición que envuelve a la propia casta. En suspenso por más de una hora, todo el mundo escuchó la lectura. Después de los aplausos cálidos de pleitesía sin reservas, la concurrencia se repartió en grupos y Zaldumbide, tomándome del brazo, empezó a presentarme. Aparte algunos conocidos, tuve ocasión de crear amistades nuevas; por ejemplo: la del ministro de Colombia, Ismael Enrique Arciniegas, poeta y traductor de poetas, que muy galantemente dijo:

—Usted es Maestro de la Juventud de Colombia. Mi legación está a sus órdenes; allí estará usted en casa.

Entre las conversaciones y el obsequio del champaña, resonaba la melodía arcaica de la quena andina. Un tercero de músicos del Ecuador revivía en viejas flautas la doliente, casi lúgubre melodía de los incas. Por otro rumbo de la ciudad, en la Legación peruana, un indio, escritor también, daba recepciones a la europea; no se hubiera atrevido a exhibir lo indígena, como lo hacía el criollo y europeizante Zaldumbide.

El fermento de la vida latinoamericana en París lo daban los muchachos de la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos. Apenas llegaba a París personaje de significación intelectual, los beneméritos estudiantes organizaban una velada. No es tan fácil como se cree eso de hablar en París. Y no porque lo impida ninguna autoridad, sino por la carestía de los locales. La más modesta sala se deja pedir más de mil francos por unas horas. Con todo, los estudiantes, de su peculio, lograban siempre local y congregaban auditorio. Empezaba a estar candente el tema que posteriormente dividió a la asociación estudiantil y casi acabó con ella: el bolchevismo y su aplicación americana. En

mí veían a un revolucionario, pero independiente, incapaz de atarse de pies y manos con ningún ismo. Para hacerme hablar y para generalizar la discusión, se organizó un torneo. Hablarían en él representantes de todos los sectores de opinión. Por ejemplo: Zérega Fombona, el venezolano, representó la tendencia cientificista y jerárquica, casi fascista, al estilo Maurras. A mí me ha irritado siempre un derechismo regresivo que anda buscando los desechos humanos de una dinastía desprestigiada. Igualmente me irritan los extremistas que andan endiosando a Stalin, el ex seminarista. Se leyeron buenos discursos aquella noche; se llenó la sala y hubo entusiasmo. Cuando yo hablé, no dejé de señalar el peligro que para la revolución significaba solidarizarse con regímenes de asesinato, de fariseísmo y estulticia. Tenía yo en los labios el nombre de Calles, pero veía hacia abajo entre el público, en primera fila, a Zaldumbide y a Alfonso Reyes. ¿Me atrevería a insultar a Calles delante de su ministro, que había concurrido, al parecer, como mi amigo? Por consideración a Alfonso no personalicé; hablé nada más contra los fariseos, los traidores del movimiento popular. Y a la reacción le dije: «Después de cinco mil años de porquerías vienen ahora otra vez con la idea monárquica.» El público aclamó, gritó, porque se había dado en el clavo; por esos días andaba circulando, del Barrio Latino a Buenos Aires, un manifiesto de Maurras a la Juventud Iberoamericana. Yo no había leído el tal manifiesto; pero el instinto republicano que nos viene desde Roma y desde Atenas, y cierta incorregible presunción criolla, vanidad meteca, me predisponía contra la jefatura de un Maurras, nacionalista francés.

En esos días llegó a París Blasco Ibáñez, y en seguida se concertó una cita. Deseaba él conversar conmigo, según me dijeron, y aunque yo tenía contra él prejuicios, decidí

hablarle incluso de su libro sobre México, libro injusto porque pone a Carranza de estadista; glorioso por el acierto con que adivinó a los militares en sólo dos semanas de permanencia en México. A Blasco nos lo presentaban en México envuelto en la calumnia. Había escrito su libro porque Carranza no le había querido pagar veinticinco mil pesos por un libro de elogios. Estúpida versión que no toma en cuenta que Carranza pagó mucho más dinero, por lo menos a media docena de mediocres que le publicaron libros apologéticos.

—Me disgusta —le dije al secretario que nos hacía la *liason* — que haya publicado su libro sobre México en el *New York Times,* órgano de la penetración norteamericana.

Todas mis reservas, según advertí después, eran comunicadas al grande hombre, que las contestó una por una en nuestra primera y única, muy grata y muy larga conversación. Se verificó en el Hotel Lutecia. Se hallaba Blasco en mangas de camisa, como lo pintan sus enemigos, pero no por eso descortés; era, simplemente, despreocupado. Y hablaba en genio. Se desbordaba. No podía evitar repetir lo que ya conocía en sus libros; pero me dijo algunas cosas interesantes; la primera de todas:

—Yo he escrito ese libro *El militarismo mexicano* por súplica de mexicanos perseguidos y víctimas de su propia tiranía, y ahora resulta que en todas partes me presentan como enemigo de México...

—Yo le tomo a usted ese libro como un servicio a México —le dije— y estoy dispuesto a declararlo en la primera oportunidad.

La oportunidad ya estaba preparada y me lo había dicho el secretario. Blasco quería que en la biografía suya, que preparaba la casa editorial que me había tomado a mí *La*

raza cósmica, constase la opinión de un mexicano independiente sobre su libro *El militarismo*. Le dije sin ambages mi opinión:

—Justicia a los generales hizo usted, y favor excesivo a Carranza; pero el error que le reprocho es haberse ensañado en sus ataques al indio. No tiene toda la culpa el indio; además, un español no debe hablar del indio en tono de imperialista *yankee*, porque lo más ilustre de la obra de España en América fue la absorción del indio, la anulación de los prejuicios de color.

Todo esto apareció en un prólogo a la biografía ya citada. Dos o tres años después murió Blasco en pleno triunfo, en plena abundancia.

El triunfo y la abundancia no eran tanto, por supuesto, porque Blasco, como buen levantino, exageraba. Suena mucho una fortuna expresada en francos, cuando el franco valía a cincuenta por dólar. Conocida es la historia editorial de Blasco. En la novela que lo hizo célebre, fuera de la lengua española, apenas ganó una piltrafa. Pero esa celebridad le abrió las puertas del *New York Times* y del cine de Hollywood. Su primer dinero grande, el mismo Blasco me lo dijo, fue del *New York Times* por la traducción del *Militarismo mexicano*... En total, mil quinientos dólares, lo que gana cualquier miserable de los que han hecho la defensa del callismo en el mismo diario. En seguida, la entrada mayor de su vida fue de Hollywood: Cincuenta mil dólares más o menos por los derechos sobre el *Mare Nostrum*. Además, se había casado Blasco, al divorciarse de su esposa valenciana, con una dama chilena acaudalada. Y, por último, se hacía propaganda aun a sus gastos. Si compraba auto lo mandaba pintar de amarillo y lo exhibía en París como el auto del Blasco Ibáñez, el novelista millonario.

Entre los españoles de su séquito circulaba un cuento: Llamaban al teléfono y tomaba Blasco la bocina; su francés fue siempre, como el mío, macarrónico.

—¿*Monsieur* Ibáñez? —preguntaban por el aparato.

Y Blasco respondía:

—¿*Voulez vous parler avec la grand romancier* Blasco Ibáñez? *C'est moi...*

Una historia me contó a mí el propio Blasco, ésa sí verídica. Se empeñaba en demostrarme que había obrado por amor a México al escribir su libro, y refirió:

—Estando yo en Barcelona por el diecinueve o veinte, se me acercó un mexicano que había sido ministro; usted lo conocerá: Ortiz Rubio.

—Sí —respondí—. Salió del gabinete de Obregón por no sé qué negocio turbio.

—Pues ése vino un día a ofrecerme más datos para una nueva edición; me mandó los datos, que ni siquiera examiné; pero a los cuantos días me llegó otro recado: Que, por favor, no fuera yo a dar su nombre... Le habían dado otra vez colocación en la diplomacia —explicó Blasco.

No volví a ver al novelista, aunque me ofreció su casa de Menton; pero pocos meses después, en un diario de Colombia, vi unas declaraciones suyas a propósito de no sé qué calumnia que le inventó uno de esos cronistas que infestan en París las legaciones que, como la de México, solían pagar bien a toda clase de apologistas del crimen.

—Lo malo de la América española —decía Blasco— es que la gente de letras es allá muy pobre: la pobreza mezclada a la ambición lleva al intelectual a cometer indignidades, a defender las peores tiranías... Por un consulado venden su opinión; por una legación venden el alma.

Tal conocí a Blasco, el magnífico, y me reía de los que en México lo pulverizaban para quedar bien con la canalla oficial. Años más tarde, en España, vi las calles, los monumentos que se honraban con su nombre. Blasco nunca vendió sus convicciones; se las hizo pagar bien cuando pudo; pero el dinero obtenido no le hizo ablandarse en la pelea de la verdad. Por eso merece el recuerdo, así lo hayan cubierto de oprobio incluso lenguas de oro, como la de Valle Inclán:

—Ezo eztá fuera de la literatura —decía refiriéndose a Blasco.

Sí; pero cuando Blasco escribía su *Tirano Banderas* no desviaba el argumento para seguir siendo amigo del tirano. A cada bribón, Blasco lo señaló con el mismo índice firme que trazaba cuadros que son gema de la literatura, como ciertos relatos de viaje, como no pocas páginas de algunas novelas.

Un deseo de paz

Entre los amigos que me visitaban estaba Luis Enrique Osorio, el colombiano. Por México había pasado, delgado, alto, blanco y enjuto y casi comunista, y ahora me lo encontraba en París casado, robusto, de buen color empeñado en estrenar un drama político de corte liberal democrático. Estaba construido el drama en torno a la presidencia de Núñez en Colombia, personaje que Osorio comparaba a Madero, de México.

—Pero ¿qué empeño es ese suyo de estrenar en París? —le decía, al ver que lo explotaban los comisionados y los agentes—. ¿Por qué no estrena en Bogotá?

—Es que para estrenar en Bogotá —respondía— necesito estrenar primero en París; usted no conoce a mis paisanos; una palabra que yo logre de la crítica parisién me vale allá toda una reputación... con sólo el hecho de haber estrenado en París...

Y su drama era bueno; lo imprimió en castellano, lo hizo traducir al francés y pagó a la postre lo necesario para tener la pieza dos noches en el cartel. La noche del estreno se comentó en los cafés a que concurre la gente iberoamericana, que había «estrenado un discípulo de Vasconcelos». No era tal, pero sí mi amigo muy querido; pero eso bastó para que mordieran en él los de bandos literarios más antiguos que, sin razón, se sintieron invadidos en sus propios terrenos. Entre los que así hacía en París

cabeza de grupo estaba un cronista, famoso por sus escritos y por sus escándalos amorosos, su reputación de espadachín y de tenorio. Le llamaremos en adelante, sin ánimo peyorativo, Gomarella. Se le tenía por algunos como un patriarca de las letras hispánicas en París; estaba bien relacionado en el periodismo francés y en ciertos círculos de literatos dedicados a la notoriedad; por ejemplo: el de Maeterlinck.

Hablando yo una noche en no sé qué *boite* del rumbo de Montparnasse, frente a una mesa que se había ido llenando de bohemia internacional, opiné que por mucho que nos embadurnásemos la cara con el gris parisién nunca pasábamos allí de metecos, y que el joven que quisiese distinguirse, lo mejor que podía hacer era regresar a su país de América. Alguien objetó:

—Pero, maestro, allí tiene usted el caso de Gomarella, que se ha vuelto un perfecto parisiense…

Me quedé un instante suspenso y, en seguida, sin reflexionar las consecuencias, dije:

—Pero si Gomarella se ha pasado cuarenta años diciéndonos en sus crónicas que está en París y que vio esto y lo otro, pero sin perder el tono de payo azorado…



Vasconcelos

Lo que menos imaginé es que a las pocas horas

Gomarella, en un café vecino, fue enterado de mi dicho ligero y desprovisto de mala intención. No le tenía mala voluntad a Gomarella ni mucho menos; más tarde supe que se hallaba ya resentido porque no procuré verlo al llegar y porque no lo habían invitado a la asamblea organizada cuando mi arribo. Lo cierto es que entre los estudiantes gozaba de simpatías como escritor y aventurero simpático; pero no le daban alternativa de mentor a causa de sus antiguas relaciones con ciertos tiranos del trópico. Me hice, pues, a lo tonto, de un enemigo que hubiera sido cordial amigo, si el destino quiere que antes de esta plática necia un amigo común nos hubiese puesto delante, por alguno de los cafés y mentideros del bulevar donde él tenía sentados sus reales desde época remota. Yo, mientras tanto, seguí atareado, en compañía de Osorio, en busca de un departamento amueblado donde meter a mi familia, que ya venía en un barco. Les cumplí la promesa de pasar juntos la Navidad. Nos instalamos por el rumbo de la avenida Víctor Hugo; después en otro barrio menos caro, por el Campo de Marte. Mi hija llegó muy crecida, casi señorita; los primeros trajes del *Printemps* la volvieron loca; mi hijo se hacía rápidamente un hombre; los puse a los dos en un Liceo. Mi esposa estaba contenta de hallarse en París, que seduce la imaginación de todos los hispanoamericanos. Me quedaban algunas reservas en efectivo, y me seguían pagando bien mis artículos. Precisamente acababa de hacer un arreglo con un agente de Nueva York para colocarlos, a un tiempo, en varios periódicos de la América española. Tenía el plan de aislarme, recluirme, porque quería escribir algo más que los sosos y mercenarios artículos de cada semana. La publicación de *La raza cósmica* me había dado alguna notoriedad madrileña; recogí comentarios halagadores, pero no era ésa tampoco mi meta. Lo que me llenaba la

conciencia y me perseguía por los conciertos de música clásica y por los cafés y los bulevares eran los temas de mi *Metafísica.* Encerrarme a escribirla era mi ambición. A menudo, los domingos comíamos en la Legación de México, reunidas las familias de Alfonso y la mía. A Alfonso, que me reprochaba ciertas tacañerías, tales como no pagar departamento céntrico, le dije:

—Tengo lo bastante para vivir cómodamente dos años; pero mi lucha de México va a ser larga; no regresaré sino como enemigo del gobierno y cuando pueda hacerle daño a aquella situación infame. Por eso necesito economizar y prever.

El hombre pone... y el diablo descompone

A largos intervalos pero no había interrumpido la correspondencia con Charito; ni razón había para ello, puesto que nos separamos amigos. Al principio ella estaba tranquila, se divertía en México y estudiaba, según decía, en la Universidad. Pero luego que estuve en París le entró la decisión de irme a visitar.

—Mándame —dijo— la mitad del pasaje; yo pongo el resto y mi mamá remitirá cada mes una mesada, como lo hace aquí en México.

Y le mandé, no la mitad, sino todo el pasaje. Según entiendo, en Estados Unidos un acto de éstos cae bajo las penas de la ley Man, o sea que equivale a hacerse culpable de trata de blancas; lo que no ha previsto la ley es el caso en que las blancas hacen y deshacen tratos con uno. Ni yo lo preví ni me han preocupado las consecuencias de aventuras que tienen por base la simpatía y el cariño. Ingenuamente supuse que un año o dos en París le darían a mi amiga un idioma nuevo y que después de eso regresaría a su tierra, tal como siempre lo tuvo proyectado.

Y a fines de enero o poco después llegó Charito. Se instaló en pensión de estudiantes, por el Barrio Latino; se inscribió en las clases de francés para extranjeros de la Alianza Francesa, con tan rápido éxito, que pronto ya se burlaba de mi pronunciación francesa. La primera vez que la llevé a un

restaurante de lujo, Alfonso nos acompañó. Su afán de notoriedad quedó halagado comiendo con un ministro. Recién llegada, todo lo veía con el azoro de sus ojos negros de pestañas sedosas. Sin embargo, irguiéndose en un extremo de la elegante sala, preguntó a Alfonso:

—¿Y éste es uno de los mejores lugares?

—Sí, Charito.

—¿Y éstas que están por allí, en las mesas, son de las más bonitas, más elegantes de París?

—Sí, Charito; está usted entre la *crème*...

Entonces, volviéndose a mí, exclamó:

—Pues creo que puedo con ellas.

Y levantó el gracioso mentón con gesto de conquistadora...

«Vaya una payita presuntuosa», pensé entre mí... Pero nada le dije ni llegué a sospechar los golpes de fortuna brillantes que le reservaba a ella la capital de la mundanidad...

La conversación de Charito había ganado en sabor; era una delicia oírle aquellos versos de Pellicer sobre las frutas del trópico, las sandías coloradas y los mangos de seda. Por aquellos días me invitaron, por conducto de un joven estudiante de Guadalajara, México, para que diera una plática en la radiodifusora de la Torre Eiffel. Y mi tema fue derivado de esta impresión.

—Lo que le falta —dije— a esta civilización francesa para ser perfecta es la fruta tropical. Los mangos y los chicozapotes son voluptuosidades que no disfrutan por aquí ni los Cresos, y que allá se nos dan casi de balde. Lo que llaman ustedes por aquí fruta: el banano, la manzana y la pera, sirve entre nosotros para dar sabor al caldo.

Un intelectual francés que oyó aquello me preguntaba después por el Domo, de Montparnasse:

—A ver, dígame: ¿cómo es eso de las frutas de su país? Nunca se me había ocurrido que la pera y la manzana fueran casi legumbres...

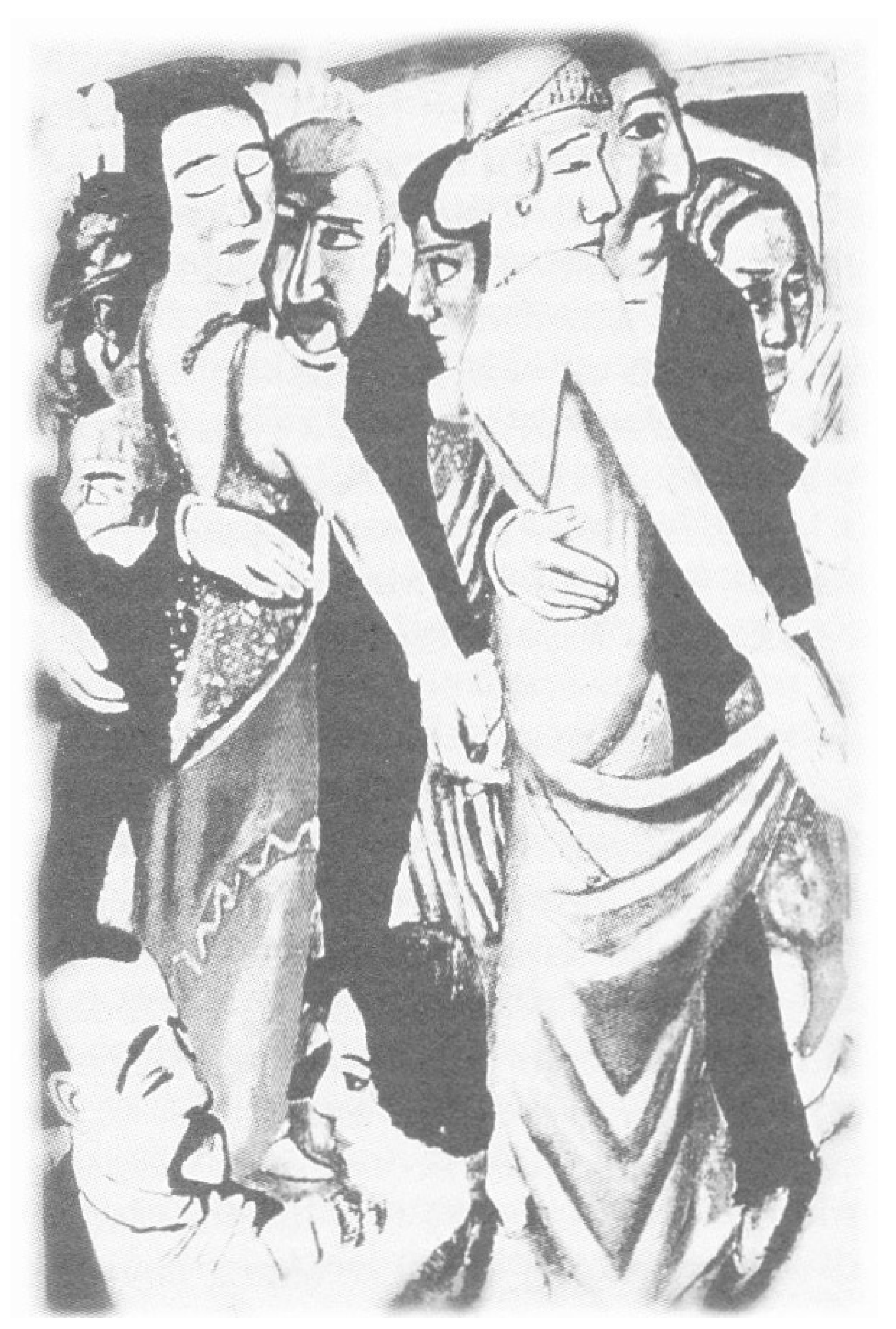
Por uno de los cafés del bulevar Saint Germain se reunían los conspiradores catalanes después del fracaso de la rebelión separatista. Allí me presentaron a Maciá, a quien di cartas para su viaje a la Argentina. Otro grupo de conspiradores era el de Venezuela. Recibido entre ellos como nacional, como camarada, pronto me enteré de cuanto ocurría. El general Arévalo Cedeño estaba en París y preparaba una expedición armada bajo el patrocinio, nada menos, que de Calles. Mientras yo estuve en el gobierno nadie había querido tomar en serio lo de Venezuela; ahora que Calles mandaba, quería, sin duda, convertirse en libertador de la casa ajena, además de ser verdugo en la propia. En la mesa de un comerciante rico de Venezuela, frente a un banquete de platos criollos y vino de Francia, el general Arévalo y yo discutimos la situación de Venezuela delante de los enviados de Calles. Encabezaba a éstos aquel Coronel Preve que había de pagar en Venezuela su intervención directa, según entiendo, en el asesinato de Field Jurado. Cuando terminó la comida, el general Arévalo me llamó aparte y me preguntó:

—¿Qué clase de gente son éstos?

Le contesté:

—General: la causa que usted defiende le obliga a aceptar ayuda incluso del diablo; pero le doy un consejo: Así que usted triunfe, tome a todos éstos de Calles, que, según me dicen, lo van a acompañar, y fusílelos o expúlselos; no permita que esta semilla callista se propague en

Venezuela...; son peor que Gómez, general, y no le digo más...



Baile en Baden Baden, por Max Beckman.
«¿Y éste es uno de los mejores lugares?»

El callismo ocultaba sus crímenes, sus semanarios asesinatos de rebeldes, con la cortina de humo de un revolucionarismo que pretendía consumar la liberación económica de toda la América española. A Buenos Aires seguía mandando delegados la CROM. Un periódico de izquierdas, redactado por jóvenes, publicó un número dedicado a México. A toda página aparecían los retratos de Calles, Morones y el mío. Cuando me mandaron el número tomé una hoja de papel y contesté: «Les reconozco el derecho de censurarme, de ofenderme, de insultarme, pero no el de confundirme con esa canallada; por favor, no den mi nombre con el de esa gente; son bandidos y nada más.»

La Secretaría de Educación, por la misma época, gastaba en folletos y libros de propaganda callista lo que yo no había podido gastar en escuelas. El personal de maestros misioneros fue recortado y todo el presupuesto quedó encogido; pero miles y millones se gastaron en pagar artículos y libros dedicados al relato de los proyectos educativos del gobierno. En mi tiempo no se había hecho más propaganda que la que se deriva de la acción misma y de la obra; ahora, suprimida, falseada la obra, buena parte del presupuesto se dedicaba a pagar a propagandistas, en tanto que la prensa del país recogí la versión oficial de que yo había derrochado el dinero de la nación en pagarme propaganda en el extranjero… La versión sigue corriendo, pero nunca nadie ha podido aducir la menor prueba de ella. En cambio, busque cualquiera la bibliografía de la época y hallará artículos callistas de paga desde Buenos Aires hasta *The Nation* y de Nueva York al *Manchester Guardian.*

Ya Charito, a su llegada de México, me lo había advertido:

—Se están dedicando a minar tu obra, a calumniarte. Pero

tú tienes la culpa, Pitágoras. —Solía llamarme así recogiendo un apodo que circulaba entre los amigos y estudiantes—. Tú tienes la culpa por tonto. A ver; yo vi en México muchos edificios que tú hiciste para escuelas, pero no hallé por ninguna parte una casa tuya. ¿Por qué no te hiciste tú de una buena casa…?

—Te equivocas; tengo mi casa.

—Ah, sí, ya sé; una casita allá, por Tacubaya; lo que yo te digo es una casona como las que se hacen en tu país todos los grandotes, los generales… Tú fuiste muy tonto, convéncete… Y ni te lo agradecen…

Por lo menos, eran más leales aquellas palabras de mi amiga de la derrota, que lo que andaba escribiendo en los periódicos de México y de América una de las más cercanas colaboradoras de mi actuación educativa y que por entonces gozaba de gran autoridad. Contra los datos de la estadística y la fama pública que reconocía el desastre de la educación nacional, la enorme poetisa respaldó con toda su fama la tesis de que yo había sido apenas un iniciador y que era *ahora, bajo el callismo, cuando en verdad la escuela penetraba en las masas.* Y lo curioso es que a la nueva propagandista, mi ex colaboradora, no la tomaban en cuenta en el gobierno callista, le guardaban el rencor de todo lo que había sido parte de mi propia administración. ¿Qué es lo que la movía para la adulación no solicitada? Tenía ella en ese momento recursos propios abundantes, protección de su país y colaboraciones bien pagadas. En una ocasión en que nos volvimos a ver, me insinuó que conservaba la paz con los rufianes educativos mis sucesores por defender un sueldito que le pasaban a una secretaria suya, mexicana, que le acompañaba en Europa…

Charito alguna vez me mostró uno de estos artículos,

penosos porque se pretendía combinar en ellos dos reactivos opuestos: el elogio de mi gestión y la consagración de los que la desbarataban...

—Mira a tus amigos —expresó Charito.

En los diarios de México, uno a uno y según se hacía patente la decisión del gobierno de desacreditar mi labor, fueron asomando todos esos rencores emboscados, todos los despechos y envidias que meses antes, y cuando mi obra era indiscutible, reverenciada, no se hubieran atrevido a manifestarse. Ahora recapacitaban y decían que había yo sido derrochador, que había creado desorden. Ni una palabra, en cambio, en contra de los que se estaban enriqueciendo a costa de la educación. Menos aún admitía nadie, con franqueza, las causas de mi alejamiento del país. Existía empeño de buscarle motivos pueriles a mi enojo, ya que nadie osaba reconocer que me apartaban de la situación reinante causas patrióticas hondas. Publicó en esos días un periodiquero la extraña tesis de que yo estaba amargado por las ingratitudes de mi antiguo personal. Es decir: Trataban de disimular mis ataques a Calles y su administración echándome encima la supuesta ingratitud de mis ex asociados. Contesté en uno de mis artículos semanarios que nada tenía contra ninguno de mis antiguos colaboradores; elogié, al contrario, calurosamente, al general Figueroa, mi antiguo subsecretario, y lo hice sin escrúpulos porque él también, por su honradez política, se hallaba apartado del callismo. Y manifesté que mi enojo era contra el régimen, no contra mis amigos. Y que nada me importaba, en todo caso, la gratitud personal, ni había motivo para que nadie la tuviese, puesto que no me había dedicado a hacer favores a los amigos, sino a servir al país, que era en todo caso el ingrato, no los pobres muchachos, poetas o artistas, que se habían visto obligados a servir algún puesto dentro de la

infamia callista.

Y, por supuesto, la relativa tolerancia de que disponía para escribir en el diario principal de México se veía constantemente recortada, no por censura oficial, sino por el temor muy legítimo de los propietarios del diario, temor a un atentado del gobierno. Constantemente advertía que frases enteras eran tachadas antes de pasar al linotipo. Me resultaban de este modo opiniones tibias, castradas, allí donde había yo puesto ira justiciera. Preferible era, por más franco, el sistema de la dictadura española, que mantenía un censor en cada diario, y no aquella hipocresía que no procesaba periodista, pero a todos los tenía cogidos por el terror del atropello, el asesinato del personal y la agresión económica solapada, la ruina de la empresa periodística no sometida. El ambiente de mentira en que se vive en México, desde entonces, no reconoce otra causa. Se acostumbra el público a ver que el ladrón es proclamado honesto y acaba por creer que es cosa normal, irremediable, el robo del funcionario. Se repite cada semana el boletín oficial que da cuenta de diez, de veinte ajusticiados, tras de proceso «sumario», y se acaba por creer que la misión del ejército es matar a los ciudadanos de acuerdo con las órdenes de la Presidencia. Con toda inconsciencia declara en México el militar, así que la nueva administración levanta un poco el velo de los crímenes de la anterior y salen a relucir nombres:

—Lo maté porque me lo ordenaron, y soy militar.

Y no hay quien interrogue: ¿En dónde dice la ordenanza que se debe obedecer al superior que ordena un crimen, un acto fuera de la ley? ¿Acaso el honor no es parte de la ordenanza y no veda éste convertirse en asesino? La obediencia ciega rige, si acaso, en campaña y en guerra extranjera, nunca en otras circunstancias. Y la prueba de que

no es espíritu militar lo que mueve esta obediencia sino servilismo y matonismo, la hallamos en el hecho de que, a la hora de la defección política, todos estos matones se olvidan de la ordenanza y se afilian con el que ven más fuerte.

Durante una larga temporada no extraje otra cosa de los diarios de México que llegaban a París, que las noticias detalladas de las ejecuciones sumarias consumadas semanariamente, por lo menos, por el callismo. Era espantosa la matanza; pero al menos revelaba que subsistía oposición. Mucho más lamentables han sido periodos posteriores de cansancio en que ya no se mata porque toda la población mantiene agachada la cabeza. Y entre toda la población los más culpables son los que, presumiendo de periodistas independientes, callan, disimulan el horror nacional, elogiando siempre al que hace de jefe para disfrutar el gusto remunerado de señalar las faltas de algún gobernador de provincia. En situaciones parecidas es mucho más patriótico que la prensa se suprima sola, declare que no tiene garantías y se dedique a la conspiración o al trabajo privado, a cualquier cosa menos al engaño de representar el papel de la independencia cuando está amordazada.

El llamado de la isla

Pasaba de cuando en cuando por la Legación, para conversar un rato con Alfonso, con Perches, el attaché militar, antiguo convencionista, o con agregados voluntarios como Freyman, el pintor mexicano establecido en París en negocio de libros y cuadros. Freyman había hecho con su esposa, una judía, el viaje de la India de que yo siempre hablaba y nunca ponía los medios para realizarlo. Se aprovechaba Freyman de mi afición para contarme aventuras fantásticas. Era curioso el caso de aquel judío mexicano hasta por el físico, nacido en Tepic y criado en la capital. Y fue Freyman el que me dijo:



Bodegón con libros, por Matisse

—A ver; por allí, esa carta...; creo que tiene usted una carta...; Hace días que anda por aquí rodando; a ver...

—Aquí está —interpuso un empleado.

La leí y la tendí a Freyman.

Me invitaban a dar un cursillo en la Universidad de Puerto Rico, sobre temas de educación mexicana. La paga era espléndida; la indicación de mi nombre para el caso procedía de un profesor de Columbia que me había conocido en México en los días de *La Antorcha.*

—¡Caramba! Salir de París cuando hace pocos meses le he dado la vuelta a medio mundo...

—Sí —alegó Freyman—; pero regresar con una talega en cada mano, que, con el precio del franco, le dejarán una fortuna.

En efecto, no había que vacilar; se había demorado la

carta y existía el peligro de que se pasara la ocasión; así fue que por cable acepté; pedí fechas. Y corrió la voz de mi viaje. Mi familia, recién llegada, se había acomodado perfectamente. Los muchachos adelantaban en su Liceo.

Charito tampoco era problema; se las arreglaba ya bastante bien. Me contaba, ella misma, las amistades que hacía y aun se picaba un poco porque nunca me mostré celoso.

—No soy tu tipo —solía decir la salvadoreña.

Y, en un efecto, aunque me gustaba y le tenía afecto, no hubiera podido suscitar en mí una de esas ráfagas de cólera y celos que son el acompañamiento brutal de la pasión. A menudo, en lo íntimo de la reflexión, y sin confesármelo, imaginaba que lo mejor sería que se apartara y que tomase su camino. En otras ocasiones la ternura me desarmaba.

—Dame tu alma —le dije un día. Y contestó:

—Mira; yo no dudo que tú tengas alma; pero yo no tengo, no me la siento; yo creo que no todos tenemos alma.

Se me quedó por mucho tiempo esa afirmación como prueba de una tesis que con frecuencia imagino; a saber: Que así como todos los óvulos de la procreación en el hombre no llegan a ser concebidos, no se desarrollan en un ser humano, también el alma no es más que óvulo de la eternidad que no siempre cuaja en la concepción; menos aún se integra en la otra vida. Lo que más seducía de Charito era su sinceridad. No mentía o mentía poco y lo mismo contaba lo que le era desfavorable que lo que pudiera favorecerla.

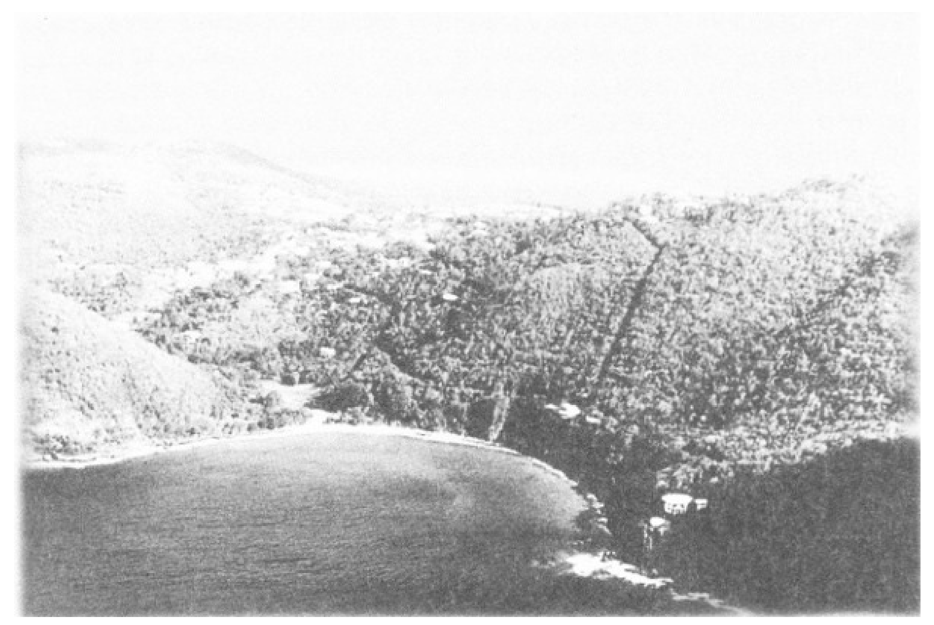
—No me exijas mucho —había declarado en una ocasión—. No pidas más de lo que puedo dar...; en el fondo —exclamó con deliciosa ingenuidad— no soy más que una...; pero tuya; soy tu... No te engaño.

Otra vez al Atlántico

Con desgana atravesaba el océano. En el camino di los últimos toques a las conferencias, que, después de leídas, hice publicar en el volumen titulado *Indología*. Los detalles de mi viaje a Puerto Rico están en dicho libro. Durante la gira me mantuve en comunicación con México, adelantando artículos para que no faltara mi colaboración una sola semana. En Puerto Rico recibí la invitación para tomar parte en un Instituto que la Universidad de Chicago celebraba el mes siguiente dedicado a México. De Chicago me escribió mi buena amiga de la Secretaría, Elena Landázuri. Ella contribuyó a que me invitaran y la constituí mi apoderada. Las conferencias de Chicago, bien pagadas, constan en el volumen publicado por la Universidad, bajo el título: *Aspects of Mexican Civilization*. Escribí estas conferencias directamente en inglés. Al Instituto acudieron también representantes de la Secretaría de Educación, que me trataron con mucha cortesía, declarando en cada ocasión que yo era el creador de la educación pública en México, pero deslizando siempre su insidiosa propaganda escrita sobre la labor incomparable del callismo. En mis conferencias le pegué a la nueva administración, puesto que se trataba de estudiar el momento actual mexicano. Pero en vano; toda la opinión universitaria estaba en favor de Calles. La persecución contra los católicos le había ganado la simpatía activa del elemento protestante, todopoderoso en los centros de cultura de Norteamérica. Hombres honrados y pacíficos

que en su país hubieran condenado enérgicamente cualquier hurto, cualquier atropello gubernamental, en el caso de Calles se hacían los sordos y le elogiaban su política obrera. Para discutir ésta convocó sesión la plana mayor de la *American Federation of Labor*. Yo era antiguo miembro honorario del Sindicato de Fogoneros y Maquinistas. Me invitaron a exponer mis puntos de vista. Les dije, en resumen, que ¿cómo podía ser obrerista sincero un presidente que se estaba enriqueciendo a costa del Tesoro público? Delante de mí todo nervioso, escuchaba Haberman, que asistía en representación de Calles. Para acabarlo de confundir, pregunte:

—¿Recuerdan ustedes, los veteranos del movimiento obrerista de América, al líder mexicano Lázaro Gutiérrez de Lara, que fue miembro distinguido de la *American Federation of Labor*? Pues bien: preguntadle a los agentes callistas: ¿Qué se hizo? Por si no responden, yo os digo que Calles lo mandó asesinar. Registren sus archivos —añadí— y vean: ¿quién acabó a tiros de ametralladora la huelga de Cananea del diecisiete? ¡Calles fue el gobernador asesino de los obreros…!



Puerto Rico

Haberman pretextó una ocupación y salió del local. Cuando terminé de hablar, un grupo de los jefes me retuvo para conversar en privado... La *American Federation*, me dijeron, no se hace solidaria de Calles ni de su persecución a los católicos; en el seno de la *American Federation* hay elementos católicos... El izquierdismo a lo bolchevique estaba débil todavía por entonces, en Estados Unidos, y la *American Federation* se mostró prudente. No así los protestantes encabezados por el Federal *Council of Churches*; ni los liberales de *The Nation* y de la *World Peace Association*; todos éstos se ocupaban de distribuir folletos, de publicar libros presentando a Calles como el primer estadista del continente.

No obstante la conspiración pro Calles, el espíritu de libre discusión, la novedad de mis ataques o lo que fuese atrajeron atención considerable. La gente fuerte y esclarecida que domina en las universidades *yankees* no regateó elogios. Tres o cuatro profesores de Ciencias Sociales simpatizaron

conmigo y se consumó una especie de contraconspiración para ofrecerme una clase en el curso del año siguiente. No había entrado en mis planes eso de ser profesor, y menos en el extranjero.

—¿De qué puedo yo dar clase? —le dije al caballero que primero me habló del asunto. Era un doctor Scheville, doctor en Ciencias sociales, barbudo, de anteojos y sonrisa jovial, ademán franco. Y respondió:

—De eso mismo de que nos ha estado hablando: de México, de la América Latina; necesitamos que nuestros alumnos se enteren de esos países a través de un hombre que les pertenece; usted mismo hará su programa, le dará nombre a la clase, hará lo que guste.

La señorita Landázuri me confirmó que había buena voluntad para mí y que la paga era considerable, quinientos dólares al mes por dos horas cada tercer día. Me comprometí.

—Tengo mucho dinero, Elenita —le dije—. ¿Qué voy a hacer con tanto dinero? ¡Me producen estos dos meses escasos cinco mil dólares y ahora, con el porvenir asegurado como catedrático, puedo gastarlos! ¿Qué haré, Elenita? ¿Me voy a la India? Pero no va a dar tiempo; vamos a ver: Tengo que estar aquí dentro de cuatro, dentro de cinco meses… ¿Quiere usted dinero, Elenita? ¿Le hace falta? ¿Se lo presto…?

—No, licenciado, no faltaba más.

Vivía ella con gran modestia, pero siempre con independencia completa. Los del gobierno callista le sonreían, hubieran querido ganársela. Sin faltarles a la cortesía, ella se mantenía reservada. Y estando yo señalado como enemigo del gobierno, no tuvo empacho en presentarme por todas partes, en acompañarme en todas las

horas que no había atención oficial.

Caridad laica

Una de las visitas que me hizo repetir Elenita fue la de la Hull House, de Jane Adams. Estaba todavía Jane Adams en la plenitud de sus facultades y me conversó mucho, con aquella serenidad suya iluminada de inteligencia. Me reprochaba la violencia de mis ataques al gobierno de México.

—*Are they not doing something good*?

—No sé —repuse— si puede hacer bien un farsante, un facineroso; allí tiene usted en lugar de honor ese retrato de Tolstoi…

—Sí; fue huésped de esta casa, como usted lo es ahora.

—Y bien: siendo usted pacifista y amiga de Tolstoi, ¿no le subleva el coro de elogios para un asesino como Calles?

Jane Adams, mujer excelente, no podía, sin embargo, prescindir de su fondo protestante que la hacía indiferente a la persecución del católico. Además, su estado me pareció de irreligiosidad total; quizá tuvo fe y la había perdido y así se explicaba aquella frialdad de la casa Hull, centro de teorías sobre la caridad, más que obra caritativa.

Se lo dije a Elenita, pero no le gustó. Estaba ella entonces muy influida por los protestantes y teníamos al respecto discusiones prolongadas. El mismo método del Social Service se lo criticaba yo a propósito de los *surveys*.

—Todo se les va en estudiar la miseria y redactar

informes, hacer mapas y estadísticas; eso es esfuerzo restado a la obra, Elenita.

—No —alegaba ella—; es que la caridad hoy toma, como todo, aspecto científico; hay que metodizar, hay que organizar.

Y no nos entendíamos por ese camino.

Tampoco por el otro. Estaba ella entonces muy preocupada por cuestiones de religión y seguía los cursos de Filosofía de la Universidad con un profesor afiliado al pragmatismo evolucionista. Decía ella que buscaba en la ciencia su liberación; necesitaba una filosofía, una comprensión del mundo, que le diese paz. Abusando de su bondad y después de muchas disputas inútiles sobre el mismo tema, un día me la quedé viendo y le dije:

—¡Oiga, Elenita; hágase católica!

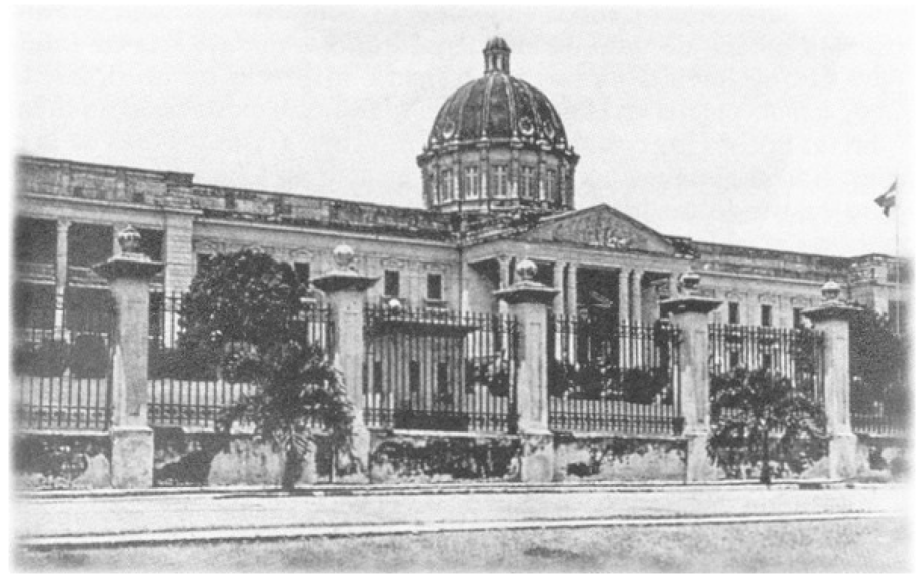
—¿Por qué me dice eso, licenciado? Ya lo fui y no me satisfizo.

—Se lo digo, Elenita, y no se me enoje, porque el catolicismo es muy sabio y tiene ya hecho un credo, reducido a términos simples, para dárselo a los tontos, con mandato de creerlo. Y eso está muy bien; no va a ponerse a discutir cosas tan complejas como la religión con el primer hijo de vecino que lee los diarios.

—Entonces, ¿me tiene usted por muy tonta?

—En cierto modo sí, Elenita, y déjeme explicarme... Usted es una música egregia; yo nunca he podido solfear; ¿qué le parecería a usted que yo me empeñase en sacar adelante en el piano una sonata? ¿No me diría usted: Estás muy tonto, deja eso; dedícate a otra cosa? Pues así es la filosofía; no pierda el tiempo con ese gringo su maestro que tampoco sabe lo que es la filosofía puesto que le enseña a usted experimentos de laboratorio psicológico; hágase católica y

dedíquese a estudiar otra cosa.



Palacio Nacional de Santo Domingo

Se reía y no mostraba la menor susceptibilidad a mis consejos. Pasaron los años, y un día supe que andaba de católica no pasiva, sino muy acometiva, y poniendo en ello toda la pasión que ella pone en sus cosas. Por aquellos días, yo la llamaba la santa laica, siempre dedicada a servir a los demás y en su persona modesta, pura, laboriosa.

Sin detenerme casi en Nueva York, tomé, esta vez, pasaje de primera en el *France*. Travesía tranquila de medio verano. De compañero de camarote me tocó un francés de calidad, que regresaba de la Indochina. Me hablaba con desprecio de los mestizos de chino y francés; en general, del pueblo.

—*Le peuple*. ¿Se ha acercado usted a él? No lo toleraría; es vulgar, insoportable.

Europa es una sociedad severamente jerarquizada, dividida en clases y aun en castas, pese a sus regímenes democráticos. La América toda es, en teoría, más humana; pero ¿estamos seguros de que no sea la nuestra una igualdad

conquistada con perjuicio de la calidad? Nosotros creemos que existe la Francia de *La Marsellesa*. No sabemos que *La Marsellesa* es canto oficial de una burguesía tan celosa de sus prerrogativas y sus costumbres refinadas, como la antigua nobleza. Y que la antigua nobleza sigue poniendo el modelo.

A mediodía me juntaba con el compañero de camarote, un tipo alto, blanco, buen mozo de francés del Norte, casi inglés. Nos invitábamos por turno el oporto. Luego, en la mesa, el francés escogía los vinos, me aleccionaba en la selección de los champañas. Según bajaban a diario las cotizaciones del franco, pedía él vinos más caros. —Antes de que no valga nada esta moneda—, comentaba con amargura.

Causaba, en efecto, rubor en esa época, sentarse a la mesa en París y pedir una botella de vino de cincuenta francos, maravillosa de calidad, y para el que llevaba moneda extranjera, al precio de un dólar. Una *Veuve Cliquot* costaba en el barco cuarenta francos, menos que un dólar.

En las noches me costaba trabajo dormirme. Todos los días de la gira habían sido de intensa agitación y labor; sólo en Chicago había dejado escrito casi todo un libro. Y había conquistado un don nuevo: Había aprendido a hablar sin papel. Lo debía, en concreto, a Santo Domingo. El calor de aquellas recepciones y teatros llenos de público inteligente, cordial, entusiasta, me había soltado la lengua. Una fuerza nueva estaba a mi disposición. También en Chicago había hablado mucho en inglés, improvisado y con éxito: ¿Por qué antes no lo había podido hacer con parecida soltura? Quizá porque no había hablado de temas que conocía con abundancia. Es éste el primer secreto de la oratoria, según los manuales: conocer el tema. Tenían razón los manuales.

Y soñando despierto al arrullo de las hélices, rememoraba los momentos centrales del viaje. Había pasado en Santo

Domingo las dos semanas más felices de mi vida pública. De Puerto Rico llevaba un compromiso, un cariño y una amargura. Lucharía por la independencia de Puerto Rico siempre que tuviera ocasión. Pero Santo Domingo me dejaba únicamente el deslumbramiento de la amistad y de la fama. Entre un montón de papeles había releído la mañana anterior una crónica que doy en seguida a manera de resumen de aquel viaje, aunque ella no dice nada de los panoramas sublimes, de las caras amigas, del color de la naturaleza, el brío de los hombres, la hermosura delicada de las mujeres:

La Opinión. Semanario Ilustrado. Julio de 1926.

La Nota de la Semana.

El Maestro Vasconcelos, en Santo Domingo.

El paso del ilustre educador mexicano José Vasconcelos por las principales ciudades de la República ha culminado en una serie de fiestas de cultura cuya huella perdurará en los espíritus. En la capital ha dado el señor Vasconcelos dos conferencias; en San Pedro Macorís una y una también en La Vega, Santiago de los Caballeros y Puerto Plata, donde el martes el insigne educacionista se embarcó para Nueva York desde donde seguirá para París, después de que haya cumplido sus compromisos con algunas universidades norteamericanas.

El gobierno, la sociedad y el pueblo de la República Dominicana han rivalizado noblemente en hacer grata y memorable al señor Vasconcelos su estancia entre nosotros. Así debía ser. La gloria de los varones iberoamericanos de tan recia arquitectura mental como el maestro mexicano no pertenece únicamente a su patria chica; es del continente entero, por no decir que de la humanidad, y obligados estamos todos, aunque sólo sea por elemental imperativo de la gratitud, a enaltecerla y exaltarla.

Entre los espíritus de selección que han florecido en la América Hispana, probablemente es el maestro Vasconcelos el más puro y limpiamente desinteresado. Vasconcelos guerreó y no hay sangre en sus manos; Vasconcelos hizo y hace política y no hay rencores en su alma; Vasconcelos manejó a su capricho los pródigos presupuestos del Departamento de Educación de la República Mexicana y Vasconcelos es magníficamente pobre; Vasconcelos, en fin, aclamado y proclamado por todo un continente como una de sus individualidades más destacadas y representativas, llegó a Santo Domingo con la suprema sencillez del hombre que no aferra en su mano símbolo alguno de Magisterio o autoridad, sino que simplemente trae apretado en ella un puñado de simientes que echar al surco.

Personalmente es el maestro Vasconcelos uno de los hombres más accesibles que hemos conocido. Su propia espontaneidad es una norma que se impone a todo el que se le acerca. Frente a él no son necesarios, como frente a otros hombres de talla muy inferior a la suya, ni admirativos aspavientos, ni zalemas aduladoras. Su sonrisa, que nada tiene de enigmática ni de desconcertante, invita a la sinceridad absoluta, al alegre descorrimiento de todas las retrancas espirituales. Empieza él por dar el ejemplo, mostrándole a todo el que le aproxima el fondo de su pensamiento. Podéis hacerle cuantas preguntas queráis, sobre los temas más vidriosos y quebradizos que se os ocurra. Os dará siempre contestaciones claras y categóricas. Jamás sorprenderéis la idea de escaparse por la tangente. Su conversación es tónica y reconfortante como un baño frío.

Como conferencista tiene un perfil preciso e inconfundible. No declama, no recita sus conferencias. Las lee con una voz clara y monótona, como el rumor del chorro de una fuente; una voz llena de simpatía, en la que el leve dejo mexicano es una gracia más y que ignora toda estridencia de mal gusto y toda artificiosa modulación histriónica. Es, en suma, la voz del señor Vasconcelos, conferencista, una voz hermosamente humana y supremamente desnuda. Así debía sonar, bajo el claro cielo de Grecia, la limpia voz de aquellos filósofos que aleccionaban a sus discípulos en verdes jardines sonoros de aguas corrientes, y sobre la fina arena de cuyas avenidas, el laurel jonio proyectaba su sombra, elegantemente estilizada.

El señor Vasconcelos, cuando dirige la palabra al público, no la subraya, ni la colora con el más leve ademán. Mantiene en irreprochable quietud la viril perpendicularidad de su cuerpo. La diestra sostiene a la altura del corazón el haz de cuartillas; el brazo izquierdo cuelga a lo largo del tronco, inmóvil, inactivo. Es una noble actitud de hombre que sabe lo que dice y que está seguro de la verdad de lo que dice; una hermosa actitud de pecho abierto y corazón ardido.

El escultor a quien en el futuro se encargue de modelar la estatua del maestro Vasconcelos podrá hacer, dentro del más estricto respeto a la verdad, una obra serena, de perfecto y magistral equilibrio, pero habrá de trabajar, eso sí, con particular amor, el modelado de la frente, alta y como iluminada por dentro, protuberante y redonda como insuflada por el viento de una de esas nubes de primavera cargadas de feracidad para los campos en sazón de brote.

En la primera de sus conferencias en esta ciudad —la del Teatro Colón— Vasconcelos expuso con riqueza de datos estadísticos la significación, alcance y magnitud de la obra de creación y organización realizada por él mientras dirigió la enseñanza pública en México. Lo que dijo fue mucho y sabroso, pero no fue nada si se piensa en lo que pudo decir. Pudo decir: Yo he rehabilitado a México ante el concepto del mundo; yo he alentado a ese grupo de artistas que con Diego Rivera a la cabeza, constituye hoy el primer núcleo serio de pintores de América; yo arranqué a Montenegro y a tantos otros como él, del abrazo tentacular de París, al fomentar la resurrección de los modos artísticos aztecas;

> yo he lanzado al cielo el primer grito auténticamente nacionalista que haya resonado en América; yo, en fin, he preparado a México un porvenir de civismo y cultura que ya está valiendo a mi patria reverencia y acatamiento... No se atrevió el maestro Vasconcelos a decir todo esto; pero nosotros lo decimos por él, porque no nos duelen prendas y porque así es la verdad.

Qué vanidoso es Vasconcelos, clamarán mis murmuradores al ver publicada por mí esta página. Si obrara por vanidad, ya hace tiempo habría podido editar un grueso volumen con escritos parecidos de diversos países: Cuba y Santo Domingo, Puerto Rico y Colombia, el Ecuador y el Perú, y qué sé yo, incluso España; pero la verdad es que nunca me he ocupado en coleccionar juicios de amigos y enemigos. Cada vez que cambio de residencia, y lo hago a menudo, rompo, quemo cartas y papeles; liquido el pasado, lo entierro, como si así lograra empezar de nuevo la vida, sobre página en blanco. Y si ahora publico el párrafo dominicano ya transcrito es por cariño a la isla, y como recuerdo de los días famosos que pasé en ella. Con las palabras halagadoras flotaban en mis recuerdos nombres ilustres de amigos conquistados en el viaje que terminaba: don Federico Henríquez y Carbajal; Américo Lugo, Albizu Campos, el héroe y mártir que un día tendrá estatuas en todo Puerto Rico; Morillo, el valiente patriota, y tantos otros varones que son honra de la raza hispánica. Pobres pueblos de América; teniendo esa herencia de dignidad, de aptitud, caen en manos de miserables dictadores extraídos de la gleba y del cuartel, con apoyo de los intereses *yankees*; en Santo Domingo, lo mismo que en México. Pero nadie hubiera imaginado que el Santo Domingo libre, glorioso, rico de cultivos y de escuelas, pocos años después caería en la ignominia del trujillismo.

Al contrario, parecía entonces que Santo Domingo podría volver a ser lo que fue en la Colonia; un centro irradiador de cultura; un refugio para los perseguidos de las cafrerías del

continente: México, Venezuela, Guatemala. No cuajó esta ilusión y, al contrario, un mismo manto de ignominia cubre hoy las Antillas y México. El continente está en agonía. Pero en los instantes que relato, todo parecía color de rosa; en el mismo México existía fuerte oposición contra el callismo. Me hallaba listo para regresar al primer anuncio de rebelión armada. Pero, por lo pronto, disfrutaría mis bien habidos francos; sacaría a mi familia del oscuro departamento en que nos habíamos metido, para instalarla en uno mejor por las afueras; necesitaba un poco de jardín para ponerme a trabajar en mi *Metafísica*; compraría ropa y obsequios para mis gentes y para Charito un puñado de billetes, a fin de que realizara su sueño de cuando dijo, mirando a las francesas bonitas: «Creo que puedo con ellas.»

Tragedia en puerta

Unas cuantas cartas nos habíamos cruzado durante mi ausencia sin que en ellas llegara a traducirse la menor inquietud. Lo cierto es que desembarqué ávido de reposo y seguro de haberlo conquistado y de merecerlo siquiera por unos meses. Lo que menos sospechaba es que me aguardaba una de esas extrañas emboscadas que a veces nos tiende el destino. Hallé a Charito cambiada: se había hecho desenvuelta, estaba levemente marchita y había en sus ojos esa flama turbia que promete voluptuosidades diabólicas. Ella misma decía que se había vuelto complicada. Esto, sin duda, se lo habían dicho en las tertulias del café donde se buscan nombres galantes para las viejas faltas que corrompen el ánimo. Además, habían pasado cosas extraordinarias: se había enamorado de ella Gomarella.

—¿Gomarella? Pero ¿lo conoces?

—Sí; a poco de que te fuiste me presentaron con él. Fue en un baile o recepción que se daba en un estudio, creo que de Van Dongen. Pardito —tú lo conoces, me lo presentaste aquella noche del restaurante de los chinos—, Pardito es secretario de Gomarella; van a publicar próximamente una gran revista de modas: Pardito será el jefe de redacción…

—En esto tenía que acabar Gomarella —expresé—, en revistero de modas… Pero, a ver, sigue contando.

—Pues nada; que esa noche, en un saloncito apartado, Gomarella cayó a mis pies; se puso de hecho de rodillas y me

dijo que me ofrecía el homenaje de sus canas; figúrate, yo, qué iba a hacer; yo lo admiro; sí, es un gran escritor, es un genio, como tú, pero el pobre está enfermo, está viejo y, hazme favor, le ha entrado la idea de casarse conmigo...

—Si se trata de tu casamiento —respondí—, me retiro en seguida, no lo estorbo, respeto a quienquiera que sea tu novio; pero, a ver, cuenta: ¿dónde más has visto a Gomarella?, ¿con quién te ha presentado?

Conocía yo la vanidad tenoriesca de Gomarella y, en seguida sospeché toda una intriga contra mi propia reputación. Forzada un poco por mis preguntas, pero dejándose llevar también de su natural franco, Charito desembuchaba sin reserva. Pertenecía ya al círculo de café literario de Gomarella; hablaba como de una colega, de la Zelizete de Maeterlinck, y a éste lo llamaba el Maestro.

—¿Y cómo te presentaba Gomarella?

—Pues me presentaba como su novia.

—¿Y de mí qué decía?

—Pues nada; que tú eras mi tutor, que yo era una estudiante; pero, es claro, a sus amigos más íntimos sí les decía: «Aquí traigo a la querida de Vasconcelos...»

—Eso era lo que yo quería saber —asenté— y ya no hablaremos más del asunto; quedas en libertad; no nos volveremos a ver.



La gitana, por Toulouse-Lautrec.
«Conocía yo la vanidad tenoriesca de Gomarella…»

Pero el caso no resultó tan fácil. Con razón decía Charito que se había vuelto complicada; se hallaba indecisa, me pedía perdón, se sentía infiel, aunque nada, nada formal había pasado entre ella y Gomarella; todo había sido una aventura romántica, y me enseñó las cartas de Gomarella, a la sazón en Buenos Aires. Cartas y telegramas encendidos, ternuras de un novio de veinte años, firmas pomposas con la antefirma: Tu marido, tu novio. Entre los papeles que me mostró Charito había una entrevista dada por Gomarella a un diario de Madrid cuando pasó por allá para embarcarse a Sudamérica. En la entrevista decía que tenía de novia a Charito y que al regreso de su viaje se casaría. Esta declaración imprudente me dio a mí la clave de mi venganza, de mi defensa. El Don Juan que ya tenía conmigo celos literarios, se había aprovechado de mi ausencia para exhibir a mi amiga en los círculos que le rendían pleitesía…

—He aquí a la amada del filósofo azteca —insinuaba.

Y rápidamente, como fulguración, se me ocurrió la revancha, y con franqueza se la planteé a Charito.

—De manera que —le dije— Gomarella te ha exhibido por todo París como mi amante; pues bien: ahora, yo voy a exhibirte por los mismos lugares. Si él paseó a mi amante, yo ahora voy a pasearle a la novia.

Me sorprendió un poco que no opusiera a mi plan la menor resistencia. Ella misma indicó el café de los Campos Elíseos donde podían estar en aquel momento los amigos de Gomarella, y hacia allá nos dirigimos. Vaciló en el instante de entrar, pero, tomándola del brazo, la senté a una mesa visible. Procuró ella no parpadear, pero advertí que caras desconocidas nos miraban con extrañeza. A poco pasó por allí un conocido: nada menos que el secretario de Gomarella, Pardito, que no resistió y vino a saludar.

—Siéntese, Pardito; a ver, qué toma.

—¿Y cuándo regresó, licenciado?

—Hace pocos días. ¿Qué tal está París? Un poco desierto, ¿verdad?, con el verano.

Al día siguiente Charito me informó:

—No te imaginas la que se ha armado; anoche mismo le cablegrafiaron a Gomarella a Buenos Aires que nos habían visto juntos. Y vino Pardito a verme, a decirme que hacía yo mal en andarme exhibiendo contigo, porque ahora era yo la novia de Gomarella. Figúrate no más. ¿Qué hago? Dios mío. Y lo peor es que te van a matar y yo no quiero esa responsabilidad; si viene de allá Gomarella y te desafía, y como tú eres también indio terco, le aceptas y te mata; es la primera espada de Europa; tiene en el brazo cicatrices y lleva una lista de desafíos, todos ganados. ¡Te mata, Dios mío! Yo me quiero ir. ¿A dónde me voy?

—Vístete —le dije— y vámonos a cenar; pero al mismo sitio en que hayas cenado con Gomarella.

Y como fascinada me seguía; no quería causar más daños, pero se prestaba a seguir planteando un choque violento. Una multitud de circunstancias se habían juntado para enfrentarme a un rival que aún no conocía de vista. Durante mi ausencia había salido Gomarella de su retiro de los últimos tiempos, para presidir banquetes y agasajar a personas que, como cierta actriz argentina, mi flirt de México, había congregado en torno suyo, en París precisamente, a muchos que quedaron fuera de los agasajos de mi llegada, meses antes. Fácilmente todo el que descuella en alguna forma se hace de enemistades, ya sea porque ofende una ideología rival, o porque nunca faltan odios gratuitos. El hecho es que, sin darnos cuenta uno y otro, entre Gomarella y yo se había creado una situación cargada de peligro. Algo se alivió la tensión cuando, al mes más o menos de mi regreso, recibió Charito cartas en que Gomarella, lejos de mostrar enojo, le confirmaba su decisión de casarse y le prevenía que no pensaba llegar directamente a París, sino que había de esperarla en Madrid.

Entre tanto, se había creado entre Charito y yo una situación extraña; sin ambages la podría definir diciendo que el afecto que antes nos ligaba se había transformado en una sombría atracción violenta y dolorosa. Nunca nos habíamos querido tanto. Tal era la singular realidad, derivada quizá de la convicción de que pronto tendríamos que separarnos para siempre. Pues habíamos convenido en que si Gomarella llegaba a París y no cumplía su palabra de matrimonio, ella se marcharía a su tierra, encargándome yo del pasaje; si, al contrario, Gomarella se casaba, yo me mordería la lengua para siempre y no volvería a molestarla.

—Será acción caballeresca la de Gomarella y la respetaré de corazón —decía yo. Y ella agachaba la cabeza.

Los amigos de Gomarella la veían a escondidas mías para decirle que me dejara, que estaba deshonrando a mi rival. Yo mismo me hubiera abstenido de exhibirla si su amigo no empieza a hacerlo por su cuenta. En horas de calma, pasadas las recriminaciones, ella me contaba en detalle todas sus entrevistas anteriores, sus conversaciones con el escritor.

—Nunca se expresó mal de ti en mi presencia —me aseguraba.

—No necesitaba expresarse mal; con exhibirte a ti bastaba. «Su novia»; y luego, un ojo torcido y en silencio: «La querida de Vasconcelos…» Si no se casa contigo, lo mato. Tú te estás creyendo que eso del duelo es darse arañazos; exigiré que el encuentro sea a pistola.

Yo sabía que ella, sin darse cuenta de lo que hacía, comunicaba a los amigos de Gomarella mis planes. No era lo mismo batirse con periodistas que con un ex revolucionario mexicano, dada la fama que teníamos entonces de atravesados. En seguida iban las cartas previniendo a Gomarella; y su moral se afectaba; ello se advertía en el tono lacrimoso de su correspondencia con ella, que toda pasaba por mis ojos.

Comentando el caso con Luis Enrique, el colombiano a quien tenía dispuesto para ser padrino; con Pellicer, que la conocía, juzgábamos con severidad aquella doblez femenina que se valía de mí para estar atormentando al otro y viceversa, y nos parecía torpe. En el fondo, y según se vio después, había en ella una astucia instintiva. Sin la presión que yo hacía, sin duda el otro, calaverón empedernido, no llegaba a casarse. Y a la postre ella salió triunfante de ambos y bien instalada en París, que era lo que deseaba. Pero no

podíamos prever el desenlace. Teníamos momentos de ternura amarga.

Mascaba yo a su lado un puro cierta tarde, en la terraza de un café, y se puso a musitar el tango *Fume, compadre.* «Fume y recuerde que recordando... y fue cruel la ingrata, yo la amaba con pasión»; etcétera. Sin poderlo evitar, las lágrimas corrieron por mis mejillas después de muchos días de tensión ardida y de lujuria sombría.

Habíamos reducido de peso, de estarnos devorando. Era la despedida de los que se separan para la eternidad. Nos veíamos de noche, todas las noches. Durante el día yo atendía a mis asuntos y ella visitaba una infinidad de conocidos, casi todos del círculo enemigo. Una vieja francesa, su confidente, le había dicho:

—Ya nunca podrás ser feliz con ese hombre; déjalo en seguida; hay cosas que no se perdonan jamás.

Y todo me lo contaba, con aquella su virtud singular de sinceridad. Otro amigo, al conocer el caso, le dijo:

—Mira: es como si tú fueras para él una sopa muy apetecible, a la cual le cae de pronto una inmundicia; tarde o temprano te echará lejos, triunfará el asco.

Todo era verdad, pero el fuego de un deseo súbitamente encendido nos llevaba de baile en baile, de posada en posada, sedientos de voluptuosidad vergonzosa, pero insaciable.

Ojeras hondas como la muerte marcaban mi rostro de poseído de las llamas y los rencores del infierno.

Ansiando salir de aquel círculo de magia negra, tomé el tren de verano para la costa vasca. En Guetary conseguí hospedajes decentes; encontró allí mi familia amistades españolas muy apreciables, como la familia de Diez-Canedo y su círculo de muchachas madrileñas, portuguesas y hasta

una de Marruecos, que hicieron amistad con mi hija. En la mañana, el baño de mar; en la noche, juegos de salón y tertulia en el modesto casino, hacían la dicha de las jovencitas todavía ignorantes del revuelo que, a pocos kilómetros, en Biarritz y en San Juan de Luz, desarrolla el gran mundo europeo. Servían las comidas en mesas separadas bajo los olmos de un extenso jardín; al atardecer, para asegurar el sueño, jugaba al tenis con mis hijos, que con frecuencia me derrotaban. Tenía prisa de rehacerme físicamente. Faltaba un mes, o menos, para el retorno de Gomarella a París, y me preocupaba regresar también y a tiempo de seguir tomando las clases de esgrima que había dejado interrumpidas. Sucedió que buscando en el directorio una academia, fui a dar precisamente con la misma a que pertenecía Gomarella. Expliqué al maestro de turno mi caso; necesitaba prepararme para un encuentro próximo.

—Pero va a ser a muerte —advertí.

—¡Ah, *monsieur*! —exclamó el profesor—. Todos los duelos son a muerte… ahora que, precisamente, para eso está la ciencia, para evitar estos inútiles sacrificios.

Y sin máscara, para habituar los nervios, ejercitábamos a fondos y paradas; al cabo de pocos minutos la fatiga muscular y nerviosa me doblaba el brazo, me vencía el riñón. Era imposible conciliar la práctica viril del sable con aquellas noches tremendas, mezcla de ternura y de odio. Por eso había resuelto el alejamiento de París, para tomarle fuerzas al mar, al tenis. Después de las primeras lecciones, el maestro había insistido en que le dijera el nombre de mi presunto desafiante. Yo tenía interés de dárselo por si me podía dar datos precisos, pero esperaba a que él me interrogase. Cuando lo supo, se hizo el alarmado.

—¡Ah, *monsieur*! Si yo he sabido, no lo admito de alumno;

es contra la regla preparar al rival de uno de los socios, pero, en fin, ahora ya usted pagó —y bien caro que me habían cobrado por el curso especial de unas semanas—; ya usted es también socio; en consecuencia, le diré.

Y me llevó a una sala:

—Vea usted; allí están registrados los desafíos de Gomarella; todos los ha ganado.

—¿Y a cuántos —pregunté— ha matado?

—¡Ah, no!; como matar, a ninguno; han sido desafíos a primera sangre. ¿Sabe usted? —añadió casi con locuacidad—, su táctica es ésta; siempre a la defensiva para esperar un descuido de su adversario y herirlo en el brazo, incapacitarlo para seguir la pelea, pero nunca se tira a fondo. Lo que usted debe hacer es no atacar tampoco, esperar y cansarlo; usted sabe, ya no está muy fuerte, sus años, se fatigará pronto, si usted tiene calma...

Tras esta conversación ya no me pareció caro el curso de unas semanas. Nunca le referí a Charito mis preparativos, pero sospechaba ella lo que de una y otra parte había en el ambiente; un rayo suspendido sobre nuestras cabezas. Y unas veces, como que me animaba y decía:

—No podrá Gomarella desafiarte; sus médicos le han prohibido tirar.

Y otras, según su humor variable, parecía querer asustarme.

—Hace pocas semanas —refirió— tuvo un altercado en el café con un muchacho francés, que tira bien la espada, y el muchacho dio excusas, eludió el encuentro y, no creas, todavía en su casa, todas las mañanas, Gomarella hace su práctica; no creo que te mate; se limitará a desarmarte...

Entonces, picado, le respondí:

—Es que no vamos a jugar a los rasguños; a pistola —le presumía— pocos me ganan, y yo, por mi parte, no vacilaré en librar al mundo de una sabandija…

Esto corría en seguida por los cafés y le llegaba a Gomarella; en la pelea, un poco de petulancia no está por demás, dicha así, con desenfado.

Se me quedaba ella mirando pensativa y decía:

—Eres duro como de roca y eres feo, pero masculino; pareces uno de esos coroneles viejos de mi tierra; todavía no tan viejo —corregía, recordando a mi rival y su novio, que pasaba de los cincuenta.

Y pensaba yo a veces: «¿A cuál de los dos quiere ésta?» Y un día una indiscreción de ella me reveló que no era su propósito regresarse a su patria si Gomarella no se casaba, sino liarse con algún otro hombre famoso, o con alguno de los ricachos de su país que visitaban Francia. Pero tiraba a lo grande. En uno de los bailes a que había concurrido se había hecho advertir de rajá de Kapurtala o, por lo menos, de alguno de su séquito.

—Es así, panzón y prieto —decía imitándole la barriga con gracia—; pero, figúrate, qué aventura: Estar en un harén de Oriente y ponerme al cuello perlas y esmeraldas… Después, ya vería cómo escapaba…

En venganza, me la quedaba mirando y le decía:

—Charito querida; no sigo en todo esto por ti, sino por mí; me has colocado en una situación en la que no puedo dar un paso atrás.

A mi retiro temporal de Guetary, me llegó, de repente, un telegrama: «Estoy en Biarritz. Te espero. Noticias importantes.»

Biarritz

Paraíso de Europa o uno de sus paraísos. Diafanidad del cielo y mar azul; bullicio en las terrazas; deporte y placer, caras contentas, mujeres bien vestidas y hermosas; hombres jóvenes o viejos pero bien plantados, seguros unos de su dinero y su poder, otros de su salud y aptitud para el goce. A toda hora el restaurante parece estar de fiesta; desde las mesas enfloradas, rutilante de loza y vajilla vistosas, se contempla el mar, y la vista se recrea en esta y en aquella beldad. Se diría que todo el mundo es dichoso. Las viandas son sabrosas, pero ligeras, como para dejar sitio otra vez para la comida de la tarde, la cena de medianoche. Y en el tablado, la orquesta, cuyos aires incitan al baile, o a la plácida ensoñación de las venturas de la juventud y el amor. Con razón las más firmes virtudes claudican si no saben apartarse a tiempo de ese ambiente de engañosa pero atractiva felicidad. Como ricos de un día, nos sentamos a las mesas caras. Charito había adquirido un aplomo perfecto. En la flor de sus veinticinco años, nada tenía que envidiar a las más seductoras. Sólo los modales, un tanto desenvueltos, denunciaban que no iba por un camino muy seguro. La risa, antes pura, se le había hecho un poco áspera; en el rostro tenía fatiga. Su francés era impecable y le gustaba dar órdenes. Le habían clasificado la belleza, y ella acataba con orgullo el juicio parisién: Tenía belleza de *bibelot*.

—Pero, a ver, confiésame, Pitágoras: ¿Verdad que tú las

prefieres más sustantivas? Yo te resulto delgada; a ti te gusta el tipo Venus, ya lo sé… —Y me contó que se había ido a ofrecer de modelo a una de las casas de modas.

—¿Sabes?; de esas que desfilan ante las viejas señoronas ricas para mostrar el traje recién cortado; pero no está allí el negocio, sino en la tarjetita que te pasan los maridos gordos, a escondidas. Y por eso no acepté —aseguraba—, porque yo no he de venderme, yo sólo me entrego por amor. Y si vieras, viejo feo, que te quiero, a pesar de todo…



Biarritz.

«Diafanidad del cielo y mar azul…»

—Bueno, y ¿cuáles son esas noticias importantes que me anunciabas en tu telegrama?

—Aquí está; entérate.

Y sacó de su bolso un manojo de pliegos.

—No, no leo yo eso; ¿qué dice, en resumen?

—Pues que se embarca Gomarella; debe haberse embarcado ya y me pide que lo espere en Madrid; parece

que no piensa regresar, por lo pronto, a París.

Una sonrisa maligna me torció el labio, pero no dije lo que pensaba. «Elude el encuentro —me dije—, y tanto mejor; pero yo seguiré de guardia en París.» Y la aconsejé:

—No vayas a Madrid, donde quedarás a su merced; quédate en París, que allí yo te defiendo y no se te acerca si no se casa.

En seguida vio su ventaja.

—Bueno, viejo, tú mandas...

Nos bañábamos en la Playa de los Ingleses, tersa llanura de arena inmaculada que las ondas lamen, azotan. Mala nadadora, pero imprudente, se aventuró ella más allá de donde daba pie; jugueteó un rato en el agua y, de pronto, una ola la volteó de cabeza; agarrándome el brazo saltó fuera de la resaca. En ese instante, una idea terrible le cruzó por la mente:

—¡Vámonos de aquí!

—¿Qué pasa? ¿Te has asustado?

—Sí; figúrate —expresó—; si por desgracia me ahogo, no será eso lo peor que me muera, sino que tus enemigos dirían que me habías ahogado tú por celos; vámonos.

Confieso que me corrió también a mí un escalofrío por la espina.

Partió ella esa noche y yo regresé a Guetary.

Una semana después volvimos a juntarnos en París. Vestía ella de negro, ajustado el traje a su impecable silueta de senos maravillosos, cuello largo y fino, bien hecha, aunque un poco delgada de pantorrillas. Y ésa era una de sus preocupaciones.

—A ti te gustan —me decía— esas pantorrillas llenas, bien torneadas, como las de las gringas.

—No; a mí me gustas tú; por eso te sigo…

—Dime la verdad, Pitágoras: ¿me sigues a mí o sigues tu venganza?

—Las dos cosas, las dos cosas; soy humano, y tan malo como tú.

—¡Ay!, sí; créeme que yo no soy tan mala; lo comprendo, ya me lo has dicho; mi falta fue no escribirte lo que pasaba, no haber roto contigo antes de aceptar una invitación de Gomarella, pero ¿qué quieres?; no me decidía a romper contigo; ahora mismo no sé…

—Ahora te casas o te regresas a tu país…

Y seguimos divagando; le brillaban los ojos; se olvidó por un momento la obsesión que nos tenía atados y la conversación entró a terreno indiferente; mi último viaje, mi próximo libro, las tierras de América, El Salvador, y su familia. Comíamos con apetito y hablábamos con intimidad; nos mirábamos a la cara y sonreíamos… De pronto quedó suspensa; luego exclamó:

—Y pensar que nos estamos queriendo tanto… ¡Ay esto es desgarrador! —Y lágrimas verdaderas asomaron a sus ojos. También los míos se humedecieron. ¿Quién entiende nada de esta vida misteriosa?

Dos o tres días más tarde recibí un mensaje. «Salgo para Niza; nos casaremos; se apartan nuestros caminos; lo siento; deseo que seas muy feliz…».

Sentí como una puñada asestada, no precisamente por la espalda, pero tampoco de frente; una herida al costado, como nos hieren los que hemos amado. Las últimas palabras: «Deseo que seas muy feliz», me irritaron, me sonaron a burla. Tomé una hoja de papel y escribí, bajo su nombre, en cinco o seis idiomas, la palabra de Cambronne en Waterloo, y le dirigí el sobre a las señas de Gomarella, en París… «Por

si están allí escondidos», pensé…

Pasó una semana y recibí llamada urgente de la Legación de México. Me recibieron de pie Alfonso, que estaba enterado de todo, y Perches, que estaba prevenido para lo del duelo. Me extendió Alfonso una esquela en que se participaba el matrimonio de Gomarella con la salvadoreña.

—¡Vaya! —exclamé—. Ya esto terminó. Bendito sea Dios.

Y no volvimos a hablar del asunto.

Brujas, Gante, Amsterdam

Ahora me tocaba a mí salir de París, ya sin preocupaciones. Acompañado de mi hija tomé el expreso de Bruselas; de allí a Gante, a Brujas, a empaparnos de Van de Veldes, de Van Dycks. Otra vez a Bruselas para ver los Bruegel. En Bruselas me atendió en su casa el simpático muchacho y fino poeta que es Chávez Orozco. Mi hija estaba ya muy enterada de pintura; se aprendía bien los museos, estaba en sus quince o poco más, bonita, despierta, inocente. Sus meses de colegio le habían dado dominio del francés. Me veía en ella, era mi orgullo y mi dicha. De Bruselas pasamos a la Haya. Rubalcaba, nuestro ministro, viejo compañero de escuela, se llevó a mi hija a su casa, con su señora y sus hijas. Tenía Rubalcaba puesta la Legación a todo lujo, con tapices, alfombras y estampas japonesas que valían una fortuna. Servía comidas famosas. Tenía un problema muy curioso: la menor de sus hijas se había criado en el Japón, donde él había sido el ministro varios años, y había aprendido el japonés; ahora, en la Haya, hablaba ya el holandés, pero no sabía francés y andaba deficiente en su español.



La Haya, Holanda

—¿Qué va a hacer mi hija —decía Rubalcaba— con esos dos idiomas inútiles?

Disfrutamos en La Haya horas deliciosas; hicimos una excursión a Ostende, en grupo. Aparte de su sueldo, Rubalcaba disponía de una pequeña fortuna ganada muy honorablemente en su bufete de abogado, antes de la revolución. Y todo lo gastaba en el bienestar de su familia. En esos días se recibieron noticias de que a Obregón lo habían apresado los indios yaquis y habían estado a punto de fusilarlo. «Lástima que no lo hicieron», pensé; pero no se lo dije a Rubalcaba. Era él muy de Obregón y, en cambio, no transigía con Calles. Poco después lo destituyeron. Según se consolidaba el callismo, los hombres buenos que entraron al gobierno en tiempos de Obregón eran echados para remplazarlos con el tipo del funcionario callista; algún

rufián empistolado, un cínico cualquiera, pero adicto. Lentamente, en cada legación, en cada consulado, apareció el hombre del partido callista, el espía, el malencarado que trataba con insolencia al público, pero se desvivía en servir a los generales, a los militares del callismo que recorrían Europa, derrochando los dineros públicos, disfrutando el precio de su servilismo y de su traición a la patria, pues a eso equivalía estar sirviendo a Calles.

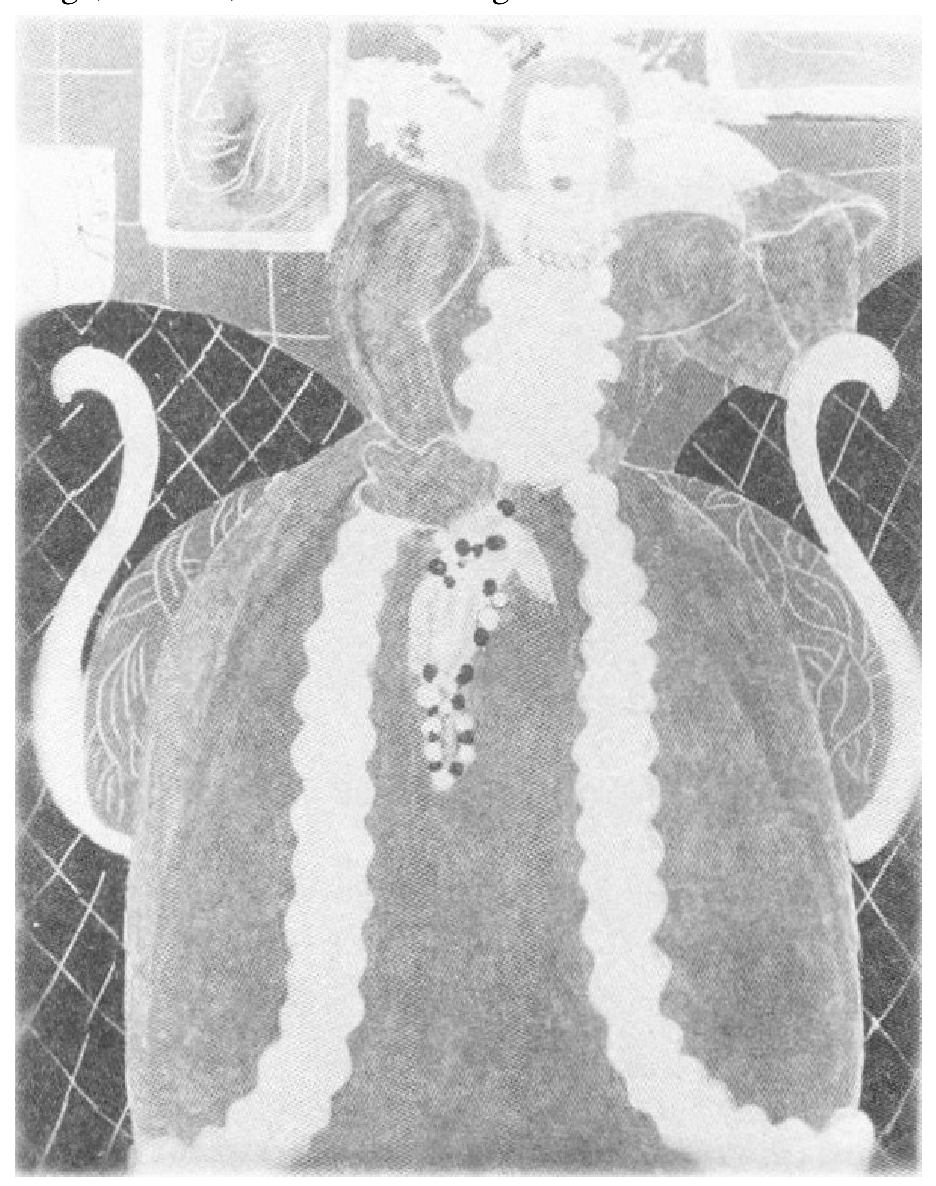
Ya mi hijo se había dado un paseo por Bélgica en compañía de un amigo, y ahora yo le enseñaba a mi hija lo que antes había visto su hermano. La dejé dos días con los Rubalcaba y salté a Amsterdam, donde quería yo ver de cerca a Rembrandt. El día de Amsterdam fue de libertad y alivio. Tanto me exaltó, que hice una nota y la aproveché como artículo para mis colaboraciones de *El Universal*.

Me consolaba saber que en México se hallaban rebelados los yaquis, los mismos que le habían dado su poder al obregonismo. No le perdonaban a Obregón la imposición de Calles. Pronto crecería la rebelión y regresaríamos todos a la patria a barrer el callismo.

Drama en la subconsciencia

Todo estaba en calma cuando regresamos a París. Los recién casados seguían en Niza, en la villa de Gomarella. De cuando en cuando alguna revista publicaba el retrato del célebre escritor con su nueva esposa. Cierto diario publicó una entrevista en que ella también hablaba; citaba al maestro Maeterlinck y a su culto por la Naturaleza; estaba encantada en el ambiente de jardines y de luz de la Côte d'Azur. Y el cronista comentaba por su cuenta: la señora de Gomarella tiene belleza de bibelot. Recordé sus palabras. Otros recuerdos dulces me despertaron amargura, pero los deseché fácilmente. No era diurna mi preocupación, sino nocturna y más bien obra del sueño. En una pesadilla prolongada me había encontrado con Gomarella, cuya figura imaginaba, pues no lo conocía sino por retratos. Se me quedaba viendo burlón y me decía: «Ya ves: te la quité; cuando no puedo tomarlas a la mala, las tomo a la buena, pero no se me escapan.» Quise pegar, pero el brazo no me obedeció, según ocurre en los sueños. Desperté llorando. Luego, en el insomnio, se me vino a la mente una de tantas conversaciones de Charito en los días de la crisis sentimental. «Mira —le había dicho Gomarella—: cásate conmigo que yo estoy ya viejo, me voy a morir pronto; me alegrarás mis últimos años; luego te dejaré heredera. Por ese hombre de México, no te preocupes; le haces un bien abandonándolo. Él tiene su destino atormentado. Va por el mundo ahora, con la familia detrás y el burro cargado con lo

poco que le quedó del naufragio, y todavía teniendo que jalarte a ti de la mano; arrastrándote; suéltate y le alivias la carga; suéltate; más tarde te lo agradecerá...»



Vestido de gala azul y mimosas, de Matisse.
«… la señora de Gomarella tiene belleza de bibelot»

Por encima de todo y en realidad de verdad, Gomarella me

había vencido; había hecho por ella más que yo. Le daba su nombre, la levantaba; bien visto, yo era el villano de la pieza, el ruin.

Por eso, cuando el amigo Luis Enrique, viéndome decaído, me había dicho: «Esa mujer todavía tiene que venirlo a buscar, a espaldas de Gomarella», le había respondido con sinceridad:

—Ni ella lo hará ni yo lo toleraría; sería una vileza de mi parte.

Así fue; nunca intentó ella establecer comunicación, ni yo la busqué. Al contrario, según pasaba el tiempo crecía dentro de mí la estimación, el respeto por Gomarella. Aunque las apariencias pudieran no favorecerle, en lo íntimo sentía que había sido más sereno, más generoso, más hombre que yo.

Eso en cuanto a la actitud de él en todo el enredo. Por lo que hace el epílogo de mis relaciones con Charito, debo confesar que me hallaba encantado. No cabe duda que se habría ido convirtiendo en compromiso difícil dada mi vida errante. Y también porque es obvio que cuando se disputan dos a una mujer, siempre hay que compadecer al que se la lleva. La que se coloca entre dos rivalidades masculinas no merece el esfuerzo de pelear por ella.

Más viajes y un libro

Estaba corrigiendo las pruebas de mi *Indología.* Y para desembarazarme el ánimo de todo el incidente odioso, metí su historia más o menos velada, en un prólogo que corre agregado al libro. Mis relaciones con los editores distaban mucho de ser satisfactorias. Había cambiado el personal, por virtud de un traspaso, y aunque de la primera edición de *La Raza Cósmica* se habían vendido cinco mil ejemplares y se preparaba ya un segundo tiro, mis utilidades se evaporaban. Intenté editar la *Indología* por mi cuenta, pero a la postre desistí por no poder dedicarme a la distribución del libro para su venta. Y caí con los mismos editores porque tenía prisa de salir de todo aquello. La idea de que se pasaba el tiempo sin que lograse comenzar mi *Metafísica*, que no era más que el antecedente de mi *Estética*, me atormentaba. Para mi sentir íntimo, la labor esencial de mi vida era escribir aquellos tres libros: *Metafísica, Ética, Estética.* Ingenuamente creía tener los elementos de un nuevo sistema del Universo, y más ingenuamente aún imaginaba que era cosa importante eso de formular un sistema. No había llegado a la época en que uno mismo se olvida de sus teorías y sus sistemas. Pero si no padeciésemos estas ilusiones de grandeza, ¿quién haría algo en este mundo?

De Chicago me habían consultado si prefería que mi curso empezara de inmediato en enero o en el trimestre de abril. Escogí abril para darme tres meses más de exploraciones y

estudio en Europa. Y como siempre he creído que es un error quedarse indefinidamente en París cuando hay tanto que ver valioso y extraordinario, decidí lanzarme al Egipto con un desvío hacia la Tierra Santa. Invité a Pellicer a que me acompañara. Y me adelanté unos días para visitar a Romain Rolland en Suiza. Nos habíamos escrito bastante y esa visita era ya casi un compromiso. En general, nunca me preocupé de conocer a personajes del alto mundo intelectual, porque sé lo vano que es hablar unos minutos con gente ocupada, solicitada. Me hubiera gustado saludar a Bergson; pero ¿qué más podía decirme que su *Évolution Creatrice*? Por otra parte, creo que ya no recibía porque acababa de darle el primer ataque de su parálisis o estaba encerrado preparando algún libro. Rolland, en cambio, sigue la práctica de relacionarse, en persona, con gente de todos los rumbos del planeta, y le debía atenciones innúmeras. De suerte que con satisfacción me presenté a su villa de Vaud, en los Alpes suizos, a orillas del Lehman. Es alto, pálido, blanco, enjuto, ancha frente, ojos de ensueño y sonrisa luminosa. La hermana, que vive con él, es delgada, alta, seca, muy inteligente, afable y políglota. Hablamos de muchas cosas; me enseñó su jardín, me mostró al papá, un ancianito que conservaban, como quien dice, entre vitrinas, y me invitó al té con pastas y conservas. Le planté el problema del progreso: ¿Existe el progreso social como creímos los hombres influenciados por el liberalismo, o la historia no es otra cosa que serie de florecimientos y recaídas, un poco a lo Spengler y un mucho, como nos lo dice la religión, por ejemplo, en el Apocalipsis? Él creía en la necesidad de producir aristocracias y tipos de selección que sean la sal de la tierra. En esos días simpatizamos porque todavía mantenía una actitud crítica en frente de los soviets, que lo adulaban. Después su sovietismo integral me apartó del

todo. Y su irreligiosidad. Su ateísmo es cientifizante, diluido en la fuerza creadora; una suerte de bergsonismo, de antes del Bergson convertido a la idea cristiana.



Juan de la Cabada, por Pablo O’Higgins

La Catedral del Ricino

En Milán me reuní con Pellicer y caí enfermo con alta fiebre. No quise medicinarme ni llamar médico, fiado en que el ayuno total me levantaría de la cama; pero no cedía la temperatura y pasaban los días, perdíamos el tiempo; ya Carlitos había recorrido todos los museos y lo notaba yo impaciente. Un día me hizo una gran historia. En Milán está la matriz de una gran casa de drogas que se especializa en el aceite purgante de ricino.

—Vengo de la Catedral del Ricino —me dijo Carlitos. Y se puso a hacerme el elogio de las galerías de vitrinas y los hermosos frascos llenos de ricino que purifica el cuerpo.



Florencia.

«Carlitos y yo exclamábamos: “La più bella città dil mondo”»

—Está bien, Carlitos; me rindo en vista de la prisa que tenemos; yo me curaría solo con mi método, pero quién sabe en cuánto tiempo; tráigame el ricino y me levanto de la cama en dos horas.

Y así fue. Al día siguiente salimos para nuestra querida Florencia.

Aunque no entraba en nuestro programa, la ciudad nos retuvo varios días porque pensábamos: «¿A dónde podremos ir que se esté mejor?» Por las noches asistíamos a un rosario solemne que se estaba cantando creo que en el Or San Michele. Predicaba un famoso orador sagrado que cada vez que citaba a Florencia añadía: «*La più bella città dil mondo*». A la salida, Carlitos y yo exclamábamos: «*La più bella città dil mondo*». Era verdad.

Nos fuimos de Florencia por el ferrocarril de Roma en un atardecer luminoso; la vista de la ciudad que se alejaba parecía uno de esos cuadros de marquetería que allí mismo se tallan.

Dedicamos a Roma unos días también porque no era posible pasar de entrada por salida por tan gran ciudad. Nos bajamos a las catacumbas, nos subimos al Pincio, donde Carlitos quería renovar el juramento de Bolívar cuando prometió libertar la América, que, hoy más que nunca, necesitaba de libertadores. El napoleonismo que contagia a la juventud tomaba en Carlitos el disfraz bolivariano.

—Ridículo su héroe —le decía yo, para enojarlo—. El iniciador del militarismo americano que a él mismo le costó la humillación de verse desplazado por el salvaje de Páez, en Venezuela. Y que lo hizo salir malparado de Colombia, en donde quiso hacer militarismo y no lo dejaron, porque ya

desde entonces había espíritu cívico y civilizado en Colombia.

Cuando quería irritar a Carlitos, me bastaba con decirle:

—Hombre grande San Martín, militar de verdad y desinteresado; pudo hacerse dictador y prefirió el destierro y salvó a la Argentina de los Iturbides y los Porfirio Díaz…

—¡Oh!, ¡San Martín!

Y todas las iras acumuladas por Blanco Fombona en sus libros contra el patriota del Sur estallaban también en el alma de Carlitos. Por lo pronto, la Italia que atravesábamos ya no era aquel país afable y despreocupado de antes; la fiebre fascista, que entonces nos parecía simplemente absurda y odiosa, encendía los espíritus, se hacía molesta para el extranjero. A veces, sin embargo, la cortesía de algún guardia fascista, atento a defender al extranjero de la explotación de los cargadores de bultos, nos reconciliaba un instante con el régimen. Ahora, en vez del regateo molesto se aplicaban tarifas. El país entraba en el orden; pero toda la gente media y baja murmuraba; se hubiera creído que estaba a punto de estallar una rebelión.

Y según se avanzaba al Sur, la tiranía policiaca se hacía más desagradable. Nos robaron en el hotel en Nápoles, con sanción de la autoridad, que ya empezaba a dar la razón al nacional contra el extranjero, la tuviese o no la tuviese. ¡Nápoles glorioso! A pesar de la policía y de los hoteleros, qué maravillosa tarde pasamos recorriendo en coche de alquiler un paseo de los suburbios. El cochero, después de habernos ofrecido *contesas*, resignado de nuestra negativa nos llevó a una quinta donde servían un vino tinto espeso, inolvidable. Los vinos de Italia están todavía esperando quien les dedique un libro en verso, un poema o una oda. La escasez del idioma en materia de términos gustativos

disculpa un tanto esa impotencia en que nos encontramos para recordar, para narrar, lo que es, por ejemplo, aquel *pasito*, vino dulce espumoso que tomábamos por botellas en una taberna de Roma. Carlitos, exagerando, relataba que en una de esas ocasiones, después de conversar y beber un par de horas, tuvimos que reclinarnos cada uno en el hombro del otro al salir a la calle. Y aunque rehusamos las contesas que todos los cocheros ofrecen al turista, no por eso dejamos de darnos cuenta de la existencia de criaturas maravillosas; una, sobre todas, que tenía una voz de cristales venecianos y cuerpo de estatua. Tremenda la tentación de Europa y nada extraño es que tantos en ella pierdan la cabeza. Se necesita una voluntad muy firme para dedicarse de lleno al arte de los museos y monumentos. Y en aquellos alrededores de Nápoles, los montes cubiertos de verdura, los valles, las cañadas, las peñas asomadas al mar, son una continua invitación a la dicha de la carne. Y no por eso falta el espíritu aposentado en monasterios y cartujas de una poesía infinita.

Sicilia

En una noche de navegación dimos el salto a Sicilia. Se desembarca en Palermo. La ciudad es fea, salvo el rumbo de la catedral. Y lo primero que hace el viajero es correr a Monreale porque se siente prisa de contemplar los mejores mosaicos de Europa. En el interior de una catedral románica, por el domo y por las bóvedas, los frisos, se extiende la más prodigiosa, más bella obra de arte de todos los tiempos. También la más significativa, la más expresiva de toda la historia del hombre. Pues comienzan los mosaicos con el Génesis y terminan con la Redención. En el ábside, el imponente mosaico de Jesús abruma por su majestad y obliga a caer de rodillas. En el friso está el Padre ocupado en la tarea de crear los mundos mediante el juego de unos discos de diversos colores, como si el artista que concibió todo esto hubiese presentido, adivinado la ley del espectro que descompone el secreto de la luz. La composición entera, que tomaría días de examen y de goce sin par, vale lo que un tratado de filosofía; es más: constituye resumen de toda la teología.



Boplo, Sicilia

Una visita impresionante es la de las Latomías, enormes naves formadas por la extracción de la cantera en bloques que sirvieron para construir ciudades. Se dirían un templo a un Dios olvidado o que no se acabó de construir, espacioso, imponente, como las termas. La vegetación tapa ciertos huecos que han quedado en la altura. Los elevados muros irregularmente tajados enseñan la pureza del material, evocan el esfuerzo del hombre, esfuerzo poderoso a través de los milenios y condenado incesantemente a la ruina. Por un paso lateral se sale de la nave y se desemboca a la maravilla subterránea de unas catacumbas, de la época de la persecución del cristianismo. Se visita también por allí un teatro romano en decadencia. Se abruma el ánimo de historia fecunda y de grandeza muerta.

La ciudad moderna es trivial, populosa, gritona, llena de brío que se antoja inútil dentro de un marco tan reducido como el de la isla. Iluminada por momentos con la aparición de mujeres pálidas de ojos negros y cuerpos elásticos de

diablesas apasionadas, vestidas de negro, lucientes.

La catedral romántico-normanda es muy atractiva y la capilla de Martorana es un relicario del arte del mosaico, el más completo, el más sublime entre todas las artes plásticas. El mosaico se ha quedado inédito, se le comenta apenas en los libros de arte, porque no lo hay en los países que hoy dominan. Nos imponen el gótico porque es el arte de los nórdicos. El arte del vitral tiene buena prensa gracias a que sus mejores ejemplares se hallan en Francia, que es país bien anunciado; merece el anuncio, pero su origen es oriental y supongo que en el Norte sustituyó el vitral al mosaico a causa de que el clima obliga a dejar abiertos extensos vanos, por la escasez de luz, y el vitral ofrece la única manera artística de llenar los ventanales góticos. En cambio, el mosaico es la decoración indicada para los grandes lienzos de pared sin aberturas, que es la característica del estilo basílica y propio de los países de mucho sol. Pero no hay duda sobre la superioridad del mosaico sobre el vitral y aun sobre el fresco, así como no la hay tampoco respecto a la superioridad de la basílica bizantina sobre el pobrísimo templo griego y sobre el esquelético estilo bárbaro que es el gótico. Y el día que la cultura vuelva a ser latina, vuelva a ser producto del Sur, el mosaico será reivindicado y habrá peregrinaciones con rumbo a Monreale, con rumbo de Constantinopla y el Asia Menor.

De Palermo nos dirigimos, atravesando la isla, hasta Girgentum. Tres o cuatro ruinas de templos griegos, encima de sus colinas, a orillas del mar. Detrás, sobre un lomerío elevado, la ciudad moderna. Cuando le preguntamos al guía si había noticia de los linderos de la ciudad griega, se soltó recitando a Píndaro, que los señala en una de sus odas. Nos llevó después a probar un buen vino de la tierra y nos tenía fascinados con su conversación culta, cuando sacó el cobre

ofreciendo «presentarnos» alguna *bella donna* girgentense, porque, decía, el viajero no se lleva una impresión completa si no prueba todos los frutos de la tierra que visita. En rigor se hallaba en lo justo, pero no sé por qué nos resultaba vulgar entregamos a una aventura de comercializada sensualidad, cuando toda la atención, todo el despejo del alma, apenas bastaba para recoger las impresiones de aquel ambiente que respiró Platón, cargado de presencias espirituales incomparables. También Arquímedes, el padre de la ciencia, iniciador del método empírico, asoma en Sicilia su figura venerable.

En la noche, desde una terraza del hotel en que nos hospedábamos, contemplamos el cielo abierto lleno de estrellas de una luminosidad increíble. Lo que hizo recordar a Carlitos cierto pasaje de Reclus sobre los cielos de Persia, que da como los más diáfanos de todo el planeta, por causa del desierto y la sequía. Así son, recordábamos, los cielos del Norte de México, por Piedras Negras, en Coahuila, sólo que sin poesía de humanidades. Y mientras así dialogábamos, un bólido enorme, deslumbrante, bajó raudo y se perdió en las sombras de abajo, dejándonos casi asustados de su proximidad.

—Éste es buen augurio del viaje —dijimos.

Y nos fuimos a dormir con la sensación que deja en la mente el panorama dichoso, parecido al vino, pero hecho todo de ilusión y dulzura celeste.

Tengo que hablar de prisa de estos lugares del mundo antiguo: también los días que pudimos dedicarles fueron pocos, pero no hay idea de la cantidad de impresiones fuertes que a cada paso asaltan al viajero, como cuando de pronto mira un letrero que dice: «Sociedad Mutualista Empédocles», y se viene a la memoria la época del filósofo,

en que Sicilia era uno de los centros de la cultura del mundo. La prueba está todavía evidente en el Museo Nacional, soberbia institución que no se acaba de conocer y contiene pinacoteca, salas de vasos griegos; primitivos sicilianos, antigüedades bizantinas; vidrios de Murano; sarcófagos griegos; metopas de Selinonte con altorrelieves de los trabajos de Hércules, asombrosos de hechura, y no sé cuántas otras maravillas que abruman, porque se siente flaca la atención frente a la obra de los siglos más ilustres de la historia humana.

Una infinidad de excursiones que dejarían recuerdos para la vida hay que dejar de lado cuando se va de prisa, como la de las ruinas de Selinonte, toda una ciudad del siglo VI antes de Cristo. Toda la isla es, en suma, un museo, y en vez del hábito de perder tantos meses en los bulevares parisienses, mirando mujeres vestidas con trapos elegantes, debería pasarse siquiera un mes en Sicilia. Y no se acabaría nunca, porque no es sólo Sicilia; hay también las islas griegas, que ocupan dos o tres meses. Y tanto más, que es preciso conformarse con lo más notorio, o lo más accesible.

Gracias a la insistencia de Carlitos no perdimos a Taormina. Es una ciudad construida sobre terrazas escalonadas sobre la montaña y frente al mar. El anfiteatro griego, en ruinas, tiene más mérito por el panorama que por la construcción. Desde su emplazamiento, la vista se recrea en uno de los más bellos panoramas del mundo; el Etna, coronado de nubes, blanco de nieves, nos da la espalda; por abajo el caserío, y enfrente el mar que, en los días claros, permite ver hacia la punta de Italia por el estrecho de Messina. Los campos cubiertos de olivares y de viñedos recuerdan el fundamento agrícola de la civilización latina y también de la griega, desarrolladas en torno a esos dos

cultivos de elección. El vino y el aceite que la misma religión ha tomado para símbolo de sus más altos sacramentos. Quizá no puede haber vida superior donde el terreno no se presta para estos dos cultivos. Unos cuantos turistas ingleses suelen ser el único público de estos territorios de Taormina, un tanto alejados de las rutas corrientes. Pasan cargados de libros y apuntes, cámaras fotográficas y gemelos de larga vista. Son estudiantes de arte o ricos que saben disfrutar el planeta.

Según bajábamos por desviadas veredas, asomamos a una cañada tranquila, perdida entre la sierra y el mar. Una choza escondía sus tejas entre el ramaje del fondo y por un atajo bajaba un pastor, seguido de sus ovejas. Desnudas las pantorrillas, arremangado el pantalón, cubría sus espaldas con un manto raído; en la mano llevaba una flauta, más bien dicho, una zampoña que empezó a tocar, lanzando al viento una melodía sencilla, primaria y dulce. Fue una escena de égloga helénica que disfrutamos, suspenso el ánimo, imaginando que presenciábamos una aparición de los antiguos tiempos.

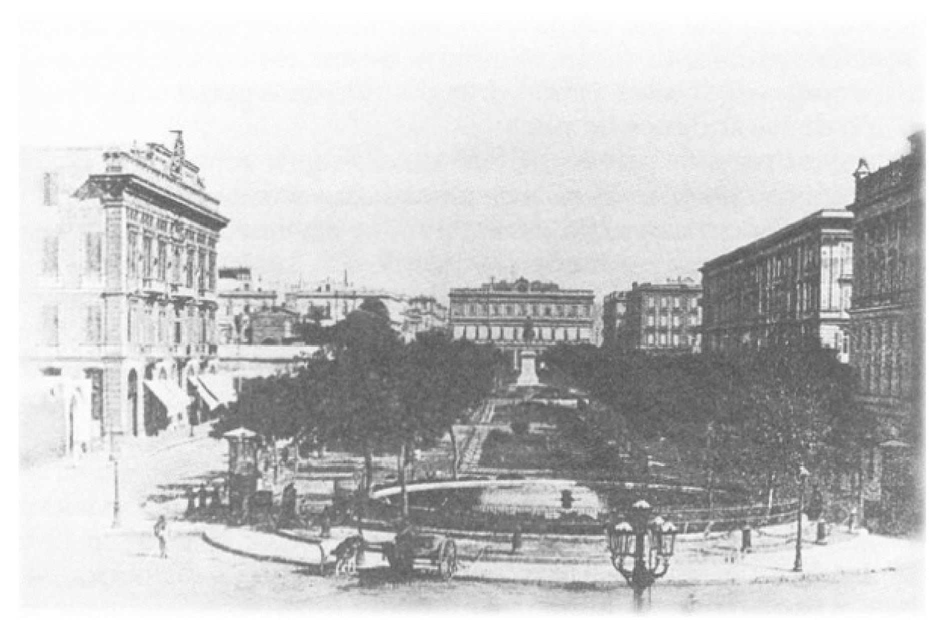
En estas tierras de privilegio, cuando el alma se fatiga de pensar y de sentir, el cuerpo también encuentra satisfacción plena por los sentidos. A punto de que oscureciera dimos con una fonda, en cuya terraza nos sirvieron de merienda unas nueces de Castilla con un delicioso vino rosado de los viñedos de Siracusa. Vinos de la tierra, vinos del país, más delicados que todo lo que se vende bajo etiqueta rumbosa.

El Faro de Alejandría

No queda más que el nombre en el recuerdo. La ciudad moderna es un conglomerado turco, egipcio, africano y, en suma, *fellah*, o sea, el hombre de la clase popular de Oriente, paria de sucesivos despotismos que ha dado a Spengler su nombre para símbolo de miseria humana y decadencia sin rescate. Disputan para apoderarse de los bultos del pasajero; en seguida procuran robarlo elevándole los precios o distrayendo una maleta; se portan insolentes o se rebajan según la ocasión; mujeres mendigas adelantan la mano en demanda de un hachís, la propina, la limosna. Sólo el látigo del policía constabulario del inglés, aplicado sin cólera, igual que un rito, una disciplina inevitable, contiene un tanto a aquella muchedumbre famélica que desgarraría a los viajeros, sin el terror de la indiferente, pero implacable autoridad. Pobres países de sultanato, de cesarismo, de decadencia, que en seguida nos recuerdan a nuestro México de castas parias, sometidas sucesivamente al español, al militarismo criollo, y hoy, a los constabularios que representan los intereses de Norteamérica. También en Alejandría la fuerza bruta la ejercen los restos del militarismo turco, y el comercio y los negocios están en manos de italianos o de judíos nacionalizados ingleses. El mismo día del desembarco salimos por la noche para El Cairo, bajo una luna que anegaba la tierra sin árboles, descubriendo dunas y desiertos de cuya sombra emergen visiones de historia secular dramática. Una sombra

cualquiera, la copa de la palmera o el poste de los telégrafos, sugieren de pronto el fantasma de un faraón o la silueta de los conquistadores que desde Roma o desde Cartago, o procedentes de Damasco y de Bagdad, codiciaron este delta del Nilo, doblegado hoy a los puentes del ferrocarril, disputado antes por todas las razas próceres, fecundado con los mejores limos de la tierra y con el ingenio de las más grandes figuras del pensamiento. De Moisés y los sacerdotes egipcios a los sabios que importó Alejandro, y a Plotino, el último prodigio del paganismo.

El Cairo es moderno, espacioso y feo. Los cafés, de anchas terrazas sobre la acera, le dan la única nota alegre, con sus mesas servidas de mariscos, golosinas y refrescos. La bebida nacional es el anís con agua, que parece elíxir de ópalos diluidos, pero nunca iguala al vino. La ferocidad musulmana destruyó la vid en estos territorios que hoy, lentamente, vuelven a la civilización gracias al aflujo de europeos. La población es dominantemente árabe. La soberanía está en manos del ejército inglés de ocupación, sin el cual volvería a imponerse el más negro despotismo nativo. Desfilan por sus terrenos de la ciudadela los batallones británicos; bien vestida, bien afeitada la tropa, y los oficiales impecables, rígidos, reservados y serenamente denominadores, como los romanos de otrora. El viejo militarismo despótico de los turcos se ha disuelto en la masa y alimenta en ella la envidia. La vieja insolencia del musulmán está vencida por el soldado cristiano, que no es el siervo de sus jefes, sino el caballero de una idea, un valor moral. Y el árabe se conforma con pegarle al niño, a la mujer. El birrete colorado separa a distancia al nativo del europeo, avecindado, que es conjunto de italianos, griegos, franceses y judíos. Y por debajo de todos, pero en marea montante, la clase trigueña del *fellah*, desecho de razas, millonadas de parias.



Alejandría, Egipto

En las afueras se miran los burros prestando servidos en el acarreo de bultos, agua y personas. Se les mira con ternura porque son los antecesores de nuestro burrito americano, importado entre nosotros por los españoles. Los burros de Egipto son altos, fuertes, ágiles y hábiles para el galope corto como un caballo.

En el centro de la ciudad está el comercio europeo, y en distintos barrios hay bazares de tipo oriental, provistos de sedas de Damasco, tapices, alfombras, joyas, platos de bronces y expendios de agua de rosa y perfumes, agua de azahar y sahumerios. En los puestos de golosinas hallamos muchas que, como el turrón, nos son familiares. Una novedad es el dátil maduro, rosado, grande y delicioso.

En la sección de libros de segunda mano hay Alcoranes decorados con miniaturas persas y turcas, de gran belleza y mezclado lo falso con lo auténtico. Esta consideración nos alivia la pena de no tener dinero para comprar tanta cosa que seduce la vista.

La gloria de El Cairo está en sus mezquitas. La del Az-har es la principal; data del décimo siglo y la conquista de los fatímidas, rama directa del profeta. Consta de un enorme bloque de cuatro fachadas, varios patios y galerías. El santuario principal cuenta nueve naves sostenidas por ciento cuarenta columnas de mármol; arcadas sencillas o dobles sostienen las bóvedas: el decorado es de arabescos vistosos que demuestran riqueza y buen gusto. Una de las secciones importantes de la gran construcción es la biblioteca, tesoro de la cultura musulmánica. Anexo hay un seminario y universidad; también una escuela elemental, cuyos canturreos de niños que repasan de memoria versículos del Alcorán nos recuerda nuestras viejas escuelas mexicanas de tipo «Amiga» en que los niños repetían el silabario cantando b-a, ba, b-e, be. Todavía alcancé uno de estos coros árabe-castellanos, por Tehuantepec.

Otro antecedente de las costumbres tehuanas que son españolas lo encontramos por las calles de un arrabal: Por delante avanzaban unos lamentadores cubierta la cara de ceniza, con mantos largos y lanzando gritos de dolor; detrás, un ataúd, seguido del cortejo y la música. Se pagan en El Cairo los servicios de estos llorones oficiales, sin cuyos lamentos el entierro se considera desairado. De este rito procede la gritería de las mujeres de nuestra provincia mexicana cuando sale de la casa el muerto con dirección al camposanto. El manto negro de las mujeres completa la semejanza, y la música y los cohetes, como en Tehuantepec.

La más ricas mezquitas no tienen, aparte de las bellas lámparas colgantes y las alfombras suntuosas, otra decoración que el Mirab, una especie de pupitre con atril para el Libro Sagrado. En las capillas se encuentran sarcófagos de los distintos degolladores que han llegado a sultanes. Culto de la batalla y el poderío que no deja otra

reliquia que la carroña de muertos que no tienen ningún halo, ninguna promesa de más allá. Conquistaron la victoria que asegura los goces de la Tierra, y no la sobreviven.

Otras muchas mezquitas hay en El Cairo, graciosas como la del Sultán Hasán, joya del arte árabe y que es obra de un arquitecto sirio. Dominaron en el Oriente los constructores sirios porque mantenían la tradición bizantina. El plan bizantino ha seguido siendo la base de toda mezquita; por eso suelen realizar una belleza de ensueño. Y no se acabaría de estudiar ni en un año todo lo que hay de interés en El Cairo. Un paseo que recuerda el *sic transit* latino es el de las tumbas de la poderosa dinastía de los Califas Mamelucos: una serie de mausoleos, en granito rosado rematados por la cúpula bizantina estilo cebolla, un poco a la rusa. Olvidadas están y perdidas entre las dunas, sin que nadie recuerde ni el nombre ni las hazañas de los déspotas que dejaron allí la osamenta.

El museo del El Cairo vale el viaje. No hay en el mundo una institución más rica, más bien organizada, más suntuosa que el museo de Egipto. El edificio, construido *ad hoc* por un arquitecto francés, tiene proporciones vastas en estilo grecorromano moderno y encierra colecciones que abarcan del año seis mil antes de Cristo, a nuestros días. En los departamentos bajos hay pilares, estatuas, frisos. En granito rojo, hay un Ramsés majestuoso y faraones hasta la dieciocho dinastía. Esculturas colosales de Karnak obligan a levantar la vista. Y los sarcófagos la retienen próxima. Un sarcófago nos arrebató de admiración, nos hizo adquirir postales. Es de granito rosado y lo decoran los símbolos egipcios del Ibis, que extiende y dobla las alas, abrazando el material pesado, para dar al mismo tiempo la impresión de que lo levanta, con poderío de resurrecciones a las que no escapan ni las rocas, menos los cuerpos. En galerías

abovedadas hay colecciones de vasos de alabastro que todavía guardan esencias depositadas hace millares de años. Proceden de las antiguas tumbas. Numerosas estelas y bajo relieves coloridos llenan los lienzos de la pared. Por lo común, se trata de procesiones que portan ofrendas para el Faraón. Uno de estos faraones se irgue en tamaño natural inmortalizado en piedra diorita, luciente y negra. En granito negro hay profusión de estatuas de animales. Las estatuas de mujeres son de una belleza desnuda y casta, duro el material pero pulido y suave a la vista, anulada toda idea de concupiscencia por el ademán esotérico de los brazos y por el soplo de eternidad que está retenido en la obra.

Los ojos, de órbitas abiertas, parecen engreídos en los horizontes desmesurados del país de los muertos.

Y para arte precioso, refinado, magistral como el del Renacimiento italiano, hay que ver las salas del nuevo Imperio, particularmente la sección Tutankamen. Preside sus tesoros la momia regia que es un prodigio de orfebrería en grande, todo sobre fondo de oro y esmaltes azules, rojos, pectorales, collares y diademas de piedras semipreciosas. El color es rico, brillante. Se comprende que en el arte no hay progreso, sino épocas cumbres y periodos muertos. Al lado de la orfebrería egipcia sólo la bizantina compite. La misma impresión de que varias veces se ha llegado a la perfección artística se obtiene mirando un estuche o caja de Tutankamen, decorada con dibujos insuperables de caballos en carrera; se diría, un trazado griego, si no se supiese que salió de una tumba egipcia muy anterior al florecimiento helénico. Así también ocurre con los bajorrelieves y los frisos del arte egipcio. Tienen un ritmo característico, sin embargo, y es el de un desfile sin alborozo; rito de una esclavitud resignada que se sabe irremediable y se refugia en la belleza, la majestad de su propio espectáculo.

Las barcas del Nilo, motivo predilecto del escultor egipcio, y que forman colecciones innúmeras, dan idea de abanicos en marcha, por el reparto de los remos en torno al mástil. Retienen todas algo de la poesía del Nilo, padre de civilizaciones. Y se piensa en el acierto de Ludwig de dedicar un libro a la historia del río, cuyos cultivos han dado a la humanidad el cereal y la lechuga, el papiro. Los elementos de la civilización proceden del Nilo, que todo lo tuvo, menos la capacidad de adivinar lo que había en Moisés y lo que se desenvolvió más tarde por la Palestina inmediata.

El museo árabe de El Cairo es también el mejor del mundo en su género. Abundan allí piezas que en reducido número son orgullo de museos como el Metropolitan; por ejemplo, las lámparas de vidrio persa y árabe que, encendidas, parecen una ascua de oro, con esmalte de gemas.

Keops y la Esfinge

Y, por supuesto, hay que hablar de las pirámides. Les hicimos dos o tres visitas; el lugar contiene sortilegio. No obstante todo lo que se ha dicho de él, para cada viajero guarda una nueva sugestión. Dejaremos a un lado las magnitudes; pueblo que vive sobre una llanura se desquita levantando eminencias que alivian la monotonía del horizonte; torres en Francia y en Bélgica, y en Egipto, pirámides. Las hay por distintas regiones, pero las más célebres son las de Giza, inmediatas a El Cairo. Trepados en la de Keops, la mayor de todas, contemplamos una puesta de sol. Bloques de granito han rodado por el suelo; épocas bárbaras han robado material y cuatro mil años de intemperie han hecho sentir su efecto; sin embargo, allí está, todavía macizo, el estupendo, inútil monumento.

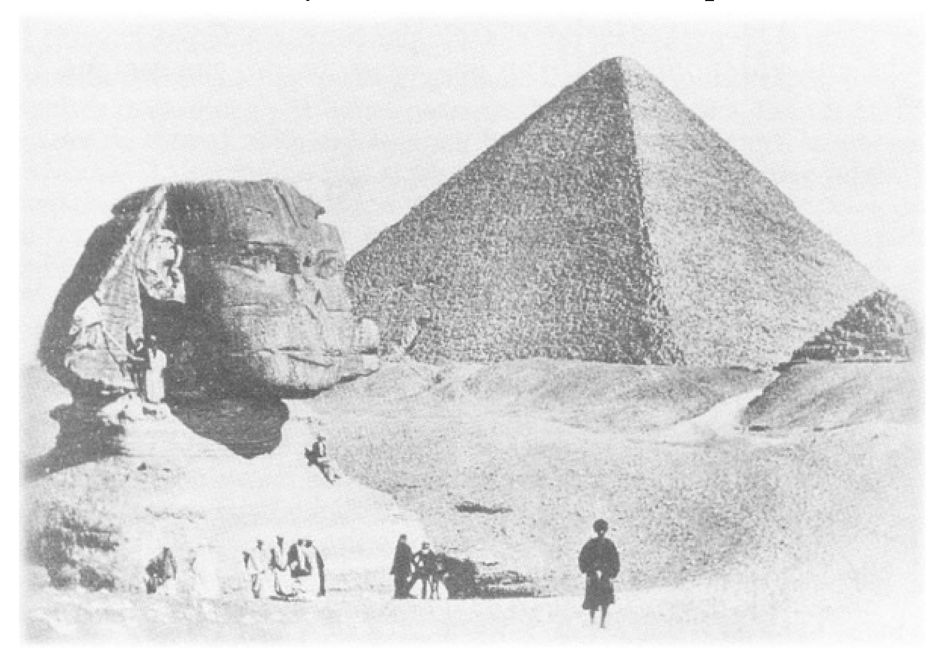
Buscando lo nativo, habíamos inquirido en vano sobre la posibilidad de beber leche de camella. Y esa tarde nos parecía que era el momento de rematar la excursión con una merienda típica. Nuestro guía, obsequioso, se ofreció a llevarnos al pueblo que, a poca distancia, vive de cultivos de alfalfa. Las casas mal encaladas y de adobe, las aceras descuidadas y la mugre de los corrales, el tipo oscuro y fuerte de los beduinos, todo recuerda nuestras aldeas mexicanas. Presumía el guía de que nos llevaba a la casa de un *sheik*. Adonde nos llevaron, el piso era de tierra apisonada y no había dónde sentarse, ni aparecía por allí un

alma. Después de vueltas, cuchicheos y esperas, se fueron juntando hasta veinte campesinos envueltos en mantas, a estilo nuestro, y mudos, también como nuestros aldeanos. Enfrente de nosotros habían puesto un tapete, pero los demás se sentaban contra el muro, sin decir palabra. Estábamos todos en la incómoda posición oriental, echados al suelo, sobre las piernas. Tras de hacerse esperar, llegó el supuesto *sheik*, jefe de la casa. A través del intérprete conversamos. Cuando le dijimos que éramos de México no pareció entender; añadió el guía: América. Y entonces hicieron ademán de enterados. Desfilan por allí norteamericanos a docenas. Y, por fin, cuando ya la impaciencia nos levantaba del suelo, llegó la ofrenda: un enorme cazo lleno de una leche espesa de la cual nos servimos. La elogiaba Carlitos y a mí también me pareció deliciosa, aunque la demora y el no haber visto por allí ningún camello me hizo entrar en sospechas. Sólo más tarde, y para vengarme de Carlitos a propósito de una aventura malograda, le dije:

—Nos han dado gato por liebre; esa leche no era de camella, sino de vaca cebú, muy común en la región…

Pero si hubo engaño en el alimento, bien lo desquitamos con lo que siguió después. Una luna casi llena jugaba con las sombras de las palmeras, daba de lleno en la cara raída de las pirámides. Y se nos antojó lo obvio: ir a mirar la Esfinge, con la poesía añadida de aquella iluminación fantástica. El mismo guía nos condujo. Está la esfinge al lado de la pirámide de Kefrén, la segunda en magnitud; se ve actualmente en una especie de fosa, porque le han retirado las arenas hasta la base, y aunque hundida, es posible apreciarla en toda su talla generosa; veintitantos metros de alto y setenta de largo. Las roturas que tiene en la cara exaltan su misterio. Una quietud perfecta completaba el

encanto del momento, nos obligaba a hablar en voz baja, casi respetuosa; nos hacía callar a intervalos. Eramos como las arenas que periódicamente le tapan a la estatua los pies, hasta en tanto viene una época de arqueólogos que las retiran y descubren el monumento. Tantas otras mentes, generaciones sin cuento, habían pasado por allí y seguirían pasando, creyendo que se hallaban ante un misterio eterno. Y la estatua, enigmática en apariencia, no encerraba, en realidad, sino el símbolo de nuestra propia impotencia. Más impotente que nosotros, ignorante de lo que el ingenuo y ambicioso corazón del hombre anda poniendo en lo inanimado cuando ya no halla dentro de sí respuestas.



Pirámide de Keops y la Esfinge, en Egipto

Desde que escribí mi *Prometeo Vencedor* había imaginado que el mensaje de la Esfinge lo captó Edipo sin descifrarlo; de allí el castigo del incesto espantoso. El secreto, que es el final de la sabiduría, dice al hombre: «Vive conforme al espíritu y detén el curso de las generaciones.» «Ya no

pasarán tus obras de la altura, la magnificencia, de las pirámides que aquí ves; en consecuencia, es inútil que afanes; da por terminada la aventura de la vida; cesa de engendrar en la carne.»

Contra esta tesis, algo se levanta, sin embargo, pues de haber sido atendida la Esfinge no se habría producido el cristianismo. Lo terrible es que el cristianismo, consumadas sus enseñanzas, recae otra vez en la tesis misma de la Esfinge, desde que erige como estado de perfección el celibato. Y esto aumenta la perplejidad del que medita, y obliga al alma a renegar del pensamiento para entregarse a la dulzura de la noche que se plateaba de luna, se envolvía toda en misterio, se hacía testimonio del sentido eterno, de cuanto ocurre en el cosmos.

Menfis

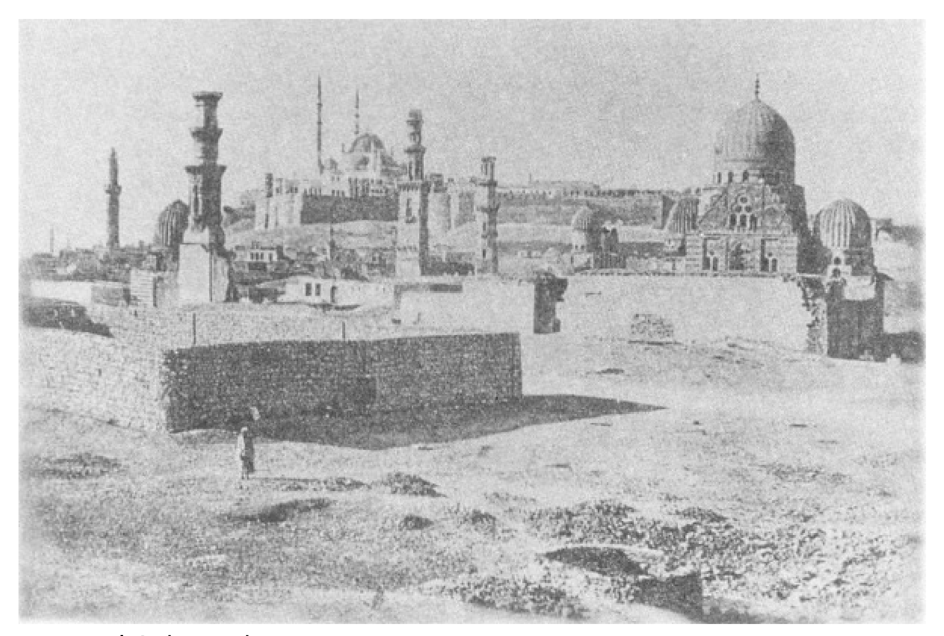
El viaje por ferrocarril de El Cairo a Luxor es menos elegante que por los vapores del río, pero mucho más rápido. En una estación del trayecto, en Dendera o por allí cerca, el corazón se sobresalta leyendo en la Guía: «Al lugar del nacimiento de Plotino.» Se está en la tierra de los faraones y, sin embargo, el nombre del filósofo que vivió humilde es el único que el mundo ha recogido en todas las lenguas. Nadie sabe cómo se llamaron los faraones, y aun los más famosos, como Ramsés II, han tenido que numerarse para ser recordados.

Ahora bien: numerarse es entrar a los valores de cantidad de las matemáticas y es lo mismo que despersonalizarse, o sea morir conforme al espíritu. Y lo merecen los Tolomeos, faraones y emperadores que a la materia dedicaron sus desvelos y con ella perecen, disgregados en la alta forma que es la del número, pero, al fin y al cabo, equivale a la homogeneidad de la nada. El defecto del número y lo que le quita todo significado espiritual es su homogeneidad; sin homogeneidad no hay matemáticas; tampoco hay con ella espíritu. Plotino, en cambio, valor de espíritu, creó calidad, se hizo a sí mismo personalidad insustituible y única, que para nada necesita de la numeración, pues no ha habido ni habrá Plotino segundo, porque no se repite el espíritu, crea siempre de nuevo. Frente a estos dos destinos, el de Plotino único y el de Ramsés II, meditamos en nuestra propia suerte,

y reflexionamos: ¿Qué es mejor: el poderío del Estado o la dedicación a la obra de la mente? Uno de los poetas de mi corte ministerial me había dicho varias veces: «A usted lo esculpirán como a Ramsés II, con los símbolos de la arquitectura en la mano, la vara de medir y la escuadra.»

Excesivo era el elogio, pero no inexacto, puesto que levantamos escuelas y palacios en medio de las ruinas. Y me quedaba aún la posibilidad de volver al país para concluir una obra iniciada apenas y que por remate arquitectónico debió tener una Biblioteca Nacional digna, por lo menos, de la tradición arquitectónica mexicana. Pero si ocurría que el Hado me negaba la ocasión de trabajar materialmente por el público, ¿acaso no estaría más de acuerdo con mi vocación íntima, una posición de rebelde y de proscrito que me permitiera escribir libros de orientación y de filosofía?

De Plotino no queda tumba, ni cuna, ni le hace falta a quien vive en el pensamiento de la generaciones, y habita las páginas de magia de los libros, repartidos en todas las bibliotecas. Al Faraón constructor lo vimos en Menfis. Su estatua colosal está caída en tierra. Pesa demasiado para las infelices generaciones que después de él habitaron el Egipto, y no han podido ni siquiera reconstruirle el pedestal. Se han conformado los explotadores del turismo con echar encima de su vientre de granito una plataforma de tablas a la cual se llega por una escalinata de madera. En ella, desde un barandal provisorio, el viajero se asoma a una cara serena, como la del Júpiter griego pero todavía más tranquila, más por encima de la tempestad, y como si todos los horizontes le hubiesen dado su calma impasible, infinita.



El Cairo, Egipto

Lo más notable de Menfis es la Necrópolis de Sakkara y el Serapéum. Irrita todavía contemplar en el extenso subterráneo hasta una docena de enormes sarcófagos de granito negro sin talla, pero costosos, y que guardan los restos de toda una dinastía de los Bueyes Sagrados. La Necrópolis, en cambio, es de un interés enorme; la historia y la vida de una nación están allí escritas en las lenguas del arte. Corresponde a la quinta dinastía, o sea, unos dos mil quinientos años antes de Cristo. Una de las más famosas es la Mastaba de Ti, un latifundista que se construyó morada para la eternidad. Pues la tumba es toda una casa con vestíbulos, corredores y cámaras; el techo está sostenido con pilares cuadrados y todos los muros interiores están decorados con relieves de ofrendas. La cámara del muerto, que contiene el sarcófago, está construida en forma de capilla, cuyos muros ostentan relieves coloridos de los trabajos diarios del campo y la industria, tales como carpintería y perforaciones; hay también dibujos de

animales, escenas de la vida doméstica y dibujos de barcas y de aves. Todas las mastabas se han convertido en subterráneo por el hundimiento natural del terreno; así es que se baja a ellas por escalinatas y en muchos sitios ha sido necesario volver a levantar los techos. Otra mastaba, no sé si la de Ptahhotep, es famosa por la pintura mural que contiene y que reproduce todos los instrumentos musicales como prueba del adelanto que alcanzó el arte sonoro entre los egipcios de la quinta dinastía. Se trata de una escena de música y canto en la que se ven arpas, flautas y tamboriles; el cantante marca el compás con las manos, a la manera del baile andaluz.

Luxor

La antigua Tebas de los griegos y el Amón de la Biblia. Cuenta en la actualidad menos de veinte mil habitantes, pero posee buenos hoteles y es el centro del turismo egipcio. Hay construcciones sobre ambas riberas del Nilo, pero las más importantes están del lado occidental. Por el lado del oriente está el valle de las Tumbas de los Reyes, o sea, la Necrópolis. Del lado poniente, inmediato a Luxor, está Karnak. E incrustado en la ciudad misma se halla el templo de Amón. Fachada de granito rojo, altamente impresionante. Al centro, el pórtico egipcio característico, el pilón de dintel horizontal y grandes lienzos verticales profusamente decorados con jeroglíficos. A uno y otro lado estatuas y monolitos del tipo obelisco. Precisamente de este templo fue arrancado el obelisco de la plaza de la concordia, en París. Con los que quedan aún por toda la zona habría bastantes para adorno de todas las capitales del mundo. Los lienzos del pilón están grabados con escenas de batallas y de consejos reales, carros de guerra y animales simbólicos. Dos estatuas sedentes gigantescas de Ramsés guardan la entrada, y por ambos lados se yerguen otras en que el monarca está de pie, imponente, sin soberbia.

El obelisco quizá fue inventado para dar un poco de ligereza a la masa de la fachada egipcia. Su esbelta, atrevida verticalidad, crea impresión de fiesta y de augurio dichoso. La única nota alegre de una arquitectura rígida y sobria.

El interior, destechado en su mayor parte, exhibe un gran patio en donde quedan setenta y tantas columnas de estilo papiro. Sobre el muro del costado izquierdo, en una planicie más alta que el nivel del templo, asoma una mezquita encalada con persianas verdes que bien podría caber entera dentro del patio de Ramsés, el recinto principal del monumento egipcio. Los muros interiores están cubiertos de inscripciones jeroglíficas y relieves que dicen de conquistas que ya a nadie interesan; procesiones y desfiles que un día crearon historia y hoy sólo valen por su mérito artístico, que es siempre superior a los mayores sucesos de la simple historia. Diferentes milenios concurrieron a crear al templo que otros tantos milenios han estado derrumbando. Existe allí, por ejemplo, una cámara de Alejandro, que siglos después de Ramsés el conquistador griego levantó en homenaje al dios Amón. Frecuentemente estos grandes payasos que son lo mismo Alejandro que Napoleón se bajan a rendir pleitesía a los dioses ajenos, a cambio del poder político que han robado, y porque en el fondo de sus almas no tienen otro interés que el de la materia y toda cosa del espíritu les es indiferente o les parece mero espectáculo. Por eso entre todos los grandes capitanes sobresale Hernán Cortés, que derribaba a puntapiés los ídolos para encumbrar los signos de lo que él entendía por la verdad. Y si es cierto que en nuestra patria no había sino arquitectura de barro fácil de echar abajo, tampoco debe olvidarse el riesgo que corría Cortés cada vez que la pasión noble del ánimo lo llevaba a una hecatombe de dioses falsos y de símbolos innobles. En Egipto se habría encontrado con la imposibilidad material de echar abajo los sólidos y colosales monumentos que apenas los siglos carcomen. La sequedad del aire contribuye sin duda a la conservación indefinida, y la dureza particular de los materiales. Así como la escasez de

las lluvias explica que no se hubiese puesto mayor atención en la techumbre. No acertó el egipcio a cubrir extensiones considerables; no conoció la bóveda, y tuvo que limitar el ancho de sus galerías a lo que daban las más largas losas de granito.



Templo de Luxor, Egipto

El Valle de la Muerte

Para visitar las tumbas de los Reyes hace falta entenderse con guías engañosos que, a su vez, se confabulan con los dueños de los borricos que esperan de otro lado del río a los excursionistas. El cruce del río en bote de remos es ya experiencia de hondas reminiscencias; los boteros árabes cantan bonitas letanías según van remando; bella costumbre oriental que habíamos advertido en los trabajos de reparaciones a cargo del Departamento de Arqueología, en los que el capataz, látigo en mano como en los días de los faraones, descarga sobre la peonada para forzarla en la tarea, y ésta se desquita cantando rítmicamente cada vez que en fila tira de un cable, cada vez que desciende en procesión que imita el friso antiguo, por alguna rampa, doblegada con los sacos del material de construcción. La poesía penetra de este modo la vida popular y la hace más tolerable. Los mismos parias sonríen con más frecuencia que lo que se ve entre nosotros. Y esto hace pensar hasta qué punto el carácter sombrío del indio depende de que no tuvo, no tiene música. La Iglesia lo ganó, al darle en las ceremonias del culto y en los distintos festivales, el don del canto; pero no penetró lo bastante su influencia. En Oriente, el canto brota espontáneo de los labios del humilde siempre con resabios religiosos; por eso se ha mantenido puro y poético. Entre nosotros, el folklore, que es obra de clase media, separado desde hace un siglo de todo contacto con la Iglesia, ha ido cayendo en la vulgaridad y en la sexualidad. El corazón del

paria usa el canto a la hora del esfuerzo penoso, que es hora en que el hombre invoca en su auxilio, todo lo que concibe como superior a sí mismo.

La ribera oriental del Nilo, por Luxor, está hecha de colinas de tierra rojiza, completamente árida; un verdadero país de la muerte. Internándose por sus atajos y veredas se llega a la boca de tumbas que son excavaciones y que constan por lo común de dos o tres pasillos, uno o dos vestíbulos y la cámara mortuoria. A veces hay una falsa cámara ricamente decorada, pero el sarcófago no estaba allí; se le ha puesto detrás o a un lado, en una cámara todavía más suntuosa, pero a la cual se llega por algún paso secreto. A las astucias del arquitecto se añaden los maleficios que condenaban a muerte al que osara violar el secreto de las tumbas; se ha creído que ciertos gases de venenos, sutilmente guardados, pueden ser los responsables de las muertes que han ocurrido entre los primeros exploradores de estas moradas de las momias de los grandes.

Proceden las tumbas de la decimoctava y la vigésima dinastía; es decir: de mil quinientos a mil doscientos años antes de Cristo.



El Nilo.

«La ribera oriental del Nilo, por Luxor, está hecha de colinas de tierra rojiza…»

Fueron tan ingeniosos los constructores que, no obstante hallarse tan escondida la cámara del sarcófago, siempre hay un claro estrecho por donde penetra un rayo del sol que viene a hacer compañía al muerto. Pero lo más placentero es la decoración de los interiores, magnífica en un grado que supera a todo lo que conocemos. Apenas si hay en Europa una cámara como la de Benozzo Gozzoli en el palacio Ricardi, de Florencia, que pudiera competir con estas pinturas al fresco y relieves que hacen de cada tumba un pequeño museo de arte egipcio de la época más refinada. Los temas del decorador también son superiores al que sirvió al Gozzoli para su magnífica procesión florentina a propósito de la visita del paleólogo bizantino. En los murales de las tumbas egipcias, es el alma la que va de viaje por el río de la eternidad. Su barca la escolta el Sol, que la ha librado de los demonios, espectros que desde ambas riberas la acechan. En otra etapa de la peregrinación el alma visita las deidades del

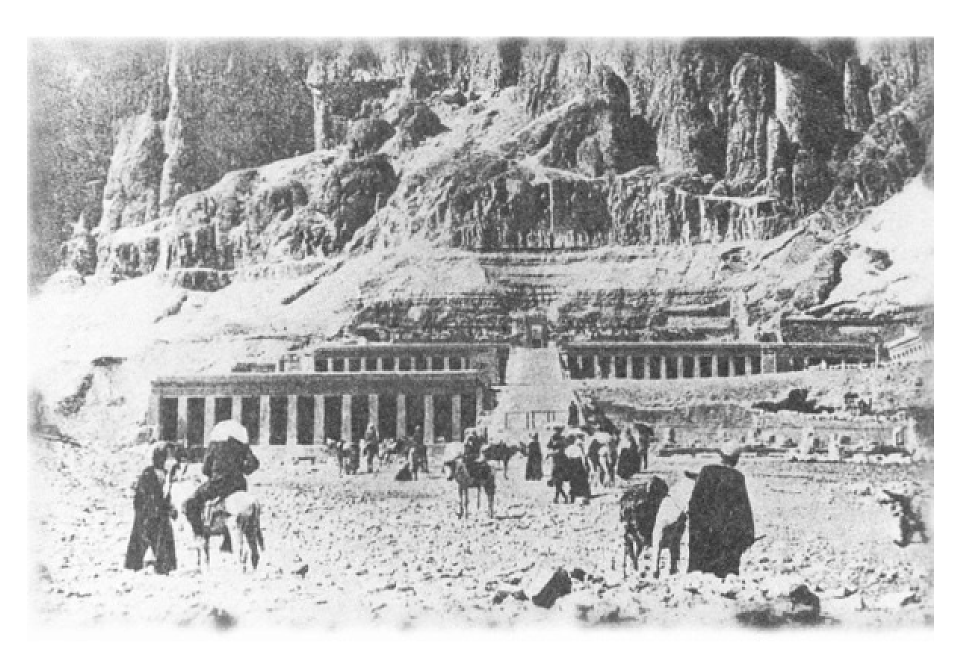
país de los muertos: Isis y Horus. Una serie de discos representan el Sol en diversos avatares y decorado con escarabajos o con cabezas de animales y serpientes. Toda la mitología da motivos al decorador. Entre ellos predomina el pájaro sagrado y libertador, el Ibis, que simboliza el más alto anhelo, y por sí solo levanta el arte egipcio de la crudeza de sus monstruos, sus bueyes, sus perros. Las alas del Ibis se antojan un presagio de los brazos redentores de la cruz cristiana y son el único signo elevado en una simbología rastrera y cruel: alimento para el alma, bebidas, concubinas y domesticidad de animales de cría, lo mismo que la nigromancia de cualquier pueblo salvaje. Al final, y siempre bajo el ala inspiradora del Ibis, el alma que reposa en el sarcófago recrea sus miradas en una bóveda de fondo negro orlada con los signos del zodiaco. En el firmamento, la armonía de las constelaciones. El tipo de la construcción y su lujo varían en las distintas tumbas. El viajero ordinario apenas mira seis o siete de las principales, como la de Ramsés VI o de la Metempsicosis, llamada así por el decorado que hace pasar el alma por el cuerpo de varios animales; la de Setis I, con su hermosísima Letanía del Sol, o sea treinta y siete versiones de discos. El instante en que la admiración del visitante llega al pasmo es cuando en la cámara mortuoria la luz eléctrica enseña la bóveda decorada. Baja entonces sobre la conciencia algo de la dulzura de las noches estrelladas plenas de promesa ultramundana. Y se piensa en que la ilusión es tan vieja como el hombre y siempre la misma; penetrar el misterio que ninguna ciencia descubre, pero que todo corazón vislumbra.

Nochebuena copta

Nos tocó pasar la Navidad en el hotel de Luxor; suspendimos ese día las visitas arqueológicas y nos dedicamos a observar el rito copto, acerca del cual tenía gran curiosidad. El dueño del hotel, feligrés copto, nos dio toda clase de informes. Le gustaba conversar; se quejaba de los protestantes *yankees* que llegan por allí con misiones evangelizadoras.

—Nos vienen a enseñar cristianismo a los que lo conocimos antes que los romanos, de quien ellos, quiéranlo o no, derivan. Aquí los hemos dejado predicar en nuestros templos, porque, al fin y al cabo, es el mismo credo cristiano, pero les hemos dicho: «Diríjanse a predicar entre los infieles, no pierdan el tiempo entre nosotros discutiendo minucias del dogma.»

Y asistimos a la ceremonia de Navidad en la iglesia copta de Luxor, completamente moderna en la arquitectura, y limitado el rito a rezos y cantos hermosos y un sermón que no entendimos. En la cena de Navidad nuestro amigo copto nos obsequió con un magnífico pastel de arroz y pescado.



Tebas, Egipto

Karnak

El pilón de Karnak es el pórtico más grande que han construido los hombres. Mantiénese esbelto y elevado después de que han caído los lienzos de la fachada, los techos y las galerías. Detrás del pilón majestuoso y solitario, se levanta un bosque de columnas estilo papiro gigantescas, innumerables piezas de granito, tallado con primor. El viajero se siente perdido entre los altos, inútiles fustes; hace falta el plano para guiarse y para imaginar lo que sería aquel templo todo soberbia con poco o nada de espíritu. Se advierte en Karnak esa ambición de simple magnitud que marca el fin de las culturas que carecen de visión sobrehumana. Naciones de simple poderío terrestre derivan hacia la gigantasia, lo mismo el viejo Egipto que en Estados Unidos de los rascacielos. En seguida se comprende que no está por allí el camino, puesto que, por mucho que levantemos la obra del hombre sobre la llanura, nunca alcanzará nuestro esfuerzo el tamaño del volcán. En la competencia de la cantidad fácilmente nos vence el poderío de lo inanimado. Y el hombre se distingue, porque añade sobre la cantidad los valores nuevos de la calidad. Algo de esto se sospecha en la impresionante calzada de las esfinges que constituye el atractivo principal de este célebre sitio, y aun allí, se siente la torpeza de la repetición, pues no se comparan las docenas de esfinges allí acumuladas, con la que reposa misteriosa y solitaria al lado de las pirámides.



Karnak, Egipto.

La fascinación del país y el anuncio de las empresas de turismo provocan al viajero a seguir tierra adentro. A poca distancia de Luxor está Assuán, y todavía más allá, Philae, que en las estampas nos atrae con las columnas del viejo templo de Isis, sumergidas en el lago de las inundaciones del Nilo. Entristece pensar que toda una vida no alcanza para seguir la historia de uno solo de los grandes pueblos; así de breve es la porción de conciencia que se nos da en este mundo. Por eso, hasta cuando construye columnas de altura

desproporcionada, la conciencia del hombre busca la liberación que lo arrebate fuera del límite; el límite de las formas y el límite de su propia duración. ¡Ansia de eternidad que el egipcio expresa en cantidades y el cristiano en voluntad de transformación completa, del destino y el cosmos! A Dios lo concebimos como una conciencia a la que no escapa el plan ni el detalle, a través de los tiempos, las formas, las obras todas, que son su creación.

Jerusalén

Hacia allá fuimos, hacia la tierra de la gran revelación; en donde, a falta de grandes imperios victoriosos, el espíritu produjo la única verdadera grandeza que es la de la idea, iluminada de contenido sobrenatural. Un gran dolor nos persigue a través de la existencia, el más grande dolor del hombre, el dolor de no abarcar el mundo entero de abajo, mucho menos el mundo superior de arriba. El sueño, que es amable porque repara la energía del espíritu, se vuelve tormento cuando se considera que nos roba un tercio por lo menos de la vida propia del alma. Imaginamos lo que sería la conciencia si no llevase a cuestas el organismo biológico que reclama la exigencia de su animalidad. El alma no se cansa nunca de pensar; ella está hecha de pensamiento, de sentimiento, pero todo lo ha de manifestar a través de un aparato indigno que padece las alternativas del gaste y desgaste como cualquier mecanismo. Periódicamente se le amodorra, se le vuelve inútil, se echa a dormir, y se apaga el alma mientras el cuerpo reconstruye su menguada intermitente actividad. Y se quisiera hacer un pacto con el ensueño y con los sueños, para hacer una suerte de vida doble, pero consciente: la ordinaria de la vigilia y la de los sueños que permiten penetrar en lo físicamente irreal, pero imaginativamente, humanamente real. El instante de un dichoso sueño o de un sueño iluminante redime a veces la opacidad de un montón de noches. Pero es más frecuente, ni siquiera soñar no más dormir, dormir mientras el universo

trabaja y en tanto que el destino impaciente nos está pidiendo invenciones, sucesos, creaciones o simple pensamiento. No pensamiento puro, pensamiento creador que se identifica con el ser, y lo afirma, por encima de la nada en que se cae el cuerpo durante el sueño profundo que, por desgracia, es condición del despejo del alma al día siguiente. Sí; éste es el gran dolor por encima de todos los dolores: no estar despierto siempre. Y peor aún, que cuando estamos despiertos tenemos que prescindir de toda la multitud de los hechos, si queremos seguir con acierto una idea, un suceso, un solo hecho. Vano esfuerzo de querer sostener a un tiempo la visión del fondo histórico de un pueblo y el panorama presente. Ni la odisea de un alma que lo represente podemos abarcar en su totalidad. Por poco que se ahonde se comprende que detrás de la historia y antes de la historia está la geografía, está la geología, está el origen del mundo, el origen del cosmos. Y más allá, por el otro extremo, está lo invisible, más vasto, más profundo, más importante que todo lo visible. Y en eso está la grandeza de la *Biblia*: en que es un resumen de todas las respuestas; una historia del universo visible y una aproximación, una adivinación del mundo celeste para concebir, el cual ha ideado un organismo como el de los ángeles. Ninguna filosofía ha logrado tanto, ni ambiciona tanto. Ni siquiera el mito abarca lo que se da como resuelto y está resuelto con aproximación que pasma, en las páginas de esta obra mental sublime, antinatural y divina que es el Viejo Testamento, iluminado al final por el Nuevo, complementado con las epístolas de San Pablo, rematado gloriosamente con el más misterioso de los libros que ha concebido el hombre, el *Apocalipsis* según San Juan. Y todo esto coincide con la historia de la antigua Judea. El libro sagrado, por sí solo, vale más que todo el resto del conocimiento. Por eso es

complicada la emoción del que pisa la Tierra Santa. Ningún panorama, ninguna noticia puede darle algo que no esté ya en un libro que está al alcance de los más humildes. De pronto parece inútil el viaje, y lo es como materia de investigación. En seguida, la sensación del misterio nos penetra y empezamos a caminar por las viejas rutas como quien asiste a una confirmación de las afirmaciones de la sabiduría. ¡La Sabiduría! En los profetas hebreos se halla por primera vez esta palabra con todo lo que ella encierra. Ni griegos, ni hindús, mucho menos los estúpidos egipcios imaginaron jamás lo que de hecho constituye la Sabiduría. Un saber de destino por encima del saber de poesía de los indostanos y del saber de razón de los griegos. De ahí que recorrer la Palestina sea revivir la ruta de la conciencia humana, en la más profunda, la más completa de sus experiencias terrestres. Y esa gran ambición que atormenta, ambición de ser todo, el bien y el mal, la verdad y el error, ambición de amores, de dolores, exigencia de saborear todos los apetitos y de vivir todas las excelsitudes: apetencia de pluralidad que no pierde su relación íntima con el Uno Absoluto, tal es la ambición que en Palestina se satisface hasta donde es posible, según la humana envoltura. Todo está allí recordando la vitalidad insuperada del Viejo Testamento; la sublimidad terrible, misteriosa y dulce de la revelación evangélica. El áspero paisaje de rocas y desierto, salpicado de dulces oasis, nos predispone para comprender el Evangelio, que es conjunción de las fuerzas de abajo con las de arriba y triunfo sobrehumano. Nada tiene de dulzón el país que de esta suerte sigue siendo una protesta física contra esas interpretaciones del cristianismo, a lo Renan. Hace falta un alma de profeta para entender el Evangelio. Por eso, entre los modernos es Dostoievski quien más se acerca a su espíritu. San Francisco le toma a la Revelación lo

que contiene de amor acendrado y le desarrolla su poesía. Pero contiene, además, el Evangelio elementos de terror y de abismo que se entienden bien cuando se contempla el yerno manchado de vergeles, desde el monasterio griego que existe suspendido sobre el peñasco desolado de la tentación.



Jerusalén

La dulzura del vivir se nos manifestó una mañana, a orillas del Tiberiades. Por una de las calles que bajan al lago, vimos pasar una procesión nupcial; por delante caminaban unas jóvenes tocando laúdes; detrás, un grupo que cantaba la dicha del desposorio, igual que en los cuadros de los primitivos italianos. Pero es a ratos mejor la vida que el arte. Y nada igualaba la poesía de aquel cortejo sencillo, de judíos de posición modesta. Luego, en el lago, vimos barcas como las que usaba San Pedro, y en los embarcaderos pescados como los que se multiplicaron en el milagro. El ambiente estaba sereno y la luz del sol era caricia sobre las cosas; el agua se estremecía levemente bajo la quietud celeste, y el alma se abría a la dicha de existir.

Pero también pasamos una tarde, al oscurecer, por las riberas consagradas, y hubo un instante de sombra que nos recordó el momento en que, concluida la posesión, los demonios, al conjuro de Cristo, echaron a correr fuera del cuerpo maldito, como cerdos que traga la oscuridad de las ondas.

Y cuando el guía señaló, hacia un extremo distante, las ruinas de Cafarnaum, por toda la espina nos corrió el escalofrío de la profética maldición: «No quedará de ti piedra sobre piedra.» Y la emoción llegó al pavor cuando vimos, desprevenidamente, al lado del Muro de las Lamentaciones, un grupo de judíos mugrosos y rubicundos que leían de su texto, por ser día viernes, canturreaban más bien dicho, la queja secular que Cristo predijo. ¡Y así en todo! Aunque confieso que hace falta un gran esfuerzo de fe sobrenatural, un valor que perdemos con el estudio de licencia y de la filosofía, para aceptar la verdad del prodigio más grande de todos y que, por fortuna, no condiciona la esencia del Evangelio, la posibilidad de la resurrección de la carne. Ningún trabajo cuesta creer que el alma de Cristo se levantó del sepulcro; escapó, más bien, desde la cruz. El alma es cosa que se siente y es posible creer en ella, por experiencia del sentido mismo; pero una violación tan brusca de la ley natural como supone la ascensión a la vida de un cuerpo que está hecho para el mundo es algo que uno deseara no ver incluido en la dogmática. No hace falta para la grandeza de la creencia. Metida esta duda en el alma, entré a la gruta del Santo Sepulcro.

—Señor —dije—: Aquí estoy, porque pude juntar el dinero del viaje, pero otros que no han podido echarse a caminar están, sin duda, más cerca de ti, porque te han buscado por el camino de la bondad y el sacrificio. Voy de nuevo al mundo, Señor, pero para pecar, porque ésta es la ley de mi

carne, pero también para luchar un poco por la verdad y la justicia. Y para esa lucha te prometo lealtad a toda costa. Y que ella me valga a la hora de la sentencia. Y ya sé que en tu juicio vale más tu misericordia que tu justicia; por eso viviré sin temores. Me entrego a tu luz, como se lanzan al viento de la mañana, en la selva de mi continente, las mariposas. Y eso no porque reniegue de mi responsabilidad, sino porque la uso para amarte, a Ti, que eres el bien personificado, superior a las abstracciones de los estoicos.

El bien hecho hombre, Dios Jesucristo, a quien se ama como a persona y se venera como a Dios. Concepto más alto que el de todas las filosofías, y realidad más viva que la vida entera del cosmos.

Y ésta fue mi oración, pero otras y muy diversas mis dudas. No eran dudas del género tonto, estilo siglo XIX, en que arqueólogos y filósofos se dedicaron a imaginar contradicciones y a desenterrar datos confusos. Ya por su cuenta la arqueología, al avanzar en su investigación, ha estado comprobando punto por punto la verdad histórica del Evangelio. Allí mismo, en Jerusalén, conversamos una mañana con el padre que era jefe de una misión científica francesa y estaba desenterrando escalones por donde subió el Señor la noche de la captura, desde los Olivos y el Valle de la Muerte hasta la casa de Caifás. Mis dudas eran de un género más hondo, insoluble. Por ejemplo: me atormentó en aquellos días la consideración del tiempo inagotable de la espera. Los primeros cristianos se consolaban de las iniquidades de su tiempo, imaginando que, al cabo de un siglo o de dos, se cumpliría la justicia en la Tierra y aparecería el Justo rodeado de poder. La más grande ambición del hombre social es una coincidencia del poder y de la justicia. A través de toda la historia, el resumen de la

tragedia humana está en el divorcio de la justicia y el poderío. Consumar la unión de fuerza y bondad, de soberanía y justicia, es la suprema ambición de todo vivir colectivo. El Juicio Final es la única esperanza de una humanidad que siempre ha vivido inicuamente. Y en los primeros siglos cristianos, los padres sonreían sobre la cabeza de sus hijos y de sus nietos pensando: «El día está próximo; ellos verán lo que no alcancen a ver mis ojos.» Pero llegó el año mil y no se produjo ningún cambio. Y ahora en las cercanías del dos mil, ya casi no hay ni siquiera quien recuerde la promesa. Y esta negación del bien es la más dura prueba de los que hemos llegado, siglos después de la revelación, y peor aún, para los que han de sucedernos. Y el clamor se renueva en cada generación: ¡Hasta cuándo, Señor!, ¡hasta cuándo!, grita impaciente la duda.

Nada nos dice a este respecto la historia. Sin embargo, existe una curiosa, vaga confirmación en la ciencia contemporánea, confirmación que no sospechó la Antigüedad, y es la tesis astronómica de que el mundo adaptable al hombre necesariamente ha de tener un fin. Así nos lo retrasen siglos y milenios, convienen los geólogos, los cosmólogos, en que no es eterna la duración de la vida en el planeta. Somos el producto de un ciclo limitado de la biografía cósmica. Esto no lo sabía la ciencia de la época evangélica. Pero lo supo Cristo, lo entendió San Juan al escribir el *Apocalipsis*. Y otra vez, al darme cuenta de esta indudable adivinación de la escritura, el escalofrío sagrado, que es la nota dominante del viaje por Palestina, me recorrió la espalda; me humilló la razón que duda y me avergonzó el anhelo que desespera.

Vino dulce sabroso

Nos hospedábamos en el hotel que regentean los franciscanos de Italia. Se parece a los antiguos hoteles de México; los cuartos dan a la calle por ventanas y balcones, y por dentro a corredores con arcada de dos pisos en torno a un patio de dos plantas. No faltan ni las baldosas coloradas, que de pronto nos daban la impresión de hallarnos en Guadalajara, la capital de Jalisco. El clima también es parecido al de nuestra capital de Occidente, por la sequedad del aire y la luz. Y las callejas estrechas que desde nuestra ventana mirábamos, con construcción de mampostería; sus viviendas pobres, completaban la impresión familiar casi de una ciudad hecha de piedra. Sólo que las construcciones de Jerusalén son más robustas y más hermosas. Y la pátina del tiempo no es la leve capa que cuatro siglos de cultura hispánica han dejado en América, sino el revestimiento profundo de una creación milenaria. Y se diría que así como en las ideas la Tierra Santa nos ha dado la pauta en moral y en religión, también en arquitectura los muros macizos, los ventanillos misteriosos, los exteriores sobrios, los interiores risueños, los hábitos mismos de la familia, son otros tantos paradigmas de la rama de la civilización a que pertenecemos en la América criolla. Se está en casa por todo el Mediterráneo; pero la casa de unos antepasados mucho más ilustres, más poderosos y sabios que los nuestros.

Las culturas degeneran con el trasplante; esta verdad

sociológica salta a la vista según se viaja por los territorios de donde procede nuestra cultura. De ahí el empeño que yo traía entonces de hacer americanismo, pero no con regresión a lo indígena, que es simple embrutecimiento y suicidio, sino con la mira de crear nueva raza y nueva cultura sobre las sólidas bases de nuestra castellanidad, que es ya ilustre síntesis de la más fecunda antigüedad.

En la mesa larga común nos servían dos veces al día con una comida sencilla un vino dulce sabroso, repartido en garrafas de cristal, una por cada dos huéspedes. Para aumentar nuestra porción habíamos ideado una trampa. Tomaba yo de la garrafa de la derecha y servía a Carlitos, me servía a mí mismo; luego, a su vez, Carlitos repetía la operación con la botella que estaba a su alcance a la izquierda.



Constantinopla

La poesía de Jerusalén

Vista desde las afueras, la poesía de Jerusalén es solemne como la del Viejo Testamento. Imponente y desgarradora en su tragedia secular; serena y grandiosa en sus muros y sus bóvedas de piedra amarillenta que los siglos han pulido y las pasiones han destrozado. En España, las murallas de las viejas ciudades recuerdan luchas de moros y castellanos, luchas importantes porque se debatía en ellas la suerte de la idea cristiana. En Jerusalén, ruinas y murallas recuerdan el nacimiento mismo de la fe, que es todavía la única esperanza del mundo. Y más aún que en Roma, el sentimiento de eternidad se aviva en Jerusalén. La misma eternidad toma vida en aquellas piedras ilustres que se antojan un contraste del tipo de eternidad muerta que son, por ejemplo, las pirámides egipcias; eternidad sin alma, perduración de las cosas inanimadas, y túmulos de un pueblo que sólo afanó para dominar la Tierra. Y se piensa en el sepulcro de Tutankamen, que costó la riqueza y el talento artístico de toda una época, y no ha dejado otra herencia que unas cuantas chucherías de arte y una momia curiosa, una idealización de la carroña que es toda carne, y se compara este sepulcro egipcio, el más rico de la tierra, con el humilde Sepulcro de Cristo, que le fue ofrecido de prestado y que se honró con su cadáver apenas unos días y no consta sino de unas cuantas losas debajo de una bóveda modesta, y sin embargo, sigue atrayendo multitudes que no son de curiosos, sino de almas que salen de allí renovadas,

purificadas, fortalecidas. Y se comprende que Jerusalén representa la eternidad verdadera que es la del espíritu, en tanto que Egipto, con sus momias y sus pirámides, más viejas aún que toda la fábrica actual de Jerusalén, apenas da idea de un esfuerzo vano para inmortalizar lo perecedero que es todo lo que plasma en materia. Y de esta suerte, la iglesia modesta del Santo Sepulcro posee belleza más fecunda, realidad artística más viva que Menfis y que Karnak. Y más sentido humano profundo, más hálito divino, que el Partenón, que es templo levantado a la idea, no a la totalidad del destino del hombre.

Todas las mañanas, antes de la excursión del día, visitábamos la iglesia del Santo Sepulcro. A veces volvíamos a ella por la tarde para asistir a los oficios que por turno celebran a diario los tres cultos que se reparten el templo, establecidos cada uno en una capilla independiente: el griego ortodoxo, el armenio y el católico. La capilla ortodoxa es la más hermosa, por obra de sus vírgenes bizantinas, sus candelabros y espejos, repisas y ornamentos que claramente están diciendo la procedencia de nuestro arte churrigueresco. Más lujoso, por supuesto, el arte bizantino, perfecta cada pieza y todo recargado de adorno sin perjuicio de una armonía hecha de riqueza y abundancia artística. Los actos del ritual son de una solemne majestad; el incienso arde con derroche, y el oro y las joyas, las tallas y las pinturas relumbran dentro del misterio de una penumbra juiciosamente buscada. Una sensación de plenitud religiosa acompaña el cortejo, que sale de la capilla tarde y cantando se dirige al rezo en la gruta del Santo Sepulcro, ubicada al extremo izquierdo del templo. Sobre la nave central que comunica las distintas capillas, se levanta una bóveda casi plana, de una gran serenidad. El recinto deja impresión de anchura hacia la cual convergen idealmente todas las

Iglesias cristianas del planeta. Pero el efecto producido por el ceremonial ortodoxo es de tal modo profundo, que ya no se cree posible escuchar alabanza mejor. Y, sin embargo, minutos más tarde salen de su capilla los franciscanos, toscamente vestidos, también precedidos de cruces, velas, incensarios, pero menos suntuosos que los de la Ortodoxa griega; sus cantos, en cambio, recompensan de la modestia del ornato. Entonan *laudis* de San Francisco y hay en sus voces tal frescura, tal impresión de fe risueña, sonriente, segura, que el ritual griego queda opacado, tal y como la ingenuidad, la pureza de los pintores primitivos italianos, resultó una renovación, una superación espiritual de lo bizantino, que se había vuelto formalista al dar supremacía al rito sobre la creencia. Y se siente tranquilidad como si confirmásemos o reconociésemos que es bueno pertenecer al rito latino, dentro del cual se ha conservado más fecunda la creencia.



Muralla en Constantinopla

La procesión de los armenios impresiona por su exotismo

y porque nos recuerda el combate incesante que sobre ellos desencadenara el turco sin lograr arrebatarles su fe. Consagrados por el martirio, tienen derecho a sitio de honor en el templo que a todos congrega.

Hemos dicho que en Jerusalén se siente el cristianismo como tragedia y como doctrina que niega el mundo y ha librado batalla victoriosa contra enemigos implacables. Así es como un montón de siglos de dominación musulmana apenas ha podido dejar la huella de una mezquita muy hermosa, pero que en la ciudad sigue siendo un pegoste. La Mezquita de Omar está construida en los terrenos del antiguo templo de Salomón. Es toda de mármoles y construida en arcadas y bóvedas de gran belleza y gracia. Veneran en ella los musulmanes la roca desde la cual el caballo de Mahoma saltó al cielo con todo y jinete. La endiosada roca al centro de la nave principal está diciendo la imbecilidad de aquel culto. Se desmoronará la mezquita, huérfana de fieles, y los muros derruidos del templo de Salomón seguirán atrayendo peregrinos de todo el planeta. Judío es Jerusalén y, por ende, cristiano, y en su recinto se cumplirá la profecía de la paz universal así que los judíos obcecados se conviertan. Ninguna paz es posible antes. Pese a todas las Ligas de Naciones que pretenden unir a los pueblos en torno de ideas abstractas y muertas: la Justicia, la Libertad, el Derecho, la única liga fecunda es la del amor de los semejantes, pero referido al Ser que los supera, convergido hacia Dios y no hacia ese anonimato confuso y turbio que se ha pretendido divinizar bajo el rubro de la humanidad. Y como Cristo es la expresión más alta de ese amor referido a lo divino, no hay firmeza en ninguna unión que no lo tome de punto de convergencia; no hay potencia en ningún amor que no siga la trayectoria que va de la masa a Dios, y no viceversa.

El milagro de la Tierra Santa

Es usual que al creyente le ocurra en el viaje o en la visita de los Santos Lugares uno de esos sucesos del espíritu que con justicia entran en la categoría del milagro por las condiciones extraordinarias en que se producen o por la luz inesperada que de pronto derraman sobre un problema, una preocupación. No me faltó tal milagro, y fue de iluminación. Desde que entramos al país sagrado, tomé de libro de cabecera y de guía turística el texto del *Evangelio* en excelente edición francesa, por allá mismo adquirida. Y lo leía por fragmentos, según el lugar que visitábamos; pero en las meditaciones prolongadas se me fue agravando una inquietud que era como un estorbo de la conciencia. Revisaba mi vida amorosa y me sentía libre de trabas sentimentales; deshecha toda pasión erótica, era dichoso sentirse el alma libre de compromisos, dedicada toda entera al pensamiento. Y, sin embargo, me quedaba una preocupación seria. Podía ya no sentir lazo sentimental de orden genésico, pero me había ligado con Adriana un juramento, un pacto de unión para la eternidad y quería romperlo, pero sin faltar a la santidad de la palabra empeñada. ¿Cuál era el medio legítimo? Muchas veces esta pregunta se me había quedado sin respuesta; hasta que, súbitamente, di con el texto: ¿Cuál es, en el cielo, la mujer del hombre que se ha casado dos veces? Y Cristo responde: No hay en el cielo sexos, porque allí somos todos como los ángeles del Señor. No podría dar idea de la impresión de

alivio que estas palabras me causaron, y fue como si de pronto a un águila que está cautiva le abriesen la jaula, le desatasen las alas para volar.

Y como por tantos años había cargado un rencor profundo en contra de Adriana y había rehusado sus ofertas de paz, de pronto se me acabó el rencor y decidí buscarla con la oliva en la mano para el perdón recíproco, sin recaer en lo antiguo y tan sólo para limpiar la conciencia. En aquel instante de iluminación sentimental me sentí desligado de Adriana desde la raíz del afecto, y convertida la vieja tentación en un deseo de bien que, en adelante, había de conservarnos separados, pero ya no enemigos, tampoco amigos; tan sólo dos destinos que reconocen su equivocación y se apartan deseándose ventura. Sirviéndose uno a otro si la oportunidad permite, pero a distancia, sin compromiso y sin rencor, y con la piedad, la consideración que debe unir a los compañeros de un naufragio, a las víctimas de una misma calamidad compartida. Después de esta reversión del rencor al deseo de bien, pude mirar con despejo el cielo, convencido de que no le profesaba odio, por motivo personal, a una sola de las criaturas del universo. Y éste fue el milagro de aseo de la conciencia que me deparó la Tierra Santa. Aunque es obvio que para lograrlo no hacía falta precisamente el viaje, lo cierto es que salí de Palestina con el alma más limpia que a mi llegada.



Belén, Palestina

Aparte las reflexiones por el infinito de la conciencia que en la Tierra Santa se avivan, seduce la poesía de los lugares

sagrados. Así, por ejemplo, el Pozo de la Samaritana, en las cercanías de Jericó, donde ya no hay rosas. Próxima está la tumba de Lázaro, en el nicho de uno de esos túmulos en el muro pintado de amarillo que recuerdan nuestros viejos cementerios de provincia. El panorama de Belén es un paradigma o la amplificación de esas casitas con arcadas exteriores que en el mundo latino se venden cada año para los nacimientos.

Un nacimiento en grande es todavía Belén, con su bella iglesia bizantina de la Virgen María y sus casas con balcones y con establos; sus calles estrechas, tan hispanoamericanas por el estilo de la construcción. Y su abigarrada multitud de siriolibaneses que nos asaltan ofreciendo automóvil en castellano. Y como nos extrañara escuchar nuestra lengua, inquirimos y resultó que muchos habían estado avecindados en Colombia, en Panamá.

Damasco

Carlitos se empeñaba en que siguiéramos hasta Bagdad. Yo no quería hacer tal viaje por el costo y porque un colega profesor de Chicago que recorrió el Irak, preparando una tesis sobre el gobierno por mandato, me había dicho:

—No vale la pena; el Bagdad de hoy es un simple *mud hole*.

Pero la elocuencia de Carlitos me hacía vacilar; con riqueza de imágenes me pintaba los deleites de la vieja capital de los cuentos de *Las mil y una noches*. Y discutimos el punto a veces en serio y más a menudo en broma.

—Si por lo menos, Carlitos —decía yo— usted me garantizara que en el mercado de esclavos puedo satisfacer el viejo antojo vulgar que nos provocan esos tapetes corrientes que venden los turcos de nuestro país, con la estampa del mercader que ofrece una joven desnuda, opulenta de carnes, cadena al tobillo, mientras dos viejos discuten el precio...

—Ya lo veo —replicaba Carlitos— bajando del andén en Saint Nazaire con birrete turco y en la mano la cadena que tira la ajorca de su esclava. ¡Qué escena para los fotógrafos!

—Desgraciadamente, parece que ya Kemal Pachá y los ingleses andan civilizando a estas gentes y ya no existe el mercado de esclavas; en consecuencia, no me interesa el viaje.

Finalmente y por vía de transacción, Carlitos me

comprometió bajo juramento a no desmentirlo jamás, cuando él contase que había estado conmigo en Bagdad. Asentí pensando que acaso Bagdad le hacía falta a Carlitos para remate de algún verso. En todo caso, yo sabía que lo que a él le interesaba era el nombre exótico y sonoro, tal como Darío citó Samarkanda y Golconda por simple exigencia de rima.

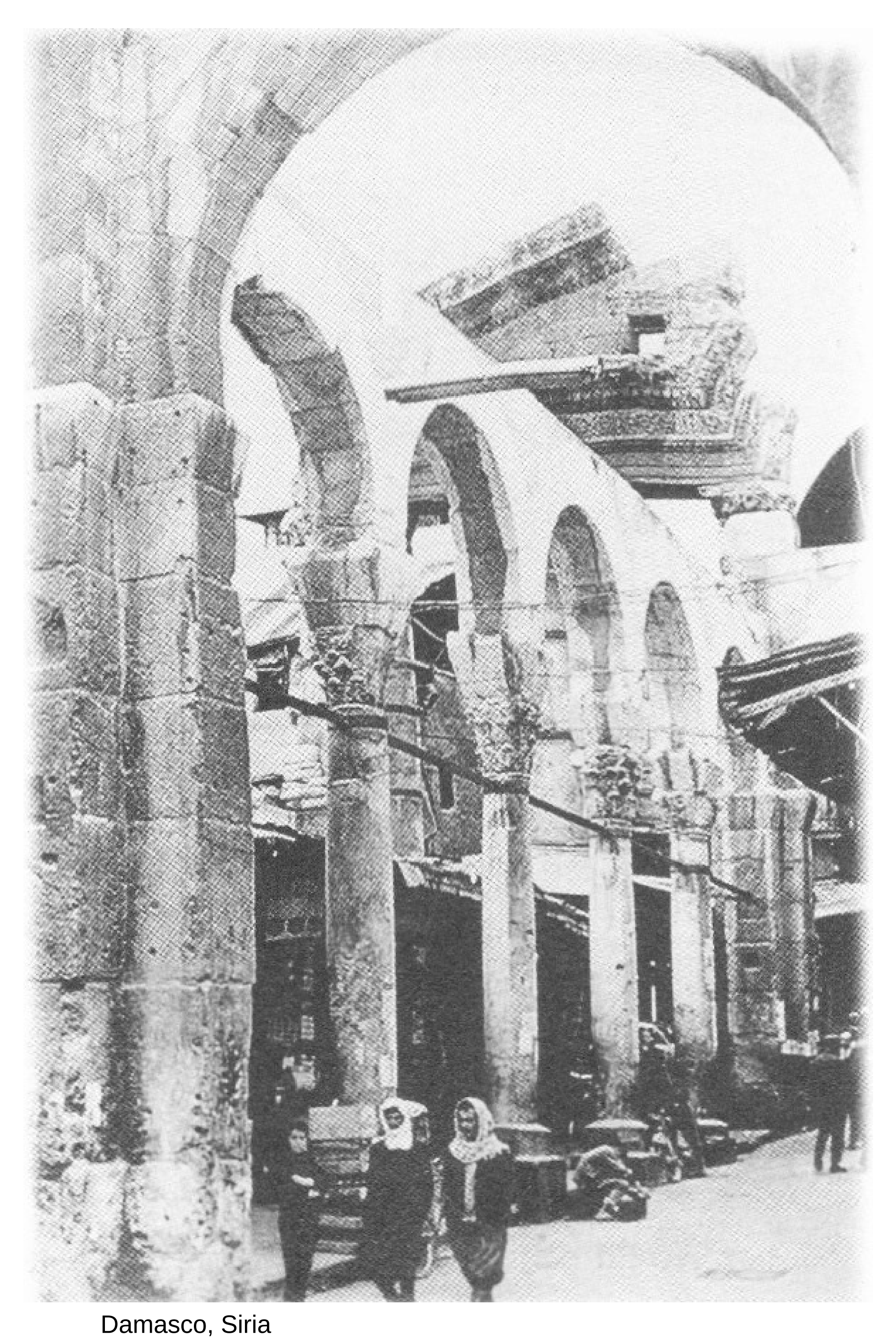
Y sucedió unas semanas después, que estando con Carlitos en rueda de amigos en un café parisiense, de improviso expresó:

—¿Recuerda, licenciado, en Bagdad?

Y hallándome yo en el momento distraído, puse gesto de extrañeza y exclamé:

—¿Bagdad? ¿Cómo Bagdad?

La cara de reproche, de amistad traicionada, que al instante me puso Carlitos, provocó las risas de los oyentes y un remordimiento tardío en mi conciencia. Se me había olvidado el pacto.



Damasco, Siria

Pero en Damasco sí estuvimos y allí quedan, para

probarlo, las visas de los pasaportes y los registros de los hoteles. Llegamos a la ciudad después de una fatigosa travesía en auto, por llanuras desoladas que, en las sombras de la noche, sólo dejan ver a intervalos la turbia luminosidad de los ojos de los lobos. Hacía frío y no llevábamos mantas y encontramos la ciudad atrincherada, rodeada de cerco de alambre con púas, resguardadas las entradas por piquetes de infantería francesa. El auto, manejado por un chofer sirio, se detuvo frente a la barrera alambrada, y Carlitos y yo descendimos para hablar con soldados que, cercado adentro, conversaban en torno a una fogata. Resultó que eran senegaleses y no entendieron nuestro francés; pero a señas hicimos venir a un sargento y se presentó después el capitán para explicar:

—Por nada del mundo puedo abrirles paso sin orden expresa del comandante de la plaza; voy a telefonear.

Regresó el capitán acompañado de un coronel que se excusó:

—No está en su casa el comandante; no hemos podido comunicarnos y es menester que se regresen porque no puedo dejarlos entrar…

Protestamos entonces apelando a la palabra que nunca deja de mover el corazón del francés, la palabra humanidad:

—Esto es inhumano —dijimos—; que se nos obligue a pasar la noche a la intemperie sin abrigo y a pesar de que tenemos los pasaportes en regla.

El coronel calló, meditó y, de pronto, vencido de su propia generosidad, halló una solución salomónica.

—Yo tengo orden de no abrir las puertas —dijo—, pero ustedes pueden pasar por debajo de los alambres; el automóvil tendrá que quedarse allí hasta el amanecer; pero ustedes, agáchense.

Personalmente nos ayudó, estirando los hilos; cargó después nuestras maletas y la hizo de guía; nos señaló la ruta del hotel principal. Con ganas de darle un abrazo y de gritar «¡Viva Francia!» que es humana aún en su milicia, nos despedimos del simpático jefe y así entramos, como quien dice, de contrabando, a la ciudad que amaba el Profeta. Por el llano y sobre el lomerío brillaban luces de ventanas. Y después de la travesía por el desierto, era como la realización de un cuento miliunanochesco penetrar por aquellos vericuetos alineados de palacios. De mañana conseguimos un baño turco tan perfecto, que Carlitos salió diciendo: «Me siento como de mármol.»

Recorrimos después el bazar y no fue sino hasta por la tarde, que era de domingo, cuando nos dimos cuenta del sitio exótico en que nos hallábamos. Sin edificios notorios, a excepción de la Catedral, es Damasco un caserío extenso de gran urbe que desborda sobre unas colinas amarillentas; por el centro corre canalizado un río que en las afueras parte las arenas del valle y fertiliza huertos bardeados estilo árabe, o a la mexicana, y ornados de palmeras. La gente más pobre se pasa la tarde del domingo sentada en los cortes y salientes de la colina, comiendo dulces, bebiendo refrescos, vestidas de negro las mujeres, desaseados los chicos y torvos de semblante los hombres. La población mixta, de musulmanes y cristianos sirios, se hallaba dividida más que nunca, por causa de la ocupación francesa que bendecían los cristianos y ponía ceño en la frente de los musulmanes. Por todas partes nos metíamos sin sentirnos bien acogidos; éramos europeos odiados o coloniales de Europa, que es lo mismo. Y pocos días antes, las bombas francesas habían destruido los techos del antiguo bazar. En el ambiente había tensión y no sé qué tribu de asimilados del musulmán tiroteaba, noche a noche, los puestos avanzados de los franceses. Todo el

centro de la ciudad está construido a la europea en pobre estilo de imitación. El viaje no habría valido la pena si no fuese por la Catedral.

¡Qué maravilla de monumento! ¡El más bello de la Tierra, después de Santa Sofía de Constantinopla! Con algunas ventajas sobre Santa Sofía; por ejemplo: los patios laterales más suntuosos que los mejores patios de las Tullerías o de Versalles. Y como tesoro del arte humano, el minarete, el antiguo campanario de la Basílica, obra toda de la época bizantina, muy anterior a la conquista musulmana y de la mejor época de la gran arquitectura que siempre han mantenido los sirios. El interior es, desde luego, mucho menos perfecto que Santa Sofía; sin embargo, la nave central es una de las más anchas del mundo y muy alta, de suerte que en ella se esparce el ánimo, se aquietan los deseos, se siente cumplida la más alta aspiración del esfuerzo plástico. Entrar a uno de estos edificios equivale ya a una oración, por el hálito espiritual que despiertan, por la ambición que libertan.

Al centro, sobre un túmulo enverjado, está la reliquia que se supone es la cabeza de San Juan Bautista, respetada por los musulmanes, intacta como la dejaron los sirios cristianos, sagrada para las dos creencias rivales. Asombra el poder de reverencia que se ha impuesto a la barbarie y la guerra. Y luego, al levantar otra vez la mirada a las bóvedas entran deseos de entonar himnos y de echar a vuelo campanas. La cúpula se aleja en «vuelo de cuervo» sobre cuatro pilastras revestidas de mármoles.

Por el exterior, la fachada majestuosa y sobria da sobre un atrio al cual se llega por un pórtico en arco generoso invadido por el bazar. Y es necesario retroceder, buscar sitio para contemplar en toda su espléndida hermosura la torre

grandiosa y linda como la Giralda, de Sevilla, más rica de ornamento, cubierta en los últimos cuerpos con una mayólica amarilla que da el efecto del esmalte; no hay palabras que expresen el atrevimiento y la gracia, la esbeltez robusta del antiguo campanario profanado. Asoma el *muezzin* que da la hora y llama al rezo y mentalmente empuñamos el rifle y apuntamos con deseos de tumbar al intruso de un recinto cuya belleza no tiene par en el mundo.

A falta de dinero para buenas fotografías, acumulamos en la maleta postales de la prodigiosa arquitectura; no sé si también las postales se me han perdido. Soy uno que muchas veces lo ha perdido todo y que también muchas veces ha vuelto a ganar. Y se acaba por perder el sentido de la posesión. Pero es una gran satisfacción para toda la especie humana que el monumento exista. Se experimenta gratitud por los arquitectos, cuyos nombres nada significan ya en el día, y se bendice al Dios que los inspira.

La última visión de Damasco fue el trozo de muralla que hoy es reliquia del turismo, piedra amarilla, de proporciones robustas; de una grieta se alimenta una hiedra que pone su verde mancha cerca del sitio por donde, según la leyenda, escapó San Pablo de sus perseguidores.

Balbeck

Por influjo de las guías y porque estaba cerca de nuestro camino consumamos un desvío hacia Balbeck. Se halla entre las montañas que en otro tiempo fueron famosas a causa de los cedros del Líbano que canta la Escritura. Hoy son una cordillera de montes pelados que cubre la nieve del invierno. Desde nuestra ventana se miran las ruinas del antiguo palacio romano que son el atractivo del lugar. Las visitamos por la tarde. La construcción es de cantería blanca y de grandes proporciones a estilo Karnak; con todo, resulta un Karnack reducido a la talla romana que no alcanzó la grandiosidad del Egipto, sino en la bóveda, y Balbeck no tiene bóvedas. La gran literatura, la gran filosofía, el gran arte, son griegos o son hebreos; el romano, puesto encima de estas dos culturas, es un vulgarizador que a menudo deforma. Eso dice Balbeck, con sus columnas largas, pero sin la fuerza de las egipcias, sin la gracia de las helénicas. Un palacio grande circundado de galerías demasiado altas, pero muy estrechas para su altura. Decoración que pretende imitar a la griega y no pasa de lo mediocre. Obsesión del tamaño que pierde a las civilizaciones que únicamente han logrado el poderío, como la egipcia, como la romana, como los Estados Unidos modernos.



Balbeck, Serca

El Estrómboli

Salimos del África por Suez en un barco inglés de nueve mil toneladas que venía de la India y nos llevaba a Marsella. Estaba tranquilo el mar y la noche lucía sus estrellas. Navegábamos por el estrecho de Mesina; a eso de las diez se avistó el Estrómboli, un montículo en medio de las aguas sombrosas: brotando de la cumbre, un chorro de fuego bajaba por la falda oscura del monte, hasta el mar. Habíamos visto una de las más raras y curiosas vistas del mundo, una erupción de lava candente perdida en la soledad de las aguas. Dos días después, al aproximarse el lento barco a la costa, el tiempo se descompuso. Conversábamos Carlitos y yo dentro de nuestro camarote, de pie; de pronto, un golpe de mar me arrojó sobre la litera, interrumpió nuestra conversación. Increpando entonces el temporal, exclamé:

—¡Mar ridículo, Mediterráneo! ¿Qué derecho tienes de inquietar a navegantes como nosotros, que sabemos lo que es una tempestad en el Atlántico?

Carlitos se quedó perplejo un instante.

—No blasfeme —dijo—; recuerde que el mar es una divinidad.

—A lo sumo este marecito será un idolillo —repliqué—; puesto que no llega a mar, tampoco llega a la categoría de dios.

Reímos y recordó Carlitos el episodio de Jerjes o no sé qué rey bárbaro de la antigüedad que hizo azotar las ondas con

largas varas que empuñaban no sé cuántos esclavos.

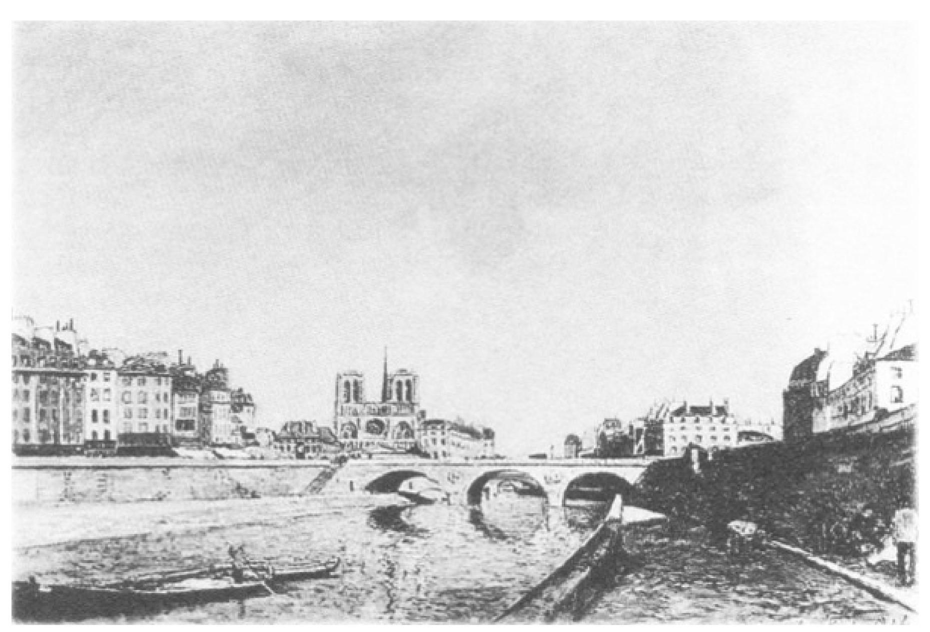


El Estrómboli.
«Un monumento en medio de las aguas sombrosas…»

Bouillabaisse perdida

En Marsella nos tenía preparada César Arroyo una gran *bouillabaisse*, pero tuvimos que perderla porque corría prisa de tomar el expreso de París. Se celebraba en Bruselas el Congreso antiimperialista del año 26 y no quería faltar. El Partido Nacionalista de Puerto Rico me había nombrado su delegado en unión de César Falcón, el peruano que se había excusado de asistir, y no quería dejar sin representación a los buenos amigos de la isla mártir.

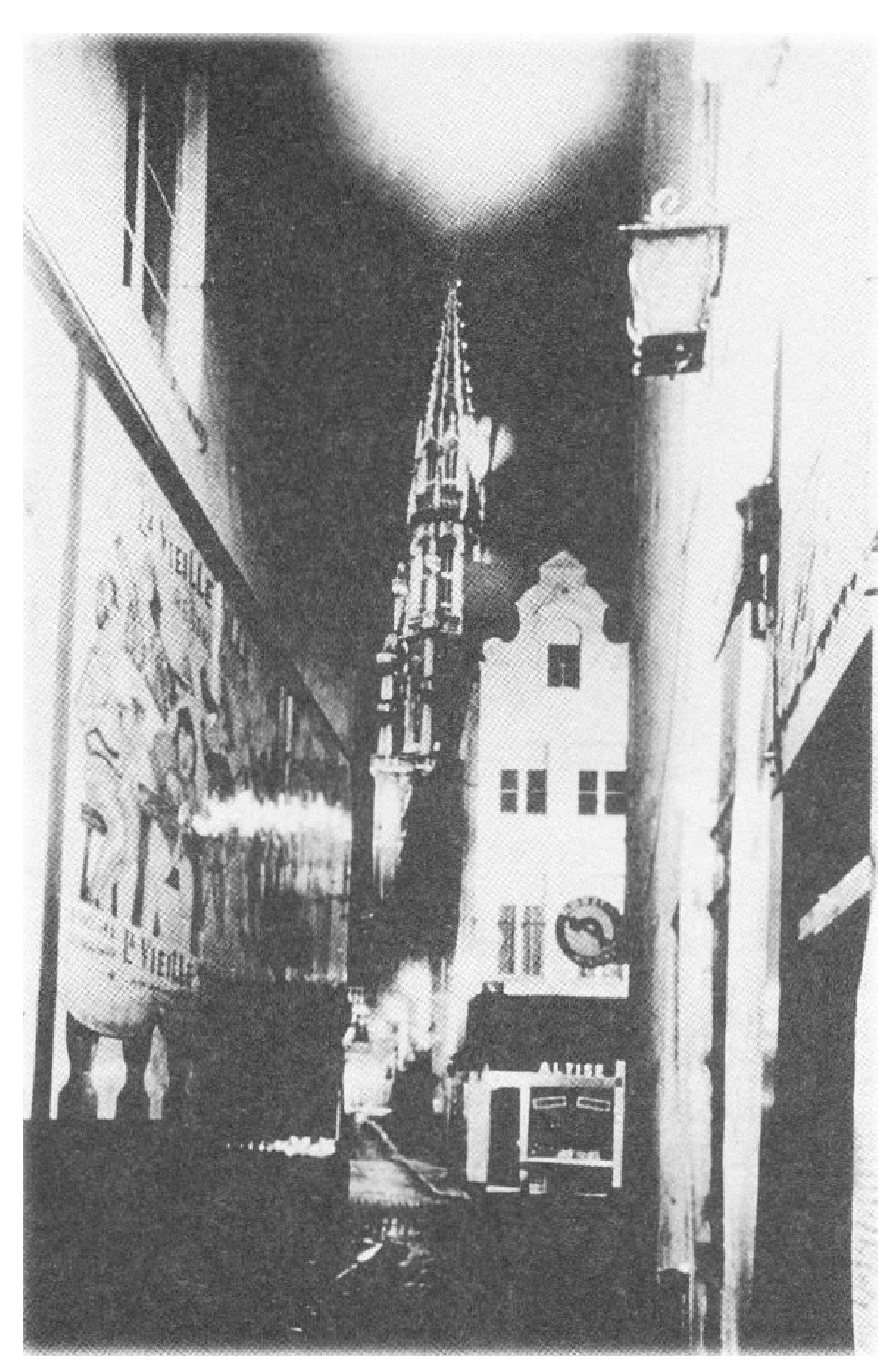
Una gran satisfacción se experimenta al desembarcar en puerto francés, puerto cristiano. Ya no hace falta estar en guardia contra todo el que se nos acerca. La lucha del pan ya no es, como en Oriente, una diaria disputa; el robo ya no es la regla y ya no hace falta tener el ojo puesto en las maletas. Los cargadores del muelle cobran según tarifas y no arrebatan la ocasión de servir. Público y servidores están protegidos por las instituciones y los reglamentos. Renace la confianza en el hombre; se siente en la carne la ventaja de la civilización cristiana que transforma a los pueblos, los hace humanos y civiles en el trato. Aun los obreros franceses que reniegan de ella deben a su tradición cristiana el sentido de honor que los iguala con el caballero, les impide hacer bellaquerías, como las que son usuales en la pobre multitud de los *fellahs* del África musulmana, desecho de razas militaristas y militarizadas.



El Sena, en París

El Congreso Antiimperialista de Bruselas

Acompañado de mi hijo Pepe y del joven escritor uruguayo Deambrosis, me presenté en el Congreso el día mismo de la apertura. Criterios suspicaces imaginaron que hallaría yo pretextos para no concurrir, en vista de mis relaciones bien remuneradas con las universidades *yankees*. A su tiempo perdí esas relaciones, pero sólo después de que hube cumplido con mi convicción, sin preocuparme de las consecuencias. La política de México, las clases en las universidades *yankees*, las colaboraciones en los grandes diarios, los diversos modos de ganar el pan, han sido para mí medios y no fines; medios que en cada caso he sabido sacrificar sin reproche y seguro de que el hombre de trabajo siempre halla el sustento y no tiene por qué vender sus principios. Por desgracia, el ambiente que hallé en el famoso Congreso fue perfectamente antipático. Desde el comienzo advertí que lo dominaban, lo pagaban los *soviets*. Mi antiguo protegido de México, el doctor judío Goldsmidt, al servicio de Moscú, se había constituido en consejero de la delegación hispanoamericana y pretendía controlarla. En la primera asamblea privada de nuestro grupo ibérico, pretendió imponerse diciendo que tal o cual asunto estaba ya aprobado por X y por Z, jefes socialistas de Holanda o de Bélgica.



La pequeña calle de Bouchers en Bruselas, Bélgica

—¿Y a mí qué me importa eso? —exclamé.

Goldsmidt enmudeció. A la salida de la junta me informó en tono suave, cariñoso, que tenía instrucciones para pedirme la cuenta de mi hotel porque todos los gastos de los delegados estaban ya previstos, pagados.

—¿Pagados por quién? —pregunté.

Y añadí:

—Muchas gracias, pero lo mío lo pago yo.

Al día siguiente nos reunimos en asamblea formal todos los delegados hispanoamericanos. La más nutrida era la delegación callista, encabezada por el cubano Mella, integrada, además, por un venezolano que había hecho profesión de fe soviética y por un delegado obrero de Tampico que se mostró independiente, con sorpresa y beneplácito de mi parte. No era, en efecto, de la organización obrera gubernamental, sino de una agrupación mexicana ajena a la política. Apoyados por Goldsmidt, los de Calles pretendieron dominar; llevaban toda clase de propaganda para demostrar la labor avanzada del gobierno mexicano. Casi no les dejé terminar su exposición. Hablando ante todos, con franqueza agresiva, expresé:

—Porque sabía que a este congreso vendrían los callistas, estoy aquí; he venido para prohibir que el nombre de ese sujeto que se dice presidente de México sea citado en las asambleas. Si se llega a mencionar siquiera ese nombre, provocaré un escándalo. Traigo para ello la documentación necesaria. Están aquí en mi cartera los detalles de prensa de los agentes comunistas encarcelados por Calles recientemente.

Se levantaron del asiento Mella y Plaza, el venezolano; me llamaron aparte; me aseguraron que Calles hacía labor revolucionaria; me dijeron que era Calles, por el momento,

la figura central del continente.

—Pues yo libraré al continente de esa figura central —repliqué.

Y volviendo a la mesa común, exigí silencio absoluto en torno al nombre de Calles. Calcularon sus fuerzas los del gobierno de México. El grupo más numeroso de la representación iberoamericana era el de los «Apristas», encabezados por Haya de la Torre. Existía fuerte rivalidad entre Haya y sus amigos, y Mella, el cubano callista. Del delegado argentino, un oscuro agitador, me dijo el propio Haya que era un simple Ravioles, que olía a *spaghetti.* Y, en resumen, el grupo acordó por unanimidad que llevaría yo la voz de la América Latina; que no hablarían en sesión plena los callistas y que quedaba autorizado para decir que no eran comunistas las delegaciones hispanoamericanas. El comisionado Goldsmidt sudó sangre, pero se sometió sonriendo. Y en el turno del congreso dije un discurso inocuo, cuyo objeto principal fue recordar que Puerto Rico hacía vida de país conquistado, dentro de una democracia que se decía liberal. Los dos objetivos de mi viaje, cumplir con mis amigos de Puerto Rico y hacerle una mala pasada a los callistas, quedaron cumplidos. Me retiré del congreso antes de que terminaran las sesiones. Y no asistí a la fiesta que dieron los chinos, la delegación más numerosa y más rica, pero que se me hizo antipática porque sovietizaba. Eran los tiempos de la intervención comunista en el viejo país oriental.

Y no me fui sin darme cuenta del personal de la asamblea. De Francia había ido Barbusse, que habló la misma mañana que yo, y me hizo el honor de buscarme porque dijo tener referencias de mí por conducto de nuestro amigo común el gran Romain Rolland. Aproveché la ocasión para informar a

Barbusse de la situación verdadera de México caído en poder de facinerosos que se decían revolucionarios y bolcheviques, en tanto que acumulaban fortuna. Barbusse me dio la impresión de hombre sincero; me oyó con interés y me presentó a un redactor de *L'Humanité*. Al órgano socialista le repetí lo mismo que a Barbusse, le di datos, le ofrecí pruebas. Y en vano estuve esperando la aparición de mis declaraciones. La consigna de ayudar al gobierno de Calles había ya corrido por todos los medios de izquierda. Entonces yo también era hombre de izquierda, pero no tenía poder. En consecuencia, me dieron la espalda; y aun los franceses se sumaron a la alabanza del callismo, en coro con *The New Republic, The Nation*, el *New York Times,* el judeoizquierdismo de Estados Unidos.

Haya estuvo en todo aquel episodio conmigo. Hizo declaraciones de independencia respecto del soviet y cenó conmigo la última noche que pasé en Bruselas. La mayoría de las delegaciones, de China a Egipto y la Siria, se convirtió en borregada de Moscú. Los de la América del Sur hicimos constar nuestra autonomía. La impresión general que dejaba el Congreso era de desaliento. Sin quererlo se pensaba en la triste suerte de las naciones coloniales cuando se ven entregadas a sí mismas. El caudillismo brutal, la discordia, el odio y la destrucción parecen ser las consecuencias de la autonomía de los pueblos que no se la merecen por su incultura. Con tristeza regresé a París a corregir las pruebas de mi libro *Indología*, en que se hace la defensa de las razas de color. Después de lo que había visto en Oriente y de la prueba añadida de aquel Congreso, me resultaban irónicas mis propias afirmaciones de fe en los mestizajes. Firmé, sin embargo, el tírese. Sin duda no había llegado a tiempo, pero llegaría. No se improvisan las culturas y era menester seguir afirmando las bases de un florecimiento que nos diera el

derecho de ser libres, por el buen uso de hecho de la libertad.

Días antes de mi partida para Chicago pasó por París con su familia Vito Alessio Robles. Abandonaba la Legación de Noruega y regresaba a México. Había sido de los iniciadores de la protesta por el asesinato del senador Field Jurado, que se opuso a la firma de los Tratados de Bucareli; me había felicitado públicamente por la renuncia que presenté para protestar del caso; sin embargo, le había aceptado una legación a Calles. En París me dio explicaciones: se trataba de una amistad de familias; sus hijitas y las de Calles habían concurrido al mismo colegio, pero se retiraba, por fin, de la política; volvería al periodismo. Y en un paréntesis, durante la cena que a los dos nos daba un mexicano rico, me habló del general Gómez.

—Es un bárbaro —le dije— y un asesino, y ya veo que lo traen de candidato presidencial; se merece Calles a tal sucesor...

—Sin embargo —observó Vito—, si usted lo conociera mejor...; tiene la ventaja de que es franco... Además, sólo uno como él puede destruir a los que están.

Se habló de otros asuntos y confieso que no llegué a sospechar que pocos meses después Vito resultaría líder gomista. Mi hija asistió a algunos tés con las hijitas de Vito. Nos separamos dentro de la mayor cordialidad.

Chicago

Me establecí en un hotel de profesores inmediato a la Universidad. Con buen número de alumnos se abrió mi clase de Sociología Hispanoamericana. De intento le huí al compromiso de la historia, porque nunca me ha gustado tal disciplina y, por lo menos, la sociología se presta mejor a divagaciones que se resuelven en el estudio de ideas y teorías; los hechos no me interesan. La clase, muy bien pagada, me tomaba una hora diaria por la mañana. Además, debía estar otra hora a disposición de los alumnos que quisieran consultarme en la oficina que se me asignó al efecto. Añádase una o dos horas dedicadas a la preparación de la cátedra y todavía me quedaban libres muchas horas útiles cada día. Además, completamente libre el fin de semana desde el viernes a mediodía, hasta el martes, temprano. Y como no tenía compromisos sociales ni quise creármelos y al llegar a casa no hallaba ni la grata distracción de los hijos, resultó que empecé a vivir, según tantas veces lo había deseado, la vida del ermitaño en plena ciudad. Después de la siesta leía unas horas; luego me daba vueltas por el parque, me metía a algún restaurante al anochecer, y otra vez toda la velada a mi disposición. ¿Qué mejor oportunidad podía darme el destino que aquella para iniciar en serio la tarea de mi *Metafísica*, aplazada tantas veces? Para ponerme en tono volví a leer el ensayo de Bergson: *Les Donées Inmédiats de la Consciense* y la *Crítica de la razón pura*. Y aprovechando la biblioteca de la Facultad de

Biología me puse al corriente en esta materia y en psicología. Revisé a los últimos pragmatistas y a Russell, que presume de claro y se pierde en la alta matemática. Me enteré de Whitehead, volví a leer la *Metafísica*, de Aristóteles, el resumen de filosofía medieval de Gilson. Pronto empezó a ocurrirme que las lecturas me servían nada más de pretexto y de estímulo. Al correr de la mano llenaba páginas escritas a lápiz que luego por la noche sacaba en limpio en la máquina. Pero las mejores ideas me llegaron, como caídas del cielo, en los paseos del crepúsculo por las avenidas solitarias del parque rectangular inmediato a los terrenos universitarios. Dichoso de soledad, voz divina parecía dictarme; recogía una frase y la repetía temiendo olvidarla. Formulaba párrafos enteros y luego corría a mi alcoba para transcribirlos al papel antes de que se me perdiesen para siempre. Poca cosa valen nuestros mejores pensamientos; pero ello no impide que la sensación que experimentamos al producirlos sea de que nos caen de lo alto por comunicación de gracia y como si el alma fuese una suerte de pararrayos que atrae el fluido del pensamiento divino. Por lo menos, la porción del mensaje contemporáneo que cada autor plasma en su mente. La dicha grande de sentirse así privilegiado me compensaba las horas largas de soledad completa en las que no tenía con quién cambiar una sola palabra. Me gustaba cambiar de restaurante cada noche, para evitar que el mesero, el empleado, llegasen a conocerme y viniesen a ofrecerme charla que hubiera interrumpido mi meditación, excitante porque me parecía original y creadora. A ratos me sonaba tan atinado algún concepto, tan logrado un párrafo acabado de imaginar, que me ponía a dar gracias a Dios mentalmente, por la merced.


Chicago

Ya podía el destino azotar, la misma muerte podía presentarse cuando gustase, con tal de que quedasen escritos aquellos trozos de revelación filosófica, aquel tratado que fingía contener el mundo y explicarlo. Corría la maquinita, en estas noches exaltadas, insomnes; asistía por la mañana a mi clase como sonámbulo y luego al almuerzo y la siesta para estar otra vez a las tres, despejado y libre, entregado a la intensa convicción de que estaba creando un portento.

Las horas que dedicaba al curso me ocasionaban un verdadero tormento, como de vida doble forzada; estar hablando por la mañana de los conflictos y armonías de las razas en el continente y luego, en la otra mitad del día, borrar los temas obligados para volver a mi creación como quien se da a un amor prohibido y excelso. Pasión era lo que ponía en el texto que lentamente iba tomando cuerpo de libro. Al final recurrí a un ardid que más tarde seguí aplicando a todos mis cursos; a fin de unificar un poco mis tareas, y no pudiendo, no debiendo sacrificar mi tarea filosófica a las necedades que tenía que repetir en la cátedra,

comencé a desviar el curso hacia cuestiones filosóficas conexas con mi obra escrita. Hallaba al principio en esto un elemento de inmoralidad puesto que cobraba por enseñar Sociología y no Filosofía; pero pronto me di cuenta que el interés de mis alumnos creció notoriamente cuando empecé a hablarles de San Francisco y de Santa Teresa y de Mahoma, a pretexto de que derivando nuestra cultura de la española era necesario averiguar cómo pensaba un español de la Colonia. Y en vez de la Historia de España, los hice entrar a la filosofía española por vía de Menéndez y Pelayo o directamente. Otras veces alegué que siendo la española una civilización latina no podíamos entenderla sin enterarnos someramente de San Agustín y la Patrística. El resultado fue que, sin proponérmelo, empecé a advertir en mi clase oyentes no inscritos, que a los pocos días me presentaban tarjeta de permiso de asistencia indefinida. «Si supieran —pensaba— que a veces me limito a hablarles del autor que estoy leyendo para seguir mi libro, no para cumplir con mi curso»... El hecho es que hice buenos amigos y que me fueron muy útiles aquellos pocos meses de tarea «estrenua» según se dice por allá.

Convención en México

Muy pronto llegó el fin de curso, que era sólo de tres meses, y los exámenes coincidieron casi con la agitación que en México provocaron las convenciones eleccionistas de los dos descalificados que el gobierno alentó a lanzarse de candidatos presidenciales: Serrano y Gómez. En la convención de Serrano, un grupo de delegados, sin contar con mi anuencia, propuso mi candidatura para darse el gusto de derrotarme. La maniobra me divirtió por ingenua y no me ocupé de ella. Por otra parte, no confiaba en posibilidades electorales bajo aquel régimen de fuerza y seguía alimentando la ilusión de que los levantamientos populares crecerían hasta determinar la caída violenta del gobierno. Y escribía a mis amigos: «No merece Plutarco Calles entregar el poder pacíficamente; el honor nacional exige que termine como empezó, manchado en sangre, pero esta vez con la suya, no con sangre de mártires. Lo que hace falta en México es que corra sangre de verdugos; el mal está en el gobierno, no en el pueblo.» Tal era mi tesis; por eso recomendaba, en todos los tonos, la violencia.

Semanas después de la convención serranista se reunió la convención que organizó Gómez asesorado de unos cuantos paniaguados. Desgraciadamente, el cretinismo que entre nosotros es endémico, en la oposición, hizo que al enjuague de Gómez se sumasen algunos elementos independientes y de buena fe que creían ver en él un puente para algo mejor,

un medio de acabar con el callismo. Y no faltó quien lanzara mi candidatura en la convención gomista. Lo hizo el ingeniero Vito Alessio Robles, que apenas al abrirse la asamblea me puso telegrama a Chicago avisando lo que hacía. Le contesté un mensaje cuidadosamente escrito en que le decía no aceptaba figurar al lado de Gómez y denunciaba a Gómez como un descalificado, y decía a los convencionistas que estaban trabajando en favor de un *submilitarismo, lo que daría por resultado que la opinión se inclinase a Obregón, que, por lo menos, representaba el militarismo.* Y adivinando que Vito no se atrevería a leer entero mi mensaje, mandé copia a un amigo que figuraba entre los delegados. Adivinando en seguida también la flaqueza de mi amigo que se dejó convencer por Vito de que no hiciera público mi mensaje, me adelanté a ambos, y lo di a la Prensa Asociada. El texto de mi declaración no llegó a leerse en la espuria asamblea, por debilidad de mi representante, y porque a veces obedecer requiere más energía que desobedecer; pero, en cambio, los obregonistas recogieron de la Prensa Asociada mis palabras y las hicieron publicar profusamente. El bofetón dado a los gomistas me dejó más complacido que una victoria. Me indignaba contemplar el envilecimiento de la opinión pública que toleraba tomar de abanderado a un mal sujeto sólo porque lo creían capaz de una cuartelada y olvidando al asesino que había sido la víspera. «Ni siquiera llegarán a triunfar —les dije— porque no levantará el espíritu público candidato semejante.» Y por todos los medios que estuvieron a mi alcance hice pública mi condena del gomismo. Amigas mías como Elena Torres, llevadas de la corriente malsana, me escribieron afirmando que me estaba equivocando. Tuve que distanciarme de casi todos para seguir en mi exigencia de limpieza siquiera en la oposición, ya que no la teníamos en

el gobierno. Y escribí para la revista de Jacinto López una violenta denuncia que titulé: *Pesadilla azteca.* En breve prosa exhibía a los asambleístas de Gómez como conciliábulo de facinerosos, preparándose el reparto de la patria, después de haber violado su honra.



Ingeniero Vito Alessio Robles.

«Y no faltó quien lanzara mi candidatura en la convención gomista»

Tan inicuo era el paso dado por la oposición, que uno o dos años después, cuando hablé con Vito, éste se excusaba delante de todos de su proceder, en esta forma:

«Yo no podía, por mis antecedentes, apoyar a Gómez; pero creía que su candidatura era necesaria; por eso recurrí al ardid de entrar a la convención como partidario suyo, sabiendo que la mayoría estaba ya comprometida por Gómez; de esa manera entré a ser gomista, por disciplina, puesto que mi presencia en la asamblea me obligaba a acatar los acuerdos de la mayoría».

Cerrados hallé todos los órganos de prensa. Los diarios americanos estaban todos con Calles, unos por dinero y

otros por solidaridad protestante que le agradecía el exterminio de la Iglesia católica mexicana. En México, desde luego, no había diario capaz de publicar lo que yo decía, íntegramente. Presumían los diarios de nuestro país, como de costumbre, de independientes; pero lo cierto es que bajo el terror callista ya no tuvo el gobierno que comprar conciencias, ni siquiera que sostener diarios propios; los órganos todos de la opinión se ofrecían al gobierno, y cuando no lo elogiaban mantenían silencio riguroso, eludían todo lo que pudiera rozar la sensibilidad gobiernista. Por otra parte, el hecho de que en las dos convenciones seudoindependientes hubiese figurado mi nombre como candidato número dos despertó el interés de un sinnúmero de personas que me instaban a que volviese al país. Pero ¿a qué volvía si no había de hallar una sola hoja impresa que publicase mis declaraciones? Público y notorio era que si Gómez, por ejemplo, se lanzaba a la palestra, era porque Calles lo sostenía y lo animaba secretamente contra Obregón. Y por el otro lado, Serrano se apoyaba en una promesa vaga del propio Obregón y amigos de éste. Al gobierno le convenía distraer la opinión pública con aquel par de descalificados para que luego surgiese Obregón como salvador. La única manera de romper la intriga habría sido un movimiento armado, que es lo que yo aconsejaba en todos los tonos. Con todo, siempre expresé que regresaría al país si un grupo de ciudadanos lanzaba en forma mi candidatura. No surgió ese grupo.

Para señalar todas estas circunstancias por carta y por la prensa hasta donde era posible, me quedé en Nueva York una semana, después de terminado mi curso en Chicago y antes de tomar el barco para Europa. En Chicago me habían formalizado contrato de seis meses para el año siguiente de 1928, y pensaba descansar unos meses en Europa y regresar

después con mi familia para establecerme definitivamente en la ciudad de los lagos. Pero una gran pena me doblegaba: Acababa de sufrir una pérdida económica muy dolorosa; todas las economías que constituían mi reserva se habían esfumado en malos negocios que, sin mi autorización, emprendió mi propio hermano. Hice un disgusto amargo; increpé y rogué, pero todo en vano; seis mil dólares más o menos se perdieron para siempre. Y esto me obligaba a retirarme de Europa, a encerrarme en Chicago tan pronto como empezase mi contrato, para cobrar el sueldo de profesor; mi colaboración de *El Universal* estaba siempre sujeta al capricho de una orden gubernamental que la prohibiera.

Horas angustiosas pasé en esta temporada, que fue de aquellas en que nos sentimos envejecer. Duele cualquier pérdida económica, pero el dolor llega a la angustia cuando se está en el extranjero con familia pequeña que no tiene otro apoyo que el de uno mismo. Y más grave es el caso en que la pérdida es brusca, inesperada, y sobreviene cuando uno ya tiene formados planes apoyados en lo legítimamente adquirido.

El desgaste mental de los últimos tres meses de tarea intensa, la desazón por las noticias políticas y el desastre de mi situación económica me mantuvieron en un estado de terrible ansiedad, de la cual me vengaba lanzando apostrofes contra el gobierno de México y todos los bribones que en cualquier forma le hacían comparsa. Encerrado en mi hotel neoyorquino, me comunicaba únicamente con los disidentes y con uno que otro amigo sudamericano, como Jacinto López, ya citado, a quien gané para mi causa por el azar que lo llevó al cuarto de mi hotel en momentos en que me visitaban dos políticos menores de México que se pusieron a contar la vida del gabinete callista. Relato de orgías en una

villa del camino de Toluca perteneciente a un tal Riva Palacio, ministro de Calles y juergas vulgares que también en su propia casa daba el líder obrero Morones, convertido en millonario y Nabab, pese al respaldo del *Manchester Guardian.* A los más dignos órganos del liberalismo mundial los corrompió el oro callista. Pero Jacinto, invulnerable y honrado, valiente, me dijo así que se despidieron mis visitantes:

—Le doy mi enhorabuena; eso no puede durar mucho tiempo.

Faltaba lo peor y no lo sabíamos, y todavía dura.

Por lo pronto, a López le dije:

—Acaba usted de escuchar el relato de la situación según dos mexicanos que están dentro del gobierno, y su mismo sentido común se ha rebelado contra la posibilidad de que dure un régimen en que el jefe del obrerismo obliga al personal femenino entero de un teatro de variedades a que se presente después de la función para el desfile romano en piscina de lujo y en homenaje al presidente de la república. Ahora le contaré lo que me refirieron, en el viaje de venida a Nueva York, comerciantes franceses de la capital de una de nuestras mejores provincias, ciudad bonita y culta. Recién instaurado Calles, la visitó, y aparte los oficiales de la guarnición, nadie acudió a recibirlo. Pero es costumbre de esas ciudades apartadas hacer paseo diario a la llegada del tren de la capital, y ocurrió que las doscientas o trescientas personas particulares que vieron descender a Calles del tren lo silbaron. De inmediato, el Turco, rencoroso, lanzó la patraña de todos los gobernantes impopulares:

—Es la «reacción» —dijo—; y llamando a uno de los forajidos de su séquito, general del ejército, mandó: —Oye, Güero: vas a venir de comandante militar, para que friegues

a todos estos «reaccionarios» tales.

El Güero Ulogio estableció su despacho en la acera de un hotel céntrico; le servían allí copa tras copa y comidas; pasaba por la calle una dama y el Güero, dirigiéndose a un ayudante o a alguno de los lugareños serviles que le hacían coro, preguntaba:

—¿Quién es...?

—Es la señorita Fulana.

—Bueno, ya verán.

A poco tiempo el rapto y la violencia contra los familiares, la deshonra. A los pocos meses de padecer al Güero, los vecinos más caracterizados de Durango acudieron a la capital en comisión. Venerarían a Calles pero, por Dios, que les quitara de allí al Güero. Más tarde el Güero fue a castigar a Monterrey. Llegó como siempre de comandante militar y acompañado de sicarios. Se celebraba una feria y había carreras de caballos. En las carreras, naturalmente, los caballos del jefe de la zona son los mejores. El Güero presenciaba el desfile de una de sus bestias. Un caballero de la alta sociedad regiomontana se acercó al Güero, y creyendo amansarlo, dijo:

—General: mi enhorabuena; es muy hermoso su ejemplar...

El Güero lo miró de arriba abajo, con insolencia; era su interlocutor casi un anciano, pero la impunidad de la ofensa vuelve a estos sujetos verdaderos monstruos.

—Sí —replicó el general—; a esa yegua no la cambio ni por la mejor de sus hijas...

Así vive nuestro pobre país aplastado por los más despreciables y temibles elementos del bajo fondo que se ha adueñado de la revolución. Y al que se rebela lo asesinan.

Allí estaba, entre otros, comisionado con el propio Ministro de Guerra, el teniente aquel célebre que una noche fusiló a todo el cabildo de una aldea de Oaxaca, por orden contenida en un telegrama que luego resultó apócrifo.

—Mucho será —comenté— que ese teniente, andando el tiempo y si este régimen no es derrocado por la fuerza, no llegue a la presidencia; tiene la madera de los hombres que privan.

A la ciudad de León, otro centro de refinamiento y de cultura de nuestro México tradicional, se presentó cierto Ministro de la Guerra acompañado de séquito brillante de oficiales. En las cercanías habían ocurrido levantamientos insignificantes contra el gobierno que habían servido de pretexto para una brutal represión. A los prisioneros, pertenecientes a la sociedad del lugar, se les había cortado la lengua antes de fusilarlos. En seguida, con aparato militar de conquistador, ocupó el general victorioso la plaza y tuvo la idea de ofrecer un baile. Quería que las hermanas, las novias de ajusticiados bailasen con los ajusticiadores. Circularon las invitaciones para el baile, acompañadas de amenazas para el jefe de familia que no llevara a las hijas, a la esposa. El baile, sin embargo, resultó desairado. En venganza, el ministro convocó a los principales y les hizo suscribir a prorrata los gastos del baile y el importe de las cuentas que en el comercio local dejaban insolutas sus oficiales. De este ministro decía nuestra prensa, unánimemente, que había puesto a gran altura el ejército. Y diarios neoyorquinos como el *Times* lo aclamaban o lo aclamaron más tarde vía Carlton Beals, como el sucesor de Calles en el caudillaje de la gloriosa revolución nacional. El ministro revolucionario, al igual que su jefe Calles, se había hecho dueño de dos o tres buenas haciendas de campo. Y la caballada propia, que sostenía con fondos de la nación, era mejor que la de

cualquier sultán.

Elogiaban también mucho los diarios izquierdistas, en la época, el boato del tren presidencial que Calles había mandado construir en Chicago por valor de un millón de dólares. No había precedente de lujo tal. En Asia, Kemal Pachá, el otro héroe izquierdista, se había gastado cien mil dólares en un tren de lujo. Calles superaba a todos, incluso al pobre presidente Coolidge, que viajaba, a veces, en vagón ordinario *pullman*. Pero Calles seguía siendo el héroe de socialistas, izquierdistas, protestantes, seudoantiimperialistas, toda la caterva de los hipócritas de tres continentes: de París y Madrid a Buenos Aires y San Francisco, California.

Con razón el país mexicano mismo, todo entero, se ha envilecido al punto en que lo vemos hoy, habituado, connaturalizado con la iniquidad.

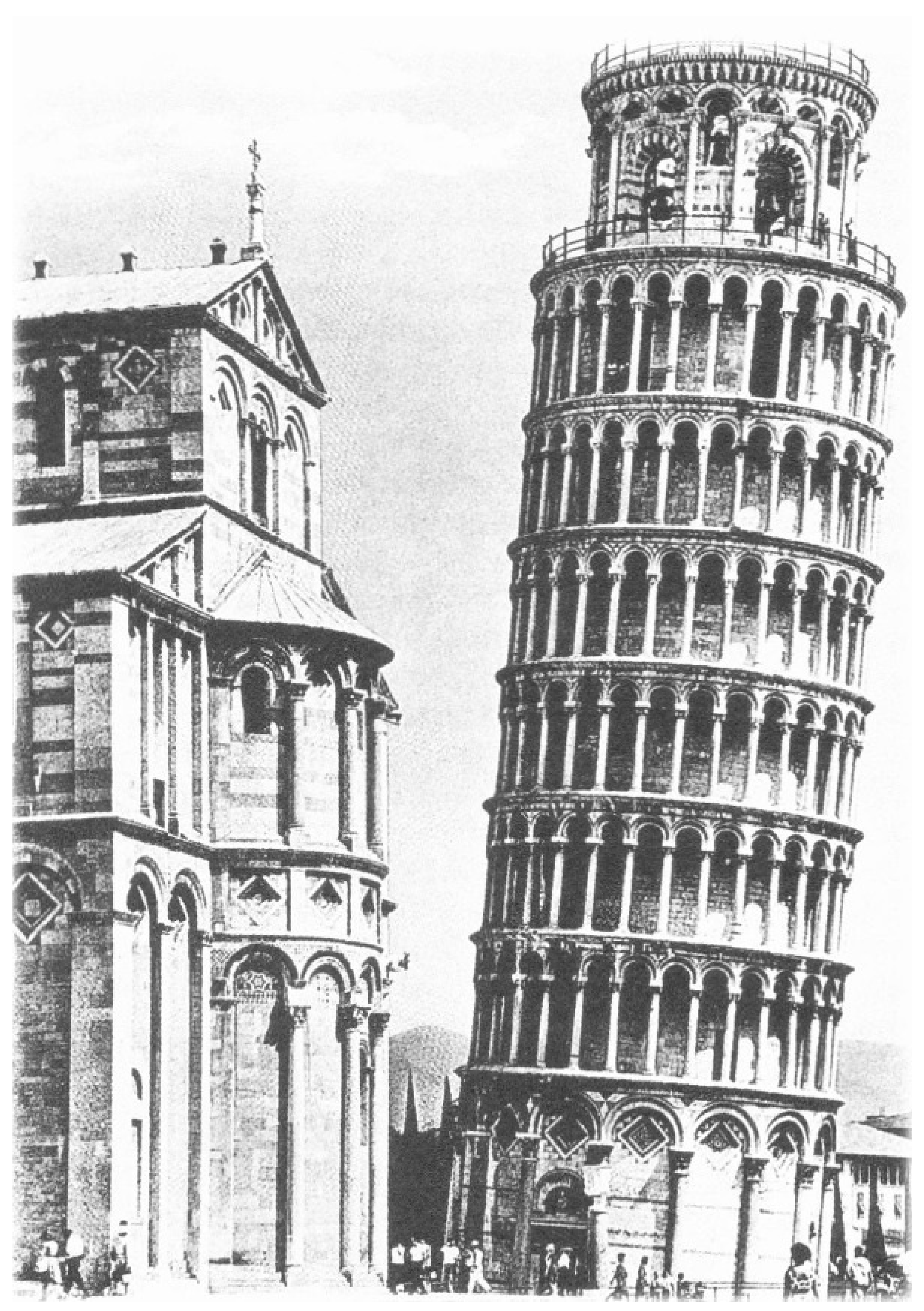
Reconciliación-liquidación

Adriana seguía en Nueva York separada temporalmente del marido extranjero. Al principio, nos había juntado una ráfaga como de pasión que imagina encenderse otra vez. Pero duró poco, igual que el fuego de esas brasas que han estado bajo ceniza y se avivan un instante bajo el soplador, para luego consumirse y extinguirse en definitiva. «¿Qué importan las deslealtades de la carne —había dicho— si el alma ha seguido fiel?» Pero en aquello del alma yo estaba sobreaviso, por lo de la reflexión en la Tierra Santa, y prefería mantenerla libre de alianzas. Me hallaba desde hacía tiempo en ese estado curioso que se designa con el nombre de misogenismo. Me había vuelto un misógino, pero de forma particular, pues no odiaba precisamente a las mujeres, pero tampoco las deseaba. En cambio, sentía por ellas con más vigor y pureza que en otras épocas una atracción de amistad dulce y confiada. La misma Adriana me acompañó en las penalidades de aquella semana de los desastres económicos y políticos. Se había lanzado a la literatura publicando una novelita autobiográfica no del todo mala, y en distintas revistas de segunda hispanoamericanizaba con entusiasmo. Además, sufragizaba. Procuraba esconderle mi horror de todas esas cosas porque veía que hallaba en ellas un derivativo de su situación apurada. Por exceso de altivez se había negado siempre a volver a México y seguía sosteniéndose con su negocio de alquiler de cuartos y otras diversas actividades honestas. Y me dolía, más que nunca, no

poder disponer de una suma importante para obsequiársela. La única alhaja que en toda mi vida he poseído era una esmeralda colombiana que creía de algún valor y que produjo una suma insignificante cuando la vendimos juntos para dejarle el importe. Al año siguiente, al formalizarse la lucha electoral, con todo desinterés Adriana removió cielo y tierra en ayuda de nuestra empresa. Y creo que logramos vencer odio y amor combinados, situándonos en plano de recíproca buena voluntad desinteresada. Y distante, tan distante como los destinos que se apartan para no volver a juntarse.

Y tan pronto como se supo mi percance económico, otras amistades femeninas acudieron en mi auxilio de modo eficaz y espontáneo. En Chicago, Elenita Landázuri quedó de apoderada gratuita para ver que se confirmase mi contrato para el año siguiente, contrato que representaba mi salvación dadas las circunstancias nuevas. En México, Elena Torres visitó a amigos, se confabuló con Roberto Medellín, y sin que yo se lo solicitara, contribuyeron ambos y me reunieron mil pesos que me hallé en Europa a poco de regresar. De Nueva York salí con un cheque en la bolsa firmado por un sujeto que era mi agente para el cobro de mis colaboraciones en diarios como el de Yucatán y el *Tiempo* de Bogotá. Cuando presenté en París el cheque, resultó que no había en el banco provisión. Más tarde, este periodiquero internacional se dedicó a denigrarme en los diarios que simpatizaban con el callismo. Al desembarcar en Francia, me dirigí a Mont-Dore, balneario para asmáticos en donde mi esposa pasaba la temporada de verano con los chicos. De allí pasé a Marsella, donde empezaron a juntarse los conocidos. Llegó Gabriela Mistral con la Palmita; todos juntos hicimos el viaje a Niza para visitar a Ugarte. Me llegaron en esos días cheques de artículos de *El Universal*

por doscientos o trescientos dólares, y en conciliábulo con César Arroyo resolvimos una calaverada, que fue hacer un rodeo para llegar a nuestra casa de Neuilly, no por el expreso, sino vía Florencia y con regreso por el Simplón y Suiza, Estrasburgo y París. Deseaba que mis hijos se asomasen a Italia antes de emprender el regreso a la América. Por su parte, César quería detenerse en Siena para completar los datos necesarios a cierto libro de arte que tenía en preparación. Y nos marchamos en tren de tercera.


Torre de Pisa, Italia

Pocos viajes he hecho más gratos. Apretados en el asiento de palo, caminamos mis dos hijos, mi esposa, César y yo.

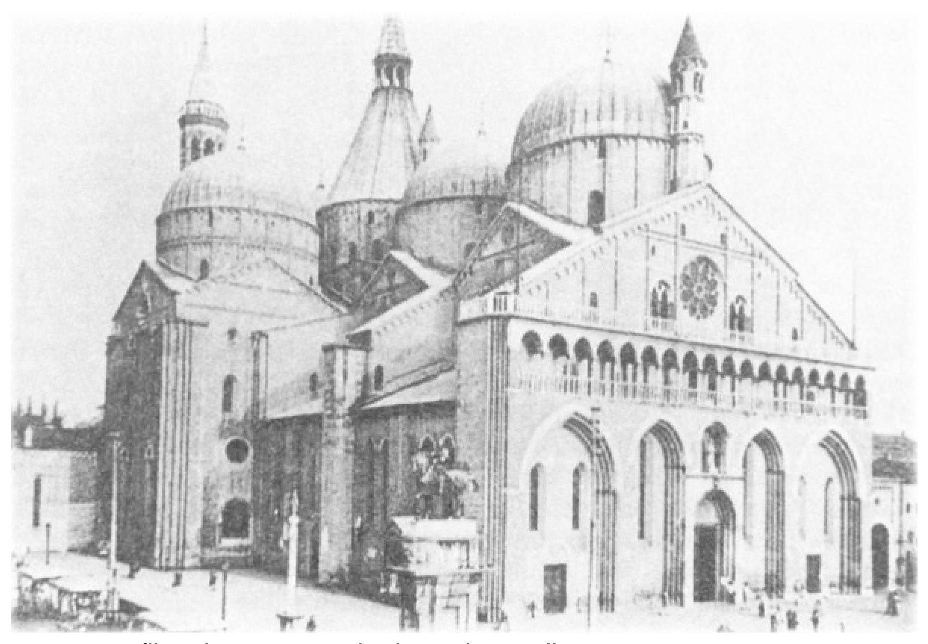
Cruzamos sin novedad la frontera fascista y penetramos al oscurecer a la Toscana. En fonda inmediata a una de las estaciones, vendían al por mayor un vino *chianti* espumoso natural, y César bajó a comprar una garrafa. Cuando vi que escogía una de las más grandes, una damajuana casi, le grité:

—No compre eso, es mucho; lo vamos a tener que tirar.

No me hizo caso y subió con su carga. El vino resultó excelente y obligaba a beber trago tras trago. A las dos horas ya lo habíamos agotado entre todos. Y César gozaba su triunfo.

—Por lo menos —observé— este vino nos ha economizado la cena.

Pues ni qué pensar en el lujo del vagón restaurante. Pasada la medianoche desembarcamos en Pisa. De carrera dejamos las maletas en un hotel de segunda categoría y nos fuimos a gozar con luz de luna, de la plaza de Baptisterio, la Catedral, el camposanto, la torre inclinada, perfecto cuadro del románico italiano que no se olvida jamás. A la mañana siguiente resultó que faltaba la maleta en que venían todas las ropas de calle de mi hija. Reclamamos vigorosamente. César se había inscrito con su título de cónsul del Ecuador, y le rendían pleitesía: el señor cónsul, el cónsul. Pero el que gritaba era yo, hasta que el portero, que tenía escondido el equipaje faltante, se me quedó viendo como quien dice: ¿Y usted quién es? Entonces Arroyo, con galantería perfecta, expresó:



Basílica de San Antonio de Padua, Italia

—Yo soy el secretario privado del señor.

En seguida se volvieron hacia mí las reverencias y prontamente apareció la maleta.

Pocos días disfrutamos la compañía de César. Nos habíamos establecido en Florencia, en una pensión de familia muy cómoda; visitábamos todos juntos los sitios más bellos; disertaba Arroyo delante de mis hijos explicando con sencillez lo más notable; tomamos en la colina de Fiésole una fotografía inolvidable en que aparecemos risueños y dichosos. Y nos hallábamos una tarde disfrutando de la sombra de los jardines de Bóboli, cuando acudió César mostrándonos un telegrama que lo obligaba a presentarse en Marsella porque llegaba un barco del cual era viajero uno de los personajes de su país, a quien necesitaba atender.

Al quedarnos solos hicimos cuentas; no alcanzaba el dinero para seguir a Roma, pero sí para desviarnos rumbo a Venecia y tomar allí el camino de Estrasburgo.

Padua

Nos dirigíamos a Venecia, pero en el trayecto quedaba Padua, y el Giotto es pintor que me importaba estudiar bien. Además, ya que no había podido llevar a mis hijos a Roma, me consolé meditando en que Roma les hubiera producido confusión, con su multitud de maravillas, en tanto que habiendo ellos también empezado a enamorarse del Giotto en Florencia, nada mejor que ver lo de Padua para acabar de tener una idea exacta de un gran pintor, lo que a veces vale más que ver rápidamente un montón de obras maestras. Y así fue como caímos en Padua. Dedicamos la mañana a dos capillas: la de Eremintani y la de Arena, donde existen admirables frescos de Mantegna, ese fotógrafo con alma, captor de la transparencia de las cosas. Pero fueron las horas mejores las que dedicamos a los frescos del Giotto, en el Eremintani. No tiene color, pero el dibujo posee tal vitalidad sublimada, que no hace falta. Pintó allí el Giotto la historia entera del Cristo. *Los esponsales de María* y la *Huida a Egipto*, la *Crucifixión* y el *Juicio Final*: no conozco nada de más suave y profundo encanto. No creo que haya en el mundo sitio artístico más importante y bello, más sublime y significativo en la plástica, que la pequeña capilla, un tanto abandonada, lejos de las rutas usuales del turismo internacional.

Y, por supuesto, vimos el San Antonio, que por estar rematado de cinco cúpulas, me gusta aunque no es bello. Y

enfrente hicimos la merienda en una *trattoria* al aire libre, engreídos con la vista del caballito de Donatello, que ocupa la plaza desierta. Nos sentíamos fatigados de caminar todo el día por el lugar, y recordamos, a propósito de la visita que acabábamos de hacer, a la famosa estatua de Nanni, el Gatamelata, cuya réplica en proporciones reducidas, pero muy bien lograda, don Justo Sierra legó a las oficinas de la Universidad mexicana. De Venecia pasamos a Lucerna, ciudad de ensueño, y de allí a Estrasburgo.

Nuremberg

En Estrasburgo, después de ver el célebre reloj de la catedral, nos llegó el correo de París con la noticia de que estaba a nuestra disposición en el banco el dinero enviado por Medellín. Decidimos dividirnos; mi esposa y mi hija regresaron a Neuilly y mi hijo y yo partimos para Nuremberg, a donde nos esperaba Eulalia Guzmán, la maestra. Nuremberg es bohemio, es decir, una mezcla de germano y latino. Su arquitectura gótica es singular y magnífica; su museo de pintura, espléndido. Además, la ciudad vive todavía de la obra de su mayor ingenio, Alberto Durero. Quien quiera conocer al gran artista necesita visitar Nuremberg, que está lleno de su influencia. Las mejores pinturas se conservan en el museo, y el municipio guarda la casa del pintor. Un fondero sirve todavía salchichas al estilo de las que tomaba, con buena cerveza, el Durero en el mismo sitio que él frecuentaba. De Nuremberg nos dirigimos a Berlín, hermosa ciudad moderna cuyas pretensiones imperiales bien merecerían una arquitectura menos pobre. Todo, en efecto, es barroco sin grandeza ni gracia. O más bien, por ambición de grandeza, el barroco de Berlín pierde la gracia que, por ejemplo, ostenta el barroco de Viena. Con todo, la ciudad impresiona por su extensión enorme y por su lujo. Los nuevos vecindarios obreros son ciudades dentro de la ciudad y están acondicionados con todas las ventajas de la época. El sitio más impresionante es el *Temple Hoff*, o sea el aeródromo, que era en aquel año el mejor de Europa, con

aviones que cada dos horas partían con todos los rumbos, como trenes ordinarios, lo que por entonces era todavía sorprendente. Nos tocó una fiesta aeronáutica muy impresionante. Nos divirtió el *Planetarium* y nos deleitamos en los museos de arqueología y de pintura. Los frescos del Turquestán, de influencia budista, valen el viaje a Berlín. Y la cerveza, ya se supone. Además, es Alemania el único país del mundo en que saben de veras bien las salchichas con ensalada de papas. Estos dos manjares, que en Estados Unidos son uniformemente abominables y fatalmente comunes, en Alemania constituyen una verdadera *delicatessen.*



Alemania

Escuchamos, por supuesto, un *Tristán* en la Ópera de Berlín, pero no sabría expresar juicio; para oír música hace falta reposo y no era posible tenerlo en aquel viaje apresurado. Para que mi hijo viera la catedral de Colonia, que él no conocía, hicimos un alto. Cada vez menos me gustó lo gótico, después de las auténticas maravillas de Italia y de Oriente. Colonia es nada más grande, grandota; sin la gran escultura que hace el encanto de Chartres, de Amiens o de Reims.

Y adiós Alemania, *for ever* quizá.

Neuilly sur seine

Más que una pensión, nuestro domicilio parisiense era una casa particular que nos tenía de huéspedes. Disfrutábamos de habitaciones independientes y también la comida nos la servían en comedor separado. El dueño de casa era un ruso casado con francesa que había tenido gran posición económica en los tiempos del Zar y se dedicaba a trabajar negocios fantásticos y a beber casi a diario. La señora, sin mayor experiencia en el trabajo, atendía a la casa y se conservaba elegante. El mayordomo, un ex coronel ruso, nos atendía con singular empeño, con la esperanza de que alguna vez le facilitásemos el transporte para la América del Sur, donde soñaba establecerse de nuevo, no obstante sus cincuenta años corridos. En francés llamaba a la mesa, y cuando mi hijo se retrasaba, le gritaba desde los bajos: «*Monsieur Pepitó; la mese est servie.*» Nos daban de comer, con gusto, cuando la señora se preocupaba de vigilar a la cocinera, y siempre con abundancia. Con frecuencia teníamos invitados. Eran nuestros dos últimos meses en Europa y consumábamos despedidas. Se juntaron un día a nuestra mesa la Mistral con Palmita, Deambrosis y Pellicer. A los postres, Gabriela preguntó:

—Oiga, licenciado: ¿por qué no lo quiere a usted Gomarella? Me lo encuentro seguido en el Instituto de Cooperación, y ya en dos ocasiones se ha soltado en contra suya; además, el otro día la tomó con México entero; dijo

que aquello no era un país, sino un caos.

Mientras hablaba Gabriela, Carlitos me miró. Por mi parte, sin inmutarme, contesté:

—No sé; no conozco yo a Gomarella ni de vista.

Al parecer, Gabriela obraba con inocencia; no sabía una palabra del lío de la Charito. Al terminar la comida, Carlitos me llamó aparte y me dijo:

—Ahora sí creo, licenciado, que usted derrotó a Gomarella; sí, no cabe duda: lo cogió usted cansado...

A París cayó por aquellos días Gómez Morín. Nos vimos a menudo; se excusó, pero no me ocultó que visitaba a Pansi. Supo de mis apuros recientes, y me extendió en préstamo un cheque de quinientos dólares. Luego salimos para Londres juntos; pasamos allá una semana en compañía de Palacios Macedo. Discutimos mucho: Palacios Macedo y yo, contra Manuel, censurándole su colaboración en el callismo que no le dejaba dinero pero sí desprestigio. Frecuentamos el Museo Británico, que nos quedaba frente a la posada, el viejo Hotel Thackerey, paradero de profesores y literatos. En camas separadas, pero dentro de la misma alcoba, Manuel y yo conversábamos. Me tachó un día de romántico; era yo el último romántico de la política mexicana. ¿Qué hacía yo en el extranjero atacando a un gobierno fuerte, sin esperanzas de triunfo? ¿Por qué no me dedicaba a trabajar por el país regresando a México y preparando allí el porvenir, educando, etc.? La sola idea de aplazar una lucha como la que imponía el callismo, a mí me indignaba. Contra un régimen como aquél, insistía, no cabe más que la rebelión, la conspiración, la negación total, sin ningún género de colaboración.



La desserte, de Matisse.

«… a señora se preocupaba de vigilar a la cocinera, y siempre con abundancia»

Se iniciaba de esta suerte entre nosotros una pugna que poco más tarde se volvería dolorosa. Le recordé la fecha en que me dijo que se había negado darle la mano a Calles cuando lo encontró de candidato por la Laguna.

—Hay que obrar de acuerdo con la realidad —explicó—; nada se gana con ignorarla; Calles es nuestra realidad mexicana…

En el viaje de regreso, mientras hojeaba, bien mareado, el *Times*, una nota informativa me dio el tema de mi cuento *La sonata mágica*, que en seguida escribí y mandé a *El Universal*.

Y levantamos el campo en París. La cuenta de pasajes y de cajas de libros me dejó exhausto. Hasta el embarcadero, en El Havre, nos acompañaron César Arroyo, que vino desde Marsella para despedirse, y Carrión, el escritor ecuatoriano,

que era cónsul en El Havre y me había tratado en París para escribir su libro sobre cuatro escritores americanos.

Mi buen amigo Luis Enrique Osorio se quedó preparando también su regreso a Colombia. En los últimos días me había metido a una aventura curiosa. Me llevó primero a disertar a unas logias sobre la política de Calles. De buena fe pretendí explicar a los masones franceses el peligro de la persecución religiosa de Calles, que desprestigiaría el liberalismo, lo que a mí me importaba por ser liberal y, al mismo tiempo, provocaría una reacción religiosa que yo esperaba con beneplácito, por ser yo religioso. Aparentemente fui aprobado. Tanto, que Osorio insistió;

—Entre el Gran Oriente no hay misterios, no hay compromisos; ésas son vulgaridades; diga, si quiere, que es católico al entrar; en Colombia muchos católicos son masones…

Hice la solicitud y fui aceptado. Sin embargo, al hablar con los jefes formulaban como casualmente la pregunta:

—¿Cree usted en el Dios personal o cree en Dios como fuerza de la Naturaleza?

Ahora bien: el Dios personal es Jesucristo. Yo nunca he renegado de mi cristianismo; aparentemente todos mis futuros hermanos se inclinaban a la versión del Dios Fuerza de la Naturaleza. No insistí más; no volví a las juntas; al año dejé de pagar las cuotas. Si existen secretos —me dije—, no quiero saberlos; no soy para guardarlos; la lealtad de la fe católica está en que no tiene secretos.

Rompiendo, pues, toda suerte de amarres, me despedí del Viejo Mundo.

La Sala Gaveau

El mejor recuerdo parisiense era el de las salas de conciertos; la temporada musical había sido magnífica. Desfilaron los grandes virtuosos del violín, del piano. Salvo casos como Paderewski, no tolero virtuosos a lo Godowsky y tuve que oírle un concierto porque fui invitado. La pianola humana esterilizó a Chopin. Pasó por otro teatro Minuhuen; los precios subieron, escaseaban las buenas localidades, di la espalda y me fui a mi casa; busco la música, no el negocio de los ejecutantes, coludidos con la prensa y las agencias judías de espectáculo. En cambio, en el teatro para conciertos que se estrenó ese mismo año, qué maravillosa audición de *Cantatas*, de Bach, escuchamos. Ni sé quiénes eran los ejecutantes; la impresión musical fue de las más profundas y gloriosas que he sentido. En Nôtre Dame se dio la *Misa* de Beethoven; en Santa Cecilia se tocaba a César Frank. En una pequeña iglesia de por el Campo de Marte, unas monjitas cantaban gregoriano puro. En San Suplicio era suntuosa la misa. Revivía la buena música. Fatigada la misma gente francesa de las necedades musicales de sus escuelas debusistas, impresionistas, cubistas, comunistas, o Erics Saties y comparsa, surgía la necesidad de retornar a las fuentes puras del arte y estaban de moda Bach y Mozart. Los pedantes hablaban mal de Beethoven. En lo de llamar clásicos a Bach y a Mozart hay mucho de influencia de la literatura francesa que no quiere ver sino dos géneros: el clásico griego romano y el romántico. ¿Qué pueden tener de

clásicos a la manera francesa o grecorromana, Bach y Mozart, que nunca creo se preocuparon de saber quién era Platón? Lo que Bach encarna es la liturgia de la Iglesia, o sea, un arte totalmente distinto del clasicismo griego. Arte preñado de elemento sobrenatural que los griegos no sospecharon. Mozart también, ya se ha dicho mucho y con razón, es angélico; es decir: esto supone una ideología hebreocristiana, no grecorromana. Pero los críticos del momento se empeñaban en hablar de un retorno a la pureza y a la medida de los clásicos. Pureza hay en Bach, pero no medida, a la manera antigua; desproporción más bien y contraste del minúsculo ser que es el hombre y la ambición de infinito que resuena en los *Kiries* y lamentaciones de misas y oratorios. Alegría pura, infinita de un Mozart. ¿Qué tiene que ver esto con la regla de geómetra de los críticos franceses? La *mesure* que asegura la buena digestión burguesa se rompe sin duda en la obra siempre desaforada del genio. Pues clasicismo a la francesa es burguesismo.

De todos modos fue sano y placentero el retorno a Bach que nos dejó escuchar obras que no habíamos soñado conocer y sobre las cuales apenas pudo darnos una idea la labor benemérita de Carlos del Castillo y su Asociación Bach mexicana.



Orquesta de la Ópera, por Degas.
«El mejor recuerdo parisiense era el de las salas de conciertos»

Y quedaban reducidos a irrisión los conciertos modernos de la Sala Gaveau. Trozos de la familia desahuciada, de Debussy a Ravel. Este último se ha libertado; al fin vasco, no pudo perdurar en la delicuescencia, y la España, el África, le han dado elementos que han salvado su obra. ¡Pero los otros! En vano los cómplices ambiguos de la literatura les preparaban al público. No lograban sino congregar a los ya marcados, a los que padecían *delirium tremens* moral o choque de las bombas de la guerra que dejaron a toda una generación desajustada de la sensibilidad. Llamaban a esto sensibilidad nueva y cubismo, y no era sino desnivel de los canales auriculares y de las meninges cerebrales. En todo caso, era como experiencia de hospital; era curioso aquel público que pretendía extasiarse con las melodías cortadas, las desarmonías estridentes, la incoherencia impotente. Entre los más devotos, unos tenían el cuello desviado, otros calva del dolicocéfalo tonto, otros más el rictus que presagia la demencia. No hacía falta don de profecía para afirmar que todo aquel cubismo o cerebralismo, porque ni de su nombre estaban ciertos, sería menos que una moda, una simple epidemia del gusto, pareja del tifus o del cólera que trae consigo la guerra. Aparte los lisiados que seriamente se divertían en los conciertos cubistas, el público era de *snobs* internacionales que se pasan la consigna de aplaudir lo extravagante, lo pobre de calidad, si lo ampara una moda. Pero nos dirigíamos a Nueva York, donde no tienen cabida «snobismos»: Es Buenos Aires la capital de lo *snob*.

Manhattan, contradictorio

La Prensa Asociada había anunciado mi llegada y un *reporter* de la célebre agencia me preguntó todavía a bordo:

—¿Qué opina usted de la reelección de Obregón?

—Sobre eso no se opina —repliqué—; sobre eso se escupe.

Sólo un diario de la república, *El Dictamen*, de Veracruz, acogió la frase, y eso bastó para que circulara. México estaba de moda en Nueva York, por la impresión todavía reciente de las ejecuciones de Serrano y Gómez. Obregón se había deshecho de sus dos rivales por la vía del asesinato. Y la gente toda gubernamental, inclusive no pocos pensionados mexicanos de Columbia University, elegidos por los protestantes nativos, andaban justificando los horrendos crímenes. Comentando los sucesos en París con Manjarrez y con Palacios Macedo, yo había dicho: «Dos rufianes menos.» La situación se despejaba, en efecto, con la desaparición de los dos falsos ídolos de la oposición. Y el gobierno quedaba en desprestigio favorable a una protesta popular armada. Provocar esta protesta era toda mi ilusión. Recordaba los días del maderismo y tenía fe en el pueblo. Por menos había ido mi generación a la pelea cívica. ¿Por qué ahora había de soportar tanto oprobio? Los mismos diarios de Nueva York, tan inclinados a Calles, andaban con la alarma de los documentos descubiertos por Hearst en los que constaba, entre otras infamias, el traslado de un millón de dólares de Calles presidente a su hermano el cónsul de Nueva York. El

momento era propicio para levantar opinión contraria al callismo. Sin embargo, en el daño, los del gobierno se me habían adelantado. Meses antes, la Universidad de Columbia me había contratado para dar un cursillo de sociología americana de noviembre a diciembre. Precisamente por eso había adelantado mi llegada, ya que el curso formal de Chicago empezaba en enero. También por eso me había confiado, había gastado más de la cuenta, y no llevaba en la bolsa más de veinte pesos al desembarcar en Nueva York con todo y familia. Y resultó que en Columbia me sacaron el cuerpo, me engañaron. No llegué a dar el curso. Los artículos que *El Universal* me pagaba semana a semana me sirvieron apenas para pagar el alojamiento. Y desesperado, acudí a una agencia de conferenciantes. Era la época de la prosperidad americana en que universidades y clubes pagaban conferenciantes extranjeros sobre toda clase de asuntos. El jefe de la agencia me aceptó en seguida. Debía abonarle el 25 por ciento. Me lanzó al anuncio como gran pensador de Interamérica y pronto tuve ocasión de hablar en clubes de Boston y de Brooklyn. Como por milagro reuní el dinero necesario para pagar los gastos y llegar a Chicago el primero de enero. Todavía pude prestar cincuenta dólares a un amigo sajón ex corresponsal de diarios y que me había prestado un servicio en la Aduana. Se tardaban en despachar mis bultos y a mi amigo le indignaba que no trajese pasaporte diplomático. Era hombre de buena presencia y mucho aplomo. Se acercó a uno de los inspectores y le reclamó:



Nueva York

—¿Sabe usted quién es el señor…? Es profesor, un escritor de fama mundial que viene invitado por las universidades, y lo tienen ustedes esperando; ábranle todo el equipaje si quieren, aunque no debían hacerlo, pero despáchenlo pronto.

El empleado se dejó impresionar; se acercó muy cortés, y sin abrir baúles ni maletas puso en cada bulto el pase. Después nos reímos mi amigo y yo, y decía él:

—Para haberlo sabido, le recomiendo que llene un baúl con botellas de coñac y habríamos hecho un buen negocio. ¿Sabe usted lo que yo temía? Pues temía que el empleado me replicase: *And who in the hell are you*?

Apenados por las protestas de mis amigos, los de Columbia optaron por invitarme a dar una sola conferencia

con honorarios de cincuenta dólares. Acepté por que ello me daba la ocasión de exhibir al callismo. Se llenó la sala y me destapé. No era necesario exponer sino parte de la verdad para demostrar mi tesis, o sea, que aquel gobierno de forajidos se sostenía gracias únicamente al apoyo extranjero.

Llegó la Navidad y la pasamos en camino, más bien dicho, en un hotel del Niágara. Al día siguiente, con mis hijos recorrí a pie todo el parque de las cataratas, por el lado americano y por el canadiense. Una nieve espesa cubría todos los senderos; el frío helaba en parte los chorros. El espectáculo era magnífico; pero al final del recorrido sentí un dolor agudo en un pie que empezó a congelarse. Comprendí que si no me retiraba pronto del frío me caería al suelo imposibilitado de caminar. Me dirigí a un gendarme que me señaló el refugio más próximo. Con esfuerzo pude llegar a él seguido de mis hijos. Al lado de una estufa recobré la flexibilidad, pero me quedé triste pensando que ya me comenzaba la vejez. En realidad, eso de la vejez es como la salud. Frecuentemente se siente uno viejo y luego resulta que un año después está uno más vigoroso y joven, como el que se enferma y sana. La mañana siguiente, el tren que nos sacó del Niágara metióse por territorio canadiense y nos dejó ver todo el panorama de las caídas congeladas. Vuelve después el convoy a territorio *yankee* y sigue rumbo a Chicago. Caminábamos en vagón ordinario, muy escasos de fondos. Por la noche, deseando que me dijeran que no, pregunté a mis gentes si querían cenar; pero el camino les había abierto el apetito; pasamos al vagón comedor y me asustaba haciendo las cuentas, según fueron pidiendo, quién medio pollo, quién un bistec. Al llegar, como a las diez de la noche, a Chicago, tuve apenas lo necesario para el taxi que nos condujo al hotel y todavía me aguijoneaba una duda: ¿No me habrían preparado en Chicago mis enemigos lo

mismo que me había ocurrido en Nueva York? ¿El compromiso del curso seguiría vigente? De allí que me resultara dichoso el encuentro, a la entrada del hotel, de mi decano, que salía de visitar a un amigo. Se me acercó y me dijo:

—Sus alumnos están ya registrados y lo espera su clase mañana a las nueve.

Estábamos salvados. Pero todavía la noche del primero del año, no teniendo cuenta abierta en el hotel sino para las habitaciones, salí por sobre la nieve, para cenar con mis hijos, en una droguería, chile con carne, de a quince centavos la ración, menjurje insípido, picante que los norteamericanos imaginan es dieta habitual del mexicano.

A los dos o tres días me entregó el correo un giro de cincuenta dólares, por el cual pagaba religiosamente su deuda mi amigo el corresponsal anglosajón.

Obtuve revancha en Manhattan

Al final de mi única conferencia en la Universidad de Columbia, se me había acercado un caballero para invitarme a hablar en la International House. Estaba entonces la institución dirigida por una pareja admirable, marido y mujer protestantes, de raza pura *yankee*, muy liberales y bondadosos.

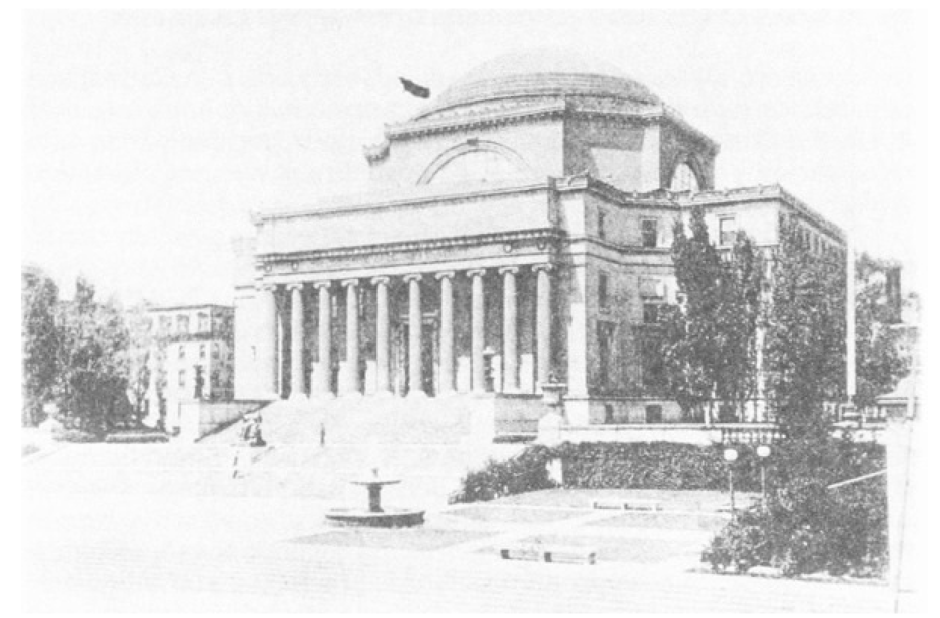
—No podemos pagar a los oradores —advirtieron—, pero, en cambio, le daremos a usted ocasión de dirigirse a un público escogido y numeroso, y libertad para decir lo que usted quiera.

Y quedamos en que al mes más o menos sería yo el orador principal de no sé qué solemnidad de aniversario. La institución me pagaría únicamente los gastos de transporte. Oportunamente me llegó el giro y la indicación de la fecha y me presenté en Nueva York, comprometido a salir otra vez esa misma noche rumbo a Chicago para estar a tiempo en mi próxima clase. Comenzó la fiesta con un banquete largo y sabroso. La señora del gerente, dama ya madura y de un gran atractivo, cordial, me sentó a su lado y me dio esa sensación de confianza que sólo las almas realmente buenas producen. Pareció simpatizar con mi posición de rebelde contra las iniquidades del gobierno mexicano, y volvió a asegurarme que podía decir cuanto quisiese. La sala iluminada se veía realmente espléndida. El edificio todo, regalo de Rockefeller, es suntuoso, de no sé qué tantos pisos

en el Riverside. A pocos asientos del mío estaba Inman, que todavía se fingía mi amigo, aunque se hallaba de todo al servicio de Calles. Sus ahijados y correligionarios, los Sáenz, dominaban en Educación Pública y en Relaciones Exteriores. *La Nueva Democracia*, su insulso periódico, hacía en cada número el elogio del callismo que les mataba a los católicos que no podían convertir. Figuraba también Inman en el programa, pero sólo entre los que pronunciarían alocuciones breves, y su número estaba después del mío. Al levantarse la mesa, se acercó a interrogarme: ¿Querría yo decirle? ¿Atacaría yo al gobierno?

—Nada más a eso he venido —contesté.

Y en seguida me pidió asentimiento para modificar el programa. Quería hablar antes que yo para dejarme más libertad, aseguró. Comprendí que deseaba eximirse de tener que defender a sus amigos y accedí. Cuando asomamos a la sala teatro de la conferencia, una verdadera multitud se apretaba disputándose el sitio.



Universidad de Columbia, Estados Unidos

Con la celeridad ordenada de los actos públicos *yankees*, se fue desarrollando la velada. Habló, antes de mí, Inman y lo noté nervioso; se fue por las ramas relatando cosas de la América del Sur, las mismas más o menos que le había escuchado diez años antes. Sin embargo, el hombre, sin ser universitario, había logrado acceso a Columbia como profesor, gracias, sin duda, al peso de la influencia protestante en las materias hispanoamericanas. Por otra parte, era por entonces México el único país sumiso a la Panamerican y sus asociados. Sólo una breve efusiva referencia hizo Inman de los Sáenz y diplomáticamente acortó y me cedió la palabra. Alguien formuló previamente una presentación un poco inútil, puesto que figuraba yo en el programa como el conferenciante principal de la noche y, en seguida, me dirigí no sin timidez al centro del escenario. En ese momento, con sorpresa mía, se levantó de la sala un clamor, una salva de aplausos, y muchas gentes se pusieron de pie. La reacción espontánea de aquel público denunciaba el horror latente contra el gobierno callista, aunque nunca se manifestase en la prensa; aplaudían en mí al atrevido que tiraba lodo a la cara de los farsantes. En todo caso aquella extraordinaria acogida me contagió, me electrizó, y haciendo a un lado lo que llevaba escrito, me puse a hablar en inglés de mal acento, pero claro. Y expuse la situación de México y el papel que en ella hacía Estados Unidos. Morrow era en el día el hombre aclamado por todos los diarios. Los mismos profesores de Chicago, liberales y honestos, me habían asegurado que Morrow era hombre de bien y hombre grande.

—Y bien —pregunté—: ¿qué hace ese hombre honrado del brazo de un Calles? ¡Ha ido a buscar el corazón de México, se dice, y se contenta con ganarse la voluntad de los verdugos de nuestro país!

Lindbergh estaba recién llegado a la capital de México, atraído por Morrow para crearle popularidad a Calles.

—¿No os dan horror —expresé— esas fotografías en que aparece Lindbergh, que es limpio como un arcángel, del brazo de ese miserable, cuyo rostro mismo está diciendo la iniquidad de su alma?

Y me extendí en el relato de los asesinatos de Serrano y de Gómez, «invento político sumamente cómodo —añadí—; ganar la elección matando al candidato contrario. ¿Qué se ha hecho —pregunté— la política wilsoniana que negaba su reconocimiento a gobiernos notoriamente criminales? No queremos intervención de ningún género en nuestros asuntos, y es intervención la falsa amistad que lleva al embajador de Estados Unidos a hacer elogios de una situación que a nosotros nos hiere y a toda la humanidad la ofende».

Por el estilo hablé con pasión, veinte, treinta minutos. Estuvo el público en suspenso, un poco asombrado y, por fin, me respondió con aplauso general repetido, prolongado.

Y la segunda parte, según la costumbre *yankee*, es la más interesante, porque después de exponer su tesis, el orador aguarda a que del público le lancen, ya sea preguntas aclaratorias, ya objeciones atentas, pero a veces desconcertantes. La primera que se levantó a replicarme fue una paisanita trigueña, alumna de la Columbia y probablemente aleccionada por el consulado, pues disfrutaba pensión:

—Diga usted, maestro —expresó con fingida deferencia—, si es o no verdad que Serrano y Gómez representaban la reacción y en cambio el general Calles representa la revolución.

—Me duele —repuse— que una joven noble como usted se

nos presente aquí con esa patraña del gobierno callista sobre la reacción y la revolución. En primer lugar, Serrano y Gómez, que no eran más que dos bandidos, formaban parte, meses antes de su muerte, de los Estados Mayores de Obregón y Calles y ayudaron a ambos a la imposición de Calles; eran, pues, callistas, que es como decir que no tenían doctrina. Y en segundo lugar, el gobierno actual de México, por los crímenes que ha cometido y que usted misma no niega, sino que pretende justificar, no representa la izquierda ni la derecha; representa el crimen…

Si le hubiera pegado con hacha no la dejo más descompuesta. El público no volvió a ocuparse de la pobre chica y aclamó, gritó; luego hizo silencio para nuevas preguntas que prometían la prolongación de aquel drama espiritual. Interrogó un joven haitiano que qué papel asignaba yo en mis libros al negro, dentro de la cultura hispanoamericana.

—El mismo papel glorioso —respondí— que les asignó Bolívar al aceptar la protección del presidente negro de Haití junto con oficiales de color; el mismo que Pombal, el gran estadista portugués que mucho antes de que Lincoln naciera dio categoría a negros y a mestizos, dentro de la sociedad brasileña.

Hubo murmullos, aprobaciones; pero la tensión continuaba y no sin causa. Había por allí grupos empeñados en reventarme. De pronto, se puso en pie un norteamericano de los que han rodado por el continente hispánico y no guardan buena memoria de sus andanzas. De buenas a primeras reclamó:

—¿Le parece a usted correcto venir a abusar de la hospitalidad de Estados Unidos para censurarnos la conducta de nuestros estadistas?

El golpe era duro y lo sentí; pero, pensé, así me saquen a palos, no me verán retrocediendo. Guardé silencio un instante, hasta que la sala se hubo recobrado de la sorpresa y el silencio fue completo. Gozando entonces previamente mi golpe, me llevé las manos a los bolsillos del chaleco y respondí con otra pregunta:

—Y qué es peor, señor mío: ¿venir aquí desarmado como yo, a condenar la injusticia, o ir por allá con escuadras a cometer atropellos y a fusilar patriotas ¡como, por ejemplo, en Nicaragua!?

En la sala retumbó un eco de respiración contenida que se suelta, de grito que sale a la boca, de aplauso que resuena. Y del seno de un grupo, exclamaciones: «¡Arriba Nicaragua!» Luego que cesó el tumulto, apareció de pie entre los de Nicaragua Salomón de la Selva. No sabía yo que estuviera en Nueva York ni el partido que iría a tomar, a mi favor o en contra, pero resultó que, con decisión, se aprestaba al quite, y se agarró a denuestos con el americano que me interpelaba. Gran parte del público se puso de pie; otros buscaban la salida. La sola mención de Nicaragua, a la sazón ocupada por las tropas *yankees*, había desatado las pasiones. En ese instante se me acercó mi amigo el ingeniero Garfias, y me enseñó el reloj; me había prometido llevarme a la estación en su coche y era hora de partir. Despidiéndome del ama de casa, busqué la salida; por delante, Garfias, sereno, bajito, resuelto, apartaba a los curiosos:

—*We are in a hurry, please.*

Yo lo seguía; se volvían algunos a mirarnos, aplaudían otros, y al centro de la sala continuaba a gritos la discusión. Afuera, el aire de la noche estaba delicioso, penetrante. Me eché sobre el asiento del auto, mientras Garfias comentaba:

—Qué bárbaro, qué bárbaro. ¿Para qué lo invitaron? Se

han llevado una pela que no se esperaban.

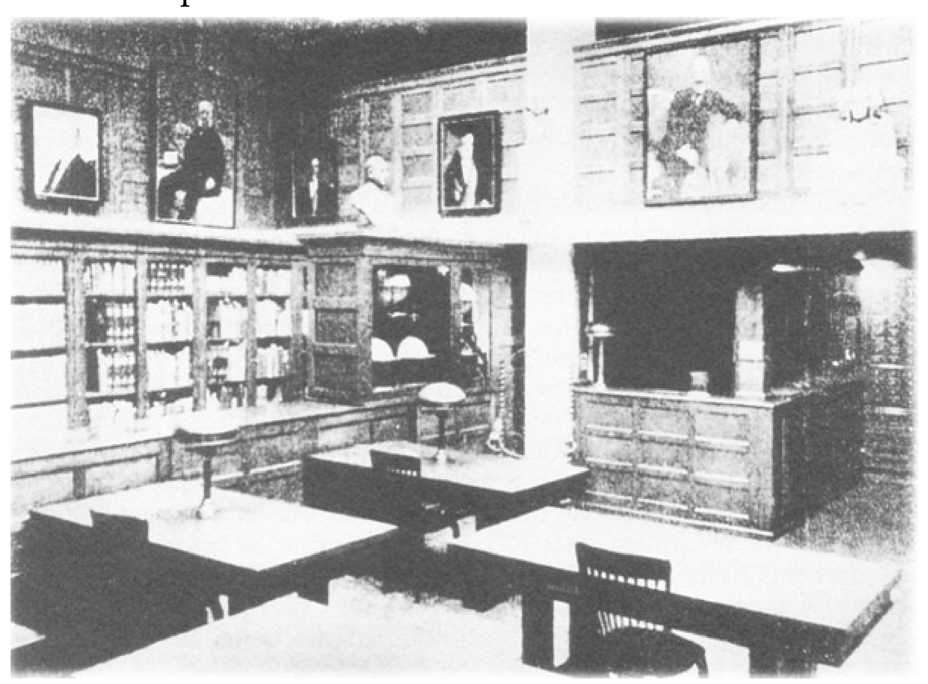
Luego soltaba una risita peculiar, irónica y sana de hombre que gusta, sin embargo, de ver apaleado al perverso.

Al día siguiente el *New York Times*, firme sostén del terceto Morgan-Morrow-Calles, dio una crónica malhumorada de la reunión en la International House, con un encabezado que decía: «A Vasconcelos no le agrada que Lindbergh esté en México.»

Meses de utilidad

Siguieron semanas de labor intensa. Añadido a la clase, tenía la obligación de dirigir un instituto que se reunía dos horas, dos veces por semana. Estudiamos la Legislación Agraria de México desde la Colonia a la fecha. Mis antecedentes de la Escuela de Jurisprudencia me fueron muy útiles en la ocasión. Entre mis discípulos del instituto hubo personas tan distinguidas como Eyler Simpson, autor de libros sabios sobre México. La carrera que iniciaba Simpson me abrió los ojos a la vez que me llenó de admiración. Al amparo de una beca generosa, Simpson había dedicado ya dos o tres años al estudio de las cuestiones mexicanas y se preparaba para pasar tres años en nuestro país con el compromiso de escribir un libro sobre ciertas posibilidades económicas de México, obra que en seguida editaría la Fundación que le daba el trabajo. En realidad, y según me explicó el mismo Simpson, un joven alto, rubio, muy inteligente y bien parecido, dedicaría su vida a perito de todo asunto mexicano. Sus trabajos publicados en libros serían recogidos por la Fundación, que indefinidamente le aseguraba gastos de viaje y salario considerable. De paso pensé yo, el Departamento de Estado aprovechará todos esos conocimientos acumulados por un hombre que, andando los años, sabrá más de México que ningún mexicano, pues no hay entre nosotros quien garantice una dedicación exclusiva al estudio. Dos peritos más, sostenidos por la misma Fundación, debían asociarse más tarde a la labor de Simpson

en México, y otros grupos se dirigirían a Sudamérica con el mismo propósito. Así se explica que en la cancillería de Washington se suela tener información más completa sobre todos los asuntos nacionales del continente que la que nosotros poseemos en nuestras patrias aisladas. En general, pude observar entre mis alumnos que ninguno tomaba mi curso por gusto o por fantasía y atracción de una materia para ellos exótica. Todos tenían en mira una carrera relacionada con los negocios de Norteamérica en los países de habla castellana. Algunos irían de peritos agrícolas al Brasil, otros de observadores diplomáticos a Chile o a Colombia, y así cada uno sabía lo que quería y tenía ya formado el plan de su vida.



Biblioteca de la sociedad española en Nueva York

Apenas si entre las personas que acudían como oyentes encontré algunas que buscaban información desinteresadamente. Por ejemplo: un simpático clérigo presbiteriano que solía acudir a mis lecciones matinales y se

hizo mi amigo. Me contó una vez, con gran detalle, las gestiones realizadas por ciertos clérigos ingleses con la mira de lograr la reincorporación a Roma de algunas denominaciones inglesas de las más prestigiadas. El deseo de unidad sigue preocupando al mundo protestante, según me afirmaba mi amigo. Y llegaron a Roma los delegados. El Papa los recibió cordialmente, se puso de pie y los llamó hermanos. Por su parte, los delegados insistieron en besarle el anillo, le hicieron demostraciones adelantadas de acatamiento. Y la plática se desarrolló con optimismo.

—Salimos todos —aseguró— emocionados hasta las lágrimas.

Me conmovía también a mí aquel deseo de unir a la familia cristiana. Pero pasó el tiempo y el pliego de condiciones de los protestantes parece que no fue, ni siquiera, contestado. Compartía conmigo aquel buen protestante la indignación contra los metodistas que públicamente apoyaban a Calles en su persecución de los católicos.

La calidad de profesor me daba derecho para meterme en la biblioteca dentro de la sección de estantería, tomando los libros a discreción y examinándolos en mesa particular. Allí reanudé los estudios necesarios para terminar mi *Metafísica*. Para vivir alquilé un departamento espacioso, aunque sin lujo, a fin de tener alcoba independiente; a veces, a medianoche, me levantaba para escribir una página; el trabajo avanzaba rápidamente hasta donde era posible en vista de las constantes interrupciones. A menudo, a fin de semana, salía de Chicago para dar alguna conferencia de paga en las distintas universidades inmediatas. Estuve de esta suerte en Madison, en Iowa, en Indiana, en Cleveland. En todas partes hallaba un vivo interés. Lo más agradable de

estas ocasiones era la plática privada que seguía a la conferencia formal, por lo común en torno a una buena cena. Los huéspedes eran profesores y escritores, gente exquisita por la sensibilidad, inteligente y tolerante. Una verdadera aristocracia posee Estados Unidos en el personal de sus institutos de enseñanza. Hombres y mujeres dedicados con devoción al estudio y bien informados; les pagan tan bien que cada uno de ellos hace viajes periódicos por distintas partes del mundo. Hombres eminentes conocí en estas oportunidades, como el célebre rector de Wisconsin, amigo de Keyserling. De Keyserling se contaban en Chicago anécdotas curiosas. Le daba una cena un grupo de damas de la alta plutocracia. Exigía vino el filósofo, a pesar de la prohibición reinante. A media comida un ujier avisó: Señor: lo llaman a usted al teléfono. Salió Keyserling del comedor y tardó en regresar a la mesa más del tiempo racional; por fin, volvió a su asiento. La dueña de casa entonces observa:

—¡Fue larga la conversación telefónica, señor Keyserling!

—No —replicó el gran filósofo—; la conversación duró unos instantes; me retardé porque me puse a dar vueltas por la terraza; ¿sabe usted?, siento la necesidad de hacer eso cada vez que me siento aburrido…

Nadie comentó siquiera la poca galantería del pensador. Ni le restaron sus ocurrencias la admiración sincera de un público que sabe apreciar el mérito.

En una de estas visitas, creo que por Iowa, me ocurrió un incidente singular. Daba en mi honor una comida privada una famosa educadora en retiro. Su casa era un palacio moderno; sus invitados lo más selecto, intelectualmente, de la población. Tenía el tipo de misionera puritana que es moralmente atractivo, aunque algo cansado. Se conversaba de asuntos religiosos, de asuntos filosóficos y, de pronto, me

preguntó:

—¿Cuál es en opinión de usted el acontecimiento moral más importante de la humanidad, después de la predicación de los Evangelios?

Y reflexioné: Tú vas a querer que te diga que las cartas de Lutero, pero te equivocas, y empecé a divagar:

—Los himnos de San Francisco, la obra de los misioneros españoles en América...

No, nada de eso convencía a mi anfitriona, hasta que ella misma clamó:

—*The fourteenth Amendment.*

Es decir, la ley de prohibición de bebidas alcohólicas. No pude contenerme y observé:

—Pero si eso, señora, es una reglamentación musulmana; en todo caso, déle el mérito a Mahoma... Y si Mahoma cayó en ese error —añadí— es porque en la Arabia no se produce buen vino de uva; se conforman con bebidas alcohólicas como el whiskey.

—*I don't blame you* —añadí—; no les tengo a mal que hayan perseguido el *whiskey*, pero no se metan con el vino de uva porque eso es sagrado, es cristiano...

Y entre risas de tolerancia cortés, se desató la discusión prohibicionista que era tema obligado de la época.

—*You latins are irreductible* —comentó para finalizar, la educadora.

Y, en efecto, no podemos amalgamar con el sentimiento anglosajón. Cierta vez, al final de una conferencia en la North Western University, alguien del público me preguntó:

—¿Por qué fracasa la propaganda protestante de Norteamérica en los países de la América Latina?

—Es —respondí— porque no se conforma con rezar en una

capilla quien está acostumbrado a rezar en catedrales. *The thing is narrow* —añadí encogiendo los dedos.

Debo advertir en honor del espíritu tolerante de Norteamérica, que nadie me mostró desagrado no obstante que hablaba así en universidades de confesión metodista extrema. Eso sí, por supuesto, no volvieron a invitarme. Ni a mí me preocupaba cerrarme puertas. Siempre he estado en la vida como de paso y haciéndome la ilusión de que cada vez habrá por delante nuevos horizontes y otras puertas donde llamar.

Mi departamento era el de sociología, pero hacía de decano un profesor de historia norteamericana, hombre notable en todos sentidos. Me invitó en cierta ocasión a una de las recepciones que daba periódicamente en su casa. Tenía una familia encantadora y a su reunión asistieron personas famosas como Sandburg, el poeta que andaba metido en estudios de folklore mexicano y me trató con deferencia. Entre los invitados se hallaba el jefe de uno de los circuitos periodísticos. Mi decano sugería que escribiese en inglés para que aprovechara los buenos honorarios que su amigo podía pagar. En la conversación, entre bocanadas de buenos habanos, mi jefe insinuó:

—Si usted se decidiera a pedir papeles de nacionalidad, en la universidad podríamos arreglarle situación permanente y en el circuito periodístico haría usted pronto una pequeña fortuna.

No me sentí lastimado; advertí buena fe. Ni qué interés malsano puede sentir el hijo de una nación poderosa en atraer a un pobre colonial que ya de todos modos está bajo la férula del imperio. Todo esto lo pensé rápidamente y repuse:

—Sería para mí un honor; pero como soy de un país

pequeño y débil, no sería caballeresco dejarlo.

De todos modos, recogí la advertencia. El que no se asimila no perdura; terminaría mi curso en Chicago, y fuera. Al acercarse las vacaciones, mi buen Garfias obtuvo para mí una invitación para dar un curso de verano en Stanford. Es este gran Garfias hijo de la célebre universidad californiana y toda su vida la ha pasado al servicio de una gran compañía, como perito geólogo y conocedor de los países de habla española. Toda zona del mundo en que hay petróleo, Garfias la ha explorado, y no obstante disfrutar de posición brillante, su corazón está siempre en México. Me recibieron en Stanford, por ser amigo de Garfias, con los brazos abiertos; pero antes de salir de Chicago me llegó otra invitación y ésa para el otoño. Se trataba de asistir, con buenos emolumentos, a un Instituto Internacional de educadores que debía reunirse en Seattle. Cuando la invitación llegó a Chicago, mi decano me apoyó como el educador que debía representar a México. Así que la propuesta fue aceptada, el buen amigo que era me llamó y me dijo:

—Haga que le paguen bien; póngales condiciones; disponen de bastante dinero y ya no pueden echarlo fuera.

En seguida preguntó:

—¿Por qué le tiene a usted mala voluntad la Institución Carnegie?

—No sé —repuse—; no sé ni que tengan noticias de mi existencia.

—Pues —declaró el decano— los del Carnegie se oponían a que fuese usted nombrado; alegaban que era usted demasiado radical, casi comunista, pero prevalecimos nosotros y su nombramiento pasó por mayoría.

Di las gracias, y no entré en explicaciones que hubieran

resultado ociosas. A los del Carnegie seguramente no les preocupaba mi supuesto comunismo; con los comunistoides del gobierno callista andaban a partir un piñón. A mí no me perdonaban dos cosas: no ser callista y no haber permitido durante mi gestión educativa que nos metieran bibliotecas en inglés y se apoderaran del asunto de las exploraciones en la región maya de Yucatán. Era muy lógico que los filántropos imperialistas intrigaran contra uno que sigue creyendo que el continente latino debe seguir hablando español y que las exploraciones arqueológicas mexicanas deben ser cosa del Estado mexicano. Mi ilustre decano, hoy embajador en Europa, cometió una indiscreción que hoy revelo, porque está por encima del poderío en derrumbe de los *trusts* imperialistas de Norteamérica y sus agencias. En cambio, por la época que relato eran para mí enemigo emboscado y poderoso. Eran, además, los aliados tácitos de la administración mexicana que yo combatía. Pronto mi vida en Norteamérica iba a hacerse difícil. ¿Hasta cuándo vendría en México la revolución libertadora que yo soñaba?

Domicilio en ruedas

El balance de mi actuación en Chicago resultó sumamente favorable. Estaba concluida, lista para la imprenta, mi *Metafísica*. De la clase formal había estado cobrando quinientos dólares mensuales y cada conferencia ambulante, de fin de semana, me había dejado cien dólares, a veces ciento cincuenta, después de descontar los gastos de ferrocarril. Además, había acumulado las entradas semanales de los artículos de *El Universal*, que con los periódicos que pagaban el duplicado, me producían más o menos ochenta dólares por artículo. Y todavía en París, mi agente literario Deambrosis me juntaba algunos francos por las colaboraciones de Sudamérica. En resumen, había estado ganando en el último semestre más de mil quinientos dólares al mes, un poco más de lo que ganaba de ministro. Eso sí, la tarea había sido dura; cuántas veces regresé a casa de madrugada después de largo camino de ferrocarril, encogido en un taxi que corría sobre la nieve de catorce pulgadas de grueso, con un frío que desgarraba la carne, congelaba los huesos. Y ya para las ocho del día siguiente estaba en mi despacho de la Universidad preparando la clase de las nueve. Subiendo el ascensor transido de frío, avergonzado de mi poca resistencia que atribuía a mi condición de subtropical, una vez coincidí con dos colegas de pura sangre sajona, de cuyos ojos el viento helado había hecho salir lágrimas, igual que de los míos, pues no hay idea del frío de Chicago cuando sopla huracán sobre la superficie

congelada del lago. En los días claros, la ciudad se mira suntuosa por la avenida Imperial de Michigan o desde los puentes. Y es buena, laboriosa la gente y muy preocupada por el incremento de la cultura de su metrópoli, muy llena de optimismo, ciento por ciento. Sus museos son esplendorosos; el de Bellas Artes posee una inapreciable colección de estampas de Goya y el de Historia Natural cuenta algunas de las mejores piezas de escultura china que existen. Los barrios exóticos de chinos, sirios, negros, mexicanos, italianos, exhiben un poco falsificados los productos de sus regiones. Mis hijos, que ya comenzaban a estar grandes, conscientes de todo lo que miraban, aprovecharon mucho el semestre en la escuela secundaria anexa a la Universidad, que pasaba por ser una de las dos o tres mejores de la Unión Americana, y a la cual pudieron entrar gracias a que utilicé todas mis relaciones en el plantel. Por causa de esta escuela, hubiera querido dejar a la familia en Chicago mientras yo iba por las universidades de la costa occidental. No lo hice por causa de mi hija. Me atormentaba dejarla sola en aquella gran urbe en momentos en que la juventud incitaba al trato y a reuniones y bailes. Padecía pesadillas, soñando que la encontraba enredada, o peor aún, casada con un chofer italiano o con un peluquero filipino. Mejor era que malcasara entre los suyos. En los Ángeles, por lo menos volvería a tratar gentes de su raza y condición… Decidiendo rápidamente, llamé a un mueblero bribón que me pagó cuarenta pesos por muebles que me había vendido en cuatrocientos; empaqué ropas y libros en baúles que tomó a su cargo el express, y extendiendo un cheque de poco más de mil dólares, tuve a la puerta un automóvil procedente de la fábrica de Detroit. Empezaban las vacaciones de mis hijos y les dediqué dos semanas consecutivas, mientras yo cumplía un compromiso inicial en

California, a que se ensayaran en el manejo del coche. Regresé conforme a lo previsto, y cargando el auto con las maletas de mano, lo tomamos de residencia en el largo viaje de Chicago a Los Ángeles, pasando primero por Texas. Durante varias semanas vivimos en domicilio ambulante, haciendo alto para dormir, para comer y caminando rumbo al Sur, pero deteniéndonos en donde nos gustaba el panorama.



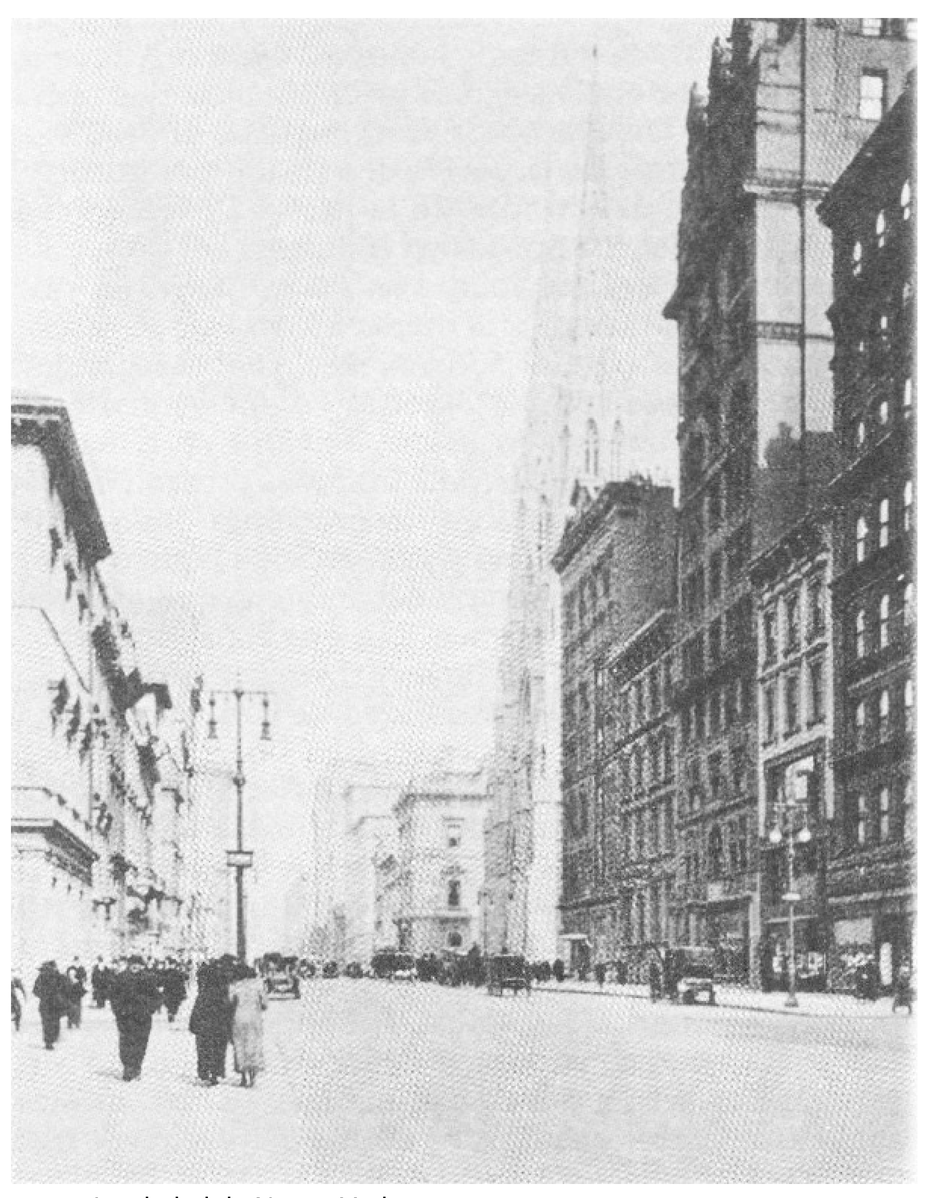
¿Por qué no toma la línea L?, por Reginald March

El panorama en *Yankeelandia*

El panorama humano es monótono en los Estados Unidos. Todas las ciudades cortadas según el molde de Nueva York tienen su Broadway, con letreros luminosos de los mismos anuncios de teatros y de mercaderías, las mismas vistas de cine. Además de Broadway hay siempre la calle comercial, el Main Street llevado a la fama por Sinclair Lewis en su novela. Y ya se ha repetido hasta la saciedad que son también las mismas las costumbres, los alimentos, las ideas de las gentes, cortado todo por patrón. Sin embargo, es preciso añadir que el viaje por el interior de Estados Unidos se hace agradable por la general cortesía de la gente. Una cortesía que no es formal como la europea, sino espontánea, como nacida de adentro. La excesiva aglomeración humana de Europa hace que el hombre en cierta medida estorbe al hombre. En América las grandes extensiones todavía despobladas parecen seguir invitando al inmigrante. Y en este sentido hay una sensación nueva, toda de dichosa expansión del ánimo, en recorrer en auto, por carreteras excelentes, las vastas planicies casi siempre boscosas y fértiles que van, por ejemplo, de Chicago a Texas o hacia occidente por Kansas y Nuevo México. En Illinois abundan los bosques y hacen horizontes las siembras de trigo y de maíz. También Missouri se mira feraz, poblado. Y las ciudades y las aldeas, mejoradas recientemente en la construcción, lucen todas un aseo perfecto y un creciente buen gusto de arquitectura y jardines. Texas es un desierto

pero salpicado de centros poderosos de ganadería y de industria como el de Dallas y Fort Worth. Y la región de San Antonio es de un tropicalismo industrializado, con sus buenos edificios y sus campos de algodón y de petróleo y su fértil valle de frutas por el río Bravo y New Brownsville. En visita de antiguas relaciones políticas, y para ir creando amistades entre las colonias de mexicanos de la frontera, llegamos hasta Brownsville, seguidos siempre del coche de algún amigo que nos piloteaba por el rumbo. Tomando después hacia el occidente, renovamos amistades viejas en El Paso, Texas. Un muchacho inteligente y patriota, al amparo de los Periódicos Lozano, Rodolfo Uranga, tenía iniciada una inteligente campaña de ataque al callismo y de renovación del espíritu público. No era de los que dicen hoy mal de un funcionario y mañana bien porque entró el temor de la represalia, estilo la prensa seudoindependiente de nuestro país, sino un escritor de criterio definido. Y aunque muy joven, era muy eficaz. Él me trajo de acá para allá en El Paso, Texas, y me acompañó a Las Cruces, interesante población de Nuevo México, penetrada todavía de espíritu mexicano tradicional, culto en la forma y de costumbres honestas. Un amigo que me había acompañado a menudo en Chicago, el joven idealista que aparece en la novela de Lawrence, *The Plumed Serpent*, huyendo sin sombrero de la plaza de toros por horror de la sangre derramada por gusto, me había contado intimidades del círculo de la *Mabel Dodge*, al cual había pertenecido antes de pasar a México en compañía del propio Lawrence. La compañera de éste era del círculo de *Mabel Dodge*. Su caso no me interesa. No es ella la primera ni la última blanca que se casa con indio puro, y su papel en las novelas de Lawrence, ya de inspiradora, ya de torturadora, me parece completamente vulgar y secundario. Y la fantasía de Lawrence que nos la quiere convertir en

reina del pueblo azteca renovado por un Quetzalcóatl irlandés, o cosa por el estilo, y sustituyendo a la Virgen María en las oraciones de la multitud, es simplemente grotesca y de pésimo gusto. Pese a lo que digan los *snobs* de Buenos Aires y el grupo internacional ambiguo que se deleita con la pornografía grosera de Lawrence. No era éste otra cosa que un insuficiente sexual dedicado a sublimar y divinizar la potencia genésica que le hacía falta. Pero tenía yo curiosidad de conocer a Taos, la aldea llevada a la notoriedad por el grupo de *Mabel Dodge* y también deseaba desmenuzar las leyendas que un numeroso sector literario *yankee* teje en torno a la originalidad de la música y las danzas de los indios de la región. Desde que se deja Las Cruces, siguiendo la margen del río Bravo o río Grande, las aldeas con sus casas blanqueadas, sus dinteles y cornisas decorados con ristras de chile colorado o de mazorcas amarillas, todo bajo un cielo azul transparente, producen una impresión de colorido exótico sumamente agradable. Y a poco que observe, cualquier «latino» advierte que la construcción de las casas en torno a patio, las ventanas de marcos azules y los zaguanes anchos, los corrales vastos, son típicamente españoles o árabes. La misma decoración de manojos de chile que se seca al sol está recordando a las islas Baleares y a las Canarias. El idioma español se conserva también en gran parte de estos poblados nuevomexicanos. Y cuando se llega a Santa Fe, todos los barrios exóticos para el norteamericano, todo lo que no está invadido por la construcción moderna de bloques de cemento con centenares de ventanas, es idéntico a cualquiera de nuestras ciudades de provincia, sólo que más pobres, como que Santa Fe ya era el extremo de la cultura colonial hispanoamericana.



La ciudad de Nueva York.
«Todas las ciudades cortadas según el molde de Nueva York»

Viejecitas enlutadas como las que todavía salen de las viejas casas de Santa Fe, las vemos por todos los sitios de influencia árabe española desde el interior de México a los barrios pobres de Salónica o de Cádiz o de Lima. La nota nativa indígena falta por completo. Estamos en una frontera

de lo hispánico. En Taos, aparentemente, las cosas cambian.

Taos es el típico pueblo indígena del Norte. Se halla a poca distancia de Santa Fe y lo visitamos en día de feria. Lo mejor que tiene es el paisaje de montañas amarillentas y azules al fondo, y una pradera sin plantas, ocre y sinuosa, partida por la mancha de árboles y carrizos de la única corriente que da vida al páramo. Centenares de automóviles hacían procesión para desembarcar a turistas que se quedaban alelados ante las casas estilo «pueblo», que no son otra cosa que casas coloniales mexicanas a medio hacer. Un aduar ni más ni menos, y adentro, en unos cuantos interiores abiertos al público con ocasión de la feria, grupos de danzantes en traje indígena, gamuza decorada con espejos y plumas, pies enfundados en «mocasín», cabelleras muy negras de hombres y mujeres, ojos sedosos de indias bonitas y unas cuantas guitarras viejas, mal tocadas. Por poco que se sepa de música, y aunque las canciones ya tengan letra inglesa o verso navajo, en seguida la melodía descubre su origen de residuo del folklore mexicano. El ritmo que tan extraño parece a nuestros primos letrados es el de nuestras pantomimas y cantos de fiesta religiosa. Y, en suma, no hay allí otra cosa indígena que los restos de la raza aborigen, hoy americanizada, como antes estuvo hispanizada. Eso no quita, por supuesto, eso explica que sean, como lo son, muy bellos muchos de los efectos de panorama y costumbres que la región atesora.

El Gran Cañón

De noche penetramos en el bosque inmediato; a la media hora de caminar se siente uno lejos del mundo. Luego, el hotel de estilo rústico y a todo lujo acababa de dar la impresión de un viaje por país encantado. Durante la cena, en los folletos de propaganda leímos la historia del descubrimiento de la grieta natural, prodigiosa, única en el planeta. La exploraron, la catalogaron los españoles en el siglo XVI, pero todavía no acaba de ser conocida en todos sus resquicios. Una infinidad de excursiones se ofrecen al viajero; bajar por las veredas, subir a ciertas cimas; algunas expediciones toman varios días y se hacen en mulas. Otros viajeros se conforman con asomarse a la vista fantástica que se obtiene sobre la orilla, en el jardín del gran hotel. Por lo pronto, ése fue el lugar que visitamos de noche, después de la cena. Un abismo que se antoja poblado de misterios; no hay allí, en realidad, sino un efecto geológico, pero de grandiosa magnitud. Al día siguiente caminamos por el borde, bajamos por los pasos más fáciles, nos recreamos en el panorama, extrañamente colorido. Igual en el tono a los famosos cliffs del desierto y a los troncos del bosque petrificado que la víspera nos había retenido. La segunda noche discutimos el programa del día siguiente. Mis hijos se habían entusiasmado con el anuncio de la excursión aeronáutica que permite ver el cañón en mapa desde un aeroplano comercial. Eran los comienzos de la aviación y yo

profesaba la regla prudente de no exponerme a riesgos sin necesidad. Finalmente, y por ver si desistían de su empeño, decidimos que los dos muchachos subirían solos, yo los vería desde el aeródromo, y mi esposa que, por su quebradura de la cadera, no puede caminar mayor distancia, nos aguardaría en el hotel. Cuando llegó el momento de trepar al aparato, mis hijos estaban no sólo decididos, entusiasmados.



El Gran Cañón

Entonces pensé: —Si se matan, ¿para qué quiero seguir viviendo con el remordimiento de haberlos dejado solos? En el peor de los casos, es mejor que nos matemos los tres.

Y subí con ellos.

Vacilaba el pájaro mecánico; hacía viento fuerte y se sacudía; por un momento renegué de nuestro antojo; al fin, hizo altura. Unas instrucciones impresas advertían al viajero novato: «Es inútil que usted se empeñe en ayudar al aparato con los músculos de su vientre; no le hace falta su esfuerzo.» Daba risa la recomendación al mismo tiempo que aflojaba la tensión nerviosa. A los pocos minutos el panorama compensaba el riesgo. La tierra huía bajo nuestros pies; luego comenzó a acercarse y apareció la grieta larga y

profunda, bella de tonos, serena, imponente.

California

La entrada por las montañas, después de atravesar desiertos, es singularmente risueña. Campos extensos cubiertos de vides, y a la orilla del camino, frente a las huertas, expendios de uvas pasas recién doradas al sol. En un paradero, sandwiches de *avocado,* o aguacate californiano, que es bastante bueno. Abundancia vegetal; por todas partes, árboles, y palacios campestres, ciudades, civilización flamante, prosperidad, salud y confianza. En un hotel de Pasadena nos quedamos porque lo vimos bonito. Un amigo sinaloense, el profesor Juan Ruiz, establecido en Los Ángeles al frente de una buena farmacia de su propiedad, nos ayudó a buscar casa, nos presentó con su familia. En seguida, tuvo mi hija un círculo social de gente de la costa mexicana de Sonora a Tepic radicada por diversos motivos en California. Personas exquisitas en su mayoría y de distinción natural y cordialidad sincera. Luego que tomamos casa partí para Stanford. La Universidad es casi toda la población. Está entre campos en que se cultiva en grande la ciruela. Se hallaban cargados de fruto maduro los árboles. Los edificios de estilo románico moderno tienen soportales que recuerdan nuestras plazas. En el centro, una iglesia bizantina muy hermosa ofrece la particularidad de que está abierta a todos los cultos de carácter cristiano. Y la usan, por turno, presbiterianos, metodistas, católicos. En Stanford, lo mismo que en Chicago, lo mismo que en todas las universidades *yankees*, la Facultad de Religión y la iglesia, el

seminario protestante, son la regla y el complemento del currículum. Universidades como las nuestras de México en que el tema religioso está excluido del todo, son peculiaridad de una raza empequeñecida, deformada por los tontitos de la Reforma que abolieron por decreto a Dios. Y somos el único país de la Tierra en que Dios y sus asuntos están excluidos, prohibidos en el ceremonial público y en la enseñanza. Sin que nos falten almas de ostión que ven en esto un adelanto sobre el resto del universo.

Es grato sentarse bajo la bóveda ancha de la iglesia de Stanford dedicada, según dice una leyenda, a todas las formas cristianas de veneración de lo divino. La Universidad de Stanford se hallaba un tanto agitada de política, porque uno de sus hijos predilectos, Hoover, era ya señalado como el sucesor de Coolidge. El entonces rector fue más tarde ministro de Estado. Hablé con muchos profesores influyentes sobre la situación de México, explicando el daño que nos hacía la política norteamericana, que siempre apoyaba gobiernos incultos incapaces de hacer algo en beneficio del país.

—Como política de destrucción es admirable —les decía con franqueza—; ahora bien: como política sincera es detestable y a la larga ruinosa, porque el mal nuestro, tarde o temprano, contagiará a Estados Unidos, según siempre ocurre entre colonia y metrópoli.



Los Ángeles, California.

«En seguida tuvo mi hija un círculo social de gentes de la costa mexicana…»

Hallaba por todas partes comprensión y simpatía, salvo al tratarse del asunto religioso. Si Calles no se dedica a destruir el catolicismo mexicano, seguramente no gana en Estados Unidos los fuertes apoyos que tuvo. Sin confesarlo, todos los elementos protestantes, y protestantes son, en el fondo, todos los anglosajones, le agradecían a Calles la ofensiva contra la religión católica que en su país crece y se hace temible. Y lo que no hubiera osado hacer en su propio territorio lo gozaban en el nuestro. Una suerte de instinto les hacía ver que la Iglesia mexicana podía, en un momento dado, convertirse en reserva y apoyo de los católicos *yankees.* Por eso han estimulado en nuestro territorio medidas como la confiscación de bienes, la supresión de conventos que ellos mismos no osaron poner en práctica, por ejemplo, en Filipinas. El mismo instinto los tiene convencidos, y con razón, de que la destrucción del catolicismo quita a nuestra raza su más vigoroso aglutinante, y la deja a merced de la conquista espiritual que

es el antecedente de la dominación política y económica de todo el territorio. En mi propio curso de conferencias presentaba estos temas seguro de que no volverían a invitarme; pero siempre he vivido quemando naves, cortando puentes y, por otra parte, la condición de México era tal que se presentía para plazo corto un estallido. Y eso era lo que yo esperaba para repatriarme, de suerte que, en todo caso, no era mi intención volver a cátedras que ocupaban cuatro semanas o un día.

Los cursos de verano habían atraído a la Universidad a gente distinguida de toda la Unión. Se daban noche a noche en el teatro al aire libre funciones teatrales, conciertos y representaciones de alto valor artístico. Número señalado de la temporada fue el concierto folklórico español ofrecido por la artista Luisa Espinel, que tanto prometía para el teatro. Disertaba, antes de dar sus canciones aprendidas sobre el terreno en España, y decía: «*We California americans.*» Conversé mucho con ella y aprendí a conocer el tipo californiano selecto de sangre mexicana, pero que hace tiempo se refugia en su tradición española a causa del desconcierto en que México vive. A veces parecen no querer recordar que fueron mexicanos y acaso tengan razón. La administración mexicana, siempre de tipo santanista, no dejó por allá sino el recuerdo de sus exacciones. El culto católico, que es para ellos lo que les queda de patria espiritual, habría sido arrasado cuando nuestra famosa Reforma, si no es por la conquista americana. Y sus misiones, sus iglesias, demuestran hoy un esplendor que no conocieron ni bajo los españoles. Junto con el folklore español, Luisa Espinel daba a conocer romances californianos hispánicos preciosos. En sus hallazgos la asesoraba el gran folklorista de origen mexicano, Espinosa, maestro de Stanford. En suma: nuestra torpe política interna

nos ha distanciado de estos hermanos que sienten todavía en el corazón a México, pero al México español que dejó en California la simiente más preciada: el manzano, la naranja, la vid, el olivo, la arquitectura, que al modernizarse tiene invadido el mundo, sin exceptuar a nuestro México, y la religión católica, que es nudo de latinidad.

Di en total veinte lecciones en Stanford mediocremente pagadas porque la Universidad no es tan rica como la de Chicago. Según penetraba a la sala de conferencias para mi última plática, a las tres de la tarde, un alumno me alargó la «extra» de un diario que anunciaba el asesinato de Obregón en la capital de México. Procurando olvidar la trascendental nueva, cerré mi curso. Esa misma noche debía salir para Berkeley. En la Universidad de Berkeley sólo dicté tres conferencias resumiendo la doctrina que en otras partes desarrollaba: el problema hispanoamericano desde su punto de vista económico, racial, político. La Universidad de Berkeley es un conjunto de edificios hermosos situados en uno de los más bellos sitios de la Tierra. El caserío circundante es de un lujo, una modernidad que pasma. Como al tercer día me abordaron los periodistas: ¿Qué opinaba de la muerte de Obregón?

—Cayó un tirano —dije—, pero, por desgracia, sigue en pie otro que será más funesto, ahora que queda libre y se ha deshecho de su jefe.

—¿Cómo?

—Sí; se ha deshecho de un estorbo. La muerte de Obregón estaba ya prevista. Y es el principal culpable de ella uno que presidirá sus funerales.

La alusión a Calles era clara y no gustó, según supe, a las autoridades universitarias, todas influenciadas por la intensa propaganda metodista.

La fiesta social que dieron para despedir a los *visiting professors* resultó animadísima. Los hermosos salones del club acogieron al mundo elegante de San Francisco. Así como tienen templo y biblioteca para el alma, las universidades *yankees* sostienen restaurante, cafetería para el cuerpo y salas de recreo mundano, teatro, conciertos. La atracción principal de nuestra recepción fue una célebre escritora *yankee* recién desembarcada de las Filipinas. Aproveché para exponerle la situación de México. Me interrogó al respecto, me escuchó con interés y sorpresa; creo que la convencí de que tratándonos aparentemente bien por la intimidad de Morrow con Calles, nos hacían una ofensa pues no aceptarían para ellos ni para sus colonias gobiernos de tipo callista. Le vi en el rostro la sinceridad de la simpatía que de palabra expresaba, rápidamente porque la solicitaban por todos lados. Las elegantes le pedían autógrafos, la adulaban los hombres. Ella era fea, pero despejada y atractiva por la impresión de lealtad que daba. Lo de fea es natural; el genio, aun el simple talento, suponen cierta anormalidad física que la Naturaleza impone por vía de compensación. Si todo se le diera a una mujer o un hombre, lo mataría la soberbia. Somos todos un compuesto lamentable de bien y mal, de fortaleza y flaqueza; sin embargo, hay distinciones y jerarquías. Y en Estados Unidos, como en Francia, como en Inglaterra, la mujer de letras, el escritor, dominan por sobre todas las clases.

Seattle

En expreso flamante que contaba con biblioteca, bar, sala de baños y barbería atravesé el Oregón poblado de bosques, surcado de ríos, y el suroeste de Washington hasta Seattle. Allí me alojaron en el departamento privado de un profesor local que lo cedió, igual que otros colegas suyos, para que los visitantes tuviésemos ambiente de *home* y no de hotel. Para colmo estudiado de galantería, no habían sido guardados en vitrina los objetos de arte, no habían sido quitados de las mesas los libros de cabecera; todo estaba como si el propietario se hallase en casa; sólo que el propietario iba a serlo el huésped de una semana. Me hallé, pues, rodeado no sólo de comodidad, también de buen gusto y de lujo. Aunque ya era tarde, vino una comisión para llevarme a recorrer la ciudad en auto, para verla de noche, explicaron. Y bien valía la pena el paseo. Seattle está construido sobre once colinas que ven casi todas al mar. «Roma no abarca sino siete colinas», le dicen a uno los afables colegas, bromeando. Y el coche avanza entre rascacielos nuevos, altos sin exceso, limpios, bruñidos; el derroche de luz artificial deslumbra; la sección de habitaciones está entre parques. Al penetrar por una avenida asoma a distancia, en lo alto de una colina, una luz brillante única, azulada, y pasa por la mente la idea fantástica:

«Estos gringos se han bajado una estrella para adorno de Seattle.» En la colina de la Universidad, ornada de edificios

suntuosos, alcanzamos todavía abierta la biblioteca, que se cierra a las once de la noche. Por fuera parece una gran capilla gótica moderna. Por dentro tiene la serenidad de un templo, la eficacia de una oficina bancaria. Sentí una envidia muy grande, un dolor de pensar que cosas parecidas hubiéramos podido hacer en México sin la barbarie que se apoderó del gobierno para enriquecer palurdos, para envilecer a la nación entera.



Paisaje La nueva América.
«… atravesé el Oregon de bosques, surcado de ríos…»

Seattle fue construido conforme a un plan imperial. Está al fondo del Puget Sound, ensenada magnífica que puede dar abrigo a toda una escuadra y debió ser una metrópoli superior a San Francisco, la reina actual del Pacífico. Pero sucedió que otra raza menos culta, sospechosa porque no es cristiana, la japonesa, se ha adelantado en la dominación del mayor mar de la Tierra, y el proyecto grandioso que fue Seattle se ha quedado en suspenso. Pero le queda a los habitantes el garbo de las grandes empresas, el optimismo de

la tierra feraz que está a la espalda y se halla todavía, en gran parte, virgen. En ningún sitio he sentido mejor la sensación del poderío de un pueblo joven. Y no únicamente la geografía es la responsable de esta pujanza; interviene en ella más bien la raza mixta europea, que es la pobladora, la creadora. Se caminan dos horas, se entra a Vancouver, provincia inglesa, y en seguida el tono vital se apaga; todo está como dormido o adormecido, en tanto que Seattle es chispeante, vivo, deslumbrante. En Vancouver no hay sino ingleses: los de Seattle son sajones, ingleses, *yankees*, alemanes, franceses.

Al instituto concurrieron hombres eminentes de distintos rumbos de la Unión, rectores de colegios vecinos y escritores. Y fue una sucesión de discusiones brillantes, de conferencias y veladas. Mi mejor lección de oratoria la obtuve en esos días escuchando oradores *yankees* que no lo son porque antes que oradores eran especialistas, eran sabios, eran periodistas o maestros, y de puro saber bien el tema que desarrollaban, resultaban modelo de oratoria. En general, el modo de hablar del norteamericano es admirable. Sin énfasis y sin retórica, con sencillez que cautiva y con vigor y precisión que convencen, expone cada cual sus temas. La frase es sobria de adjetivos y sustanciosa, y el ademán es natural y el humorismo que a nadie ofende está a flor de labios. El editorialista de un gran diario de Nueva York, invitado expresamente, llegó por avión, dio su plática en velada rumbosa y esa misma noche regresó por el aire a sus tareas inaplazables. Y así, cada cual resultaba eminente en su ramo. Para las comidas nos reunían a todos en un comedor de mesitas decoradas con vajilla de todos colores, repartidas en todo el espacio de un patio cubierto, de estilo italiano con un pozo fingido y su brocal. Servían la mesa señoritas estudiantes de la Universidad, con una finura, un

acierto, que se daba toda la razón a los hindúes, que juzgan es un gran honor hacer y servir la comida del huésped. De compañero de mesa me tocó el rector de un colegio de Portland en el Oregón, que en seguida me comprometió a pasar un mes en su instituto. Había inventado la costumbre de llevar, por turno, educadores, escritores de diversos países, a fin de que diesen algún cursillo sobre sus respectivos pueblos, pero principalmente para que viviesen en el colegio y se mantuviesen en contacto con los estudiantes, les conversasen en privado.

—No creo que haya mejor manera de conocer a un pueblo —decía el rector— que tratando en la intimidad a uno de sus legítimos representantes.

Y tenía razón; la idea era nueva y perfecta. En la temporada reciente había tenido de huésped a un educador chino, y a la siguiente debí haber ido yo, si lo de México no me hubiera devuelto a mis luchas. Pagaban, naturalmente, con decencia. No hay idea de lo que hubieran llegado a ser los institutos de educación de Norteamérica si la depresión, la ruina económica del 29, no los deja casi sin fondos. Pues cuentan esos institutos con lo principal, que es gente de primera al frente de todos sus servicios, almas sinceras, nobles, virtuosas y abiertas a todo lo humano y lo grande.

Durante la comida había discursos. Se me quedó grabado el de mi buen amigo ex rector de Arizona, que fue nuestro huésped en México. Tenía un apellido alemán que olvido. A veces, aunque lo recuerde, no doy el nombre de alguien que cito, porque no sé si a todos agrade aparecer en estos escritos míos que a veces constituyen libelo. A mí no me importa que lo sean, si a ello obliga el tema. Pues entonces la culpa recae sobre el objeto tratado, no sobre quien juzga, y juzga bien. Y en todo caso, serán los míos escritos

infamatorios, nunca calumniosos y siempre apologéticos de la virtud y el bien. El rector de que hablo era alto, bien vestido, impecable en los modales y la dicción. Sin talento extraordinario, pero muy culto y sabio por la experiencia y el estudio. El tema final de su plática fue la cordialidad internacional.

—Lo que aspiro para mi pueblo —afirmó— es que alguna vez se pueda decir con justicia que la raza norteamericana es la más cortés, la más afable de la Tierra.

Tuvo mucho éxito tal discurso porque daba en el clavo; mostrarse discreto, amable con el visitante, era el afán primordial de todos los que se nos acercaban, aun por la calle, pues la ciudad estaba pendiente de las actividades del instituto, prolijamente relatadas por todos los diarios; el pueblo todo estaba orgulloso de su Universidad.

Llama el destino

La desaparición de Obregón causó alivió en el público, levantó las esperanzas del país. Cuando conocí los detalles de su ejecución recordé aquella frase de Obregón: «En este país, si Caín no mata a Abel, Abel mata a Caín.» En efecto, lo había matado Abel. Toral era el hombre de paz, de vida pura que elige el asesinato como medio de purificación y acompañado de la inmolación de sí mismo. Y me pasó un escalofrío por la espina. No eran valor muerto las ideas morales; tarde o temprano la ley terrible se cumple; el que a hierro mata a hierro muere. Los verdaderos horrores de la actuación obregonista no se han conocido en detalles sino después de la caída de aquel régimen, y eso que siguen en el poder sus cómplices correligionarios. Con sólo los detalles fehacientes y comprobados de la emboscada en que cayó Lucio Blanco, bastaría para la deshonra de todo un régimen. Espías norteamericanos, disfrazados de autoridad, lo aprehendieron a las ocho de la noche, al salir de su hotel de Laredo. Entre ellos, aquel mismo Jim que estuvo a punto de entregarme a mí cuando el carrancismo. Esposado a un amigo, el coronel Martínez, Lucio fue entregado, a orillas del río, a un coronel del ejército, que con dos o tres oficiales aguardaba al preso en un bote de remos. Al darse cuenta de la traición, el coronel Martínez comenzó a increpar a sus captores que, impacientados, lo mataron de un tiro en el cráneo. Pegado al muerto, navegó Lucio con sus asaltantes hasta medio río. Allí hicieron maniobras para echarlo al

agua, atado de la mano, al cadáver de su amigo. En el último instante, Lucio, que no había opuesto resistencia, se agarró del jefe de los del gobierno y juntos cayeron al agua, ahogándose en abrazo de odio y de muerte. Del otro lado, una escolta del ejército regular disparó tiros al aire a fin de pretextar que Lucio había pretendido cruzar a México en son de guerra. Resultó inútil la comedia por causa del inesperado episodio del bote. Un soldado borracho contó la historia en las tabernas de Laredo, México. Días después resultó asesinado el soldado. El cadáver de Lucio fue recogido de las aguas del Bravo, intacto, pero hinchado de agua; el cadáver de su compañero no había tragado agua, pero mostraba la herida mortal de la cabeza. Prontamente la Comandancia militar recogió los cuerpos, los hizo desaparecer. Pero del lado norteamericano, el juez Valls hizo las averiguaciones, encarceló a los agentes norteamericanos que habían consumado el plagio; recogió pruebas testimoniales fehacientes y, cumpliendo valientemente con su deber, solicitó la extradición de los complicados del ejército mexicano. El gobierno obregonista se hizo el sordo. En las declaraciones aparecía clara la responsabilidad de Calles y de Obregón. Cuando, de visita por Estados Unidos, Calles pasó por Laredo, Texas, Valls libró orden de aprehensión. Entonces el presidente Hoover, con escolta de la marina *yankee*, sustrajo al reo de la jurisdicción del condado americano. En ese tiempo Calles, protegido de la marina *yankee*, hacía y deshacía presidentes. Los detalles de este crimen no estaban todavía publicados en los días que siguieron a la muerte de Obregón, pero él fue uno entre cientos. El envenenamiento del general Flores, que ayudó a Obregón a hacerse presidente y figuró como candidato rival de Calles, dejó hondo resentimiento en Sinaloa. En los últimos tiempos se había convertido Obregón en un cínico

que recorría el país en bacanales de alcohol, sangre y desorden. La ignominia alcanzó a no pocas ciudades que lo recibían con bailes en que le eran ofrendadas las hijas, las esposas de sus antiguos enemigos. Probablemente ni Santa Anna nos había llevado a semejante bochorno.


Vasconcelos

El descaro con que fue abrogado el principio de no

reelección, con la complicidad de Calles y todos los generales del ejército activo; la supresión de Gómez y Serrano, que por haberse pasado a la oposición adquirían los perfiles del mártir; la complicidad en todas las crueldades consumadas por Calles; el desprecio absoluto de todos los valores morales y patrióticos, habían hecho de Obregón un monstruo. En artículo mío de *El Universal*, publicado meses antes de la muerte de Obregón, había yo llamado la atención sobre el derecho del regicidio en casos desesperados. El mismo Obregón siempre fue partidario de cortar una cabeza, como él decía, para evitar la matanza general de una sedición. Todo esto explica que Toral, su matador, se convirtiese de pronto en ídolo y en santo. No se contaba con que seguirían en el poder los hombres que el mismo Obregón había formado. Ni se sospechó que la muerte de Obregón coincidía con el nacimiento del poder de Calles, un poder más sombrío si es posible. En todo caso, asustado Calles por la responsabilidad que los obregonistas le achacaron en el fracaso de Obregón, y asesorado por el embajador Morrow, prometió libertad electoral; juró que se retiraría del mando. Y la pobre nación, sin fuerzas para consumar una rebelión general justiciera, le tomó la palabra al mendaz. Y empezaron a organizarse partidos políticos y clubes y se comenzó a buscar al hombre que pudiera crear una situación nueva.

Temeroso de una acción nacional que barriera con todos los culpables, el grupo obregonista inventó la candidatura del licenciado Valenzuela. Una parte de la opinión fingió seguir a quien había colaborado en la oposición de Calles, olvidando que había servido de ministro al callismo. Por otro lado, en la oposición limpia sólo quedábamos a la vista del público dos hombres; Antonio Villarreal y yo. Desde que me empezaron a llegar sugestiones de que volviera al país para

ser candidato a la presidencia, manifesté que aceptaría porque era mi deber demostrar que no eran jefes civiles lo que hacía falta. Jefes había y faltaba que el público supiera apoyarlos.

Y por lo pronto, después de cumplir un compromiso de un par de conferencias en la Universidad de Los Ángeles, me lancé a hablar en toda clase de clubes y reuniones de mexicanos residentes en Estados Unidos.

Rodolfo Uranga había acuñado una frase feliz para designar a nuestros compatriotas desterrados por diversas causas, en gran parte por la persecución religiosa: «El México de afuera.» Abarcaba el nombre más de dos millones de almas, víctimas de los malos gobiernos de nuestra patria. Bien valía este pueblo en destierro un recorrido, una visita de alguien que lo removiera, lo unificara y le devolviese la fe. Los meses de septiembre y octubre los dediqué a dar conferencias públicas, de paga generalmente, puesto que los gastos debían sacarse de la gira misma, a fin de conservarle su carácter independiente. Por todas partes un público atento, a menudo entusiasta, llenaba las salas.

Los berridos de algunos envidiosos, desechos de los viejos partidos que en el poder dejaron la honra, se levantaban a veces para zaherirme en los diarios, o en el mismo salón de conferencias. Sus desahogos me complacían porque daban lugar a que el sentimiento se unificase a mi favor. En otros muchos casos, los hombres mejores de los viejos regímenes se sumaban a nuestra propaganda, que no hablaba de renovar pasados turbios, sino de crear por fin una patria. Hubo sitios, como Corpus Christi, en que un grupo de texanos de origen mexicano, bien establecidos y acomodados, al darme su comida, ofreció repatriarse con sus capitales si se consumaba la ilusión de crear en México un

gobierno civilizado.

La opinión respondía en masa; así lo confirmaba también una encuesta abierta por los periódicos Lozano, en que a diario salían votos y explicaciones inclinadas, en su gran mayoría, a mi favor. Cuando regresé a Los Ángeles, después del recorrido de la frontera, se hizo ya la regla de que surgieran aclamaciones cada vez que me presentaba en un teatro, en un salón, en cualquier sitio público. Y una electricidad contagiosa y optimista recorría el cuerpo de las multitudes. «El México de afuera» estaba unificado. Del interior del país seguían llegando noticias halagadoras. A mi campaña política no se oponían sino los políticos profesionales, desecho de administraciones pasadas que se organizaban en partidos, para tener algo que decir para oponerse a una solución realmente noble y popularmente acatada.

Durante mi paso por Laredo y después de que di una conferencia de duro ataque contra el callismo y los políticos, y como ya se viera la adhesión que ganaba entre grupos tan dispares como el católico y el comunizante, celebré una larga conferencia amistosa con Antonio Villarreal.

—Usted me estorba —me dijo—; usted arrastra a mis amigos; y todo ¿para qué…? Usted no va a hacer nada. A la hora crítica, usted alegará que es filósofo y se retirará de la lucha… Déjeme a mí, únase a mí…

—Mi querido amigo —respondí—: yo nunca le he pedido a nadie que se una a mí, que me apoye a mí; a usted mismo no se lo pido, pero sí le digo que si el país me señala y el país me apoya, iré hasta el fin como cualquiera.

—Bueno —transigió Villarreal—; vamos a hacer un trato. Trabaje usted porque lo nombre el Partido Antirreeleccionista; si usted sale candidato, yo lo apoyo y

usted me apoya a mí; si yo triunfo en la Convención del partido, déjese de andar congregando gente anónima, dedíquese a ganarse a los políticos; vamos a luchar en el seno del partido, para evitar las divisiones.

—¿De quién me habla usted? —le dije—. ¿De los que hicieron candidato a Gómez? No puedo tomarlos en serio como partido. Entre ellos tengo amigos que aprecio; por ejemplo: Vito Alessio… (ya sabía yo que Vito y Villarreal andaban distanciados). Pero, en todo caso, yo no voy a deberle el poder a un seudopartido que luego querría manejarme. Yo me comprometeré con el pueblo, no con politicastros; ganaré el poder, si lo gano, en una suerte de plebiscito. Y no gobernaré con camarillas; gobernaré con la nación, tomando a los hombres honrados donde los haya. ¿Partiditos? Yo también puedo hacerlos, pero ni siquiera me tomo el trabajo. Nada quiero con esos políticos de México; dígales que estoy contra ellos, que lo elijan a usted candidato si quieren…

Luego, en discusión tranquila, le propuse:

—Mire, Antonio: a mí el poder político me viene *guango*; tengo otras cosas de que ocuparme en la vida; prefiero dedicarme a mis libros; pero, al mismo tiempo, no soy de los que eluden una situación, sacuden un compromiso patriótico. El país requiere en estos instantes capacidad de trabajo y honestidad. Y aunque usted es muy inteligente y bastante culto, a usted no lo seguiría como jefe, porque no tiene usted capacidad de trabajo. ¿Qué hizo usted cuando fue ministro? Política futurista, y eso, extemporánea. Si usted hace lo que yo, encerrarse a trabajar, ese trabajo habría sido su mejor fuerza, su mayor propaganda. A mí no me buscan hoy por bonito, sino porque fui el único ministro que realizó obra, porque saben que pondría en orden la administración,

y el país progresaría. Pero, dejando todo eso a un lado, le propongo lo siguiente: Comencemos los dos nuestra propaganda el día que comienza el año dentro del cual deben hallarse los candidatos en territorio nacional. Usted tiene sus apoyos, sus amigos en Nuevo León; yo no tengo arraigo particular en ninguna parte, exceptuando, quizá, la capital, que vio de bulto mi obra. En el resto del país se hizo sentir, pero en forma dispersa, porque empezaba apenas. Usted entrará por Laredo y yo me reservo lo más difícil; yo entraré por Sonora, donde es más fuerte el callismo, donde sigue habiendo obregonismo, donde es más vigoroso el gobiernismo.

—¡Qué bárbaro!; ¡qué va usted a hacer por Sonora…!

—No sé lo que haré, pero déjeme seguir adelante con mi propuesta. Yo entro por Nogales; usted por Laredo, y empezamos a recorrer pueblo por pueblo, usted por el interior, yo por la costa del Pacífico. Y al cabo de cuatro meses nos juntamos en la capital. Yo habré organizado mis clubes en la zona recorrida; usted organizará los suyos, y ya en la capital, un tribunal de amigos o el mismo Partido Antirreeleccionista, si usted quiere, examinará nuestras pretensiones, decidirá quién cuenta con mayor arrastre electoral, y ése será el candidato.

—No es serio lo que usted propone; trabaje a los líderes; yo me atengo a una Convención; ya tengo iniciados trabajos; usted se va a tirar una plancha. Y, sobre todo, no entre por Sonora; no sea tonto; lo matan; por lo menos, lo dejan baldado de una paliza… y será una lástima…; hay que guardar al filósofo…

Riendo nos despedimos. No hemos vuelto a vernos.

De vuelta en Los Ángeles, instalé a mi familia como para una ausencia larga. No quería llevarla a México en los días

tempestuosos que se aproximaban. Como fruto de mis más recientes correrías, guardaba en el banco dos mil o tres mil dólares, que bastaban para el año de ausencia obligada. Ya para salir rumbo a México, el ingeniero Garfias habló por teléfono de larga distancia, desde su despacho de Nueva York. Su contribución a la campaña libertadora sería de trescientos dólares mensuales, que mandaría a mi familia mientras durara mi gira política. Ignacio Lozano, dueño de *La Prensa*, puso a disposición de nuestros trabajos sus dos diarios: *La Opinión* y *La Prensa*, en forma gratuita, espontánea. Y trató de disuadirme de la entrada por Sonora. Allí estaban en el poder los más fervientes obregonistas, y yo había atacado duramente a Obregón antes de su muerte. ¿Por qué no marchaba directamente a la capital? Allí los estudiantes...

—Precisamente —le dije— me voy por Sonora porque en Sonora no hay estudiantes. Los agentes del gobierno andan ya creando el mito de que soy el candidato de los estudiantes y que no tengo arraigo en las masas. Voy a Sonora para hablar con los campesinos, con los obreros. Iniciaré mi campaña en Cananea, donde Calles mató obreros...

Además, yo conocía a la gente de Sonora; no toda estaba con Calles; ni siquiera habían estado con Obregón; por otra parte, era gente noble que sabría corresponder al gesto de confianza que significaba entrar solo al territorio que se suponía dominado por el enemigo. Los que no me siguieran, me escucharían... No aspiraba a más.

Un simpatizador desconocido creyó oportuno prepararme una entrevista con un célebre senador californiano; en realidad, lo conocía desde la visita que hizo a México. Hablé con el adinerado político en uno de los clubes más importantes de la ciudad. Me pidió que le precisara los

cargos de la oposición contra Calles. Le hablé con franqueza de la entrega del país a los banqueros de Morrow, de la claudicación en las leyes del petróleo y, sobre todo, de la política agraria; los extranjeros, con sólo comprar los depreciados bonos de las indemnizaciones, ganaban títulos sobre las fincas más valiosas del país. Añadía mi reprobación de la política de asesinatos brutales; recordé el fracaso educativo a causa de incompetencia de mis sucesores y porque el dinero se gastaba en el ejército que sostenía por la fuerza al gobierno y no dejaba recursos para la educación... Creía tener convencido al senador, cuando en respuesta de mi exposición, observó:

—Sin embargo, hay una ventaja en la situación actual que usted no podrá negar, y es que Calles, con sus leyes antirreligiosas, ha liquidado las escuelas católicas... Cuánto diéramos nosotros, en Estados Unidos, por poder cerrar las escuelas parroquiales...

Ya no repliqué; no tenía objeto; mi interlocutor había dado en el clavo; se había exhibido y había exhibido a la mayoría dominante de su nación. Era guerra religiosa la que se libraba. Lo que el norteamericano dominante quería era ver desaparecer de México el catolicismo que representa la latinidad, el tipo de civilización que nos integra a nosotros y les estorba a ellos para la conquista moral que consolida las intervenciones en la economía y en la política... Todo se lo perdonaban a Calles porque les servía de brazo para pegarle a la Iglesia.

¿Cuál era el deber del mexicano, el deber del patriota? ¡Salir a la defensa de su Iglesia, de su tradición, del alma misma de su estirpe! Que se reglamenten, en buena hora, las relaciones de la Iglesia y el Estado, pero con doctrina nuestra y según nuestras propias conveniencias, no por

influencia de una política extraña. Con más decisión que nunca empecé a declarar que pugnaría porque la Iglesia mexicana se viese libre de persecuciones y se estableciese en nuestro país con garantías semejantes a las que disfruta en Francia o en Estados Unidos, países liberales.

La suerte estaba echada; mi campaña constituiría un esfuerzo de reintegración de México a su ser propio; para ello, tendría que enfrentarme en forma radical con todos los enemigos juntos: la Banca de Wall Street, que apoyaba a Calles y a Morrow; el gobierno americano, que apoyaba a su banca y desarrollaba sus viejos planes; la opinión liberal *yankee*, cargada al protestantismo; los políticos ladrones, que administraban a México como un botín de guerra; los generales asesinos, que aterrorizaban; toda la cáfila de enemigos desleales de una patria estrangulada, opresa, sufriente.

Y a mis partidarios, alarmados por la versión que hacía circular el gobierno acerca de que yo vacilaba, no me decidía, respondí en las breves palabras que cierran el presente volumen y anuncian el próximo:

«¡Acudiré a la cita que me pone el Destino!»

Índice